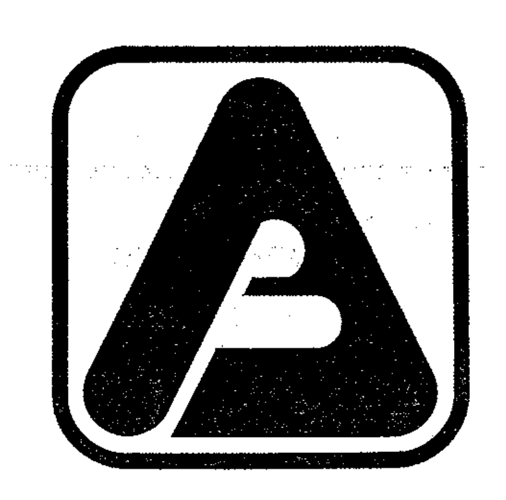
CIRILO VILLAVERDE

CECILIA VALDES

o la Loma del Angel





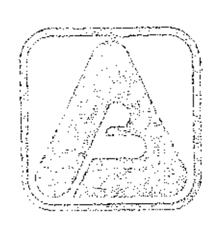


CECILIA VALDES

CIRILO VILLAVERDE

CECILIA VALDES

Prólogo y Cronología
IVAN A. SCHULMAN

BIBLIOTECA  AYACUCHO

BIBLIOTECA AYACUCHO
Apartado Postal 14413
Caracas 101 - Venezuela

Depósito legal, l f 81-0746
ISBN 84-660-0086-0 (tela)
ISBN 84-660-0085-2 (rústica)

Diseño / Juan Fresán
Impreso en Venezuela
Printed in Venezuela

PROLOGO

A Evelyn y el despertar de la dicha.

> La misma esclavitud en que tenían que vivir los negros y hasta los chinos, al menos durante largo tiempo influyó desfavorablemente, contribuyendo al atraso moral de los blancos que estaban más en su contacto, haciéndolos más rudos y crueles.
>
> F. ORTIZ, *Los negros esclavos*

I

UNA EPOCA DE CRISIS: CUBA EN 1830

EN LA TERCERA década del siglo XIX aparecen en Cuba los primeros ensayos novelísticos en los cuales están reflejados —aun en las omisiones y los silencios— los incipientes momentos de crisis de un país que empezaba a sentir el peso de la esclavitud[1] y las medidas represivas de un régimen colonial que en el ámbito de la cultura censuraba las publicaciones, ahogaba la vida literaria[2] e intentaba refrenar los brotes de una ideología y un estilo de pensar *criollistas* que a duras penas se iba perfilando.

[1]V. "Aspectos del pensamiento esclavista en el siglo XIX", *Unión,* XI (dic., 1972, pp. 162-178, por Francisco Pacheco quien establece el período de auge del sistema esclavista a fines del siglo XVIII: 1778-1840.

[2]Según el testimonio de Domingo del Monte, publicado en 1838 en *El Correo Nacional* de Madrid, el escritor cubano tenía que "contemporizar, primero con el censor regio, después con el sota-censor... y por último con el capitán general; de manera que es imposi-

El proceso de la cubanización de la vida isleña se remonta al siglo XVI para algunos como Ramiro Guerra, pese al hecho de que en un sentido político, la división entre cubanos y españoles no se produjo hasta comienzos del segundo tercio del siglo XIX.[3] Sergio Aguirre, en cambio, fijándose en los hitos de las transformaciones sociopolíticas posteriores al XVI relaciona la formación de la conciencia criolla con el desarrollo del sentido de crisis en los momentos álgidos de la vida cubana a fines del siglo XVIII y principios del XIX, período que considera fundamental para la emigración del eje de la cultura de la isla al sector criollo en cuyo seno adquiere una dimensión cubana independiente de la española de la colonia.[4]

En estos momentos de puje y de afirmación por parte de los azucareros criollos surgen los voceros intelectuales de esta clase amén de sus mentores principales como José Antonio Saco y Domingo Del Monte[5] quienes se destacan como fuerzas de contrapelo que alientan el estudio y la discusión de las ideas y el arte foráneos —europeos— en una sociedad coercitiva y degradada cuyos gobernadores, a partir de 1824, prohibieron el cultivo libre del arte. En su proyecto memorial de 1838 Del Monte se quejó de las "cárceles asquerosas y zahuradas [de la isla], sus ayuntamientos hereditarios, ...sin facultades propias, ni garantías ni independencia.[6] De la educación, observó con tristeza, que es "varia e imperfecta donde la hay, pero no la hay en la mayor parte de la población, y que por último sus costumbres, con muy pocas excepciones, son toscas y relajadas en general". Y, concluyó su pintura de la colonia, lamentando que "tal pueblo es infeliz, tres y cuatro veces infeliz".[7] Frente a este cuadro desolador, cuyos tintes encontraron una expresión fictiva

ble que tras este triple filtro de las ideas se escape ninguna que valga algo..." [*Escritos de Domingo del Monte* (Habana: Cultural, 1929), I, p. 103]. Nótese que estas "cartas políticas" enviadas a Madrid las firmaba del Monte con un seudónimo: Gonzalo Fernández de Oviedo.

[3]*Manual de historia de Cuba; desde su descubrimiento hasta* v*868,* Madrid: Ediciones R, 1975.

[4]"Esclavitud y abolicionismo; un período negro del siglo XIX cubano", *Dialéctica,* V (1946), pp. 9977-115. Esta misma idea es planteada por Isabel Serrano León como concepto clave de su estudio sobre *Los ingenios:* "La agudización de la contradicción entre las nuevas fuerzas productivas en pujante desarrollo y la tenaz resistencia de las relaciones de producción esclavistas aún vigentes, unida a la culminación del proceso de formación de nuestra nacionalidad cubana, tuvo su más inmediata expresión en la insalvable contradicción entre la colonia y la metrópoli...'.

["El libro *Los ingenios,* reflejo de la producción material del siglo XIX en Cuba", *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí,* enero-abril, 1979, p. 85].

[5]Sobre la cuestión de Saco como portavoz de los terratenientes, —en especial la de sus diferencias con esta "clase"— V. el esclarecedor ensayo de Julio Le Riverand, "Valoración de Saco; con motivo del centenario de su muerte", *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí,* enero-abril, 1979, pp. 150-151.

[6]*Escritos,* I, p. 73.

[7]El año en que del Monte escribe estas líneas es un año de sublevaciones, crisis y rebeldía; en Trinidad se sofoca una sublevación militarmente. Se descubre otra allí, con comunicaciones con Jamaica. En La Habana es castiga a un batallón de "morenos", indicación de la existencia de actividades conspiratorias entre los negros libres. V. Sergio Aguirre, *Esclvitud y abolicionismo,* p. 103.

en las obras que se escribieron bajo su tutela, Del Monte propuso la reforma de la sociedad colonial, en prueba de lo cual (es decir, de su deseo de reformar), él y los demás exponentes del memorial declararon al final del documento que aspiraban "a merecer el glorioso timbre de españoles y a perpetuar para siempre en Cuba la unión y el dominio de la madre patria".[8]

Villaverde, como su contemporáneo, Félix Tanco y Bosmeniel (quien tildó la presencia española de "fatal") no subscribió esta última declaración de lealtad, pero sí dejó constancia de la lastimosa situación de la isla en el capítulo XI de su novela *Cecilia Valdés.* En él tomó nota de la falta de libertad personal y de la prensa; del temor de discutir cuestiones políticas en público o en privado; de la prohibición de la discusión de los sucesos políticos del continente, en especial, cualquier alusión a las guerras de independencia; y, por último, de la angustia producida en un pueblo carente de un concepto histórico bien delineado. "Todo esto quedó sepultado en el misterio y en el olvido para la generalidad de los cubanos. La historia, además, que todo lo recoge y guarda para la ocasión oportuna, aún no se había escrito".[9] Y a modo de contraste con la vida nacional, señaló que los esfuerzos por ilustrar o elevar llegaban del extranjero: de México venían los "patrióticos versos" (p. 176) de Heredia; de Filadelfia, *El Habanero* del padre Varela, y de Nueva York, *El Mensajero Semanal.* En estos periódicos los habitantes de la isla leían las noticias que podían "enseñar al pueblo sus deberes y recordarle sus derechos" (p. 174). Pero, con melancolía, el exiliado novelista confesó que ni los fogosos versos de Heredia, ni las ideas libres y patrióticas de Saco o de Varela "bastaban a inspirar aquel sentimiento de patria y libertad que a veces impele a los hombres hasta el sacrificio, que les pone la espada en la mano y los lanza a la conquista de sus derechos" (p. 177).

No eran revolucionarios los destacados intelectuales y creadores jóvenes del período agrupados en torno a Del Monte, sino, como su mentor, reformistas según José Zacarías González del Valle.[10] Entre ellos se contaban José Jacinto Milanés, José Antonio Echeverría, Ramón Zambrana, Ramón de Palma, Tanco, Anselmo Suárez y Romero, Juan Francisco Manzano, José Ramón Betancourt, y el autor de *Cecilia Valdés,* menos solidario que la mayoría de los contertulios del maestro. Discípulos y maestro sintieron los efectos de la censura de la isla. A Del Monte, por ejemplo, le suprimieron los siguientes ocho versos de sus "Romances cubanos":

[8]*Escritos,* I, p. 94.

[9]Para la versión final de *Cecilia Valdés* citaremos de la edición de Esteban Rodríguez Herrera quien se basa en la edición neoyorkina de 1882: Cirilo Villaverde, *Cecilia Valdés o La Loma del Angel: novela de costumbres cubanas.* Habana: Lex, 1953, p. 174. De aquí en adelante sólo citaremos por página dentro del texto al referirnos a esta edición.

[10]V. el prólogo de Francisco González del Valle a José Zacarías González del Valle, *La vida literaria en Cuba,* v836-v840. Habana: Publicaciones de la Secretaría de Educación, -938 pp. 5-17.

Que nunca escuchar yo pude
sin que hirviera en ira el alma,
el bárbaro y atroz chasquido
del látigo en carne esclava.
Y más preferí orgulloso
pobre vivir, mas sin mancha,
que no en opulencia infame
a infame precio comprada.

Más tarde, en 1844, los jóvenes escritores pudieron comprobar otro caso del rigor de la censura aplicada a una compatriota, Gertrudis Gómez de Avellaneda, por el Censor Regio de Imprenta, el Licenciado Hilario de Cisneros quien decretó la retención en la Real Aduana de Cuba de *Sab* por contener la novela una "doctrina subversiva del sistema de esclavitud de esta isla" y por ser contraria "a la moral y buenas costumbres". De ahí la preferencia si no la necesidad de silenciar o desfigurar sus impulsos reformistas. Creció entre ellos, como consecuencia de esta situación una literatura oral —cuasi subversiva— cuyos productos circulaban y se leían en forma manuscrita, muchos de los cuales nunca llegaron a imprimirse en Cuba[11] sino mucho después de su aparición en el extranjero.[12] De esta literatura "silenciada", por ejemplo, se llevó un portafolio de escritos antiesclavistas, R. R. Madden en 1839. El fogoso abolicionista, ex oficial de la Comisión Mixta de Arbitraje, al marcharse de la isla recibió de manos de Del Monte la autobiografía de Juan Francisco Manzano —comisionada por Del Monte y escrita por el esclavo con miedo y reticencias—, las "Elegías cubanas" de Rafael Matamoros, una poesía de José Zacarías González del Valle y *Francisco* de Suárez y Romero.

No es el tema de la esclavitud el único cultivado por los delmontinos, pero sí es el que en primer término preocupó a los intelectuales en agraz alentados por Del Monte y por él orientados hacia el costumbrismo literario, el eclecticismo, el neoclasicismo en verso, el realismo en el relato y las ideas morales del cristianismo, supeditado todo a la idea de mejorar a los semejantes y reformar la sociedad para que Cuba gozara de las libertades ya concedidas en otros países del continente. Escamotearon la violencia o la rebeldía abierta, razón por la cual rechazaron la novela de Víctor Hugo, *Bug-Jargal,*[13] cuyas escenas de sangre y guerra sobre la rebelión de los esclavos en Haití motivaron espanto entre los artistas y pensadores cubanos. Estos op-

[11]Según Ambrosio Fornet en 1838 en la Habana había diez imprentas con treinta y ocho prensas y ciento diecinueve operarios. ["De impresores y ttalleres del siglo XIX", *Revista de la Biblioteca Naiconal José Martí,* sep-dic., 1975, p. 92]. Y, entre 1830 y 1839 se publicaron veinticinco libros. ["Literatura y mercado en la Cuba colonial (1830-1860)", *Casa de las Américas,* Nº 84, mayo-junio de 1974, pp. 40-52].

[12]Es el caso de la autobiografía de Juan Francisco Manzano, llevado a Inglaterra por R. R. Madden (y publicado allí en traducción inglesa casi inmediatamente). En cambio, *Petrona y Rosalía de Tanco* se publicó por primera vez en el siglo XX, en Cuba (1925).

[13]Novela en que el romántico francés pinta la violencia de una sublevación negra. Tanco fue uno de los pocos novelistas de esta época atraído por esta obra. Del Monte, pacato por antonomasia, no pudo recomendarla.

taron por el principio estético más en armonía con su ideología conservadora, es decir, "el regusto [costumbrista] de pintarse a sí mismos..., y por otra parte, el propósito de corregir ciertos errores sociales, ciertas costumbres, en beneficio naturalmente, de la misma clase".[14] El beneficio que perseguían no era la abolición de la esclavitud sino la supresión de la trata,[15] pues la importación ilegal de negros amenazaba acrecentar la población negra de la isla sin que hubiera las correspondientes ventajas económicas que la sacarocracia percibió antes de producirse la competencia creada por la producción remolachera europea y la consiguiente necesidad de afrontar la mecanización de las haciendas de azúcar. Estos problemas económicos, más las ya esbozadas cuestiones sociales y políticas tomaron las proporciones de una "mina" que amenazaba "volar a todos",[16] principalmente, los intereses de los azucareros. Y, en tal ambiente de crisis germinó la semilla que con el tiempo produjo la novela cubana antiesclavista y la social de Villaverde. Con fidelidad costumbrista y un realismo clasista retrataron tanto las circunstancias como las consecuencias del cáncer del colonialismo y de la institución de la esclavitud.

II

GENESIS DE UNA NOVELA

En la historia de la novela hispanoamericana pocos son los casos de una obra cuya gestación abarcó más de cuarenta años durante los cuales la novela pasó por dos versiones primitivas y truncas publicadas en el país de origen del autor, y, la definitiva, en el extranjero, ampliada y corregida, según Villaverde "con muchas interrupciones"[17] en los dos o tres años antes de ver la "luz completa".[18]

La primera versión de *Cecilia Valdés* es un cuento breve,[19] de unas veintiséis páginas publicadas en dos entregas en la revista habanera *La Siempre-*

[14]José Antonio Portuondo, "Landaluze y el costumbrismo en Cuba", *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí,* enero-abril, 1972, p. 52.

[15]V. Del Monte, quien desde París, en 1848, escribe en contra de una solución revolucionaria para Cuba; recomienda 'acabar con la trata primero y luego ir suprimiendo insensiblemente la esclavitud, sin sacudimientos ni violencias; y por último... limpiar a Cuba de la raza africana' (*Escritos,* I, p. 231). Mucho más tarde —después de 1865— los hacendados, con Ramón de Mendoza a la cabeza, abogarán por la abolición "cuando se convencieron de que ya no necesitaban más bozales". V. Juan Pérez de la Riva, "El monto de la de la inmigración forzada en el siglo XIX", *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí,* abril, 1974, p. 89.

[16]Del Monte, *Escritos,* I, p. 44.

[17]*Cecilia Valdés* ed. Rodríguez Herrera p. XI.

[18]*Ibid.,* p. XIV.

[19]Se publicó en *La Siempreviva* (La Habana) de 1839; la primera parte, 'I", pp. 75-87; la "Segunda y la última parte", pp. 242-254.

viva, segundo tomo, 1839. En la segunda de estas entregas, el redactor, "R. R.", en una nota aclaratoria alude a la existencia de una obra "estensa" [sic] de la cual sólo ofrece el autor en las páginas de la revista un "boceto". En él, el lector familiarizado con la obra definitiva reconocerá algunos fundamentos del argumento sentimental de la novela posterior, presentados éstos en forma sintética y sin las notas sombrías y trágicas que el autor introdujo en la versión final.[20] Sin embargo, es evidente que su autor, aun en esta primicia narrativa, supo diagnosticar el ambiente nocivo de la ciudad donde la linda Cecilia, protagonista de la novela, "azotaba" las calles[21] y observaba un "pueblo que en lujo y en miseria no cede a ninguno de la tierra", como más tarde se expresará el novelista en "La Habana en 1841".[22] Mas el novelista en ciernes se guardó de insertar cualquier comentario de signo negativo en forma abierta en el "boceto", pues la sospecha de una nota crítica no hubiera escapado a la atención del censor regio, y la obra hubiera corrido la suerte de las novelas de la Avellaneda.

No de otro modo se explica la cautela con que Villaverde sentó en las palabras liminares de su obra que "la sociedad en general... casi nunca es injusta en sus fallos; podrá serlo *una fracción de sus individuos,* los hechos diarios lo comprueban, mas *no toda ella.* Y, por ventura, ¿el modo de encaminar a buena parte la opinión de toda una sociedad es llenándola de dicterios y maldiciones?" (el énfasis es mío).[23] Mediante tales aseveraciones filosófico-sociales Villaverde supo evitar la ira de la censura sin indicar su aprobación de la conducta de los gobernantes españoles[24] (¿la aludida *fracción* de la cita?), posición impuesta por las circunstancias según uno de los observadores más autorizados y perspicaces de la época, miembro de la élite cultural de la isla quien señaló que "solo podían [los escritores] hablar de la justicia y de la libertad en abstracto; combatir en el terreno filosófico el principio de la autoridad, y defender los fueros de la razón, el derecho y la dignidad del hombre".[25]

De acuerdo con estos principios, procedimientos eficaces para desfigurar la crítica, Villaverde, en su diminuta y primigenia *Cecilia Valdés,* tras abordar la cuestión de la crítica social, tomando pie de los exagerados ejemplos fran-

[20]Sobre la versión final comentó: "...me ha salido el cuadro tan sombrío y de carácter tan trágico, que cubano como soy hasta la médula de los huesos, y hombre de moralidad, siento una especie de temor o verüenza presentarlo al público sin una palabra explicativa de disculpa". [*Cecilia Valdés,* ed. Rodríguez Herrera, p. XI].

[21]En la primera versión el autor pregunta: "¿No tenía una abuela, siquiera una parienta que por caridad cuidase de su educación, o al menos que le vedase el estar perennemente azotando calls, como perro hambriento y sin dueño?". p. 78).

[22]"Homenaje a Cirilo Villaverde", *Cuba en la UNESCO,* marzo, 1964, Año 3?4?5, p. 166.

[23]P. 75.

[24]V. por ej., "...si se corrompe [el pueblo], culpa es de aquellos que se han constituido en reguladores de su marcha continu y progresiva, de aquellos que saben y pueden, y no comprendieron sus necesidades, sus exigencias, y no supieron, o no quisieron conducirlo a un fin laudable y humanitario", (p. 76), sentiimentos que indican la lucidez de Villaverde respecto a la situación represiva de la isla colonial, y su destreza en el arte de fingir.

[25]F. González del Valle en J. Z. González del Valle, *La vida literaria en Cuba,* p. 9.

ceses que representan a la sociedad en forma de "endriago", "esfinge" o "monstruo descomunal" que "se devora a sí mismo, como la tortuga fuera de su elemento", pasa al terreno individual y moral en cuyos intersticios inserta la historia de Cecilia Valdés, manejando los recursos de la antítesis, el contraste y el principio del determinismo en el doble plano de la historia individual y social.

El epígrafe de la obra subraya los temas de la soledad,[26] la voluntad libre y el azar en la vida de la protagonista:

Sola soy, sola nací,
Sola me parió mi madre.
Sola me tengo de andar
Como la pluma en el aire.

En realidad, preside la estructuración de la obra —y de los temas— el principio determinista,[27] manejado como subterfugio por Villaverde y los de su generación para encubrir una actitud crítica frente a las lacras sociales. Su uso le resta cierto desarrollo libre al personaje principal, pero no necesariamente profundidad sicológica. Al novelista el determinismo le venía de perlas para la construcción de un esquema ideológico, apenas sugerido en esta versión — el del estancamiento de la vida nacional cuya trágica realidad limita al individuo y determina su sino de una manera similar al caso de un país colonial entregado a la esclavitud sin esperanza de liberarse de sus garras. De una sociedad esclavista y esclavizadora será Cecilia la víctima en la novela definitiva, mientras que en esta primicia, se le retrata como la mujer cuyos encantos y bellezas ("mano de seda"; "mórvido [sic] cuello"; "tierno corazón") seducen al joven Leonardo/Leocadio en un "cuento" de rasgos y estilo románticos cuya única consistente textura social es la de los breves párrafos iniciales de titubeante meditación socio-filosófica. El final del cuento, en cambio, refleja el tono moral y el tema del castigo social planteado por primera vez al comienzo; en las últimas palabras dice: "les pediremos [a los lectores] que rueguen por el ánima de la infeliz Chepa,[28] que voló a los cielos acosada de la pesadumbre algunos días después de la desaparición de Cecilia, que le pidió permiso para ir a un baile y no volvió más".[29]

26P. 76.

27En la segunda edición de 1839 [*Cecilia Valdés o la Loma del Angel: novela cubana* (Habana: Imprenta Literaria, 1839), I, p. 49], Villaverde observó que "su estrella [la de la infeliz Cecilia], la arrastraba al pecado por el mismo camino que arrastró a sus madres, herencia o vínculo que frecuentemente vemoso transmitirse de padres a hijos hasta la *quinta* generación". Los conceptos deterministas formaban parte del ambiente intelectual de la isla, y es lógico que encontraran su reflejo en la narrativa de Villaverde. Un año antes de la publicación de esta versión de la novela, Domingo del Monte, en su proyecto memorial a S. M. la Reina, hizo notar que faltaban ciertas leyes prometidas, agregando con sentido providencialista: "...si [Cuba] crece... es porque obedece a pesar de las mil trabas que la detienen, a la ley inevitable de la naturaleza, que como todos los sanos y vigorosos la manda crecer y desarrollarse" (*Escritos,* I, p. 65).

28La abuela de Cecilia, la que cuida a la niña voluntariosa.

29P. 254.

La segunda versión de esta novela vio la luz el mismo año que el boceto, es decir, en 1839.[30] Consta de ocho capítulos en un solo tomo, "tomo primero" de una *Cecilia Valdés,* cuyo subtítulo, "La Loma del Angel" responde a un encargo de D. Manuel del Portillo para que el autor escriba un relato costumbrista, según reza la dedicatoria:[31] "No hace un año que V. me pidió escribiera un artículo de costumbres, cuyo asunto fuese, 'las ferias del Angel', diversión que ya no existe, pero que fue bastante popular entre nosotros. Emprendí la tarea entonces con ahínco, la abandoné después, volvíla a comenzar, y al cabo he compuesto una novela, que puesto que no siga en todo el asunto que V. me designó, sin embargo, el teatro donde pasan las escenas que cuento es el mismo". Y, a juzgar por el único tomo que tenemos de esta versión inconclusa, pero de alcance obviamente más extenso, en comparación con el "boceto", el panorama social de la realidad fictiva presentada involucra un proyecto social más complicado: un mayor número de personajes, abundantes descripciones fisonómicas y toponímicas en apoyo del tema costumbrista anunciado en la dedicatoria, y, por fin, un argumento sentimental más intrincado.

En la segunda versión, curiosamente, faltan las observaciones filosófico-morales sobre la sociedad: su evolución, gobernación, naturaleza y la relación del pueblo con ella, más la forma en que la sociedad exige el pago de la culpabilidad, hasta con el "mayor despotismo".[32]

Reflejo de este viraje de enfoque es el epígrafe que el autor utiliza en la página titular de esta versión: "Que también la hermosura tiene fuerza de despertar la caridad dormida (Cervantes)", reservando el epígrafe original de raíz popular, sobre el tema de la soledad para el Capítulo I. En estas modificaciones epigráficas, y en el nuevo comienzo limitado a una relación en tono lastimoso del sino de los desamparados, concluimos que el novelista optó por restringir los parámetros sociopolíticos de su narración. Es admirable conjeturar que por razones políticas adoptó esta orientación "neutra", obligado por las condiciones por él mismo descritas en la última y definitiva versión de *Cecilia Valdés* publicada en Nueva York, y, por lo tanto, fuera del alcance de las garras del capitán general y de su censor oficial:

> *El sistema constitucional que había regido en Cuba, la primera vez de 1808 a 1813, la segunda de 1821 a 1823, nada la había enseñado a la generación de 1830. Habían desaparecido los periódicos libres, los folletos y los pocos libros publicados en las dos épocas memorables ...había enmudecido la prensa en toda la isla desde 1824...* (pp. 173-174).

De esta desastrosa represión no se trasluce una sola palabra en el primer tomo, el único de esta segunda versión cuya realidad narrativa gira en torno al "drama de la vida de esta muchacha [Cecilia]".[33]

30V. la n. 27 para la ficha completa de esta edición.
31P. 6.
32P. 76.
33P. 51.

Hay, sin embargo, en comparación con el "boceto" una mayor conciencia de la presencia de lectores de "toda clase", un concepto más desarrollado de la técnica narrativa —insertado como formulación teórica por el narrador/novelista en su relato— en un período todavía titubeante de la evolución novelística de Cuba. A este respecto nos parece significativo el hecho de que Villaverde, pese a su confesada consagración al costumbrismo, la que expresa en la dedicatoria y cuya presencia se evidencia en las pormenorizadas descripciones de lugares y personas, no se considera un "cronista" en el sentido tradicional, ni de la Habana, ni de su país. Al contrario, frente a la omnipresencia del autor hace la defensa de la autonomía sicológica de sus personajes:

> *Cecilia con sus palabras de niña nos dirá lo que piensa y cómo piensa, que esto interesa algo más que el descolorido retrato que en vano hemos pretendido dibujar.*[34]

El asunto racial, tan fundamental en la novela, se plantea en las formas más diluidas y neutras en esta versión. En una referencia a Cecilia dirá, por ejemplo, que la "niña se mostró asaz apasionada", agregando, como si no fuera asunto principal, ("en esto no desmentía la raza").[35] El enfoque no es social —no podría serlo por la censura—, sino individual, de fundamento calculadamente determinista y de índole moral.

> *...la infeliz Cecilia hechura del crimen, su estrella la arrastraba al pecado por el mismo camino que arrastró a los que le dieron el ser — que ésta es la herencia o vínculo que frecuentemente vemos transmitirse de padres a hijos hasta la* quinta *generación.*[36]
>
> ....
>
> *Pero se nos antoja, que pierden su fuerza moral aquellos lazos de familia que no santifica la iglesia con su solemne bendición.*[37]
>
> ....
>
> *Ese hombre tiene la culpa de todo.*[38]

[34]P. 19.

[35]P. 47. Más adelante Villaverde alude a las cuestiones de clase y raza de un modo que a las claras revela un "conocimiento de causas" de la sociedad cuyos resortes y móviles desvela. Pero, al bordar los temas de la raza y la movilidad social restringe sus observaciones para que éstas sirvan exclusivamente —¿ironía o máscara?— para entender los celos de Cecilia: "...en Cecilia Valdés, hai [sic] que atender ... a su clase o condición, al puesto que ocupa en la escala de los rangos sociales en alguna manera equívoco, por no decir escepcional. [sic] Incitada por instinto, y por orgullo natural en todas las flacas criaturas a levantarse, al paso que mientras más quería subir, mayor precio le aquejaba de caer: reducida al acbo de tanta luch a mantenerse ... entre dos aguas, por no atraer sobre sí todo el odio de la clase que dejaba atrás; y repelida de la que pretendía alcanzar..." (p. 154).

[36]P. 49.

[37]P. 54.

[38]P. 68.

A estas limitaciones de perspectiva sociopolítica, agréguese el hecho de ser esta segunda versión una novela trunca, es decir, el primer tomo de una obra más ambiciosa en el segundo de la cual, según Esteban Rodríguez Herrera, el autor no se proponía desarrollar el tema antiesclavista.[39] Y, si aceptamos esta especulación, habría que agregar que el autor se vio forzado a seguir el patrón de las obras "silenciadas" del período delmontino de las letras cubanas.

III

"UN PUEBLO DE LUJO Y DE MISERIA"

Con todas sus transformaciones y adiciones, sin embargo, la versión definitiva de *Cecilia Valdés* (1882) dista mucho de ser un alegato en contra de la institución de la esclavitud, o en favor de la supresión de la trata. Es más bien el caso de una obra reescrita y publicada en el extranjero por un exiliado de ideas separatistas y con un concepto de la realidad sociopolítica y artística que ha sufrido los embates de una experiencia dolorosa. Producto de la madurez y de la *lejanía,* la edición definitiva se distingue de las del período de gestación en que sobrepasa los límites del marco sociopolítico de éstas, influidas y delimitadas por la vida colonial represiva y el vacío cultural de la isla. En ella se respiraba un aire mefítico según Villaverde, testigo y comentarista de mal agüero respecto a la patria en carta a Domingo Del Monte (1844): "tan negro veo el porvenir de este desventurado país, y tan insoportable se hace cada día la durísima censura a que estamos sujetos los que escribimos que sería preciso, o cambiar de ideas y de corazón, o reducirse a no decir más que frivolidades de teatros, modas, bailes y a nada de esto me siento inclinado".[40]

En las versiones primigenias de *Cecilia Valdés,* la única observación que de modo velado —breve y sin sucesión— se aproxima a estas sombrías caracterizaciones epistolográficas es la del primer tomo del 39, o sea, la alusión a las costumbres depravadas, que en sus paseos por La Habana observó Cecilia, las cuales dejaron su huella —según el narrador— sobre la naturaleza moral de su carácter; aprendió "lecciones... pervertidoras" con las "escenas de lascivia e impudicia que ofrece todos los días un pueblo soez y desmoralizado".[41]

[39]"Estudio crítico preliminar de *Cecilia Valdés",* pp. XXV-XXVI.

[40]En el *Centón epistolario de Domingo del Monte* (Habana: Imprenta "El Siglo XX", 1953), VI, p. 99.

[41]El énfasis es mío; I, pp. 15-16. No sólo se guardó de concretizar con lujo de detalles sino que limitó el escenario de las lecciones a "calles de la ciudad, las plazas, las tabernas, los baratillos, las tiendas de ropa", delimitaciones que contrabalanceaban su caracterización del pueblo como soez y desmoralizado.

Pero, sueltas las amarras de la vida nacional, desde Nueva York, con la óptica de un lapso de cuarenta años y el roce consuetudinario con una sociedad tecnológicamente más avanzada y políticamente libre —doble lejanía: temporal y sociocultural— Villaverde produce una novela distinta de sus versiones anteriores, de las cuales, sin embargo, utiliza algunos de los elementos argumentales. No obstante, en la novela definitiva, éstos reciben un tratamiento dilatado, y, en cierta manera, como veremos más adelante, adquieren el valor de elementos dispuestos en la escena de un teatro simbólico: es el caso de la historia sentimental de Cecilia, en primer término, y de los episodios de la familia Gamboa; los personajes de ambos "núcleos familiares", las peripecias de su existencia y sus pensamientos están estructurados con la idea de exponer las taras de una sociedad colonial y esclavista. Con un doble ritmo —el del plano individual, y el de la colectividad— se desarrollan los sucesos de la versión definitiva, superando el proyecto casi exclusivamente sentimental de las ediciones de 1839, y, dotando la novela de una perspectiva determinista, sociopolítica y moral sin tapaduras.

Al novelista, pese a su rechazo de ser un simple cronista le seducen los detalles del cuadro social: "pintar ... bajo el punto de vista político-moral" (p. 172) para representar en la tela narrativa la naturaleza de la sociedad habanera y cubana a principios del XIX. En este empeño Villaverde comparte la estética predominante de su generación —la de Anselmo Suárez y Romero, Ramón de Palma, Félix Tanco y Bosmeniel— respecto a la función sociomoral del arte realista y costumbrista. Como ellos, deseaba mejorar la sociedad: "Había que mejorar las costumbres, despertar los sentimientos de bondad y justicia, y a esa noble tarea se consagraron aquellos nobles y generosos corazones que anhelaban ver suprimidas la trata de africanos y la esclavitud".[42] Secuela de esta consagración generacional fue la creación de un cuerpo de obras narrativas que circularon en forma manuscrita, sin publicarse en la isla en algunos casos hasta el siglo XX,[43] o en otros, en el extranjero unos cuarenta años después de su composición.

No vieron la luz porque la mayoría de estas obras eran de tema antiesclavista. En ellas forzoso es ver en la naturaleza del retrato del esclavo negro el reflejo de una multitud de fuerzas y corrientes, algunas de ellas contradictorias en apariencia: la incipiente preocupación económica de la sacarocracia ilustrada por la devaloración de la mano de obra esclava frente a los avances técnicos foráneos y, a la vez, el alza de precio del esclavo creado por el tráfico ilegal después de 1820; el deseo entre muchos sectores de la sociedad

[42]F. González del Valle en J. Z. González del Valle, *La vida literaria en Cuba,* p. 6. En su esfuerzo por reofrmar no titubearon en *deformar* la realidad, según puede deducirse por la siguiente recomendación de oJsé Zacarías González del Valle a Suárez y Romero en 1838, alusivas a su novela *Francisco*: "No me justifiques la señora; píntemela haciendo lo que hace, pero por lo mismo rebájele, *desfúmale* las tintas de bondad de que sobrecargaste el rettrato, no sea que contraste en viva oposición su carácter con sus hechos". [*La vida literaria en Cuba,* pp. 66-67].

[43]*Petrona y Rosalía* de Tanco, y la versión española de la *Autobiografía* de Juan Francisco Manzano.

por parar el crecimiento rápido, y en el sentir de algunos, descomunal, de la población negra; las ideas humanitarias de los intelectuales influidos por las ideas iluministas del siglo dieciocho, la moral cristiana y los principios éticos del eclecticismo de Cousin. De estas y otras preocupaciones relacionadas con la crisis social de la colonia nació el retrato del protagonista negro dócil, bondadoso, víctima del sistema esclavista, con un sino trágico determinado por el sistema explotador de los hacendados, la corrupción moral de los amos, víctimas de las necesidades económicas del sistema esclavista por ellos creado, y, según los intelectuales, la convivencia con el negro primitivo. La idea del contagio funesto se descubría hasta en los más humanitarios defensores del esclavo cuyas ideas raciales, a la luz de la ideología del siglo XIX se consideraban progresistas, pero que según nuestros conceptos contemporáneos de los derechos humanos estaríamos obligados a tildar de retrógrados y hasta racistas. Del Monte representa esta doble corriente. A su generosidad y altos principios morales debemos el rescate de amos crueles del poeta y esclavo negro Juan Francisco Manzano. Sin embargo, en un momento decisivo y emocionante de su vida política, al defenderse de la acusación de haber organizado una sublevación de negros, declaró que "cualquier habitante de Cuba, aun el que menos conozca la índole de aquella sociedad, sabe que la opinión reinante en la raza blanca, aunque mucho más favorable a la raza etiópica que la del resto de las colonias europeas, está muy distante de sancionar una amalgama social de castas para conseguir la independencia política de la colonia".[44] De modo similar, en 1848, en una carta alusiva al mismo tema recomendó: "acabar con la trata primero, y luego ir suprimiendo insensiblemente la esclavitud, sin sacudimientos ni violencias; y por último, ...limpiar a Cuba de la raza africana".[45]

A los negros, se les llamaba con frecuencia "sacos de carbón", "fardos" o "monos" como decía Manuel Castro Palomino en carta a Domingo Del Monte.[46] Villaverde, pese a la acción benéfica del principio de la *lejanía* en la formación de su visión de Cuba, no se libró de los prejuicios raciales de su época. El deseo de ver acabado el sistema de esclavitud en la isla, ni en él, ni en sus coetáneos —con la excepción notable de Martí para quien las "razas" no existían— atenuaba las ideas peyorativas sobre los negros. En la hacienda de don Cándido y de doña Rosa el narrador/novelista observa que "el pensamiento así expuesto [del esclavo] parece demasiado abstruso para caber en la cabeza de *un negro doblemente estúpido* por sus largos años de esclavitud (el énfasis es mío; p. 540)". En la primera edición dice que Cecilia Valdés "desde muy niña se mostró asaz apasionada (en esto no desmentía la raza)".[47] Y, en la definitiva, la de 1882, observa que era de "descuidada crianza" y "de la raza híbrida e inferior" (p. 87). Pero, el "racismo" de Villa-

[44]*Escritos,* I, pp. 193-194.
[45]*Escritos,* I. p. 231.
[46]*Centón epistolario de Domingo del Monte,* V, p. 39.
[47]I, p. 47.

verde no es de base rencorosa. En su caso, particularmente en el de *Cecilia Valdés,* se trata más bien de un prejuicio racial de "reflejo" —el de sus compatriotas lejanos— concebido, a diferencia del de Del Monte en términos de una posible movilidad social, de negros y de pardos, dinámica que en sus narraciones se refleja en la tensión narrativa y sus virajes metamórficos. A este respecto no suscribe la idea estática de Del Monte, de la existencia en Cuba de una "amalgama social de castas"[48] en la cual los negros constituían "un ramo... salvaje de la familia humana".[49] En contraste, en *Cecilia Valdés* encontramos referencias a las adoptaciones "blancas" —costumbres, vestidos, música— y la expresión en más de una ocasión de lo que fue una realidad social: el sincretismo racial: "Casada [Cecilia] con un mulato, descendería en su propia estimación y en la de sus iguales: porque tales son las aberraciones de toda sociedad constituida como la cubana" (p. 170). "Blanquearse", evitando así el *saltatrás* racial —y social— era el ideal de la abuela de Cecilia, Seña Chepa, y de Cecilia, como lo fue para la madre de la niña. Pese al fracasado intento de las tres de subir el escalón social, el esfuerzo que ponen en realizar el vislumbrado ideal, más la fe en él, establece la diferencia fundamental entre *stasis* y movilidad, o sea, entre Del Monte y Villaverde.

La naturaleza del sustrato social de *Cecilia Valdés* es el producto de la *lejanía,* idea clave de lo cubano según Cintio Vitier.[50] A las ya señaladas acepciones del término —*lejanía temporal, lejanía sociocultural*— Vitier indica una constelación de valores, de los cuales "nostalgia desde fuera (emigración)", "anhelos reminiscentes" e "intuición de lo otro"[51] caracterizan esta escritura narrativa. Es de suponer que Villaverde, "cubano...hasta la médula de los huesos"[52] sufrió, como el Apóstol cubano la influencia de sus años de residencia en Estados Unidos. En el caso de Villaverde, novelista de las costumbres de un país que se balanceaba sobre el precipicio de un volcán de conflictos y prejuicios raciales, de su experiencia norteamericana deben de haberle impresionado: los conflictos raciales, la guerra de Secesión, la libertad de prensa, la lectura libre y abundante de obras nacionales y foráneas, y la publicación de la novela *La Cabaña del tío Tom* por Harriet Beecher Stowe. En fin, desde lejos adquirió una visión de Cuba que nunca hubiera vislumbrado, ni siquiera vía "la lejanización radical del mundo"[53] desde adentro, interiorización intentaba mediante el escrutinio de horizontes ficticios por su compatriota y contemporáneo Julián del Casal.[54]

48*Escritos,* I, p. 194.

49*Escritos,* I, p. 201.

50*Lo cubano en la poesía.* Habana: Instituto del Libro, 1970, p. 574.

51*Loc. cit.*

52*Cecilia Valdés,* ed. Rodríguez Herrera, p. XI.

53Vitier, *Lo cubano en la poesía,* p. 574.

54V. Iván A. Schulman, "Casal's Cuban Counterpoint of Art and Reality", *Latin American Research Review,* XI (2, 1976), pp. 29-46.

IV

LA COSMOVISION SOCIAL

El elemento de *crisis* que consideramos indispensable para definir el contexto sociopolítico en el cual brota y alcanza su madurez la novela de Villaverde, es el mismo que mueve a los dirigentes de la cultura cubana de la época a proponer a los gobernantes de la isla reformas políticas y modificaciones económicas del sistema esclavista para el cual vislumbran un período de vida incierta y caduca.

En las letras esta conciencia de crisis se refleja en la determinación de los intelectuales criollos a formular pronunciamientos y recomendaciones teóricas apoyados en el principio clásico del *utile dulce,* y en el difundido principio decimonónico de la eficacia educacional de la literatura (el costumbrismo y el realismo) y los beneficios derivables de ella para corregir los excesos y males de la sociedad sin tocar los avances de la naciente burguesía, o sea, en el caso de Cuba, los intereses creados de la sacarocracia criolla en su papel antagonista frente a las autoridades de la corona. Las aspiraciones reformistas de los literatos constituyen una relación consolidada de clase con la sacarocracia, y una defensa de ella frente a la España colonial, y, en la isla, los comerciantes españoles. Si a este apoyo de los intereses económicos de los criollos, agregamos la preocupación general por el problema étnico— es decir, el crecimiento desproporcionado de negros en la isla —y la preferencia de los criollos por la reforma en lugar de la revolución, la totalidad revela la existencia de un programa social propuesto por los intelectuales en nombre de los criollos, ambos representativos de un concepto de la patria más que medianamente perfilada. Según Villaverde cuya perspicacia social captaba la dinámica nacional en términos de antítesis, frente a los criollos y los jóvenes intelectuales, coexistía una posición opuesta, la de la apatía representada en la novela por Leonardo Gamboa, el amante de Cecilia y "sus compañeros de estudios... [quienes] alcanzaban nociones muy superficiales sobre la situación de su patria en el mundo de las ideas y de los principios. Para decirlo de una vez su patriotismo era de carácter platónico, pues que [sic] no se fundaba en el sentimiento del deber, ni en el conocimiento de los propios derechos como ciudadano y como hombre libre". (p. 173). Las ideas alusivas a los *derechos del ciudadano* y sobre el hombre libre pertenecen a la etapa del exilio de Villaverde, y, difícilmente hubieran pasado la censura colonial si el novelista se hubiera atrevido a incluirlas en las versiones primigenias de *Cecilia Valdés.* Es igualmente patente por lo que ya hemos indicado que Villaverde, ya desde 1839, con su primer esbozo de *Cecilia Valdés* había captado en sus contextos más amplios y abarcadores la idea de la existencia de una sociedad *cubana* con distintivas normas morales, capas económicas, movilidad social y transferencias culturales infraestructurales:

La educación, y la cultura, que tan rápidos progresos hacen en las altas clases sociales, no morigeran, ni imprimen el mismo movimiento en las capas secundarias del pueblo, sino después de muchos años, pues la reciben por tasa y medida; de suerte que las ideas, los usos, las costumbres, cuando en éstas no se quedan estacionarias, adelantan muy poco, siendo así que en aquéllas han sufrido un cambio notable, prodigioso: de aqui el contraste, y la extrañeza que producen al revolverlas y sacarlas a luz el curioso investigador...[55]

En estos y otros pasajes el autor de *Cecilia Valdés* describe la existencia de una sociedad con tradiciones, costumbres, clases, sujetado todo a prejuicios y prioridades, pero, en consonancia con las filosofías transformistas del XIX, de vuelcos, metamorfosis —reflejo de una economía cuyos medios de producción, en especial la base de su mano de obra: la introducción del asalariado— se iba transformando a medida que se absorbían los últimos adelantos técnicos europeos o norteamericanos.

En las revistas y obras de este período se trasluce un análogo ambiente de crisis, de anhelada renovación, de expectación y tensión, sobre todo en *El Habanero, El Siglo,* la *Revista Bimestre;* en el *Centón epistolario* de Domingo Del Monte; las *Cartas a Elpidio* de Varela, en la *Historia de la esclavitud* por José Antonio Saco, y en las novelas, relatos, narraciones (v., el caso notable de la *Autobiografía* de Juan Francisco Manzano) de la década del 30. "El desarrollo de la riqueza insular, de la azucarera, principalmente, impone a la generación de los patricios (la de Varela, Heredia, Saco, Del Monte, Luz y Caballero) como quehacer generacional, la transformación de la *colonia de plantaciones* en una *nación*...[56] Y, esta idea de *nación,* llegada la década del 80 le permite a Villaverde crear una obra con cosmovisión y "un proyecto cultural opuesto a los valores establecidos",[57] suficientes ambos para constituir una excepción a la teoría propuesta por Angel Rama sobre la evolución de la novela hispanoamericana desde "el universo cultural del XIX [que]... no le permite a la novela alcanzar su forma, la de este momento histórico de la civilización europea, por lo cual América Latina carece estrictamente de novelas en el siglo XIX".[58] Es en el siglo XX, según Rama, cuando la novela adquiere su "requisita" autonomía, la cual asegura "el establecimiento de una forma literaria ajustada a la cosmovisión de los sectores medios emergentes".[59] Es-

[55]I, p. 52.

[56]José Antonio Portuondo, *Bosquejo histórico de las letras cubanas.* Habana: Ministerio de Relaciones Exteriores, 1960, p. 17.

[57]V. Angel Rama, "La formación de la novela latinoamerincana", *Sin Nombre,* IV (1974), p. 7.

[58]*Loc. cit.*

[59]Rama, "La formación de la novela latinoamericana", pp. 7-8. En un estudio reciente alusivo a Saco, Julio Le Riverand señala que ya en el momento del traslado del bayamés a la Habana (1817), existía en la capital una "débil y cambiante, movediza 'clase media' colonial que se formaba entonces con elementos terratenientes arruinados, o familiares pobres de los terrateniientes, o funcionarios y familiares de funcionarios, o también, de gente pobre protegida por terratenientes y alzados a posiciones intermedias por razón de su utilidad o de su cultura'. ["Valoración de Saco" pp. 143-144].

tos sectores, a nuestro modo de ver, empezaron a aparecer en la Cuba colonial antes del siglo xx, y fueron retratados en la novela de Villaverde.

V

CONTEXTO SOCIAL Y VEROSIMILITUD

Con estos sectores medios de clase/media preburguesía en mente más los gobernantes y militares españoles de la isla, los negros libres, los pardos, y los esclavos, Villaverde construye su calidoscopio social y capta algunos de los momentos más conflictivos de la etapa esclavista y colonial (1812-1830), los cuales, examinados con su lupa de aumento revelan un cuadro social de lujo carcomido, una sociedad carente de una ética y de una moral cristianas. Frente a este material el novelista no se arroga el papel de cronista, pero sí señala sus carices vedados y el fondo de elementos "silenciados", los cuales recogerá en su obra:

> *Los sucesos pasados, pues, así dentro como fuera de Cuba, los conatos de revolución en ésta, las resultas de la tremenda lucha por la libertad e independencia en el Continente, todo esto quedó sepultado en el misterio y en el olvido para la generalidad de los cubanos.* (p. 174).

Como novelista de la *lejanía,* goza de las mismas ventajas que su contemporáneo Saco; exiliado éste más de cuarenta años asume la misión de desenterrar la cosmovisión de una sociedad cerrada contra sí desde dentro. Historiador, costumbrista, lingüista[60] y novelista, Villaverde maneja la creación como descripción, evocación e insurrección cuyo proyecto orientador revela la ascendencia del concepto de la historia como filosofía.

En el empleo de este concepto el creador de *Cecilia Valdés* sigue las ideas de Herder, Hegel y la admiración de Del Monte por los literatos españoles que "dedicados a estudios históricos" se empeñaron en "vulgarizar en forma de novela los períodos más notables de la historia nacional".[61] Conceptualizar el arte narrativo de este modo, ya para Del Monte, ya para los seguidores de la teoría filosófica de la historia indicaba un proceso racional que además de presentar hechos históricos —el papel de cronista, rechazado por Villaverde— organizaba éstos en lo que Heredia llamaba el "estudio del hombre social"[62] de tal modo que se entendieran los resortes y móviles de los acon-

[60]V. p. ej. la discusión y tabulación de los planos sociolingüísticos de la Cuba del XIX en la ed. de *Cecilia Valdés* preparada por Olga Blondet Tudisco y Antonio Tudisco. Nueva York: Las Américas Publishing Company, 1964, pp. 31-36.

[61]Domingo del Monte, "Novela histórica" en Cintio Vitier, *La crítica literaria y estética en el siglo XIX cubano.* Habana: Biblioteca Nacional José Martí, 1968, I. p. 117.

[62]José María Heredia, "Ensayo sobre la novela" en Cintio Vitiera, *La crítica literaria y estética e nel siglo XIX cubano,* p. 161.

tecimientos fictivos. Es así que van enlazados en el concepto de la historia como filosofía los elementos de sociedad y de filosofía/historia, formando un todo *verídico.*[63]

En el retrato fidedigno de Cecilia Valdés, orquestado para exponer los aludidos "móviles" y "resortes", Villaverde se sirve de las tensiones y las emociones —amor, celos, odios— de las "clases" emergentes de la sociedad cubana: negros, mulatos, blancos; criollos, españoles; esclavos negros, negros libres. A estas divisiones sociales, raciales y económicas, motivos de pugna y envidia étnica y nacionales hay que agregar las diferencias que subraya el novelista entre el terrateniente del cafetal —el esclavista benigno (Isabel Ilincheta y sus tíos)— y el del ingenio —cruel, despótico, irracional (los Gamboa); la administración colonial (inepta, represiva), y las aspiraciones criollistas de los intelectuales (los delmontinos) y los vagos y fláccidos anhelos de la nueva generación (Leonardo Gamboa).

En la versión definitiva de *Cecilia Valdés* el novelista tiende a expresar en forma alegórica los atributos socio-étnicos y económicos de la colectividad en los personajes individuales, y a utilizar, como en los relatos antiesclavistas primitivos, el núcleo familiar y sus miembros individuales para representar los valores colectivos. En el caso de la familia Gamboa, Doña Rosa representaría la madre criolla, abierta, afectuosa, consentidora, el elemento criollo con sus defectos, pero de naturaleza sincera, víctima de sus circunstancias; Don Cándido, el padre, lo español, testarudo, taciturno, seco, la negación, el que engaña a la esposa inocente (lo criollo) y a la madre de Cecilia (lo mestizo); y Leonardo, el hijo veleidoso, tarambana, dado al goce, viene a ser el representante de la nueva generación criolla, despistada, pero buena, viciada por las lacras sociales de la esclavitud. Estos personajes son la "familia cubana" prototípica, y con sus esclavos aparecen como los seres del núcleo familiar de las clases dirigentes, el de las novelas de Suárez y Romero o de Tanco. En el "estudio del hombre social", examinado éste con los principios de la teoría de la historia filosófica, la familia (en sus acepciones mínimas y máximas: individuales y colectivas) sirve para simbolizar la moral en declive de una sociedad condenada y sin la esperanza de la obra reparadora de la nueva generación (e. g., Leonardo y sus condiscípulos).

Pero, a diferencia de sus contemporáneos de la década del 30, Villaverde, en términos de personajes rebasa los límites de una sola familia —la de Gamboa— y agrega a su mundo novelístico personajes como Seña Josefa, Cecilia, José Dolores Pimienta, Nemesia, María de Regla, Isabel Ilincheta, Dionisio. A este panorama tipológico, Villaverde, en su papel de costumbrista ofrece abundantes pinturas de los barrios de La Habana, la descripción de un cafetal, de un ingenio, el ritmo de las fiestas, bailes, calles del centro urbano, el interior de las casas pobres, la sastrería de los pardos (visita que ex-

[63] En varias ocasiones el novelista insiste sobre el elemento verídico como base de su historia. V. p. ej.: "El hecho [la pelea entre Tondá y Dionisio] es histórico en casi todos sus pormenores" (p. 676).

pone las tensiones y odios entre blancos, pardos y negros), la vida nocturna las aulas de la universidad, y, por fin, la experiencia "ausente", o *la dimensión carente* que aporta el exiliado enriquecido por *la cultura de la lejanía* que le sirve de medida comparativa.

En la "tela" de Villaverde la "segunda familia" es de estructura y lineamientos menos definidos (en contraste con los Gamboa); es una entidad humana que comprende al músico Pimienta, su hermana, Nemesia, Seña Chepa, Cecilia, el sastre Uribe y Seña Clara; es decir los marginados de la sociedad colonial, libres ante la ley, cuya existencia de pardos y mulatos pobres los condena a una indefinición precaria social. Seña Chepa en un momento de angustia expresa su *no-existencia* a Don Cándido: "Acuérdese lo que *semos:* nada" (p. 12). En contraste, el señor Uribe, más agresivo, pero "blanqueado" ideológicamente, se jacta de su linaje racial (p. 232) al recomendarle a Pimienta una actitud de resignación pacienzuda; pone su confianza en el cambio, en el inevitable —para él— momento de transformación social y política: "Los blancos vinieron primero y se comen las mejores tajadas; nosotros los de color venimos después y gracias que roemos los huesos. Deja correr, chinito, que alguna vez nos ha de tocar a nosotros. Esto no puede durar siempre así". (p. 231).

En todo lo que presenta Villaverde, el novelista da por sentado la idea clave de que ciertas condiciones y prácticas sólo las comprenderán en su totalidad degradante los que han experimentado o presenciado la institución de la esclavitud, pues ellas proceden, dice "del corazón de un pueblo esclavizado" (p. 261), con lo cual se refería no sólo a la situación del negro sino a la del blanco degradado hasta la fibra moral por el contacto con la esclavitud. En *Cecilia Valdés* no se trata de la decadencia de la familia (como en *Francisco* o *Petrona* y *Rosalía*) sino de la sociedad entera. Y, para justificar y explicar el funcionamiento de este sino funesto colectivo se sirvió Villaverde del concepto filosófico de la historia, y de la estructuración de su ficción de modo que la escritura ofreciera una *explicación* de los acontecimientos históricos.

Opuestos a la esclavitud, Villaverde y sus coetáneos ordenaron y *explicaron* las lacras de la sociedad cubana con un esquema ideológico que mostraba en forma implacable los pecados del padre y los de sus descendientes: los de Don Cándido, por ejemplo que se repiten en su hilo, Leonardo. Este patrón determinista es una especie de leit-motiv de la época que no debe confundirse con ni atribuirse a la influencia naturalista. En *El penitente* Villaverde alude a los pecados de uno de sus personajes y observa que "una mancha tan fea, como la que es de suponerse, cayó sobre el nacimiento de Isabel Cacagna, y sobre el nacimiento de sus hijas, influye más o menos siempre en la suerte de una familia, y aun reverdece y se propaga en muchas generaciones. . .".[64] Y, en *Cecilia Valdés,* Seña Chepa, reflexiona: "¿Sería posible que la nieta si-

[64]Habana: La Burgalesa, 1925, p. 39.

guiese el mismo camino y casi por los mismos medios se perdiese como su desventurada madre?" (p. 375).

Dada la frecuencia con que este concepto moral del determinismo se trasluce en las obras del período no sería aventurado afirmar que los contextos sociales señalaban la decadencia irremediable de Cuba sin la abolición de la esclavitud, abolición que no se produjo de modo definitivo hasta 1886.

En espera de este momento de liberación y limpieza moral, tanto individual como colectiva, los escritores de la generación de Villaverde cultivaron una literatura caracterizada por "extrañas historias de crímenes, relatos de alquimia, incestos, pastores que expían terribles pecados [y] un loco que inventa una máquina infernal".[65] De estas pesadillas está poblado el teatro social de *Cecilia Valdés* cuyos actores, en su vida privada experimentan la tragedia de las tensiones, antagonismos y engaños derivados de las represiones, negaciones, los silencios y vacíos de la sociedad colonial de Cuba.

[65]Mario Parajón en su "prólogo" a Cirilo Villaverde, *La joven de la flecha de oro.* Habana: Publicación de la Comisión Nacional Cubana de la UNESCO, 1962, p. 9.

CRITERIO DE ESTA EDICION

ESTA EDICION de *Cecilia Valdés* se basa en el texto establecido por Esteban Rodríguez Herrera en su edición crítica de la novela publicada en La Habana por la Editorial Lex en 1953. Sin violentar el texto hemos modernizado la ortografía y modificado las notas originales. De éstas —en conformidad con las normas establecidas por la Biblioteca Ayacucho— conservamos las observaciones doctas y acertadas, pero eliminamos las largas y abundantes exposiciones lingüísticas sobre modismos, verbos, preposiciones y las notas extensas e históricas sobre los sitios y las calles de la Habana. Agregamos otras sobre el léxico cubano del XIX, pensando en los posibles problemas que éste podría ocasionarle al lector no iniciado de la literatura colonial de Cuba.

Deseamos dejar constancia de nuestra gratitud a Angel Rama por su ayuda, confianza y, en especial, su paciencia extraordinaria, sin las cuales no hubiéramos podido llevar esta empresa a su debida conclusión. También quiero expresar mi agradecimiento a Erica Miles y a Fernando Burgos quienes me ayudaron en la preparación de la "Cronología" final, la "Bibliografía" y la labor mecanográfica. Y, finalmente, a mi esposa, Evelyn Picón Garfield, le agradezco su inspiración y ayuda constantes.

I. A. S.

CECILIA VALDES
O
LA LOMA DEL ANGEL

PROLOGO
(a la edición de 1882)

A las cubanas

Lejos de Cuba y sin esperanza de volver a ver a su sol, sus flores, ni sus palmas, ¿a quién, sino a vosotras, caras paisanas, reflejo del lado más bello de la patria, pudiera consagrar, con más justicia, estas tristes páginas?

EL AUTOR

Publiqué el primer tomo[1] *de esta novela en la imprenta Literaria de D. Lino Valdés a mediados del año de 1839. Contemporáneamente empecé la composición del segundo tomo que debía completarla; pero no trabajé mucho en él, tanto porque me trasladé poco después a Matanzas como uno de los maestros del colegio de La Empresa, fundado recientemente en dicha ciudad, cuanto porque, una vez allí, emprendí la composición de otra novela,* LA JOVEN DE LA FLECHA DE ORO, *que concluí e imprimí en un volumen el año de 1841.*

De vuelta en la capital el año de 1842, sin abandonar el ejercicio del magisterio, entré a formar parte de la redacción de EL FARO INDUSTRIAL *al que consagré todos los trabajos literarios y novelescos que se siguieron casi sin interrupción hasta mediados de 1848. En sus columnas, entre otros muchos escritos de diverso género, aparecieron en la forma de folletines:* EL CIEGO Y SU PERRO; LA EXCURSIÓN A LA VUELTA ABAJO; LA PEINETA CALADA; EL GUAJIRO; DOS AMORES; EL MISIONERO DEL CARONÍ; EL PENITENTE, *etc.*

[1]El único tomo de esta edición. En cuanto a ciertos elementos del argumento, existe una relación entre la edición de 1839 y la de 1882. Pero ésta es una obra con perspectiva distinta, producto de la madurez y de la experiencia histórica.

Pasada la medianoche del 20 de Octubre del último año citado, fui sorprendido en la cama y preso, con gran golpe de soldados y alguaciles por el comisario del barrio de Monserrate, Barreda; y conducido a la cárcel pública, de orden del capitán general de la isla, D. Federico Roncali.

Encerrado cual fiera en una oscura y húmeda bartolina, permanecí seis meses consecutivos, al cabo de los cuales, después de juzgado y condenado a presidio por la Comisión militar permanente como conspirador contra los derechos de la corona de España, logré evadirme el 4 de Abril de 1849, en unión de D. Vicente Fernández Blanco, reo de delito común, y del llavero de la cárcel, García Rey; quien de allí a poco fue causa de una grave dificultad entre los gobiernos de España y de los Estados Unidos. Por extraña casualidad, los tres salimos juntos, en barco de vela, del puerto de la Habana; pero nuestra compañía solo duró hasta la ría de Apalachicola, en la costa meridional de Florida, desde donde me encaminé por tierra a Savannah y Nueva York.

Fuera de Cuba, reformé mi género de vida: troqué mis gustos literarios por más altos pensamientos: pasé del mundo de las ilusiones al mundo de las realidades; abandoné, en fin, las frívolas ocupaciones del esclavo en tierra esclava, para tomar parte en las empresas del hombre libre en tierra libre. Quedáronse allá mis manuscritos y libros, que si bien recibí algún tiempo después, ya no me fue dado hacer nada con ellos; puesto que, primero como redactor de LA VERDAD, *periódico separatista cubano, luego como secretario militar del general Narciso López, llevé vida muy activa y agitada, ajena por demás a los estudios y trabajos sedentarios.*

Con el fracaso de la expedición de Cárdenas en 1850,[2] *el desastre de la invasión de Las Pozas*[3] *y la muerte del ilustre caudillo de nuestra intentona revolucionaria en 1851,*[4] *no cesaron, antes revivieron nuevos proyectos de li-*

[2]Por vez primera una expedición revolucionaria llega a las costas cubanas para propiciar la independencia de la isla, tratando de sublevar a sus habitantes. Tal fue el desembarco de Narciso López en Cárdenas, el 19 de mayo de 1850, al frente de unos 600 expedicionarios, en su mayoría extranjeros, que llegaron en el vapor *Creole.* Ondeó entonces la bandera cubana, que luego había de pasear triunfante desde Oriente hasta Occidente, en la famosa marcha de la Invasión. Tras algunas escaramuzas con soldados de la guarnición, el general López se reembarcó a las pocas horas, abandonando la ciudad (Nota de E. Rodríguez Herrera).

[3]No obstante el fracaso anterior sufrido en Cárdenas, Narciso López volvió a Cuba con una expedición revolucionaria compuesta de unos 500 hombres, desembarcando el 12 de agosto de 1851, esta vez en un lugar nombrado las *Playitas del Morrillo,* en el barrio de las *Pozas,* cerca de Bahía Honda, Prov. de Pinar del Río. Le acompañaba el general Quitman, y a su encuentro salió el general español Enna con cinco mil soldados, resultando muerto en la acción librada en el *Cafetal de Arías,* aunque fueron al fin vencidos los invasores, quienes se dispersaron en parte al no poder reembarcarse todos. Condenados en Consejo de Guerra, unos 50 fueron fusilados con el Coronel Crittenden a la cabeza, en las faldas del castillo de Atarés; agarrotado el general López el 1º de septiembre en el campo de la Punta, en garrote vil y deportados otros. Así pudo llamarse *desastre* a la temeraria invasión de *las Pozas.* (Nota de E. Rodríguez Herrera).

[4]El calificativo de "ilustre" hace pensar que se trate de don Joaquín Agüero, camagüeyano, fusilado en la Sabana de Arroyo Méndez, con otros compañeros, el 12 de agosto de 1851, gobernando a Cuba el general Concha. En el propio año fue asimismo fusilado

bertar a Cuba, que venían acariciando los patriotas cubanos desde muy al principio del presente siglo. Todos, sin embargo, cual los anteriores, terminaron en desastres y desgracias por el año de 1854.

En 1858 me hallaba en la Habana tras nueve años de ausencia. Reimpresa entonces mi novela Dos Amores, *en la imprenta del Señor Próspero Massana, por consejo suyo acometí la empresa de revisar, mejor todavía, de refundir la otra novela,* Cecilia Valdés, *de la cual sólo existía impreso el primer tomo y manuscrita una pequeña parte del segundo. Había trazado el nuevo plan hasta sus más menudos detalles, escrito la advertencia y procedía al desarrollo de la acción, cuando tuve de nuevo que abandonar la patria.*

Las vicisitudes que se siguieron a esta segunda expatriación voluntaria, la necesidad de proveer a la subsistencia de la familia en país extranjero, la agitación política que desde 1865 empezó a sentirse en Cuba, las tareas periodísticas que luego emprendí, no me concedieron ánimo ni vagar para entregarme a la obra larga, sin expectativa de lucro inmediato, y por lo mismo tediosa, que demandaba el expurgo, ensanche y refundición de la más voluminosa y complicada de mis obras literarias.

Tras la nueva agitación de 1865 a 1868 vino la revolución del último año nombrado y la guerra sangrienta por una década en Cuba, acompañada de las escenas tumultuosas de los emigrados cubanos en todos los países circunvecinos a ella, especialmente en Nueva York. Como antes y como siempre, troqué las ocupaciones literarias por la política militante, siendo así que acá desplegaban la pluma y la palabra al menos la misma vehemencia que allá el rifle y el machete.

Durante la mayor parte de esa época de delirio y de sueños patrióticos, durmió, por supuesto, el manuscrito de la novela. ¿Qué digo? No progresó más allá de una media decena de capítulos, trazados a ratos perdidos, cuando el recuerdo de la patria empapada en la sangre de sus mejores hijos, se ofrecía en todo su horror y toda su belleza y parecía que demandaba de aquellos que bien y mucho la amaban, la fiel pintura de su existencia bajo el triple punto de vista físico, moral y social, antes que su muerte o su exaltación a la vida de los pueblos libres, cambiaran enteramente los rasgos característicos de su anterior fisonomía.

De suerte que, en ningún sentido puede decirse con verdad que he empleado cuarenta años (período cursado de 1839 a la fecha) en la composición de la novela. Cuando me resolví a concluirla, habrá dos o tres años, lo más que he podido hacer ha sido despachar un capítulo, con muchas interrupciones, cada quince días, a veces cada mes, trabajando algunas horas entre semana y todo el día los domingos.

otro caudillo, el Teniente Coronel de Milicias nombrado Isidoro Armenteros, de Trinidad; quien, prisionero de los españoles, fue ejecutado en unión de otros compañeros el 18 de agosto, seis días después del fusilamiento de Agüero. (Nota de E. Rodríguez Herrera).

Con esta manera de componer obras de imaginación no es fácil mantener constante el interés de la narrativa, ni siempre animada y unida la acción, ni el estilo parejo y natural, ni el tono templado y sostenido que exigen las producciones del género novelesco. Y tal es uno de los motivos que me impelen a hablar de la novela y de mí.

El otro es que, después de todo, me ha salido el cuadro tan sombrío y de carácter tan trágico, que, cubano como soy hasta la médula de los huesos, y hombre de moralidad, siento una especie de temor o vergüenza presentarlo al público sin una palabra explicativa de disculpa. Harto se me alcanza que los extraños, dígase, las personas que no conozcan de cerca las costumbres ni la época de la historia de Cuba, que he querido pintar, tal vez crean que escogí los colores más oscuros y sobrecargué de sombras el cuadro por el mero placer de causar efecto a lo Rembrandt, o a lo Gustavo Doré. Nada más distante de mi mente. Me precio de ser, antes que otra cosa, escritor realista, tomando esta palabra en el sentido artístico que se le da modernamente.

Hace más de treinta años que no leo novela ninguna, siendo W. Scott y Manzoni los únicos modelos que he podido seguir al trazar los variados cuadros de CECILIA VALDÉS. *Reconozco que habría sido mejor para mi obra que yo hubiese escrito un idilio, un romance pastoril, siquiera un cuento por el estilo de Pablo y Virginia, o de Atala y Renato; pero esto, aunque más entretenido y moral, no hubiera sido el retrato de ningún personaje viviente, ni la descripción de las costumbres y pasiones de un pueblo de carne y hueso, sometido a especiales leyes políticas y civiles, imbuido en cierto orden de ideas y rodeado de influencias reales y positivas. Lejos de inventar o de fingir caracteres y escenas fantasiosas, e inverosímiles, he llevado el realismo, según lo entiendo, hasta el punto de presentar los principales personajes de la novela con todos sus pelos y señales, como vulgarmente se dice, vestidos con el traje que llevaron en vida, la mayor parte bajo su nombre y apellido verdaderos, hablando el mismo lenguaje que usaron en las escenas históricas en que figuraron, copiando, en lo que cabía "d'apres nature", su fisonomía física y moral, a fin de que aquellos que los conocieron de vista o por tradición los reconozcan sin dificultad y digan cuando menos: el parecido es innegable.*

Apenas si he aspirado a otra cosa. Lo único que debo agregar en descargo de mi conciencia, por si alguien juzgare que la pintura no tiene nada de santa ni de edificante, es que, al situar la acción de la novela en el teatro habanero y época corrida de 1812 a 1831, no encontré personajes que pudieran representar con mediana fidelidad el papel, por ejemplo, del payo Lorenzo, o el del pacato de D. Abundio, o el del enérgico padre Cristóbal, o el del santo arzobispo Carlos Borromeo; al paso que abundaban los que podían pasar, sin contradición, por fieles copias de los Canoso, los Tramoya y los D. Rodrigo, matones, bravos y libertinos, cuya generación parece ser de todos los países y de todas las épocas.

Tampoco ha de achacarse a falta del autor si el cuadro no ilustra, no escarmienta, no enseña deleitando. Lo más que me ha sido dado hacer es abstenerme

de toda pintura impúdica o grosera, falta en que era fácil incurrir, habida consideración a las condiciones, al carácter y a las pasiones de la mayoría de los actores de la novela; porque nunca he creído que el escritor público, en el afán de parecer fiel y exacto pintor de las costumbres, haya de olvidar que le merecen respeto la virtud y la modestia del lector.

Por lo demás, la obra que ahora sale a luz completa, no contiene todos los defectos de lenguaje y de estilo que sacó el primer tomo impreso en la Habana; si hay mayor corrección y verdad en la pintura de los caracteres, si resultan eliminadas ciertas escenas y frases de escasa o dudosa moralidad, si el tono general de la composición es más uniforme y animado, débese en mucha parte a los consejos de mi esposa, con quien he podido consultar capítulo tras capítulo, a medida que los iba concluyendo.

C. VILLAVERDE

Nueva York, mayo 1879.

PRIMERA PARTE

CAPITULO I

Tal es el fruto de la culpa, Tello, cosecha de dolor.

SOLÍS

HACIA EL OSCURECER de un día de noviembre del año 1812, seguía la calle de Compostela en dirección del norte de la ciudad, una calesa tirada por un par de mulas, en una de las cuales, como era de costumbre, cabalgaba el calesero negro. El traje de éste, las guarniciones de aquélla y los ornamentos de plata maciza, mostraban a las claras que era rica la persona a que pertenecía tan lujoso equipaje. Prendida estaba de los calamones, no sólo por el frente, sino también por un costado y hasta la mitad del otro, la cortina o capacete de paño con banda de vaqueta. Sea el que fuese quien ocupaba el carruaje a la sazón, no puede negarse que tenía interés en guardar la incógnita, aunque parecía excusada la precaución, por cuanto no había alma viviente en las calles, ni se divisaba otra luz que la de las estrellas, o la artificial de algunas casas que se escapaba por las anchas rendijas de las puertas cerradas.

Pararon de repente las mulas al trote en la esquina del callejón de San Juan de Dios y salió a espacio[1] y con no poco trabajo de la calesa un caballero alto, bien puesto, vestido de frac negro abotonado hasta el cuello, dejando ver por debajo del chaleco o chupa de color claro, pantalones de *carranclán*[2] de pie, corbatín de cerda y sombrero de castor con copa enorme y ala angosta. Por lo que podía distinguirse en aquella media luz de las estrellas, las facciones más notables del hombre eran la nariz, que tenía aguileña, los ojos bastante vivos, el rostro ovalado y la barba pequeña. El color de ésta y el del cabello, las sombras del sombrero y de las paredes alterosas del convento vecino, lo oscurecían tal vez sin ser negro.

[1]Despacio.
[2]Tejido hecho del abacá mezclado con seda.

—Sigue hasta la calle de lo Empedrado —dijo el caballero en tono imperioso, más bajo, apoyando la mano izquierda en la silla de la mula de varas—, y espera inmediato a la esquina. En caso que diese la ronda contigo, di que perteneces a D. Joaquín Gómez y que aguardas sus órdenes. ¿Entiendes, Pío?

—Sí, señor —contestó el calesero; quien desde que empezó a hablar su amo tenía el sombrero en la mano.

Y siguió al paso de las mulas hasta el punto que le indicó aquél.

El callejón de San Juan de Dios se compone de dos cuadras solamente, cerrado por un extremo en las paredes del convento de Santa Catalina y por el otro en las casas de la calle de la Habana. El hospital de San Juan de Dios, que le da nombre, y que por sus altas y cuadradas ventanas siempre deja salir el vaho caliente de los enfermos, ocupa todo un lado de la segunda cuadra, y los otros, tres casitas pequeñas de tejas coloradas y un solo piso, el de las últimas en particular más alto que el nivel de la calle, con uno y dos escalones de piedra a la puerta. Las de mejor apariencia de ellas eran las de la primera cuadra, entrando de la calle de Compostela. Eran todas de un mismo tamaño, poco más o menos, de una sola ventana y puerta, éstas de cedro con clavos de cabeza grande, pintadas de color de ladrillo; aquéllas, o de espejo o volada y de balaustres de madera gruesa. El piso de la calle se hallaba en su estado primitivo y natural, pedregoso y sin banquetas.

El caballero desconocido, arrimado a las paredes, debajo de los salientes aleros de tejas, se detuvo a la puerta de la tercera casita de su derecha y dio dos golpecitos con la punta de los dedos. Allí sin duda le aguardaban, porque tardaron en abrir lo que tardó en pasar de la ventana a la puerta la persona que quitó la tranca con que se cerraba por dentro. Esa resultó ser la ama de la casa; mulata como de 40 años de edad, de estatura mediana, llena de carnes, aunque conservaba el talle estrecho, los hombros redondos y desnudos, la cabeza hermosa, la nariz algo gruesa, la boca expresiva y el cabello espeso y muy crespo. Vestía camisa fina bordada, de manga corta, y enaguas de sarga sin pliegues ni adorno ninguno.

Había pocos muebles en la sala: arrimada a la pared de la derecha una mesa de caoba, sobre la cual ardía un vela de cera dentro de una guardabrisa o fanal, y varias sillas pesadas de cedro con asiento y respaldo de vaqueta, clavados con tachuelas de cobre. En aquella época esto se tenía por lujo, mucho más tratándose de una mujer de color, que ocupaba aquella habitación como ama y no como criada. El caballero no le dio la mano al entrar, sólo le hizo un saludo grave sin dejar de ser gracioso y amable; lo que sin disputa era aún más extraño, pues aparte de su diferencia de condición y de raza, la de sus edades respectivas era notable a primera vista y no cabía entre ellos otra relación que la de la amistad, más o menos sincera y desinteresada. En seguida preguntó en tono triste y acercándose a la mujer cuanto podía, a fin de no levantar la voz, que la tenía algo bronca:

—¿Y qué tal la enferma?

La mulata sacudió la cabeza con aire todavía más triste y contestó con tres monosílabos:

—¡Ah!, muy mal.

Algo más animada, aunque sin despejársele el semblante, agregó poco después:

—¿No se lo dije al señor? *Entodavía*[3] ha de acabar con ella el golpe.

—Pues qué —replicó desazonado el caballero—, ¿no me dijo V. anoche que estaba mejor y más tranquila?

—Lo estaba, sí, señor; pero la mañana la ha pasado muy *desinquieta* y agitada. Decía que le daban calor las sábanas, que le ardía la cabeza, y varias veces ha tratado de salirse de la cama, buscando aire. De manera que fue preciso mandar por el médico. Vino y recetó un calmante: lo tomó, porque la pobrecita toma cuanto le dan. De sus resultas ya se duerme como una piedra, ya *dispierta* sobresaltada. ¡Ay, señor, su sueño se parece tanto a la muerte! Me da miedo, mucho miedo. Yo se lo decía al señor desde un principio, el golpe era demasiado para ella. Esa muchacha no tiene fuerzas para soportarlo. ¡Ah mi señor, de esta hecha[4] la perdemos, lo estoy mirando; me lo ha dado el corazón.

Y no dijo más, porque la emoción le ahogó la voz en la garganta.

—Veo que V. se acordaba, *señá* Josefa —dijo el desconocido con dulzura y sentimiento—. ¿Pues no ha tratado V. de convencerla de que la separación es sólo por muy corto tiempo? No es ella ninguna chiquilla . . .

—¡Que si no he tratado! El señor parece que no la conoce *entodavía.* Ella no oye razones. Es la más voluntariosa y cabecidura que ha nacido. Además, *dende* ese lance no está en su cabal juicio y razón. ¿El señor mismo no trató aquella noche fatal de consolarla y tranquilizarla? ¿Y qué sacó? Acuérdese lo que *semos*: nada El señor va a ver por sus propios ojos que se escogió mal el momento de someterla a semejante prueba. No se habían pasado los cuarenta días y luego tenía una calentura que volaba. Sí —concluyó ya del todo conmovida y llorosa—, me tengo tragado que de ésta no sale ella con juicio o con vida.

—Dios querrá, *señá* Josefa, que no se realicen tan funestos pronósticos —dijo el caballero preocupado—. Después de breve rato añadió: —Ella es joven y robusta, y todavía la naturaleza triunfará de todos sus males y penas. Fío más en esto que en la ciencia oscura de los médicos. Aparte de eso, V. sabe que se ha hecho lo hecho por el bien de todos, mejor dicho . . . Más adelante me lo agradecerán, estoy seguro. Yo no podía ni debía darle mi nombre. No, no —repitió como azorado del eco de su propia voz—. Nadie mejor que V. lo sabe. V. que es mujer de razón,[5] conocerá y confesará que así tenía que ser. Es preciso que la chica lleve un nombre, nombre de que no tenga que avergonzarse

[3]En lugar de *entoavía,* ultracorrección que emplea el autor para indicar la condición "libre" de *ña* Chepilla.

[4]De esta vez; ahora sí.

[5]En esta época se aplicaba el término *de razón* al esclavo o al negro libre, inteligente y con cierta educación.

mañana, ni esotrodía, el de Valdés, con que quizás haga un buen casamiento. Para ello no había más remedio sino pasarla por la Real Casa Cuna.[6] Esto no ha podido ser más doloroso para la madre, bien lo sé, que para . . . todos nosotros. Pero dentro de breves días la habrán bautizado y entonces haré que la traiga aquí María de Regla, mi negra, que tres meses hace perdió un hijo del mal de los siete días,[7] y la está amamantando en la Casa Cuna por orden mía. Ella la devolverá sana, salva y cristiana a los brazos de su madre. Yo tengo arreglado todo eso con Montes de Oca, el médico de la Real Casa, por quien a menudo sé de la chica. Al principio lloraba mucho y se negaba a tomar el pecho de María de Regla, por lo que enflaqueció un poco. Pero ya todo se ha pasado y ahora está gorda y rozagante, es decir, según me ha informado Montes de Oca, porque yo no la he visto desde la noche en que la hice pasar por el torno . . . Los ojos se me fueron tras ella. Es indecible cuánto me costó ese paso . . . Pero, a otra cosa. V. sabe, sin embargo, que no cabe equivocación.

—Demasiado que lo sé —dijo la mulata enjugándose las lágrimas—. No puede equivocarse, no. Por lo tocante a eso estoy tranquila, como que a pesar de sus chillidos, que me partían el alma, le hice la media luna azul en el hombro izquierdo, según el señor me ordenó. Yo no sé a quién le dolería más, si a ella o a mí . . . La madre, la madre, mi señor, es la que me tiene sin sosiego. Ella no puede resistir. De por fuerza pierde el juicio o la vida. Yo se lo repito al señor.

Señá Josefa, como la llamó el desconocido, se conocía que era mujer inteligente, si bien por el descuido de su educación incurría a menudo en las faltas de lenguaje comunes al vulgo de las gentes en Cuba. A pesar de la madurez de sus años y de sus pesares, conservaba las muestras de una juventud bella y distinguida, buenos ojos, la expresión amorosa de la boca y la redondez del cuello, de los hombros y de los brazos. Tenía el color cetrino que resulta de la mezcla de hembra negra y varón indio; pero lo crespo del pelo y el óvalo del rostro no admitían la probabilidad de semejante maridaje, sino el de madre negra y padre blanco. Cuando joven llevó vida acomodada, tuvo goces y se rozó con gente bien criada y de buenas maneras. Honda debía ser la pesadumbre que a la sazón la aquejaba, según eran la frecuencia de sus suspiros, la contracción repetida de su entrecejo y la abundancia del humor acuoso en que nadaban sus grandes ojos y le empañaban el brillo. Por lo demás, había en su actitud más desesperación que verdadero pesar. En efecto, como luego veremos, tenía razón sobrada para lo uno y no le faltaba para lo otro.

Hacía rato que ambos personajes estaban callados, cada cual con sus propios pensamientos, que de seguro no coincidían en ningún punto, a tiempo que se oyeron un lamento y un grito desgarrador salidos del interior de la casa. La mujer hizo una exclamación dolorosa, se llevó ambas manos a la cabeza y corrió como desalada por el primer aposento al segundo cuarto. Maquinalmente el caballero hizo con las manos el mismo movimiento y siguió sus pasos en silen-

[6]Se les daba a todos los niños recogidos en esta Casa de expósitos el apellido *Valdés*.
[7]El tétanos infantil.

cio, aunque a cierta distancia. Allí no había más luz que la mortecina de una lamparita de aceite en una mesa, sobre la cual se veía un nicho o retablo de titiritero, donde se veneraba una figura de talla, con traje talar o de mujer, que miraba al cielo y tenía clavada en el pecho una espada cuya empuñadura parecía de plata. En el lado opuesto había un catre con colgaduras de seda ya ajadas, y a la cabecera una silla de cuero, que en el momento que entró allí *señá* Josefa la había desocupado una anciana negra, escuálida, imagen de la muerte, cuya cabeza blanca contrastaba con el ébano de su cuello largo y huesoso. Tenía en la mano derecha un rosario y varios escapularios al pecho sobre la camisa blanca; ciñéndola el talle de la falda de cañamazo una correa negra y larga a lo fraile Agustino. Estaba como embebida o rezando con gran fervor, y al tocarle en el hombro *señá* Josefa, alzó de repente la cabeza, la volvió hacia la puerta del aposento, vio en ella de pie al desconocido, hizo un movimiento de horror o de susto y desapareció por la puerta del fondo sin decir palabra.

Ocupó su lugar *señá* Josefa. Abrió con tiento las cortinas del lecho, y por señas indicó al caballero que se acercara; lo que hizo éste, al parecer, con repugnancia. Los ojos de ambos se clavaron en el rostro pálido de una muchacha de 20 años, yaciente boca arriba y aparentemente muerta. Porque no se movía a la sazón, tenía los ojos hundidos y cerrados los párpados, cuyas pestañas eran tan largas que daban sombra a las mejillas. La cabeza era lo único que tenía fuera de las sábanas, y eso casi enterrada en la almohada, la cual desaparecía bajo una mata de pelo negro, undoso y esparcido por todas partes en el mayor desorden. De en medio de aquel fondo negro se destacaba el rostro ovalado, pálido de cera, de la enferma, con la barba aguda, la frente cuadrada y alta, la boca pequeña, los labios belfos, y la nariz bastante bien hecha para mujer de raza mezclada, como sin duda era aquella de que ahora se trata. El conjunto era bueno, femenil; pero había tal expresión de angustia y melancolía en el semblante marchito por la enfermedad, que daba lástima el contemplarle. Movido por este sentimiento tal vez *señá* Josefa dijo al oído del caballero: Se ha dormido.

La contestación del caballero fue sacudir la cabeza negativamente, acaso porque en aquel instante creyó notar un temblor convulsivo que recorría de pies a cabeza todo el cuerpo de la paciente. Tras el temblor empezó a levantársele el pecho, movimiento fácil de percibir por encima de la sábana, como una ola en mar sereno que repunta de repente, y precursor del suspiro que exhaló en seguida del fondo del corazón, acompañado de un gemido doloroso y agudo. Comprendiendo el caballero lo que debía sobrevenir, sin poderlo remediar, apartó primero la vista y disimulada y paulatinamente se retiró a los pies de la cama. Incorporada en aquel instante la enferma, exclamó con aire de espanto:

—¡Mamita! ¿Era su merced?

—¡Hija mía! ¿Qué quieres? ¿Estás mejor?

—¡Ah!, Mamita! —prosiguió la muchacha en el mismo aire de azorada—. La he visto, la acabo de ver. Sí, no me queda duda. ¡Ahí está! —agregó seña-

lando al cielo—. ¡Se va! ¡Me la llevan! Debe estar muerta. ¡Ay! —Y se le escapó otro grito desgarrador.

—¡Hija! —le observó la madre afligida—. *Dispierta.* Tú estás soñando o esas son ilusiones tuyas.

—Venga acá, mamita, mire su merced misma.

Diciendo esto la atraía a sí por el brazo.

—¡Véala! ¿No es aquella la Virgen Santísima dentro de una nube dorada, con los pies desnudos, apoyados en las alas de infinitos ángeles? Ella es. ¡Mire! Por aquí. ¡Allá! Vea. ¡Se eleva!

—Visiones, hija mía. No hagas caso. Acuéstate y descansa.

—¿Cómo quiere su merced que me acueste si veo que se llevan a mi hija, la hija de mis entrañas?

—¿Pero quién se la lleva, mi vida?

—¿Quién se la lleva? ¿Pues no lo ve su merced? La Virgen Santísima. Se la lleva en los brazos. Debe estar muerta. ¡Ah!

—Ella no se ha muerto, no lo creas —le dijo débilmente *señá* Josefa, pues sobre este punto no estaba más segura que la enferma—. Tu niña está viva y pronto la verás. Esos son sueños tuyos.

—Sueños, sueños —repitió la muchacha, distraída—. ¿Yo soñaba? ¿No será más que un sueño? Pero, ¿y mi hija? ¿Dónde está ¿Por qué me la han quitado? Y de que yo la perdiera su merced tiene la culpa —concluyó diciendo con iracundo ademán y acento.

No tuvo valor *señá* Josefa para replicar palabra, bien por no irritar más a la enferma con una contradición poco menos que inútil, bien porque la acusación era directa y fundada. Sólo acertó a volver los ojos hacia su derecha, con lo que los de la enferma naturalmente tropezaron con el bulto oscuro del desconocido, que hacía por ocultarse tras las colgaduras de la cama.

—¿Quién está ahí? —preguntó apuntando con el dedo—. ¡Ah! El es, el ladrón de mi hija! ¡Mi verdugo! ¿Qué vienes a buscar aquí? Vienes, basilisco, a gozarte en tu obra? A tiempo llegas. Gózate a tus anchas. Mi hija ha volado al cielo; lo sé; de ello estoy convencida; yo la seguiré muy pronto; pero tú, tú, causa de nuestra condenación y muerte, tú bajarás . . . al infierno.

—Jesús —exclamó *señá* Josefa santiguándose—. Tú no sabes lo que dices. Calla.

Y anegada en lágrimas se arrojó sobre su hija con el doble objeto de impedirle que se levantara y de que siguiera en aquella terrible increpación contra el caballero desconocido. Por prudencia o por remordimiento, éste callaba e inclinó más la cabeza. El, de todos modos, estaba muy disgustado y luchaba consigo mismo a fin de tomar una resolución. Porque, previéndolo, había venido a ponerse al alcance de las recriminaciones, al parecer justas, de la enferma, quien, aunque delirante, le echaba en cara la pérdida de su hija y la ruina de su razón. Mas no hizo por defenderse. Se sentía, al contrario, humillado, altamente ofendido, por cuanto siendo sus intenciones las más puras, guiadas por el deseo del bien de todos los inmediatamente interesados, las

resultas llevaban camino de ser muy desastrosas. A los ojos de su propia conciencia la justificación era fácil; el mundo sin embargo, debía juzgarle por los hechos. Y a este juicio le tenía él horror cerval.

Continuaba entre tanto la lucha entre la madre y la hija. Esta, con los ojos de espantada, los cabellos desgreñados, la frente cubierta de sudor copioso, las mejillas encendidas por la fiebre, repelía con ambas manos a la madre y le repetía: —Déjeme, mamita, déjeme ver esa cara de hereje. Quiero pedirle cuenta de mi hija. El me la ha quitado, él, entrañas de fiera.— Y la madre siempre inundada en lágrimas estrechándola en sus brazos, le respondía: —por el amor de Dios, hija mía, por la Purísima Concepción de María Santísima, por tu salud, por la de tu hija, que vive y está buena; cállate, tranquilízate. Yo te lo ruego por lo que más quieras.

Pero como se prolongase demasiado aquella lucha, se acercó el caballero a la cama, tomó en la suya una mano de la enferma, la cual ella no rechazó, y con voz grave, mas llena de exquisita ternura, le dijo:

—Charo, óyeme. Te prometo que mañana verás a tu hija. Vuelve en ti. ¡Cálmate! No más locuras.

Séase que de tanto bregar se le agotasen las fuerzas, séase que le impusiese respeto la voz del desconocido, es lo cierto que la enferma, exhalando un profundo suspiro, cayó repentinamente de espaldas en la almohada y allí quedó por breve rato sin movimiento. No creyó menos la madre, al pronto, sino que había expirado. Púsole con ese motivo la mano en el corazón, y como, ya por el susto, ya porque en efecto se le había paralizado la sangre en las venas a la paciente, no sintió por unos instantes las pulsaciones. Así que, grandemente asustada, se volvió para el caballero, que al parecer contemplaba impasible aquella escena muda, y con acento de amarga reconvención le dijo:

—¿Lo ve el señor? Está muerta.

No fue esto parte a hacerle perder al caballero su natural ecuanimidad. Lejos de ello, con mucha calma y deliberación le tomó el pulso a la muchacha, a guisa de médico, y después dijo:

—Traiga V. éter. Se ha desmayado. Esta moza está muy débil, necesita alimento.

—El médico lo ha prohibido —observó *señá* Josefa.

—El médico no sabe lo que se pesca. Dele V. caldo. Pero despache con el éter.

Traído el álcali volátil, se le aplicaron a la nariz; pero las únicas señales de vida que dio la muchacha fue un estremecimiento de los párpados, que no abrió por cierto, y un llorar en silencio, o hilo a hilo, según reza la gráfica expresión vulgar. Mientras esto pasaba delante de la cama de la enferma, asomó la cabeza blanca por entre la puerta del fondo, medio abierta, la anciana negra antes mencionada; pero la retiró de golpe persignándose cual si viese al diablo, sin duda porque aún estaba allí el caballero desconocido. Al fin, éste se alejó de aquel sitio de dolor y de tribulación, saludó a *señá* Josefa con una mera inclinación de cabeza, y salió a la calle murmurando en su despecho:

—¡Y nadie más que yo tiene la culpa!

CAPITULO II

Sola soy, sola nací,
Sola me tuvo mi madre,
Sola me tengo de andar
Como la pluma en el aire.

Algunos años adelante, mejor, uno o dos después de la caída del segundo breve período constitucional,[1] en que quedó establecido el estado de sitio de la Isla de Cuba y de Capitán General de la misma D. Francisco Dionisio Vives,[2] solía verse por las calles del barrio del Angel una muchacha de unos once a doce años de edad, quien, ya por su hábito andariego, ya por otras circunstancias de que hablaremos en seguida, llamaba la atención general.

Era su tipo el de las vírgenes de los más célebres pintores. Porque a una frente alta, coronada de cabellos negros y copiosos, naturalmente ondeados, unía facciones muy regulares, nariz recta que arrancaba desde el entrecejo, y por quedarse algo corta alzaba, un si es no es, el labio superior, como para dejar ver dos sartas de dientes menudos y blancos. Sus cejas describían un arco y daban mayor sombra a los ojos negros y rasgados, los cuales eran todo movilidad y fuego. La boca tenía chica y los labios llenos, indicando más voluptuosidad que firmeza de carácter. Las mejillas llenas y redondas y un hoyuelo en medio de la barba, formaban un conjunto bello, que para ser perfecto sólo faltaba que la expresión fuese menos maliciosa, si no maligna.

De cuerpo era más bien delgada que gruesa, para su edad antes baja que crecida, y el torso, visto de espaldas, angosto en el cuello y ancho hacia los hombros, formaba armonía encantadora, aun bajo sus humildes ropas, con el estrecho y flexible talle, que no hay medio de compararle sino con la base de

[1]1820-1823.
[2]El 2 de mayo de 1823.

una copa. La complexión podía pasar por saludable, la encarnación viva, hablando en el sentido en que los pintores toman esta palabra, aunque a poco que se fijaba la atención, se advertía en el color del rostro, que sin dejar de ser sanguíneo había demasiado ocre en su composición, y no resultaba diáfano ni libre. ¿A qué raza, pues, pertenecía esta muchacha? Difícil es decirlo. Sin embargo, a un ojo conocedor no podía esconderse que sus labios rojos tenían un borde o filete oscuro, y que la iluminación del rostro terminaba en una especie de penumbra hacia el nacimiento del cabello. Su sangre no era pura y bien podía asegurarse que allá en la tercera o cuarta generación estaba mezclada con la etíope.

Pero de cualquier manera, tales eran su belleza peregrina, su alegría y vivacidad, que la revestían de una especie de encanto, no dejando al ánimo vagar sino para admirarla y pasar de largo por las faltas o por las sobras de su progenie. Nunca la habían visto triste, nunca de mal humor, nunca reñir con nadie; tampoco podía darse razón dónde moraba ni de qué subsistía. ¿Qué hacía, pues, una niña tan linda azotando las calles día y noche, como perro hambriento y sin dueño? ¿No había quien por ella hiciera ni rigiera su índole vagabunda?

Entre tanto, la chica crecía gallarda y lozana, sin cuidarse de las investigaciones y murmuraciones de que era objeto, y sin caer en la cuenta de que su vida callejera, que a ella le parecía muy natural, inspiraba sospechas y temores, si no compasión a algunas viejas; que sus gracias nacientes y el descuido y libertad con que vivía alimentaban esperanzas de bastardo linaje en mancebos corazones, que latían al verla atravesar la plazuela del Cristo, cuando a la carrerita y con la sutileza de la zorra hurtaba un bollo[3] o un chicharrón a las negras que de parte de noche allí se ponen a freírlos; o cuando al descuido metía la pequeña mano en los cajones de pasas de los almacenes de víveres en las esquinas de las calles; o cuando levantaba el plátano maduro, el mango o la guayaba del tablero de la frutera; o cuando enredaba el perro del ciego en el cañón de la esquina, o le encaminaba a San Juan de Dios si iba para Santa Clara: que todas estas eran travesuras dignas de celebración en una niña de su edad y parecer.

Su traje ordinario, no siempre aseado, consistía en falda de zaraza, sin más pañizuelo[4] ni otro calzado que unas chancletas, las cuales anunciaban de lejos su aproximación, porque sonaban mucho en las banquetas de piedra de las pocas calles que entonces tenían tales adornos. Llevaba también el cabello siempre suelto y naturalmente rizado. El único ornamento de su cuello era un rosario de filigrana, especie de gargantilla, con una cruz de coral y oro pendiente; memoria de la madre cara y desconocida.

A pesar de aquella vida suya y de aquel traje, parecía tan pura y linda, que estaba uno tentado a creer que jamás dejaría de ser lo que era, cándida niña en cabello,[5] que se preparaba a entrar en el mundo por una puerta al parecer

[3]Fritura hecha con masa de frijoles.
[4]Pañuelo.
[5]Expresión anticuada que quiere decir *moza virgen*.

de oro, y que vivía sin tener sospecha siquiera de su existencia. Sin embargo, las calles de la ciudad, las plazas, los establecimientos públicos, como se apuntó más arriba, fueron su escuela, y en tales sitios, según es de presumir, su tierno corazón, formado acaso para dar abrigo a las virtudes, que son el más bello encanto de las mujeres, bebió a torrentes las aguas emponzoñadas del vicio, se nutrió desde temprano con las escenas de impudicia que ofrece diariamente un pueblo soez y desmoralizado. ¿Y cómo librarse de semejante influjo? ¿Cómo impedir que sus vivarachos ojos no viesen? ¿Que sus orejas siempre alerta no oyesen? ¿Que aquella alma rebozando vida y juventud no se asomara antes de tiempo a los ojos y a los oídos para juzgar de cuanto pasaba en su derredor, en vez de dormir el sueño de la inocencia? ¡Bien temprano, a fe, llamó a sus puertas la legión de pasiones que gastan el corazón y abaten las frentes más soberbias!

Una tarde, entre otras, pasaba la chica, como de costumbre, a la carrerita, por cierta calle de que no hay para qué mencionar ahora el nombre. Asomadas a una de las altas y anchas rejas de hierro de las ventanas de una casa de apariencia aristocrática, estaban dos niñas más o menos de su edad y una joven de 14 a 15, las cuales, como viesen pasar aquella exhalación, según se expresó una de ellas mismas, excitada grandemente la curiosidad de todas, la llamaron con instancia. No se hizo de rogar la mozuela, antes se entró, desde luego por el zaguán, y se presentó con mucho desembarazo a la puerta de la sala, donde ya la esperaba el grupo de las tres jovencitas. Allí, éstas la tomaron por la mano y la llevaron delante de una señora algo gruesa, vestida con mucho aseo, que estaba arrellanada en un ancho sillón y descansaba los pies en un escabel.

¡Ah! —exclamó ésta cuando la hubo visto de cerca—. ¡Y qué mona es!—. Dicho lo cual se enderezó en el asiento, operación que le costó un buen esfuerzo, y agregó:

—¿Cómo te llamas?

—Cecilia —respondió vivamente.

—¿Y tu madre?

—Yo no tengo madre.

—¡Pobrecita! ¿Y tu padre?

—Yo soy Valdés, yo no tengo padre.

—Esa está mejor —exclamó la señora recapacitando.

—Papá, papá —dijo la mayor de las señoritas dirigiéndose a un caballero que estaba recostado en un sofá a la derecha del estrado—. Papá, ¿ha visto V. niña más preciosa?

—Ya, ya —contestó el padre casi sin volver el rostro—. Dejadla en paz—. Pero apenas salieron esas palabras de sus labios, reparó en él Cecilia, y entre admirada, y reída, dijo: —¡Ay! Yo conozco a ese hombre que está ahí acostado.

Este, por debajo de las manos, con que ya se sombreaba la frente, le echó una mirada fiera, en que iban pintados su mal humor y disgusto. En seguida se levantó y dejó la sala, sin decir más palabra. Extraño es en verdad que sólo este hombre no sintiese simpatía por la linda callejera.

—Conque ¿no tienes padre ni madre? —tornó a preguntar la buena señora un si es no es preocupada por la anterior escena. ¿Y cómo vives? ¿Con quién vives? ¿Eres hija de la tierra o del aire?

—¡Ave María Purísima! —exclamó la niña doblando la cabeza sobre el hombro derecho y mirando fijamente a sus preguntadoras—. ¡Ay, Jesús! ¡Qué gente tan curiosa! Yo vivo con mi abuela, que es una viejecita muy buena, que me quiere mucho y que me deja hacer cuanto yo quiero. Mi madre se murió hace mucho tiempo y . . . mi padre también. No sé más ni me pregunten más.

Bien quisieran las jovencitas hacer más preguntas, e informarse de otros pormenores acerca de la vida y parentela de Cecilia; pero, por una parte, su padre les había dicho que la dejaran en paz, y, por otra, su madre, ya incapaz de dominar su desazón, les indicó por un gesto muy significativo que era tiempo saliese de allí la mozuela tan procaz. Colmada de regalos y despedida, al fin, Cecilia, pasaba por el zaguán en vuelta de la calle, a sazón que bajaba de los altos un jovencito en traje veraniego, es decir, de chupa y pantalón de Arabia, quien apenas la vio, la reconoció y le dijo desde lo alto:

—Cecilia, ¡eh, Cecilia! Oye, mira.

Ella, sin contener el paso, mas sin dejar de mirar al que le daba voces, le decía hasta la puerta de la calle: —¡Cuico! ¡Cuico![6] Y al mismo tiempo abría la mano derecha, ponía el dedo pulgar en la punta de la nariz y movía los otros con gran rapidez. Que es una manera de burla que a menudo se hacen los muchachos en nuestras calles, como diciendo: ¡Ah!, que te engañé! ¡Ah!, que me escapé de tus majaderías.

No es para referida aquí la escena que se siguió a la ida de la chica de aquella casa. Del señor y de la señora puede decirse que no volvieron a mencionar su nombre. Las señoritas, al contrario, aun cuando tornaron a la ventana para ver y saludar a sus amigas, que de vuelta del paseo pasaban en sus lujosas volantas, no cesaron de hablar de Cecilia y de repetir su nombre, ayudándoles entonces el hermano mayor, quien la conocía y a menudo se encontraba con ella cuando iba a la clase de latín del padre Morales, enfrente del convento de Santa Teresa.

En el medio tiempo la chica, siguiendo por la calle adelante salió a la plazuela de Santa Catalina, cuyo terraplén, que corre por todo el frente, subió a saltos, y luego bajó a la calle del Aguacate por una escalera de mampostería. Una vez allí, se dirigió derecho, aunque con cierta cautela a la casita inmediata a la esquina ocupada por una taberna. No tocó ni se detuvo delante de la puerta, sino que empujó con suavidad la hoja de la derecha o macho, la cual estaba sujeta con una media bala de hierro en el suelo. Había sido de bermellón la la pintura de dicha puerta, pero lavada por las lluvias, el sol y el tiempo, no le quedaban sino manchas rojas oscuras en torno de la cabeza de los clavos y en las molduras profundas de los tableros. La ventanilla, que era de espejo y alta, sólo tenía tres o cuatro balaustres, había perdido la pintura primitiva, que-

[6]O *güico,* interjección de burla cuya intención es picarle el amor propio a alguien con motivo de algún fracaso.

dándole un baño ligero de plomo. Por lo que toca al interior, su apariencia era más ruin, si cabe, que el exterior. Se componía de una salita, dividida por un biombo para formar una alcoba, cuya puerta daba precisamente hacia la de la calle, y otra a la derecha con salida al patio angosto y no más largo que el fondo de la casita. A la izquierda de la entrada y a la altura de una vara, había un hueco en la pared medianera, a modo de nicho, en cuyo fondo se veía una Madre Dolorosa de cuerpo entero, aunque muy reducido, con una espada de fuego que le atravesaba el pecho de parte a parte. Alumbraban día y noche tan peregrina pintura dos mariposas, es decir, dos hormillas con su pábilo correspondiente, flotando en tres partes de agua y una de aceite, dentro de vasos ordinarios de vidrio. Una guirnalda de todas flores artificiales y de pedazos de cartulnia dorada y plateada, ajadas, descoloridas y polvorosas adornaba el retablo. Y en torno, por las paredes, en el biombo y detrás de las puertas y ventanas, gran número de letreros, por ejemplo: ¡Ave María Purísima! ¡La Gracia de Dios sea en esta casa! ¡Viva Jesús! ¡Viva la Gracia y muera el Pecado! Con otros muchos por el estilo, que no hay para qué repetirlos. Las estampas, sin cuadro, pegadas a las paredes con obleas o engrudo, eran más numerosas que los letreros, todas de santos, impresa por el impresor Boloña en papel común y recogidas de manos de los demandantes de los conventos a cambio de limosnas, o compradas a la puerta de las iglesias en los días de fiesta.

Reducíase a bien poco el mueblaje, aunque en su poquedad y ruina se conocía que había visto mejores tiempos cuando nuevo. El más apetecible de la casa era una butaca de Campeche, ya coja, con orejas grandes y desvencijada. Agregábanse tres o cuatro sillas de cedro con asiento y respaldo de vaqueta, del mismo estilo, fuertes, macizas y antiquísimas. Hacía juego con ella una rinconera de la propia madera, cuyos pies estaban labrados en forma de pezuña de sátiro, con molduras y hojas de parra.

A pesar de la estrechez de aquel albergue, había un gato dormilón, varias palomas y gallinas, muy familiarizadas sin duda con sus dos únicos huéspedes humanos, pues que iban y venían, saltaban sobre los respaldos de las sillas, maullaban, arrullaban y cacareaban sin consideración ni temor. A un lado de la alcoba había una cama alta, cuadrilonga, que siempre estaba de recibo, como que era de cuero sin curtir, cuya dureza la suavizaba un colchón de plumas, cubierto perennemente con una colcha de mil y un retazos o taracea. Las columnas salomónicas, en vez de colgaduras, sostenían San Blases, escapularios, cruces de cartón, piedras de vidrio y palmas benditas de los domingos de ramos de muchos años atrás.

En realidad aquella no era casa sino en cuanto daba abrigo a dos personas, porque, fuera de las dos piezas mencionadas, no tenía comodidad ni más desahogo que el patio dicho, donde estaba la cocina, mejor, fogón, cajoncito de madera lleno de ceniza, montado sobre cuatro pies derechos, y protegido de la lluvia por una especie de alero de mesilla. Nos hemos detenido tanto en la descripción de la casucha donde entró Cecilia, porque pare su imaginación el

benigno lector en el contraste que ofrecería una niña tan linda, rebosando vida y juventud, en medio de tanta antigualla, que no parecía sino que el cielo la había colocado allí para decirle a cada rato al oído: Hija, contempla lo que serás y sé más cuerda.

Pero estamos seguros que eso era lo menos en que ella pensaba, y entonces con doble motivo, cuanto que más le importaba que no la sintiese entrar cierta persona que, de espaldas en la butaca, frente al nicho, parecía rezar o dormitar. Sin embargo, por más tiento que pudiese la picaruela en el modo de asentar la planta, no lo pudo hacer tan callandito que no la oyese y sintiese distintamente la vieja, cuyos oídos eran muy finos, y que entonces no rezaba ni dormía, sino que leía, hecha un arco, en un libro pequeño de oraciones con forro de pergamino.

—¡Hola! —le dijo mirándola de soslayo por encima de los aros perfectamente redondos de sus gafas, enhorquilladas en la punta de la nariz, a guisa de muchacho a la grupa de un caballo—. ¡Hola, señorita! ¿Aquí está V.? ¿Eh? ¡Qué bueno! Son éstas horas de venir a pedir la bendición de su abuela? (Porque la chica se acercaba con los brazos cruzados). ¿Dónde has estado hasta ahora, buena pieza? (Habían tocado ya las oraciones). Qué linda estabas para ir por los óleos. —Y echándole mano de pronto, en cuyo acto se le cayó el libro y se espantaron el gato que pestañeaba a menudo sentado en una silla, las palomas y las gallinas—. Ven acá, espiritada —añadió—; mariposa sin alas, oveja sin grey, loca de cepo; ven, que he de averiguar dónde has estado hasta estas horas. ¿Qué, tú no tienes rey ni Roque que te gobierne, ni Papa que te excomulgue? ¿Adónde se ha visto de eso? ¿Tú no tienes más vida que correr por la calle? ¿No se puede averiguar nadie contigo? Yo te haré entender que hay quien puede. ¡No me quedaba que ver!

Cecilia, lejos de asustarse, ni de huir, con mucha risa se echó en brazos de la mal humorada y gruñidora abuela, y, como para anudarle la lengua, le entregó cuanto le habían regalado las señoritas donde había estado.

CAPITULO III*

Malditas viejas
Que a las mozas malamente
Enloquecen con consejos.
ZORRILLA

Con más zalamerías y astucia de las que cabían en una niña de su edad, Cecilia abrazó y besó a su abuela, a la cual dio el nombre de Chepilla (alteración caprichosa de Josefa), que así generalmente la llamaban. Bastó eso para aplacar su enojo, y nada hay en ello que extrañar, porque, según adelante veremos, había sido tan infeliz mujer, sentía tal necesidad de ser amada por el único ser que la interesaba de cerca en el mundo, que mantener seriedad con la nieta hubiera sido lo mismo que prolongar su propio martirio. Por supuesto que selló sus labios de golpe, y no acertó a otra cosa que a contemplarla, bien así como momentos antes había estado contemplando el dulce rostro de María Santísima, en fervorosa oración.

Mientras la niña estrechaba por la cintura a la vieja con sus torneados brazos y recostaba la hermosa cabeza en su pecho, semejante a la flor que brota en un tronco seco y con sus hojas y fragancia ostenta la vida junto a la misma muerte, la figura de *señá* Josefa se mostraba más extraña y fea de lo que era naturalmente. Su rostro mismo formaba contraste con lo demás del cuerpo. Ya fuese porque tenía la costumbre de llevarse el cabello atrás, ya porque lo sacó de naturaleza, la verdad es que le lucía la frente demasiadamente ancha, la nariz grande y roma, la barba aguda, y la cuenca de los ojos hundida. Esto

*No nos explicamos por qué Villaverde testó por completo este capítulo III en la ed. de 1882, como si fuera a hacerla desaparecer totalmente en una edición posterior. Cruzó todas las páginas con una línea de arriba abajo y después corrió el orden de la paginación y de los capítulos. "Tenemos la edición a la vista, retocada por Villaverde". (Nota de E. Rodríguez Herrera).

daba aviesa expresión a su semblante, no muy fácil de pasar por alto, al menos avisado observador. Aun había morbidez en sus brazos, y sus manos podían calificarse de lindas. Pero lo más notable de su fisonomía eran sus ojos grandes, oscuros y penetrantes, restos de unas facciones que habían sido agradables, desarmonizadas ahora por una vejez prematura.

Mulata de origen, su color era cobrizo, y con los años y las arrugas se le había vuelto atezado, o *achinado;* para valernos de la expresión vulgar con que se designa en Cuba al hijo de mulato y negra, o al contrario. Podía tener 60 años de edad, aunque aparentaba más, porque ya empezaba a blanquearle el cabello, cosas que en las gentes de color suele suceder más tarde que en las de raza caucásica. Los padecimientos del ánimo aniquilan primero el semblante que el cuerpo mortal del hombre. Como veremos después, la resignación cristiana, obra de su fe en Dios, pasto con que al fin alimentaba su espíritu en las largas horas consagradas al rezo y a la meditación, sólo la hubiera mantenido en pie contra los embates de su miserable suerte. Por otra parte, con el triste convencimiento del que de una ojeada midió su pasado y su porvenir, y lo que debía y podía esperar de su nieta, hermosa flor arrojada en mitad de la plaza pública, para ser hollada del primer transeúnte, ya en el último tercio de su vida, con los remordimientos de la pasada, antes de airarse, comprendió que le tocaba aplacar la cólera de su juez invisible y procurarse momentos de calma, ínterin sonaba la hora postrimera.

En aquella en que la sorprende nuestra narración, aunque hubiese cumplido los 80 años de su vida, habría creído que había vivido muy poco tiempo si llegaban sus últimos momentos y dejaba tras de sí a la nieta joven y desamparada en el mundo, y no le era dado asistir al desenlace de un drama en que ella, bien a su pesar, sin ser la heroína, representaba, hacía tiempo, papel muy principal. Acomodado el carácter de *señá* Josefa, naturalmente irascible, a la regla de conducta de que antes se ha hablado, como medio de alcanzar el perdón de sus propias culpas, fácil es comprender porqué si bien justamente enojada con Cecilia porque llegaba tarde, y por otras muchas faltas anteriores, se sentía más bien dispuesta a disculparla que a reñirla. Después, como ella le vino con sus zalamerías, en vez de hurtarle el cuerpo, esto la sirvió de pretexto plausible para confirmarse en su propósito. En su virtud, cambiando prontamente de tono y aspecto, se contentó con preguntarle segunda vez dónde había estado.

—¿Yo? —repitió la niña apoyando ambos codos en las rodillas de la abuela y jugando con los escapularios que le pendían del pescuezo—. —¿Yo? En casa de unas muchachas muy bonitas que me vieron pasar y me llamaron. Allí estaba una señora gorda sentada en un sillón, que me preguntó cómo me llamaba yo, y cómo se llamaba mi madre, y quién era mi padre, y dónde vivía yo . . .

—¡Jesús! ¡Jesús! —exclamó *señá* Josefa persignándose.

—¡Ay! —continuó la chica sin parar mientes en la abuela—. ¡Qué gente tan preguntona! ¿Y no sabe su merced cómo una de las muchachas aquellas me quería cortar el pelo para hacer una *cachucha?* Sí, señor. Pero yo me zafé.

—¡Vea V. el espíritu maligno y por dónde trepa! —volvió a exclamar la abuela como si hablase consigo misma.

—Y si no es por un hombre —prosiguió Cecilia—, que estaba acostado en el sofá, y regañó a las muchachas y les dijo que me dejaran quieta y luego se fue para su cuarto bravísimo . . . ¿Su merced no sabe quién es ese hombre, abuelita? Yo lo he visto hablar con su merced algunas veces allá en Paula, cuando vamos a misa. Sí, sí, él es, no me cabe duda. Y ahora recuerdo que es el mismo que cada vez que me encuentra en la calle me dice callejera, perdida, pilluela y muchas cosas. ¡Ah! Y dice que mandará a los soldados que me cojan y me lleven a la cárcel. ¡Qué sé yo cuánto más! Le tengo mucho miedo a ese hombre. Debe ser muy regañón!

—¡Niña! ¡Niña! —exclamó sordamente la anciana apartándola un poco de su pecho y mirándola de un modo extraño y fijo, más enojada que sorprendida. Pero como si le ocurriese un grave pensamiento o un doloroso recuerdo y entre amonestarla y aconsejarla, lo que acaso equivalía a alumbrarle aquello de que debía estar ignorante toda la vida, su ánimo triste luchase en un mar de dudas, con sorpresa de la nieta selló de golpe sus labios. Poco a poco fue serenándose el piélago alborotado: se desvanecieron una después de otra las nubes apiñadas en aquel horizonte naturalmente sombrío; y volviendo a estrechar la niña en sus brazos, añadió con toda la dulzura que pudo dar a su voz, por naturaleza, bronca, con toda la calma de que pudo revestir su semblante:

—¡Cecilia! Hija de mi corazón, no vayas más a esa casa.

—¿Por qué, mamita?

—Porque —contestó la abuela como distraída—, no sé verdaderamente, mi alma, no lo sé, no podría decirlo si quisiera . . ., pero es claro y constante, niña, que esa gente es muy mala.

¡Mala! —repitió Cecilia azorada—, ¿y me hicieron tantas caricias, y me dieron dulces, y raso para zapatos? Si tú supieras lo que me chiquearon . . .!

—Pues no te fíes, niña. Tú eres muy confiada y eso no está bien. Por lo mismo que te chiquearon tanto debías de andar con cuatro ojos. Querían atraerte para hacerte algún daño. Uno no puede decir de qué son capaces las gentes. Tantas cosas suceden ahora que no se veían en mi tiempo . . .! Cuando menos lo que procuraban era que te descuidaras, para coger unas tijeras y ¡tris! tumbarte el pelo. Sería una lástima, porque tú lo tienes muy hermoso. Además, que ese pelo no te pertenece, sino a la Virgen, que te salvó de aquella grave enfermedad . . . Acuérdate! Yo le ofrecí que si te ponías buena le daría tu cabellera para adornar su efigie en Santa Catalina. No te fíes te digo.

Esto diciendo, le cogía la cabeza a la nieta entre ambas manos y le desparramaba los copiosos rizos por la espalda y los hombros.

—Sí —replicó Cecilia apretando los labios y levantando con aire de desdén la frente—, como yo soy tan boba para que me engañen así así . . .

—Sin embargo, hija, lo mejor de los dados es no jugarlos. Yo bien sé que tú eres una muchacha dócil y entendida, pero estoy cierta que no conoces a esa gente. Mira, no les hagas caso; aunque se les seque el gañote llamándote, no

vayas a donde están. Mas ahora que me acuerdo: lo mejor es que ni por cien leguas te acerques por su rededores. Luego, ese hombre que tú misma dices que dondequiera que te topa te pone mala cara. ¡Sabe Dios quién será! Aunque no debemos pensar mal de nadie, con todo, como puede ser un santo puede ser un de . . . (Y se persignó sin concluir la palabra). El Señor sea con nosotras. Además, Cecilia, tú eres muy inocente, algo atolondrada, y en esa casa . . . ¿Tú no lo sabes? Hay una bruja que se roba a las muchachas bonitas. Por milagro de su divina Majestad has escapado. Tú estuviste allí por la tarde ¿no?

—Por la tardecita; todavía no habían encendido las luces en las casas.

—¡Ay de ti si llegas a entrar de noche! Vamos, no vayas más en tu vida a esa casa, ni pases tampoco por la cuadra.

—¡Anjá! Conque allí vive también un muchacho ya grande, que a cada rato lo topo por Santa Teresa con un libro debajo del brazo. Siempre que me ve me quiere coger, me corre detrás y sabe ni nombre . . .

—Estudiante, perverso, como todos ellos. Cuando menos se le cayó de las uñas al mismo Barrabás. Pero voy viendo que tú tienes una cabecita dura como una piedra, y que por más que me afano en aconsejarte no consigo nada. En efecto, ¿quién ha visto que una niña tan linda como tú se ande azotando calles, con la chancleta a rastro y el pelo suelto y desgreñado, hasta las tantas más cuantas de la noche? ¿De quién aprendes estas malas mañas? ¿Por qué no me has de hacer caso?

—Y Nemecia, la hija del *señó* Pimienta el músico, no se está en la calle hasta las diez? Antenoche nada menos la topé en la plazuela del Cristo jugando a la *lunita* con una porción de muchachos.

—¿Y tú te quieres comparar con la hija de *señó* Pimienta, que es una pardita andrajosa, callejera y mal criada? El día menos pensado traen a esa espiritada, a su casa en una tabla con la cabeza partida en dos pedazos. La cabra, hija, siempre tira al monte. Tú eres mejor criada que ella. Tu padre es un caballero blanco, y algún día has de ser rica y andar en carruaje. ¿Quién sabe? Pero Nemecia no será nunca más de lo que es. Se casará, si se casa, con un mulato como ella, porque su padre tiene más de negro que de otra cosa. Tú, al contrario, eres casi blanca y puedes aspirar a casarte con un blanco. ¿Por qué no? De menos nos hizo Dios. Y has de saber que blanco, aunque pobre, sirve para marido; negro o mulato, ni el buey de oro. Hablo por experiencia... Como que fui casada dos veces . . . no recordemos cosas pasadas . . . Si tú supieras lo que le sucedió a una muchachita, cuasi de tu misma edad, por no hacer caso de los consejos de una abuela suya, la cual le pronosticó que si daba en andar por las calles tarde de la noche le iba a suceder una gran desgracia . . .

—Cuéntemelo, cuéntemelo, Chepilla —repitió la niña con la curiosidad de tal.

—Pues, señor: una noche muy *escura,* en que soplaba el viento recio, por cierto que era día de San Bartolomé, en que, como ya te he dicho otras veces,

se suelta el diablo desde las tres de la tarde, estaba la muchacha Narcisa, que éste era su nombre, sentada cantando bajito en el quicio de piedra de su casa, mientras su abuela rezaba arrinconada detrás de la ventana... Me acuerdo como si fuera ahora mismo. Pues, señor, habían tocado ánimas en el Espíritu Santo, y como el viento había apagado los pocos faroles, las calles estaban muy *escuras,* silenciosas y solitarias, como boca de lobo. Pues según iba diciendo, la muchachita cantaba y la vieja rezaba el rosario cuando, estando así, cate que se oye tocar un violín por allá en vuelta del Angel. ¿Qué se figuró la Narcisa? Que era cosa de baile, y sin pedirle permiso a la abuela, sin decir oste ni moste, echó a correr y no paró hasta la Loma. Así que la vieja acabó de rezar, creyendo que su nieta estaba en la cama, según era natural, cerró la puerta.

—¿Y dejó en la calle a la pobrecita? —interrumpió Cecilia a la contadora con muestras de amistad y lástima.

—Ahora verás. La viejecita, antes de acostarse, porque ya era tarde y se caía del sueño, cogió una vela y fue al catre de la nieta para ver si dormía. Figúrate cuál no se quedaría ella que la amaba tanto, al encontrarse con el catre vacío. Corrió a la puerta de la calle, la abrió, llamó a gritos a la nieta: ¡Narcisa! ¡Narcisa! Pero Narcisa no responde. Ya se ve, ¿cómo había de responder la infeliz si el diablo se la había llevado?

—¿Cómo fue eso? —preguntó azorada la niña.

—Yo te contaré —prosiguió *señá* Chepa con calma, notando que producía el efecto deseado su cuento de cuentos—. Pues, señor, al llegar Narcisa a las Cinco Esquinas del Angel, se le apareció un joven muy galán que le preguntó a dónde iba a aquella hora de la noche. A ver un baile, contestó la inocentona. Yo te llevaré, repuso el joven; y cogiéndola por un brazo la sacó a la muralla. Aunque era muy *escuro,* reparó Narcisa que según iban andando el desconocido se ponía prieto, muy prieto, como carbón; que los pelos de la cabeza se le enderezaban como lesnas; que al reír asomaba unos dientes tamaños como de cochino jabalí; que le nacían dos cuernos en la frente; que le arrastraba un rabo peludo por el suelo; que echaba fuego por la boca como un horno de hacer pan. Narcisa entonces dio un grito de horror y trató de zafarse, pero la figura prieta le clavó las uñas en la garganta para que no gritara, y, cargando con ella se subió a la torre del Angel, que, según habrás reparado, no tiene cruz, y desde allí la arrojó en un pozo hondísimo que se abrió y volvió a cerrarse tragándosela en un instante. Pues esto es, hija, lo que le sucede a las niñas que no hacen caso de los consejos de sus mayores.

Dio aquí fin a su cuento *señá* Chepa y comenzó la admiración, el pavor de Cecilia, la cual se puso a temblar de pies a cabeza y a dar diente con diente, aunque sin cesar de bostezar, porque más era el sueño que el miedo; con lo que, dando traspiés, se fue a la cama, que es a lo que tiraba la astuta vieja. Muchos otros cuentos por el estilo le hizo a la andariega muchacha; pero estamos seguros que no sacó otro fruto con ellos que llenar su cabeza de supersti-

ciones y amilanar su espíritu. Ello es, que no por eso dejó la chica de hacer su gusto, escapándose a veces por la ventana, aprovechándose otras del momento en que la enviaban a la taberna de la esquina inmediata, para andarse de calle en calle y de plaza en plaza: cuando en pos de la iniciativa música de un baile, cuando tras los tambores de los relevos, cuando de los carruajes del entierro, cuando, en fin, de la turba muchachil que arrebata el medio de plata[1] en el bautizo.

[1]Los padrinos solían arrojar pequeñas monedas de plata (*medios*) a los muchachos y mayores agrupados en la calle después de las ceremonias bautismales.

CAPITULO IV

Traen el pensamiento
Lleno de impudicicia, y lo derraman
En torpes mil escandalosas voces
Que inficionan el viento
I altamente publican lo que aman.

GONZÁLEZ CARVAJAL

Cinco o seis años después de la época a que nos hemos contraído en los dos capítulos anteriores,[1] a fines del mes de setiembre, había dado principio el convento de la Merced a la serie de ferias con que hasta el año de 1832 acostumbraban a solemnizar en Cuba las fiestas titulares religiosas, consagradas a los santos patrones de las iglesia y convento; novenarios coincidentes a veces con el circular del Sacramento, introducido en el culto de Cuba desde los primeros años del siglo por el Señor Obispo Espada y Landa.

El novenario, de paso diremos, comenzaba nueve días anteriores a aquél en que caía el del santo patrono, prolongándose hasta otros nueve, con lo que se completaban dos novenas seguidas. Es decir, diez y ocho días de fiesta, religiosas y profanas, que tenían más de grotescas y de irreverentes que de devotas y de edificantes. En ese tiempo se decía misa mayor con sermón por la mañana y se cantaba salve a prima noche dentro de la iglesia, con procesión por la calle el día del santo.

Fuera del templo había lo que se entendía por feria en Cuba, que se reducía a la acumulación en la plazuela o en las calles inmediatas, de innumerables puestos ambulantes, consistentes en una mesa o tablero de tijeras, cubiertos con un toldo y alumbrados por uno o más candiles de quemar grasa, donde se

[1]Es decir, entre 1825 y 1826.

vendía, no ciertamente artículo alguno de industria o comercio del país, ni producto del suelo, caza, ave ni ganado, sino meramente baratijas de escasísimo valor, confituras de varias clases, tortas, obra de masa, avellanas, alcorza, agua de Loja[2] y ponche de leche. Aquello no era feriar en el sentido recto de la palabra.

Pero esto no era por cierto el rasgo más notable de nuestras fiestas circulares. Había en el espectáculo algo que se hacía notable por demasiado grosero y procaz. Nos contraemos ahora a los juegos de envite y de manos que hacían parte de la feria y que provocaban con sus estupendas, aunque mentirosas ganancias, la codicia de los incautos. Los dirigían y ejecutaban en su mayoría hombres de color y de la peor ralea. Si bien groseros los artificios, no dejaban de engañar a muchos que se daban por muy avisados. Estos tenían lugar en la plazuela o en la calle, a la luz mortecina de los candiles o de los faroles de papel, y tomaban en ellos parte gente de todas clases, condiciones, edades y sexos. Para las de alta posición social, queremos decir, para los blancos, había algo más decente, había la casa de bailes, donde un Farruco, un Brito, un Illas o un Marqués de Casa Calvo tenían puesta la banca o juego del monte desde el oscurecer hasta pasada la media noche, mientras duraban los diez y ocho días de la feria.

Procurábase que la casa o casas de baile estuviesen lo más vecino que se pudiera a la parroquia o convento en que se celebraba el novenario. En la sala se bailaba, en el comedor tocaba la orquesta y en el patio se jugaba al juego conocido por el monte. La mesa era larga y angosta, para que cupiesen los más de los jugadores sentados a ambos lados, el tallador a una cabeza y en la otra su ayudante, que dicen gurrupié.[3] Para la protección de los jugadores y de los naipes, en caso de lluvia, frecuentes en el otoño, se tendía un toldo del alero de la casa al caballete de la tapia divisoria de la vecina. No todos los tahúres, para vergüenza nuestra sea dicho, eran del sexo fuerte, hombres ya maduros, ni de la clase lega, que en el grupo apiñado y afanoso de los que arriesgaban a la suerte de una carta, quizás el sustento de su familia el día siguiente, o el honor de la esposa, de la hija o de la hermana, podía echarse de ver una dama más ocupada del albur[4] que de su propio decoro, o un mozo todavía imberbe, o un fraile mercenario en sus hábitos de estameña color de pajuela, con el sombrero de ala ancha encasquetado, las cuentas del largo rosario entre el índice y el pulgar de la mano izquierda, y la derecha ocupada en colocar la moneda de oro o plata en el punto que más se daba, perdiendo o ganando siempre con la misma serenidad de ánimo que de semblante.

El banquero, para llamarle por su nombre más decente, era quien hacía el gasto del alquiler de la casa, el de la música y el de las velas de esperma con que se alumbraban la sala de baile, el comedor y la mesa del juego. Todo esto

[2]O *agualoja,* bebida que se preparaba en Cuba con miel, canela, clavo y otros ingredientes.

[3]Corrupción castellanizada del francés *croupier.*

[4]Término usado en este juego de puro azar.

se hacía para atraer a los jugadores. La entrada, por supuesto, era libre, aunque el bastonero, que también tiraba sueldo, no admitía toda clase de persona. En aquella época corría mucho la moneda fuerte, los duros españoles y las onzas de oro. La plata menuda escaseaba, y era cosa de oír el continuo retintín de los pesotes columnarios, y sonoras onzas, que maquinalmente dejaban caer los tahúres de una mano a otra o sobre la mesa, como para distraer el pensamiento y de algún modo interrumpir el solemne silencio del azaroso juego.

Que nada de lo que aquí se traza a grandes rasgos estaba prohibido o no más que tolerado por las autoridades constituidas, se desprende claramente del hecho de que los garitos en Cuba pagaban una contribución al gobierno para supuestos objetos de caridad. ¿Qué más? La publicidad con que se jugaba al monte en todas partes de la Isla, principalmente durante la última época del mando del capitán general D. Francisco Dionisio Vives, anunciaba, a no dejar duda, que la política de éste o de su gobierno se basaba en el principio maquiavélico de corromper para dominar, copiando el otro célebre del estadista romano: *divide et impera.* Porque equivalía a dividir los ánimos el corromperlos, cosa que no viese el pueblo su propia miseria y su degradación.

Pero esta digresión, por más necesaria que fuese, nos ha desviado un tanto del punto objetivo de la presente historia. Nuestra atención la atraía por completo un baile de la clase baja que se daba en el recinto de la ciudad por la parte que mira al Sur. La casa donde tenía efecto ofrecía ruin apariencia, no ya por su fachada gacha y sucia como por el sitio en que se hallaba, el cual no era otro que el de la garita de San José, opuesto a la muralla, en una calle honda y pedregosa. Aunque de puerta ancha con postigo, no formaba lo que se entiende en Cuba por zaguán, pues abría derecho a la sala. Tras ésta venía el comedor con el correspondiente tinajero, armazón piramidal de cedro, en que persianas menudas encerraban la piedra de filtrar, la tinaja colorada barrigona, los búcaros, de una especie de *terra cotta* y las pálidas alcarrazas de Valencia, en España. Al comedor dicho daba la puerta lateral del primer aposento, ocupado en su mayor parte por dos órdenes de sillones de vaqueta colorada, una cama con colgaduras de muselina blanca y un armario, a que dicen en la Habana escaparate. Otros cuartos seguían a ése, atestados de muebles ordinarios, y paralelo a ellos un patio largo y angosto, también obstruido en parte por el brocal alto de un pozo cuyas aguas salobres dividía con la casa contigua, terminando cuartos y patio en una saleta atravesada y exenta.[5]

En esta última se hallaba una mesa de regular tamaño, ya vestida y preparada con cubiertos como para hasta diez personas; algunos refrescos y manjares, agua de Loja, limonada, vinos dulces, confituras, panetelas cubiertas, suspiros, merengues, un jamón adornado con lazos de cintas y papel picado, y un gran pescado, nadando casi en una salsa espesa de fuerte condimento. En la sala había muchas sillas ordinarias de madera arrimadas a las paredes, y a la derecha, como se entra de la calle, un canapé, con varios atriles de pie derecho

[5]O sea, descubierta por todas partes.

por delante. Aquél, a la sazón que principia nuestro cuento, le ocupaban hasta siete negros y mulatos músicos, tres violines, un contrabajo, un flautín, un par de timbales y un clarinete. El último de los instrumentos aquí mencionados se hallaba a cargo de un mulato joven, bien plantado y no mal parecido de rostro, quien, no obstante sus pocos años, dirigía aquella pequeña orquesta.

Ese se veía de pie a la cabeza del canapé por el lado de la calle. Sus compañeros, casi todos mayores que él, le decían Pimienta, y ya fuese un sobrenombre, ya su verdadero apellido, por éste lo designaremos de aquí adelante. Su mirada distraída y aun sombría no se apartaba de la puerta de la calle, como si esperase algo o a alguien en los momentos de que hablamos ahora.

Pero aquella puerta, lo mismo que la ventana de bastidor cuadrado, se veía asediada de una multitud de curiosos de todas edades y condiciones, que apenas permitían acceso a la sala a las mujeres y hombres con derecho o voluntad de entrar. Y decimos con derecho o voluntad, porque nadie presentaba papeleta, ni había bastonero que recibiese o aposentase. El baile, conocidamente era uno de los que, sin que sepamos su origen, llamaban *cuna*[6] en la Habana. Sólo sabemos que se daban en tiempo de ferias, que en ellos tenían entrada franca los individuos de ambos sexos de la clase de color, sin que se le negase tampoco a los jóvenes blancos que solían honrarlos con su presencia. El hecho, sin embargo, de tenerse preparado en el interior un buen refresco, prueba que si aquella era una *cuna,* en el sentido lato de la palabra, parte al menos de la concurrencia había recibido previa invitación o esperaba ser bien recibida. Así era en efecto la verdad. La ama de la casa, mulata rica y rumbosa, llamada Mercedes, celebraba su santo en unión de sus amigos particulares, y abría las puertas para que disfrutaran del baile los aficionados a esta diversión y contribuyeran con su presencia al mayor lustre e interés de la reunión.

Serían las ocho de la noche. Desde por la tarde habían estado cayendo los primeros chubascos de otoño, y aunque habían suspendido hacia el oscurecer tras haber empapado el suelo, dejando las calles intransitables, no habían refrescado la atmósfera. Lejos de ello, había quedado tan saturada de humedad, que se adhería a la piel y hervía en los poros. Pero no eran estos inconvenientes para los curiosos que, según hemos dicho antes, asediaban la puerta y la ventana hasta llenar casi la mitad de la angosta y torcida calle; ni para los concurrentes al baile, que a medida que avanzaba la noche llegaban en mayor número, unos a pie, otros en carruaje. Cosa de las nueve, la sala de baile era un hervidero de cabezas humanas; las mujeres sentadas en las sillas del rededor y los hombres de pie en medio, formando grupo compacto, todos con los sombreros puestos; por lo cual la cabeza que sobresalía, de seguro que tropezaba con la bomba de cristal, suspendida de una vigueta por tres cadenas de cobre, en que ardía la única vela de esperma para alumbrar a medias aquella tan extraña como heterogénea multitud.

[6]Baile criollo de los negros al cual asistían los blancos.

Bastante era el número de negras y mulatas que habían entrado, en su mayor parte vestidas estrafalariamente. Los hombres de la misma clase, cuya concurrencia superaba a la de las mujeres, no vestían con mejor gusto, aunque casi todos llevaban casaca de paño y chaleco de piqué, los menos chupa de lienzo, dril o Arabia, que entonces se usaban generalmente, y sombrero de paño. No escaseaban tampoco los jóvenes criollos de familias decentes y acomodadas, los cuales sin empacho se rozaban con la gente de color y tomaban parte en su diversión más característica, unos por mera afición, otros movidos por motivos de menos puro origen. Aparece que algunos de ellos, pocos en verdad, no se recataban de las mujeres de su clase, si hemos de juzgar por el desembarazo con que se detenían en la sala de baile y dirigían la palabra a sus conocidas o amigas, a ciencia y presencia de aquellas que, mudas espectadoras, los veían desde la ventana de la casa.

Distinguíase entre los jóvenes dichos antes, así por su varonil belleza de rostro y formas, como por sus maneras joviales, uno a quien sus compañeros decían Leonardo. Vestía pantalón y chupa de dril crudo con listas rosadas, chaleco blanco de piqué, corbata de seda ajustada al cuello por un anillo de oro y las puntas sueltas, sombrero de yarey, tan fino que parecía hecho de holán Cambray, calcetín de seda de color de carne y zapato bajo con hebillita de oro al lado. Por debajo del chaleco asomaba una cinta de aguas rojo y blanco, doblada en dos y sujetas las puntas con una hebilla también de oro. Esta servía de cadena al reloj en el bolsillo del pantalón. Había allí otro hombre que se distinguía más si cabe que Leonardo, aunque por distinto camino, esto es, por lo que diferían a su opinión y se reían de sus chocarrerías los negros y mulatos, y por la familiaridad con que trataba a las mujeres, sobre todas al ama de la casa. Frisaba ya en los cuarenta años de edad ese sujeto, no tenía pelo de barba, era blanco de rostro, con ojos grandes y alocados, la nariz larga, roja hacia la punta, indicio de su poca sobriedad, la boca grande, mas expresiva. Portaba siempre debajo del brazo izquierdo una caña de Indias con puño de oro y borlas de seda negra. Le acompañaba a todas partes, como la sombra al cuerpo, un hombre de facha ordinaria, notable por la estrechez de la frente, por sus movibles y ardientes ojicos y, sobre todo, por sus enormes patillas negras, que le daban el aire antes de bandolero que de alguacil; empleo que desempeñaba entonces, pues el otro a quien seguía era nada menos que Cantalapiedra, comisario del barrio del Angel, el cual abandonaba por andarse tras la tentadora *cuna.*

Rato hacía que la música tocaba las sentimentales y bulliciosas contradanzas cubanas, aunque todavía el baile, para valernos de la frase vulgar, no se había *rompido.* Acomodaba afanosa el ama de la casa a sus amigas particulares y de más edad en los sillones del aposento, para que a salvo de las pisadas y tropiezos pudiesen gozar de la fiesta al mismo tiempo que no perder de vista a los objetos, o de su cuidado, o de su cariño, que como jóvenes quedaban en la sala. Pimienta, el clarinete, se mantenía en pie a la cabeza de la orquesta, tocando su instrumento favorito, casi de frente para la calle, cual si no hubiese

entrado aún la persona digna de su música, o inútil este cuidado, por cuanto no entraba hombre ni mujer que no tuviera algo que decirle al paso. A todos estos saludos contestaba él invariablemente con un movimiento de cabeza, si se exceptúa que cuando le tocó su vez al capitán Cantalapiedra, quien con su acostumbrada familiaridad le puso la mano en el hombro y le habló en secreto, contestó quitándose el instrumento de la boca:

—Así parece, mi capitán.

Podía advertirse que cada vez que entraba una mujer notable por alguna circunstancia, los violines, sin duda para hacerle honor, apretaban los arcos, el flautín o requinto perforaba los oídos con los sones agudos de su instrumento, el timbalero repiqueteaba que era un primor, el contrabajo, manejado por el después célebre Brindis, se hacía un arco con su cuerpo y sacaba los bajos más profundos imaginables, y el clarinete ejecutaba las más difíciles y melodiosas variaciones. Aquellos hombres, es innegable, se inspiraban, y la contradanza cubana, creación suya, aun con tan pequeña orquesta, no perdía un ápice de su carácter profundamente malicioso-sentimental.

CAPITULO V

—¿Habeis visto en vuestra vida
Mujer más airosa?
—No.
Ni al Parque jamás salió
Más aseada y bien prendida.

CALDERÓN, *Mañanas de Abril y Mayo.*

Después de dar una vuelta por la sala, el comisario Cantalapiedra se entró de rondón en el aposento, y en son de broma le tapó por detrás los ojos al ama de la casa, en los momentos en que ella se inclinaba sobre la cama para depositar la *manta* de una de sus amigas que acababa de entrar de la calle. La tal ama de la casa, Mercedes Ayala, era una mulata bastante vivaracha y alegre a pesar de sus treinta y pico cumplidos, regordeta, baja de cuerpo y no mal parecida. Atrapada y todo por detrás, no se cortó ni turbó por eso; antes por un movimiento natural acudió con entrambas manos a tentar las del que le impedía ver, y sin más dilación dijo: —Este no puede ser otro que Cantalapiedra.

—¿Cómo me conociste, mulata? —pregunto él.

—¡Toma! —repuso ella—. Por el aquel de algunas gentes.

—¿El aquel mío o tuyo?

—El de los dos, señor, para que no haya disgusto.

Tras lo cual el comisario la atrajo a sí nuevamente por la cintura con el brazo derecho y le dijo una cosa al paño que la hizo reír mucho; aunque apartándole con ambas manos, repuso:

—Quite allá, lisonjero. La que trastorna el juicio está al caer. Ya yo ya . . .
Cátela V.

Si con estas últimas palabras aludía la Ayala a una de las dos muchachas que en aquel mismo punto se apearon de un lujoso carruaje a la puerta de la casa, hecho anunciado por el movimiento general de cabezas de dentro y fuera de ella, no cabe duda que tenía sobrada razón. No la había más hermosa ni más capaz de trastornar el juicio de un hombre enamorado. Era la más alta y esbelta de las dos, la que tomó la delantera al descender del carruaje lo mismo que al entrar en la sala de baile, de brazo con un mulato que salió a recibirla al estribo, y la que, así por la regularidad de sus facciones y simetría de sus formas, por lo estrecho del talle, en contraste con la anchura de los hombros desnudos, por la expresión amorosa de su cabeza, como por el color ligeramente bronceado, bien podía pasar por la Venus de la raza híbrida etiópico-caucásica. Vestía traje de punto ilusión sobre viso de raso blanco, mangas cortas con ahuecadores, que las hacían parecer dos globos pequeños, banda de cinta ancha encarnada a través del pecho, guantes de seda largos hasta el codo, tres sartas de brillantes corales al cuello y una pluma blanca de marabú con flores naturales, las que, con el pelo hecho un rodete bajo y un orden de rizos de sien a sien, por detrás, daban a su cabeza el aire de una gorra antigua de terciopelo negro, que es lo que ella o su peluquero se había propuesto contrahacer. La compañera iba vestida y peinada poco más o menos como ella, pero no siendo ni con mucho tan esbelta y bella, no atrajo tanto la atención.

Volvíanse las mujeres todo ojos para verla, los hombres le abrían paso, le decían alguna lisonja o chocarrería, y en un instante el rumor sordo de la *Virgencita de bronce,* la *Virgencita de bronce*, recorrió de un extremo a otro la casa del baile. Que la reina de éste acababa de presentarse, sin la orquesta, dieron de ello claras muestras la animación y el movimiento difundidos por todas partes. Al pasar ella por junto al clarinete Pimienta, le tocó con el abanico en el brazo, acompañando la acción con una sonrisa, que fueron parte para que el artista, que por lo visto esperaba aquel instante con ansia devoradora, sacara de su instrumento las melodías más extrañas y sensibles, cual si la musa de sus sueños platónicos hubiese bajado a la tierra y adoptado la forma de una mujer sólo para inspirarle. Puede decirse en resumen que el golpe del abanico surtió en el músico el efecto de una descarga eléctrica cuya sensación, si es dable expresarlo así, podía leerse lo mismo en su rostro que en todo su cuerpo, desde el cabello a la planta. No se cruzaron palabras entre ellos, por supuesto, ni parecían necesarias tampoco, al menos por lo que a él tocaba, pues el lenguaje de sus ojos y de su música era el más elocuente que podía emplear ser alguno sensible para expresar la vehemencia de su amorosa pasión.

También le tocó con su abanico y se sonrió con Pimienta la compañera de la llamada *Virgencita de bronce;* pero el menos observador pudo advertir que el toque y la sonrisa de la una no tuvieron sobre él, ni con mucho, la influencia mágica de los de la otra. Al contrario, sus miradas se encontraron con natural y sereno movimiento, por donde era fácil colegir que había inteligencia entre ella y el músico, pero aquella inteligencia que tiene por origen

la amistad o el parentesco, no el amor. Sea de esto lo que se fuere, Pimienta siguió con la vista a las dos muchachas, en cuanto se lo permitían las gentes, hasta que entraron en el primer aposento, por la puerta del comedor; entonces cesó de tocar y paró la música.

Los jóvenes blancos, con Cantalapiedra a su cabeza, se habían situado al fin en el comedor, cerca de esa puerta de comunicación, para hallarse a la mira, lo mismo de las mujeres que entraban de la calle, como de las que salían a bailar en la sala. El que llamaban Leonardo, no bien notó la aproximación del carruaje en que llegaban las dos muchachas arriba mencionadas, se abrió camino a la calle con alguna dificultad, y se dirigió derecho al calesero, al cual le habló en baja voz. Este, para oírlo, se inclinó desde la silla del caballo que montaba, se quitó el sombrero en señal de respeto, y diciendo sí, señor, al punto echó a escape con el carruaje hacia la vuelta del hospital de mujeres de Paula.

Mientras las dos muchachas pasaban del comedor al cuarto, la más hermosa preguntó a su amiga en tono de voz que pudieron oír algunos de los circunstantes:

—¿Lo has visto, Nene?

—¿Te ciega el amor? —contestó la compañera con otra pregunta.

—No es eso, china, sino que no lo he visto. ¿Qué quieres?

—Pues por tu lado pasó como un reguilete cuando nosotras entrábamos.

Con esto la otra echó una rápida ojeada en torno del grupo de cabezas que la rodeaban y se inclinaban sobre ella, en el afán de verla a su sabor y de atraer sus miradas. Pero no cabe duda que sus ojos no tropezaron con los del individuo, cuyo nombre ninguna de las dos mencionó, porque torció el ceño y dio claras muestras de su desazón. Cantalapiedra, sin embargo, oyendo sus palabras y observando su semblante, dijo:

—¡Cómo! ¿Qué, no me ves? ¡Aquí me tienes, cielo!

La joven hizo un mohín muy sonoro y no replicó palabra. Por el contrario, Nemesia, que se perecía por los dimes y diretes, contestó con más viveza que gracia:

—Ahí se podía estar el señor toda la vida. *Naide* preguntaba por el señor.

—Ni yo hablaba contigo, poca sal.

—Ni se necesita, cristiano.

—¡Qué lengua, qué lengua! —repitió el comisario.

Todo esto pasó en un instante, sin volver atrás la cara las muchachas, ni pararse a conversar, sino el tiempo necesario para que los hombres les abrieran paso. Ya en la puerta del aposento, la Ayala recibió a sus amigas con los brazos abiertos y muchas demostraciones de alegría y de cariño. Y ya fuese por cumplimiento, ya porque así en efecto lo sentía, dijo casi a gritos:

—Por ustedes se aguardaba para romper el baile. ¿Cómo está Chepilla? —continuó hablando con la más joven—. ¿No ha venido? Empezaba a creer que había habido novedad.

—Por poco no vengo —contestó la preguntada—. Chepilla no se sentía

buena, y luego se ha puesto tan impertinente... El quitrín esperó por nosotras media hora por lo menos.

—Más vale que no haya venido —continuó la Mercedes—. Porque la cosa va a durar hasta el alba y ella no podría resistir. Denme sus *mantas*.

Tiempo era ya de que la fiesta comenzase. En efecto, no tardó en presentarse en el aposento ocupado por las matronas un mulato alto, calvo, algo entrado en años, aunque robusto, quien plantándose delante de la Mercedes Ayala, le dijo en voz bronca y con los brazos levantados:

—Vengo por la gracia y la sal para romper el baile.

—Pues, hermano, a la otra puerta, que aquí no es —repuso la Ayala con mucha risa.

—No hay que venirme con ésas, señora, porque yo soy porfiado. Además, que a nadie sino al ama de la casa corresponde el honor de romper el baile; con más que es su natalicio.

—Eso sería bueno si no hubiese en esta selecta reunión muchachas bonitas, a quienes de derecho corresponde el dominio y la gloria en todas partes.

—Ya se ve —agregó el calvo—, que no faltan esta noche en tan selecta reunión muchas y muy bonitas muchachas, pero esta circunstancia, que concurre también en el ama de la casa, no les da derecho a romper el baile. Hoy en el día de su santo, Merceditas; es V. el ama de la casa donde celebramos tan fausto día, y es V. la gracia y la sal del mundo. ¿He dicho algo? —concluyó recorriendo con la vista los circunstantes en busca de su aprobación.

Todos, más que menos, ya con palabras, ya con la acción, manifestaron su aquiescencia, de manera que la Ayala tuvo que ponerse en pie, y mal su grado seguir al compañero a la sala. Por entonces ya habían despejado los hombres, dejando un buen espacio libre en el centro. El calvo llevaba de la mano a la Ayala, y con ella se cuadró de frente para la orquesta, a la cual mandó en tono imperioso que tocase un minué de corte. Este baile serio y ceremonioso estaba en desuso en la época de que hablamos; pero por ser propio de señores o gente principal, la de color de Cuba le reservaba siempre para dar principio a sus fiestas.

Bailada aquella anticuada pieza con bastante gracia por parte de la mujer y con aire grotesco por la del hombre, saludaron a la primera los circunstantes con estrepitosos aplausos, y luego, sin más demora, comenzó de veras el baile, es decir, la danza cubana, modificación tan especial y peregrina de la danza española, que apenas deja descubrir su origen. Uno de tantos presentes se arrestó a invitar a la joven de la pluma blanca, como si dijéramos, a la musa de aquella fiesta, y ella, sin hacerse de rogar ni poner ningún reparo aceptó de plano la invitación. Cuando pasaba del aposento a la sala, para ocupar su puesto en las filas de la danza, se le escapó a una de las mujeres la siguiente audible exclamación:

—¡Qué linda! Dios la guarde y la bendiga.

—El mismo retrato de su madre, que santa gloria haya —agregó otra.

—¡Cómo! ¿Que murió la madre de esa niña? —preguntó muy azorada una tercera.

—¡Toma! ¿Que ahora se desayuna V. de eso? —repuso la que habló en segundo lugar—. ¿Pues no oyó V. decir que había muerto de resultas de haber perdido a su hija a los pocos días de nacida?

—No entiendo cómo la perdió si vive.

—No me ha dejado V. explicar, *señá* Caridad. Perdió a su hija a los pocos días de nacida porque se la quitaron cuando menos lo esperaba. Hay quien diga que la abuela, para ponerla en la Real Casa Cuna y hacerla pasar por blanca; hay quien diga que la abuela no fue la ladrona, sino el padre de la muchacha, que era un caballero de muchas campanillas y ya se había arrepentido de sus tratos y contratos con la madre. Esta perdió junto con la hija el juicio, y cuando le volvieron la hija, por consejo de los médicos, ya fue tarde, porque si recobró el juicio, que hay quien lo duda, no recobró la salud, y murio en Paula.

—Ha contado V. una historia *señá* Trinidad —dijo pasito la Ayala con sonrisa de incredulidad a la mulata que acababa de hablar.

—Hija —replicó la Trinidad alto—, como me la contaron la cuento; ni quito ni pongo de mi caudal.

—Pues según mis informes, que son de buena tinta —continuó la Ayala—, V. o la que le contó la historia añadió mucho de su propio caudal. Lo digo porque no se sabe de cierto si la madre de la niña ésta vive o muere; lo único que está bien averiguado es que la abuela oculta a la nieta el nombre de su padre, aunque es preciso ser ciega para no verlo o conocerlo. Cuando menos anda ahora mismo por las ventanas, siguiéndole los pasos a la hija, como que no la pierde de vista un punto. Parece que ese hombre ingrato y desnaturalizado, arrepentido de su conducta con la infeliz Rosario Alarcón, no halla otro medio de expiar su culpa que seguir a la hija de cuna en cuna y de ponina en ponina,[1] para ver si la liberta de los peligros del mundo. No tenga cuidado. Trabajo le mando. Como que así así se le cortan las alas al pájaro que una vez emprendió el vuelo.

—Pero se puede saber —preguntó la que dijeron Caridad—, ¿quién es el señorón de que se trata? Porque aquí tiene V. una persona que no lo conoce ni lo ha visto nunca, y no me parece que soy sorda ni ciega.

—Como sé lo que es una curiosidad no satisfecha, *seña* Caridad, voy a sacarla de dudas —dijo la Ayala acercándose—. Creo que hablo con una mujer de secreto, y por eso le digo todo lo que hay en el asunto. Apuradamente no tengo por qué andar con tapujos a estas horas. Sepa que el hombre es . . .; —y poniéndole ambas manos en los hombros a la curiosa, le comunicó en secreto el nombre del individuo—. ¿Lo conoce V. ahora? —concluyó preguntando la Ayala.

[1]Diversión o fiesta cuyos gastos se compartían entre los concurrentes.

—Por supuesto que sí —contestó *seña* Caridad—. Como a mis manos. Lo más que yo conocía. Por cierto que . . .; pero cállate, lengua.

Serían las diez de la noche y entonces estaba en su punto el baile. Bailábase con furor. Decimos con furor porque no encontramos término que pinte más al vivo aquel mover incesante de pies, arrastrándolos muellemente junto con el cuerpo al compás de la música; aquel revolverse y estrujarse en medio de la apiñada multitud de bailadores y mirones, y aquel subir y bajar la danza sin tregua ni respiro. Por sobre el ruido de la orquesta con sus estrepitosos timbales, podía oírse, en perfecto tiempo con la música, el monótono y continuo chis chas de los pies; sin cuyo requisito no cree la gente de color que se puede llevar el compás con exacta medida en la danza criolla.

En la época a que nos referimos, estaban en boga las contradanzas de figuras, algunas difíciles y complicadas, tanto que era preciso aprenderlas por principio antes de ponerse a ejecutarlas, pues se exponía a la risa del público el que las equivocaba, equivocación a que decían perderse. Aquel que se colocaba a la cabeza de la danza ponía la figura, y las demás parejas debían ejecutarla o retirarse de las filas. En todas las *cunas* generalmente había algún maestro a quien cedían o se tomaba el derecho de *poner la figura,* la misma que al volver a la cabeza de la danza la cambiaba a su antojo. El que más raras y complicadas figuras ponía, más crédito ganaba de excelente bailador, y se tenía a honra entre las mujeres el ser su compañera o pareja. Con el maestro *per se,* fuera de esa distinción, que se disputaba a veces, había la seguridad de no *perderse,* ni verse en la triste necesidad de sentarse, sin haber bailado, después de haberse colocado en las filas de la danza.

En la noche en cuestión, bailaba el maestro con Nemesia, la amiga predilecta de la joven de la pluma blanca. Había él puesto muchas y muy raras figuras, dejando conocidamente para lo último la más difícil y complicada. La segunda, tercera, cuarta y quinta parejas salieron airosas de la prueba, ejecutando la figura con los mismos enlaces, desenlaces y actitudes del maestro; pero no obstante el espacio que tuvo para estudiarla y aprenderla el compañero de la apellidada *Virgencita de bronce,* pues ocupaba en las filas el sexto lugar, a medida que se acercaba su turno crecía su ansiedad y volvía el rostro hacia los músicos en ademán suplicatorio, como esperando que adivinaran su aprieto y parasen la música. Aquella inquietud se comunicó a la muchacha, la cual conoció que iba a pasar por la vergüenza de tener que sentarse en lo más animado y divertido de la danza. El temor llegó a dominar todo su ser, poniéndola pálida y nerviosa. Lo que pasaba en el ánimo de esa pareja no tardó en hacerse visible a los ojos de las demás parejas y de muchos de los espectadores del baile.

La idea no más de que la hasta allí reina de la *cuna* podía verse obligada a retirarse, antes de tiempo, de las filas, había llenado de cruel y envidioso regocijo a las otras muchachas a quienes habían mortificado sobre manera las prefe-

rencias y públicos elogios que de ella hacían los hombres desde el momento de su entrada en el baile. En aquellas críticas circunstancias, Pimienta, que no la había perdido tampoco un punto de vista en medio de sus caprichosos giros y del tumulto de la danza, comprendió al vuelo lo que pasaba, y sin advertir a nadie de su intento, paró la música de golpe. Respiró con desahogo el compañero de la joven, y ésta pagó con una sonrisa celestial aquel socorro tan a tiempo del director de la orquesta.

CAPITULO VI

Y del tumulto indiscreto
Que ardiente en su torno gira,
Ninguno le dijo: "mira,
Aquel te adora en secreto,
Que oyendo y viéndote está".

RAMÓN DE PALMA, *Quince de Agosto.*

Habrá comprendido ya el discreto lector, que la *Virgencita de bronce* de las anteriores páginas no es otra que Cecilia Valdés, la misma jovenzuela andariega que procuramos darle a conocer al principio de esta verídica historia. Hallábase, pues, en la flor de su juventud y de su belleza, y empezaba a recoger el idólatra tributo que a esas dos deidades rinde siempre con largueza el pueblo sensual y desmoralizado. Cuando se recuerde la descuidada crianza y se una a esto la soez galantería que con ella usaban los hombres, por lo mismo que era de la raza híbrida e inferior, se formará cualquiera idea aproximada de su orgullo y vanidad, móviles secretos de su carácter imperioso. Así es que, sin vergüenza ni reparo, a menudo manifestaba sus preferencias por los hombres de la raza blanca y superior, como que de ellos es de quienes podía esperar distinción y goces, con cuyo motivo solía decir a boca llena que: en verbo de mulato sólo quería las *mantas* de seda,* de negro sólo los ojos y el cabello.

Fácil es de creer que una opinión tan francamente emitida como contraria a las aspiraciones de los hombres de las dos clases últimamente mencionadas,

*Las *mantas* de burato (pañolón grande de seda) era la moda general en la época a que se alude en la novela y las mulatas la usaban de color carmelita o pardo. (Nota de E. Rodríguez Herrera).

no les haría buena sangre, según suele decirse. Con todo eso, bien porque no se creyese sincera a su autora cuando la expresaba, bien porque se esperaba que hiciera una excepción, bien porque siendo tan bella era imposible verla sin amarla, lo cierto es que más de un mulato estaba perdido de amores por ella, sobre todos Pimienta, el músico, como habrá podido advertirse. Este tal gozaba la inapreciable ventaja sobre los demás pretendientes, de ser hermano de la amiga íntima y compañera de la infancia de Cecilia, con cuyo motivo podía verla a menudo, tratarla con intimidad, hacérsele necesario y ganar tal vez su rebelde corazón a fuerza de devoción y de constancia. ¿A quién no ha halagado en su vida esperanza más efímera? De todos modos, él siempre tenía presente aquel canto popular de los poetas españoles, que principia: Labra el agua sin ser dura, / un mármol endurecido; y puede decirse, en honor de la verdad, que Cecilia le distinguía entre los hombres de su clase que se le acercaban a celebrarla, si bien semejante distinción, hasta la fecha presente, no había pasado de uno que otro rasgo de amabilidad con un hombre por otra parte muy amable, cortés y atento con las mujeres.

Acabada la danza, se inundó de nuevo la sala y comenzaron a formarse los grupos en torno de la mujer preferida por bella, por amable o por coqueta. Pero en medio de la aparente confusión que entonces reinaba en aquella casa, podía observar cualquiera que, al menos entre los hombres de color y los blancos, se hallaba establecida una línea divisoria que, tácitamente, y al parecer sin esfuerzo, respetaban de una y otra parte. Verdad es que unos y otros se entregaban al goce del momento con tal ahínco, que no es mucho de extrañar olvidaran por entonces sus mutuos celos y odio mutuo. Además de eso, los blancos no abandonaron el comedor y aposento principal, a cuyas piezas acudían las mulatas que con ellos tenían amistad, o cualquier otro género de relación, o deseaban tenerla; lo cual no era ni nuevo ni extraño, atendida su marcada predilección. Cecilia y Nemesia, por uno u otro de estos motivos, o por su estrecha amistad con el ama de la casa, no bien concluyó la danza se fueron derecho al aposento y ocuparon asiento detrás de las matronas hacia el comedor. Allí, sin más dilación, se formó el grupo de los jóvenes blancos, porque, ya se ha dicho, aquellas dos muchachas eran las más interesantes del baile. Las personas conspicuas de ese grupo, sin disputa que eran tres: el comisario Cantalapiedra, Diego Meneses y su amigo íntimo, el joven conocido por Leonardo. Este último tenía apoyada la mano derecha en el canto del respaldo de la silla ocupada por Cecilia, quien, por casualidad o a posta, le estrujó los dedos con la espalda.

—¿Así trata V. a sus amigos? —le dijo Leonardo, sin retirar la mano, aunque le escocía bastante.

Contentóse Cecilia con mirarlo de soslayo y torcerle los ojos cual si la palabra amigo sonase mal en quien debía saber que era tratado como enemigo.

—Esa niña está hoy muy desdeñosa —dijo Cantalapiedra, que notó la acción y la mirada.

—¿Y cuándo no? —dijo Nemesia sin volver la cara.

—Nadie te ha dado vela en este entierro —repuso el comisario.

—Y al señor ¿quién se la ha dado? —agregó Nemesia mirándole entonces de reojo.

—¿A mí?, Leonardo.

—Pues a mí, Cecilia.

—No hagas caso, mujer —dijo esta última a su amiga.

—Si no fuera porque . . . yo te ponía más suave que un guante —añadió Cantalapiedra hablando directamente con Cecilia.

—No ha nacido todavía —dijo ella—, el que me ha de hacer doblar el cogote.

—Tienes esta noche palabras de poco vivir —le dijo entonces Leonardo, inclinándose hasta ponerle la boca en el oído.

—Me la debe V. y me la ha de pagar —le contestó ella en el propio tono y con gran rapidez.

—Al buen pagador no le duelen prendas, dice a menudo mi padre.

—Yo no entiendo de eso —repuso Cecilia—. Sólo sé que V. me ha desairado esta noche.

—¿Yo, vida mía?

En aquella misma sazón se acercó Pimienta por la puerta de la sala saludando a un lado y a otro a sus amigas, y cuando se puso al alcance de Cecilia ésta le echó mano del brazo derecho con desacostumbrada familiaridad, y le dijo, afectando tono y aire volubles:

—¡Oiga! ¡Qué bien cumple un hombre su palabra empeñada!

—Niña —contestó con solemne tono, aunque el caso no era para tanto—, —José Dolores Pimienta siempre cumple su palabra.

—Lo cierto es que la contradanza prometida aún no se ha tocado.

—Se tocará, Virgencita, se tocará, porque es preciso que sepa que a su tiempo se maduran las uvas.

—La esperaba en la primera danza.

—Mal hecho. Las contradanzas dedicadas no se tocan en la primera, sino en la segunda danza, y la mía no debía salir de la regla.

—¿Qué nombre le ha puesto? —preguntó Cecilia.

—El que se merece por todos los estilos la niña a quien va dedicada: *Caramelo vendo.*

—¡Ah! Esa no soy yo por cierto —dijo la joven corrida.

—¡Quién sabe, niña! ¡Qué tarde vinieron! —agregó hablando con su hermana Nemecia.

—No me digas nada, José Dolores —repuso ésta—. Costó Dios y ayuda persuadir a Chepilla el que nos dejase venir solas, porque lo que es ella no podía acompañarnos. Consintió a lo último porque vinimos en quitrín. Y aún así (para añadir estas palabras miró a Cecilia como consultando su semblante), si no tomamos la determinación de meternos en él, nos quedamos . . . Chepilla se puso furiosa en cuanto que se asomó a la puerta y conoció . . .

—Chepilla no se puso *brava* por nada de eso, mujer —interrumpió Cecilia con gran viveza a su amiga—. No quería que viniésemos porque la noche estaba muy mala para baile. Y tenía mucha razón, sólo que yo había dado mi palabra . . .

Por prudencia o por cualquier motivo, Pimienta se alejó de allí sin aguardar a más explicaciones. No sucedió lo mismo con Cantalapiedra, que era hombre curioso si los hay, por lo que con sonrisa maliciosa le preguntó a Nemesia:

—¿Se puede saber por qué la Chepilla se puso furiosa luego que reconoció el quitrín en que ustedes vinieron al baile?

—Como que yo no soy baúl de *naiden* —contestó la Nemesia prontamente—, dire la verdad. (Cecilia le pegó un pellizco, pero ella acabó la frase). Claro, porque conoció que el quitrín era del caballero Leonardo.

Naturalmente las miradas de Cantalapiedra y de los demás presentes al alcance de las palabras de Nemesia se concentraron en el individuo que ella había nombrado, y aquél, tocándole en el hombro, le dijo:

—Vamos, no se ponga colorado, que el prestar el carruaje a dos reales mozas como éstas en noche tan fea, no es motivo para que nadie sospeche malas intenciones de un caballero.

—Ese quitrín, lo mismo que el corazón de su dueño —repuso Leonardo sin cortarse—, están siempre a la orden de las bellas.

Salía entonces Pimienta por la puerta del comedor y oyó distintamente las palabras del joven blanco, convenciéndole, desde luego, de quién era el quitrín en que Cecilia y su hermana Nemesia habían venido al baile. El desengaño le hirió en lo más vivo del alma; por lo que echando una mirada triste al grupo de jóvenes blancos, de seguida pasó a la sala donde, después de armar el clarinete, tocó algunos registros a fin de que entendieran sus compañeros que era tiempo de que se reuniera de nuevo la orquesta. Afinados los instrumentos, sin más dilación rompió la música con una contradanza nueva, que a los pocos compases no pudo menos de llamar la atención general y arrancar una salva de aplausos, no sólo porque la pieza era buena, sino porque los oyentes eran conocedores; aserto éste que creerán sin esfuerzo los que sepan cuán organizada para la música nace la gente de color. Se repitieron los aplausos luego que se dijo el título de la contradanza (*Caramelo vendo*), y a quién estaba dedicada, a la *Virgencita de bronce*. De paso puede añadirse que la fortuna de aquella pieza fue la más notable de las de su especie y época, porque después de recorrer los bailes de las ferias por el resto del año e invierno del subsecuente, pasó a ser el canto popular de todas las clases de la sociedad.

Excusado parece decir que con una contradanza nueva, guiada por su mismo autor y tocada con mucho sentimiento y gracia, los bailadores echaron el resto, quiere decirse, que llevaron el compás con cuerpo y pies; cuyo monótono rumor en toda apariencia duplicaba el número de la orquesta. Bien claro decía el clarinete en sus argentinas notas: *caramelo vendo, vendo caramelo;* al paso de los violines y el contrabajo las repetían en otro tono, y los timbales hacían coro estrepitoso a la voz melancólica de la vendedora de ese dulce. Pero

¿qué era del autor de la pieza que tanta impresión causaba? En medio del delirio de la danza, ¿había quien se acordara de su nombre? ¡Ay! No. Como la noche avanzaba sin señales de bonanza, desde temprano la gente curiosa de la calle empezó a desamparar la puerta y ventanas del baile, y a las once no quedaba en ellas cara blanca, al menos de mujer. De esta circunstancia se aprovecharon los jóvenes de familias decentes, a que nos hemos referido más arriba, que abrigaban un cierto escrúpulo para ponerse a bailar con las mulatas amigas o conocidas. Cantalapiedra tomó por pareja a la ama de casa, Mercedes Ayala; Diego Meneses, a Nemesia y Leonardo a Cecilia; y parte por guardar en lo posible la línea de separación, parte por un resto de ese mismo tardío escrúpulo, establecieron la danza en el comedor, no obstante la estrechez y desaseo de la pieza.

Con semejante ocurrencia puede imaginar cualquiera la agonía de alma de Pimienta. Su musa inspiradora, la mujer adorada, se hallaba en brazos de un joven blanco, tal vez del preferido de su corazón; pues como sabemos, no ocultaba ella sus sentimientos, se entregaba toda al delirio del baile, mientras él, atado a la orquesta cual a una roca, la veía gozar y contribuía a sus goces sin participar de ellos en lo más mínimo. La turbación de su espíritu no fue, sin embargo, bastante a perjudicar su dirección de la orquesta, ni a influir desfavorablemente en el manejo de su instrumento favorito. Por el contrario, su inquietud y su pasión no parece sino que encontraron desahogo por las llaves del clarinete; se exhalaron, por decirlo así, según lo peregrino y suave de las notas que de él sacaba, esparciendo el encanto y la animación entre los bailadores. Como suele decirse, no quedó títere con cabeza que no bailara, pues se armó la danza en la sala, en el comedor, en el aposento principal y en el angosto y descubierto patio de la casa. ¿Qué mucho, pues, que entonces no pasara siquiera por la mente de los que tanto se divertían y gozaban, que el autor y el alma de toda aquella alegría y fiesta, José Dolores Pimienta, compositor de la contradanza nueva, agonizaba de amor y de celos?

Pasadas serían las doce de la noche cuando cesó de nuevo la música, con lo que a poco empezaron a retirarse las personas que podían considerarse extrañas para el ama de casa, porque hasta entonces no levantó ésta la voz diciendo que era hora de cenar. Y para apresurar la marcha, agarró ella por el brazo a dos de sus mejores amigas y a rastra casi, las llevó al fondo del patio donde dijimos que estaba puesta la mesa del ambigú. Tras ellas siguieron las demás mujeres y los hombres, entre los segundos Pimienta y Brindis, los músicos; Cantalapiedra y su inseparable corchete, el de las grandes patillas, Leonardo y su amigo Diego Meneses. Tomaron asiento en torno de la mesa las mujeres, únicas que cupieron, aunque eran pocas; los hombres se mantuvieron en pie cada cual detrás de la silla de su amiga o preferida. Quedaron juntos a una de las cabeceras Cantalapiedra y la Ayala, sin que sepamos decir si por casualidad o por hacer honor al comisario y a su categoría.

No cabe duda sino que el ejercicio del baile había aguzado el apetito de los comensales de ambos sexos, porque apoderándose los unos del jamón, los otros

del pescado, aceitunas y demás manjares en algunos minutos, todos comían y habían aliviado la mesa de una buena porción de su peso. Satisfecha la primera necesidad, hubo lugar a los rasgos de galantería y cariño que en todos los países llevarán el sello de la educación que alcanzan las personas que los ejercen. Las de la verídica historia cuya fisonomía trazamos ahora a grandes pinceladas, no eran, en general, de la clase media siquiera, ni de la que mejor educación recibe en Cuba, y puede creerse sin esfuerzo que sus rasgos de galantería y de cariño en ninguna circunstancia tenían nada de delicados ni de finos.

—Que diga algo Cantalapiedra —dijo alguien.

—Cantalapiedra no dice nada cuando come —contestó el mismo mientras roía la pierna del pavo.

—Pues que no coma si ha de callar —saltó otro.

—Eso no, porque comeré y diré hasta el juicio final —repuso el comisario.— ¿Cómo quieren, sin embargo, que diga si aún no he remojado la garganta?

—¡Ahí va mi copa! ¡Ahí va la mía! ¡Tome ésta! —exclamaron diez voces por lo menos, y otros tantos brazos se cruzaron sobre la mesa en dirección del comisario, quien, empuñando una tras otra copa, cada cual llena de un vino diferente, se las fue echando al coleto, sin presentar más muestra del efecto que le causaban que ponerse algo rubicundo y aguársele los ojos. Después, llenando su propia copa de rico champaña, tosió, levantó el pecho, y en voz campanuda, un si es no es carrasposa, dijo:

—¡Bomba! En los felices natales de mi amiga Merceditas Ayala, décima:

Yo te digo en la ocasión,
Merceditas de mis ojos,
Que tu vista guarda abrojos,
Pues que punza el corazón.

Ten de un triste compasión,
Que por tus ojos suspira,
Que por tus ojos delira,
Que por tus ojos alienta,
Que por tus ojos sustenta
Esta vida de mentira.

Tras esta improvisación ramplona y de mal gusto, resonaron vivas y aplausos repetidos y estrepitosos, con destemplado golpeo de los platos con los cuchillos. Y como en recompensa de su poética labor, de ésta recibió una aceituna ensartada en el mismo tenedor con que acababa de llevarse el alimento a la boca, de esotra una tajada de jamón, de la de más allá un pedazo de pavo, de aquélla un caramelo, de su vecina una yema azucarada, hasta que la Ayala puso término al torrente de obsequios levantándose y pasando su copa, llena de Jerez, a Leonardo para que improvisara también como lo había hecho el complaciente comisario. Aprovechose éste de la tregua que se le concedía tácita-

mente, para levantarse de la mesa, ir derecho, aunque disimuladamente, hasta el brocal del pozo, donde, introduciéndose dos dedos en la boca, arrojó cuanto había comido y bebido, que no había sido poco. Y muy fresco y repuesto se volvió a la mesa. Merced a un medio tan sencillo como expedito pudo tornar a comer y a beber cual si no hubiera probado bocado ni pasado gota en toda la noche. De los demás hombres que habían bebido con exceso y no conocían el remedio eficaz de Cantalapiedra, que más, que menos, pocos acertaban a tener firme la cabeza, sin exceptuar al mismo joven Leonardo.

A esa lamentable circunstancia debe atribuirse el que un mozo tan fino como bien educado se prestara también a hacer coplas y en obsequio de aquella heroína de la fiesta. Pero bien que mal las hizo, siendo no menos aplaudido y regalado que el anterior coplero, aunque fue de notarse que, lejos Cecilia Valdés de celebrar, como los demás, su esfuerzo poético, se mantuvo callada y visiblemente corrida. Tampoco tomó parte Nemesia en la celebración, si bien por causa muy distinta, a saber: por hallarse empeñada en un diálogo rápido y secreto con su hermano José Dolores Pimienta.

—¿Pues no va desocupada la zaga?[1] —le decía él.

—Tal vez no —le replicaba ella.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Como sé muchas cosas. ¿Necesito yo tampoco que me den la comida con cuchara?

—Ya, pero tú no te explicas.

—Porque no hay tiempo ahora.

—Sobrado, hermana.

—Luego . . . las paredes oyen.

—¡Vaya! Cuando se grita.

—Vamos, no seas porfiado. Te digo que no lo hagas.

—Yo no pierdo la ocasión.

—Vas a pasar un mal rato.

—¿Qué me importa si hago mi gusto?

—Te repito, José Dolores, no te metas en camisa de once varas. No seas cabezadura. Con esa porfía me quitas las ganas de ayudarte. Yo entiendo de eso mejor que tú, lo estoy viendo.

Antes que se hubiese calmado el ruido de las voces, de palmadas y de golpes en los platos y la mesa, Leonardo le dijo algo en secreto a Cecilia y salió a la calle arrastrando a Meneses por el brazo, sin despedirse de nadie, a la francesa, como dijo Cantalapiedra cuando los echó de menos. Una vez fuera, a pesar de la lluvia menuda, ambos jóvenes siempre de brazo, tomaron a pie la calle de la Habana hacia el centro de la ciudad, y en la primera esquina, que era la de San Isidro, Meneses siguió derecho y Leonardo tomó la vuelta del hospital de Paula.

Nubes ligeras, claroscuras, despedazadas por el viento fresco del nordeste, pasaban unas tras otras en procesión bastante regular por delante de la luna

[1]Es decir, del quitrín.

menguante, que ya traspasaba el cenit y a veces dejaba caer rayos de luz blanquecina. La calle traviesa, angosta y torcida que llevaba el joven Leonardo no se despejó jamás, ni vio él a derechas su camino hasta que llegó a la plazuela del hospital antes dicho, y entonces sólo el lado izquierdo se alumbraba a ratos, pues las paredes de la iglesia de Paula, elevadas y oscuras, proyectaban una doble sombra sobre el espacio exento. Arrimado a ellas, sin embargo, pudo distinguir su carruaje, los caballos del cual agachaban la cabeza y las orejas, en su afán de evitar la lluvia y el viento que les herían de frente. Estaba echado el capacete y no parecía el jinete por ninguna parte, ni en la silla, su puesto acostumbrado, ni en la zaga, ni en el vano de la ancha puerta de la iglesia, que podía servirle de abrigo. Pero a la segunda ojeada comprendió Leonardo dónde estaba. Sentado en el pesebrón del quitrín, le colgaban las piernas, cubiertas con las botas de campana, mientras descansaba la cabeza y los brazos, medio vuelto, en los muelles cojines de marroquí. En el suelo yacía la *cuarta,*[2] que en el sueño se le había desprendido de las manos; la recogió Leonardo al punto, levantó un canto del capacete, y con todas sus fuerzas le pegó dos o tres zurriagazos a manteniente, por las espaldas presentadas.

—¡Señor! —exclamó el calesero, entre asustado y dolorido, descolgándose.

Ya de pie pudo verse que era un mozo mulato, bastante fornido, ancho de hombros y de cara, más fuerte si no más alto que el que acababa de calentarle las espaldas con el zurriago. Vestía a la usanza de los de su oficio en la isla de Cuba, chaqueta de paño oscuro, galoneado de pasamanería, chaleco de piqué, el cuello de la camisa a la marinera, pantalón de hilo, botas enormes de campana, a guisa de polainas, y sombrero negro redondo, galoneado de oro. Debemos mencionar también, como signos característicos del calesero, las espuelas dobles de plata, que no llevaba a la sazón el mulato de que ahora se habla.

—¡Oiga! —le dijo su amo, pues lo era en efecto el joven Leonardo—, dormías a pierna suelta mientras los caballos quedaban a su albedrío. ¿Eh? ¿Qué hubiera sucedido si espantados por casualidad echan a correr por esas calles de Barrabás?

—Yo no estaba *dormiendo,* niño; —se atrevió a observar el calesero.

— ¿Conque no dormías? Aponte, Aponte, tú parece que no me conoces o que crees que yo me mamo el dedo. Mira, monta, que ya ajustaremos cuentas. Lleva el quitrín a la *cuna,* toma las dos muchachas que trajiste en él y condúcelas a su casa. Yo te espero en el paredón de Santa Clara, esquina a la calle de la Habana. No consientas que nadie monte a la zaga. ¿Entiendes?

—Sí, señor —contestó Aponte partiendo en dirección de la garita de San José. En la puerta de la casa del baile, sin desmontarse, dijo a un desconocido que entonces entraba: —¿Me hace el favor de decirle a la niña Cecilia que aquí está el quitrín?

A pesar del aditamento de *niña* de que hizo uso el calesero hablando de Cecilia, que sólo se aplica en Cuba a las jóvenes de la clase blanca, el descono-

[2]Látigo.

cido pasó el recado sin equivocación ni duda. Y ella incontinente se levantó de la mesa y fue a coger su *manta,* seguida de Nemesia y de la Ayala. Esta última las acompañó hasta la puerta de la calle, en donde ya se habían agrupado los pocos hombres que aún no se habían despedido. Allí, teniendo todavía por la cintura a Cecilia, en señal de amistad y cariño, la dijo:

—No te fíes de los hombres, china, porque llevas la de perder.

—¿Y yo me he fiado de alguno a estas horas, Merceditas? —repuso Cecilia sorprendida.

—Ya, pero ese quitrín tiene dueño, y nadie da palos de balde. Tenlo por sabido. Me parece que me explico.

Con esto y con fingir Cantalapiedra que lloraba por la partida de Cecilia, cosa que causó mucha risa, ésta y Nemesia subieron al carruaje dándoles la mano Pimienta, y de hecho quedó desbaratada la reunión.

Podía ser entonces la una de la madrugada. El viento no había abatido ni cesado la llovizna que, de cuando en cuando, arrojaban las voladoras nubes sobre la ciudad dormida y en tinieblas. Conforme reza la expresión vulgar, la oscuridad era como boca de lobo. No por eso, sin embargo, perdió el joven músico la pista del carruaje que conducía a su hermana y a su amiga; antes por el ruido de las ruedas en el piso pedregoso de las calles, le fue siguiendo las aguas, primero al paso redoblado y luego al trote, hasta que le alcanzó cerca de la calle de Acosta. Puso la mano en la tabla de atrás, se impulsó naturalmente con la carrera que llevaba y quedó montado a la mujeriega. Al punto le sintió el calesero e hizo alto. —Apéate —le dijo Nemesia por el postigo. —No hay para qué —dijo Cecilia. —Yo les voy guardando las espaldas, dijo Pimienta. —Apéese V., —dijo en aquella sazón Aponte, que ya había echado pie a tierra. —¿No te lo decía? —añadió Nemesia hablando con su hermano. —Aquí dentro van mi hermana y mi amiga —observó el músico, dirigiéndose al calesero. —Será así —repuso éste—, pero no consiento que nadie se monte atrás de mi quitrín. Se echa a perder, camará —agregó notando que se las había con un mulato como él. —Apéate —repitió Nemesia con insistencia.

Obedeció José Dolores Pimienta, conocidamente después de una lucha sorda y terrible consigo mismo, en que triunfó la prudencia; pero cediendo y todo en aquella coyuntura, no renunció a la resolución tomada de seguir el carruaje. Volvió a montar el calesero y continuó la carrera derecho hasta desembocar en la calle de Luz, torciendo allí a la izquierda hacia la de la Habana. Cerca del cañón de la esquina estaba un hombre de pie, guarecido del viento y de la menuda llovizna, con las elevadas tapias del patio perteneciente al monasterio de las monjas Claras. En ese punto paró Aponte por segunda vez el quitrín; el hombre en silencio subió a la zaga, diciendo luego a media voz: ¡Arrea! —Partió entonces aquél a escape, pero no sin dar tiempo a que se acercara lo bastante el músico, para advertir que el individuo que le reemplazó en la zaga del carruaje era el mismo joven blanco, Leonardo, que tantos celos le había inspirado en la *cuna.*

CAPITULO VII

¿Y qué modo de hombre es él,
es negocio moscatel,
es discreto vergonzoso,
o dulce o acibaroso?

LOPE DE VEGA, *La Buscona.*

En el barrio de San Francisco y en una de sus calles menos torcidas, con banquetas o losas en una o dos cuadras, había, entre otras, una casa de azotea que se distinguía por el piso alto sobre el arco de la puerta, y balconcito al poniente. La entrada general, como la de casi todas las casas del país, para los dueños, criados, bestias y carruajes, dos de los cuales había comúnmente de plantón, era por el zaguán; especie de casa-puerta o cochera que conducía al comedor, patio y cuartos escritorios.

Llamaban bajo este último nombre los que se veían a la derecha, a continuación del zaguán, ocupados, el primero por una carpeta doble de comerciante, con dos banquillos altos de madera, uno a cada frente, y debajo una caja pequeña de hierro, cuadrada, que en vez de puerta tenía tapa para abrirse o cerrarse siempre que se guardaban en ella o se sacaban los sacos de dinero. En el lado opuesto de la casa se veía la hilera de cuartos bajos para la familia, con entrada común por la sala, puerta y ventana al comedor y al patio.

Este formaba un cuadrilátero, en cuyo centro sobresalía el brocal de piedra azul de un aljibe o cisterna, donde, por medio de canales de hoja de lata y de cañerías enterradas en el suelo, se vertían las aguas llovedizas de los tejados. Una tapia de dos varas de elevación, con un arco hacia el extremo de la derecha, separaba el patio de la cocina, caballeriza, letrina, cuarto de los caleseros y demás dependencias de la casa.

Entre el zaguán y los cuartos llamados escritorios descendía al comedor, apoyada en la pared divisoria, una escalera de piedra tosca con pasamanos de cedro, sin meseta ni más descanso que la vuelta violenta que hacían los últimos escalones casi al pie. Esa escalera comunicaba con las habitaciones altas, compuestas de dos piezas: la primera que hacía de antesala, tan grande como el zaguán; la segunda, todavía mayor, como que tenía las mismas dimensiones que los escritorios sobre los cuales estaba construida y servía de dormitorio y estudio. Con efecto, los muebles principales que la llenaban casi, eran una cama o catre de armadura de caoba, cubierto con un mosquitero de rengue azul, un armario de aquella propia madera, un casaquero o percha de lo mismo, un sofá negro de cerda, unas cuantas sillas con asiento de paja, una mesa a modo de bufete y una butaca campechana. Sobre los tales muebles se hallaban varios libros, unos abiertos, otros cerrados o con una o más hojas dobladas por la punta, empastados a la española, con canto rojo, todos al parecer de leyes según podía notarse, leyendo los letreros dorados en los lomos de algunos. En el sofá únicamente dos periódicos en forma de folletos: el más voluminoso con un malísimo grabado que representaba los figurines de un hombre, una mujer y un niño, y llevaba por título *La Moda* o *Recreo Semanal,* el otro *El Regañón.*[1]

Abajo, en el comedor había una mesa de alas de caoba, capaz para doce cubiertos, hasta seis butacas en dos hileras frente a la puerta del aposento; en el ángulo el indispensable jarrero, mueble *sui géneris* en el país, y para proporcionar sombrío a la pieza y protegerla contra la reverberación del sol en el patio, había dos grandes cortinas de cañamazo que se arrollaban y desarrollaban lo mismo que los telones de teatro. En la pared medianera entre el zaguán y la sala, había una reja de hierro, y para dar paso a la luz en esta última, dos ventanas de lo mismo voladizas, que desde el nivel del piso de la calle subían hasta el alero del techo. De la viga principal colgaba por sus cadenas una bomba de cristal; de la pared del costado dos retratos al óleo, representativos de una dama y de un caballero en la flor de su edad, hechos por Escobar,[2] debajo de éstos un sofá, y en dirección perpendicular al mismo, en dos filas, hasta seis sillones con asiento y respaldo de marroquí rojo; en los cuatro ángulos, rinconeras de caoba, adornadas con guardabrisas de cristal o con floreros de China. En la pared, entre ventanas, una mesa alta con pies dorados, y encima un espejo cuadrilongo, llenando los huecos intermedios sillas con profusión.

Era de notarse la cortina de muselina blanca, con fleco de algodón, que pendía de los dinteles de las puertas y ventanas de los cuartos, como para dar libre paso al aire y ocultar sus interioridades de las miradas de los que pasaban por el comedor y el patio.

En resumen, la casa aquella, peculiarmente habanera, según se habrá echado de ver por la menuda descripción que de ella hemos hecho, respiraba por todas

[1]*La Moda o Recreto Semanal del Bello Sexo* y *El Regañón de la Habana,* dos de las principales publicaciones periódicas de la época.
[2]Vicente Escobar, retratista popular de la isla.

partes aseo, limpieza y . . lujo, porque tal puede llamarse, en efecto, si se tiene en cuenta el país, la época de que se habla, el estilo y calidad del mueblaje, los dos carruajes en el zaguán y la capacidad misma de la morada. ¿Vivía allí una familia decente, bien educada y feliz? Vamos a verlo en breve.

A la hora en que principia nuestro cuento, entre seis y siete de la mañana de uno de los días de octubre, ocupaba una de las butacas del comedor un caballero de hasta cincuenta años de edad, alto, robusto, entrecano, nariz grande aguileña, boca pequeña, los ojos pardos y vivos, la color del rostro rubicunda, la cabeza redonda por detrás; signos éstos característicos de pasiones fuertes y firmeza de carácter. Llevaba el cabello corto, la barba rasurada completamente; vestía bata talar de zaraza sobre chaleco largo de piqué blanco, pantalones de dril y chinelas de ante. Descansaba los pies en una silla con asiento de paja, y con ambas manos se llevaba a los ojos un periódico impreso en papel español de hilo del folio común, titulado *El Diario de la Habana.*

Mientras leía se le presentó un muchacho como de doce años de edad, vestido de pantalones y camisa de listadillo, que venía del fondo del patio y traía en la mano derecha una taza de café con leche, puesta en un plato, y en la otra un azucarero de plata. El caballero, sin enderezarse en la butaca, tomó la taza, endulzó y se puso a sorber y leer con toda calma, mientras el criado, con los brazos cruzados sobre el pecho, se quedó delante de él en pie, conservando en las manos respectivas el plato y el azucarero. Concluida la poción de café con leche, no obstante que el muchacho se hallaba a pocos pasos, le dijo en tono de voz atronadora: —¡Tabaco y lumbre!—. Salió aquél de carrera a la cocina y volvió a poco por los cuartos escritorios trayendo entonces una vejiga grande con algunos cigarros arrollados en el fondo y un braserillo de plata con una brasa de carbón vegetal, medio enterrada en un montón de ceniza. El caballero encendió un cigarro, y cuando el muchacho se disponía a emprender de nuevo la carrera, le gritó: —¡Tirso!

—¡Señor! —contestó también en alta voz como si ya estuviera en la cocina o hablara con sordo.

—¿Has estado arriba? —le preguntó el amo.

—Sí, señor, *dende* que llegó de la plaza el cocinero.

—¿Y cómo es que el niño Leonardo no ha bajado todavía?

—Es querer decir a su merced que el niño Leonardo, no quiere que lo *dispierten* cuando ha pasado mala noche.

—¡Mala noche! —repitió el caballero mentalmente—. Anda (al esclavo), despiértale y que baje.

—Señor —dijo el muchacho titubeando y confuso—. Señor, su merced sabe que . . .

—¿Qué sucede? —volvió a tronar el amo, luego que echó de ver que el esclavo se estaba parado y no le había obedecido.

—Señor, es querer decir a su merced que el niño se pone bravo cuando lo *dispiertan,* y . . .

—¿Qué? ¿Qué dices? ¡Ah! ¡Perro! Anda, corre si no quieres subir a puntapiés.

Y como el caballero medio se incorporase para ejecutar la amenaza, no esperó a que se la repitieran para obedecer la orden. En cuatro saltos se puso en lo alto de la escalera, desapareciendo en el dormitorio del joven Leonardo. A tiempo mismo que el muchacho corría escalera arriba, asomaba por la puerta del aposento una señora algo gruesa, hermosa, de amabilísimo aspecto, las facciones menudas, con el cabello todavía negro, aunque pasaba de los cuarenta de edad, vestida de holán clarín blanco, y abrigada con una manta de burato color canario y toda ella muy pulcra y de ademán reposado y señoril. Sentóse al lado del caballero de la bata, a quien, preguntándole por las noticias del día, dio el nombre de Gamboa. Este le contestó entre dientes que la única importante que traía *El Diario* era la aparición del cólera morbus en Varsovia, donde hacía estragos espantosos.

—¿Y dónde es eso? —preguntó la señora bostezando.

—¡Toma! —contestó Gamboa—. Eso es muy lejos. Figúrate, allá cerca del Polo Norte, en Polonia. Ya tiene que rodar el señor cólera para llegar hasta nosotros, y entonces . . . ¡quién sabe dónde estaremos tú y yo!

—¡Dios nos libre de horas menguadas, Cándido! —volvió a exclamar la señora con el mismo aire de indolencia de antes.

Bajaba Tirso en este punto los escalones con doble precipitación, si cabe, de aquella con que los había subido; y a no ser porque en tiempo agacha la cabeza, le alcanza en ella un libro que le arrojaron de lo alto, el cual, con la violencia del golpe se hizo pedazos en la puerta del escritorio. Don Cándido alzó la cabeza y la señora se levantó y fue hacia el pie de la escalera, preguntando: —¿Qué ha sido eso?—. Por toda respuesta el muchacho, muy asustado le indicó con los ojos al joven Leonardo, que se hallaba en lo alto, envuelto en la sábana, con los puños apretados en señal de cólera y de amenaza. Pero no bien descubrió a su madre, pues lo era aquella señora, cambió de actitud y de semblante; e iba sin duda a explicarle la ocurrencia, cuando ella le contuvo haciéndole una seña muy significativa, que equivalía, poco más o menos, a decirle: Calla, que ahí está tu padre. Por lo que él, sin más demora, dio media vuelta y se volvió al dormitorio.

—¿Viene el niño Leonardo? —preguntó Gamboa al esclavo cual si no hubiera notado la carrera de éste, el librazo contra la puerta del escritorio ni la acción de su esposa.

—Sí, señor —contestó Tirso.

—¿Le diste mi recado? —insistió Don Cándido en tono de voz más recio y áspero.

—Es querer decir a su merced —repuso el esclavo todo turbado y tembloroso—, que . . . el niño . . . el niño Leonardo no me dio tiempo.

La señora se había vuelto a sentar, y seguía llena de ansiedad las palabras y los movimientos del semblante de su marido. Le vio ponerse rojo a medida que Tirso soltaba las pocas frases de que en su turbación pudo hacer uso; aun

le pareció que iba a levantarse, acaso para pegarle al esclavo, o hacer bajar por la fuerza a Leonardo; en cuya confusa alternativa, a fin de ganar tiempo, le dejó caer la mano derecha en el brazo izquierdo y le dijo en voz muy baja y musical:

—Cándido, Leonardito se viste para bajar.

—¿Y tú cómo lo sabes? —replicó Don Cándido con gran viveza, volviéndose para su esposa.

—Acabo de verle a medio vestir, en lo alto de la escalinata, —contestó ella con calma.

—Pues tú siempre estás al tanto de cuando Leonardo cumple con su deber, pero eres ciega para sus faltas.

—No sé yo que el pobrecito haya cometido ninguna, al menos recientemente.

—¡Ya! ¿No lo decía yo? Ciega, cieguecita, Rosa, tus mamanteos van a perder a ese muchacho. ¡Tirso! —tronó D. Cándido.

Antes que volviese Tirso de la cocina, en donde se había refugiado luego que sus amos entablaron el anterior, brevísimo diálogo, entró por el zaguán adelante el mulato calesero que ya conocen nuestros lectores por aquella escena en el barrio de San Isidro y noche del 24 de setiembre. Vestía ahora solamente camisa y pantalones cuyas piernas estaban arremangadas hasta poco más abajo de las rodillas, como para dejar ver el borde de los calzoncillos blancos, que formaba dientes en vez de dobladillo. Los zapatos eran de vaqueta muy escotados, con hebilla de plata al lado, y tenía argollas de oro en las orejas, pañuelo atado en la cabeza, el sombrero de paja en la mano derecha, y en la izquierda el ronzal de un caballo que traía rabiatado otro del mismo color y estampa, ambos recién salidos del baño, pues aún escurrían agua o sudor, y el último tenía la cola hecha un nudo. El muchacho había cabalgado en el primero desde la caballeriza al baño, cerca del muelle de Luz, porque todavía llevaba el sudadero, a falta de silla.

—Pero aquí está Aponte, —agregó D. Cándido viéndole asomar—. ¡Aponte!

—No hay necesidad de que preguntes a los criados, —interpuso doña Rosa.

Quiero que oigas una de las recientes gracias de tu hijo —insistió el marido—. ¿A qué hora trajiste anoche (hablando con Aponte) a tu amo?

—A las dos de la *madrugá* —contestó Aponte.

—¿Dónde pasó tu amo la noche? —añadió D. Cándido.

—Es inútil que lo diga, —interrumpió la señora—. Aponte, lleva esos caballos al pesebre.

—¿Dónde pasó tu amo la noche? —repitió D. Cándido en voz de trueno, viendo al calesero dispuesto a obedecer la orden de su ama.

—Es dificultoso que yo le diga a su merced, mi amo, dónde pasó la noche mi amo el niño Leonardito.

—¡Qué! ¿Cómo se entiende?

—Le digo a su merced, mi amo, que es muy dificultoso, —apresuróse Aponte a explicar, notando que D. Cándido montaba en cólera—; porque pri-

meramente yo llevé el niño Leonardito a Santa *Catarina, dispués* lo llevé al muelle de Luz, *dispués* lo estuve esperando en el muelle de Luz hasta las doce de la noche, *dispués* lo llevé otra vuelta a Santa *Catarina, dispués*...

—¡Basta! —dijo doña Rosa enojada—. Quedo enterada.

Aponte se retiró con los caballos, pasando por el comedor y el patio en dirección de la caballeriza, y D. Cándido, volviéndose para su mujer, le dijo:

—¿Qué te-a-ele-tal? ¿No te parece reciente la de anoche? Yo no sabía nada, sospechaba únicamente, porque conozco a mi hijo mejor que tú, y ya has oído que se ha estado en Regla hasta las doce de la noche. Tal vez no fue solo. ¿Quieres oír ahora con quiénes y cómo pasó la mitad del tiempo en Regla? ¿No lo adivinas? ¿No lo sospechas?

—Suponiendo que lo adivinase, que lo palpase, —observó doña Rosa con ligero desdén—, ¿qué aprovecharía? ¿Dejaría yo por eso de quererlo como lo quiero?

—Pero si no se trata de quererle ni desquererle, Rosa; —saltó impaciente D. Cándido—. Se trata de poner remedio a sus faltas, que ya rayan en lo serio.

—Sus faltas, si las comete, no pasan de calaveradas propias de la juventud.

—Es que las calaveradas, cuando son repetidas y no se les pone coto a tiempo, suelen parar en cosas graves que dan mucho que llorar y que sentir.

—Pues tus calaveradas no te trajeron, que yo sepa, serios ni graves resultados, y eso que las suyas, comparadas con las tuyas, son meros pasatiempos juveniles; —dijo doña Rosa con refinado sarcasmo.

—Señora, —repuso D. Cándido irritado, por más que hiciese esfuerzo visible por ocultarlo—: sean cuales sean las locuras que yo haya podido cometer en mi juventud, ellas no autorizan a Leonardo para que lleve la vida que lleva con... aprobación y aplauso de V.

—¡Mi aprobación! ¡mi aplauso! Esa sí que está buena. Nadie mejor que tú es testigo de que, lejos de aprobar y aplaudir las locuras de Leonardito, siempre le estoy aconsejando y aun reprendiendo.

—¡Ya! Por un lado le aconsejas y le reprendes, y por otro le das quitrín, y calesero, y caballos, y media onza de oro todas las tardes para que se divierta, triunfe y corra la tuna con sus amigos. No apruebas ni aplaudes sus locuras, pero le facilitas el modo y medios de cometerlas.

—Eso es, yo facilito el modo y medios cómo se pierda el muchacho. Tú no, tú eres un santo. ¡Oh! Sí, tu vida ha sido ejemplar.

—No sé a qué conduce tan amarga sátira.

—Conduce a que eres muy duro con él, y a que estaría buena tu aspereza si fueras intachable, si no hubieses pecado...

—¿Me tiene él en tan buen concepto como el que la merezco a V., señora? ¿Sabe que yo haya pecado?

—Tal vez lo sepa.

—Si V. no se lo ha contado...

—No hay necesidad de que yo le enseñe cosas malas. Sería madre desnaturalizada si tal hiciera. Pero él no es ningún tonto, y luego fue demasiado público, escandaloso lo de María de Regla.

—No sería mucho que haya llegado a sus oídos y le provoque a imitarte. El mal ejemplo...

—Basta, señora, —dijo D. Cándido más desazonado que irritado—. Creía, tenía razón para esperar que V. hubiese dado eso al olvido.

—Mala creencia, porque hay cosas que no es posible olvidarlas jamás.

—Ya lo veo. Lo que quiere decir eso es, que me he engañado; quiere decir que las mujeres, algunas mujeres, no olvidan ni perdonan ciertas faltas de los hombres. Pero, Rosa, —agregó cambiando de tono—, nosotros vamos fuera del carril, y eso no está bien. La verdad es que si yo soy muy duro, como dices, con Leonardo, tú eres muy débil, y no sé yo qué será peor. Él es un loco, voluntarioso y terco, y necesita freno más que el pan que come. Advierto, sin embargo, con dolor, que, por pensar en mi dureza, le llevas sin querer, por supuesto, como por la mano a su pronta perdición. De veras Rosa, tiempo es ya de que sus locuras y tus debilidades cesen; tiempo es ya de tomar una determinación que le libre a él de un presidio y a nosotros de llanto y de infamia eternos.

—¿Y qué remedio adoptar, Cándido? Ya es tarde, ya él es un hombrecito.

—¿Qué remedio? Varios. En los buques de guerra de S.M. hasta a los hombronazos se les mete en cintura. Pensando estaba que no le vendría mal oler a brea por corto tiempo. Apuradamente mi amigo Acha, comandante de La Sabina, está empeñado en enseñarle la maniobra. Ayer nada menos me dijo que me resolviera y se lo entregara, seguro de que le pondría más derecho que un mastelero de gavia. Sí, esa fue la expresión de que hizo uso. De todos modos, estoy resuelto a poner freno a las demasías de ese mozo.

Conmovióse doña Rosa al oír las últimas palabras de su marido, mucho más al notar el tono de firme resolución con que las emitió; y parte por ocultar las lágrimas que le rebosaban en los ojos, parte por variar el objeto de una conversación que la hería en lo más vivo del alma, se levantó otra vez y se dirigió al patio. En aquel momento mismo bajaba Leonardo la escalera, vestido como para salir a la calle; y ella, que sintió sus pasos, retrocedió al sitio que acababa de dejar al lado de su marido, y en tono de humilde súplica, con voz temblorosa por la emoción le dijo:

—Por el amor de ese mismo hijo, Gamboa, no le digas nada ahora. Tu severidad le rebela y me mata a mí.

—¡Rosa! —murmuró D. Cándido echándola una mirada de reconvención—. Tú le pierdes.

—¡Prudencia, Cándido! —replicó doña Rosa, respirando más libremente; porque comprendió que su esposo estaba inclinado por entonces a ejercer aquella virtud—. Advierte que ya es un hombre y que le tratas como si fuera un niño.

—¡Rosa! —repitió D. Cándido con otra mirada de reconvención—. ¿Hasta cuándo?

—Será ésta la última vez que interceda por él, —se apresuró a decir doña Rosa—. Te lo prometo.

En esto acababa de bajar la escalera el joven Gamboa y se encaminó derecho a su madre, la cual le salió al encuentro, como para mejor protegerle del enojo de su padre. Pero éste, silencioso y cabizbajo, ya penetraba en el escritorio y no vio o se hizo que no vio al hijo besar a la madre en la frente, ni la seña con que ella le indicó que debía saludar también a su padre.

Leonardo no dijo palabra, ni hizo ademán de cumplir con la indicación. Sólo se sonrió, levantó los hombros y se encaminó a la calle, llevando debajo del brazo izquierdo un libro empastado a la española, con los cantos rojos, y en la mano derecha una caña de Indias cuyo puño de oro figuraba una corona.

CAPITULO VIII

¡Para hacer bien por el alma
Del que van a ajusticiar!

ESPRONCEDA, *El reo de muerte.*

Miró el estudiante en dirección de la Plaza Vieja por la calle de San Ignacio. En la esquina de la de Sol tropezó con otros dos estudiantes poco más o menos de su edad, que en toda apariencia esperaban su llegada. El uno de ellos no es desconocido para el lector, pues le ha visto en la *cuna* de la calle San José. Nos referimos a Diego Meneses. Era el otro de figura menos galana y esbelta, agregando a su baja estatura un cuello muy corto y hombros bastante levantados, entre los cuales llevaba como enterrada una cabeza redonda y chica. Había cierta confusión en su frente más angosta que levantada; los ojos tenía pequeños y penetrantes, la nariz algo arremangada, la barba aguda y la boca fresca y húmeda, por cierto la más expresiva de sus facciones; el cabello crespo y así en su semblante como en su cuerpo se descubría desde luego la gran malicia que animaba su travieso espíritu. Junto con una fuerte palmada en el hombro, Leonardo le dio el nombre de Pancho Solfa. Este, medio sonreído, medio mal humorado del golpe, dijo:

—Cada animal tiene su lenguaje, y el tuyo, Leonardo, es a veces muy expresivo.

—Porque te quiero te aporreo, Pancho. ¿Quieres otra caricia?

—Basta, chico. —Y se desvió, haciendo un movimiento con la mano izquierda.

—¿Qué hora es? —preguntó Leonardo—. Recuerdo que no le di cuerda anoche a mi reloj y se ha parado.

—Las siete acaban de dar en el reloj del Espíritu Santo, —respondió Diego—. Nos marchábamos sin ti, creyendo que se te habían pegado las sábanas.

—Por poco no me levanto en todo el día. Me acosté tarde y mi padre me hizo llamar al amanecer. El, como se acuesta con las gallinas, madruga siempre. ¿No les parece a ustedes que hay tiempo de dar una vueltecita por la Loma del Angel?[1]

—Soy de opinión que no, —dijo Pancho—. A menos que tú, cual otro Josué, tengas la virtud de parar el sol.

—Te pereces por una cita, Pancho, venga o no venga a pelo. ¿Pues no sabes que el sol no camina desde que Josué le mandó parar su carrera? Si hubieses estudiado astronomía sabrías eso.

—Di, más bien, que si hubiera estudiado historia sagrada, —dijo Meneses.

—El cuento es, —observó Pancho—, que sin estudiar a fondo una cosa y otra, sé que el caso participa de ambas y no son ustedes los que me corrigen la plana.

—A todas estas, caballeros, ¿qué lección tenemos hoy? No concurrí a las clases el viernes, ni he abierto el libro en todo este tiempo.[2]

—Govantes señaló para hoy el título tercero, que trata del derecho de las personas, —respondió Diego—. Abre el libro y verás.

—Pues no he saludado esa materia siquiera —agregó Leonardo—. Sólo sé que según el derecho patrio, hay personas y hay cosas; que muchas de éstas, aunque hablan y piensan, no tienen los mismos derechos que aquéllas. Por ejemplo, Pancho, ya que te gustan los símiles, tú a los ojos del Derecho no eres persona, sino cosa.

—No veo la similitud, porque no soy esclavo, que es a quien considera *cosa* el derecho romano.

—Ya. No eres esclavo, pero alguno de tus progenitores lo fue sin duda y tanto vale. Tu pelo al menos es sospechoso.

—Dichoso tú que lo tienes flechudo como los indios. Si vamos a examinar, sin embargo, nuestros árboles genealógicos respectivos, hallaremos que aquellos que pasan por ingenuos entre nosotros, son cuando menos libertinos.

—Resuellas por la herida, compadre. Vamos, que no es ningún pecado amarrar la mula tras de la puerta. Mi padre es español y no tiene mula; mi madre sí es criolla y no respondo que sea de sangre pura.

—Es que tu padre, por ser español, no está exento de la sospecha de tener sangre mezclada, pues supongo que es andaluz, y de Sevilla vinieron a América los primeros esclavos negros. Tampoco los árabes, que dominaron en Andalucía más que en otras partes de España, fueron de raza pura caucásica, sino africana. Por otra parte, es común ahí, entonces, la unión de blan-

[1]Lugar céntrico y pintoresco de La Habana de Villaverde donde se desarrollan los principales sucesos de la novela.

[2]José Agustín Govantes, notable jurisconsulto, discípulo del P. Varela, tenía a su cargo la cátedra de derecho patrio.

cos y negros, según el testimonio de Cervantes y de otros escritores contemporáneos.

—Ese rasguito histórico, D. Pancho, vale un Potosí. Se conoce que la cuestión de razas te ha costado algunos quebraderos de cabeza. No paro yo en eso la atención, ni creo que hace bulto ni peso la sangre mezclada. Lo que puedo decir es que, no sé si porque tengo algo de mulato me gustan un puñado las mulatas. Lo confieso sin empacho.

—La cabra siempre tira al monte.

—El refrán no viene al caso; mas si lo dices para arfimar que no te gusta la *canela*,[3] peor para ti, Pancho, porque eso quiere decir que te gusta el *carbón*,[4] género mucho más inferior.

En este punto de su conversación iban, cuando entraron por los portales de la Plaza Vieja, llamados del Rosario. Estos los forman unas cuatro o cinco casas, pertenecientes a familias nobles o ricas de La Habana, con anchos balcones, apoyados en altos arcos de piedra, cuyas luces cubren durante el día unas cortinas de cañamazo, a manera de velas mayores de barcos. El piso superior de esas casas lo ocupan los dueños o inquilinos, que viven de sus rentas; pero en los bajos, salones en general oscuros y poco ventilados, tienen sus tiendas unos mercaderes al por menor, que llaman baratilleros, quinquilleros propiamente dichos, los cuales, en absoluto, son españoles, por lo común montañeses. Dentro guardan el acopio de géneros y baratijas, y al frente, bajo los arcos de piedra, exponen lo que se entiende por quincalla en unas vidrieras o muestrarios portátiles, que descansan sobre una especie de tijeras. Por la mañana temprano los exponen y por la noche los guardan.

Poco después de las siete de la mañana se principia generalmente la primera de las operaciones aquí mencionadas. Los mercaderes, de dos en dos, sacan las vidrieras, sujetando uno por una cabeza, otro por otra, como si fueran ataúdes o que pesaran mucho para un solo hombre.

Algunos estaban ya expuestos, y los vendedores se paseaban por delante de ellos en mangas de camisa, a pesar del airecillo de la mañana, cuando entraron en los portales nuestros tres estudiantes.

Llevaban la delantera Leonardo y Diego, riendo y charlando, sin hacer caso de los mozos españoles que iban y venían, afanados en la obra de exponer sus mercancías a tiempo. Detrás, ya a paso mesurado, inclinada la cabeza y taciturno, los seguía su condiscípulo Pancho, y ya por esto, ya porque les chocase su facha, la verdad es que el primer buhonero con quien tropezó le echó mano por un brazo y le dijo: ¡Hola, rubio!, ¿no quieres comprar un par de navajas de primera? Se desprendió de éste con un esguince y le cogió otro para decirle: Acá, primo, vendo gafas excelentes. Adelante se le interpuso un tercero para ofrecerle tirantes elásticos; un cuarto para meterle por los ojos cortaplumas vizcaínos, superiores a los ingleses. Rodando de uno para otro, ora sonriéndose, ora haciendo un gesto de enfado, el ya mo-

[3]*Canela equivale* aquí a *mujer mulata*.
[4]El negro, o aquí, la mujer africana de sangre pura.

lesto estudiante logró adelantar algunos pasos. Al fin, rodeado por varios baratilleros más dispuestos a la burla que a encarecer sus baratijas, se quedó parado y cruzó los brazos. Por fortuna, en aquel momento le echaron de menos sus compañeros, volvieron la cara y notaron el cerco que le habían formado. Ignorando la causa, Leonardo, que era intrépido, retrocedió a la carrera, penetró a la fuerza por el corrillo y sacó a su amigo del apuro. Mas así que se informó por él mismo de lo que había pasado, rió de ganas y le dijo:

—Te tomaron por montuno, Pancho. Tú también tienes una figura...

—Mi figura no tiene nada que ver en el asunto, —le interrumpió Pancho de mal talante—; es que estos españoles tienen más de judíos que de caballeros.

Siguiendo la calle de San Ignacio nuestros estudiantes, a poco andar desembocaron en la plazuela de la Catedral. Cuando llegaban a los portales de la casa conocida por de Filomeno, les llamó la atención un grupo numeroso y compacto de pueblo que entraba en la misma por el lado opuesto, es decir, por la calle de Mercaderes y el Boquete. La vanguardia, compuesta en su mayor parte de gente de color, hombres, mujeres y muchachos sucios, harapientos y descalzos, ya marchaba, ya hacía alto, y de cuando en cuando volvía atrás la cabeza, como por resorte. Entre dos filas de soldados equipados a la ligera, pues su uniforme consistía de chaqueta de paño azul, pantalón blanco, canana atada al cinto por delante, sombrero redondo y carabina corta, que portaban por los tercios, iban hasta doce mulatos y negros vestidos en traje talar de sarga negra, con caperuza de muselina blanca, cuya punta larga flotaba por detrás de la cabeza, a guisa de gallardete; y cada cual llevaba en la mano derecha una cruz negra de brazo corto y árbol largo. Cuatro de esos lúgubres hombres conducían al hombro, en silla de mano, a una al parecer criatura humana, cuya cabeza y cuerpo desaparecían bajo los pliegues de un paño negro (manto de estameña), cayendo a plomo por fuera de todo el aparato.

A un lado de este ser misterioso venía un sacerdote con sotana negra de seda, bonete en la cabeza y un crucifijo en ambas manos; al otro un negro bastante joven, robusto y ágil. Este vestía pantalón blanco, sombrero redondo y chaqueta de paño negro, en cuya espalda se le descubría una como escalera bordada de seda amarilla. Eso indicaba su oficio, y era nada menos que el verdugo. Andaba a paso medido y no levantaba los ojos del suelo. Detrás venía un hombre blanco vestido de calzón corto, medias de seda, chupa de paño y sombrero de tres picos, todos de color negro. Este era el escribano. Inmediato a él marchaba un militar de alta graduación, indicada por los tres entorchados de la casaca y el sombrero de tres picos galoneado de oro, con pluma blanca de avestruz. Cerraban el cortejo otros negros y mulatos en el traje negro talar y caperuza blanca, ya descrito, y más pueblo, todos moviéndose en solemne y silenciosa procesión, pues no se oía otro ruido que los pasos acompasados de la tropa y la voz gangosa del sacerdote recitando las oraciones de los moribundos.

Por esta rápida descripción advertirá el lector habanero que se trataba de un reo de muerte que conducían al patíbulo, acompañándole los hermanos de la Caridad y de la Fe, institución religiosa compuesta exclusivamente de gente de color que se ocupaba en asistir a los enfermos y moribundos y en enterrar a los muertos, principalmente los cadáveres de los ajusticiados. Es bien sabido que la justicia española lleva su saña hasta las puertas del sepulcro, y he ahí la necesidad de la institución religiosa dicha, que se encarga de recoger el cadáver del criminal y de darle sepultura, en vez de los parientes y amigos, privados de esos oficios por la ley o la costumbre.

La tropa que custodiaba al reo en tales circunstancias, en La Habana al menos, era un piquete de la célebre partida de Armona,[5] especie de guardia civil, establecida por Vives, que desempeñaba el papel de la policía de otras partes: el militar de alta graduación, el mayor de plaza, a la sazón coronel Molina, después castellano del Morro, en cuyo empleo murió cargado con el odio de aquellos a quienes había oprimido y explotado mientras desempeñó el primero de estos cargos: el individuo que conducían al suplicio de la manera referida no era hombre, sino una mujer y blanca; la primera tal vez de su clase que ejecutaban en La Habana.

[5]El capitán Domingo Armona, jefe de la Partida de Armona organizada con el fin de reprimir delitos y restablecer el orden.

CAPITULO IX

...Esta es la justicia
Que facer el Rey ordena...

EL DUQUE DE RIVAS, *D. Alvaro de Luna.*

Contarse merece, siquiera sea brevemente, la historia de la mujer cuyo delito se castigaba con la pena de muerte. Casada con un pobre campesino, vivía en los arrabales de la pequeña población del Mariel, no sabemos cuánto tiempo hacía, ni hace mucho al caso tampoco. Pero sin ser joven ni hermosa, contrajo ella relaciones ilícitas con un hombre soltero del mismo pueblo. Séase que el marido averiguara lo que pasaba y amenazara tomar venganza, séase que los amantes quisieran librarse de aquel estorbo, el hecho fue que entre los dos concertaron matarle. Y conseguido esto, que no cuesta gran trabajo matar a un hombre, trataron de ocultar las huellas del crimen descuartizando el cadáver y arrojando a un río inmediato los cuartos ensangrentados, cosidos en un saco. Tales fueron los hechos principales dilucidados en la causa.

Ahora bien, ¿qué papel desempeñó la mujer en el horrible drama? Eso no se puso en claro. En su defensa desplegó tan desinteresada como rara elocuencia el joven y brillante abogado Anacleto Bermúdez, que acababa de llegar de España, en cuyos consejos se había recibido de abogado e hizo en esa causa su estreno como hábil criminalista. El hecho era atroz, sin embargo, y la criminalidad de la mujer quedó probada, pues si no había herido con su propia mano, había tomado parte principal en el asesinato y en la ocultación del cadáver. Se hizo, por tanto, necesaria su condenación a último suplicio, aunque éste fuese el de horca, pues que entonces sólo se aplicaba el del garrote a la gente noble, suceso todavía más raro en Cuba que el de ejecutar a una mujer blanca.

La pena de muerte en horca, en los dominios españoles era, si cabe, más terrible que la del garrote, introducida o generalizada algún tiempo después de aquel a que nos referimos ahora. El verdugo, así que ataba dos sogas al pescuezo del reo, le lanzaba desde lo alto de la escalera, se le montaba a horcajadas en los hombros, y con los calcañares le golpeaba el estómago para apresurar su fin; deslizándose por los pies del ajusticiado, cuyo cadáver, dentro de un traje talar, quedaba meciéndose al aire libre por ocho horas, a dos varas del suelo. Semejante espectáculo no debía presentarse en la Habana con una mujer blanca, por vulgar que ella fuese u horrible su delito.

En tal situación, y cuando hubo fallado el recurso de una supuesta preñez, Bermúdez solicitó y obtuvo como gracia especial que se la hiciera morir en garrote. Recordará el lector que siete u ocho años después de aquel a que nos contraemos ahora, se abolió el suplicio de horca en Cuba, y que hallándose la cárcel en el ángulo occidental del edificio conocido por la Casa de Gobierno, donde funcionaba asimismo el Ayuntamiento con todas sus dependencias, donde residía el Capitán General con las suyas, y existían las escribanías públicas, tenía el reo que recorrer una larga y angustiosa carrera antes que se pusiera fin a su vida en el campo de la Punta, inmediato a la mar. En efecto, por la calle de Mercaderes pasaba a la plazuela de la Catedral, torcía luego a la de San Ignacio, luego a la de Chacón, luego a la de Cuba, en seguida por la orilla de la muralla a pasar por debajo de la puerta abovedada y oscura llamada de la Punta, en que había cuerpo de guardia y daba salida a los cadáveres de la ciudad que llevaban a enterrar en el cementerio general.

Al salir por aquella puerta de plaza sitiada, podía distinguir el reo a lo lejos, frente al arrecife de la costa contra la cual se rompían las olas del mar en menudos copos de brillante espuma, la máquina terrible, horca, garrote o banquillo en que había de tener fin su vida. Para los de ánimo apocado, la muerte con todos sus horrores era fuerza que se les presentase mucho antes de recibirla. Por suerte, la mujer de que ahora hablamos, desde el momento que la metieron en capilla perdió las fuerzas, y con ellas la conciencia de su horrible situación, siendo preciso, como se ha visto, que la condujeran al lugar del suplicio en silla de mano, sentarla a brazos en el banco del garrote, y, muerta ya, dislocarle la vértebra del cuello para sofocar en su pecho el último soplo de vida.

Cinco o seis años después de los sucesos que acaban de referirse, había cambiado de un todo el aspecto del campo de la Punta. Al yermo desolado y polvoroso que limitaban al oeste las primeras casas de madera de la barriada de San Lázaro, por el sur rimeros de tablas y alfardas importadas de los Estados Unidos del Norte de América, por el norte la mar y el castillo de la Punta, que asomaba sus enanas almenas detrás de apiñadas calderas férreas de Carrón para la elaboración del azúcar, sucedió un edificio de tres cuerpos, macizo, cuadrangular, erigido por el Capitán General D. Miguel Tacón para cárcel pública, depósito presidial y cuartel de infantería.

El espacio descubierto que quedó al lado septentrional de ese edificio, todavía se obstruyó más con la construcción de unos cobertizos de madera para abrigo de una parte del presidio, empleada en picar piedra menuda a martillo, con destino al empedrado de las calles de la ciudad, según el sistema de McAdam.

Pero, de todos modos, así quedó separada la prisión de la Casa de Gobierno; los presos pasaron a un edificio, aunque defectuoso en muchos respectos, fabricado expresamente para su desahogo y seguridad; hubo más conveniente separación de sexos y de delitos, y, en especial, se redujo a la tercera parte la *vía crucis* de los infelices reos de muerte, pues que apenas se cuentan doscientos pasos de la cárcel nueva a la orilla del arrecife donde se efectuaban las ejecuciones capitales. De allí y de la Punta, a la parte opuesta, salieron a recibir la muerte del patriota y del héroe, años adelante, Montes de Oca y el joven Facciolo; el General López y el español Pintó; el bravo Estrampes; y, en nuestros días, Medina y León y los inocentes estudiantes de la Universidad de La Habana.[1]

Incorporáronse los tres amigos a la lúgubre procesión, y la acompañaron por el costado de la Catedral hasta la puerta del Seminario, edificio que se extiende por el fondo de ella y da sobre el puerto. No habían abierto aún la entrada a las aulas, y el golpe como de doscientos estudiantes de derecho, filosofía y latín —la flor de la juventud cubana— se dilataba desde las gradas de piedra de la portería hasta el cuartel de San Telmo por un lado, y por el otro largo trecho hacia las bocacalles del Tejadillo y de San Ignacio, a causa de la estructura de la vía. Por un movimiento espontáneo, la muchedumbre estudiantil se dividió en dos filas, dando paso franco por medio de la calle a la extraña comitiva, a la cual precedía un rumor sordo como de enjambre de abejas que busca posarse.

Hizo alto por un momento ante la puerta del Seminario, para dar tiempo a que cuatro hermanos de la Caridad y de la Fe relevasen a los que portaban la silla de mano desde la cárcel. La figura, entre tanto, no cambió de posición ni hizo el menor movimiento; pero aunque los pliegues del manto negro ocultaban por completo sus facciones, su nombre y la historia de su crimen corrieron de boca en boca entre todos los estudiantes.

—Nadie diría que llevan ahí a una mujer, —dijo un estudiante de latín.

—En efecto, más parece la estatua de una llorona que ser viviente, —agregó otro.

—El remordimiento la agobia, —dijo un tercero—. Por eso dobla la cabeza sobre el pecho.

—Ya, —exclamó un estudiante alto, de aspecto amulatado—; el caso no es para menos. Ahora supongo yo que está horrorizada de su propio crimen.

[1]Alvaro Montes de Oca; Eduardo Facciolo; Narciso López; Ramón Pintó; Francisco Estrampes; Jesús de Marcos y Medina; José Socorro de León; patriotas, mártires y revolucionarios.

—¿Pero está probado, como luz del mediodía, según reza la ley de Partida, —preguntó nuestro conocido Pancho—, que Panchita mató a su marido?

—Tan cierto es que lo mató que le van a dar garrote, —volvió a observar el estudiante amulatado, con cierta sonrisa de desdén—. Por más señas que después de muerto le hizo tasajo, y, cosiéndole en un saco de heniquén, le arrojó al río para pasto de los peces.

Todo eso no constituía un argumento de la criminalidad de Panchita Tapia, y su tocayo iba a replicar cuando otro estudiante se interpuso diciendo en voz campanuda y acento español:

—Por un tris hace la chica con su consorte, lo que dispone la ley de Partida que se haga con el parricida. Sólo faltó que el saco fuera de cuero, que tuviese pintadas llamas coloradas al exterior y que hubiese puesto en el interior un gallo, una víbora y un mono, animales que no conocen padre ni madre.

—La ley de las Doce Tablas, —se apresuró a decir Pancho alzando la voz y empinándose un tanto, contento de poder corregirle la plana al estudiante españolado— copiada *pedem litterae* en las Partidas, que mandó compilar D. Alfonso el Sabio, no habla de gallo, sino de perro, víbora y mono, y no porque estos animales conozcan o desconozcan padre o madre, sino simplemente para entregar el criminal a su furor. El código Alfonsino considera parricida aun a la mujer que mata a su marido. La práctica hoy día es arrastrar al reo en un serón atado a la cola de un caballo hasta el pie del patíbulo. De suerte que, si no arrastran a Panchita Tapia, acusada de ese horrendo crimen, la razón es porque no lo consienten nuestras costumbres. He dicho.

Con esto Pancho se alejó prontamente de aquel grupo, cosa de no dar tiempo a una réplica de parte del estudiante españolado. Pero éste se contentó con decir, viéndole alejarse:

—Se conoce que el chico ha estudiado la lección.

En aquel mismo punto se abrieron las ponderosas hojas de cedro de la puerta del Seminario, más conocido entonces bajo el nombre de Colegio de San Carlos. El gran patio lo constituían cuatro corredores anchos, de columnas de piedra, formando un cuadrado. En el centro había una fuente, y por todo el derredor naranjos lozanos y frondosos. En el lado opuesto a la entrada principal, a la izquierda, había una escalera de piedra que conducía a los claustros de los profesores; a la derecha, una reja que separaba el corredor de un callejón oscuro y húmedo, por el cual se penetraba en un salón lateral, largo y sucio, separado de las aguas del puerto por un jardín o huerto de tapias elevadas. Hacia allá daban unas cuatro ventanillas altas por donde entraba la única luz que a medias alumbraba el salón. Contra la pared de enfrente, en el centro, se apoyaba una mala cátedra, y a ambos lados de ella había muchos bancos de madera, rudos, fuertes y de elevado respaldo, colocados trasversalmente.

Ahí se enseñaba filosofía; ahí enseñó por la primera vez esta ciencia a la juventud cubana el ilustre padre Félix Varela, quien para ello redactó un texto, apartándose enteramente del aristotélico, único seguido en Cuba hasta entonces, desde la fundación de la Universidad de La Habana, en 1774, en el Convento de Santo Domingo. Cuando después, en 1821, el padre Varela marchó de representante a las Cortes españolas, quedó sustituyéndole en la misma cátedra el más aventajado de sus discípulos, José Antonio Saco, y en los momentos de nuestra historia la desempeñaba el abogado Francisco Javier de la Cruz, por ausencia en el Norte de América del propietario y expatriación de su virtuoso fundador.

En el ángulo de la izquierda había otro salón, con entrada directamente del corredor, donde enseñaba latín el padre Plumas. Luego, ocupando casi todo el otro lado, estaba el refectorio de los seminaristas y de algunos profesores que residían permanentemente en el mismo edificio, y a la izquierda de la entrada principal estaba la ancha escalinata, dando acceso a los corredores del piso alto. Por ésta subían los estudiantes de derecho no seminaristas; mientras los de filosofía y latín entraban en los salones respectivos, ya mencionados, por las puertas al ras del patio.

En la mañana del día que vamos refiriendo, cuando los estudiantes de derecho ponían el pie en el primer escalón de la escalinata, se detuvieron en masa como reparasen en un grupo de tres sujetos en animada conversación cerca de allí, bajo el corredor. El que llevaba la palabra podía tener de 28 a 30 años de edad. Era de mediana estatura, de rostro blanco, con la color bastante viva, los ojos azules y rasgados, boca grande de labios gruesos y cabello castaño y lacio, aunque copioso. Había cierta reserva en su aspecto y vestía elegantemente, a la inglesa. El otro de los tres personajes —se podía decir el reverso de la medalla del ya descrito, pues a un cuerpo rechoncho, cabeza grande, cuello corto, cabello crespo y muy negro; los ojos grandes y saltones, el labio inferior belfo, dejando asomar dientes desiguales, anchos y mal puestos— agregaba un color de tabaco de hoja que hacía dudar mucho de la pureza de su sangre. El tercero difería en diverso sentido de los dos mencionados, siendo más delgado que ellos, de más edad, de color pálido y aspecto muy amable y delicado. Este era el catedrático de filosofía, Francisco Javier de la Cruz; el anterior José Agustín Govantes, distinguido jurisconsulto que regentaba la cátedra de derecho patrio; y el primero, nombrado José Antonio Saco, recién llegado del Norte de América.

Precedía a éste la fama de sus escritos en *El Mensajero Semanal,* que publicaba en Nueva York, según decían, con la cooperación del muy amado Padre Varela, principalmente los que versaban acerca de los sucesos y eminentes personajes de la revolución de México y de Colombia. Sobre todo, acababa de leerse en La Habana, produciendo un vivo entusiasmo, su polémica crítico-política con el encargado del Jardín Botánico, D. Ramón de la Sagra, en defensa del poeta matancero José María Heredia.

De resultas de eso, los jóvenes cubanos, que ya se daban a la política, comenzaron a alejarse de la clase de botánica que pretendía enseñar La Sagra, burlándose de él a medida que admiraba a Saco, a quien tenía por un insurgente decidido, con cuya opinión, cosa singular, concurría de plano el gobierno de la colonia.

Algunos de los estudiantes de derecho le reconoció, desde luego, por haber estudiado filosofía con él en 1823 y murmuró su nombre, lo que fue bastante para que se pararan e hicieran una exclamación más bien de curiosidad que de otra cosa. Esto hubo de atraer la atención de Govantes, el cual, por señas, ordenó a sus discípulos que subieran al salón de clase, a donde él los seguiría en breve.

Allá, en efecto, se encaminaron de tropel y entraron en el salón con gran algazara, hablando de Saco, de Heredia, de su célebre himno *El Desterrado* y su no menos famosa oda al *Niágara,* inclusa en la colección de sus poesías impresas en Toluca, México; de las lecciones de botánica de La Sagra, y de los héroes de la revolución de Colombia, aunque entonces imperfectamente conocida por la juventud habanera. Cuando, poco después, entró Govantes a paso tardo, con un libro debajo del brazo y el semblante risueño y animado, callaron de golpe los estudiantes y reinó allí completo silencio. Ascendió los tres o cuatro escalones de la cátedra, puso el libro en el ancho pretil y se sentó en la silla de paja, a mano constantemente.

No era el salón de la clase de derecho sólo el más amplio y extenso del Seminario, sino también el mejor situado bajo todos conceptos. Tenía la entrada por un extremo, con cuatro ventanas anchas abiertas al corredor, y otras tantas al puerto de la Habana, que daban luz y aire, dejando ver los baluarte de la ciudadela de la Cabaña y parte de los del Morro. Apoyada en la pared medianera, entre las ventanas centrales, se elevaba la cátedra; en frente había dos órdenes de bancos paralelos y a entrambos lados otros muchos colocados trasversalmente, de modo que el catedrático, desde su elevado asiento, dominaba toda la clase, no obstante su extensión. Probablemente habría allí congregados hasta 150 estudiantes de varios cursos.

Los que habían estudiado la lección y creían poder explicarla con alguna claridad, presentaban el cuerpo y seguían los movimientos del catedrático. Los que no habían abierto siquiera el libro de texto, por el contrario, no sabían dónde esconder la cara ni cómo encogerse. En este caso se hallaba nuestro conocido Leonardo Gamboa, según él mismo lo había dicho a sus amigos Meneses y Pancho Solfa. Como por su talla y su carácter no le fuera fácil ocultarse, nunca se sentaba en frente de la cátedra, sino a los costados, y eso en los últimos bancos. El día que vamos narrando ocupó el asiento de la cabeza en el rincón, desalojando para ello a su amigo Solfa. Después de recorrer Govantes con la vista toda la clase, se dirigió a un estudiante de su derecha, a quien llamó por el apellido de Martiartu, el españolado antes dicho, y le ordenó explicara la lección, cosa que hizo con facilidad y aun lucidez. Luego ordenó hiciera lo mismo al amulatado, que llamó Mena; en se-

guida a otro de apellido Arredondo, el cual ocupaba puesto frente a frente de la cátedra. Cuando éste hubo concluido la explicación más o menos textual, Govantes volvió los ojos a su izquierda, los pasó por encima de Leonardo —el cual de golpe bajó la cabeza con achaque de recoger el pañuelo dejado caer al intento— y los detuvo en el joven que se sentaba en la otra cabecera del mismo banco. No se sabía éste la lección y se quedó callado, por lo cual, tras breve rato, el amable profesor dijo: el otro, con idéntico resultado. Saltó en seguida al cuarto, luego al sexto, que tampoco pudo responder, hasta que dejando tres o cuatro por medio, dijo a Gamboa: Usted. Disimuló él cuanto pudo, hizo como que no había oído ni entendido, mas su amigo Pancho le llamó la atención, y entonces, medio mohíno, medio corrido, se puso en pie y dijo:

—Maldito si he estudiado la lección.

Semejantes palabras produjeron una risa general. Gamboa, sin inmutarse, continuó:

—Mas, por lo que han dicho los señores que me han precedido en el uso de la palabra, saco en consecuencia que el asunto de que hoy se trata es de los más importantes, y creo que no se me olvidarán los puntos principales, para el caso de su aplicación en nuestro foro.

Con esto se sentó de pronto, pegando al mismo tiempo un puntazo con el dedo índice al sufrido Pancho, por el costado, quien, ya del dolor, ya de las cosquillas que le produjo, no pudo menos de dar un salto en el asiento. Su discurso, lo mismo que su acción, por inesperados, causaron una explosión de risa de que, no obstante su seriedad, participó el mismo Govantes; quien, sin más dilación, comenzó la explicación del texto, que versaba, como va dicho, sobre el derecho de las personas. Definió primero lo que se entendía por persona, según el derecho romano; luego por estado, que dijo se dividía en natural y civil, y que este último podía ser de tres maneras, a saber: de libertad, de naturaleza y de familia. Y entró de lleno en lo que podía denominarse historia de la esclavitud, pintándola no ciertamente en sus relaciones con la sociedad antigua o moderna, sino con el derecho romano, el de los godos y el patrio; porque si bien reinaba bastante libertad de enseñanza entonces en Cuba, las ideas abolicionistas no habían empezado a propagarse en ella.

Govantes en aquel día, como solía, estuvo inspirado, elocuente, dando muestras repetidas de su vasta erudición; en lo cual sin duda no había tenido pequeña parte su reciente entrevista con Saco, el traductor y anotador de las *Recitaciones de Heinecio,* de texto en el Colegio San Carlos desde el año anterior de 1829. Al ponerse él en pie, pues había sonado la hora de las nueve, los estudiantes imitaron su ejemplo, prorrumpiendo en estrepitosos aplausos.

CAPITULO X

Engañó al mezquino
Mucha hermosura;
Faltó la ventura,
Sobró el desatino;
Errado el camino
No pudo volver
El que por amores
Se dejó prender.

D. Hurtado de Mendoza

Decíamos que los estudiantes de derecho patrio imitaron el ejemplo de su profesor poniéndose todos de pie. Pero aunque ganosos de salir del aula, según es de suponerse, permanecieron en sus puestos respectivos hasta que aquél descendió de la cátedra y se dirigió a la puerta de salida, cabeza baja y libro de texto debajo del brazo; entonces desfilaron en dos columnas tras él, en respetuoso silencio.

Los pocos que le acompañaron hasta la puerta de su celda, al fondo de la galería, fueron los seminaristas, pupilos del colegio, los cuales se distinguían por la ropa talar de estameña color pardo que vestían y que les daba la apariencia de monacillos; si bien es seguro que ninguno de ellos seguiría la carrera eclesiástica.

Los otros estudiantes no seminaristas, en el número ya dicho, luego que se alejó el catedrático, deshicieron la formación que traían, se precipitaron por la ancha escalera de piedra, en tropel bajaron al corredor y en el mismo desorden salieron a la calle, cual si los hubiera vomitado de un golpe la amplia portería del Colegio de San Carlos.

Ya en la calle, se derramaron por diferentes rumbos de la ciudad. Un grupo bastante numeroso tomó la vuelta del cuartel de San Telmo, en que ter-

mina la calle de San Ignacio, torció a la de Chacón, en seguida a la de Cuba y, en fin, por la de Cuarteles se encaminó a la Loma del Angel, que era su destino. En este grupo estudiantil, marchando con gran algazara, bien podía notar el curioso lector de anteriores páginas, a los tres constantes amigos: Gamboa, Meneses y Solfa. El primero de éstos sin duda capitaneaba a los demás, porque iba a la cabeza blandiendo en la mano derecha, a guisa de bastón de tambor mayor, la caña de Indias con puño de oro y regatón de plata. A medida que se acercaban a la iglesia del Santo Angel Custodio que, como sabe el lector habanero, se halla sentada en la planicie de la Peñapobre, se estrechaba más la vía a causa del declive y del golpe de gentes de ambos sexos, de todos colores y condiciones que llevaban la misma dirección.

Las mujeres blancas, al menos las que no se dirigían a la iglesia, iban en quitrines, los cuales entonces empezaban a generalizarse y a sustituir a las volantas o calesas, que venían usándose desde fines del siglo pasado. Casi todos los ocupaban tres señoras sentadas en el único asiento o de testera de esos carruajes, las mayores a los lados, recostadas muellemente; la más joven en medio y erguida siempre, porque nuestros quitrines ni nuestras volantas se construyeron en realidad para tres personas, sino para dos. Aunque pasadas las nueve de la mañana, no calentaba demasiado el sol, a causa de lo adelantado de la estación; por eso casi todos los quitrines llevaban el fuelle caído, mostrando a toda su luz la preciosa carga de mujeres, jóvenes en su mayor parte, vestidas de blanco, o colores claros, sin toca ni gorra, la trenza negra de sus cabellos sujeta con el peine de carey llamado peineta de teja, y los hombros y brazos descubiertos.

Las mujeres blancas que iban a pie por aquellas calles pedregosas sin aceras, de seguro se dirigían a la iglesia; lo que podía advertirse por el traje negro y la mantilla de encaje. La gente de color de ambos sexos, en doble número que la blanca, iba toda a pie, parte también a la iglesia, parte paseando o vendiendo tortillas de maíz en tableros de cedro, que era uno de los motivos de la fiesta.[1] Las que se hallaban arrimadas a una u otra pared de la calle, eran por lo común negras de Africa, pues las criollas desdeñaban la ocupación, sentadas en sillas enanas de cuero, con una mesita por delante y el burén en el brasero a un lado. En la tal losa de piedra oscura tendían con una cuchara de madera la porción de harina de maíz mojada que constituía una torta de tres o cuatro onzas de peso, y cuando estaba doradita con el calor del burén, le esparcían por encima un poco de manteca de vacas, y así calientita y jugosa la ofrecían de venta al transeúnte a razón de medio de plata el par. Muchas señoritas no tenían a menos parar el carruaje y comprar las tortillas de San Rafael, según las denominaban, calientes todavía del indiano burén, pues por lo que parece, era como sabían mejor.

[1]La de San Rafael, famosa por sus tortillas.

La ocasión de todo aquel bullicio y movimiento era la fiesta de San Rafael, que cae el 24 de octubre, cuya celebración se había principiado, según ya indicamos, nueve días antes. En cada uno de ellos se decía una misa rezada en las primeras horas de la mañana, misa mayor y sermón de diez a doce y salve a la hora de vísperas. Durante la novena o circular se mantenía de manifiesto el Santísimo Sacramento, y con tal motivo la iglesia nunca se veía desocupada de los fieles que acudían de todas partes del barrio a ganar indulgencia plenaria.

Como hemos dicho anteriormente, la pequeña iglesia del Santo Angel Custodio se halla sentada en la planicie estrecha de la Peñapobre, especie de arrecife de poca extensión, aunque bastante elevado respecto al plano general de la ciudad. Para subir a ella había, y hay ahora, dos escalinatas de piedra oscura y tosca, con repechos de lo mismo: una que arranca del fondo de la calle de los Cuarteles, la otra que desciende a la de Compostela, siendo ésta, la más larga y pendiente.

En llegando a lo alto de la meseta, que también tiene repecho de piedra, se está en el piso del templo, cuya única nave, en los días de función, como de la que ahora se trata, se descubre toda entera, —el altar mayor al fondo, retablo de madera de dos cuerpos— más allá de las dos puertas laterales, casi oculto tras el bosque de cirios blancos, candelabros dorados y plateados, macetas de flores artificiales y gran profusión de relumbrantes cartulinas. A izquierda y derecha se veían los retablos de menos adornos, en el promedio de la puerta principal y las laterales, y en la media naranja otros dos retablos, en cada uno de los cuales se veneraba algún santo, por lo regular de madera de talla, encerrado en un nicho de cristal. El techo, en forma de caballete, dejaba al desnudo el maderamen de la armadura que estaba cubierta de tejas coloradas y encima del arco toral, dentro del que había un pequeño coro, se levantaba el cuadrado campanario de piedra de tres cuerpos en disminución ascendente. Hacia el oeste, detrás del cuerpo de la iglesia, se hallaba la sacristía, la habitación del cura en seguida, y otra escalera de piedra menos espaciosa que las del frente, que daba salida a la calle del Ejido, especie de callejón hondo, torcido y desigual que corre a lo largo de las paredes de las casas y los baluartes que circundaban la ciudad por la parte de tierra. El patio, por el frente, tiene un malecón de mampostería, al modo de muro de azotea. Pues en ese malecón, en la mañana del día que vamos refiriendo, el segundo o tercero de la novena de San Rafael, varios negros carpinteros se entretenían en levantar, con tablas de pino pintadas de color de cantos de piedra, algo que se asemejaba a las almenas de un castillejo, habiendo ya plantado el asta bandera y casi concluido la obra principal.

Los estudiantes se habían apoderado de todo el repecho de las escalinatas y mesetas; Leonardo Gamboa en lo más alto, con su caña al hombro dirigiendo la maniobra, y no subía por éstas persona alguna, ni pasaba por la calle mujer especialmente, en carruaje o a pie, sin que tuvieran ellos algo que decirle y aun hacerle. El más conspicuo por su voz, por el puesto que

ocupaba y por su aventajada talla era Gamboa, prodigando sin cesar dichos y requiebros, sobre todo a las muchachas bonitas, con sobra de galantería y lastimosa falta de buena crianza. Ellas, sin embargo, ya por el hábito de oírlos desde la cuna, ya porque siempre halaga la celebración, no se daban por ofendidas, antes éstas se sonreían; aquéllas, con el abanico entreabierto, hacían un saludo gracioso a los conocidos o amigos, y no faltaban quienes correspondían a una pulla, por cierto no de la mejor ley.

Había Leonardo arrebatado un pedazo de tortilla a uno de sus compañeros, y, teniéndole en la mano izquierda, lo brindaba a la joven que mejor le parecía, sin ánimo de dársela a ninguna, ni probarlo él, hasta que, de tres que iban en un quitrín, creyó reconocer la que ocupaba el lado opuesto; por cuya razón, en vez de hacerle el mismo ofrecimiento que a las demás, bajó la mano de pronto y trató de ocultarse tras el repecho de la meseta. La joven le había visto, y reconocido desde luego; sólo que, lejos de sonreírse, como es natural cuando se divisa a un amigo entre multitud de gentes extrañas, se puso más seria y pálida de lo que era, aunque mientras pudo estuvo mirando el sombrero y la frente del estudiante, asomados a pesar suyo por encima del borde del muro de piedra. A tiempo de agacharse Gamboa, por un movimiento involutario, le echó garra por un brazo a su amigo Meneses, y de modo le apretó, que éste no pudo menos de quejarse y preguntarle:

—¿Qué sucede, Leonardo? Por Dios bendito, suelta, que me desprendes el brazo.

—¿No la conociste? —repuso Leonardo enderezándose poco a poco.

—¿A quién ¿qué dices?

—A la muchacha aquella del quitrín azul que va sentada a la parte opuesta de nosotros. Pasa ahora las Cinco esquinas. Todavía mira hacia acá. De seguro me ha reconocido. ¡Y yo que la hacía a muchas leguas de distancia! ¿Si creerá que todavía duran los aguinaldos de pascuas?

—No sé aún de quién hablas.

—De Isabel Ilincheta, hombre. ¿No la conociste? Bien que te gustaba su hermana Rosa.

—Acabáramos. No la conocí, en efecto. Me pareció muy delgada y trigueña, allá era la más linda del partido.

—Todas las muchachas cuando van para tías se ponen delgadas y palidecen; y lo que es Isabel tiene razón para ambas cosas, pues cuenta mi edad y no abriga esperanzas de casarse pronto.

—Todavía te casas tú con ella el día menos pensado.

—¿Yo? Primero con una escopeta. La chica me gusta, no lo niego; pero más me gustaba allá, en medio de las flores y del aire embalsamado, a la sombra de los naranjos y de las palmas, en aquellas guardarrayas y jardines del cafetal de su padre. Y luego, es una bailadora... de primera. No menos que tu Rosa.

—Deja tranquila a Rosa y volvamos a tu Isabel. Estaba lo que se llama enamorada de ti. ¡La pobre! no te conoce, a lo que entiendo. Porque si vale decir verdad, eres el más inconstante y voluble de los hombres.

—Lo confieso, lo siento, mas no puedo remediarlo; me peno por una muchacha mientras me dice que no; en cuanto me dice que sí, aunque sea más linda que María Santísima, se me caen a los pies las alas del corazón. Desde mayo no le escribo. ¿Qué pensará de mí? Y es que estas muchachas criadas en el campo son tan empalagosas con su querer... Se figuran que nosotros los mozos de La Habana somos todo cera y miel.

—¿Dónde parará ella?

—De seguro en casa de las Gámez, sus primas, detrás del Convento de las monjas Teresas.

—¿Esperas tropezar ahí con Rosa? Cuando no estaba en el quitrín con Isabel, es claro que no ha venido del campo. En cuanto a mí, te juro que no deseo y temo encontrarme cara a cara con Isabel. Estará ella hecha un moderno virago conmigo. No es mujer a quien se puede ofender impunemente.

—Razón tiene sobrada para estar enojada contigo, y en conciencia debes hacer por aplacar su enojo...

—Conciencia, conciencia, —repitió Leonardo en tono desdeñoso—. ¿Quién la tuvo jamás en tratándose de mujeres?

—¡Hombre! No digas blasfemias, que hijo eres de mujer.

Esta última observación la hizo Pancho Solfa, que había estado oyendo el breve diálogo de los dos amigos. Leonardo le miró de alto a bajo; no por desprecio, sino porque le sacaba al menos dos palmos de ventaja en estatura, y le dijo serio:

—Tú vas a parar en fraile capuchino. —Luego, volviéndose con viveza para Meneses, añadió—: Esa muchacha va a trastornar todos mis planes.

—No lo comprendo, —dijo Meneses.

—Ya lo verás, —repuso Leonardo pensativo—. Caballeros, —prosiguió hablando con los que le seguían desde el colegio—; vámonos, que ya esto fastidia.

Conocidamente Leonardo se había puesto de mal humor; algo le contrariaba el ánimo, y él no era hombre para sobrellevar estorbos. Pero apenas bajó a la calle por el lado de la Compostela, y se vio una vez más en medio del bullicio popular, cuando volvió a su ser natural y a las vivezas de su carácter. En efecto, al llegar a las Cinco esquinas, alcanzó un caballero de mediana edad que llevaba la misma dirección que los estudiantes. Leonardo le pasó los brazos por debajo de los suyos, le cubrió los ojos con ambas manos y le dijo, variando el acento: —Adivina quién soy.

En vano el desconocido trató de desasirse de las garras del estudiante, en la persuasión quizás de que el objeto de aquella violencia era robarle a la claridad del día y a la vista del pueblo. Pero Leonardo, luego que se le reunieron los compañeros y multitud de curiosos, soltó al hombre; y, con el sombrero en la mano y la cabeza inclinada, en señal de respeto y arrepenti-

miento, le dijo: —Pido a V. mil perdones, caballero. He sufrido una equivocación lamentable, pero tiene V. la culpa, porque se parece a mi tío Antonio como huevo a otro huevo.

Los estudiantes soltaron la carcajada, por lo mismo que el caballero desconocido, comprendiendo la burla, estalló en expresiones de mal humor y de enojo contra la juventud mal criada e insolente de la época. Aquella ridícula escena pasó con más rapidez de lo que hemos acertado a pintarla, y, como para hacer contraste con ella, no bien pasó Leonardo la calle de Chacón, metió la punta de su caña de Indias en una rolliza tortilla de maíz que empezaba a dorarse al calor del burén de una negra más rolliza todavía y casi desnuda, arrimada a la pared de la esquina y rodeada de sus cachivaches, y la levantó en el aire. Hizo la tortillera una exclamación de angustia, y al enderezarse en el enano asiento, como era tan gorda y pesada, echó a rodar la mesita que tenía delante, donde había otras tortillas ya cocidas, con lo cual se aumentó su disgusto y se menudearon sus gritos. Todos rieron de la ocurrencia, menos Diego Meneses, quien, por uno de aquellos impulsos nobles y generosos de su buen corazón, sacó del bosillo del chaleco unos cuantos reales, se los arrojó al pecho abultado de la negra, y acertó a depositárselos en el seno, no obstante el bajo escote del cuerpo de su escasísimo traje.

Si con esto se le pasó el enojo o cesaron sus lamentos, los estudiantes no se detuvieron a averiguarlo. Adelante, la calle del Tejadillo corta la de Compostela en ángulo recto y luego se encuentra la del Empedrado, dicha así por haber sido la primera en que se empezó a ensayar el sistema de pavimento de calles de La Habana con chinas rodadas y arroyo en medio. Por ella torció Leonardo a la derecha, después de saludar a sus compañeros y decir a sus íntimos amigos Meneses y Solfa que podían, si querían, esperarlo en la plazoleta inmediata de Santa Catalina, donde se reuniría con ellos dentro de un cuarto de hora. Pero siendo ya la de almorzar, según la costumbre de Cuba, ellos prefirieron continuar a sus casas respectivas, y así se separaron de Leonardo hasta la noche en la feria del Santo Angel Custodio.

Una vez solo, el estudiante de derecho cambió de paso y de aspecto repentinamente. Se puso serio y pensativo, mucho más de lo que cabía esperar en un carácter tan alegre y vivaz. Era que le preocupaba demasiado la aparición en La Habana y en la feria, de la joven de Alquízar a quien denominó Isabel Ilincheta. No obstante que lo negase, estaba enamorado de ella, y recelaba que su repentina llegada diese ocasión a revelaciones desagradables, sobre todo al descubrimiento de sus veleidades, que, por pervertido que tuviese el sentimiento de la decencia, no podían hacerle honor ni dejar de sacarle los colores a la cara. Varias veces se detuvo y pegó con la punta del bastón en las angostas losas de la acera, de cuyo lujo gozaba entonces, entre otras pocas, la calle famosa de lo Empedrado. Entre seguir y volverse fluctuaban grandemente, pues es bueno que se sepa que aquella no era la dirección de su casa. Dio, al fin, un golpe más recio que los demás con la caña, se la echó al hombro, como solía, y apresuró el paso, murmurando:

¡Qué diablos! A lo hecho, pecho. Todo esto, para confirmarse en la resolución tomada.

A poco andar se encontró en la esquina de la calle del Aguacate, y arrimado a las alterosas paredes del Convento de Santa Catalina, no hizo alto hasta cerca de la esquina en que la calle de O'Reilly corta la que llevaba a la sazón. Allí, dirigió una mirada oblicua a la ventanilla cuadrada y alta de una casucha en la acera opuesta, inmediata a la esquina. Dicha casucha la hemos descrito minuciosamente al final del capítulo II de esta verídica historia. Las hojas de la ventanilla se hallaban entornadas, y por entre los balaustres de cedro se veían los pliegues de una cortinilla de muselina blanca, la cual se agitaba ligeramente entonces, ya a causa del airecillo de la mañana, ya de los movimientos de alguna persona que estuviese detrás. En la misma disposición, aunque inversa, se veía la desvencijada puerta: la media bala de hierro de que hemos hablado en otra parte, impedía que se cerrase del todo.

Que había una persona apostada entre la hoja entornada de la ventanilla y la cortina blanca, no cabe duda ninguna, porque apenas Leonardo cruzó y puso la mano derecha en el hueco que dejaba en el marco un balaustre caído, cuando se asomó la cara más linda de mujer que quizás existía en aquel tiempo en La Habana. A su vista, aunque los ojos de la mulata despedían rayos, y no de amor, sino de cólera, quedó completamente subyugado Leonardo, y se olvidó de Isabel, de los bailes de Alquízar y de los paseos por las guardarrayas de palmas y de naranjos en los cafetales de esa comarca. El lector de los primeros capítulos de esta historia tiene delante a Cecilia Valdés. Mantenía los ardientes labios apretados, la sangre quería brotarle de sus redondas mejillas, el abultado seno con dificultad se contenía dentro de las ligaduras del traje de yocó. Al fin fue ella la primera a hablar, diciendo más con el semblante que con la voz:

—¿Para qué ha venido?

—Acabo de salir de la clase, —contestó Leonardo en tono humilde y bajo, mas recio.

Cecilia miró al soslayo para adentro, con la mano izquierda abierta hizo seña a Leonardo que bajara algo más la voz, y añadió con vehemencia:

—Le han visto hace poco en la loma del Angel.

—Puede ser, venía para acá.

—Pero se ha detenido mucho, la distancia no es tan grande. ¡Ah! ¡Maldita la mujer que ama!

—Nada se ha perdido, Celia. Heme aquí.

—Ya. ¿Mas quién sabe la causa de su demora? Tal vez una mujer...

—Mujer no, te lo juro.

—No me jure, porque entonces menos lo creo. El caso es que Chepilla ya está de vuelta de Paula y V. se aparece ahora. Ya no hay tiempo de hablar. Hace rato que llegó. Rezaba y dormitaba, supongo que de cansada; y ya levanta la cabeza y pone el oído de ético. (Esto lo dijo mirando otra vez

hacia dentro). A V. no le interesa mi amistad, se conoce, y soy una boba que le espero. ¡Maldita sea la mujer que quiere como yo!

—Tu desesperación me asusta, alma mía. Siento el percance, será mañana.

—Es que Chepilla no va todos los días a Paula.

—Me levanté cerca de las siete. Tú sabes a la hora que vinimos de Regla, cerca de la una de la madrugada.

—Eso no impidió que yo me despertase al amanecer. Me acosté con el cuidado y V. no, esto hace muchas diferencias.

—Déjate de ese tono irónico que no te sienta ni un poquito. Demasiado sabes tú que te idolatro.

—Obras son amores y no buenas razones, y el hombre que no cumple con una cita...

—No me condenes de ligero. Ya te he dicho la causa de mi demora. Te protesto, sin embargo, que lo siento en el alma, y ya te probaré...

—Malhaya viene tarde. En vano me protesta de su cariño. La persona que quiere bien no engaña. Sí, V. me está engañando. Me tiene muy herida. Váyase. Truena V., no habla.

Leonardo le cogió la mano y se la llevó a los labios, sin que ella opusiera la menor resistencia, por donde conoció que había pasado el furor de la tormenta y que la muchacha admitiría su visita en la primera oportunidad. Con esto él siguió camino, y, al entrar en la calle de O'Reilly, puso el pie izquierdo en el estribo de una volanta que bajaba de la puerta del Monserrate, zarandeándose dentro de dos larguísimas varas, pendientes de dos enormes ruedas y del lomo de un verdadero Rocinante, y quedó sentado en el cojín de vaqueta. El estremecimiento producido por la repentina entrada del joven llamó la atención del calesero, quien incontinente volvió la cara a fin de ver la casta de pasajero que había conseguido sin solicitarlo ni esperarlo. Este, a tiempo de caer en el asiento, tronó en voz campanuda y de mando: A casa.

—¿Y dónde vive el niño? —naturalmente preguntó el azorado calesero.

—¡Bruto! ¿Que no lo sabes? Calle de San Ignacio esquina a Luz. Arrea.

—¡Ah! —exclamó el calesero, y le pegó tan fuerte latigazo a la pobre bestia en los ijares, que se estremeció toda dentro de la armazón de huesos doblándose casi en dos, bien del dolor, bien del peso del carruaje, del pasajero y del jinete.

Mientras el estudiante, sacudido como una pelota, va camino de su casa en la desvencijada volanta, séannos permitidas algunas reflexiones. ¿A qué aspiraba Cecilia al cultivar relaciones amorosas con Leonardo Gamboa? El era un joven blanco, de familia rica, emparentado con las primeras de La Habana, que estudiaba para abogado y que, en caso de contraer matrimonio, no sería ciertamente con una muchacha de la clase baja, cuyo apellido bastaba para indicar lo oscuro de su origen, y cuya sangre mezclada se descubría en su cabello ondeado y en el color bronceado de su rostro. Su belleza incomparable era, pues, una cualidad relativa, la única quizás con que

contaba para triunfar sobre el corazón de los hombres; mas eso no constituía título abonado para salir ella de la esfera en que había nacido y elevarse a aquella en que giraban los blancos de un país de esclavos. Tal vez otras menos lindas que ella y de sangre más mezclada se rozaban en aquella época con lo más granado de la sociedad habanera, y aun llevaban títulos de nobleza; pero éstas, o disimulaban su oscuro origen o habían nacido y se habían criado en la abundancia; y ya se sabe que el oro purifica la sangre más turbia y cubre los mayores defectos, así físicos como morales.

Pero estas reflexiones, por naturales que parezcan, estamos seguros que jamás ocuparon la mente de Cecilia. Amaba por un sentimiento espontáneo de su ardiente naturaleza, y sólo veía en el joven blanco el amante tierno, superior por muchas cualidades a todos los de su clase que podían aspirar a su corazón y a sus favores. A la sombra del blanco, por ilícita que fuese su unión, creía y esperaba Cecilia ascender siempre, salir de la humilde esfera en que había nacido, si no ella sus hijos. Casada con un mulato, descendería en su propia estimación y en la de sus iguales: porque tales son las aberraciones de toda sociedad constituida como la cubana.

El calesero, entre tanto, bajó por la calle de O'Reilly al trote, tomó la de Cuba, cruzó diagonalmente la plazoleta de Santa Clara, torció luego a la calle de San Ignacio, y sin adelantarse un paso paró la carrera a la puerta de la casa que le habían designado. Aquella era una prueba de que el negro calesero no merecía el dictado de bruto que le dio Leonardo al entrar en la volanta. No había acabado de parar ésta, cuando el estudiante saltó a la acera y con la misma rapidez le lanzó una moneda al calesero. Recibióla él en el aire, se la llevó a los ojos, vio que era una peseta columnaria, se persignó con ella, picó espuelas y siguió viaje, diciendo: —Mucha salud, niño.

CAPITULO XI

De mi patria
bajo el desnublado cielo
no pude resolverme a ser esclavo,
ni consentir que todo en la natura
fuese noble y feliz, menos el hombre

JOSÉ Mª HEREDIA, *A Emilia*

Creyó advertir Leonardo cuando saltó de la volanta a la acera, que un militar, en completo uniforme, que caminaba de prisa hacia la Plaza Vieja, se había separado de la segunda ventana de su casa, y que contemporáneamente se había desprendido de un postigo de la misma el bien conocido rostro de una de sus hermanas. Apresuró el paso y, en efecto, a través de otro postigo de la reja del zaguán, vio a su hermana mayor, Antonia, en el acto de alzar la cortina para entrar en el primer aposento, por la puerta que daba a la sala. Le desazonó más de lo que puede imaginarse este inesperado descubrimiento, porque atando cabos se convenció, a no quedarle duda, de que mientras él galanteaba a la mulata allá por el barrio del Angel, un capitán del ejército español, a la clara luz de una mañana de octubre, le galanteba la hermana acá por el barrio de San Francisco. El recuerdo del momento placentero que había gozado y que aún se cernía en su mente cual visión brillante, quedó enturbiado, se desvaneció del todo ante la desagradable escena a la ventana de su casa.

De la generación que procuramos pintar ahora bajo el punto de vista político-moral, y de la que eran muestra genuina Leonardo Gamboa y sus compañeros de estudios, debemos repetir que alcanzaba nociones muy superficiales sobre la situación de su patria en el mundo de las ideas y de los principios. Para decirlo de una vez, su patriotismo era de carácter platónico, pues

que no se fundaba en el sentimiento del deber, ni en el conocimiento de los propios derechos como ciudadano y como hombre libre.

El sistema constitucional que había regido en Cuba, la primera vez de 1808 a 1813, la segunda de 1821 a 1823, nada le había enseñado a la generación de 1830. Para ella habían pasado como un sueño, como cosas del otro mundo o de otro país, la libertad de imprenta, la milicia nacional, el ejercicio frecuente del derecho del sufragio, las reuniones populares, las agitaciones y propaganda de los más exaltados, los conciliábulos de las sociedades masónicas, las cátedras de Derecho y de Economía política, las lecciones de Constitución del Padre Varela. Después de cada uno de esos dos breves períodos había pasado sobre Cuba la ola del despotismo metropolitano y borrado hasta las ideas y los principios sembrados con tanto afán por ilustres maestros y eminentes patriotas. Habían desaparecido los periódicos libres, los folletos y los pocos libros publicados en las dos épocas memorables, de los cuales, si existía uno que otro ejemplar era en manos del bibliógrafo, que tenía doble empeño en ocultarle.

Sujeta a la previa censura, había enmudecido la prensa en toda la Isla desde 1824, no mereciendo ese nombre los poquísimos periódicos que después se publicaban en una que otra población grande de la misma. El estado de sitio en que desde entonces quedó avasallado el país, no consentía la discusión de las cuestiones que más podían interesar al pueblo. Delito grave era tratar de política en público y en privado; hasta el uso de ciertos nombres de personas y aun de cosas estaba estrictamente prohibido. Los sucesos pasados, pues, así dentro como fuera de Cuba, los conatos de revolución en ésta, las resultas de la tremenda lucha por la libertad e independencia en el Continente, todo esto quedó sepultado en el misterio y en el olvido para la generalidad de los cubanos. La historia, además, que todo lo recoge y guarda para la ocasión oportuna, aún no se había escrito.

No faltaban fuera quienes tratasen contemporáneamente de la política militante y se afanasen por hacer llegar a la patria la noticia de lo que pasaba en torno a ella y que podía enseñar al pueblo sus deberes y recordarle sus derechos. A ese fin, entre otros, el virtuoso Padre Varela publicó en Filadelfia *El Habanero,* de 1824 a 1826; pero el gobierno español le declaró papel subversivo y prohibió su entrada en Cuba. De suerte que puede asegurarse que muy pocos ejemplares circularon en ella. Más tarde, es decir, de 1828 a 1830, emprendió Saco también en el Norte de América la publicación de *El Mensajero Semanal,* periódico científico-político-literario, el cual, por iguales motivos que el anterior, tuvo escasa circulación en La Habana y no ejerció influencia apreciable en las ideas políticas. Lo único que en ese periódico hizo eco en la juventud habanera, según se ha indicado anteriormente, fue la polémica que su ilustre redactor sostuvo con el director del Jardín Botánico de La Habana, D. Ramón de la Sagra, por la apasionada crítica que éste había hecho del tomo de poesías dado a luz en Toluca, en el año de 1828, por el insigne Tirteo cubano, José María Heredia.

Mayor y más general influencia ejercieron en el ánimo de la juventud los patrióticos versos de ese célebre poeta. Sobre todos su oda *La Estrella de Cuba,* octubre de 1823; su epístola *A Emilia,* 1825, causó un vivo entusiasmo en La Habana; muchos lo aprendieron de memoria y no pocos lo repetían cuando quiera que se ofrecía la ocasión de hacerlo sin riesgo de la libertad personal. Pero ni aquellos periódicos, ni esos fogosos versos, maguer que rebosando en ideas libres y patrióticas, bastaban a inspirar aquel sentimiento de patria y libertad que a veces impele a los hombres hasta el propio sacrificio, que les pone la espada en la mano y los lanza a la conquista de sus derechos.

Quedaban, además, confusas, si ya no tristes, reminiscencias de las pasadas conspiraciones. De la del año 12 sólo sobrevivía el nombre de Aponte, cabeza motín de ella, porque siempre que se ofrecía pintar a un individuo perverso o maldito, exclamaban las viejas: ¡Más malo que Aponte! De la del año 23 se sabía por tradición que Lemus, el cabecilla, gemía en un presidio de España; que Peoli se había escapado del cuartel de Belén disfrazado de mujer; que Ferrety, el delator, gozaba de la privanza o favores del Gobierno; y que Armona, el aprehensor y perseguidor de los principales conjurados, continuaba siendo el jefe de la única gendarmería del Capitán General D. Francisco Dionisio Vives.[1]

Como rumor no más había corrido que el gobierno de Washington se había opuesto a la invasión de Cuba y Puerto Rico por las tropas de México y de Colombia, y que de esas resultas habían ahorcado allá por Puerto Príncipe, en 1826, como emisarios de los insurgentes, a Sánchez y a Agüero.[2] Pero a tal punto habían llegado el olvido y la indiferencia, que en los mismos días a que nos referimos en las anteriores páginas, se seguía causa de infidencia a los cómplices de la conjuración llamada del *Aguila Negra,*[3] muchos de los cuales estaban presos en el cuartel de Dragones, en el de las Milicias de color, en el castillo de la Punta y en otras partes, y no se echaban de ver síntomas de descontento, siquiera de interés en el pueblo.

También los conjurados cubanos de anteriores intentonas malogradas, o se hallaban aún lejos de la patria, o habían muerto en el destierro, o se les había entibiado el ardor patriótico y llevaban vida oscura y pacífica, consagrados a la reparación de los estragos que habían producido en su salud y sus fortunas el tiempo y las contradicciones de los hombres. No era, pues, ni podía ser ocupación de los que habían vuelto a la patria, la propaganda de las opiniones y proyectos políticos concebidos y acariciados durante los días de la exaltación y de la fe ciega en la libertad.

[1]El autor al mencionar a los líderes de varias conspiraciones —mejor dicho, sublevaciones, principalmente de negros— toca la cuestión de las tensiones de una sociedad colonial y esclavista.

[2]En las sublevaciones de la época tomaron parte criollos blancos, patriotas como Manuel Sánchez y Francisco Agüero.

[3]Se descubrió la conspiración en 1830.

Por su parte, los criollos y peninsulares emigrados del continente, como para subsanar su conducta cobarde, egoísta o retrógrada en la guerra por la independencia, a su llegada a Cuba sólo se ocuparon de falsear el carácter de los sucesos, calificando de injustos, de perversos y de innobles los motivos de los sacrificios patrióticos de los revolucionarios, amenguando sus hazañas, convirtiendo en ferocidad hasta sus actos de justicia y de meras represalias. Para esos renegados el republicano o patriota era un insurgente, esto es, un sedicioso, enemigo de Dios y del rey; el corsario un pirata o musulmán, como llamaba el pueblo a los argelinos que hasta fines del siglo pasado infestaban las costas del Mediterráneo.

El lector habanero, conocedor de la juventud de la época que procuramos describir, nos creerá fácilmente si le decimos que Gamboa no se cuidaba de la política, y por más que le ocurriese alguna vez que Cuba gemía esclava, no le pasaba por la mente siquiera entonces, que él o algún otro cubano debía poner los medios para libertarla. Como criollo que empezaba a entrar en el roce de las gentes mayores y a estudiar jurisprudencia, sí se había formado idea de un estado mejor de sociedad y de un gobierno menos militar y opresivo para su patria. Sin embargo, aunque hijo de padre español que, siendo rico y del comercio visitaban con frecuencia paisanos suyos, ya sentía odio hacia éstos, mucho más hacia los militares, en cuyos hombros, a todas luces, descansaba la complicada fábrica colonial de Cuba. No cabía, por tanto, que le hiciera buena sangre el que un militar le soplase la hermana querida; antes fueron tan vivos los celos que experimentó, como profundo era el odio que le inspiraba el hombre en su doble carácter de soldado y de español.

En consecuencia, entró en su casa disgustado. La mesa estaba puesta para el almuerzo, y Leonardo, en vez de ir en busca de su madre, como solía, sin ver a nadie derecho subió a su cuarto, arrojó el libro de clase en una silla, se quitó la casaca de paño y se puso una chupa de dril de rayitas de color. Por breve rato estuvo indeciso entre si se echaría en la cama, la cual con su frescura y mosquitero de rengue azul le convidaba a reposar, o si salía al balcón, donde aún había sombra, cuando se apareció el negrito Tirso y le dijo: —Niño, el almuerzo está en la mesa—. Y se apresuró a bajar, encontrando ya sentados a su madre y a su padre. A las calladas tomó asiento al lado de la primera, quien desde lejos le echó una mirada amorosa, cual si extrañara y la tuviese desazonada el que él no se le presentara cuando entró de la calle. El segundo ni siquiera levantó la vista del plato en que comía huevos fritos con salsa de tomates, aunque a derechas no había visto al hijo desde el día anterior.

En seguida fueron saliendo una tras otra de las alcobas las hermanas de Leonardo, preparadas para salir a la calle, y sentándose a la mesa, en silencio, como monjas en el refectorio. Cada cual ocupó en ella su puesto respectivo, es decir, doña Rosa con su hijo preferido a un lado, las tres hijas de esa señora al otro, y D. Cándido y el Mayordomo en las opuestas cabe-

ceras de la mesa. No era casual, pues, sino constante y deliberada esta distribución; salvo que se alterase por la aparición de algún comensal con quien debía usarse cumplimiento. Indicaba claramente el carácter, los hábitos y predilecciones de la familia entre sí, y sobre todo de los padres respecto de sus hijos.

Las preferencias de doña Rosa no podían equivocarse: todas en favor de Leonardo. Las de D. Cándido, si algunas dejaba ver en ocasiones señaladas, hacían foco en su hija mayor Antonia.

Era el hombre de negocios más bien que de sociedad. Con escasa o ninguna cultura, había venido todavía joven a Cuba de las serranías de Ronda, y hecho caudal a fuerza de industria y de economía, especialmente de la buena fortuna que le había soplado en la riesgosa trata de esclavos de la costa de Africa.

Su tráfico principal en La Habana, aquel que le sirvió de peldaño para subir a la cima de la riqueza, consistió en la negociación de maderas y ripia del Norte de América, teja colorada, ladrillos y cal del país, si bien en el día no se ocupaba de eso exclusiva ni personalmente, sonándole mejor en los oídos el título de hacendado que le daban sus amigos, por el ingenio de fabricar azúcar, *La Tinaja,* que poseía en la jurisdicción del Mariel, el cafetal *Las Mercedes,* en la Güira de Malena, y el potrero o dehesa de Hoyo Colorado.

Por hábito antes que por índole, era reservado y frío en el trato de su familia, teniéndole de ella alejado la naturaleza de sus primitivas ocupaciones y el afán de acumular dinero que se apoderó de su espíritu luego que contrajo matrimonio con una criolla rica, y de las más encopetadas familias de La Habana.

.Al principio de su nueva vida no había sido ejemplar su conducta, ni digna de servir de guía a Leonardo, según nos lo ha dado a entender doña Rosa al final del VII capítulo. Por uno y otro motivo, quizás por su ignorancia supina, no se ocupaba de la educación de sus hijos, mucho menos de su moralidad. Ambos deberes corrían a cargo de aquella discreta señora que, si no poseía la ciencia, sí el instinto y el amor materno más acendrado, con los cuales bien se puede dar la mejor dirección a las arrebatadas pasiones de la juventud. Señaladamente en materias de educación, la caridad es la fuente y el espejo de todas las virtudes.

Como hombre ignorante y rudo tenía, además, D. Cándido, extraño modo de reprender a sus hijos. Ya se ha visto que cuando Leonardo se presentó en el comedor, ni siquiera le miró a la cara. Esta era señal infalible que continuaba enojado con él. En efecto, siempre que alguno de ellos le daba motivo de queja, cosa al parecer frecuente, le castigaba, o creía castigarle, negándole la palabra por días y aun meses seguidos. De suerte que por el padre casi nunca averiguaban los hijos la causa real de su enojo; la madre en estos casos, servía siempre de conducto o intermediario para mantener la paz y la concordia en el seno de la familia.

Antonia, el vivo retrato de doña Rosa en lo físico, contaba 22 años de edad. Leonardo pasaba de los 20, y fluctuaban entre los 18 y 17 sus hermanas menores, Carmen y Adela. Esta última podía pasar en cualquier parte por un modelo acabado de belleza. Poseía todas las condiciones que requerían los estatuarios griegos en la persona cuya estatua debía tallarse: buena cabeza, facciones regulares, formas simétricas, airoso porte, talla esbelta, frente alta y mirada de fuego. Con parecerse ella a la Venus griega más bien que a una de las Parcas, tenía más semejanza con D. Cándido que con doña Rosa. Había entre la hija y el padre algo más de lo que se entiende generalmente por aire familiar: la misma expresión fisonómica, el mismo espíritu llevaba impreso en el rostro el sello de su progenie.

Ocupaba Leonardo en la mesa sitio opuesto al de su hermana Adela, y siempre que el padre se hallaba delante, mientras duraba el almuerzo, o la comida, se cruzaban entre ellos miradas de inteligencia, se sonreían a menudo, sostenían, en suma, conversaciones cariñosas y fraternales con los ojos y los labios, sin proferir una palabra. Que ligaban a los hermanos fuertes lazos de simpatía, parecía del todo evidente. Había del uno para la otra lo que se llama ángel. A no ser hermanos carnales se habrían amado, como se amaron los amantes más célebres que ha conocido el mundo. En la mañana del día que vamos refiriendo no sucedió, sin embargo, lo de costumbre. Leonardo estaba enojado o triste, o extraña y honda preocupación le dominaba el ánimo; lo cierto es que en vano Adela, cual solía, buscó su mirada, puso el entrecejo y trató de quemarle la frente con los rayos de sus divinos ojos, a través de la mesa. Ni una vez se cruzaron sus miradas, no hubo para ella en aquel rostro repentinamente petrificado, un rasgo de cariño. La inocente niña llegó a afligirse. ¿Habíale dado motivo de enojo sin saberlo? ¿Qué tenía su hermano querido? ¿Por qué en las dos o tres veces que le sorprendió mirándola en sorda y muda contemplación, bajó él los ojos de repente o fingió perfecta abstracción e indiferencia? Quizás Leonardo no se explicaba claramente y Adela era muy joven para comprender que aquél hacía, sin quererlo, un estudio comparativo de la encantadora fisonomía de su hermana. ¿Qué pensamientos cruzaban entonces por su mente? Difícil es decirlo. Lo único que puede asegurarse como cosa positiva es que había en la contemplación de Leonardo más embebecimiento que distracción mental, más deleite que fría meditación, cual si hubiese descubierto ahora en el semblante de su hermana algo en que antes no había reparado.

Duró el almuerzo como una hora, reinando todo ese tiempo en la mesa el mayor silencio, pues apenas se oía otro ruido que el de los cubiertos de plata, ni más voz que la del que pedía este o aquel plato distante al negrito Tirso, que ya conocen nuestros lectores, y a una negra joven y bien parecida, los cuales, con los brazos cruzados sobre el pecho cuando esperaban órdenes, estaban atentos a las exigencias del servicio. El primero, con todo eso, servía principalmente a los hombres, la segunda a las mujeres. Pero uno y otra, era de notarse, le adivinaban a D. Cándido hasta los pensamientos po-

niéndole delante el plato designado con un mero movimiento de los ojos, a cuyo efecto no apartaban de él los suyos Tirso ni la criada Dolores, mientras servían a los demás comensales. ¡Ay de ellos si esperaban la orden o equivocaban el plato con que deseaba reemplazar el saboreado! El castigo no se hacía esperar: le arrojaba a la cabeza lo primero que se le venía a las manos.

La abundancia de las viandas[4] corría parejas con la variedad de los platos. Además de la carne de vaca y de puerco frita, guisada y estofada, había picadillo de ternera servido en una torta de casabe mojado, pollo asado relumbrante con la manteca y los ajos, huevos fritos casi anegados en una salsa de tomates, arroz cocido, plátano maduro también frito, en luengas y melosas tajadas, y ensalada de berros y de lechuga. Acabado el almuerzo, se presentó un tercer criado, en mangas de camisa, y que por el pringue de su ropa parecía el cocinero, con una cafetera de loza en cada mano, y principió a llenar de café y de leche, primero la taza de D. Cándido y sucesivamente la de doña Rosa, la de Leonardo, las de las hermanas de éste, acabando por la del Mayordomo, aunque no ocupaba el último lugar en una mesa donde hacía de cabeza el amo y de cola la hija mayor. El Mayordomo no era sino un criado blanco, y nadie mejor que los otros criados definían su posición en aquella casa.

Tomaba la familia el café con leche hirviendo cuando pasó por el comedor, en dirección de la calle, nuestro conocido, el calesero Aponte. Aunque todavía en mangas de camisa, llevaba calzadas las altas botas de montar y las macizas espuelas de plata. Conducía del diestro dos caballos enjaezados, cuyas colas estaban cuidadosamente trenzadas y las puntas atadas por un cordón de estambre a una argolla en el fuste de la silla, por detrás. Al entrar en el zaguán soltó Aponte la pareja, y sin más demora abrió de par en par la ancha puerta de la calle, suspendió en peso las varas del quitrín por las argollas plateadas que tenían atornilladas al extremo, y gritando ¡atrás! le sacó rodando hasta el medio de la calle; le hizo girar y le arrimó a la acera de su casa. En seguida volvió a tomar por la brida la misma caballería de antes, le pegó una fuerte palmada en el vientre con la mano izquierda, casi por fuerza la metió entre varas, y luego colgó éstas por las argollas a unos ganchos dobles de hierro que pendían de la silla, cubiertos por pequeños faldones de vaqueta negra. La otra caballería, la de montar, quedó atada al carruaje por dos fuertes tirantes de cuero, adheridos por sus gazas a un balancín.

Después del café sacó D. Cándido la vejiga de los tabacos (cigarros) y metió en ella el brazo hasta el codo: tan honda era. A su vista, Tirso voló a la cocina en busca del braserillo de plata con la brasa del carbón vegetal. Antes que el amo mordiera el remate del cigarro, sin cuyo requisito no arde bien, ya el esclavo, con expresión humilde mezclada de temor, le acercaba la lumbre para que encendiera de su mano. Con la primer bocanada de humo azuloso

[4]Se refiere a la comida, y no a las raíces comestibles.

y acre que sacó del cigarro, se puso en pie, y, seguido del Mayordomo, se entró por el escritorio, tan callado como cuando salió de él, una hora antes, para sentarse a la mesa del almuerzo.

La desaparición del padre determinó por sí sola un cambio repentino y completo en el ánimo y la conducta de la familia, sin excluir la madre. El corazón de los hijos quedó aliviado, por lo visto, del peso que lo había oprimido, siendo así que a todos ellos, como por concierto, se les alegró el semblante y se les desató la lengua. Leonardo especialmente llevó el entusiasmo al punto de atraer a sí a su madre con el brazo izquierdo para darle uno y otro beso en la mejilla y decirle:

—¿Y qué tiene? (indicando a su padre). ¿Está *bravo?*

—Contigo, —repuso concisamente su madre.

—¿Conmigo? Pues ya le mando trabajo.

A poco, sin embargo, se puso de nuevo serio porque, habiendo reparado en su hermana Antonia, que no mostraba tanta expansión como los demás, recordó el incidente en la ventana de la calle.

—Mamá, —agregó con más seriedad—, se me figura que a ti te pasan la mota y que no lo sientes.

—¿Por qué me dices eso, hijo mío? —replicó doña Rosa en el tono de voz más blando imaginable.

—¿Se lo digo, Antonia? —preguntó a su hermana con aire malicioso.

Antonia, en vez de contestar, se puso más seria e hizo ademán de levantarse de la mesa, con lo cual añadió Leonardo a la carrera:

—Peor para ti, Antonia, si te levantas y me dejas con la palabra en la boca. No diré nada a mamá; pero es porque tengo ya hecha mi resolución. Se acabaron las visitas de los militares en mi casa.

—Hablas como si fueras el amo, —repuso Antonia con desdén.

—No soy el amo, es cierto, mas puedo romperle las patas a uno el día menos pensado, y tanto vale.

—Te expones a que te las rompan a ti.

—Eso lo veremos.

—Supón que en vez del militar español fuera un cadete el que nos visitase, ¿también te opondrías?

—¡Cadete! ¡Cadete! —repitió Leonardo con marcado desprecio—. Nadie habla de cadetes, que cual los oficiales de milicia son nada entre dos platos. Ya la moda de los cadetes pasó; los últimos quedaron enterrados en las playas de Tampico, a donde, por dicha, se los llevó Barradas. Los que de ellos han sobrevivido a la desastrosa campaña, de seguro les han perdido la afición a las armas. Gracias a Dios que nos vemos libres de su fatuidad.

—De suerte que tu tirria es contra los españoles..., como si tu padre fuese habanero.

—Ese odio tuyo a los españoles, —dijo doña Rosa—, todavía ha de costarnos caro, Leonardo.

—Es que mi odio no es ciego, mamá, ni general contra los españoles, sino contra los militares. Ellos se creen los amos del país, nos tratan con desprecio a nosotros los paisanos, y porque usan charreteras y sable se figuran que se merecen y que lo pueden todo. Para meterse en cualquier parte, no esperan a que los conviden, y una vez dentro se llevan las primeras muchachas y las más lindas. Esto es insufrible. Aunque si bien se mira, las muchachas son las que tienen la culpa. Parece que les deslumbra el brillo de las charreteras.

—Respecto de mí —observó Carmen— la regla padece una excepción.

—Y respecto de mí —añadió Adela— sucede la misma cosa.

—No hables así, niña, —le dijo su madre—, que hay militares muy dignos, y sin ir lejos, mi tío Lázaro de Sandoval, que fue coronel del Regimiento Fijo de La Habana, estuvo en el sitio de Pensacola y murió lleno de honores y de cicatrices.

—Pero no se habla de esos militares, mamá, —saltó y dijo Leonardo—. Se habla de los militares que vinieron de España para reconquistar a México, y que habiendo fracasado allá vuelven aquí para que nosotros les paguemos el mal humor de la ignominiosa derrota. A estos militares son a los que ahora me refiero. No es lo peor que trasciendan a cuartel, como dice Adela, sino que son, como hombres, malditísimos maridos. Mientras no llegan a brigadier, viven en los cuarteles o en castillos, donde tienen por casa pabellones; por criados, asistentes rudos y desvergonzados; por diversión las palizas y las carreras de baqueta que les pegan a los soldados; por música, el tambor de diana. Casi nunca se fijan en ninguna parte, porque, cuando menos lo esperan, tienen que salir destacados, ya para Trinidad, ahora para Puerto Príncipe, luego para Santiago de Cuba, después para Bayamo... Y si son casados, la mujer y los hijos y los penates, por supuesto, tienen que seguirlos de cuartel en cuartel, de castillo en castillo, de destacamento en destacamento cuando por motivos de economía no se queda ella con sus padres y él no se marcha con sus soldados. Como su objeto es encontrar mujer rica con quien casarse, poco se cuidan del carácter y de los antecedentes de las que al cabo toman por esposas; tarde que temprano, ellas les arañan la cara y ellos las arrastran por el pelo.

No pudo Antonia sufrir más: se levantó de la mesa y se fue a la sala, callada y muy molesta.

—Has zaherido a tu hermana sin motivo, —le dijo doña Rosa—, ella no piensa en militar alguno, por mucho que alguno la celebre.

—No piensa en ellos, pero admite galanteos por la ventana, y he aquí lo que me irrita.

—Antonia no es de ésas, por fortuna, hijo mío.

—¿No? ¡Ay, mamá! Parece que vas perdiendo la vista del entendimiento y de la cara... No quiero hablar; lo único que digo y repito es que el día menos pensado le rompo una pata a uno de esos soldados.

En seguida se levantó, y cual si nada hubiese ocurrido, o dicho, que le desazonara, fue para el puesto que ocupaba su hermana Adela, la estrechó con ambos brazos por la cintura y le dio muchos besos.

—Quita, quita, —dijo ella—. ¿Pues no estabas enojado conmigo? Me lastimas con la barba.

—¿A dónde bueno tan emperifollada? —le preguntó Leonardo esquivando el asunto indicado por la hermana.

—Vamos a la tienda de Madama Pitaux, que ahora vive en la calle de La Habana núm. 153. Hace poco que ha llegado de París y, según dicen, ha traído mil curiosidades. De camino pensábamos dar una vuelta por la Loma del Angel.

—Para ir a la Loma ya es muy tarde. Pasan de las once. Y ahora que me acuerdo, ¿han visto Vds. el número IV de *La Moda* o *Recreo Semanal?* Desde el sábado se repartió, y está muy interesante.

—¿Tú le tienes ahí? —preguntó Carmen—. Es extraño que no nos hayan enviado nuestro ejemplar estando suscritos.

—¿En dónde se suscribieron ustedes?

—En la librería de *La Cova,* calle de la Muralla, que es el punto más cercano.

—Pues reclamen allá. El ejemplar que yo leí estaba en el mostrador de la botica de San Feliú, porque el mío me ha faltado también. No son nada exactos, que digamos, los repartidores.

—¿Has averiguado quién es la Matilde de que habla *La Moda?* —preguntó Adela a su hermano—. Porque Carmen cree que es una que todos nosotros conocemos.

—A mí se me figura —dijo Leonardo— que es un ente imaginario. Tal vez Madama Pitaux sepa algo.

—Pues a mí se me ha puesto —dijo Carmen— que la Matilde de *La Moda* no es otra que Micaela Junco. Sucede que ella es la más elegante de La Habana; que su hermano, un verdadero lechuguino, se llama Juanito; que tiene una abuela de nombre doña Estefanía de Menocal —apellido semejante al de Moncada— que le dan en *La Moda.*

—Voy creyendo que tienes razón, —dijo Adela—. No puedo negar que el vestido y el peinado que llevaba ante ayer en el Paseo Micaelita Junco son idénticos al figurín de *La Moda* del sábado antes pasado. Por cierto que no me gustó el peinado a la jirafa. La trenza es demasiado ancha y los bucles muy altos; luego, por detrás la cabeza luce desairada. Las mangas, cortas, aglobadas, con sobremangas de blonda, sí me parecen bonitas y le sientan a la que tiene el brazo torneado, como Micaelita. Su hermano Juanito, que nos saludó junto a la fuente de Neptuno ¿te acuerdas? iba también a la última moda, igual al figurín. Le sentaban los pantalones de Mahón sin pliegues, el chaleco blanco y la casaca de paño verde sin carteras. Esa es la moda inglesa, según dicen. ¿Reparaste en el sombrero? La copa tropezaba en las ramas de los árboles de la Alameda con ser Juanito Junco un chiquirritín.

—El corbatín es lo que no me peta, —dijo Leonardo—. Es tan alto que no deja juego al pescuezo. No los usaré jamás. No me gustan esos collares de perro. Tampoco me petan las casacas a *la dernier;* parecen de zacatecas. Los angostos faldones bajan hasta las corvas y se me figura que con esa moda se ha querido imitar la cola de las golondrinas. Sobre que se ha empeñado Federico en vestirnos a la inglesa y nosotros estamos mejor hallados con las modas francesas. Uribe tiene más gracia, si no más hábil tijera.

—No saques a Uribe, que es un sastre mulato de la calle de la Muralla y no sabe jota de las modas de París ni de Londres, —dijo Carmen con marcado desprecio.

—No piensa así la gente principal de la Habana, —repuso Leonardo prontamente—. Los Montalvo, los Romero, los Valdés Herrera de Guanajay, el Conde de la Reunión, Filomeno, el Marqués Morales, Peñalver, Fernandina... no se visten con otro sastre. Yo le prefiero a Federico. El, además, recibe los periódicos de modas de París por todos los paquetes del Havre.

Tan entretenida conversación de los hermanos la interrumpió el calesero presentándose con la *cuarta* engarzada en la muñeca de la mano derecha y el sombrero redondo en la izquierda, para anunciar que el quitrín estaba listo a la puerta. Luego al punto las dos hermanas menores fueron en busca de la mayor y de sus características *mantas,* y juntas rodearon a la madre para pedirle sus órdenes. Esta señora les hizo el encargo de algunas compras en las tiendas de lencería, o de ropas, y luego se dirigieron ellas por el zaguán a la calle.

No ha de extrañar el lector forastero ver a tres señoritas de la clase que podemos llamar media, salir a las calles de La Habana sin dueña, padre, madre o hermano que las acompañase. Pero con tal que no fueran a pie ni a pagar visita de etiqueta, bien podían dos, mucho más tres jóvenes, recorrer toda la ciudad, hacer sus compras, picotear con los mozos españoles de las tiendas y en las noches de retreta en la Plaza de Armas, o en la Alameda de Paula, recibir al estribo del carruaje el homenaje de sus amigos y la adoración de sus amantes. Eso sí, aun para hacer una visita en la vecindad de su casa y a pie, exigía la costumbre que la cubana, cuando no iba pariente de respeto, se acompañase siquiera de su mismo esclavo.

Al entrar Carmen en el quitrín, le dio la mano para subir un joven desconocido que acertó a pasar por allí, después a Adela y últimamente a Antonia, recibiendo de ellas, en pago de su galantería, una sonrisa de agradecimiento.

Así, la más joven y bella de las hermanas ocupó el asiento de en medio, el menos cómodo ciertamente, pero sin duda el más conspicuo y propio para desplegar la habanera sus gracias naturales a maravilla. Desde luego, montó el calesero el caballo de fuera de varas, el que por su suave paso, buena estampa y cola cuidadosamente trenzada, era al mismo tiempo el descanso y el orgullo del jinete; y partió a escape el carruaje en vuelta de la Plaza Vieja.

CAPITULO XII

Por sus juguetes se conoce el niño,
y se conjetura cuáles han de
ser sus obras.

PARÁBOLAS DE SALOMÓN

Quedaron al fin solos doña Rosa Sandoval de Gamboa y su querido hijo Leonardo.

No había sacado éste el talento de su padre para los negocios. Tampoco anunciaba disposición ninguna para la carrera literaria a que le dedicaban, aunque solía hacer versos y escribir artículejos para el *Diario* y otros periódicos. Su madre, sin embargo, quería que fuese abogado, doctor de la Universidad de La Habana, halagándola la esperanza de que podría, por este camino, llegar a oidor de la Audiencia de Puerto Príncipe, y hasta a Teniente Gobernador, como llamaban entonces a los jueces letrados de nombramiento real. Creía ella con razón que, mediante el dinero y las relaciones de su marido en la Corte, bien podía conseguirse para su primogénito cualquier gracia, honor o título, entre los muchos que, merced a aquellos estímulos, es uso conceder la Corona.

De comerciante, en concepto del padre, no había esperanza de que el mozo llegase a más que alcalde municipal, a conciliario o diputado del Tribunal de Comercio o Real Consulado, empleos de mala muerte, sin honores ni emolumentos. Por otra parte, D. Cándido, en realidad, no hacía hincapié en que su hijo estudiase y siguiese esta ni esotra carrera literaria. ¿Abogado? Ni pensarlo. Se aficionaría a los pleitos y acabaría con su caudal y con el de sus clientes. Tampoco D. Cándido conocía más letras que las del Catón, lo que no le había impedido acumular una fortuna respetable.

Ahora, además, le había nacido el deseo de titular, y no le parecía bien que su hijo, al menos, trocase los libros o la vara del mercader, ni el bonete de doctor, por la corona del conde, aunque hubiese un Santovenia que, aquellos días precisamente, había hecho el último de los trueques mencionados. No obstante su ignorancia, reconocía que Leonardo no haría raya como hombre de letras, ni como de negocios, y decía para sí, o cuando trataba del asunto con su esposa:

—No debemos forjarnos ilusiones. El (su hijo) no dará nunca mucho de sí, por más que uno se afane y gaste dinero en sus estudios. Ahí no hay cabeza sino para enamorar y correr la tuna. Eso se conoce a tiro de ballesta. Pero ¿necesita él tampoco de grandes conocimientos para hacer papel en el mundo? ¡Ca! No, señor. Fortuna, esto es, dinero te dé Dios, hijo, que el saber poco te vale, reza el proverbio castellano. Y dinero no ha de faltarle cuando yo muera. Luego si logro el título de Conde de Casa Gamboa, que pretendo en Madrid, reunirá el monis[1] con la nobleza, dos adminículos éstos con que el más bruto puede figurar en primera línea, gozar fuero y echarse a roncar a pierna suelta, cierto y seguro de que no le atropellarán por deudas, antes todos le sacarán el sombrero, le traerán en palmitas y le bailarán el agua delante, lo mismo los chicos que los grandes, los hombres de copete que las mujeres bonitas. ¡Ah! ¡Qué tiempo se ha perdido! Si yo hubiese titulado diez años ha, otro gallo nos cantara.

En efecto, Leonardo descubría menos ambición que talento. Por sentado, la esperanza de ser algo por sus conocimientos, por sus estudios o por su industria, jamás calentó su corazón. Antes confiado en que a la muerte de sus padres sería bastante rico, no hacía esfuerzo ninguno por saber, ni se apuraba por estudiar las lecciones de derecho, y se reía a carcajadas cuando, en son de broma, se decía entre la familia que él podía llegar a ser oidor o conde, o que su padre hacía construir en España, con el fin de titular, un árbol genealógico en que no había de verse ni una gota de sangre de judío ni de moro. Por otra parte, tan humildes eran a la sazón sus inclinaciones, como sus pasiones fuertes e ingobernables.

Gozar era, por aquel tiempo al menos, la suprema ley de su alma. Y es que su madre, porque le quería demasiado, cualquiera creería que, lejos de regir sus desapoderados impulsos, parecía complacerse en darles rienda suelta. ¿Qué necesidades podía experimentar un mozo de sus años y ocupaciones? Libros, trajes, caballos, carruajes, criados, dinero, todo le sobraba; ni el trabajo de pedir casi nunca tenía, porque desde la cuna se había acostumbrado a ver satisfechos sus deseos y aun caprichos, apenas indicados. Con todo eso, no pasaba día sin que le hiciera la madre algún regalo costoso, teniendo además la costumbre de ponerle todas las tardes en la faltriquera del chaleco media onza de oro, a veces una onza. Naturalmente, como entraba ese dinero, así salía, sin conciencia de su valor, y era lo malo que jamás pasaba

[1]Dinero.

por la mente del hijo pródigo, que debía guardar para mañana lo que no fuese necesario para los gastos de hoy. ¿Cómo derramaba el oro nuestro imberbe estudiante? Adivinarlo puede el discreto lector, siendo, como eran, el juego, las mujeres y las orgías con los amigos la vorágine que consumía el caudal de Gamboa y le agotaba el perfume del alma en la flor de su vida.

Estaba él, pues, sentado, luego que partieron las hermanas, en el puesto que dejó Adela, opuesto a su madre, a la que miraba de hito en hito, de codos en la mesa, con la cara entre las manos y le dijo de repente:

—¿Sabes una cosa, mamá?

—Si no me la dices... —contestó ella como distraída.

—No creas que te voy a pedir. Yo no quiero nada.

—Ya, —dijo doña Rosa; y se sonrió, pues que comprendió por el exordio que quería algo su hijo muy amado.

—¿Te ríes? Entonces me callo.

—No lo tomes a mal, hijo; me sonrío para que veas que te escucho con complacencia.

—Pues al pasar ayer tarde por la relojería de Dubois, en la calle del Teniente Rey, me llamó para enseñarme... ¿Te vuelves a sonreír? Vas a creer que te voy a pedir alguna cosa. Desde ahora te digo que te engañas.

—No hagas caso de mis sonrisas. Continúa. Deseo oír el fin; ¿que te enseñó Dubois?

—Nada. Unos relojes de repetición que acababa de recibir de Suiza. Son los primeros que llegan a La Habana, según me dijo, directamente de Ginebra.

Callóse en diciendo esto Leonardo, y su madre imitó su ejemplo, aunque ésta, al parecer pensativa. Al fin ella fue la primera que rompió el silencio diciendo:

—¿Y qué tal los nuevos relojes de repetición? ¿Te gustaron, hijo mío?

Se le iluminó al joven el semblante, el cual exclamó:

—Muchísimo. Son magníficos..., ginebrinos..., pero yo no quiero reloj nuevo, te lo advierto. Todavía sirve el inglés que tú me regalaste el año pasado, sólo que no es de moda. Yo no he visto nunca un reloj de repetición y mucho menos ginebrino; que no hay que abrirlo para saber la hora a cualesquiera del día o de la noche. Se empuja el botón de un resorte que tiene dentro de la argolla, y una campanilla interior da la hora y los cuartos. ¡Qué ventaja! ¿Eh, mamá?

—¿Por qué no me hablaste de eso antes de salir tus hermanas? Le habría encargado a Antonia que se pasara por la relojería.

—No me acordé ni tuve ocasión. Papá, además, estaba delante y luego entramos en una conversación... y me distraje. Bien que ellas no entienden de relojes.

Volvió a callar doña Rosa por corto rato, siempre con aire meditabundo, aunque sin manifestar enfado ni seriedad. Entretato Leonardo fingía no advertir la actitud abstraída de su madre, ni dar indicios de arrepentimiento

por el embarazo en que le había puesto con sus antojadizas indicaciones. Por el contrario, mientras la pobre señora meditaba y echaba cálculos, él no cesaba de sobarse las mejillas con la punta de los dedos y de mirar al techo, cual si contara las vigas del colgadizo.

—¿Te dijo Dubois —continuó al cabo doña Rosa— el precio de sus nuevos relojes?

—Sí... No. ¿Para qué quieres saber el precio? ¿Para comprarme uno? Ya te he dicho que no lo necesito, que no lo quiero. ¿Para comprarles a mis hermanas? No los tiene Dubois de mujer, de hombre únicamente.

—Bien, pero ¿cuánto pide Dubois por sus relojes de repetición, para hombre?

—Poca cosa, diez y ocho onzas de oro. No pueden ser más baratos, porque son de oro, legítimos, ginebrinos y de repetición.

—¿Tu reloj inglés no salió bueno?

—No tan bueno como creía al principio. Ese mismo Dubois te lo vendió, bien me acuerdo; pero es claro que se engañó o te engañó, porque se atrasa y se adelanta a cada rato, y ya le he llevado a la relojería más veces que onzas de oro pagaste por él. Y eso que te costó veinte, más de lo que piden por los ginebrinos. Dinero echado a la calle, mamá. Está visto, los relojes ingleses, aun los de Tobías, fallan a menudo; al contrario, los legítimos ginebrinos son otra cosa, casi todos salen buenos, exactos. Así al menos me dijo Dubois, que tú sabes entiende de relojes y es un relojero de primera. Pero no hay que pensar más en eso, mamá; olvidémoslo, lo pasaré sin un reloj de confianza ¡cómo ha de ser!

—No te apures ni te aflijas, hijo —replicó doña Rosa bastante alarmada—. Ya veremos modo de que tengas el ginebrino si tan bueno es como dices y como cree Dubois. Yo siempre pensaba hacerte un regalo de pascuas; será el reloj ese que tanto te ha gustado, aunque de aquí a Navidad va todavía una pila de días. Pero se presenta una seria dificultad.

—¿Cuál? —preguntó Leonardo asustado, por más que trató de dominarse.

—Sucede —continuó doña Rosa con suavidad— que en mi bolsa particular no creo que haya ahora todo el dinero requerido para la compra, y se me hace muy cuesta arriba acudir a la de tu padre.

—Pues si depende de papá, debo dar desde ahora por perdida la esperanza del reloj nuevo. El se ha vuelto más tacaño que un judío; al menos todo para mí le parece caro o inútil, que lo que es para Antonia, ya sabemos que su bolsa siempre está abierta. Yo no sé para qué guarda él tanto dinero.

—Eres injusto con tu padre. ¿De quién es el dinero que tú derrochas? ¿Quién provee al lujo en que vives? ¿Quién trabaja para que tú goces y te diviertas?

—El trabaja, es verdad; él se industria y ahorra, no cabe duda ninguna, pero ¿tendría ahora tanto dinero si cuando se casó contigo hubieras sido una mujer pobre? ¡A que no!

—Yo aporté al matrimonio uno doscientos mil pesos, que no es ni la cuarta parte de nuestro caudal hoy día. El aumento, ese gran aumento se debe a los afanes y economías de tu padre, quien no era un pobrete tampoco cuando se casó conmigo; no, señor; tenía sus reales, y tú menos que nadie debías censurar su conducta, la cual, por otra parte, es hija de la tuya con él.

—En eso había de parar el sermón, en mi conducta con papá. El es seco y duro conmigo, ¿puedo yo ser cariñoso y blando con él? Vamos, di tú. Nunca me da tampoco ocasión de mostrarle mi cariño, aunque quisiera. Mas no hablemos del asunto, volvamos la hoja y tratemos de otra cosa, de lo otro. ¿Qué tenía papá cuando se casó contigo?

—Tenía algo, tenía bastante, sí, señor. Tenía un taller de maderas del Norte, tejamaní, ladrillos, cal... allá en la Alameda o Paseo, cerca de la Punta. El terreno en que se hallaba también le pertenecía, si bien valía poco por ser muy pantanoso y bajo. Tenía asimismo por allí, donde ahora se ha fabricado la casa del colegio de Buena Vista, un barracón. Por cierto que de los últimos bozales que se marcaron en el hombro izquierdo con las letras *G* y *B* todavía quedan algunos en el ingenio *La Tinaja,* que heredé de mi padre. Cándido, en sociedad con D. Pedro Blanco, suele traer todavía negros de Africa. Pero persiguen tanto los ingleses la trata, que se pierden muchas más expediciones que se salvan...

—Figúrate, mamá, —dijo Leonardo con mucha risa, aunque bajando la voz—, un plagiario de hombres convertido en Conde... del Barracón, por ejemplo. ¡Qué lindo título! ¿No te parece, mamá?

—¿Qué quieres decir con esa salida de pie de banco? —preguntó doña Rosa molesta no menos que sorprendida.

—¡Ay, mamá! ¿Tú no sabes que según las leyes romanas son plagiarios todos aquellos que roban hombres para venderlos?

—Ya. En ese caso tu padre no es el verdadero plagiario, como dices, sino D. Pedro Blanco, quien es sabido, desde su factoría en Gallinas, en la costa de Guinea, (tantas veces he oído esos nombres que se me han quedado impresos) trata negros por baratijas y otras cosas y remite los cargamentos a esta Isla. Tu padre toma los que necesita para sus fincas y los demás los vende a los hacendados porque él hasta hace poco ha estado actuando como consignatario y antes como socio de Blanco, cuando no se tenía por contrabando la trata de Africa, o se toleraba. Por su cuenta al menos, no ha despachado sino contadas expediciones. De un momento a otro espera la vuelta de su bergantín *Veloz.* ¡Dios quiera que no haya caído en las garras de los ingleses!

—Tú, sin querer, estás abogando en mi favor. Yo dije lo que dije en broma, pero es claro, mamá, que conforme a un principio de derecho tanto delito comete el que mata la vaca como el que le sujeta la pata.

—No me vengas con tus principios, tus fines ni tus leyes romanas. Digan ellas o ellos lo que gustes, la verdad es que existe mucha diferencia entre la conducta de tu padre y la de D. Pedro Blanco. Este se halla allá, en la tierra

de esos salvajes; él es quien los procura en trato, él es quien los apresa y remite para su venta en este país; de suerte que, si hay en ello algún delito o culpa, suyo será, en ningún caso de tu padre. Y, si bien se mira, lejos de hacer Gamboa nada malo o feo, hace un beneficio, una cosa digna de celebrarse, porque, si recibe y vende, como consignatario, se entiende, hombres salvajes, es para bautizarlos y darles una religión que ciertamente no tienen en su tierra. Conque si lo dices por esto, ya sabes que, en caso de titular, en lo que por ahora no piensa, no le faltarían títulos bonitos, y sobre todo honrosos. Pues como te decía antes, esta vez no me será dado complacerte sin acudir a la bolsa de tu padre.

—¿Por qué no acudes?

—Porque tendría que decirle la verdad, esto es, que quería el dinero para hacerte un regalo.

—Bien, ¿y qué? El nunca te niega nada.

—Es cierto; pero como está tan enojado contigo, temo que me lo niegue.

—¿Cuándo no está él enojado conmigo, mamá? Esa es enfermedad endémica suya, crónica, mejor dicho. Si salgo, porque salgo; si no salgo, porque me estoy en casa. De todos modos entra el año y sale el año y papá nunca está contento conmigo. Me ha cogido entre ojos, mamá, esta es la verdad pura y dura. ¿Para qué andarnos con rodeos? El resultado es que no le parece bien nada de lo que yo hago o deshago.

—No es tu padre tan injusto, ni tan falto de amor paternal que si te portaras bien creería que te portabas mal. Mira, sin ir más lejos, anoche estuviste de corretón en Regla. ¿A qué hora volviste?

—¿Por quién lo ha sabido él?

—Importa poco el conducto, pero sabe que se lo dijeron esta mañana en el muelle de Caballería.

—¡Vamos! Esa no cuela. Al muelle no acuden temprano sino los *tasajeros* y husmeadores de noticias, porque ese es su mentidero, pasándose la mañana esperando que el Morro señale el Correo de España, barco de Santander o Montevideo, con harina o con tasajo. Semejantes nenes no frecuentan los bailes del Palacio de Regla. El cuentista ya caigo en quién fue, no pudo ser otro que Aponte. Te aseguro que ya me la pagará el muy perro conversador.

—No fue ese el soplón. Sin embargo, aunque lo hubiese sido, harías mal en pegarle por eso, pues si tu padre le preguntó, no sé yo cómo pudo ocultarle la verdad.

—Pudo decir que no sabía, que no oyó la campana del reloj del Espíritu Santo, que..., cualquier cosa, menos que yo vine a tal o cual hora, ni que estuve acá ni allá. Tiene muy floja la lengua el taita Aponte y papá le dio por la vena del gusto preguntándole. Milagro que no le contó... Pero, en resumidas cuentas, ¿qué estuve yo haciendo en Regla anoche?

—No me lo digas, no quiero saberlo, supongo que no hacías nada malo. El resultado es, Leonardito, que tú no te aplicas a los estudios, que no ade-

lantas en nada bueno ni útil, y que el tiempo que debías dedicar a la lectura y a la meditación, lo desperdicias en fiestas frívolas y en correrías tan dañinas como peligrosas. Eso no puede gustarle a él, ni... a mí tampoco, por lo mismo que te quiero entrañablemente. Quiere tu padre y quiero yo que estudies más y que pasees menos, que te diviertas, pero que no te entregues a la disipación, que no pases malas noches, que te moderes, que... en una palabra, te portes bien.

La emoción que experimentó doña Rosa la privó del uso de la palabra, arrasándose de lágrimas su hermosos ojos.

—Tú no sirves para predicador, —le dijo Leonardo, tal vez con ánimo de distraer su atención— porque te posesionas demasiado del asunto.

—Por lo que toca a Aponte, —continuó doña Rosa luego que se hubo serenado—, ya sé que es un conversador, mas, en honor a la verdad, debo decir que tu padre supo la hora a que volviste por el ruido que se hizo en el zagúan con la apertura de la puerta, la entrada del carruaje y las pisadas de los caballos. Con el silencio de la noche, todo ruido es un trueno. El despertó, encendió un tabaco con el yesquero, consultó el reloj e hizo una exclamación de enojo. Yo me hice la dormida. Eran las dos y media de la madrugada... Aún se te conoce en la cara la mala noche.

Hubo otro breve intervalo de silencio entre aquellos dos interlocutores, durante el cual Leonardo bostezó y se esperezó diferentes veces, hasta que, puesto en pie, dijo:

—Me voy a dormir... Si me compras el reloj, bueno; si no, poco importa.

Dio media vuelta y emprendió la subida de la escalera de su dormitorio, paso ante paso cual si contara los escalones o le costara un grande esfuerzo. La madre, entre tanto, le siguió con los ojos, sin decirle otra palabra ni moverse de la silla; pero así que le perdió de vista en los altos de la escalera, se agitó con viveza y llamó en voz fuerte: ¡Reventos!

A una llamada tan apremiante, no tardó en responder en propia persona el mayordomo mencionado en el anterior capítulo. Era un hombre bajo de cuerpo, rechoncho, trigueño, con la cara redonda y el pelo muy crespo, que así en su aspecto como en sus maneras manifestaba resolución y agilidad. Aunque vestido de limpio, venía en chaleco, trasluciéndose a leguas que procedía de Asturias, tipo no muy común del español entonces en La Habana. Hacía de mayordomo en casa de D. Cándido Gamboa, y si llevaba ciertos libros no se ocupaba tanto en el escritorio como en otras comisiones más en consonancia con su empleo. Cuando se presentó delante de doña Rosa, tenía la pluma detrás de la oreja, y ella le dijo en tono de mando:

—Reventos, diga a Gamboa que me mande con V. veinte onzas.

Fue el hombre y volvió sin demora con el dinero pedido, el cual sacó de la caja de hierro pequeña, debajo de la carpeta, en que había varios sacos atestados de monedas de oro y plata.

—Póngase la chaqueta —añadió doña Rosa derramando las onzas sobre la mesa para contarlas— y vaya ahora mismo a la calle del Teniente Rey, a la otra puerta de la botica de San Agustín, relojería de Dubois, y se compra V. el mejor reloj de repetición que haya recibido últimamente de Ginebra. Diga V. que es para mí. ¿Se ha enterado V.?

—Sí, señora.

—Supongo que V. no entiende de relojes.

—No se me alcanza mucho, que digamos, pero en Gijón, donde yo nací y me crié, hay más de una relojería; y un tío mío, hermano de mi madre, que en paz descanse, tenía en la uña, como quien dice, el mecanismo de los relojes.

—No lo decía por tanto, D. Melitón, lo decía para prevenirle contra cualesquier engaño que pudieran practicar con V., si se creyese que el reloj era para V. u otra persona así... ¿V. me entiende?

—Ya, ya, estoy enterado...

—Oíga. Recalque V. a Dubois que el reloj es para mí. El me conoce y debe saber que le costará caro...

—Dar a V. gato por liebre, —interrumpió el mayordomo—. Por sentado que le costará un ojo de la cara si tal hiciera el muy bellaco. Demasiado lo sé y lo sabe él.

—Yo no le tengo por bellaco como V. dice; sin embargo, bueno es estar prevenido...

—Porque el soldado prevenido nunca fue vencido, —volvió a interrumpir el mayordomo, interpretando a su modo el pensamiento del ama.

—¡Ah! Haga que le pongan en una caja fina, como para un regalo. ¿Entiende V.?

—¡Toma que si lo entiendo! Perfectamente.

—Bien. Vaya V.

—Volando.

—¿Se acordará V.? Reloj de oro, de repetición, suizo; quiero decir ginebrino, de los últimos recibidos de Ginebra por el relojero Dubois, que vive en la calle del Teniente Rey, a la otra puerta de la botica de San Agustín.

—Sí, sí, señora doña Rosa. Todo eso lo recuerdo y lo tendré presente. Y en un salto...

—¡Oiga! No me limito a 18 onzas. Se quiere el mejor reloj de repetición, ginebrino legítimo, cueste lo que cueste. Si más dinero se necesita, venga V. por él.

—Será servida la señora doña Rosa al pie de la letra.

—¡Ah! ¡Reventos! ¡Reventos! Venga acá. Lo principal se me olvidaba. Haga que le pongan por dentro de la tapa esta marca: L. G. S. Oct. 24, 1830. No se olvide.

En efecto, en poco más de una hora el Mayordomo estuvo de vuelta y puso en manos de doña Rosa un estuche pequeño, cuadrado, de tafilete, con filetes de oro. Sin duda dicha señora le aguardaba impaciente, porque tomarle, abrirle, contemplarle por breve rato con una especie de alegría infantil, levantarse y meterse en su aposento, sin hacer más caso del Mayordomo, fue todo uno.

No pasó más tiempo que el que acabamos de emplear en la relación de la cómica escena.

Leonardo, por su parte, tan seguro estaba de que no se pondría el sol de aquel día sin que un nuevo reloj viniese a adornar su traje en el bolsillo de sus pantalones, que habiendo tendido éstos en el sofá, enfrente de su cama, se acostó tranquilo, resuelto a dormir y reparar las fuerzas quebrantadas por la fatiga y la falta de sueño de la noche anterior. Dormitaba solamente cuando el ruido de menudos pasos y de las ropas de una mujer, vino a confirmarle en su esperanza. Era su madre. Fingió que dormía y la vio acercarse quedito al sofá, levantar en alto los pantalones, meter en el bolsillo pequeño delantero algo redondo que relumbraba mucho, pendiente de una cinta de seda rosada y azul, formando aguas, de más de una pulgada de ancho y seis de largo, sujetas las puntas por una hebilla de oro. Sonrióse de placer, y cerró los ojos a fin de que su madre se retirase en la persuasión de que le había preparado una sorpresa.

Al volver doña Rosa los pantalones al sofá, cuidando de que la cinta del reloj quedase visible y deslizar en la faltriquera del chaleco las dos onzas que sobraron de la compra de aquél, le pareció que su hijo se había movido en la cama. Se sobresaltó cual si hubiera estado cometiendo un delito, y entonces, en efecto, entró un rayo de luz en su conciencia de madre, recordó vivamente las palabras de su marido en la conversación de por la mañana temprano, y sintió una especie de arrepentimiento. Algo en su interior le dijo que si no hacía actualmente mal, no resultaría tampoco un bien conocido y sólido de sus demostraciones tiernas y cariñosas con Leonardo, cuando no nacían de méritos contraídos por él, sino de la efusión espontánea e indiscreta de su corazón de madre.

Perpleja entre recoger la prenda, cosa de guardarla para ocasión más oportuna y arrostrar por ende la aflicción y el desagrado del hijo, se quedó inmóvil, como transfigurada. Aquél, aunque brevísimo, fue un momento supremo para la triste madre. Al fin echó una mirada furtiva hacia el lecho, vio a Leonardo desnudo de medio cuerpo arriba, con los brazos en la almohada y la hermosa cabeza apoyada en las palmas, el pecho abierto y levantado, subiendo en la aspiración y bajando en la respiración, cual la ola que no llega a romper, la nariz dilatada, la boca entreabierta para dar franco paso a la entrada y salida del aire, pálido el semblante por el sueño y la agitación del día, aunque lleno de salud y de fuerza, un sentimiento de orgullo se apoderó de todo su ser, cambiando de golpe y por completo el orden de sus pensamientos.

—¡Pobrecito! —exclamó en tono casi audible—. ¿Por qué había yo de privarle de nada cuando está en la edad de gozar y de divertirse? Goza y diviértete, pues, mientras te duran la salud y la mocedad, que ya vendrán para ti, como han venido para todos nosotros, los días de los disgustos y de los pesares. La Virgen Santísima, en quien tanto fío y pongo toda mi esperanza, no dejará de oír mis ruegos. Ella te proteja y saque en bien de los peligros del mundo. Dios te haga un santo, hijo de mi corazón.

Movió los labios juntos, en señal de lanzar un beso, y fuese tan calladito como vino.

SEGUNDA PARTE

CAPITULO I

Tarde venientibus ossa.
(Los que llegan tarde al banquete
roen los huesos)

TENEMOS QUE DEJAR por breve tiempo estos personajes, para ocuparnos de otros que no por ser de inferior estofa representan en nuestra verídica historia papel menos importante. Nos referimos ahora al célebre tocador de clarinete, José Dolores Pimienta.

Para verle con la aguja en la mano sentado a la turca junto con otros oficiales de sastre en una tarima baja, hilvanando una casaca de paño verde oscuro, todavía sin mangas ni faldones, fuerza es que pasemos a la sastrería del maestro Uribe, en la calle de la Muralla, puerta inmediata a la esquina de la de Villegas, donde hubo una tienda de mercerías llamada del Sol.

El primero de estos establecimieintos se componía de una sala cuadrilonga con tres entradas: la de la primitiva puerta ancha y alta y las de las dos ventanas, cuyas rejas habían arrancado. Frente a ellas, en sentido longitudinal, había una mesa larga y angosta en que se veían varias piezas de dril, de piqué, de Arabia, de un género de algodón que llamaban coquillo, de raso y de paño fino, todas arrolladas y apiladas en un extremo. Y hacia el opuesto, tendidos dos pedazos de tela de Mahón,[1] en que se había trazado un par de pantalones de hombre con una astilla de jabón cenizoso.

Detrás de la mesa o mostrador, de pie, en mangas de camisa, con delantal blanco atado a la cintura, la tijera en la mano derecha, y echada en torno de los hombros, por medida, una cinta de papel doblada por medio en toda su longitud, con piquetes de trecho en trecho, se hallaba el maestro sastre Uribe,

[1]Tela china distribuida desde Mahón, Menorca, por los ingleses.

favorito en aquella época de la juventud elegante de La Habana. Aunque quisiera, no hubiera podido negar la raza negra mezclada con la blanca, a que debía su origen. Era de elevada talla, enjuto de carnes, carilargo, los brazos tenía desproporcionados, la nariz achatada, los ojos saltones, o a flor del rostro, la boca chica, y tanto que apenas cabían en ella dos sartas de dientes ralos, anchos y belfos; los labios renegridos, muy gruesos y el color cobrizo pálido. Usaba patilla corta, a lo clérigo, rala y crespa, lo mismo que el cabello, si bien éste más espeso y en mechones erectos que daban a su cabeza la misma apariencia atribuida por la fábula a la de Medusa.

Como sastre que debía dar el tono en la moda, vestía Uribe pantalones de mahón ajustados a las piernas, de tapa angosta, figurando una *M* cursiva, sin los finales de enlace, y las indispensables trabillas de cuero. En vez del zapato de escarpín, entonces de uso general, llevaba chancletas de cordobán, dejando al descubierto unos pies que no tenían nada de chicos ni bien conformados, porque sobre mostrar demasiado los juanetes, apenas formaban puente. Por poco que previniese en su favor el aspecto de Uribe, no cabe duda que era el más amable de los sastres, muy ceremonioso y un si es no es pagado de la habilidad de sus tijeras. Estaba casado con una mulata como él, alta, gruesa, desenvuelta, quien, en casa al menos, gustaba tanto de ir en piernas, arrastrando la chancleta de raso, como de enseñar más de lo que convenía a la decencia, las espaldas y los hombros rollizos y relucientes.

Comenzaba la tarde de uno de los últimos días del mes de octubre. Subían y bajaban muchos carruajes, carretones y carretas la angosta calle de la Muralla, tal vez la de más tráfico de la ciudad, por ser la más central y estar toda poblada de tiendas de varias clases. El ruido de las ruedas y de las patas de los caballos en las piedras, resonaba como un trueno continuado en el interior de las casas abiertas a todos los vientos. No pocas veces chocaban unos contra otros, y obstruían el paso por largo rato. En semejante caso, al trueno de los carruajes sucedían las voces y los ternos de los carreteros y caleseros, sin consideración ni respeto a las señoras. El transeúnte a pie, si no quería ser atropellado por los caballos o estrujado contra las paredes de las casas con los bocines salientes de los cubos de las ruedas, tenía que refugiarse en las tiendas hasta que se despejara la vía.

En la tarde de que hablamo ahora, ocurrió una de esas frecuentes colisiones entre un quitrín ocupado por tres señoritas, que bajaba, y un carretón cargado con dos cajas de azúcar, que subía. Chocaron con fuerza los cubos opuestos de ambos vehículos, de cuyas resultas el del segundo levantó la rueda del primero y se entró por sus rayos, rindiendo uno. Del choque los dos carruajes quedaron casi de través en la calle, el quitrín con la zaga hacia la puerta de la sastrería de Uribe, donde penetró la cabeza de la mula del carretón. El carretonero, que venía sentado a la mujeriega en una de las cajas de azúcar, con un zurriago en la mano derecha, perdió el equilibrio y dio en el lodo y piedras de la calle un terrible costalazo.

Y este hombre, africano de nacimiento, lo mismo que el otro, mulato de La Habana, en vez de acudir cada cual a su vehículo respectivo, a fin de deshacer el enredo y facilitar el pasaje, con atroces maldiciones y denuestos se embistieron mutuamente, ciegos de furor salvaje. No era que se conocían, estaban reñidos o tenían anteriores agravios que vengar; sino que siendo los dos esclavos, oprimidos y maltratados siempre por sus amos, sin tiempo ni medio de satisfacer sus pasiones, se odiaban de muerte por instinto y meramente desfogaban la ira de que estaban poseídos, en la primera ocasión que se les presentaba. En vano las señoritas del quitrín, muy sobresaltadas, pusieron el grito en el cielo, y la mayor de ellas amenazó repetidas veces al calesero con un fuerte castigo si no desistía de la riña y atendía a los inquietos caballos. Pero los combatientes, en su furor y en la lluvia de zurriagazos que se descargaban, no oían palabra. Luego los españoles de las tiendas, los oficiales de la sastrería, todos asomados a las puertas en mangas de camisa, aumentaban el ruido y la confusión con su vocería y sus risotadas, señales ciertas del júbilo con que presenciaban el combate.

En esto, un hombre de mala catadura entró por una puerta de la sastrería, como para evitar las ruedas del carruaje, y al salir por la otra extendió el brazo por encima del fuelle caído y le desprendió la peineta de teja de la cabeza a la más joven de las señoritas; con lo cual la larga y abundosa trenza de sus cabellos se desarrolló y desmadejó toda, cubriéndole la espalda con sus ondas sedosas y brillantes cual las alas del totí. Dio ella un grito y se llevó ambas manos a la cabeza; en cuyo momento José Dolores Pimienta, mero espectador hasta entonces como los demás, hizo una exclamación de asombro, murmuró el nombre de la "Virgencita de bronce" y se lanzó sobre el ratero, o más bien sobre la presa, que se llevaba en triunfo. Logró echarle garra; mas como era de quebradizo carey y estaba, además, primorosamente calada, se le quedó hecha pedazos en la mano: única cosa que pudo devolverle a su afligida y asustada dueña. A favor de la confusión logró escapar el ratero, bien que ningún otro que el oficial de sastre había parado mientes en aquella ocurrencia. Sin embargo, la exclamación de éste, su acción generosa cuando la generalidad de los espectadores sólo pensaba en divertirse, llamó la atención de Uribe, que volviéndose de repente para él, le dijo:

—¿Estás loco? ¿Te figuraste que ésa también era Cecilia Valdés? Si digo yo que tú ves visiones.

—No, —contestó secamente José Dolores—. Yo sé lo que me digo. Esas niñas son hermanas del caballero Gamboa.

—¡Acabáramos! exclamó a su vez Uribe—. Yo bien quería conocerlas. Se parecen mucho. No pueden negar que son hermanos. Pues es preciso ampararlas. ¡Las hermanas de uno de mis rumbosos *clientes!* No faltaba más...

En efecto, entre el maestro sastre, sus oficiales y otros consiguieron separar a los combatientes y desenredar las ruedas de los vehículos, tras lo cual uno y otro pudieron seguir su camino, llevando el carretonero las manchas

de sangre de la *cuarta*[2] del calesero en la camisa de listado azul. Protegió quizás las espaldas de este último la chaqueta de paño de su librea; a lo menos no se le veían en ella las señales de la refriega.

Y una vez despejado aquel campo de Agramante y vueltos, el maestro sastre a la mesa de cortar, los oficiales a su tarima, el primero sacó de pronto el reloj del bolsillo del pantalón y, con aire sorprendido, dijo: —¡Las tres! —añadiendo en seguida más alto: —¡José Dolores!

No tardó éste en aparecer ante la presencia del maestro Uribe. Traía al hombro dos madejas trenzadas, una de hilo blanco de lino, otra de seda negra; clavadas en los tirantes de los pantalones varias agujas cortas, no muy finas, y en el dedo del medio de la mano derecha un dedal de acero, sin fondo.

Al nacimiento de José Dolores Pimienta y de Francisco de Paula Uribe concurrieron, sin duda, por igual las razas blanca y negra, con esta esencial diferencia: que aquél sacó más sangre de la primera que de la segunda, circunstancia a que deben atribuirse el color menos bilioso de su rostro, aunque pálido, la regularidad de sus facciones, la amplitud de su frente, la casi perfección de las manos y la pequeñez de los pies, que así en la forma como en el arco del puente podían competir con los de una dama de raza caucásica. Ni con ser de constitución delineada sobresalían mucho los púmulos de su rostro ovalado, ni tenía el cabello tan lanudo como el de Uribe. En sus maneras, lo mismo que en la mirada, y a veces hasta en el tono de la voz, había aire marcado de timidez, o melancolía, pues no siempre es fácil discernir entre ambas, que revelaban, o mucha modestia o mucha ternura de afectos.

De organización musical, tenía que hacerse gran violencia, cosa que no podía echar a puerta ajena, para trocar el clarinete, su instrumento favorito, por el dedal o la aguja del sastre, una de las artes bellas por un oficio mecánico y sedentario. Pero la necesidad tiene cara de hereje, según reza el característico adagio español, y a José Dolores Pimienta, aunque director de orquesta, ocupado a menudo en el coro de las iglesias por el día y en los bailes de las ferias por la noche, no le bastaba eso a cubrir sus propias necesidades y las de su hermana Nemesia, desahogadamente. La música en Cuba, como las demás bellas artes, no hacía ricos, ni siquiera proporcionaba comodidades a sus adeptos. El célebre Brindis, Ulpiano, Vuelta y Flores y otros se hallaban poco más o menos en este caso.

—¿Qué tal la casaca verde indivisible? —le preguntó Uribe—. ¿Se halla en estado de prueba? Son las tres y dentro de poco tendremos aquí al caballero Gamboa, como el reloj.

—Para el tiempo que hace que V. me la entregó, *señó* Uribe, —repuso Pimienta— la tengo bastante adelantada.

—¿Cómo es eso? ¿Pues no te la di desde tras de antier?

[2]Látigo.

—Perdone V., *señó* Uribe, yo no vine a recibir esa prenda, si hemos de hablar claro, hasta ayer por la mañana. Antier toqué la misa mayor del Santo Angel Custodio, a prima toqué la salve y luego en el baile de Farruco hasta más de media noche. Conque no sé...

—Bien, bien —replicó Uribe serio interrumpiéndole—: ¿Se halla o no en estado de prueba? Eso es lo esencial.

—Diré a V.: lo que es probarse, puede ahora mismo. Las solapas están basteadas, lo propio que el cuello. Iba ahora a hilvanarle los forros de seda, para abrirle los ojales. Los hombros se hilvanarán cuando venga el caballero que V. dice, y las espaldas ídem. Las mangas las está cerrando *señá* Clara, su mujer de V., aunque con probar una basta. De manera que a las ocho de la noche, cuando más tarde, estará concluida la casaca y lista para el baile, que no principiará hasta las nueve.

—El caso es que se quiere para mucho antes y no se dirá nunca que Pancho de Paula Uribe y Robirosa no cumple su palabra una vez empeñada.

—Entonces tendrá V. que poner otro oficial que me ayude; mejor dicho, que la concluya, porque a las seis debo tocar en la salve del Santo Angel Custodio y luego después en el baile de Brito. Farruco abre sus bailes esta noche en la casa de Soto y yo no he querido llevar mi orquesta hasta allá. En la Filarmónica dirige Ulpiano con su violín y Brindis está comprometido a tocar el contrabajo. Conque considere V.

—Pues lo siento en el alma, José Dolores, y si hubiera sabido que tú no ibas a rematar esa pieza, no te la hubiera dado. Yo me estoy mirando en ella. Temo que si otro oficial la coge ahora en sus manos, le echa a perder el estilo. El caballerito Leonardo es el más quisquilloso de todos mis clientes. ¿No ve V. que nada en riqueza? ¿No ve cómo derrama la plata? ¡Para lo que le cuesta! Y vea V. su padre D. Cándido, el otro día como quien dice, andaba con la pata en el suelo. Me parece que lo veo cuando llegó de su tierra: traía zapatos de empleita (quiso decir *pleita,* mejor, *alpargatas*), chaqueta y calzones de bayeta y gorro de paño. A poco más puso taller de maderas y tejas, después trajo negros de Africa a montones, después se casó con una niña que tenía ingenio, después le entró dinero por todos cuatro costados y hoy es un caballerazo de primera, sus hijas ruedan quitrín de pareja y su hijo bota las onzas de oro como quien bota agua. E intertanto, aquella pobre muchacha... Mas, calla lengua. Pues, según te decía, José Dolores, el caballerito Leonardo vino aquí la semana pasada y me dijo: Maestro Uribe, tenga V. este paño verde indivisible que he hecho traer de París expresamente para que V. me haga una casaca como se debe. Pero déjese V. de vejeces, de talle encaramado en el cogote, ni de colas de golondrina. Yo no soy ningún zacateca, Juanito Junco ni Pepe Montalvo. Hágame una casaca como la gente *a la dernier,* que yo sé que V. sabe pintarlas en el cuerpo cuando le da la gana. Ese mozo tiene tanto dinero, que es preciso darle gusto o reventar. Además, como es tan elegante y bien parecido, da el tono en la moda, y si acierto a hacerle una cosa buena, me pongo las botas. Aunque a decir verdad, ya no

tengo manos para todo el trabajo que me ha caído. Por donde se ve claro que la competencia del inglés Federico, lejos de dañificarme, me ha favorecido. Conque, mi querido José Dolores, al avío.

—Ya le he dicho, *señó* Uribe, haré lo que pueda; pero sépalo, no tendré tiempo para darle la última mano. Lo principal, sin embargo, está hecho, esto es, las solapas y el cuello. La montura de los faldones y la espalda V. puede dirigirla, y los ojales nadie los hace mejor que *señá* Clara.

—Trae acá la casaca.

Trájola el oficial, y con ella en las manos, para suspenderla a la altura de sus ojos, Uribe se encaminó a un espejo que había en la pared medianera de la primera ventana y la puerta. Allí le siguió maquinalmente José Dolores. Cuando los dos estuvieron delante del espejo, dijo el maestro a su oficial:

—Vamos, José Dolores, sirve tú de modelo... Apuradamente, tienes el mismo cuerpo que el caballerito Leonardo.

—Está bien, *señó* Uribe —contestó Pimienta de malísimo humor—. Pero sin ejemplar ¿he?

—Compadre, tienes hoy palabras de poco vivir. ¿Qué te está labrando allá dentro? Antes tomaste una de las niñas Gamboa por Cecilia Valdés; ahora te pones bravo porque, para ganar tiempo, pruebo la casaca del hermano en tu cuerpo. Si lo haces porque ese blanco te pisa la sombra, lo peor que puedes hacer es tomarlo tan a pecho. ¿Qué remedio, José Dolores? Disimula, aguanta. Haz como el perro con las avispas, enseñar los dientes para que crean que te ríes. ¿No ves que *ellos* son el martillo y nosotros el yunque? Los blancos vinieron primero y se comen las mejores tajadas; nosotros los de color vinimos después y gracias que roemos los huesos. Deja correr, chinito, que alguna vez nos ha de tocar a nosotros. Esto no puede durar siempre así. Haz lo que yo. ¿Tú no me ves besar muchas manos que deseo ver cortadas? Te figurarás que me sale de adentro. Ni lo pienses, porque lo cierto y verídico es que, en verbo de blanco, no quiero ni el papel.

—¡Qué ley tan brava, *señó* Uribe! —no pudo menos de exclamar por lo bajo el oficial, sorprendido más bien que alarmado de que abrigara principios tan severos.

—Pues qué —continuó el maestro sastre—, ¿te figurabas que porque le hago el *rande vú* a todos cuantos entran en esta casa, es que no sé distinguir y que no tengo orgullo? Te equivocas; en verbo de hombre, nadie creo mejor que yo. ¿Me estimaría en menos porque soy de color? Disparate. ¿Cuántos condes, abogados y médicos andan por ahí, que se avergonzarían de que su padre o su madre se les sentara al lado en el quitrín, o los acompañara a los besamanos del Capitán General en los días del rey o de la reina Cristina? Quizás tú no estás tan enterado como yo porque no te rozas con la grandeza. Pero recapacita un poco y recuerda. ¿Tú conoces al padre del conde? ... Pues fue el mayordomo de su abuela. ¿Y el padre de la marquesa ...? Un talabartero de Matanzas, más sucio que el cerote que usaba para untarle a la pita con que cosía los arneses. ¿A que el marqués de ... no enseña su madre

a los que van a visitarlo en su palacio de la Catedral? Y ¿qué me dices del padre del doctor de tantas campanillas...? Es un carnicero de ahí al doblar. (Tuvo Uribe la discreción de pronunciar los nombre de las personas aludidas a la oreja del oficial, como para que los demás no le oyeran). Pues yo no tengo por qué esconder mis progenitores. Mi padre fue un brigadier español. A mucha honra lo tengo, y mi madre no fue ninguna esclavona, ni ninguna mujer de nación. Si los padres de esos señorones hubieran sido siquiera sastres, pase, porque es notorio que S.M. el Rey ha declarado noble nuestro arte, lo mismo que el oficio de los tabaqueros, y podemos usar don. Tondá, con ser moreno, tiene don por el rey.

—Yo no me ocupo de eso, ni a derechas sé quién es mi padre, sólo sé que no fue negro —volvió Pimienta a interrumpir el torrente impetuoso del maestro sastre—. Lo que yo sostengo es, que ni a V., ni a mí, ni ... a nuestros hijos, según van las cosas, nos tocará ser martillo.Y es muy duro, durísimo, insufrible, *señó* Uribe —agregó José Dolores, y se le nubló la vista y le temblaron los labios—, que ellos nos arrebaten las de color, y nosotros no podamos ni mirar para las mujeres blancas.

—¿Y quién tiene la culpa de eso? —continuó Uribe hablando otra vez al oído del oficial, como para que no le oyera su mujer—: La culpa la tienen *ellas,* no *ellos.* No te quepa género de duda, porque es claro, José Dolores, que si a las pardas no les gustaran los blancos, a buen seguro que los blancos no miraban para las pardas.

—Puede ser, *señó* Uribe; pero, digo yo: ¿no tienen los blancos bastante con las suyas? ¿Por qué han de venir a quitarnos las nuestras? ¿Quién les ha dado semejante derecho? Nadie. Desengáñese, *señó* Uribe, si los blancos se contentaran con las blancas, las pardas no mirarían para los blancos.

—Hablas como un Salomón, chinito, sólo que eso no es lo que sucede, y es preciso atenerse a cómo son las cosas y no cómo queremos que sean. Yo me hago este cargo: ¿qué vale quejarse ni esperar que todo ha de salir a medida del deseo de uno? Ni ¿qué puedo yo solo, qué puedes tú, ni qué puede el otro contra el torrente del mundo? Nada, nada. Pues deja ir. Cuando son muchos contra uno, no hay remedio sino hacer que no se ve, ni se oye, ni se entiende, y aguantar hasta que le llegue a uno su turno. Que ya llegará, yo te lo aseguro. No todo ha de ser rigor, ni siempre ha de rasgar el paño a lo largo. Intertanto aprende de mí, recibo las cosas como vienen y no pretendo enederezar el mundo. Podría salir crucificado. Tú todavía vas a tragar mucha sangre, lo estoy mirando.

—¿Qué importa? —dijo el oficial con calor—. Con tal que otros la traguen al mismo tiempo que yo...

—Ese es el caso, que si tú te calientas y tomas las cosas por donde más queman, no logras que otros traguen sangre, sino que la tragas tú a borbollones. Y eso es lo que pretenden los pícaros de los blanquitos. Bien, no te digo

que te dejes sopetear de nadie, pues yo tampoco me he dejado pasar la mota.[3] Lo que te digo es que no pierdas los estribos y aguardes la ocasión. ¿Ves ahí a Clara, tan formalota, tan seria? Ella cuando moza tuvo también más de un blanco tentador, y logré espantarlo sin mucho trabajo ni quebradero de cabeza. Así te digo, José Dolores, no te apures, ni te pongas bravo, porque llevas la de perder: te comes los hígados y sacas ... lo que somos. Dejar correr y aprenderás a vivir.

Durante esta larga y animada conversación, no cesó un punto la probatura de la casaca. Ya cogía Uribe una solapa con la mano derecha, la sacudía y atraía a sí, a tiempo que con la izquierda abierta comprimía los pliegues de la camisa del oficial por el pecho y el costado; ya mataba las ondas de la espalda, de los hombros para el centro; ya con el jabón de piedra trazaba crucetas a lo largo de las costuras de los costados; ya, en fin, metía las tijeras por la orilla del cuello y de las boca-mangas y sisaba el paño adherido por los hilvanes de hilo blanco a las entretelas de cañamazo. Así el embrión de frac tomaba poco a poco la forma del cuerpo del oficial bajo la tijera y la astilla de jabón de Uribe, sin que a todas estas tuviese él la certidumbre de que le viniese bien a su legítimo dueño; pero fiaba el maestro mucho en su experiencia y conocida habilidad. Siempre que se le ofrecía alguna duda respecto al tamaño, ocurría a la tira de papel doblada en dos con piquetes en ambas orillas, que le servía de medida y rectificaba las dimensiones.

Media hora larga se había pasado en esta faena del maestro con su oficial, cuando paró una volanta de alquiler a la puerta de la sastrería y se apeó de ella, de un salto, el intrépido joven que había servido de asunto, por la mayor parte, de su sazonada conversación.

[3]Dejarse confundir por otra persona; dejarse ablandar.

CAPITULO II

No es caballero el que nace,
sino el que lo sabe ser.

La llegada repentina del joven mencionado al final del capítulo anterior, esperada y todo, sorprendió al maestro sastre, con tanto más motivo que su oficial aguardaba precisamente aquel momento para echar atrás los brazos y soltarle en las manos la pieza de ropa en estado de prueba.

Esto, sin embargo, no fue parte para que él dejase de salir al encuentro de Leonardo Gamboa y recibirle con muchas sonrisas y zalamerías.

Si el joven recién llegado observó o no la retirada precipitada de Pimienta, o si advirtió el motivo, es más de lo que puede afirmarse con probabilidad de acierto. Fuerza es decir, no obstante, que hasta allí Leonardo ignoraba que tuviese un enemigo acérrimo en el músico; y que, además, se creía muy superior para ocuparse de las simpatías o antipatías de un hombre de baja esfera, mulato por añadidura. Lo seguro es que ni siquiera sospechó que había acabado de ser el objeto casi exclusivo de la conversación del maestro y de su oficial. Venía, además, allí a hora fija y por cita expresa; sólo se demoraría el tiempo necesario. No había, por tanto, ocasión ni motivo de dar su atención y pensamientos a cosas ajenas al traje que hacía el maestro Uribe. Tampoco éste le dio lugar a divagaciones.

Como tenía por costumbre Leonardo, al apearse sacó una peseta del bolsillo del chaleco y se la arrojó al calesero, el cual la recibió en el aire. Luego, sin más demora, se encaminó derecho al sastre, cortándole, en medio de sus obsequiosas demostraciones, con la pregunta:

—¿Qué hay de mi ropa? ¿Lista?

—Casi concluida, señor D. Leonardito.

—Lo temía, lo esperaba —replicó éste impaciente—. Un zapatero remendón tiene más palabra que tú, Uribe.

—Pues ¿qué hora es?, caballero Gamboa?

—Son las cuatro y más de la tarde; y me prometiste la ropa para ayer tarde.

—Perdone el caballero, se la prometí para hoy a las siete de la noche. Es decir, concluida y planchada de un todo. Porque el caballero debe estar enterado que de mi taller no sale pieza sin todos sus periquitos y ringo rangos. Cuente el caballero que este pobre sastre no posee otra cosa que su reputación, como que viste, hace más de diez años, a la grandeza de la Habana, y nadie podría decir en justicia que Francisco de Paula Uribe y Robirosa . . .

—¡Ah! ¡Maestro Uribe! ¡Maestro Uribe! —volvió a interrumpirle el joven con mayor impaciencia—. El que no te conozca que te compre. Dale con la palabra y vuelta con su reputación y pocas veces, si alguna, cumpliendo con exactitud. Dejemos toda esa palabrería para otra ocasión y vamos a los hechos. Al fin ¿tendré la ropa esta noche, en tiempo para el baile o no? He aquí lo que importa saber.

—La tendrá el caballerito o pierdo el nombre que llevo. Por lo que toca al chaleco, que es lo único que se hace fuera de casa, lo espero por momentos. Apuradamente, está en manos de una pardita que se pinta sola para chalecos y es como el reloj. Ya que el caballero ha tenido la bondad de honrar mi taller con su presencia, probaremos la casaca, aunque estoy cierto y seguro que el caballero va a confesar que tengo buen ojo, si no otra cosa. Le ruego que no repare en su estado presente, porque sé que para las personas que no son del arte aquí hay trabajo de dos días, cuando para un oficial experto sólo hay trabajo de dos horas. Si alguna vez se me atrasa la obra, no es por culpa mía, ni por falta de oficiales, sino porque me cae mucha de golpe. En el taller sólo tengo cinco oficiales, fuera en sus casas cuantos quiero, aunque yo prefiero tener mi gente siempre a la vista.

Por entonces, plantado Leonardo delante del espejo, se había despojado del frac con la ayuda del sastre, y mientras le probaban el nuevo, creyó ver reflejada en aquél la imagen de alguien que le miraba a hurtadilla desde atrás de la puerta del comedor. Aunque le pasó por la mente que había visto aquella cara en alguna parte, de pronto no pudo recordar dónde ni cuándo. En este esfuerzo de imaginación se quedó un rato pensativo, completamente abstraído. Por supuesto, durante ese tiempo no vio lo que pasaba, no oyó ni entendió la charla del maestro Uribe.

Acertó a entrar en aquella sazón en la sastrería una muchacha de color, medio cubierta la cabeza en la *manta* de burato pardo oscuro, a la usanza persa. Dio las buenas tardes, y como si no hubiese reparado en lo que allí se hacía, pasó de largo hacia el aposento, por detrás de la mesa de cortar. Pero Uribe la esperaba impaciente y la detuvo antes de alcanzar la puerta, preguntándole:

—¿Traes el chaleco, Nene?

—Sí, señor —contestó ella con voz muy suave y musical, deteniéndose a la cabeza de la mesa, en la cual depositó un lío pequeño que sacó de debajo de la manta.

El nombre, lo mismo que la voz de la muchacha, sacaron a Leonardo de su abstracción; volvió a ella el rostro y le clavó la vista. Ambos se reconocieron desde luego, y cambiaron una mirada de inteligencia y una sonrisa de cariño, señales que por cierto no se escaparon a la penetración de Uribe —Aquí hay gato encerrado —pensó él—. ¡Pobre muchacha! la compadezco! ¡En qué garras ha caído! Cuando menos ésta es la causa de las quemazones de sangre de Pimienta . . . Tiene razón . . . Pero no, debe ser por algo más de eso.

Después sacó el chaleco del pañuelo de seda en que estaba envuelto, y dándole éste a su dueño, añadió hablando con Gamboa:

—¿No se lo dije al caballero? Aquí tiene la prenda. La costurera vale un Potosí.

Era el chaleco de raso negro, sembrado de abejas color verde brillante, entretejidas en la tela. No se lo probó Leonardo, ni lo juzgó necesario el sastre. Tampoco hubo desde allí tiempo para mucho, porque, cual por cita, acudió la mayor parte de los parroquianos de Uribe. Entre ellos, Fernando O'Reilly, hermano menor del conde de este nombre; el primogénito de Filomeno, después Marqués de Aguas Claras; el secretario o confidente del Conde de Peñalver; el joven Marqués de Villalta; el Mayordomo del Conde de Lombillo; y uno que le decían Seiso Ferino, protegido por la opulenta familia de Valdés Herrera. Casi todos éstos habían ordenado piezas de ropa para sí o para sus amos en la sastrería del maestro Uribe, y, ya de paso para el Paseo de extramuros en sus carruajes, ya ex profeso, entraban en ella y se detenían el tiempo necesario para esa averiguación.

Al entrar el primero de los personajes arriba nombrados, le puso familiarmente la mano en el hombro a Leonardo, le llamó por este nombre, y le trató de tú por tú. Habían sido condiscípulos de Filosofía en el Colegio de San Carlos desde 1827 a 1828, en cuya última fecha O'Reilly se había separado para ir a España y proseguir sus estudios hasta recibirse de abogado, como se recibió, tornando a los patrios lares sólo unos pocos meses antes del día de que aquí hablamos, con el empleo de Alcalde Mayor. Después de dos años de ausencia, aquella era la primera vez que se veían, no habiendo tenido Leonardo ocasión ni humor de ir a saludarlo, quizás porque, si bien antiguos condiscípulos, no había dejado él de ser miembro de una familia la más orgullosa de la Habana, de la primera grandeza de España. Por otra parte, partió soltero y volvió casado con una madrileña, motivo de más para que sus gustos y aficiones ahora fuesen muy distintos de lo que fueron cuando juntos concurrían a oír las elocuentes lecciones del amable filósofo Francisco Javier de la Cruz.

La ocasión de aquella afluencia de señores y sus criados no era otra que el baile de tabla que se celebraba por la noche del mismo día en los altos del palacio situado en la calle de San Ignacio esquina a la del Te-

niente Rey, alquilado para sus funciones por la Sociedad Filarmónica, en 1828. Desde los días del carnaval, a fines de febrero, en que coincidieron los festejos públicos por el casamiento de la princesa de Nápoles, doña María Cristina con Fernando VII de España, la Sociedad antes dicha no había vuelto a abrir sus salones. Ahora lo hacía como para despedir el año de 1830, pues es sabido que la gente principal de la Habana, única con derecho a concurrir a sus funciones, se marchaba al campo desde principios de diciembre y no volvía a la ciudad sino hasta mucho después de Reyes. En vísperas del sarao, la juventud de ambos sexos acudía en tropel a los establecimientos de modas y novedades para hacerse de trajes nuevos, de adornos, joyas y guantes. Las sastrerías como la de Federico, Turla y Uribe, que eran las favoritas; los almacenes como los del Palo Gordo y de Maravillas; las joyerías como las de Rozan y la Llave de Oro; las tiendas de modistas como la de madama Pitaux; las zapaterías como la de Baró, en la calle de O'Reilly y la de las Damas en la calle de la Salud esquina a la de Manrique, extramuros de la ciudad, varios días anteriores al señalado para el baile se veían asediados a mañana y tarde por las señoritas y jóvenes más distinguidos por su elegancia y el lujo de sus trajes. Las primeras por esa época empezaban a usar los zapatos o escarpines de raso blanco de China, con cintas para atarlos a la garganta del pie y mostrar las medias de seda caladas, siendo así que el vestido se llevaba sobre lo corto. Los hombres usaban también escarpines de becerro con hebillita de oro al lado de fuera y calcetas de seda color de carne.

Con los caballeros Uribe echó el resto de la cortesía y de la amabilidad, de que sabía revestirse cada vez que le convenía; con los criados, aunque acudían en nombre de personas de elevada posición, fue seco y parco en demostraciones civiles. Pero tuvo habilidad bastante para dejarlos a todos contentos y satisfechos, como que nada le costaba prodigar promesas a diestro y siniestro, que es moneda imaginaria con que se pagan la mayor parte de las deudas en sociedad. De esta manera cumplió exactamente con los que le hablaron gordo desde el principio; a los restantes dio un solemne chasco, sin perder por eso su patrocinio. E idos todos, porque ninguno calentó asiento, se puso desde luego a habilitar las piezas que se proponía concluir para aquella noche. No descuidó, por supuesto, la casaca verde invisible de Gamboa; quien, satisfecho de que no sería chasqueado de nuevo, cedió a las vivas instancias de su amigo Fernando O'Reilly y le acompañó en el quitrín al paseo llamado por imitación del famoso de Madrid, el Prado.

Ocupaba éste, y ocupa en el día, el espacio de terreno que se dilata desde la calzada del Monte hasta el arrecife de la Punta al norte, al morir el glacis de los fosos de la ciudad por el lado del oeste. Cienfuegos extendió el paseo de la calzada del Monte hasta el Arsenal hacia el sur; pero jamás se ha usado como tal esa parte sino como calle Ancha, cuyo nombre lleva. Entre las obras de adorno que tuvieron origen en el gobierno de D. Luis de las Casas, se cuenta el *nuevo Prado* (el de que hablamos ahora). El Conde de Santa Clara

concluyó la primera fuente que dejó en proyecto las Casas, y construyó otra más al norte: nos referimos a la de Neptuno en el promedio del Prado, y la de los Leones al extremo. Ambas se surtían de agua de la Zanja real, que atravesaba el paseo (y aún le atraviesa) por el frente del Jardín Botánico, hoy estación principal del ferrocarril de la Habana a Güines, y por la del foso iba a verter sus turbias aguas en el fondo del puerto, al costado del Arsenal. Mucho después, al extremo meridional del Prado, donde estuvo originalmente la estatua en mármol de Carlos III, que D. Miguel Tacón trasladó en 1835 a su paseo Militar, hizo construir a su costa en 1837 el Conde de Villanueva la bella fuente de la India o de la Habana.

El nuevo Prado constaba de una milla de extensión, poco más o menos, formando un ángulo casi imperceptible de 80 grados, frente a la plazoleta donde se elevaba la fuente rústica de Neptuno. Le constituían cuatro hileras de árboles comunes del bosque de Cuba, algunos con la edad muy corpulentos, e impropios todos de alamedas. Por la calle del centro, la más ancha, podían correr cuatro carruajes apareados; las dos laterales, más angostas, con unos pocos asientos de piedra, servían para la gente de a pie, hombres solamente, quienes en los días de gala o fiesta se formaban en filas interminables a lo largo del paseo. La mayor parte de éstos, especialmente los domingos, se componían de mozos españoles empleados en el comercio de pormenor de la ciudad, en las oficinas del gobierno, en la marina de guerra y en el ejército, pues por su calidad de solteros y por sus ocupaciones no podían usar carruaje y visitar el Prado en vehículo de alquiler; y si algún extranjero lo hacía por ignorancia de la regla o consentimiento del sargento del piquete de dragones que daba allí la guardia, llamaba la atención y excitaba la risa general del público.

La juventud cubana o criolla tenía a menos concurrir al Prado a pie; sobre todo el confundirse con los españoles en las filas de espectadores domingueros. De suerte que allí tomaba parte activa en el paseo sólo la gente principal: las mujeres invariablemente en quitrín, algunas personas de edad en volanta y ciertos jóvenes de familias ricas, a caballo. Ninguna otra especie de carruaje se usaba entonces en la Habana, a excepción del Obispo y del Capitán General, que usaban coche. El recreo se reducía a girar en torno de la estatua de Carlos III y la fuente de Neptuno cuando la concurrencia era corta; que cuando era mucha se extendía hasta la de los Leones u otro cualquier punto intermedio, donde el sargento del piquete calculaba que debía plantar uno de sus dragones, a fin de mantener el orden y de que se guardase la debida distancia entre carruaje y carruaje. Mientras mayor era la afluencia de éstos, menor era el paso a que se les permitía moverse; de que resultaba a menudo un ejercicio muy monótono, no desaprovechado en verdad por las señoritas, cuya diversión principal consistía en ir reconociendo a sus amigos y conocidos, entre los espectadores de las calles laterales, y saludarlos con el abanico entreabierto, de la manera graciosa y elegante que sólo es dado a las habaneras.

Por fortuna, la monotonía y funérea gravedad de tan inocente recreto, a que las autoridades españolas daban el nombre arbitrario de orden, duraban lo que la presencia de los dragones del piquete en la avenida central del Prado, es decir, de las cinco a las seis de la tarde. Porque es cosa sabida que, unas veces con la punta de la lanza, otras a varazos, hacían que los caleseros guardasen el paso y la fila. Pero después de saludar el pabellón español en las fortalezas del contorno, ceremonia previa para arriarlo, lo mismo que las señales del Morro, desfilaba el piquete por la orilla de la Zanja, en dirección de la calle y cuartel de su nombre, y al punto empezaban las carreras, el verdadero ejercicio, la belleza y novedad de la diversión. Espectáculo digno de contemplarse era, en efecto, entonces, el paseo en carruaje y a caballo, del nuevo Prado de la Habana, iluminado a medias por los últimos rayos de oro del sol poniente, que en las tardes de otoño o de invierno se degradan en manojos de plata, antes de confundirse con el azul purísimo de la bóveda celeste. Los caleseros expertos se aprovechaban con ganas de la ocasión que se les presentaba para hacer alarde de su habilidad y destreza, no ya sólo en el regir de los caballos, en el girar violento y caprichoso de los quitrines, sino en el tino con que los metían por las estrechuras y la confusión, y los sacaban sin choque ni roce siquiera de unas ruedas con otras. Aun las tímidas señoritas, en el colmo del entusiasmo por el torbellino de las carreras y giros, arrebatadas en sus conchas aéreas con la acción y a veces con la palabra, animaban a los jinetes; con que unos y otros contribuían hasta donde más al peligro y grandeza del espectáculo. Poco a poco desaparecía la vaporosa luz crepuscular; una polvareda sutil y cenicienta se elevaba remolinando hasta las primeras ramas de los copudos árboles y cubría todo el paseo; de manera que, cuando uno tras otro los quitrines, con su carga de mujeres jóvenes y bellas, dejaban el estadio en vuelta de la ciudad o de los barrios extramuros, no creía menos el desapercibido espectador sino que salían de las nubes, cual otras Venus, de la espuma de la mar.

En aquellos tiempos en que la Metrópoli creía que la ciencia de gobernar las colonias se encerraba en plantar unos cuantos cañones de batería, se ideó la construcción de las murallas de la Habana, obra que se comenzó a principios del décimo séptimo siglo y se terminó casi al finalizar el décimo octavo. Las tales murallas eran partes de una fortificación vasta y completa, así por el lado de tierra como por el del mar o el puerto; no faltándole cuatro puertas hacia el campo, poternas hacia el agua, puentes levadizos, foso ancho y hondo, terraplenes, almacenes, estacadas, aspilleras y baluartes almenados; de modo que la ciudad más populosa de la Isla quedaba de hecho convertida en una inmensa ciudadela. Así existieron las cosas hasta la venida del memorable Miguel Tacón, quien abrió tres puertas más y sustituyó los puentes levadizos con puentes fijos de piedra. Pero en la época de la historia que vamos refiriendo, esto es, cuando sólo existían las cinco puertas originales, las tres del centro llamadas de Monserrate, de la Muralla y de Tierra, eran para el público en carruaje, a caballo y a pie, y las de los extremos, denominadas de

la Punta y de la Tenaza estaban destinadas especialmente al tráfico. Por ellas, pues, se acarreaba el azúcar, el café y otros efectos pesados en el único medio de transporte de entonces, a saber, las enormes, primitivas carretas, tiradas por cachazudos bueyes. La guarnición de la plaza, numerosa en los últimos tiempos, daba la guardia en las puertas y en las poternas, juntamente con el resguardo, constituido en todas ellas; pues nadie ni nada entraba ni salía sin estar sujeto a un doble registro, todo según se acostumbra en las plazas sitiadas.

Después de entrado el carruaje en que iban O'Reilly y Gamboa, en el rastrillo interior, donde se hallaba la garita del resguardo, asomó, por la parte opuesta del puente levadizo, un caballo tan cargado de forraje verde de maíz, a que llaman vulgarmente *maloja,* que no se veían más que los pies y la cabeza, la cual procuraba alzar cuanto podía, a causa sin duda del demasiado peso. Sobre aquella montaña de hierba venía montado a la mujeriega, mejor dicho, recostado a la grupa el conductor o malojero, mozo natural de islas Canarias, vestido a la usanza de los campesinos cubanos. El centinela español, que se paseaba entre las dos puertas con el fusil al brazo, miró primero hacia el puente, luego hacia el rastrillo, y se plantó en medio de la vía en señal de que ambos debían pararse, hasta que se resolviera cuál de los dos tenía que ciar o desviarse. Pararse el caballo del forraje equivaldría a obstruir el paso; volverse en el estrecho puente era imposible sin exponerse a una caída; en tanto que al carruaje le era fácil arrendar los caballos sobre el cuartel del cuerpo de guardia y dejar expedito el camino. A pesar de su natural torpeza, esto lo vio claro, desde luego, el centinela; así que ordenó con la mano al malojero que se parase y avanzó a paso de carga al carruaje y gritó: ¡Atrás!

Pero orgulloso el calesero de la nobleza y autoridad de su amo, envanecido de los escudos de armas bordados en su librea, lo mismo que de sus espuelas de plata, metal de que estaban sobrecargadas las guarniciones, aun el mismo carruaje, en vez de obedecer la orden del centinela, plantó los caballos delante de la puerta interior, y miró de medio lado a su amo. Venía éste muy embebecido contándole a Gamboa los peligros que había corrido en su ascensión al Monte Etna en Sicilia, y hasta la parada repentina del carruaje no echó de ver que se había presentado un obstáculo. Naturalmente, los ojos del amo se encontraron con los del esclavo que le pedía órdenes: ¡Arrea! le dijo, y como si nada ocurriese, continuó la íntima conversación que traía con su condiscípulo y amigo.

Moviéronse los caballos y entonces el centinela repitió la voz de atrás, presentando la bayoneta a sus pechos; a cuya vista O'Reilly, que era soberbio, se puso rojo de la indignación. Medio se incorporó en el asiento, como para mostrar mejor la cruz roja de Calatrava que llevaba bordada en la solapa de la casaca, y gritó: ¡Cabo de guardia! Y luego que éste se le presentó con la mano derecha abierta sobre la frente, agregó: ¡Haga V. despejar el paso!

Informóse el cabo en un instante de lo que pasaba, y aunque no conocía al sujeto que le había hablado, por el tono imperioso que usó y por la cruz roja, supuso que era un señor principal, jefe o cosa parecida, y le contestó, siempre con la mano abierta, a la altura de la frente: —El malojero no puede retroceder.

—¿Cómo es eso? —exclamó Fernando en el colmo de la cólera—. ¿Sabe V. con quién habla? Llame al oficial de guardia.

—No hay para qué, —repuso el cabo—. Ya veremos modo de arreglarlo. No se incomode V. E.

—Haga ciar ese caballo de la maloja... Pronto.

A las voces acudieron el oficial de guardia, que se entretenía en jugar a los naipes con unos cuantos amigos, y los soldados de facción, los cuales esperaban órdenes sentados en un banco sin respaldo a la puerta del cuartel, mientras los demás dormían a pierna suelta en las tarimas fijas del interior. Aquel militar, que debíamos suponer más enterado que el cabo de la noción de lo justo y de lo injusto, no vio más sino que un caballero cruzado no podía proseguir su paseo porque se lo impedía un paisano con su caballo cargado de forraje. Así que dio orden perentoria de despejar el puente. Ejecutada en un dos por tres, el monte de forraje verde quedó montado en la barandilla del puente levadizo, única cosa que ocurrió a los soldados hacedera en aquellas circunstancias. En efecto, así pudo pasar el carruaje, aunque llevándose en el bocín del cubo parte de la maloja. Todo aquello sucedió tan repentina como inesperadamente para el mozo conductor, que sólo tuvo tiempo de echarse al suelo, no para resistir el atropello, sino para no ser lanzado al foso. Expresó su sorpresa con algunos juramentos, y su enojo con mudas demostraciones; mas nadie le hizo caso. Por el contrario, temeroso de mayor violencia, se apresuró a descargar parte de la hierba, a fin de que el caballo pudiera enderezarse y seguir camino a la ciudad.

En saliendo de la cabeza del puente para coger el estrecho rastrillo de la estacada, había que orillar el foso por corto trecho, pasar por encima de la esclusa de la Zanja, parte de cuyas aguas se vertía en aquél, formando un charco de regulares dimensiones. Pues en el borde del alto terraplén, en el instante en que hablamos, había un grupo de hombres y muchachos en observación de algo que ocurrió abajo, en el charco.

—¿Qué es ello? —preguntó O'Reilly.

—No sé, —contestó su amigo—; supongo que gentes que se bañan.

Preguntado el calesero, informó a su amo sin titubear, que eran el mulato Polanco y el negro Tondá, célebres nadadores, riñendo a zapatazos. En efecto, desnudos completamente, cual salvajes del Africa, zambullían, giraban bajo el agua, y luego procuraban hacerse daño descargándose tremendos golpes con la pierna, al modo como dicen que hace el cocodrilo cuando ataca a la presa. Esto llamaban en Cuba tirar zapatazos. Parece que el inmoral espectáculo se repetía a menudo, supuesto que el calesero de O'Reilly desde luego dijo los nombres de los bañistas y lo que hacían en el agua. El primero

más de una vez había acometido a un tiburón en el puerto y le había rendido a puñaladas; además de excelente nadador el segundo, era bien conocido en toda la ciudad por su valor heroico y actividad desplegada en la persecución de los malhechores de su propia raza, con autoridad especial del mismo capitán general D. Francisco Dionisio Vives.

El fácil triunfo obtenido sobre el mozo del forraje en la puerta de la Muralla, había envalentonado al calesero, el cual quiso entrar en el paseo por la orilla de la Zanja; pero se lo impidió el dragón con lanza en ristre. A pesar de las protestas de O'Reilly, quien invocó su carácter de Alcalde Mayor, hubo que dar la vuelta a la estatua de Carlos III y esperar allí un claro para incorporarse en la fila. Este fue el primer motivo de mortificación para tan orgulloso joven; el segundo le aguardaba en el punto donde la calle de San Rafael corta el Prado. Desembocaban por ella el coche del general Vives con su escolta de a caballo, todos a galope tendido; y mientras, para abrir campo, los dragones del piquete interrumpían el movimiento de los quitrines de ambas filas, en el paseo, entre los cuales se hallaba el de O'Reilly, dos flanqueadores con sable desnudo detenían y arrollaban a los que pretendían entrar o salir por la puerta del Monserrate antes que su Excelencia el Capitán General.

Probaba esto que había en la Habana alguien superior y más privilegiado que un segundo génito de conde, aunque Grande de España de primera clase. En la acepción recta de la palabra, no era demócrata Leonardo, mas le disgustó mucho el atropello del malojero y casi se alegró de las mortificaciones que experimentó su amigo en el paseo, cual si hubiesen querido humillarle el orgullo. Evidente, pues, aparecía que las distinciones sociales del país sólo aprovechaban en todas circunstancias a la autoridad militar, ante la cual nobles y plebeyos debían doblar la cerviz.

CAPITULO III

Y al compás se agitaban mil
bellezas
Que ropajes fantásticos vestían,
Y a mí cual las visiones se
ofrecían
De un poeta oriental.

R. PALMA

Aquella noche* el teatro de la elegancia habanera sentó sus reales en la Sociedad Filarmónica. Brillaron allí con todo su esplendor el gusto y la finura de las señoras, lo mismo que el porte decente de los caballeros. Además de los socios y convidados de costumbre, asistieron los señores cónsules de las naciones extranjeras, los oficiales de la guarnición y de la real Marina, los ayudantes del Capitán General y algunos otros personajes notables por su carácter y circunstancias, como fueron el hijo del célebre Mariscal Ney, que estaba viajando, y el cónsul de Holanda en Nueva York.

Hiciéronse notables los vestidos de tul bordados de plata y oro sobre fondo de raso blanco, por ser de última moda e iguales al que Mme. Minette hizo en París para la actual soberana de España. Las mangas de este traje, conocidas con el nombre de *a la Cristina,* eran cortas, abobadas y guarnecida su parte inferior con encaje muy ancho. También se vieron otros de tul bordados con muchísima delicadeza, sobre fondo celeste. Llamaron así mismo la atención general los vestidos de tul sobre raso blanco con guarnición en puntas encontradas, adornadas éstas de encaje estrecho y mangas a la Cristina. Otros

*La relación que sigue la tomamos casi al pie de la letra de un semanario que se publicaba en la Habana en 1830, titulado *La Moda.* (Nota de E. Rodríguez Herrera).

iguales a estos últimos, pero con diferentes guarniciones, pudieron señalarse, sin que dejase de haber muchos más cuya elegancia y gusto en nada desmerecían de los ya descritos.

Los peinados armonizaban con los vestidos. Llevaban unas turbantes egipcios, otras plumas blancas puestas con mucho donaire; las más, jirafas de todos tamaños, adornadas con flores azules o blancas, guardando unión con el color del traje, y algunas tenían lazos de oro graciosamente colocados. Era grandioso y bello el efecto que producía la reunión de tantas y tan hermosas lechuguinas. Animaba la concurrencia una completa alegría, y rebosaba la sonrisa en los labios de todos. La etiqueta, que generalmente caracteriza a los bailes de la Sociedad, no se vio más que en los trajes de las señoras y en los vestidos de los hombres, los cuales lucieron a porfía sus recamados uniformes de gentiles-hombres, de generales, de brigadieres, de coroneles, de altos empleados, Cadaval y Lemaur sus fajas rojas de seda, al paso que los que no poseían título ni condecoraciones se contentaron con la última moda de París en semejantes reuniones.

Adornaba la testera principal de la sala el magnífico dosel, cuyo centro ocupaba el retrato del rey Fernando VII. Los paños de la pared sostenían cuadros históricos, y de las cornisas pendía una colgadura de damasco azul con pabellones blancos guarnecidos de vistosos flecos de seda, sostenida por adornos dorados y clavos romanos, de los cuales caían con gracia cordones y borlones de seda. El cielo raso de la sala estaba vestido de damasco del mismo color de la colgadura.

Cosa de las diez empezó el baile, y a las once el salón principal estaba completamente lleno. En los intermedios servían sorbetes y refrescos de todas clases en grandes bandejas de plata sostenidas por lacayos. Las señoras que preferían tomarlos fuera del salón, tenían preparada para este efecto una sala alumbrada perfectamente, en donde estaba la repostería, y criados prontos para servirlas; pero la política y la urbanidad de los socios y convidados les ahorró un trabajo que para los caballeros se convierte en placer cuando se emplea en servicio de las damas.

La cena se principió entre doce y una de la madrugada, y consistía en pavo fiambre, jamón de Westfalia, queso, gigote excelente, ropa-vieja, dulces secos, conservas, vinos generosos de España y extranjeros, chocolate suculento, café y frutas de todos los países en comercio con la isla de Cuba. Y fue lo más notable que, compitiendo la esplendidez de la mesa con su pródiga abundancia, los manjares no costaban sino el trabajo de pedirlos.

Puede afirmarse, sin temor de ser desmentidos, que la elegancia y la belleza de la Habana se habían dado cita aquella noche en la Sociedad Filarmónica. Porque allí estaba la marquesa de Arcos, hija del famoso marqués Pedro Calvo, con Luisa, su hija mayor, entonces de quince años de edad. Por ésta había improvisado Plácido aquellos versos que dicen:

Andaba revoloteando
En el ambiente exquisito,
Muerto de sed un mosquito,
Jugo de flores buscando.
Llegó a tu boca, y pensando
Que era una rosa o clavel,
Introduciéndose en él,
Porque allí el placer le encanta,
Murió en tu dulce garganta
Como en un vaso de miel.

Allí las hermanas Chacón, que merecieron por su hermosura figurar en el gran lienzo pintado por Vermay[1] para perpetuar la memoria de la misa que se celebró en la inauguración del Templete de la Plaza de Armas. Allí las Montalvo, de tipo teutónico, una de las cuales fue declarada reina de la belleza cuando la corrida de cañas el año anterior, en la antigua plaza de Toros del Campo de Marte; allí la Arango, célebre por haber contribuido a la evasión del poeta Heredia, y que después se casó con un Ayudante de campo del Capitán General Ricafort; allí las hermanas Aceval, Venus de Milo en las formas, tan distinguidas por su talento como desdichadas por sus pasiones; allí las hermanas Alcázar, modelos de perfección, así por la simetría de sus menudas facciones, como por las rosas de sus mejillas y el color negro de sus cabellos; allí las Junco y las Lamar, de Matanzas, conocidas bajo el poético vocativo de las Ninfas del Yumurí; allí las tres hermanas de Gamboa, las cuales ya hemos tenido la ocasión de describir; allí la Topete, hija del comandante general del Apostadero de La Habana, que más adelante inspiró a Palma su inmortal *Quince de agosto;* allí la menor de las Gámez, Venus de Belvedere, cuyo cabello castaño, ondulante y copioso, llevaba suelto sembrado de estrellas de oro; allí, en fin, entre otras muchas que sería prolijo enumerar, Isabel Ilincheta, hija del que había sido asesor del capitán general Someruelos, quien poseía los rasgos principales del tipo severo y modesto celtíbero, a que debía su origen.

Como modelos de varonil belleza, entre los jóvenes concurrentes al baile de la Sociedad aquella noche, pudiera hacerse mención del teniente coronel de lanceros del rey, Rafael de la Torre, quien unos días después murió estrellado contra las ruedas de los quitrines en el Paseo, junto a la estatua de Carlos III, víctima de la fogosidad de su caballo; Bernardo Echeverría y O'Gaban, que en los días de gala gustaba vestir el uniforme de gentil-hombre de cámara con entrada, por cuanto podía lucir las bien hechas y rollizas piernas; Ramón Montalvo, en la flor de su edad, bello como un inglés de la más pura sangre; José Gastón, el verdadero Apolo de Cuba; Dionisio Mantilla, recién llegado de Francia, que venía hecho un cumplido parisiense; Diego

[1]Juan Bautista Vermay, pintor de origen francés, establecido en la isla donde vivió hasta su muerte (1833).

Duarte, el feliz campeón de las corridas de cañas celebradas el año anterior, con motivo de las nupcias de Fernando VII con María Cristina de Nápoles: varios oficiales de la marina y del ejército español en sus vistosos uniformes, más propios de una parada que de un baile particular.

También contribuyó al lustre de la fiesta la presencia de algunos jóvenes que empezaban a distinguirse en el cultivo de las letras, a saber: Palma, que había sido uno de los competidores en la corrida de cañas; Echeverría, empleado en la Hacienda, que el año siguiente alcanzó el premio en el concurso poético abierto por la comisión de Literatura, con objeto de celebrar el nacimiento de la Infanta de Castilla, Isabel de Borbón; Valdés Machuca, conocido por *Desval* en la república de las letras; Policarpo Valdés, que se firmaba *Polidoro;* Anacleto Bermúdez, que solía publicar versos bajo el nombre de *Delicio;* Manuel Garay y Heredia, que imprimía sus versos en *La Aurora* de Matanzas; Vélez Herrera, el autor del romance cubano *Elvira de Oquendo; Delio,* el cantor de las ruinas del Alhambra; Domingo André, joven abogado, elocuente y amable; Domingo del Monte, que introdujo el romance cubano, de variados conocimientos y muy distinguido porte.[2]

Diego Meneses, Francisco Solfa, Leonardo Gamboa y otros varios, que también se hallaban en el baile, si se exceptúan el segundo que era dado a los estudios filosóficos, y el tercero que entraba ya en la clase rica, no se hacían notables por su talento, aunque los tres solían escribir en los periódicos literarios; y el último pasaba, además, por mozo de buen parecer y varoniles formas. Los literatos, mejor dicho, los aficionados a las letras, sobre todo los que cultivaban la poesía, empezaban a tener entrada con la gente que podía tenerse por noble en Cuba, o que aspiraba, por su caudal, a la nobleza y alternaba con ella. Mostraban al menos distinción por ellos algunas familias tituladas de la Habana y los atraían a sus fiestas y reuniones, entre otras, por ejemplo, los condes de Fernandina, los de Casa Bayona, los de Casa Peñalver, los marqueses de Montehermoso y los de Arco. Dichas fiestas y reuniones en los días de pascuas de navidad se trasladaban a los lindísimos cafetales de San Antonio, de Alquízar, de San Andrés y de la Artemisa, que pertenecían a la gente rica.

No se presentaron en los salones de la Sociedad nuestros amigos Gamboa, Meneses y Solfa, sino hasta cerca de las once de la noche. Durante las primeras horas habían estado visitando los bailes de la feria del Angel, el de Farruco y el de Brito, sin olvidar la *cuna* de la gente de color, en la calle del Empedrado, entre Compostela y Aguacate. En ninguno de esos sitios habían tomado ellos parte activa, si se exceptúa el primero, quien al juego del monte perdió en un instante las dos onzas de oro que aquella misma tarde le había metido su madre en el bolsillo del chaleco. No conocía el valor del dinero, ni jugaba por amor a la ganancia, sino por el placer de la excitación del momento; pero sucedió que los bailes no le prestaron atractivo ninguno, de-

[2]Palma es Ramón de Palma y Romay, Echeverría, José Antonio Echeverría, *Delio,* el seudónimo de Francisco Iturrondo.

sertados de las muchachas bonitas; que no logró ver a Cecilia Valdés en la ventana de la casa, ni en la *cuna,* cosas todas que se conspiraron para ponerle de malísimo humor. Para remate de desdichas, cuando perdidoso y disgustado volvía con sus amigos en busca del quitrín, que había dejado apostado en la calle del Aguacate al abrigo de las altas paredes del convento de Santa Catalina, descubrió que no estaba allí, ni fue posible encontrarle sino media hora después y en punto opuesto y distante.

Por otra parte, preguntado el calesero sobre el motivo que le indujo a desobedecer una orden terminante de su joven amo, dio al principio respuestas evasivas, y al fin, apretado, dijo que un desconocido, medio cubierto con un pañuelo, le había forzado a abandonar el puesto y fingir que se volvía a casa, valiéndose de amenazas terribles. No parecía creíble el cuento: hubo empero que aceptarlo como bueno y verídico; lo que, si cabe, aumentó el mal humor de Leonardo, porque en caso de ser cierta la relación del calesero, ¿quién podía ser ese sujeto, ni qué interés tener en que el carruaje aguardase en una u otra esquina de la calle? ¿Por qué emplear amenazas? ¿Qué autoridad tenía para ello? Aponte no pudo decir si el desconocido era militar o paisano, comisario de barrio o magistrado, hombre blanco o de color. Tal vez era un inesperado y desconocido rival que de aquel modo se preparaba a disputarle el cariño de Cecilia Valdés.

Corroboraba tan desagradable sospecha, el hecho de que ni ella, ni su amiga Nemesia se habían presentado en parte alguna de la feria del Angel. Además de eso, la circunstancia de no haber abierto la ventana, aun cuando Gamboa hizo la señal convenida pasando la punta del bastón por los pocos balaustres que aún le quedaban, casi no dejaba duda de que algo extraordinario había ocurrido en el humilde y oscuro hogar.

Mas sea de esto lo que se fuere, que no hay tiempo de verificarlo ahora, Leonardo Gamboa entró en el baile de la Filarmónica preocupado y de muy mal talante. Armada, sin embargo, la danza en la sala principal y el aposento del palacio, bastante espaciosos por cierto, según dice el poeta:[3]

Una noche por fin: entre cristales
La luz reverberaba en los salones;
Y la sangre inflamaba con sus sones
La danza tropical;

no pudo nuestro héroe sustraerse a su arrobadora influencia. La orquesta, que dirigía el célebre violinista Ulpiano, ocupaba el anchísimo corredor sobre la mano izquierda, como se sube de la regia escalera de piedra oscura. Luego, a la derecha, estaba la puerta del salón, en frente de otra que daba sobre los más amplios balcones, que formaban los portales llamados del Rosario. Dejados los sombreros y los bastones en manos de un lacayo negro, a

[3]Ramón de Palma.

la puerta de un cuarto entre-suelo que abría al descanso de la escalera de doble tràmo, y tendiendo la vista por el soberbio salón, que podía tener "la carrera de un caballo", si se nos permite la exageración, descubrieron los estudiantes que las animadas parejas le llenaban de extremo a extremo. Recibían los hombres de espalda, y las mujeres de frente, mientras esperaban su turno para hacer cedazo,[4] el aire fresco de la media noche, que entraba por las puertas y ventanas abiertas de par en par.

Como hemos dicho antes, allí se hallaba reunido lo más granado y florido de la juventud cubana de ambos sexos, entregada, por el momento al menos, con alma y cuerpo a su diversión favorita. Y a la luz deslumbrante de las arañas de cristal, en olas de una música tan plañidera como voluptuosa, pues que procede del corazón de un pueblo esclavizado, al través de la nube sutil de polvo que levantaban los bailarines con los pies, las mujeres parecían más hermosas, los hombres más bizarros. ¿Podía, pues, entregarse el ánimo de la juventud a otros pasatiempos que los que le sugerían los halagadores objetos que tenía delante? No es posible.

Gamboa se ocupó, desde luego, en buscar compañera para tomar parte en el baile, aunque no le gustaba mucho; pero Meneses, que rara vez bailaba, y Solfa que no bailaba nunca, se quedaron de espectadores en el medio del salón, observando el último, con sonrisa amarga, que mientras aquella loca juventud gozaba a sus anchas de los placeres del momento, el más estúpido y brutal de los reyes de España parecía contemplarla con aire de profundo desprecio desde el dorado dosel donde se veía pintada su imagen odiosa.

Andando con algún trabajo entre las apiñadas filas de espectadores y bailarines, tropezó Gamboa con la más joven de las señoritas Gámez, cuyo retrato hemos hecho arriba a vuela pluma, en lo más empeñado de la danza. Por todo saludo, sin dejar de girar, como una sílfide, en brazos de su pareja, le dijo ella antes con los ojos que con la lengua: —Ahí está Isabel.

—¿Bailando? —preguntó el joven.

—¡Qué bailar! Esperando por V.

—¿Por mí? Qué descanso el suyo. Pues por un tris no vengo al baile esta noche.

En efecto, aquella señorita se hallaba a la sazón en toda apariencia comiendo pavo, según reza la frase vulgar en Cuba, es decir, sentada a la izquierda, cerca de la puerta del aposento entre una señora de mediana edad y el culto abogado Domingo Andrés, con quien sostenía animada conversación. No obstante su natural despreocupación, sintió Gamboa un arranque de celos que le fue imposible reprimir, no ya porque estuviese de veras enamorado, sino porque el caballero en cuya compañía la encontraba era asaz galán y sabía insinuarse en el ánimo de las mujeres discretas. De paso debemos decir, sin embargo, que el norte de las galanterías de André por aquella época se dirigía a otra beldad muy distinta de Isabel Ilincheta, la misma que perdió por

[4]Una figura de la *Danza Cubana.*

tímido y que ganó por osado el literato dominicano Domingo del Monte,[5] si no estamos muy equivocados, en la noche de que estamos hablando. Por lo que hace a Isabel, recibió a Leonardo con una sonrisa adorable, la cual, lejos de tranquilizarle, fue parte a causarle mayor desazón. Cambiados los saludos de costumbre, pues la compañera de Isabel, madre de las Gámez, era amiga del joven estudiante, lo mismo que André, en prueba de que no tenía nada de coqueta, tampoco de vengativa, dijo muy risueña:

—Decía a este caballero poco hace, que tenía comprometida esta danza, y no me quiere creer.

—Es que V. no ha bailado ninguna todavía, que yo sepa, —repuso André.

—Cierto que dos se han bailado solamente, —replicó Isabel sin cortarse—, pero hasta ahora que se baila la tercera, no ha venido V. a invitarme.

—Lo que quiere decir en sustancia, —continuó André—, que he llegado en hora menguada. ¡Cómo ha de ser!

—Esta señorita tiene razón, —interpuso Leonardo repuesto de su embarazo—. Por compromiso anterior, en cualquier baile donde nos encontremos, me reserva ella la tercera danza. No he podido llegar, pues, a mejor hora según veo. Por eso se dice que más vale llegar a tiempo que rondar un año.

—Ya, —exclamó el galante abogado— el caso es que con las buenas mozas pocos somos los que llegamos a tiempo.

André saludó y fue a formar coro a las dos hijas del potentado Aldama, de las cuales la menor, de nombre Lola, cedía a muy pocas aquella noche la palma codiciada de la belleza. Entretanto Leonardo e Isabel, cogidos por la mano, se metieron en las filas de la danza, no distante de la cabecera, mediante el favor de amigos mutuos, que, aunque llegaron tarde, no les dejaron incorporarse a la cola, como era de rigor. La cubana danza sin duda que se inventó para hacerse la corte los enamorados. En sí el baile es muy sencillo, los movimientos cómodos y fáciles, siendo su objeto primordial la aproximación de los sexos, en un país donde las costumbres moriscas tienden a su separación; en una palabra, la comunión de las almas. Porque el caballero lleva a la dama casi siempre como en vilo, pues que mientras con el brazo derecho la rodea el talle, con la mano izquierda le comprime la suya blandamente. No es aquello bailar, puesto que el cuerpo sigue meramente los compases; es mecerse como en sueños, al son de una música gemidora y voluntuosa, es conversar íntimamente dos personas queridas, es acariciarse dos seres que se atraen mutuamente, y que el tiempo, el espacio, el estado, la costumbre ha mantenido alejados. El estilo es el hombre, ha dicho alguien oportunamente; el baile es un pueblo, decimos nosotros, y no hay ninguno como la danza que pinte más al vivo el carácter, los hábitos, el estado social y político de los cubanos, ni que esté en más armonía con el clima de la Isla.

La noche en cuestión lucía Isabel Ilincheta, a maravilla, las gracias naturales de que la había dotado el cielo. Era alta, bien formada, esbelta, y vestía

[5]Rosa Alfonso de Aldama.

elegantemente, conque siendo muy discreta y amable está dicho que debía llamar la atención de la gente culta. Hasta la suave palidez de su rostro, la expresión lánguida de sus claros ojos y finos labios, contribuía a hacer atractiva a una joven que, por otra parte, no tenía nada de hermosa. Su encanto consistía en su palabra y en sus modos. Entraba en la pubertad cuando perdió a su madre, y para educarla, lo mismo que para libertarla de los peligros del mundo, su padre la puso al cuidado de las religiosas Ursulinas, venidas de Nueva Orleáns y establecidas en su convento de puerta de Tierra desde principios de este siglo. Después de un pupilaje de más de cuatro años, en que recibió una educación antes religiosa que erudita y completa, se retiró al campo, en el cafetal de su padre, cerca de la población de Alquízar, junto con su hermana menor Rosa y una tía, viuda de un cirujano de marina, de nombre Bohorques. Este individuo había hecho varios viajes a la costa de Africa en las expediciones despachadas por cuenta de la sociedad de Gamboa y Blanco. Contrajo de esas resultas una enfermedad terrible, murió en la travesía y le arrojaron al agua, cual otros muchos de los infelices salvajes a quienes había ayudado a plagiar de su nativo suelo. En más de una ocasión fue la viuda, con tal motivo, el objeto de la munificencia de D. Cándido Gamboa. Leonardo la visitó en el cafetal de Alquízar, y no pudo menos de enamorarse de la sobrina, cuya modestia y gracias realzaban su clara inteligencia y fina discreción.

No había nada de redondez femenil, y, por supuesto, ni de voluptuosidad, ya lo hemos indicado, en las formas de Isabel. Y la razón era obvia: el ejercicio a caballo, su diversión favorita en el campo; el nadar frecuentemente en el río de San Andrés y en el de San Juan de Contreras, donde todos los años pasaba la temporada de baños; las caminatas casi diarias en el cafetal de su padre y en los de los vecinos, su exposición frecuente a las intemperies por gusto y por razón de su vida activa, habían robustecido y desarrollado su constitución física al punto de hacerle perder las formas suaves y redondas de las jóvenes de su edad y estado. Para que nada faltase al aire varonil y resuelto de su persona, debe añadirse que sombreaba su boca expresiva un bozo oscuro y sedoso, al cual sólo faltaba una tonsura frecuente para convertirse en bigote negro y poblado. Tras ese bozo asomaban a veces unos dientes blancos, chicos y parejos, y he aquí lo que constituía la magia de la sonrisa de Isabel.

No debe extrañarse que, siendo Leonardo un tanto descreído y despegado, sintiese pasión por una joven tal como la que acaba de describirse. Entraba él por las puertas doradas de la vida. A pesar de sus connotaciones y de su riqueza, no había tenido aún trato con las mujeres de su esfera y educación, ni había empezado a buscar en ellas tampoco la compañera futura de su vida. La aspereza suya no era sino externa, estaba en sus maneras bruscas, porque allá en el fondo de su pecho, como habrá ocasión de observarlo, había raudal inagotable de generosidad, ternura de sentimientos. Dios, por dicha, no le había negado la capacidad de amar, sólo que las mujeres con quienes hasta allí había tropezado, o habían cedido a la fogosidad de sus afectos, a la intrepidez de sus pocos años, o a la influencia de su *lluvia de oro*. Ninguno de estos móvi-

les podía tener ascendiente en el ánimo de una joven rica, bien educada, modesta y virtuosa como Isabel Ilincheta. Atraído Leonardo primero por sus prendas físicas, seducido después por sus relevante dotes morales, comprendió desde luego que para ganar su afecto fuerza era tocar su corazón, hablar a su entendimiento. Por otra parte, aquella mujer que se presentaba a los ojos de Leonardo bajo un nuevo aspecto, habitaba el trasunto del paraíso terrenal cuando la vio por la primera vez.

Si podemos prescindir del esclavo y de sus padecimientos, que son sin embargo, más llevaderos en los cafetales, se convendrá en que Isabel, su hermana Rosa, su tía doña Juana, su padre y criados llevaban una vida de paz y quietud, lejos del bullicio de la ciudad, rodeados de olorosas flores, de los cafetos y naranjos siempre verdes, de las airosas palmas, del clásico plátano, embebecidos con el canto perenne de las aves y el susurro melancólico de la brisa en los campos de Cuba. Hasta la estación de los aguinaldos y de los azahares en que Leonardo conoció a Isabel, contribuyó a rodearla de encanto a sus ojos y a despertar en su pecho algo que no había sentido nunca a los 21 años de su vida: el amor.

CAPITULO IV

Princesa.—Su nombre al menos,
Rey.—Nunca, nunca, nunca.

Sueños de Amor y Ambición

El callejón de la Bomba, como el de San Juan de Dios, que parece ser su continuación, se compone de dos cuadras. Es, si cabe, más estrecho, hondo y húmedo, aun cuando sus casas son en general más amplias. En una de éstas inmediato a la calle del Aguacate, vivía Nemesia Pimienta con su hermano José Dolores, ocupando dos cuartos seguidos, cuyo mueblaje se reducía a un par de sillas, un columpio, una mesita de pino y un catre de viento, que se abría de noche y se cerraba de día, a fin de despejar el campo.

Anochecido ya, Nemesia salió de la sastrería de Uribe y se encaminó a paso menudo hacia el barrio del Angel. Prefirió para ello la calle del Aguacate, que si bien más solitaria y oscura por la ausencia de establecimientos públicos, conducía derecho a dos puntos en donde, de paso, quería detenerse. Cuando llegó a las cuatro esquinas formadas por la calle de O'Reilly y la traviesa que llevaba, se detuvo un breve rato, pensativa e indecisa. Miró primero atrás, luego a su derecha, después adelante, fijando la mirada en la ventanilla de la casucha inmediata a la taberna de la izquierda, aunque por estar en línea paralela a la observadora, sólo se distinguían las molduras de los balaustres que sobresalían un poco del plano de la pared. Difícil era, pues, saber si había o no persona asomada allí o a la puerta. En consecuencia, la mulata se trasladó a la esquina de abajo y dio un silbido peculiar muy agudo, haciendo pasar el viento con fuerza por entre los dientes del medio de la mandíbula superior.

Algunos segundos después vio asomar por los balaustres de la ventana un canto de la cortina blanca; pero al acudir al reclamo, notó que descendía del terraplén del convento un caballero a paso largo, que se dirigía derecho al punto objetivo de sus miradas. Estúvose a observar lo que pasaba. ¿Quién

sería ese sujeto? ¿Quién le aguardaba en aquella casa? Vestía de frac oscuro, pantalón claro y sombrero de ala angosta y copa desproporcionadamente ancha, sobresaliéndole por detrás el cuello blanco y recto de la camisa. No era joven, ni anciano, sino de mediana edad. A pesar de la oscuridad, todo eso lo pudo notar Nemesia a la corta distancia a que se encontraba, que no excedía de treinta pasos. Su porte, sus movimientos acompasados y firmes, no podían confundirse con los de un mozalbete ni de un viejo.

Se dirigió, sin embargo, con aparente cautela al punto donde se veía el canto de la cortina blanca; sostuvo un breve diálogo con la persona que se hallaba oculta detrás de sus pliegues, y entonces, a paso largo siguió, al abrigo de las altas paredes del convento, la vuelta de la Punta. Nemesia le perdió bien pronto de vista en la oscuridad; pero no le quedó duda de que le esperaba un carruaje a mediados de la cuadra, porque oyó distintamente el ruido de las ruedas en las piedras de la calle, corriendo en sentido opuesto a aquel en que ella estaba, y favorable al que seguía el desconocido.

Aguijada por la curiosidad, volvió la muchacha a silbar como lo había hecho antes; le contestaron desde la ventanilla moviendo la cortina blanca, y acudió al punto; pero en vez de su querida amiga Cecilia, sólo encontró a la abuela. ¿Cuál de las dos mujeres había recibido y hablado con el caballero del frac oscuro y el sombrero de copa abultada? Nuevo motivo de curiosidad y de mayor confusión.

—¡Ah! ¿Era V. Chepilla? —exclamó Nemesia.

—Entra —le dijo ésta, pasando a la puerta y quitando con la punta de pie la media bala que la aseguraba.

No se hizo de rogar la muchacha. Parecía seria y desazonada la abuela; y la nieta, sentada en un rincón, con el traje flojo, el aspecto desaliñado, la cabeza doblada sobre el pecho, los brazos extendidos y los dedos cruzados en la falda, era viva imagen del abatimiento y de la desesperación.

—Entra, hija mía. Seas bien venida, —repitió Chepilla—. Entra y siéntate; hazme el favor de sentarte, —añadió notando que la moza se mantenía en pie, como azorada y confusa.

—Ya es tarde y estoy de prisa —repuso ésta dejándose caer maquinalmente en la butaca de cuero delante del nicho en que se veneraba la imagen de la Dolorosa.

Iba Chepilla a repetir la instancia, pero visto que la recién llegada se sentaba sin más demora, se quedó parada entre ella y su nieta.

—Decía —agregó Nemesia a poco rato—, que es tarde y venía de prisa. Fui a llevar unas costuras al taller de *señó* Uribe, y *me se* ha hecho de noche. Porque resulta que Clarita su mujer es muy conversadora, y después quiso que la ayudara a cerrar la saya de un túnico que está haciendo para la Nochebuena chiquita. José Dolores debe de estar esperándome. El salió del taller mucho antes que yo, pues tenía que tocar en la salve del Santo Angel Custodio. Por cierto que ha habido mucha gente de fuste esta tarde en la sastrería, todos a buscar ropa para un baile en la Filarmónica, y para las Pascuas de Navidad.

A *señó* Uribe hay que hacerle el encargo con tiempo. Bien que el trabajo le llueve. Todos dicen que está haciendo mucho dinero, pero es más gastador . . . Mas ahora que me acuerdo ¿qué sucede por acá? Parecen Vds. muy atribuladas —dijo Nemesia notando que ninguna de las dos mujeres le prestaba atención.

Suspiró Cecilia únicamente y la abuela dijo:

—No es cosa lo que sucede; sólo que esta muchacha (señalando para la nieta con un movimiento de los labios), parece poseída . . . ¡Dios nos asista! (y se persignó). Iba a decir un disparate. Quiero que seas el juez y la consejera en este caso, aunque tú puedes ser dos veces mi hija. Por eso te he hecho entrar. Vamos, dime, hija mía ¿qué harías tú si tu protector, tu amigo constante, tu único apoyo en el mundo, como si dijéramos, tu mismo padre, que es verdaderamente un padre para nosotras pobres, desvalidas mujeres, sin otro amparo bajo el cielo ¿qué harías tú si te aconsejaba, vamos, si te prohibía el que hicieras una cosa? Di, ¿tú lo harías? ¿Tú le desobedecerías?

—Mamita —saltó y dijo Cecilia sin poder contenerse—: su merced no ha pintado el caso como es.

—Cállate —replicó la abuela con imperio—. Deja que Nemesia conteste.

—Pero su merced parte de un principio equivocado, y Nene no puede contestar derecho, aunque quiera. Su merced dice que nuestro amigo, nuestro protector, nuestro apoyo y qué sé yo qué más, ha rogado y ha prohibido que hagan y deshagan. Y en primer lugar, la persona a que su merced se refiere, no creo que es nada de lo que su merced dice para nosotras, al menos para mí. En segundo lugar, por más que me devano los sesos, no veo la razón ni el derecho que tenga para meterse en mis cosas y ver si salgo, o si entro, si me río o si lloro . . . (Voy a acabar, —agregó Cecilia de pronto—, advirtiendo que la abuela iba a cortarle la palabra). Sobre todo, su merced no tenía para qué haberme rompido el túnico de punto de ilusión y la peineta de teja, sólo por darle gusto a un viejo que me tiene ojeriza, y está celoso porque yo no lo quiero ni lo querré nunca, así . . .

—No creas nada de lo que dice esa niña —la interrumpió la anciana.

—¿Pues no me rompió su merced el túnico y la peineta? ¿Por culpa de quién fue? ¿No fue por culpa de ese viejo narizón que Dios . . .?

—Calla, calla —le atajó la abuela—. No blasfemes después de haber rabiado, porque creeré que estás en pecado mortal. Si se rompió el vuelo del vestido ¿no fue porque te propusiste ponértelo contra mi expresa voluntad? ¿Quién tuvo la culpa de que se cayera y se quebrara la peineta? Tú, nadie más que tú, porque si no tuvieras esos actos de soberbia, nada de eso hubiera sucedido. Sí, sí, es preciso que te confieses, es preciso que hagas penitencia, que te arrepientas de tus pecados y que te enmiendes. Estás en pecado mortal, y si sigues así vas a parar en mal. Hay que poner remedio a esto en tiempo.

—¡Esa sí que está mejor! —continuó Cecilia a pesar de los ojos que le echaba la abuela—. Nunca había oído decir que era pecado no querer a quien no le gusta a uno.

—¿Y quién te dice que le quieras, espiritada? —exclamó la Chepilla con vehemencia—. ¿El te enamora acaso? El pecado consiste en no agradecer los favores que nos hacen y en morder la mano que nos acaricia.

—Vamos a ver ¿cuáles son los favores de que habla su merced? ¿La mesada que nos pasa? ¿Los regalos que me hace de Corpus a San Juan? Dios y él solo saben el motivo que le guía. ¿No es extraño, muy extraño, que sea tan generoso con nosotras, pobre mujeres de color, un hombre blanco y rico que no es nada de su merced, ni mío tampoco?

—¿Y vuelta, Cecilia? No prosigas ni ensartes más disparates. El enemigo malo únicamente pudiera inspirarte unas ideas tan contrarias a la humildad y a la caridad cristianas. ¿Cómo puede ser buena hija, buena esposa, buena madre, ni buena amiga la mujer que no agradece favores ni paga beneficios? Por pequeños que sean (que no lo son) los favores que nos hace el caballero dicho, nuestro deber es agradecérselos, ya que no podemos otra cosa. Es grave pecado pagar bien con mal. Tus murmuraciones y tu ingratitud nos van a costar muy caro.

—No sé cómo su merced entiende mi conducta con él. Apenas le conozco. Ni le doy ni le quito; lo que no quiero es que me mande y se meta en mis cosas.

—Es que tú tampoco parece que lo entiendes a él. Si desea que no hagas esto o aquello ¿es por su bien o por tu bien? Si aprueba o desaprueba algo de lo que tú dices o haces ¿qué mejor prueba puede darse de su cariño para contigo, y de su buen corazón? Figúrate, Nemesia, que el individuo de que hablamos (bueno es que tú lo sepas), es una dama en su trato, y su generosidad para nosotras tan grande como desinteresada, y debe dolerle muchísimo . . .

—¿Desinteresada? —repitió Cecilia—. He ahí lo que no puedo. . .

—No me interrumpas, niña; estoy hablando con Nemesia. Nos da cuanto necesitamos y muchas cosas que apetecemos. Apenas le indico un deseo de esta niña, cuando se apresura a complacerla. Di que no. Preciso es que no tengas conciencia si lo niegas.

—Y no lo niego. Todo eso es muy cierto, pero ¿por qué lo hace?

—Lo mejor de todo —prosiguió la Chepilla—, es que de mí no exige nada, y de ti no espera otra cosa que cariño, gratitud, y . . . respeto.

—Hete aquí la que me mata —saltó otra vez Cecilia con vehemencia—. Sabes tú, Nene, de alguna persona que dé palos de balde? Yo no la conozco. Que no exija nada de mamita, se comprende; pero que espere de mí sólo cariño, gratitud y respeto, como dice ella, eso que lo crean los tontos. Tú sabes de quién hablamos. ¿No es así? Pues bien, el tal no se puede tener en rigor por viejo. Le sobra el dinero y ha sido toda su vida, según dice mamita, un correntón y enamorado como hay pocos. Hasta ayer, como quien dice, según me ha contado mamita, a pesar de ser casado y con hijos, mantenía mujeres, con preferencia las de color. Ha perdido más muchachas que pelos tiene en su cabeza; y mamita parece empeñada en hacerme creer que su generosidad conmigo es inocente y desinteresada. Quien no lo conozca que lo compre.

—Hablas por hablar, niña, —dijo la abuela al cabo de un largo espacio de

meditación y de silencio—. Nada de lo que has dicho viene al caso, ni se trata de eso tampoco. Se trata de que tú no le complaces, ni le tienes voluntad a una persona que es tan buena contigo y sólo le lleva el bien que te puede resultar de que hagas o no hagas ciertas cosas. *Verbi gratia:* ¿por qué habías de salir esta noche si él no quería que salieras? Cuando él se oponía, algún motivo tenía. Ese motivo no puede ser otro que tu bien. Considera, Nene —agregó la anciana en tono más blando—, que poco antes de llegar tú estuvo aquí el buen señor... No entró. ¡Qué! El nunca entra. Lo primero que hizo fue preguntar por Cecilia. Siempre pregunta y se ocupa mucho de ella, por supuesto desinteresadamente; quiero decir, sin otra mira que la de saber cómo va de salud. Tú lo sabes, Nemesia; al menos me lo has oído decir muchas veces... Estuvo por la ventana... Sólo un momento. Luego que preguntó por la salud de Cecilia, como te he dicho, con mucho interés, con el interés de un... Así que le dije que ella se preparaba para ir a la *cuna* del Angel, me dijo muy agitado, sí, muy agitado, se le conocía, porque hasta le temblaba la voz: No la deje ir, *señá* Chepa, no la deje ir, deténgala; esa chica busca su perdición... (Ese es su modo de hablar). No la deje ir, deténgala, en otra ocasión la explicaré lo que pasa. Luego se fue, arrimadito a la pared como si temiera de que lo viesen. Al irse me puso una onza de oro en la mano para zapatos para Cecilia. ¿Puede darse mayor generosidad, ni nobleza de alma? ¿Estará enamorada una persona que siempre obra así? Vamos. Di. ¿Ves en esto interés malicioso, celos mundanos, amor? ¿De esa manera enamoran los hombres de su edad hoy en día? Bien, ¿qué te parece, Nemesia? ¿Qué opinas?

—Yo, en verdad —contestó Nemesia, consultando con la vista el semblante de su amiga—, no sé qué decir, ni me atrevo a dar una opinión franca —añadió luego más animada:— yo que Cecilia me reía de todo eso en vez de ponerme *brava.* Si el hombre estaba enamorado de veras, porque lo estaba, y si no para burlarme de él y que me pagase por todo lo malo que me hicieran los demás. A mí no me importaría un comino que uno como ése me hiciera la rueda y me celara a todas horas; mientras me daba dinero, le pagaba con sonrisas. Y no se diga que yo procedía mal, ni cometía un pecado, porque los hombres son todos falsos, fingen amor cuando no lo sienten, y tienen tantas tretas que es difícil conocer cuándo quieren de verdad y cuándo se proponen engañar a las pobres mujeres. Piensa mal y acertarás, dice el proverbio. ¿Qué daño te puede resultar tampoco, Celia, de no ir esta noche a la *cuna*?

—Daño ni bien no me podía resultar de ir o no ir esta noche, claro está —replicó Cecilia—. El caso es que el hombre de que habla mamita se ha propuesto meterse en mis negocios y gobernarme, por puro capricho o por gana de moler la paciencia, y eso es lo que hallo intolerable.

—Está bien, mujer —observó Nemesia blandamente—; mas no veo que te cause ninguna extorsión con meterse.

—¿Cómo que no? —repuso Cecilia prontamente—. Mamita toma su parte desde luego, y me regaña, y me pelea, y me rompe el túnico para que me quede en casa y le dé gusto al viejo majadero. ¿Te parece poco?

—Ya, a mí tampoco me gusta que se meta *naiden* en mis negocios. Con todo, a veces tiene una que hacerse la boba, a fin de sacar mejor partido de ciertos hombres. A ése se le ha metido en la cabeza mandarte y celarte; déjale seguir su capricho, mujer; haz que le das gusto; no le deseches de una vez; sonríete con él, por lo menos mientras se muestra dadivoso, y gozarás y vivirás hasta ponerte vieja.

Por entonces la conversación se concretaba a Nemesia y su amiga, porque la anciana había vuelto a su butaca y a sus cavilaciones.

—Mira —prosiguió aquélla—, que el que se apura se muere. Por otra parte, ten por seguro que ningún viejo por marrullero que sea es peligroso para una muchacha como tú.

—No, yo no lo creo peligroso, no le temo ni un tantico, —dijo Cecilia—. Yo soy muy independiente y no consentiré jamás que nadie me gobierne, mucho menos un extraño.

—¡Extraño! —repitió la abuela para sí, con voz ronca y profunda.

La dos muchachas se miraron como azoradas, así por el tono como porque ambas la creyeron absorbida completamente en sus tristes pensamientos.

—Su hijo —prosiguió Nemesia en baja voz—. Tú me entiendes.[1] Ese sí que es de temer. Joven, bien plantado, rebosándole la gracia por todas partes, con mucha labia y dinero para derramarlo como quien derrama agua . . . No hay mujer de corazón que se resista. ¿Es verdad, china? No es posible verlo y oírlo sin quererlo. Yo me guardaría de un hombre como él como del diablo. Ya le ha dado quebraderos de cabeza a más de una muchacha. Tiene a quién salir.

Continuaba la Chepilla en su abstracción, sin oír ni entender, en la apariencia, las palabras de Nemesia. Cecilia, al contrario, desde que su amiga mencionó a su amante, se volvió toda oídos, comprendiendo que ella se proponía comunicarle noticia importante.

—Pues como te iba diciendo —añadió Nemesia—, cuando salí de la sastrería del *señó* Uribe, tomé por la calle del Aguacate, y al enfrentar con la casa de las Gámez, que sabes tú está detrás del convento de las monjas Teresas, oí música y voces de hombres y mujeres. Me arrimé a una de las ventanas, que tienen el poyo alto. Estaban abiertas las hojas y las cortinas echadas. Había en la sala una gran reunión: tocaban, cantaban y bailaban. ¿Qué día es hoy? ¡Ah! El 27 de octubre. ¡Toma! Si es el santo de la más chica de las Gámez, Florencia! Por eso estaba vestida de blanco y tenía el cabello suelto, y muy crespo para ser de mujer blanca. Cuando menos . . . Eso sí, hermosísimo, porque es largo y abundante, aunque me gustaría de color más oscuro.

Cecilia dio un suspiro y Nemesia continuó ya sin más rodeos:

—Decía que rodeaban a Florencia delante del piano varias señoritas y caballeros. ¿Sabes quién estaba allí también? Sí, no me cabe duda, era ella. ¿Te acuerdas de la muchacha alta, pálida, buena moza, que te dije pasó por la Loma

[1] ¿Sabía Nemesia quién era el hijo del "protector"? ¿Y, Cecilia? Villaverde no aclara estos elementos misteriosos, despertando así la curiosidad del lector.

del Angel en el quitrín de las Gámez, la mañana de San Rafael? La misma. Conversaba con Meneses, el amigo de . . . tú sabes. Por allí estaba el otro también, que siempre anda junto con los dos individuos . . . ¿Cómo se llama? Sola, Sofa. ¡Ah! Ya, Solfa. Pero el individuo no estaba, mencionaron su nombre únicamente. Estoy cierta que lo mencionaron . . .

—¿Quién lo mencionó? —preguntó Cecilia con ansiedad.

—No te pudiera decir lo cierto; mas si no me engaño, entre Meneses y la muchacha pálida. Ellos hablaban de él. Según entendí, todos iban al gran baile que se da esta noche en la Filarmónica.

—Lo temía —dijo Cecilia.

—¡Ay! —exclamó Nemesia—. Ahora caigo para quién era el chaleco de seda que tuve que hacer con tanta premura. ¡Oh! Si lo averiguo antes no me apuro para acabarlo en tiempo. Cosí hasta bien tarde de la noche, porque me lo dieron ayer tardecita y se quería para hoy a las tres. ¡Quién lo hubiera adivinado! Al menos no hubiera ido él al baile de la gente blanca con un chaleco hecho por mí. Digo esto por ti, chinita, porque a mí no me va ni me viene. El no me pertenece; sólo me intereso por ti, que has puesto tu cariño . . . Cuidado que los hombres son ingratos! Pero más vale callar y no ponerle más leña al fuego.

Bastaba, en efecto, y sobraba lo dicho para poner en ascuas a una joven menos fogosa que Cecilia. A medida que la amiga fue desarrollando su pensamiento, pues lo había de seguro en las noticias que comunicó y aun en el modo de comunicarlas, fue creciendo su cólera y desazón. ¿Qué hacer en aquellas circunstancias a fin de impedir, si era tiempo, que el individuo, según dijo Nemesia, se viese en la Filarmónica con la señorita desconocida? Eran celos, rabia, desesperación lo que sentía. No cabía en la silla, cerca de la ventana. Se levantó varias veces en ademán de entrar en el aposento, sin duda para mudarse de traje y salir a la calle, y otras tantas volvió al asiento. La sangre estaba a punto de ahogarla.

La abuela entre tanto seguía como absorbida en devotas oraciones, sobando, al parecer, con el pulgar e índice de la mano derecha, una tras otra, las cuentas negras del rosario que tenía en el regazo, y con los ojos cerrados. Nemesia miraba de soslayo a su amiga, leía, como al través de un cristal purísimo, la fiera batalla que se libraba en su pecho, y de cuando en cuando se sonreía ligeramente, cual si hubiera previsto todo aquello, o no temiese que tuviera un resultado desagradable. Al cabo Cecilia se desplomó en la silla, exhaló un suspiro profundo y murmuró:

—Más vale que no: yo sé lo que he de hacer. De mí no se burla nadie . . . Casi me alegro . . . No salgo a ninguna parte.

Chepilla alzó entonces la vista y miró a la nieta con cierta alegría mezclada de compasión. Por su parte, Nemesia, en toda apariencia satisfecha, más diremos, orgullosa de que su venida hubiese surtido todo el efecto deseado, se marchó, despidiéndose cariñosamente de sus amigas.

CAPITULO V

Aun pienso estaros mirando...
La faz terrible y airada,
La vista desencajada,
El látigo vil sonando.

J. PADRÍNEZ

Llegaba Nemesia a la puerta de su casa, a tiempo que salía de ella su querido hermano José Dolores con el clarinete en la funda, debajo del brazo, y un rollo de papeles de música en la mano. Según costumbre, caminaba cabizbajo y meditabundo. Por esta razón y por estar muy oscura la calle, no habiendo tampoco luz en la casa, por poco se cruzan los hermanos sin reconocerse, a pesar de la proximidad. Así como así, ella lo reconoció primero, se le atravesó en el camino y le preguntó repitiendo dos versos de una canción tan popular entonces, como llena de malicia:

"¿A dónde vas con ese gato y la noche tan oscura?"

—¡Qué! —dijo José Dolores sorprendido—. ¡Ah! ¿Eres tú? Me cansé de esperarte.

—¿Tan temprano para el baile?

—Pues, ¿qué hora es?

—Tocaban a vísperas ahorita mismo en Santa Catarina cuando pasé por el costado del convento.

—Te equivocas; debe ser más tarde de lo que tú te figuras.

—Puede ser, porque traigo la cabeza como un güiro,[1] y no sé lo que me pasa.

[1]Güiro: Calabazo vacío que se usa para hacer un instrumento músico-rústico. Se toca hiriendo a compás con una varilla de madera dura. Se alude aquí a los golpes, al dolor de cabeza.

—Bien. No quiero detenerte mucho. Sin embargo, creo que tenías tiempo de tomar un bocado ... Una taza de café.

—Ya anduve yo ese camino. Tomé café con leche, pan y queso, y esto me basta hasta media noche en que haré por tomar gigote o cosa así. Di.

—En la casita a la otra puerta de la taberna de la esquina de la calle de O'Reilly, tú me entiendes, ha habido una San Francia[2] esta noche.

—¿Cómo así? Y tú parece que te alegras.

—Hay de todo. Te diré. Pasaba yo por allá ... *Señá* Clara me detuvo más de lo regular en la sastrería. Pues pasaba por allá, aunque era bastante tarde, porque había quedado con Cecilia en que daríamos una vuelta por el Angel después de la salve. Ella sospechaba que el individuo que estuvo esta tarde en la sastrería a buscar su ropa nueva iba al baile de Farruco para verse con la muchacha del campo del día de San Rafael, y se proponía pillarlo en fragante. Cálculos de mujer celosa. Apenas llegué a la esquina vi acercarse un hombre a la ventana de la casita y hablar con una persona que estaba detrás de la cortina. Aquello picó más mi curiosidad, y así que se separó el hombre me acerqué yo ... Y ¿con quién te figuras tú que me topé? Con Chepilla. Me hizo entrar. Acababa de haber allí una de mar y morena.[3] Parece que Cecilia se había vestido para salir conmigo; y la abuela, en la brega de impedírselo, le rompió el túnico y la peineta de teja. Todo eso sucedió en un momento.

—¡Pobre muchacha! —exclamó el músico compadecido.

Cecilia es muy cabezadura. Cuando se le pone una cosa, eso ha de ser; de manera que la abuela vio los cielos abiertos luego que yo me aparecí. Ya ella no puede con la nieta. Pues bien, me hizo entrar para ver si entre las dos lográbamos que Celia no saliera.

—¿Lo lograron? —preguntó José Dolores con muestras de interés.

—Por supuesto —dijo Nemesia con intención—. Yo sabía por dónde atacarla y no erré el golpe. La abuela no quería que la nieta saliera; yo tampoco quería, y sucedió que el hombre del barrio de San Francisco que las mantiene, lo había prohibido. Ese fue, como luego supe, el que estuvo por la ventana hablando con Chepilla antes que yo.

—¿Qué es *él* de *ella?* Quisiera saberlo.

—Yo, verdaderamente, no lo sé. A veces *me se* figura que es mucho cuidado el suyo para mero enamorado ...

—¡Si será su padre! *Señó* Uribe cree a puño cerrado que lo es y sostiene que la madre vive. ¿Quién la conoce? ¿Quién la ha visto?

—Eso es lo que yo digo.

—Ahí tienes. Yo me tengo tragado que el padre y el hijo están enamorados de Celia hasta la punta del pelo.

—Puede ser hermana, porque se han visto muchos de esos casos en el mundo. Ella preferirá al hijo...

—Se entiende, y ¿quién no preferiría el joven al viejo?

2O *Sanfrancia;* trifulca.
3Pelea.

—La hermosura de Celia será al fin la causa de su perdición. ¿Qué puede esperar ella de esos dos blancos? El viejo quizás le dé dinero, lujo y cuidados, ¿mas el joven . . .? Este no es posible que se case con ella; gracias si la toma de querida por algún tiempo, se fastidia y la deja con dos o tres hijos el día menos pensado. Yo no sé qué será de mí si tal cosa sucede. No quiero pensar en eso.

—Ella te tiene voluntad, pero no amor. Bien claro que lo veo. Sin embargo, si yo pudiera hacer que olvidara a Leonardo, estaba vencida la principal dificultad.

—La que bien quiere, tarde o nunca olvida.

—Hay excepciones, y Celia, que es muy soberbia, no es imposible que por lo mismo que quiere mucho olvide pronto. Del amor al odio no hay más que el salto de una pulga.

—Esa, al fin, es una esperanza.

—Te juro que le ha de costar mucho trabajo engañarla y engañarme a mí. Yo conozco mejor que él el flaco de Celia y tengo esta ventaja. Ahora poco le dije a ella una cosa que la puso como candela. Está que trina contra el individuo. Ya se le pasará la rabieta, pero volveré a la carga y estoy segura que la haré saltar las trancas . . . Todo lo que sea alejarlo de él, es acercarla a . . .

No le dejó concluir la frase José Dolores. Se sonrió tristemente, y diciendo a su hermana que no le esperase, se marchó en dirección de la calle del Aguacate. Nemesia entró en su cuarto repitiendo cual si hablara con otro:

—Como que yo me mamo el dedo! No siempre había de trabajar para el inglés.[4] Si no ha de ser para mí, que no sea para ella tampoco. El es muy enamorado y le gustan mucho las pardas. No es tan difícil la cosa como parece. Veamos si de una vía hago dos mandados. Ella para José Dolores y *él* para mí. Se puede, se puede . . .

Ahora corresponde que volvamos al sarao en la Filarmónica, donde hemos dejado a Leonardo Gamboa en las filas de la danza con Isabel Ilincheta. Comprendiendo bien ella el carácter de su pareja, no le dio queja ninguna sobre su falta de puntualidad en escribir, ni de su aparente desvío; le habló, al contrario, de asuntos indiferentes: de los amigos mutuos en el campo; de las ocurrencias en el partido de Alquízar; del rosal rojo que él había injertado en el rosal blanco del jardín fronterizo del cafetal; del naranjo a cuya sombra, las pascuas pasadas, habían comido tantas veces las naranjas más dulces que producía la finca; de la hija mayor del mayoral de su padre, que, para casarse, como se casó, en la Ceiba del Agua, se había fugado con un joven guajiro del pueblo.

—Tía Juana —añadió Isabel—, se empeñó con el padre y lo hizo reconciliarse con la hija. Así es que los novios hoy día están hechos cargo del sitio de papá, en que sabe V. se crían gallinas y se ceban algunos animales. La muchacha se quedó con su marido, y su padre, nuestro mayoral, tuvo que salir.

[4]Trabajar para otro.

Yo lo sentí por su esposa, porque era una buena mujer y nos acompañaba bastante; pero, desde que se casó la hija, se le puso el humor atroz; no dejaba resollar a los negros, los castigaba por cualquier falta, siempre con verdadera sevicia, hasta que papá le despidió. Al presente pasamos algunas soledades, y nuestras salidas en el cafetal se reducen a ir al sitio todas las tardes y volver a las puestas del sol. Cuando hace luna . . .

—Te acuerdas de mí, ¿no es eso? —la interrumpió Leonardo, con indiscreto despecho al ver su glacial indiferencia.

—Naturalmente, —contestó ella, al parecer sin notar lo que pasaba por su compañero—. No puedo olvidar que en tardes divinas, como son las de invierno en el campo, más de una vez hemos hecho juntos ese paseo en compañía de Rosa y de tía Juana.

—Te encuentro algo cambiada, —observó el joven después de breve rato de silencio.

—¿Yo cambiada? Pues está buena. Vamos, V. se chancea.

—Hasta me tratas de V.

—Creo que siempre le he tratado del mismo modo.

—No al pie del naranjo dulce.

Isabel se puso colorada, y luego dijo:

—Es ya una costumbre en mí el tratar de V. a todo el mundo. Aun con mis propios esclavos, si son viejos sobre todo, se me escapa el decir V. A papá le sucede lo mismo frecuentemente.

—El *tú* es más cariñoso.

—¿Lo cree V. así? El *V.* es más modesto.

Cortábase a cada paso este diálogo, es decir tantas veces cuantas la pareja que bajaba hacía figura con la pareja que subía la danza. Al fin, hubo de cambiarse del todo el tema de la conversación cuando Meneses y Solfa, que habían venido saludando a las amigas, llegaron al puesto ocupado por Isabel y Leonardo. Ambos habían visto a la joven aquella misma tarde en casa de las Gámez. Poco tenían que decirse que de nuevo fuera. Isabel, sin embargo, distinguía a Meneses, y se alegró de volver a verle.

—¿Qué es eso? ¿No baila V.? —le preguntó con interés.

—Casi nunca bailo por mera cortesía.

—¡Ah! Si le oyese Florencia se ofendería.

—Me cae en gracia Florencia, me parece bonita, la quiero, pero si bailase con ella ahora sería por mera galantería. Mi amiga del alma está lejos de aquí, V. lo sabe, y es mucha crueldad en V. atribuirme intenciones de galantear a otra.

—Sobre que le voy cogiendo miedo al amigo Solfa, —dijo ella volviéndose de repente para éste, con el doble objeto de atender a todos y de no seguir la broma con Meneses.

—¿Qué he hecho para inspirar temor a la impávida Isabelita?

—¿No ve V.? Esa es una sátira.

—Lo sería, señorita, —repitió Solfa prontamente—, si la mía fuese una opinión aislada, pero no lo es. De ella participan, estoy seguro, Leonardo y Diego, juntamente con cuantos conocen a V. ¿Cómo, pues, puedo inspirarle temor?

—Porque voy viendo que es V. implacable, que no perdona enemigos ni amigos.

—¿Esa más? Me aturde V., señorita.

—Sí, hágase V. ahora el inocentico, el que no quiebra un plato. Como que desde que asomó V. a la puerta del salón no noto que ha venido hasta mí cortando cada traje[5] que es un primor! Apelo al amigo Meneses: él dirá si me he equivocado o no.

Solfa y Meneses cambiaron una mirada y una sonrisa, con que corroboraron implícitamente la observación aguda de Isabel, y el primero dijo:

—Ya eso es distinto, lo declaro, me gusta la tijera; mas se me ha hecho pedazos entre las manos al llegar a V.

En esto cesó la danza, y las diferentes parejas de bailarines, deshaciendo la formación, corrieron las unas a ocupar sus asientos en la sala y cuartos, las otras a respirar el aire libre de los corredores. Los hombres, por la mayor parte, se dividieron en grupos para hablar de las conquistas amorosas de la noche, y casi todos para fumar un cigarro puro o de papel. Leonardo dio un paseo por los corredores con su amable compañera de baile, la cual, si hemos de juzgar por la frecuencia de sus sonrisas, no tuvo a mal que se prolongara la entrevista, aunque había terminado el encanto de la música.

Continuando, entretanto, por su parte la revista de la fiesta que se habían propuesto pasar Meneses y Solfa, se detuvieron por breve rato ante la madre y hermanas de su amigo y condiscípulo Leonardo Gamboa. Hallábanse ellas sentadas en el lado norte del salón, debajo del dosel donde dijimos que se ostentaba el retrato colosal, al óleo, de Fernando VII de Borbón. Antonia, la mayor, tenía a su derecha a un capitán del ejército en completo uniforme, con quien cambiaba en tono bajo frases breves de inteligencia; después seguía su madre, y a la izquierda de ésta, las dos hermanas Carmen y Adela. Con la primera de estas tres hablaba el Mariscal de campo D. José Cadaval; con las dos últimas los currutacos más célebres que conocía la Habana entonces: Juanito Junco y Pepe Montalvo, cadete del regimiento Fijo. Asomó a poco Leonardo Gamboa, y como por magia desapareció el capitán español del lado de Antonia, a una insinuación suya con el codo; Cadaval siguió adelante, y el lechuguino y el cadete hicieron lo mismo con un profundo saludo.

Al descubrir de lejos Leonardo al militar español mano a mano con su hermana, se renovó en su mente la memoria de las escenas de por la mañana, primero al postigo de la ventana y después en la mesa del almuerzo, sintiendo el mismo rapto de celos y de odio que ya había experimentado. Todo el deseo

[5]Murmurando.

que tenía de ver y hablar un rato con su madre y hermanas en el baile, se enfrió y apagó en el instante, y sólo por respeto y cariño a aquélla no les volvió la espalda. A un gesto suyo, Antonia ocupó el asiento que dejó vacante el capitán, y así pudo sentarse Leonardo y decir al oído de doña Rosa:

—¿Es posible, mamá, que tú consientas que ese soldado pele la pava con Antonia en tu presencia?

—¡Cállate! —replicó doña Rosa seria. —Ese caballero ha venido a traernos un recado de tu padre, el cual no puede venir por nosotras hasta la una y creo que tú tendrás que acompañarnos. De la ocurrencia me alegro con doble motivo: lo uno porque ya podré irme cuando quiera o me dé sueño; lo otro porque no te quedarás tú por detrás, ni me harás pasar otra mala noche.

—Debo acompañar a Isabel Ilincheta y a las Gámez a su casa, pues su carruaje ha sufrido una avería y no pueden usarlo esta noche.

—¡Cómo! ¿Isabel está aquí y no ha venido a saludarnos?

—No lo extrañes, porque sin duda ella ignoraba que Vds. hubiesen venido al baile, y luego ha habido una concurrencia extraordinaria.

—Bien, manda en tu quitrín a tus amigas a su casa.

—Antes, sin embargo, es preciso que Vds. vean a Isabel, o que Isabel salude a Vds.

—¿Ya te has enamorado de ella? Eres un veleta. No pienses en burlarte de esa muchacha también. Tráela aquí y la veremos.

—No. He pensado que debemos tomar algo y en la mesa nos reuniremos todos. El ambigú dicen que no es menos abundante que exquisito. ¿Qué te parece, Adela?

—Aprobado, —contestó ésta alegre.

—Pero es el caso, —dijo Leonardo—, que si alguna de Vds. no me saca de apuros, no tendré con qué cubrir el gasto.

—Pues, ¿y las dos onzas de oro que te puse en el chaleco por la tarde cuando dormías la siesta? —preguntó doña Rosa con seriedad.

—No he visto semejante dinero, mamá. Bien que si lo pusiste en la faldriquera del chaleco de esta mañana, allá en mi cuarto se quedó. Apenas tengo tres o cuatro pesos en este chaleco que me puse a la vuelta del paseo para venir al baile.

No hizo Leonardo esta explicación con la franqueza que solía; se puso colorado y titubeó varias veces. Lo advirtió su madre y le preguntó:

—¿Por qué te has aparecido en el baile tan tarde? Creí que ya no venías, y eso que tú saliste de casa antes que nosotras. Quién sabe por dónde has andado.

—Había reunión y piano en casa de las Gámez con motivo de ser el santo de Florencia...

—Ellas no vinieron contigo, que yo sepa. Tú no dices la verdad, Leonardo, lo conozco y de veras te digo que haces mal, muy mal. Yo soy tu mejor amiga, hijo, y tengo el desconsuelo de ver que cada día eres menos franco

conmigo. Vamos al ambigú, —añadió no poco desazonada—; yo pago los costos y aquí tienes mi bolsa, que contiene unas seis onzas de oro.

Era de punto de seda rojo, formando dos senos separados por un nudo o lazada en el medio, para dividir el oro entero del menudo y la plata. Se la sacó del seno, porque las señoras en esa época no usaban bolsillos en las faldas como al presente, sino que se colgaban la bolsa del cinto o cordón del traje casero. Leonardo recibió el dinero con las mejillas encendidas de la vergüenza, porque a la humillación de recibir dos veces la suma que había perdido al juego, se agregaban las mentiras con que había pretendido encubrir su falta. La madre, tal vez sin quererlo ni saberlo tampoco, había leído en el fondo de su alma como a través de un cristal. ¿Le sirvió eso de correctivo? No es tiempo todavía de examinarlo. Pero aquel incidente había pasado para el hijo y la madre no más, para la última ciertamente no en toda su genuina deformidad, pues puede decirse que sin conciencia de ello había puesto el dedo en la llaga. Del choque recibido trabajo le costó reponerse a Leonardo, quien dijo a su madre luego que se puso en pie y le tomó el brazo para conducirla a la sala del ambigú:

—¿Y dónde quedaba papá?

—Quedaba en casa de D. Joaquín Gómez, a donde han concurrido varios hacendados; entre ellos Samá, Martiartu, Mañero, Suárez Argudín, Lombillo, Laza...

—¿No se sabe cuál es el objeto de semejante junta?

—El capitán Miranda no ha podido explicarlo, sin duda porque él mismo lo ignora; pero por lo poco que me dijo tu padre cuando salió de casa, saco en consecuencia que va a tratarse de las expediciones a la costa de Africa. Vives está ya cansado de las quejas de Tolmé y de las impertinencias de los jueces de la maldita comisión mixta y ha hecho decir a Gómez por trasmano que procuren que las expediciones de bozales no desembarquen por los alrededores de la Habana. También llegó un expreso del Mariel, participando que se ha presentado un bergantín parecido al Veloz, que se esperaba con un buen cargamento, perseguido por un buque inglés.

—Tal vez lo ha apresado.

—¿A la vista del torreón del Mariel? Sería demasiado atrevimiento. Con todo, esos ingleses protestantes se figuran que el mundo entero les pertenece, y no lo extrañaría. Si la expedición se pierde, tu padre pierde un pico regular. Es la primera que él emprende en sociedad con sus amigos de aquí por ser muy costosa. Cuando menos trae quinientos negros.

—¿Quién mete a papá en tales trotes, al cabo de sus años?

—¡Ay, hijo! ¿Echarías tú tanto lujo, ni gozarías de tantas comodidades si tu padre dejase de trabajar? Las tablas y las tejas no hacían rico a nadie. ¿Qué negocio deja más ganancias que el de la trata? Di tú que si los egoístas ingleses no dieran en perseguirla como la persiguen en el día, por pura maldad, se entiende, pues ellos tienen muy pocos esclavos y cada vez tendrán menos, no había negocio mejor ni más bonito en qué emprender.

—Convenido, mas son tantos los riesgos, que quitan las ganas de emprender.

—¿Los riesgos? No son muchos comparados con las ganancias que se obtienen. El costo total de la expedición del bergantín Veloz, por ejemplo, según me dijo tu padre, no ha pasado de 30.000 pesos, y como la empresa es de varios, su cuota fue de algunos miles de pesos solamente. Ahora bien, si se salva la expedición ¿cuánto no le tocará? ... Saca la cuenta. Pero aquí está Isabel.

Doña Rosa la recibió con los brazos abiertos; excepto Antonia, las hermanas de Leonardo con sinceras demostraciones de cariño; sobre todas Adela la abrazó y besó repetidas veces. Era ésta la más joven, entusiasta y franca, e Isabel la preferida de su hermano querido. Después de los saludos de costumbre y las quejas mutuas, juntas todas con las Gámez, llevando Leonardo, Meneses y Solfa cada uno dos mujeres del brazo, pasaron a la sala del ambigú, espléndidamente iluminada, al fondo del palacio. Eran muchos y no cabían en una sola mesa, por cuya razón ocuparon dos, aunque inmediata una de otra.

Señoras y caballeros tomaron gigote de pechuga de pavo, fiambre de esta ave, con rico jamón de Westfalia, algunos arroz y frijoles negros, ninguno vinos ni espíritus, todos café con leche para terminación de cena. Esta, conforme al precio usual de los platos pedidos en funciones semejantes, calculó Leonardo que no bajaría el coste de onza y media de oro, o veinte y cinco y medio duros, cuando menos. Deseoso de hacer alarde del dinero, sacando la bolsa de seda roja, preguntó al mozo blanco que servía ambas mesas con destreza imponderable:

—¿Cuánto es?

—Nada —contestó el hombre con la misma brevedad, a tiempo que formaba en el brazo izquierdo una *torre de porcelana* con los platos y tazas.

—¿Cómo se entiende? —repuso el joven asombrado—. Pues ¿quién ha pagado por mí?

—Se conoce que V. no pertenece a la junta directiva —dijo el mozo con cierta impertinencia—. La sociedad costea el ambigú de esta noche, y si yo fuese uno como hay muchos, le hacía pasar a V. plaza de primo.

—¡Ah!, —exclamó Leonardo, corrido como una mona y no poco mortificado.

Se puso en pie murmurando:

—Estos mozos españoles son a veces demasiado impertinentes.

Si él oyó o no, es cosa que no sabe, aunque por la mirada de través que le echó al joven, parece que resonó en sus oídos lo de español e impertinente. Bien quisieran Adela y Florencia Gámez tomar parte en la siguiente danza; la primera hasta se lo indicó a su hermano; mas él se sonrió distraídamente y no contestó palabra.

Entre tanto doña Rosa dispuso que las *niñas,* según se expresó, pasaran al camarín a recoger sus mantas de seda. Al mismo tiempo los tres jóvenes

bajaron al entresuelo a reclamar sus sombreros y bastones respectivos; pero tanto aquí como en el camarín, ya se habían adelantado otras muchas personas en demanda de sus prendas; de suerte que, antes que obtuvieran las suyas nuestros conocidos, se pasó algún tiempo. Después bajó Leonardo al portal para prevenir a su calesero que estuviese listo.

De este intervalo se aprovecharon las más jóvenes de las señoritas para acercarse a los sitios en que se había armado la danza última, que dicen es la que mejor acompañan los músicos. No faltó quien las invitara, y ellas, en son de marcha, se pusieron a bailar con más gusto que nunca. Doña Rosa, Isabel, Antonia, la señora Gámez y la mayor de sus hijas se sentaron en grupo a esperar la hora de la partida.

Pasada era la una de la madrugada. Cuando Leonardo descendía las escaleras de piedra del palacio de la Filarmónica, lo primero que hirió sus oídos fue el repiqueteo de las espuelas de plata de los caleseros en las sonoras piedras del portal, bailando el zapateo al son del tiple cubano. Tocaba uno, bailaban dos, haciendo uno de ellos de mujer; y de los demás, quiénes batían las palmas de las manos, quiénes golpeaban la dura losa con los puños de plata de los látigos, sin perder el compás ni cometer la más mínima disonancia. Algunos de ellos cantaban las décimas de los campesinos, anunciando por esto, por el baile y por el tiple que todos ellos eran criollos.

Aun aquí se habían adelantado muchas familias que se retiraban del baile lo más temprano posible; y eran de oírse los apellidos de las más distinguidas de la Habana repetidos de boca en boca, como ecos en escala, por todos los caleseros: ¡Montalvo!, gritaba una voz y Montalvo repetían veinte sucesivamente, hasta que se perdía a lo lejos o contestaba el llamado acercando el carruaje; en cuyo acto ocurrían algunos choques, no pocas peloteras entre los esclavos, más de un varapalo asestado por el dragón que mantenía el orden en la calle, todo esto acompañado del estallido de los látigos, del ruido de las ruedas, cual truenos lejanos, y de las patadas de los caballos en las chinas pelonas del pavimento. En medio de toda aquella batahola, no cesaba el clamor de los caleseros por el nombre de las familias a que pertenecían. A saber: ¡Peñalver!, ¡Cárdenas!, ¡O'Farrill!, ¡Fernandina!, ¡Arcos!, ¡Calvo!, ¡Herrera!, ¡Cadaval! repetido tantas veces cuantas era necesario para que llegara la palabra al calesero que se quería; el cual, después de todo, si no estaba a la cabeza de la fila, que rodeaba la manzana, tenía que esperar a que le tocara su turno para mover el carruaje si no quería que el dragón de guardia le midiera las costillas con la vara de su lanza.

Apenas se pronunció el apellido de Gamboa, cesó el baile del zapateo, porque el tocador del agudo tiple no era otro que nuestro antiguo conocido Aponte. El triste esclavo se divertía al parecer con todas veras, o punteaba el insrtumento primorosamente para distracción suya y de sus compañeros, porque pesaban sobre su espíritu, nada obtuso por cierto, dos amenazas terribles, la de su señorita por la tarde, y la de su joven amo a las diez y media de la noche; y sabía, bien a su pesar, que ellos no olvidaban ni perdonaban faltas

de sus esclavos. Pero si aquella era su suerte y no había remedio ¿a qué apurarse ni afligirse anticipadamente? Así reflexionaba él, y así poco más o menos reflexionaban todos sus compañeros, a quienes Dios, en su santa merced, no había negado un alma pensante.

Acabada la junta de hacendados, D. Joaquín Gómez puso su carruaje a la disposición de D. Cándido Gamboa, para retirarse a su casa, como lo hizo, poco después de la media noche; con lo que pudo despachar el suyo a la familia en la Filarmónica, para que hiciera lo mismo cuando lo tuviera por conveniente. Mediante aquel refuerzo inesperado, las Gámez y su amiga Isabel pudieron trasladarse de una sola vez desde el baile a su morada a espaldas del convento de Santa Teresa, y en seguida la familia de Gamboa.

Metieron los caleseros sus respectivos quitrines en el zaguán, llevaron los caballos a la caballeriza en el traspatio, pusieron las monturas en sus burros, colgaron los arreos, libreas y sombreros en clavos fijos en la pared de un cuartucho; y por lo que hace a Aponte, acabado el trabajo, con la tarima a la espalda, cual Cristo con la cruz, volvía al zaguán para ver de descansar de las fatigas del día, durmiendo las pocas horas de la madrugada. Por entonces habían sonado las dos hacía rato en el reloj de la parroquia del Espíritu Santo. La luna menguante trasponía el tejado de la casa por el lado de la calle, cuya sombra ganaba la altura de la tapia divisoria entre ambos patios, de modo que reinaba oscuridad en el primero, aunque no tanta que no se viesen los bultos ni se reconociesen los rostros. De repente un hombre interceptó el paso de Aponte, quien levantó los ojos y vio que agitaba el látigo en la mano derecha. Se paró al instante, porque reconoció a su amo, el joven Gamboa.

—Suelta la tarima —le ordenó éste con voz bronca por la cólera—, arrodíllate y quítate la camisa.

—Niño, ¿su merced me va a castigar? —dijo el atribulado esclavo, ejecutando por partes lo que se le había ordenado.

—Vamos, despacha —agregó el amo acompañando a la vez el golpe, por vía de apremio.

—Espere su merced, niño. ¿En qué le he faltado yo?

—¡Ah! ¡Perro! ¿y me lo preguntas? No te dije que te iba a castigar porque no me esperaste como te mandé, en la esquina del convento?

—Sí, señor, niño; pero yo no tuve la culpa.

—¿Pues quién la tuvo? Yo te probaré que cuando te mando una cosa la has de hacer o reventar.

Y sin más ni más empezaron a llover zurriagazos en las espaldas desnudas del infeliz esclavo. Se retorcía, porque los golpes los descargaba un brazo vigoroso, y decía: Bueno está, mi amo (por basta). Por la niña Adela, mi amo. Por Señorita (como llamaban los criados a doña Rosa Sandoval de Gamboa), mi amito. Si yo pudiera decir la verdad, niño, su merced vería que no tuve la culpa. Bueno está ya, niño Leonardito.

Pero aquella boca había callado, embargada por la cólera; aquel corazón se había vuelto de piedra; aquella alma había perdido el sentimiento; aquel

brazo sólo parecía animado, de hierro, no se cansaba de descargar golpes. ¡Qué cansarse!, los menudeaba cada vez con más furor, si no con más fuerza. Dormía ya D. Cándido, cuando le despertaron asustado los estallidos del látigo y los lamentos del calesero.

—¿Qué es eso? —preguntó a su esposa.

—Nada, Leonardo que castiga a Aponte.

—Pero ¡qué escándalo! ¿Qué horas son éstas de castigar a los criados? Di a ese muchacho de Barrabás que pare la mano, o por Dios bendito...

—Acuéstate y duerme —repitió la mujer.— Aponte está muy perro y necesita un buen castigo.

—Sí, mas estoy seguro que esta vez no ha cometido falta. Véase qué pasada le han jugado a tu hijo y ahora se la paga el pobre mulato.

—Tú no sabes lo que hizo por la tarde a las muchachas en la calle de la Muralla.

—Será así, pero que pare el muchacho la mano o me levanto y le rompo una costilla como me llamo Cándido. ¿Hase visto mayor desvergüenza?

Claro vio doña Rosa que por poco que continuasen el vapuleo, los clamores y las protestas de inocencia del calesero se levantaba D. Cándido y hacía una de las suyas, pues a la natural rudeza de quien no había recibido educación, agregaba un carácter violento, se asomó al postigo de la ventana de su alcoba y dijo: —Leonardo, basta.

Esto fue lo suficiente. Bien que ya era tiempo de que el joven hubiese desfogado la cólera que le dominaba, o de que se le desmayase el vigor.

Después de eso, ¿cuál de los dos, la víctima o el verdugo, encontró primero reposo en la cama? Mejor dicho ¿qué pasaba por el alma del amo cuando se echó en la suya? ¿Qué por el alma del esclavo cuando se desplomó en la rígida tarima? Difícil es que lo expliquen los que no han sido una ni otra cosa, e imposible que lo entiendan en toda su fuerza aquellos que no han vivido jamás en un país de esclavos.

CAPITULO VI

¡Ola! del bergantín.
—¿Qué dirá?—¿Cómo se llama?
—El Condenado.—¿De dónde procede?
—De Sarrapatán.—¿Qué carga trae?
—Sacos vacíos.—¿Cómo se llama el capitán?
—Don Guindo Cerezo.

Escenas a la vista del Morro de La Habana.

Como es de suponer, a las nueve de la mañana del día después del baile en la Filarmónica, con dos excepciones, todo el mundo dormía en casa de Gamboa. Hablamos aquí del mundo de los amos, en cuyo número no entraban los ocho o nueve criados de la familia, porque éstos desde el amanecer debían estar en pie, desempeñando las obligaciones cuotidianas, no embargante el cómo habían pasado la noche.

D. Cándido, a pesar del poco dormir y de los graves pensamientos que le ocupaban a consecuencia de lo ocurrido en la junta en casa de D. Joaquín Gómez, se levantó temprano y salió a la calle a pie, por pura impaciencia de carácter.

Su esposa, algo más tarde, tomaba café con leche muellemente arrellanada en uno de los sillones del comedor.

No carecía de objeto el sentarse doña Rosa todas las mañanas en ese sitio. Registrábase desde allí el interior de la casa, y se vería si las lavanderas preparaban la lejía para el lavado de la ropa, o el brasero con carbón vegetal para el aplanchado desde temprano; si las costureras, en vez de ponerse a coser las *esquifacciones,*[1] perdían el tiempo en conversaciones con los otros siervos;

[1]Vestuario de los esclavos negros en el campo.

si los caleseros lavaban los carruajes, daban sebo y limpiaban la correas de las monturas; si Aponte volvía temprano o tarde de bañar los caballos, lo que probaba que había ido al muelle de Luz o a la Punta, más distante; si Pío, el anciano calesero de Gamboa, hacía zapatos de mujer en el zaguán para uso de las criadas de la casa y a veces hasta para las amas, al mismo tiempo que desempeñaba el oficio de portero, cuando no tenía que ponerle el carruaje a su amo; por último, si el cocinero, negro de aire aristocrático, bien hablado y racional, según dicen los esclavistas, había ido o no de madrugada al mercado inmediato de la Plaza Vieja, en busca de las vituallas y hortalizas que se le habían encargado la noche anterior.

Era éste el que más madrugaba en la casa. Debía hacer el fuego y preparar el café con leche, a fin de que Tirso y Dolores pudieran servirlo tan luego como despertaran los amos. No siempre despachaba el cocinero el mercado a la misma hora, ni en breve tiempo, aun cuando la plaza Vieja distaba poco de la casa de Gamboa. En la madrugada de que hablamos ahora, por ejemplo, salió para allá demasiado temprano. Pero andando en esa dirección con el farolito en una mano, según estaba mandado por las Ordenanzas municipales desde los tiempos de Someruelos, y un canasto en la otra, sonó el cañonazo, el capitán de llaves abrió las puertas de la muralla y al silencio mortal de la ciudad se sucedieron el tumulto y toda clase de ruidos tan disonantes como desapacibles.

A la vuelta del mercado había siempre ajuste de cuentas del cocinero con su ama, regaños y amenazas de castigo por el precio de las carnes, por su calidad y aun peso; porque en vez de pollos trajo gallinas, por la hortaliza, pues en vez de habichuelas trajo guisantes, y berros por lechugas, o viceversa. Porque es condición del esclavo no acertar nunca a complacer a sus amos. Para doña Rosa, en suma, siempre había motivo de queja; su cocinero pecaba a menudo por torpe, por malicia o por descuido.

—Dionisio, ¿no te encargué pollos tiernos? —decía ella levantando del canasto el par de aves atadas fuertemente por las patas—. ¿Por qué me has traído gallinas? Tu amo no come sino pollos.

—Son pollonas, Señorita —contestaba el cocinero—; lo que tiene es que están gordas y parecen gallinas hechas. También no se encuentran pollos en la plaza.

—No me vengas con ésas, Dionisio, que no soy boba ni nací ayer. Si tú sabes mucho, yo sé más. Vamos, ¿cuánto te costaron?

—Dos pesos, señorita. Las aves están caras ahora.

—¡Ave María Purísima! ¿A que se las compraste a tu *carabela,*[2] la negra lucumí más carera de la plaza?

—No, señorita, se las compré a un placero del campo. Mírelas su merced bien, todavía tienen las plumas sucias de tierra colorada.

[2]Compañero del mismo barco negrero.

—Esa no es prueba, Dionisio, porque bien pudo tu comadre dejarles la tierra para hacer creer que eran frescas del campo y no de segunda mano.

—Señorita, la morena de los pollos no es mi comadre, ni mi carabela tampoco. Ella es de nación.[3]

—Yo sé lo que me digo, Dionisio, y no vengas tú a corregirme la plana. Si tú tienes leyes, yo sé a dónde se enderezan a los doctores como tú. Ahí está la maestranza de artillería* y ahí está el Vedado.** No cuesta nada un curso de derecho en esos lugares. ¡Eh! Conque ande V. listo, taita Dionisio. Lo que no quiero es que V. se festeje ni festeje a sus comadres con mi dinero.

Al buen callar llaman Sancho, y por dolorosa experiencia de largos treinta años de esclavitud, sabía bien Dionisio que debía guardar silencio desde el punto en que sus amos empezaban a tratarle de V. Aquella era señal segura de que subía la marea de la cólera. Se aproximaba la tempestad y en breve estallaría el rayo. En tal virtud, el cocinero recogió a toda prisa los avíos de la comida y se refugió en su cocina, como buen piloto que busca abrigo temporal en el primer puerto que le depara el cielo.

Este esclavo había nacido y se había criado en Jaruco, en el palacio de los condes de ese título. Sabía leer y escribir casi por intuición, dones adquiridos que le revestían de mérito extraordinario a los ojos de sus compañeros de esclavitud, mucho más ignorantes que él, en general, bajo esos respectos. Era aficionadísimo al baile, gran bailador de minué, que aprendió en las suntuosas fiestas de sus amos, pues en su calidad de paje, que fue su empleo primitivo, siempre estaba en contacto con ellos; y allí conoció a la después Condesa de Merlín, a varios Capitanes generales, al primer conde de Barreto y a otras notabilidades de Cuba, de España y del extranjero, por ejemplo: a Luis Felipe de Orleáns, después rey de los franceses.

A poder de tiempo, de industria y de economías, viviendo entre gente rica y rumbosa, que visitaban personajes notables, logró Dionisio reunir dinero suficiente para *coartarse,*[4] quiere decir, para fijar el precio en que se le vendería, si lo vendían, dando a su amo diez y ocho onzas de oro, o 306 duros. Sacáronle, sin embargo, a remate junto con otros varios esclavos, por ante el Escribano público D. José Salinas, a la muerte del Conde, para cubrir las grandes costas que ocasionaron su testamentaría y división de bienes. La

[3]O sea, nacida en Africa; *bozal.*

*En la Maestranza de artillería de la Habana, situada detrás del palacio de la Intendencia, había una especie de presidio correccional, cuyo capataz, sargento cumplido del Cuerpo, se hacía cargo de castigar al esclavo que, habiendo cometido una falta, se lo remitían los amos con ese objeto. Le azotaba más o menos fuertemente, según la orden escrita, que a veces portaba la mismá víctima, siempre a condición o en cambio de los trabajos que podía desempeñar en la Maestranza por dos o tres semanas. El salario se le cargaba al gobierno y lo pagaba la Hacienda pública, aunque no rezaba que la deuda procedía de la aplicación de unos cuantos azotes. (Nota de E. Rodríguez Herrera).

**Lo mismo ocurría en el Vedado, terrenos pertenecientes a la familia de Frías, dedicados por la aridez, exclusivamente a la explotación de cantos y de cal para la fabricación de casas. Aquí también distribuian azotes a cambio de trabajo del esclavo castigado por cuenta y riesgo del amo. (Nota de E. Rodríguez Herrera).

[4]Libertarse un esclavo pagando el precio convenido de su libertad.

habilidad de Dionisio en la cocina y la repostería, a que le aplicaron apenas llegó a la virilidad, le daba más valor en el mercado que a los otros esclavos sin oficio; de consiguiente, la *coartación* sólo le sirvió para que le vendieran en 500 pesos, en vez de los 800 en que le estimó el amo cuando le aceptó la suma arriba mencionada. En el *lote,* D. Cándido le obtuvo por menos de los 500 pesos en que quedó coartado, aunque él no fue el mejor postor; pero supo untarle en tiempo la mano al oficial de causas, y no aparecieron las otras pujas. De dos graves faltas adolecía Dionisio, graves por su triste condición: era la una su afición a las mujeres; la otra ya se ha dicho, su afición al baile propio de los blancos.

Dadas las 9 de la mañana, entró D. Cándido Gamboa por el zaguán de su casa. Parecía cariacontecido, cansado y sudoso, no ya por el calor, que no dejaba de sentirse, aunque estábamos a fines de octubre, sino por la agitación de las primeras horas del día y los pensamientos que ocupaban su espíritu. Sin reparar en su esposa, que inquieta le aguardaba junto a la mesa del comedor, puesta ya para el almuerzo por el ágil Tirso, de la calle pasó derecho al escritorio, donde estaba el Mayordomo D. Melitón Reventos encaramado en el banquillo, con la pluma detrás de la oreja y de codos en la carpeta, meditando sobre un pliego de papel español, escrito en renglones desiguales, a manera de versos de arte mayor, que tenía delante.

—¿Qué hace? —le preguntó entrando D. Cándido, sin darle los buenos días, acaso porque aquél era uno de los peores de su vida.

—Hacía el apunte de los efectos que ordena el Mayordomo de *La Tinaja* para la próxima molienda, y miraba si se me había escapado algo. El patrón Sierra estuvo aquí y dijo que salía . . .

—Deje V. eso de la mano, que no precisa, y vamos a lo que importa. Reventos, ahora mismo se pone V. la chaqueta y se va corriendito al baratillo de Suárez Argudín en el portal del Rosario, y recoge V. cuantas camisas de listado y pantalones de rusia tenga hechos, y le dice V. que los cargue en cuenta. Probable es que no tenga cuanto se necesite, 400 mudas; pero él puede completar el número en los otros baratillos de los paisanos. Mas en caso que ni así se consigan todas, 300, 250, 200, las que se puedan . . . ¿Qué remedio? Si no salvamos tantos, salvaremos cuantos.

—¿Cuántos qué? —preguntó Reventos, demasiado curioso para dejarlo para luego.

—Bultos, hombre, bultos[5] —repuso brevemente D. Cándido—. ¿No sabe V. que ha llegado el *Veloz?*

—¿Sí? A fe que no lo sabía.

—Pues ha llegado, mejor dicho, lo han traído al puerto. El número fijo a bordo no se sabe todavía. Las escotillas están clavadas, y dice el Capitán Carricarte que, aunque embarcó sobre 500, con el largo viaje y la atroz caza que le han dado los ingleses, se le han muerto algunos y tenido que echar al

[5]Negros.

agua . . . muchos, vamos, la broza por fortuna. ¿Está V.? Ahora bien, tome las mudas de ropa, forme tres o cuatro líos, según; los conduce V. en un carretón al muelle de Caballería, frente a Casa Blanca, y se los entrega al patrón del guadaño *Flor de Regla.* V. le conoce. Bien, le entrega V. todo, que él está ya avisado y sabe adónde ha de llevarse eso. V. le acompaña, pues que conoce al contador. ¡Eh!, conque al avío. Se le guardará a V. el almuerzo si no da la vuelta en tiempo. De cualquier modo, la ropa debe estar a bordo antes de las once. ¿Lo oye V.?

El Mayordomo ido, de seguida entró doña Rosa en el escritorio. Se paseaba su marido arriba y abajo agitado; mas al verla se detuvo por un instante esperando la pregunta, que, en efecto, no tardó ella en dirigirle: —¿Qué ocurre, Gamboa? Ahí va Reventos que se desnuca y tú aquí inquieto. Di, por caridad, ¿qué pasa?

—Lo de siempre, hija; que si seguimos como vamos, todavía los pícaros de los ingleses han de causar la ruina de este hermoso florón de S.M.C. el rey, que Dios guarde.

—No me digas.

—Como lo oyes, porque si los ingleses no nos dejan importar los brazos que nos hacen tan suma falta, no sé con qué ni cómo vamos a elaborar el azúcar. Sí, esto se lo lleva Barrabás, no me canso de decirlo.

—Tal es mi tema, Cándido; pero al grano.

—Al grano. Esta mañana a las siete señaló el Morro buque inglés de guerra a sotavento. Nos hallábamos en el muelle varios: Gómez, Azopardo, Samá, en fin, casi todos los de la junta de anoche. A poco el Morro señaló presa y media hora después se presentó en la boca del puerto la corbeta inglesa *Perla,* su comandante el Lord Pege o Pegete,[6] según nos dijeron después los que desde la Punta oyeron la contestación que dio el práctico al vigía de señales. ¿Cuál te figuras que era la presa?

—¿El bergantín *Veloz*?

—El mismo, Rosa; con casi todo el cargamento a bordo.

—Luego se ha salvado el cargamento. ¡Qué bueno!

—¿Salvado? —repitió don Cándido con amargo acento—. Pluguiera a Dios. Desde el punto que nuestro bello bergantín entra aquí como presa . . .

—Están perdidos barco y cargamento, ¿no? ¡Sería una gran desgracia!

—Lo que es perderse todo no será si los que estamos interesados en la salvación de una cosa y otra no nos dormimos en las pajas. Por lo pronto, los pasos que se han dado y que se darán más adelante nos hacen abrigar la esperanza de que cuando no todos los bultos, al menos las dos terceras partes lograremos arrancarlos de las garras de los ingleses. ¿Has de creer, Rosa, que a veces se me figura que más dolor me causaría la pérdida del bergantín que la del cargamento, aunque es el más valioso de cuantos ha traído del Africa, según la factura del Capitán Carricarte? Pues no te quepa duda ninguna.

[6]Lord Clarence Paget.

Con mi bergantín se pueden traer con seguridad y en corto tiempo no uno, sino varios cargamentos, y no hay muchos como él. Habrá tres años que se lo compré a Didier, de Baltimore, y ya ha dado cuatro viajes felices al Africa. Este era el quinto viaje y ya me he reembolsado tres veces de su costo. Admírate, Rosa, salió de Casa Blanca... ¿te acuerdas? a mediados de julio y a los cuatro meses no cabales ha dado la vuelta. Eso se llama andar. ¿Quién negará ahora que es el más velero de cuantos se emplean en la carrera al presente? Ahí están el *Feliz,* de Zuasnávar; la *Vencedora,* de Abarzusa; la *Venus,* de Martínez; la *Nueva Amable,* de Carballo; el *Veterano* de Gómez, y muchos otros de fama. ¿Qué son en comparación de mi *Veloz*? Potadas, urcas. Sí, sentiría mucho perderlo; no por el dinero, aunque no son un grano de anís los diez mil pesos que di por él, sino porque difícilmente se construye buque de más pies.

—¡Ah! Cándido, no te hagas ilusiones. Tú y tus amigos abrigan esperanzas, yo no. Cuando los ingleses agarran, no sueltan, tenlo por seguro. Cada vez me parecen más odiosos esos judíos protestantes. Vea V. ¿quién los mete en lo que no les va ni les viene? Yo me hago los sesos agua y no atino a comprender por qué se ha de oponer Inglaterra a que nosotros traigamos salvajes de Guinea. ¿Por qué no se oponen también a que se traiga de España aceite, pasas y vinos? Pues halla más humanitario traer salvajes para convertirlos en cristianos y hombres, que vinos y esas cosas que sólo sirven para satisfacer la gula y los vicios.

—Rosa, los enemigos de nuestra prosperidad, quiero decir, los ingleses, no entienden esa filosofía, no la quieren entender tampoco; de otra manera tendrían más miramientos con nosotros los vasallos de una nación amiga y en otro tiempo aliada de la suya. Pero yo no les echo toda la culpa a ellos, a quienes culpo principalmente es a los que aconsejaron a nuestro augusto soberano D. Fernando VII celebrar el tratado de 1817 con Inglaterra.[7] Aquí está el mal. Por la miserable suma de 500.000 libras esterlinas los indiscretos consejeros del mejor de los monarcas concedieron a la pérfida Albión el derecho de visita, de nuestros buques mercantes y de insultar, como insulta un día con otro, impunemente, el sagrado pabellón de la que no ha mucho fue señora de los mares y dueña de dos mundos. ¡Qué vergüenza! No sé cómo toleramos... Mas al caso, Rosa. Como te decía, la llamada repentina de Gómez ayer tardecita tuvo por objeto oír la historia de lo ocurrido con el *Veloz,* de boca del capitán Carricarte, que llegó a revienta cinchas del Mariel, y ver lo que se hacía por si era posible jugarle una buena a los ingleses; porque tú sabes que, hecha la ley, hecha la trampa. Cuando llegué a casa de Gómez, que serían cerca de las ocho...

—¿Cómo así? —le interrumpió su mujer—. Tú saliste de acá antes de las siete. ¿En qué te demoraste? ¿Cómo echaste más de una hora en ir a casa de Gómez?

[7] Tratado que fijó la fecha de la abolición del *Tráfico* de esclavos: 30 de mayo de 1820.

—No me demoré en ninguna parte, no; —repuso el marido, visiblemente embarazado—. ¿Dije que serían cerca de las ocho? Pues cuenta que quise decir poco después de las siete, a las siete y cuarto, a las siete y media . . . La hora precisa no importa.

Parecía que no importaba; pero no dejó de llamar la atención de doña Rosa, que yendo en carruaje su marido, para trasladarse de la esquina de la calle de San Ignacio y Luz, donde vivía, al extremo de la de Cuba, hacia el norte, donde se celebró la reunión, echase una hora, cuando esta distancia puede recorrerse a pie en la mitad de ese tiempo descansadamente. Natural fue que doña Rosa, que parece no las tenía todas consigo, en tratándose de la lealtad conyugal de su marido, se callase, es cierto, mas a todas luces perdió el entusiasmo, y con éste el interés en lo que pensaba hacerse para salvar la presa y su cargamento. Advirtiéndolo D. Cándido, pues harto conocía a su mujer, diose una palmada en la frente y dijo:

—¡Tate!, me dilaté porque tuve que ver si Madrazo, el cual vive frente a Santa Catalina, era o no de la junta o le habían avisado. El Capitán Miranda puede decir la hora a que llegué a casa de Gómez. Esa fue la única parada que hice en el camino. Pío también es testigo. Vamos ahora al caso. Como te decía, cuando llegué a casa de Gómez, que tú sabes está allá lejos, frente a la muralla, encontré toda la gente reunida. Madrazo fue conmigo, Mañero entró después. Samá, Mariartu, Abrisqueta, Suárez Argudín y La Hera, sobrino de Lombillo, porque el tío había ido de carrera a su cafetal *La Tentativa* en la Puerta de la Güira; Martínez, Carballo, Azopardo y otros varios que, si bien no inmediatamente interesados en el cargamento del *Veloz*, como principales importadores que son de esclavos, deseaban informarse a fondo de lo ocurrido en el Mariel y de cómo nosotros pensábamos sacar el caballo del atolladero. Carricarte se mudaba de ropa en los entresuelos de la casa de Gómez, y bajó así que todos estábamos reunidos. Formábamos una corte regular en la sala baja. Depositó el Capitán unos papeles en la mesa del centro, y luego, sin más ceremonia, comenzó la relación de lo que le había pasado desde las costas de Africa hasta las de nuestra Isla. Dice que desde que salió de Gallinas, a fines de setiembre, navegó de bolina y mar bonancible hasta reconocer a Puerto Rico. Allí, sin embargo, una vela sospechosa por sotavento le hizo variar de rumbo. Durante la noche, siempre con viento fresco, volvió a su derrota, esperando avistar el *Pan de Matanzas* el día siguiente por la tarde. Hacia el oscurecer, en efecto, le avistó; pero la misma vela de antes se le presentó en lo más estrecho del canal de Bahama, empezando desde luego la caza. Dice Carricarte que su primera intención fue entrar en Arcos de Canasí. No fue posible: el crucero inglés, porque resultó serlo, como que llevaba la línea recta y más inmediata a la costa de Cuba, a pesar de los buenos pies del bergantín, siempre se presentaba a su costado, mayormente a la altura de las *Tetas de Camarioca*. Cerró la noche de nuevo, el *Veloz* se hizo mar a fuera y luego viró con ánimo de meterse en Cojímar, en Jaimanitas, en Banes, en el Mariel, en Cabañas, en el primer puerto sobre el

cual le amaneciese. Aflojó el viento, por desgracia el terral le fue contrario, así que, cuando tornó a dar vista a la tierra, ya asomaba el sol y el crucero amagaba ganarle el barlovento. Vio entonces Carricarte que no podía escapar sino a milagros, por lo que resolvió jugar el todo por el todo. Dio orden, pues, de despejar el puente, a fin de facilitar la maniobra y aligerar el buque lo que pudiese, y como lo dijo lo hizo. En un santiamén fueron al mar los cascos del agua de repuesto, no poca jarcia y los fardos que había sobre cubierta . . .

—¿Los bozales quieres decir? ¡Qué horror! —exclamó doña Rosa, llevándose ambas manos a la cabeza.

—Pues es claro —continuó Gamboa imperturbable—. ¿Tú no ves que por salvar 80 ó 100 fardos iba a exponer su libertad el Capitán, la de la marinería y la del resto del cargamento, que era triple mayor en número? El obró arreglado a sus instrucciones: salvar el barco y los papeles a toda costa. Además, había que despejar el puente y aligerar, como te he dicho. No había tiempo que perder. ¡Pues no faltaba otra cosa! Eso sí, dice Carricarte, y yo lo creo, porque él es mozo honrado y a carta cabal, que en la hora del mayor peligro sólo tenía sobre cubierta los muy enfermos, los enclenques, aquellos que de todos modos morirían, mucho más pronto si los volvían al sollado donde estaban como sardinas, porque fue preciso clavar las escotillas.

—¡Las escotillas! —repitió doña Rosa—. Es decir, las tapas de la bodega del buque. De manera que los de abajo a estas horas han muerto sofocados. ¡Pobrecitos!

—¡Ca! —dijo D. Cándido con el más exquisito desprecio—. Nada de eso, mujer. Sobre que voy creyendo que tú te has figurado que los sacos de carbón sienten y padecen como nosotros. No hay tal. Vamos, dime ¿cómo viven allá en su tierra? En cuevas o pantanos. Y ¿qué aire respiran en esos lugares? Ninguno, o aire metífico. ¿Y sabes cómo vienen? Barajados, quiere decir, sentados uno dentro de las piernas de otro, en dos hileras sucesivas, cosa de dejar calle en el medio y poder pasarles el alimento y el agua. Y no se mueren por eso. A casi todos hay que ponerles grillos, y a pocos es fuerza meterlos en barras.

—¿Qué son barras, Cándido?

—¡Toma! ¿Ahora te desayunas? El cepo, mujer.

—No me quedaba que oír.

—A todo esto y mucho más da lugar la persecución arbitraria de los ingleses. El único sentimiento de Carricarte ahora es que con el afán y la precipitación de limpiar el puente, echaron al agua los marineros una muleque[8] de 12 años, muy graciosa, que ya repetía palabras en español y que le dio el rey de Gotto a cambio de un cuñete de salchichas de Vich y dos muleques de 7

[8]Negra entre siete y doce años.

a 8 años que le regaló la reina del propio lugar por un pan de azúcar y una caja de té para su mesa privada.

—¡Angeles de Dios! —volvió a exclamar doña Rosa sin poder contenerse. Y reflexionando que acaso no estaban bautizados, añadió: —de todos modos esas almas...

—Y dale con creer que los fardos de Africa tienen alma y que son ángeles. Esas son blasfemias, Rosa —la interrumpió el marido con brusquedad—. Pues de ahí nace el error de ciertas gentes... Cuando el mundo se persuada que los negros son animales y no hombres, entonces acabará uno de los motivos que alegan los ingleses para perseguir la trata de Africa. Cosa semejante ocurre en España con el tabaco: prohíben su tráfico, y los que viven de eso, cuando se ven apurados por los carabineros sueltan la carga y escapan con el pellejo y el caballo. ¿Crees tú que el tabaco tiene alma? Hazte cuenta que no hay diferencia entre un tercio y un negro, al menos en cuanto a sentir.

No había similitud ninguna en el ejemplo aducido, tampoco tiempo para discutir, porque en aquella sazón se presentó Tirso en la puerta del escritorio y dijo que el almuerzo estaba listo. Eran las diez y media de la mañana; por donde se ve claro que la conversación de D. Cándido con su mujer había durado largo tiempo; y, sin embargo, no le había dicho los medios de que pensaba valerse para arrancar el *Veloz* y la mayor parte de la carga, compuesta de seres humanos, diga él lo que quiera, de las garras de los testarudos ingleses.

CAPITULO VII

"Por lo cual deberían poner tasa los magistrados, a quien toca, a la codicia de los mercaderes, que ha introducido en Europa, y no menos en estas Indias, caudalosísimos empleos de esclavos, en tanto grado, que se sustentan de irlos a traer de sus tierras, ya por engaño, ya por fuerza, como quien va a caza de conejos o perdices, y los trajinan de unos puertos a otros como holandas o cariseas".

Fr. Alonso de Sandoval

Paseábase D. Cándido Gamboa largo rato hacía en su escritorio, después de levantado el mantel del almuerzo, cuando entró su Mayordomo D. Melitón Reventos. Venía con la cara hecha un ascua por el calor del día, las carreras desde temprano, y la satisfacción que experimentaba y que se le conocía por encima del pelo de la ropa. De modo que, advirtiéndolo el amo, paró los paseos, se quitó el tabaco de la boca y se apoyó de espaldas contra la carpeta, a fin de escuchar a sus anchas la relación de las diligencias practicadas en los baratillos y el puerto. Hasta doña Rosa, cuyo interés en el asunto cedía tan sólo ante el de su marido, acudió ganosa al escritorio; y entre los tres personajes tuvo lugar la siguiente escena.

No venía, sin embargo, dispuesto D. Melitón a satisfacer de plano la ansiedad de sus señores. Creía, por el contrario, que acababa de vencer una gran dificultad, mas, que había alcanzado una hazaña; y, como hombre de poco seso, se daba importancia inmerecida. Después de ir y venir arriba y abajo del escritorio recogiendo papeles, arreglando las plumas de ave en el tintero, abriendo y cerrando gavetas, se volvió para D. Cándido y su esposa, que seguían sus movimientos, no poco disgustados, y dijo:

—¡Qué calor!, ¿eh?

Ninguno de sus oyentes le replicó palabra, y él continuó muy satisfecho:

—Vea V. en Gijón. Por este mismo tiempo empieza a soplar un airecillo, que ya ... Es preciso abrigarse, so pena de coger *costipado* ... pero esta isla se ha hecho para los negros. Bien pudo el señor D. Cristóbal haberla descubierto en otra parte, donde no hubiese tanto calor. Porque, pongo por caso, llega aquí un mozo de Castilla, o de Santander, llega robusto, con unos cachetes que parecen dos cerezas, vamos, rozagante, fuerte como un toro, y en menos de seis meses, si escapa con vida del vómito, se queda escueto y desmazalado por el resto de su vida. ¡Qué tierra ésta! ¡Sí, digo a V. que es ésta mucha tierra!

En estos momentos sus ojos tropezaron con los de D. Cándido y doña Rosa que le miraban de hito en hito, y, cual si volviera en su acuerdo, agregó en diferente tono:

—Pues, señor, me parece, sí, me parece que todo ha salido a pedir de boca.

—¡Acabáramos! —dijo D. Cándido respirando fuerte.

—Allá iba —prosiguió D. Melitón, respondiendo antes a la intención que a la palabra de Gamboa—. Allá iba, pero V. me conoce, señor D. Cándido, y sabe que yo no soy escopeta catalana.

—No tiene V. que repetirlo —replicó D. Cándido con énfasis.

—Al caso —terció doña Rosa en tono blando, pues conoció que iba a armarse una disputa interminable.

—Al caso —repitió el Mayordomo, entonces más en caja—. Pues como decía, ha salido la cosa mejor de lo que esperábamos. Marché, ¿qué digo?, partí como una saeta para el portal del Rosario y me entré de rondón en el baratillo de D. José, a pesar que el mozo de las vidrieras, en el portal, lo mismo que los otros dos detrás de los mostradores dentro, creyendo que iba a comprarles la tienda en peso, me tira por el brazo, aquel de la chaqueta ... V. sabe que ellos son bromistas y más pillos, que ya ...

—Lo que sé —repuso D. Cándido molesto—, es que V. gasta una pachorra.

—Pues decía —continuó como si no hubiese oído a su amo—, que me costó algún trabajillo deshacerme de esos bellacos. ¿Dónde está D. José?, pregunté a D. Liberato. Quiero ver a D. José. Traigo un recado urgente para él. ¡Chite! —me dijo el mozo—; ahora está muy entretenido para que V. lo vea. Venga acá —y me llevó por la mano a la puerta del patio, y agregó—: Véale. En efecto, muy acicalado estaba y arrimadito a la pared, en interesante conversación por señas y medias palabras, con la sombra de una mujer que se entreveía a través de las persianas del balcón en el principal de la casa. Sólo vi dos ojazos como dos carbones encendidos y la punta de unos deditos de rosa asomándose de cuando en cuando por entre dos listoncillos verdes. ¿Qué significa eso?, pregunté a D. Liberato. —¿No lo entiende V.? —me contestó—. Nuestro D. José que se aprovecha de la ausencia del paisano y amigo en el campo para camelarle la hermosa dama.

D. Cándido y doña Rosa cambiaron una mirada de inteligencia y de asombro, y el primero dijo:

—D. Melitón de mis culpas ¿qué tenemos que hacer nosotros con un cuento con todos los visos de calumnia?

—¡Calumnia! —repitió el Mayordomo serio—. Pluguiera al cielo. Nada de eso; ya verá V. mis trabajos, ya. No se puede negar que es el más buen mozo que ha salido de Asturias. Y su pico de oro, porque sabe hablar, que ya . . . Es cosa notoria que ahora años, cuando el sistema constitucional, le comparaban con el divino Argüelles, y una vez le pasearon en triunfo en esos mismos portales de la plaza Vieja. Y, con perdón de la señora doña Rosa, todo eso le peta mucho a las mujeres, y la Gabriela que es joven y bella . . . ya, ya. La tentación, las ausencias del marido, las galanterías, el diablo que nunca duerme . . .

—D. Melitón —saltó otra vez Gamboa muy molesto— ¿de quién nos habla V.?

—¡Toma! Pues creía que me estaba V. atento. Le hablo de D. José, mi paisano, y de la Gabriela Arenas. No parece hija del país por lo blanca y rosada.

Doña Rosa, que era criolla y que no lo tenía a menos, se sonrió al oír la grosería de su Mayordomo, el cual prosiguió:

—Pues el señor D. José ni me hizo caso, sino que le dijo de muy mal humor a D. Liberato: —Despache V. a ese mozo y no permita que me molesten—. Al punto nos pusimos a revolver los entrepaños y las cajas, y con mucho trabajo conseguimos tres líos de mudas de ropa, de 50 pares cada uno. No eran bastantes. Corrí al baratillo de Mañero, donde sólo había 30 mudas. Sabe V. que por esta época empiezan las *refacciones*[1] de los ingenios, según se dice aquí. Los que se proveen por tierra, se adelantan hasta dos meses. Las carretas echan semanas en andar cualquier distancia, con que escasea la ropa hecha de los esclavos. Pues como decía, del baratillo de Mañero pasé al del vizcaíno ese . . . Martiartu, donde Aldama estuvo de mozo. Ahí conseguí 60 mudas más, y por no perder tiempo y porque juzgué que serían suficientes, llamé a un carretonero, cargué con todos los bultos y andando, andando para el muelle de Caballería, hice cinco líos, los até con unos cordeles, y al avío . . . Pero cate V. que al pasar por delante de la casilla del resguardo, sale el hombre y detiene la mula por la brida. ¿Cómo se entiende? ¿Qué hace V.? —le grité encolerizado—. —Se entiende —me dijo él con mucha sorna—, que si V. no trae guía para embarcar estos efectos, yo no los dejo pasar. —Guía, guía —le dije—. ¿Para qué diablos ese requisito? Estos líos no son para embarcar a ninguna parte. Son *esquifaciones*. —Sean lo que fueren —prosiguió el hombre sin soltar la presa—. La guía al canto o no hay paso. —¿Qué quería V. que hiciera en semejante aprieto? Eran pasadas las once. Ya había oído yo el reloj de la Aduana. Me registré los bolsillos, encontré un doblon-

[1]Dinero o efectos que por contrato recibe un agricultor como ayuda anticipada para su negocio.

cejo de a dos, lo saqué, se lo puse en la mano al carabinero, diciéndole: Vaya la guía, hombre; y sin más ni más soltó las bridas y dio paso franco. La cara del rey posee magia.

—Eso es —dijo D. Cándido en tono de aprobación.

—Pues es claro —añadió el Mayordomo satisfecho—. Para ciertas gentes no hay mejor lenguaje. Mas aquí no pararon mis trabajos. Llegados al muelle, allí estaba el botero. ¿Sabe V. que el hombre es listo? En un santiamén descargamos el carretón y luego dimos con los líos en el bote. Tomé el timón bajo la carroza, y a viaje. Viramos, y en poco más que lo cuento nos pusimos en Casa Blanca, a vela y remo. Opuesto estaba el famoso bergantín sobre las anclas y con la proa para Regla, tan ufano y orgulloso cual si libre cortara las aguas del océano y no se hallara cautivo de los perros ingleses. En la cubierta se paseaban varios soldados de marina, alguno de los cuales me pareció que no era de los nuestros; pero alcancé a ver al cocinero Felipillo hacia popa, quien no tardó en conocerme y hacerme señas de que no atracara por el costado de estribor, sino por el de babor, hacia la parte de tierra. Así se hizo, corriendo a un largo la vuelta de Triscornia y luego virando por redondo a ganar la popa del bergantín, bajo la cual nos acoramos,[2] y como quien no quiere la cosa, bonitamente fuimos metiendo lío tras lío por un ventanillo, donde el cocinero los recibía con toda seguridad.

—¡Vamos! —exclamó D. Cándido en un arranque de entusiasmo, rarísimo en sujeto tan grave—. Esa sí que estuvo buena. ¡Magnífico! D. Melitón. Ya se puede dar por seguro que al menos se salvará una buena parte del cargamento y habrá para cubrir los gastos. No todo se ha perdido. Hecho, hecho.

Bien quisiera doña Rosa participar de la alegría y entusiasmo de su marido; pero sucedía que ella no entendía jota del bien que pudiera traer a la salvación del cargamento del bergantín *Veloz*, el hecho de haber introducido a hurtadillas por un ventanillo de popa, las mudas de ropa nueva compradas por D. Melitón en los baratillos de los portales de la plaza Vieja. Así es que se contentó con mirar primero a uno y luego al otro de sus interlocutores, como si les pidiera una explicación. Entendiólo así Gamboa, porque continuó con la misma animación:

—Ciego el que no ve en día tan claro. Rosa, ¿no comprendes que si vestimos de limpio los bultos pueden pasar por ladinos,[3] venidos de . . . de Puerto Rico, de cualquier parte, menos de Africa? ¿Estás? No todo se ha de decir. Estos son secretos . . . porque . . . hecha la ley, hecha la trampa. Reventos —agregó con volubilidad—, que le den de almorzar. Rosa, a Tirso que le sirva el almuerzo . . . Debe traer hambre canina, y además, quizás tenga que volver a salir. Por lo que a mí toca, a la una debo estar en casa de Gómez, quien me espera en compañía de Madrazo, de Mañero . . . Vaya (empujando suavemente por el hombro a su Mayordomo), despache.

[2]Detuvimos.

[3]Negros, nacidos en Africa, pero con experiencia en América, capaces de entender y hablar español. Este tipo de tráfico estaba excluido del tratado con Inglaterra.

—Corriendito —contestó él—. No necesito que me rueguen. Apuradamente, tengo un hambre que ya . . . ¿Pues no ando de ceca en meca desde las nueve de la mañana? Ya, ya . . . Se la doy al más pintado. Lo extraño sería que no sintiese una gazuza, que ya . . .

Hacia el mediodía D. Cándido, que había hecho venir al barbero para que le afeitase, estaba listo para salir, y el quitrín le esperaba a la puerta. Antonia, su hija mayor, le puso la corbata blanca con puntas bordadas y colgantes, untándole aceite de Macastar, de olor fuerte, especie de esencia de clavo, muy generalizado entonces, y peinándole a la Napoleón, es decir, con la punta del pelo traída sobre la frente hasta tocar casi la unión de las cejas y la nariz. Adela le trajo la caña de Indias con puño de oro y regatón de plata, y Tirso, que andaba por allí, viéndole desdoblar la gran vejiga de los cigarros, le acercó el braserillo. De seguida, medio envuelto en la nube azulosa de su exquisito habano, sin sonreírse ni decir palabra a ninguno de su familia, salió con aire majestuoso por el zaguán a la calle y se metió en el carruaje.

—¡A la Punta! —fue lo único que dijo en su voz bronca al viejo calesero Pío.

No era un enigma este brevísimo lenguaje para el anciano calesero. Significaba que debía dirigirse al trote a casa de D. Joaquín Gómez, que entonces vivía en aquel pedazo de calle frente a una cortina de la muralla que da hacia la entrada del puerto.

Allí esperaban el amo de la casa, el hacendado Madrazo y el comerciante Mañero. Este último era el más inteligente de los cuatro; se ocupaba en importar géneros y quincalla de Europa, que vendía a plazos a mercaderes de la plaza. Aquel era un medio muy tardío de hacer fortuna, fuera de que los vendedores no siempre cumplían exactamente con sus compromisos, de que resultaban pérdidas en vez de ganancias. Mañero, por esto, como otros muchos paisanos suyos, había emprendido en las expediciones a la costa de Africa, hasta allí con mejor suerte que en el comercio de géneros.

Al salir, como salieron a poco para el palacio del Capitán General, Gómez dijo a Mañero que llevara la palabra, cosa que aprobaron de la mejor gana Madrazo y Gamboa, reconociéndose incapaces para desempeñar el papel de orador siquiera con mediano lucimiento. Las dos de la tarde serían cuando entraban ellos por el ancho y elevadísimo pórtico de ese edificio que, según se sabe, ocupa todo el frente de la plaza de Armas. A aquella hora estaba lleno de gente no por cierto del mejor pelaje, aunque no podía clasificársele, en general, como de la clase del pueblo bajo de Cuba. El movimiento era incesante y activo. El rumor de pasos y de voces ruidosos y aun chillón. Unos iban, otros venían, observándose que los que más agilidad mostraban, mozos en su mayoría y nada atildados en su porte ni en su traje, llevaban debajo del brazo izquierdo, doblados por la mitad en sentido longitudinal, unos legajos de papeles del folio español. Por lo común entraban en o salían de los cuartos o covachuelas, que dicen en Cuba accesorias, cuya única puerta y acaso ventana daban al pórtico, al ras del piso de chinas pelonas de que estaba formado. A la primera

ojeada, era de advertirse que esa multitud de gente no acudía a solazarse ni por mera curiosidad; porque se distribuía en grupos y corrillos más o menos numerosos, en los cuales se hablaba a voz en cuello, mejor, a veces se gritaba, acompañando siempre la acción a la palabra como si se discutieran asuntos de gran importancia, o que mucho interesaban a los principales actores. Desde luego, puede asegurarse que no se trataba de política; estaba absolutamente prohibido, y el derecho de reunión no se practicaba en Cuba desde el año de 1824 en que acabó el segundo período del sistema constitucional. Y sin embargo, aquel era un Congreso en toda forma.

Mientras esto pasaba en medio del pórtico, arrimado a una de las macizas y gruesas columnas se veía un grupo compuesto de una negra y cuatro niños de color, el mayor de doce años de edad, la menor una mulatica de 7, todos cosidos a la falda de la primera, la cual tenía la cabeza doblada sobre el pecho y cubierta con una *manta* de algodón. Enfrente de este melancólico grupo se hallaba un negro en mangas de camisa, y a su lado un hombre blanco, vestido decentemente, quien leía en voz baja de un legajo de papeles abiertos, que a guisa de libro sostenía en ambas manos, y el primero repetía en voz alta, concluyendo siempre con la fórmula:

—Se han de rematar: este es el último pregón. ¿No hay quien dé más?

Cada una de estas palabras parecía herir, como con un cuchillo, el corazón de la pobre mujer, porque procuraba ocultar la cabeza más y más bajo los pliegues del pañolón, temblaba toda y se le cosían a la falda los hermosos niños. Llamó el grupo, o la escena aquella, la atención de Mañero, se la indicó con el dedo a Gómez, y le dijo al paño: ¿Ves? Farsa, farsa. El remate ya está hecho aquí (señalando entonces para una de las covachuelas a su derecha). Pero tate, —agregó dándose una palmada en la frente y tocándole después en el hombro a Madrazo, que iba por delante al par de Gamboa, ¿pues no es esa negra la María de la O de Marzán que tú tenías hace tiempo en depósito judicialmente? Yo que tú la remataba con sus cuatro hijos. Dentro de unos pocos años valen ellos cuatro tantos lo que te cuesten con la madre ahora.

—¿Qué sabes tú si no la ha rematado ya? —observó Gómez con naturalidad.

—¿Interesa a ustedes el asunto? —dijo Madrazo desazonado contestando a Gómez y a Mañero.

—Me intereso por ti y por la mulatica —repuso este último con malicia, dándole un buen codazo a su compañero—. La madre de los chicos es excelente cocinera, lo sé por experiencia propia, y luego la chica . . . Sobre que se me figura mucho a su padre.

—A Marzán querrás decir —dijo Madrazo.

—¡Ba! No. ¿Cuánto tiempo hace del pleito de Marzán con D. Diego del Revollar y del depósito de los negros del primero en tu ingenio de Manimán? —preguntó Mañero con aparente sencillez.

—Cerca de ocho años —dijo Gómez—. Marzán es curro[4] y del Revollar

[4]Individuo de ascendencia africana, con costumbres, vestido y hasta lenguaje especiales.

montañés como nosotros, y siempre han vivido como perro y gato en sus cafetales del Cuzco.

—No creo que hace tanto tiempo —interpuso Madrazo.

—Sea como fuere —continuó Mañero—, el caso es que la chica esa de padre blanco y madre negra no tiene arriba de siete años de edad y...

No continuó Mañero porque en aquel instante se acercó a Madrazo un hombre sin sombrero, le tocó en el brazo, le llamó por su nombre y le atrajo a una de las covachuelas de que antes hemos hablado. Madrazo con la mano abierta indicó a sus amigos que le esperaran, y desapareció entre la multitud de gente, casi toda a pie, que llenaba la pieza.

—¿No se los decía? —añadió Mañero hablando con Gómez y Gamboa—. Madrazo ha hecho el remate de María de la O con sus cuatro hijos, uno de los cuales, o el diablo me lleve o es la mismísima efigie del rematador, y el pregón no ha sido sino una farsa para guardar las apariencias y mostrar imparcialidad con el amigo Marzán. Al fin tiene entrañas de padre y se porta como buen amo: no habrá extrañamiento ni dispersión de la familia.

Según debe haberlo comprendido el lector avisado, aquellas eran las escribanías públicas de la jurisdicción judicial de la Habana. Componíanse de un saloncito cuadrilongo con puerta al pórtico y ventana de rejas de hierro al patio del palacio de la Capitanía general de Cuba. Eran unas diez o doce al frente, unas tres más había en el costado del norte o calle de O'Reilly y otras tantas o más en la de Mercaderes, entre éstas la de hipotecas. De mediodía, a las tres, bajaba la audiencia, como se decía allí, y los oficiales de causa, junto con los procuradores, que venían a tomar nota de los autos en los pleitos a su cargo, los escribanos que daban fe, uno u otro abogado de poca clientela y aun bachilleres en Derecho que comenzaban la práctica de los juicios por su propia cuenta, llenaban las escribanías hasta el exceso. Fuera de esto, el cuarto no era nada amplio y estaba flanqueado de mesas cargadas de tinta y de papeles o procesos, y detrás de ellas, arrimados a las paredes, había anchos y altos armarios, con redes de alambre o cuerda por puertas para que se viesen entre sus entrepaños los numerosos protocolos forrados de pergamino cual códices de antiguas bibliotecas.

El hombre sin sombrero llevó a Madrazo a la derecha de la escribanía, ante la primera mesa, algo más grande y decente que las demás, pues tenía barandilla, y el tintero se conocía que era de plomo, es decir, que no estaba tan cargado de tinta. El individuo que ocupaba una silla de vaqueta detrás de dicha mesa, se puso en pie lleno de respeto luego que vio al hacendado, le saludó con amabilidad y en voz alta pidió los autos de Revollar contra Marzán. Traídos por el hombre del pregón y abiertos por una hoja que estaba doblada longitudinalmente, apuntó con el índice de la mano izquierda para una providencia compuesta de unos pocos renglones manuscritos, y dijo a Madrazo que pusiera debajo su firma. Hízolo así éste, con una pluma de ganso que le alcanzó el escribano, y saludando, fuese en seguida a reunirse con sus compañeros.

CAPITULO VIII

Hecha la ley, hecha la trampa.

Proverbio castellano

Mira, como se sabe, hacia la plaza de Armas o el Este, el frontispicio del palacio de la Capitanía general de Cuba. La entrada es amplia, especie de zaguán, con cuartos a ambos lados, cuyas puertas abren al mismo, y sirven, el de la izquierda para el oficial de guardia, el de la derecha para cuartel del piquete. Los fusiles de los soldados descansaban en su astillero, mientras la centinela, con el arma al brazo, se paseaba por delante de la puerta.

Tenía Mañero formas varoniles, maneras distinguidas y vestía traje de etiqueta, como que debía presentarse con decencia ante la primera autoridad de la isla. No era, pues, mucho tomarle, a primera vista, por un gran personaje. Además, habiendo servido en la milicia nacional durante el sitio de Cádiz por el ejército francés en 1823, había adquirido aire militar, al que daba mayor realce el cabo de una cinta roja con crucecita de oro, que solía llevar en el segundo ojal del frac negro. Luego que Madrazo se reunió con sus amigos, Mañero se volvió de pronto y a su cabeza marchó derecho a la entrada del palacio.

Reparó entonces en él la centinela, cuadróse, presentó el arma y gritó:

—¡La guardia! El Excelentísimo Señor Intendente.

Armáronse en un instante los soldados de facción con su caña hueca, púsose a su cabeza el oficial con la espada desnuda, y la caja empezó a tocar llamada. El grito de la centinela y el movimiento de los soldados, llamaron la atención de Mañero y de sus amigos, los cuales, a fin de despejar el campo apresuraron el paso; pero como les presentasen armas y el oficial hiciese el saludo de ordenanza, comprendieron que uno de ellos, el que marchaba delante, había sido

tomado por el Superintendente de Hacienda, D. Claudio Martínez de Pinillos, con quien, en efecto, tenía alguna semejanza. No tardó, sin embargo, en reconocer el error el oficial de guardia, y en su enojo mandó relevar la centinela y que guardara arresto en el cuartel por el resto del día.

Los cuatro amigos entonces, reprimiendo la risa para no excitar más la cólera del teniente de facción, emprendieron la subida de la ancha escalera del palacio. Una vez en los espaciosos corredores, a la desfilada y con sombrero en mano, se dirigieron a la puerta del salón llamado de los Gobernadores. En ella estaba constituido un negro de aspecto respetable; quien a la vista de los extraños que se acercaban, se puso en pie y se les atravesó en el camino, como para pedirles el santo y seña.

En pocas palabras le manifestó Mañero el objeto de la embajada; pero antes que el negro replicase, se presentó un ayudante del Capitán General, e informó que S.E. no se hallaba en el palacio, sino en el patio de la Fuerza, probando la calidad de un par de gallos finos o ingleses que había recibido de regalo de la Vuelta Abajo recientemente.

—No tengan Vds. reparo en ir a verle allá si urge el asunto que les trae a su presencia —añadió el ayudante, notando la incertidumbre de los recienvenidos—; porque S.E. suele dar audiencia en medio de sus gallos de pelea, hasta al general de marina, a los cónsules extranjeros...

Aunque la cosa urgía sin duda, pues iba a reunirse pronto la comisión mixta para dar un fallo sobre si eran buena presa el bergantín *Veloz* y su cargamento, o no, gran alivio experimentaron Gómez, Madrazo, y Gamboa especialmente, así que se convencieron de que podía verificarse la entrevista con el Capitán General algo después y en sitio menos aristocrático e imponente que su palacio. Entre la Fuerza y la Intendencia de Hacienda, detrás de los pabellones en que más adelante se estableció la escribanía de la misma, había y hay un patio o plaza, dependencia del primero de estos edificios, donde el Capitán General D. Francisco Dionisio Vives había hecho construir en toda forma una *valla* o reñidero de gallos con su piso de serrín, galerías de bancos para los espectadores, en suma, una veradera *gallería*. Allí se cuidaban y se adiestraban hasta dos docenas de gallos ingleses, que son los más pugnaces, producto de crías famosas de la isla y regalos todos que de tiempo en tiempo habían hecho al General Vives individuos particulares, bien conocida como era de todos su afición a las riñas de esa especie. Y allí tenían efecto también éstas de cuando en cuando, sobre todo siempre que se le antojaba a S.E. obsequiar a sus amigos y subalternos con uno de esos espectáculos que, si no bárbaro como el de las corridas de toros, no dejan de ser crueles y sangrientos.

El individuo a cuyo cargo corría el cuidado y doctrina de los gallos del Capitán General de Cuba, era hombre de historia, como suele decirse. Le llamaban Padrón. Había cometido un homicidio alevoso, según decían unos; en defensa propia, según otros; lo cierto es que, preso, encausado y condenado a presidio en la Habana, mediante los ruegos y representaciones de una hermana suya, joven y no mal parecida, y la influencia del Marqués D. Pedro Calvo,

que le abrigaba y protegía, vista su habilidad en el manejo de los gallos finos, Vives le hizo quitar los grillos y le llevó al patio de la Fuerza donde, a tiempo que cuidaba de la gallería de S.E., podía cumplir el término de su condena, sin el mal ejemplo ni los trabajos del presidio. Quieren decir que Padrón había cometido otras picardihuelas además del homicidio dicho y que los parientes del muerto habían jurado eterna venganza contra el matador. Pero ¿quién se atrevería a sacarle del patio de la Fuerza, ni del amparo del Capitán General de la isla? Padrón, pues, el penado Padrón, sin hipérbole, se hallaba allí protegido por una doble fuerza.

En el patio de aquella de que ahora hablamos, se presentaron sin anunciarse, con sombrero en mano y el cuerpo arqueado, en señal de profundo respeto, nuestros conocidos, los asendereados tratantes en esclavos, Mañero y amigos. Ya los habían precedido en el mismo sitio varios personajes de cuenta, entre otros el Comandante de marina Laborde, el mayor de plaza Zurita, el teniente de rey Cadaval, el coronel del regimiento Fijo de la Habana Córdoba, el castellano del Morro Molina, y un negro joven que ceñía sable y lucía dos charreteras doradas en los hombros de su chaqueta de paño; los demás se mantenían a respetable distancia del Capitán general Vives, quien a la sazón se hallaba arrimado a un pilar de madera que sostenía el techo de la valla por la parte de fuera de las graderías.

La atención de este personaje estaba toda concentrada en las carreras y revuelos de un gallo cobrizo y muy arriscado, al cual Padrón provocaba hasta el furor, dejando que otro gallo que tenía por los encuentros en la mano izquierda le pegara de cuando en cuando un picotazo en la cabeza rapada y roja como sangre. Vestía Padrón a la usanza guajira, quiere decirse: de camisa blanca y pantalón de listas azules ceñido a la cintura por detrás con una hebilla de plata que recogía las dos tiras en que remataba la pretina. No sabemos si por dolencia, por abrigo o por costumbre, tenía la cabeza envuelta en un pañuelo de hilo a cuadros, cuyas puntas formaban una lazada sobre la nuca. Los zapatos de vaqueta apenas le cubrían los pies pequeños y el empeine arqueado como de mujer, y sin calcetines. Por respeto sin duda al Capitán General, sujetaba el sombrero de paja con la mano derecha, apoyada por el dorso en la espalda. Era de talla mediana, enjuto, musculoso, fuerte, pálido, de facciones menudas, y podía contar 34 años de edad.

No era mucho más aventajada la talla del Capitán General D. Francisco Dionisio Vives, el cual vestía frac negro de paño, sobre chaleco blanco de piqué, pantalones de mahón o nankín y sombrero redondo de castor, siendo el único distintivo del rango que ocupaba en el ejército español y en la gobernación político-militar de la colonia, la ancha y pesada faja de seda roja con que se ceñía el abdomen por encima del chaleco. Ni en su aspecto ni en su porte había nada que revelara al militar. En la época de que hablamos podía tener él cincuenta años de edad. Era de mediana estatura, como ya se ha indicado, bastante enjuto de carnes, aunque de formas redondeadas como de persona que no había llevado una vida muy activa. Tenía el rostro

más largo que ancho, casi cuadrado; las facciones regulares, los ojos claros, el cutis fino y blanco, el cabello crespo y negro todavía, y no llevaba bigote, ni más pie de barba a la clérigo. Sí, aquel hombre no tenía nada de guerrero, y, sin embargo, su rey le había confiado el mando en jefe de la mayor de sus colonias insulares en América, precisamente cuando parecían más próximos a romperse los tenues y anómalos lazos que aún la tenían sujeta al trono de su metrópolis.

Aunque la traición de D. Agustín Ferrety había puesto en manos de Vives sin mayor dificultad los principales caudillos de la conspiración conocida por los *Soles de Bolívar* en 1826, muchos afiliados de menos notas, si bien no menos audaces, pudieron escapar al Continente y desde allá, por medio de emisarios celosos, mantenían viva la esperanza de los partidarios de la independencia en la Isla y llevaban la zozobra al ánimo de las autoridades de la misma.

La prensa había enmudecido desde 1824, no existía la milicia ciudadana, los ayuntamientos habían dejado de ser cuerpos populares, y no quedaba ni la sombra de libertad, pues por decreto de 1825 se declaró el país en estado de sitio, instituyéndose la Comisiión Militar permanente. El paso repentino de las más amplias franquicias a la más opresiva de las tiranías, fue harto rudo para no engendrar, como engendró, un profundo descontento y un malestar general, con tanto más motivo cuanto que en los dos cortos períodos constitucionales el pueblo se había acostumbrado a las luchas de la vida política. Privado de esa atmósfera acudió con más ahínco que antes a las reuniones de las sociedades secretas, muchas de las cuales aún existían a fines del año de 1830, no habiéndolas podido suprimir el gobierno con la misma facilidad que había suprimido las garantías constitucionales. La conspiración fue desde allí un estado normal y permanente de una buena parte de la juventud cubana. Tomaba creces y se extendía a casi todas las clases sociales la agitación más intensa en las grandes poblaciones, tales como la Habana, Matanzas, Puerto Príncipe, Bayamo y Santiago de Cuba.

En todas ellas hubo más o menos alborotos y demostraciones de resistencia, porque tardó algún tiempo antes que el pueblo doblara la cerviz y se sometiera al yugo de la tiranía colonial. Numerosas prisiones se habían efectuado en todas partes de la Isla, saliendo de ellas para el extranjero cuantos pudieron eludir la vigilancia de la policía, muy obtusa y de organización deficiente entonces.

A todas estas la metrópolis no tenía marina de guerra digna de este nombre; se reducía a unos pocos buques de vela viejos, pesados y casi podridos. Con excepción de la Habana, no había verdaderas plazas fortificadas. Muy escasa era la guarnición veterana, y sobre escasa había cundido en sus filas la insubordinación. Componíase de cumplidos y de capitulados de México y Costa-Firme, y ni todos sus jefes generales eran españoles; los había también naturales del país o criollos en las tres ramas, y éstos nunca podían inspirar

confianza al más suspicaz de los gobiernos que ha tenido España, si se exceptúa el de Felipe II.

Por otra parte, el desorden de la administración de la colonia, la penuria del erario, la venalidad y la corrupción de los jueces y de los empleados, la desmoralización de lts costumbres y el atraso general, se combinaban para amenazar de muerte aquella sociedad que ya venía trabajada por toda suerte de males de muchos años de gobierno. Durante los seis que duró el mando de Vives, ni la vida, ni la propiedad estaban seguros, así en las poblaciones como en los campos. De éstos se enseñoreaban cuadrillas de bandoleros feroces que todo lo ponían a sangre y fuego. En los mares circunvecinos cruzaban triunfantes los corsarios de las colonias que acababan de emanciparse y destruían el mezquino comercio de Cuba. En las islitas adyacentes se abrigaban piratas que para ejercer el contrabando apresaban los buques escapados de los corsarios y después de robarles mataban a los tripulantes y hacían desaparecer toda huella del crimen con el fuego.

Tal era, en resumen, el estado de cosas en la isla de Cuba hasta bien entrado el año de 1828. Y es perfectamente claro que, sin la oficiosa intervención de los Estados Unidos en 1826, se habría llevado a efecto la invasión de las dos Antillas españolas por las fuerzas combinadas de México y de Colombia, de acuerdo con los planes de Bolívar y los deseos de los cubanos, una diputación de los cuales fue a encontrarle con ese objeto cuando volvía vencedor de los famosos campos de Ayacucho. Suceso este que, realizado, infaliblemente hubiera sido el golpe de gracia al dominio español en el Nuevo Mundo. En tan críticas circunstancias, al menos para neutralizar las maquinaciones de los enemigos de España en el interior de la colonia, se requerían las artimañas de un diplomático más bien que la espada de un guerrero; un hombre de astucia y de doblez más bien que de acción; un hombre de intriga más bien que de violencia; un gobernante humano por política más bien que severo por índole; un Maquiavelo más bien que un duque de Alba, y Vives fue ese hombre: escogido con grande acierto por el más despótico de los gobiernos que ha tenido España en lo que va del presente siglo, para la gobernación de Cuba.

Mucho se alegró D. Cándido Gamboa de encontrarse un conocido en el grupo de los cortesanos que venían a saludar al Capitán General en su gallería del patio de la Fuerza. El aspecto de ese sujeto no prevenía nada en su favor, porque sobre ser de baja estatura y raquítico, llevaba la cabeza metida entre los hombros, tenía la cara larga y el color aceitunado, como la persona muy biliosa, siendo su desaliño general, casi repugnante. En sus ojos chicos y de hondas cuencas había, sin embargo, bastante para redimir las faltas y las sobras del cuerpo y del semblante, había fuego e inteligencia. Al saludarle D. Cándido, le dio el título de Doctor.

—¿Cómo está V.? —contestó él en voz chillona y risa que bien pudiera llamarse fría.

Para ello tuvo que levantar la cabeza, porque su interlocutor le sacaba dos palmos, por lo menos, de altura.

—Bien, si no fueran los trotes en que sin quererlo me veo ahora metido.

—Y ¿qué trotes son ésos? —preguntó el Doctor como por mero cumplimiento.

—¡Toma! ¿Pues no sabe V. que los perros de los ingleses nos acaban de apresar un bergantín bajo los fuegos del torreón del Mariel, como quien dice en nuestras propias barbas, so pretexto de que era un buque negrero, procedente de Guinea? Pero esta vez se han llevado solemne chasco: el bergantín no venía de Africa, sino de Puerto Rico, y no con negros bozales, sino ladinos.

—¡Qué me dice V.! Nada sabía. Bien que con los enfermos no tengo tiempo aun para rascarme la cabeza, cuanto más para averiguar noticias que no me tocan de cerca. Aunque si he de decir a V. la verdad, si a alguno le causa perjuicio el celo exagerado de los ingleses es a mí, pues harta falta me hacen brazos para mi cafetal del Aguacate.

—¿Y a quién no le hacen falta? Eso es lo que todos los hacendados necesitamos como el pan. Sin brazos se arruinan nuestros ingenios y cafetales. Y tal parece que es lo que buscan esos judíos ingleses, que Dios confunda. ¿No le parece a V., Doctor, que el Capitán General, sobre este punto es de la misma opinión que nosotros?

—¡Hombre! Acerca de este particular no le he oído expresarse.

—Ya, pero pudiera ser que V. le hubiese oído declamar...

—¿Contra los ingleses? —interpuso el Doctor—. Mucho que sí. Por cierto que Tolmé le carga y a duras penas le sufre sus impertinencias y desmanes.

—Eso, eso, —repitió Gamboa alegre—. No en vano se dice que V. tiene vara alta con S. E.

—¿Sí? ¿Tal se corre? —dijo el Doctor con muestras de que la especie halagaba no poco su vanidad—. Es cierto que le merezco a S. E. una buena voluntad y aun distinción; pero nada de extraño tiene porque yo soy el médico de él y de su familia desde que vinieron de España, y por otra parte es cosa sabida su llaneza. Me distingue bastante, mucho.

—Lo sé, lo oigo repetir a distintas personas y por lo mismo estaba pensando, me ocurre, mejor dicho, que, como V. se prestase a ejercer su influjo todavía podríamos jugarle una buena pasada a los ingleses y dejarlos con tamaño palmo de narices. Estoy seguro que tampoco le pesaría a V., amigo Doctor, el darnos la mano en este aprieto.

—No lo entiendo. Explíquese V., D. Cándido.

—Hágase V. el cargo, Doctor, que la expedición apresada por los ingleses, salvada íntegra, nos vale a nosotros los dueños de ella, por lo bajo diez y ocho mil onzas de oro, libres de polvo y paja. En caso de perderse la mitad, todavía nos deja una ganancia líquida de nueve mil, que no es ningún grano de anís. Con que vea V. si podemos ser liberales con el que nos ayude. Escogería V. mismo media docena de mulecones entre la partida, que es de lo mejor que viene de la costa de Gallinas, y no le costaría sino el trabajo de...

—Aún no entiendo jota, señor D. Cándido.

—Pues me explicaré más. La expedición consta de unos 500 bultos, 300 de los cuales es posible hacerlos pasar por ladinos importados de Puerto Rico, habiéndose remitido a bordo, desde esta mañana, sobre 400 mudas de ropa de cañamazo. Ahora bien, si S. E. es de parecer que tenemos necesidad de brazos para cultivar los campos, y que no debe permitirse que los ingleses destruyan nuestra riqueza agrícola, es claro que, como haya quien le hable y le pinte bien el caso, no podrá menos de ponerse de nuestra parte. Una palabra suya al señor D. Juan Montalvo, de la comisión mixta, bastaría a decidir el pleito en favor nuestro; y ve V. si nos sería fácil ser liberales con... Además, cinco o seis bozales no van a ninguna banda, ni nos harían más ricos ni más pobres a nosotros los armadores, que por todos somos ocho... ¿Comprende V. ahora mi idea?

—Claro que sí. Cuente V. con que pondré de mi parte cuanto esté en mi mano, aunque no me estimula tanto la oferta de V. como el deseo de servirle y de contribuir al castigo de la ambición y malas intenciones de los ingleses. Supongo que V. viene a hablar con S. E. sobre el asunto.

—Sí, vengo a eso con mis amigos Gómez, Mañero y Madrazo. Creo que V. los conoce.

—Conozco de oídas a Madrazo, cuyo ingenio de *Manimán* está en la misma jurisdicción de Bahíahonda que mi cafetal del Aguacate.

—Pues bien, ellos y los otros interesados estarán y pasarán por todo lo que yo acuerde con V. Si V. cree que S. E. acepte un regalito de unos cuantos centenares de onzas...

—Deje V. eso a mi cargo. Yo sé cómo entrarle a S. E. Le hablaré esta noche misma. Véanle Vds. primero. Y ahora que me acuerdo, ¿qué se hizo de la chica aquella?...

—¿Cuál? No atino, —dijo Gamboa poniéndose colorado.

—Pobre memoria tiene V., según parece. Bien que de eso ya hace algún tiempo, pero V. estaba interesado, pues me recomendó mucho la asistencia de la chica.

—Ya ese es otro cantar... En Paula...

—¡Cómo en Paula! ¿Enferma?

—Peor que eso, Doctor. Creo que ha perdido el juicio sin remedio.

—¡Qué me cuenta V.! ¿Tan joven?

—No tanto.

—Jovencita, digo. Veamos, ¿qué tiempo hace? Diez y seis o diez y siete años. Fue en 1812 o 1813. Sí, estoy seguro. No puede ser más joven.

—¿Pues no se refería V. a la madre?

—Pregunto por la chica, la que conocí en la Real Casa Cuna. Prometía ser un pimpollo cuando grande.

—Ya, acabáramos para mañana. El enredo nace de que tengo por chica cualquier moza, como sea de pocos años, y la madre, en rigor, no pertenece a esa categoría.

—Recordará V., —dijo el Doctor—, que yo no curaba a la mujer que V. dice, sino Rosaín, aunque me consultó varias veces el caso. No tenía idea de que la enferma del callejón de San Juan de Dios tuviese nada que ver con la chica de la Real Casa Cuna. Ahora me desengaño. Padecía fiebre puerperal en combinación con una meningitis aguda...

En este punto Gamboa cortó bruscamente la conversación y volvió a reunirse con sus amigos, y Mañero le preguntó:

—¿Qué ha sido ello? ¿Gato encerrado?

—No, gata, —replicó Gamboa prontamente.

—Lo presumía, —dijo Mañero con naturalidad—. Tú fuiste siempre aficionado a las empresas gatunas. Pero ¿quién es con mil de a caballo ese hombrecito que llamas *Doctor?*

—Pues qué ¿no le conoces, hombre?... El Doctor D. Tomás de Montes de Oca.

—Le había oído mentar. No le había visto la facha, sin embargo. Figura asaz ridícula, y ainda mais...

—Buen médico y diestra cuchilla.

—Dios me libre de sus manos.

—Es el que cura a la familia del Capitán General.

En este punto se notó un movimiento en el grupo de las personas que rodeaban a ese personaje más de cerca, cesando desde luego los diálogos en voz baja de las más distantes. Padrón había llevado los gallos a sus respectivas casillas, y Vives saludaba afectuosamente a Laborde, a Cadaval, a Zurita, a Molina y a Córdoba, pasando de uno a otro hasta que llegó al joven negro, arriba mencionado, a quien dijo, sin darle la mano ni más saludarle:

—Tondá, preséntate en Secretaría a recibir órdenes.

Tenemos que hacer un paréntesis en este punto, para decir dos palabras acerca de Tondá. Era el protegido del Capitán General Vives, quien le sacó de la milicia de color donde tenía el grado de teniente, y después de ascenderle a capitán, previa la venia de S. E. el rey, de facultarle para usar el don y ceñir sable, le dio comisión para perseguir criminales de color en las afueras de la ciudad, sin duda por aquello de que no hay peor cuña que la del mismo palo.

Y en este caso, como en otros muchos que pudieran citarse, se echaron bien de ver el tacto y tino con que solía Vives escoger sus hombres. Parece ocioso agregar que el protegido llegó en breve a distinguirse por su actividad, celo y astucia en la averiguación de los crímenes, la persecución y captura de los criminales. En estas empresas difíciles cuanto riesgosas, le ayudaron mucho su juventud y robustez, su presencia, que era gallarda, su educación regular, que a veces llevaba hasta la temeridad; prendas estas que al paso que le ganaron la admiración de las mujeres, le dieron ascendencia mágica en el ánimo fantasioso de las gentes de su raza. Y como amenudo acontece con los personajes novelescos, el pueblo le compuso y dedicó canciones y

danzas alusivas a sus hechos más notables, y le dio un apodo que de tal modo ha oscurecido, apagado su nombre patronímico, que hoy, al cabo de cuarenta años, sólo podemos decir que le llamaban Tondá.

Empleado activo y leal, tardó en cumplir la orden recibida lo que tardó en pasar del patio de la Fuerza a los entresuelos del palacio de la Capitanía General. Desempeñaba entonces la secretaría política don José M. de la Torre y Cárdenas. Este, aunque recibió a Tondá con semblante risueño, no le brindó asiento, ni a derechas contestó a su respetuoso saludo; sólo se ocupó de decirle que en la noche anterior, por parte del Comisario del barrio de Guadalupe, Barredo, se sabía que se había cometido un crimen atroz en la calle de Manrique esquina a la de la Estrella, y que S. E. deseaba se hiciese la pronta averiguación del hecho, a fin de descubrir el autor o autores, y se pudiera perseguirlos sin descanso hasta capturarlos y entregarlos a los tribunales; porque estaba empeñado en hacer un señalado escarmiento.

En seguida le llegó su turno a los de la comisión, y Mañero expresó su embajada lisa y llanamente, reducida a decir que no procedía en ley ni en justicia se declarase buena presa, si se declaraba por la comisión mixta, la del bergantín *Veloz,* ahora mismo en el puerto de la Habana, aunque traía un cargamento de negros, pues como atestaban sus papeles, despachados en toda forma, venía de Puerto Rico y no de las costas de Africa directamente; y aun cuando se considerase contrabando el tráfico en esclavos con esta última, no lo era respecto de la primera, que por fortuna aún pertenecía, al par de Cuba, a la corona de S. M. el rey de España e Indias, Don Fernando VII, Q. D. G.

Sonrióse el General Vives y dijo al postulante que le presentara un memorial expresivo de todas las razones y hechos alegados, que él lo pasaría a la comisión mixta con los papeles del buque; que ya tenía noticias de lo ocurrido, por boca del mismo cónsul inglés, el cual se le había presentado antes de la hora de audiencia en compañía del Comandante del apresador, el Lord Clarence Paget, y añadió con cierta severidad de tono y de semblante:

—Reconozco, señores, la injusticia y los daños que nos ocasiona un tratado por el cual se concede a Inglaterra, la enemiga natural de nuestras colonias, el derecho de visita sobre nuestros buques mercantes; pero los ministros de S. M. en su alta sabiduría tuvieron a bien aprobarlo, y a nosotros, leales súbditos, sólo nos toca acatar y obedecer el mandato del augusto monarca Q. D. G. Y se me figura, señores, que si Vds. están dispuestos a respetar el tratado, no lo están ni poco ni mucho a cumplirlo. En vano me hago de la vista gorda respecto de lo que Vds. hacen día tras día (señores, cuando hablo así no me refiero a Vds. precisamente, sino a todos los que se ocupan en la trata de Africa), que según va la cosa, no pararán hasta meter sus expediciones en Banes, en Cojímar, en los Arcos de Canasí y aun en este mismo puerto. En vano he hecho cerrar y derribar los barracones del Paseo, que Vds. no escarmientan y siguen introduciendo sus bozales en esta plaza, persuadidos, sin duda, que no hay mejor mercado para esa mercancía. En tal momento

no se acuerdan Vds. del pobre Capitán General, contra quien el cónsul inglés endereza sus tiros, porque no bien entra aquí un saco de carbón, como Vds. dicen, cuando él lo huele y viene hecho un energúmeno a desahogar conmigo su mal humor.

—¡Ea! Vayan Vds. con Dios y otra vez sean más prudentes. Y a propósito de prudencia: ayer tarde vino a mí un joven dependiente de una casa de comercio para quejarse de que a la luz del día, en la plaza de San Francisco, le habían arrebatado un saco de dinero de su principal. ¿Cabe mayor imprudencia que la de ir por la calle enseñando el dinero a todo el mundo y tentando a la gente de mala índole? También se me quejó otro de que al oscurecer del día de ayer, dos negros con puñal en mano le pararon cerca de la estatua de Carlos III y le desvalijaron de cuanto llevaba encima de valor, el reloj, etcétera. Si V. hubiera tenido un tantico de prudencia —le dije—, no se habría expuesto a perder la vida atravesando sitio tan solitario como ese del Paseo, a la entrada de la noche, hora que escoge la gente mala para cometer sus fechorías. Aprenda de mí que no salgo de noche a la calle. Lo mismo digo a Vds.: no se metan en las garras de los ingleses y salvarán sus expediciones, ni comprometan la honra del Capitán General. La prudencia es la primera de las virtudes en el mundo.

CAPITULO IX

En ti pensaba y en aquel instante
Me mandaba llorar naturaleza.

JOSÉ Mª HEREDIA

Personaje de más cuenta de lo que nadie puede imaginarse era en casa de Gamboa su Mayordomo D. Melitón Reventos. Tenía en el manejo general económico más voz que su amo, y a las veces se hombreaba en ese terreno con doña Rosa.

Pero donde ejercía un poderoso imperio era entre los esclavos. Corría con su provisión de vestuario y de alimentos, tanto de los del servicio doméstico en la Habana, como de los de las fincas rurales. Para con los primeros, sobre todo, se daba los aires de señor; más que eso, de déspota. Hacía, sin embargo, respecto de éstos, dos excepciones el feroz Mayordomo. En primer lugar, no gustaba de estrechar lance con el calesero Aponte. No ya sólo era hombre serio y temible, sino que pertenecía al hijo mimado de la casa, el cual no quería delegar en nadie el derecho de castigarle.

Tampoco tenía D. Melitón malas obras ni malas palabras para Dolores. Lejos de eso, para ella reservaba sus sonrisas, sus agasajos y atenciones. De cuando en cuando la hacía regalos de pañuelos y dijes que la muchacha aceptaba sin reparo, aunque para usarlos tuviese que mentir a sus señoritas; porque, después de todo, no halagaba poco su vanidad el que un hombre blanco emplease con ella tales galanterías.

No tenían origen estas distinciones del Mayordomo en favor de Dolores en la circunstancia de que era la doncella de las señoritas de la casa, tratada por ello con ciertas consideraciones por toda la familia, no; tenían diverso origen, procedían de los méritos de la moza como mujer: joven, bien formada y bonita para negra.

Aquel día en que por llegar tarde de su comisión al bergantín *Veloz,* almorzaba D. Melitón a la cabecera de la mesa en el comedor, con todos los aires de amo, servido atentamente por Tirso, acertó a pasar Dolores y tropezar con su codo en los momentos en que se llevaba un vaso de vino a la boca. Fuese aquello por casualidad o de hecho pensado, el Mayordomo se aprovechó de la ocasión para pegarle un pellizco en el desnudo y bien torneado brazo.

—¡Ay, don Melitón! —exclamó ella sin alzar la voz, aunque llevándose la mano al punto dolorido.

—¡Ay, Dolores! —remedó él lleno de risa.

—Eso duele —agregó la muchacha.

—¡Ca! No hagas caso. Si todavía te he de libertar.

Dolores hizo con la boca el ruido onomatopéyico que llaman freír un huevo, cual si no creyera ni jota en la sinceridad de las últimas palabras del Mayordomo. No obstante, harto dulce es el nombre de la libertad para que la joven esclava cerrase el oído a la promesa y el corazón a la esperanza de verla realizada, fuera el que fuese el sacrificio que le exigiese el donante. De cualquier modo, siguióla él con la vista hasta que traspasó el arco del patio, y entonces murmuró: Esta todavía se casa con el bribón de Aponte. ¡Sería una lástima!

María de Regla, mencionada al principio de esta historia, tuvo a Dolores de su unión legítima con Dionisio el cocinero, quince años antes de la época actual. Contemporáneamente tuvo doña Rosa a Adela, su hija menor, la cual entregó a María de Regla para que se la lactase, por no sentirse ella en condiciones para desempeñar por entonces aquel, el más dulce de los deberes de madre. Por supuesto, para llenar encargo tan delicado, necesario se hizo destetar a Dolores y criarla con leche de cabra o de vaca, aparte enteramente de la hija de su señora y ama.

Prohibiósele explícitamente a María de Regla el dividir sus caricias y el tesoro de su seno entre las dos niñas, siquiera el tomarlas juntas en brazos. Pero aunque esclava, temerosa del castigo con que la habían amenazado, era madre, quería a su propia hija entrañablemente, quizás más por lo mismo que no le permitían criarla; así que siempre que las otras esclavas le proporcionaban la ocasión, tarde de la noche y fuera del alcance de la vista de los amos, se ponía ambas niñas a los pechos y las amamantaba con imponderable delicia. La robustez de la nodriza, al parecer sin detrimento ni desmedro, proveía ampliamente a aquella doble lactancia. Criábanse las dos hermanas de leche sanas y fuertes. María de Regla no hacía diferencia entre ellas, y así en la mayor armonía habría corrido su infancia si tan luego como empezó a disminuir el sustento no trataran de disputárselo y armar llanto, en especial la blanca, no acostumbrada a semejante división.

Al cabo, atraída una noche doña Rosa por el llanto de su hija, sorprendió a la nodriza dormida entre las dos niñas, que, con ambos brazos extendidos, se impedían el mutuo goce del delicioso líquido. ¿Qué hacer en aquellas circunstancias? ¿Castigar a la esclava en el acto por su desobediencia? ¿Cam-

biar de nodriza? Tan malo sería lo uno como lo otro —pensó doña Rosa—. Lo primero, porque el castigo envenenaría la leche de la esclava; y lo segundo, porque en el octavo mes de la lactancia, el cambio repentino produciría resultados no menos fatales a la salud y tal vez a la existencia de Adela. Tan perpleja estaba que consultó a su marido, quien, hombre violento si los hay, aconsejó la prudencia y el disimulo hasta ocasión más oportuna. Descubierta su primera falta, —dijo él—, no es probable que María de Regla reincida. De cualquier modo, así continuaron las cosas por un año y medio más, al cabo de cuyo tiempo, el día menos pensado, se le ordenó al Mayordomo echara por delante a la *criandera* y la embarcara a bordo de una goleta que hacía viajes de la Habana al Mariel, dejándola en el ingenio de *La Tinaja,* bien recomendada al Mayoral. Allí se hallaba de enfermera el año de 1830, es decir, purgando la culpa de ser madre amorosa, cometida trece años antes de esa fecha.

Que la esclavitud tiene fuerza de trastornar la noción de lo justo y de lo injusto en el espíritu del amo; que embota la sensibilidad humana; que afloja los lazos sociales más estrechos; que debilita el sentimiento de la propia dignidad y aun oscurece las ideas del honor, se comprende; pero que cierre el corazón al amor de padres o de hermanos a la simpatía espontánea de las almas tiernas, he aquí lo que no se ve a menudo. No es, pues, extraño que María de Regla sintiese en lo profundo del pecho su separación a un tiempo de la hija, del padre de ésta y de Adela misma, para pasar el resto de sus días en el destierro del ingenio *La Tinaja.*

En el código no escrito de los amos de esclavos no se reconoce proporción ni medida entre los delitos y las penas. Es que no se castiga por corregir, sino por desfogar la pasión del momento; de que resulta que casi siempre se le apliquen al esclavo varias penas por un solo delito. Luego, llovía sobre mojado, como vulgarmente se dice, en el caso de María de Regla. Su destierro de la Habana, la separación de la hija y del marido, quizás para no verlos más en la vida, el cambio de ocupación de ama de leche en la ciudad por el de enfermera en el campo, el traspaso de dependencia bajo el capricho del Mayordomo en aquélla, al del Mayoral en el ingenio, en concepto de doña Rosa no bastaban a purgar la culpa de su triste esclava.

No había logrado averiguar esa señora a ciencia cierta de quién era la niña que había estado lactando María de Regla, cosa de año y medio antes de haber dado a luz a Dolores. Lo único que pudo sacar de D. Cándido fue que el médico Montes de Oca la había contratado para lactar a la hija ilegítima de un su amigo, cuyo nombre no debía revelarse. El precio del alquiler, dos onzas de oro, las recibió doña Rosa mes tras mes, con la mayor puntualidad mientras duró la lactancia, por mano de D. Cándido. Esto poco no pudo bastar a satisfacer sus celos, antes fue a sembrar fuertes sospechas en su ánimo, siendo el misterio motivo constante de queja y disgustos entre ella y su marido, y, por rechazo, de gran preocupación, que a veces rayaba en odio, contra María de Regla.

Por fortuna, tales ejemplos de injusticia y de crueldad ocurrieron cuando ambas niñas no tenían uso de razón, y como crecían juntas, como en realidad mamaran una misma leche, no obstante su opuesta condición de raza, se amaron con amor de hermanas. Adela entró en años y concurrió a una escuela de niños poco distante de su casa en compañía de su hermana Carmen, a donde Dolores les llevaba los libros junto con la fruta y el refresco a medio día, y a las tres de la tarde las acompañaba en su vuelta a la casa. Carmen y Adela alcanzaron la edad de la pubertad, Dolores antes que ellas, y en dejando la escuela no se les separaba ésta ni de día ni de noche. Las vestía, las peinaba, les lavaba los pies a la hora de acostarse; durante el día cosía al lado de sus señoritas, y de noche, bien dormía en el duro suelo al lado de la cama de Adela, bien en el cuarto inmediato sobre rígida tarima, a la vista de otra criada, la más anciana de la servidumbre.

Dolores y Tirso eran hermanos uterinos. La primera, nacida en la Habana, salió negra, porque a esa raza pertenecía su padre; el segundo, nacido después en el ingenio *La Tinaja,* salió mulato, porque su padre, fuera el que fuese, era de la raza blanca. De aquí provenía el que ellos no se viesen como tales hermanos, y que María de Regla quisiese más a Tirso, que mejoraba la condición, que a Dolores, la cual perpetuaba el odioso color, causa aparente y principal, creía ella, de su inacabable esclavitud. Pero aun en este particular estaba María de Regla condenada a ver defraudadas sus más risueñas ilusiones de madre. Tirso, su preferido, no la quería, más, se avergonzaba de haber nacido de negra, enfermera del ingenio por añadidura. Al contrario Dolores, adoraba en su madre. Cada vez que llegaba a sus oídos la noticia del mal trato que le daban en *La Tinaja,* era motivo de amargo llanto para ella y para suplicar a Adela la hiciese venir a la Habana y la sacase de aquel purgatorio donde la tenían penando, hacía tanto tiempo, sólo por haber dado de mamar a la vez a su propia hija y a la hija de sus amos. Sentía Adela la fuerza de estas dolorosas quejas, y, no obstante sus pocos años y muchas distracciones, oyendo continuamente, en el silencio de la noche, ella acostada y Dolores de rodillas junto a su cama, la triste historia de los trabajos y padecimientos de María de Regla en el ingenio, se conmovía hasta verter lágrimas, y entre bostezo y bostezo le prometía que al día siguiente hablaría a doña Rosa sobre el asunto. Así se quedaban dormidas muchas veces aquellas hermanas de leche, casi siempre con las mejillas aún húmedas del llanto.

Mas sucedía que al día siguiente no encontraba Adela ocasión favorable para hablarle a su madre, señora algo seria con sus hijos, con la sola excepción de Leonardo, el niño mimado de la casa, y harto severa con los esclavos. De esta manera se pasaba el tiempo. Una tarde, al fin, mientras se hallaba Adela recostada en el sofá de la sala por un ligero dolor de cabeza, como se le acercase la madre, se le sentase al lado y empezase a pasarle la mano por la frente, en son de acariciarla o por mera distracción, cobró ánimo la joven y agarró la ocasión por los cabellos, cual suele decirse:

—Quisiera pedirte un favor, mamá —dijo con voz trémula por la emoción o el temor.

Por breve rato no contestó palabra doña Rosa; sólo miró a su hija, entre sorprendida y pensativa. Esto aumentó la turbación de Adela, quien, no embargante, añadió a la carrera:

—Tú no me vas a decir que no.

—Estás enferma, niña —dijo doña Rosa secamente—. Tranquilízate—. Y se levantó para marcharse.

—Un favor, mamá. Escucha un momento —prosiguió Adela, ya con los ojos humedecidos, deteniendo a su madre por la falda.

Esta volvió a sentarse, tal vez porque le llamaron la atención las palabras, y más la actitud de su hija, indicativas todas de extraordinaria agitación y zozobra.

—Vamos, te escucho. Di.

—Pero tú no te negarás a mi ruego.

—No sé qué quieres de mí; mal puedo decir de antemano si me negaré o no. Supongo, sin embargo, que es una de tus boberías. Acaba.

—¿No crees tú, mamá, que ya María de Regla ha purgado la culpa? ...

—¿No lo dije? —la interrumpió doña Rosa enojada—. ¿Y para esa necedad me detienes y me ruegas que te oiga? ¿Ni quién te ha dicho que esa negra está purgando culpa alguna?

—¿Por qué la tienen tanto tiempo en el ingenio?

—¿Y dónde estaría mejor la muy perra?

—¡Jesús, mamá! Me duele que hables así de quien me crió.

—Ojalá que nunca te hubiera dado de mamar. No sabes tú cuánto me ha pesado la hora en que te puse en sus manos. Pero bien sabe Dios que lo hice a no poder más. No me hables de María de Regla, no quiero saber de ella.

—Creía que la habías perdonado.

—¡Perdonado!, ¡perdonado! —repitió doña Rosa alzando la voz—. ¡Jamás! Para mí ya ella ha muerto.

—¿Qué te ha hecho para tanto rigor?

—¿Quién la trata con rigor?

—¿Te parecen pocos los trabajos del ingenio? ¿El maltrato que le dan?

—No sé yo que la maltraten más de lo que ella merece.

—Pues todos dicen que sí.

—¿Quiénes son esos todos?

—Uno de ellos creo que ha sido el patrón Sierra, que estuvo aquí la semana pasada, cuando vino por las *esquifaciones* para el ingenio.

—Lo que extraño es que el patrón hablase contigo.

—Yo no, mamá, sino otra persona, y como saben lo que quiero a María de Regla, me contaron lo que ella decía. Me han afligido mucho las cosas que allá le pasan, y quisiera, de veras, que tú hicieras algo por ella y por mí. Me ruega le sirva de madrina y haga que la saquen del ingenio...

—Adela —dijo doña Rosa afectada con el tono de ingenuidad y de exqui-

sita ternura de su hija—. Adela, tú no sabes el sacrificio que exiges de mí. Pero se acercan las Pascuas, toda la familia irá al ingenio y ya veremos lo que puede hacerse con esa negra de Barrabás. Debo advertirte, sin embargo, que no esperes me ablande de pronto y sin madura reflexión. Esa negra está perdida y muy sobre sí. Lejos de arrepentirse y enmendarse, como esperaba, para lavarse de la culpa de su desobediencia a mi expreso mandato, la ha hecho peor desde su llegada a *La Tinaja.* Va para doce años que la tengo allá, y cada vez me traen más quejas de ella y oigo cosas más escandalosas. El Administrador que teníamos allí trinaba con la negra. Yo no te había dicho nada, hija, porque no se había ofrecido la ocasión; pero me parece que ya María de Regla no puede vivir con nosotros. Sería un mal ejemplo para ti, para Carmen y aun para la misma Dolores. Desde que entró en el ingenio, entró allí la guerra civil; de cuyas resultas ha habido que cambiar a menudo de mayordomos, de mayorales, de maestros de azúcar, de carpinteros, en fin, de cuantos tienen la cara blanca, pues no parece sino que la maldita negra tiene un encanto para los hombres o que todos ellos son fáciles de infatuarse con cualquiera que lleva túnico. Tirso es una acusación viva contra la moralidad de María de Regla, pues su padre fue un carpintero vizcaíno que tuvimos hace tiempo en *La Tinaja*... Los *bocabajos*[1] que ha llevado no le han corregido...

Las últimas palabras de doña Rosa estremecieron a Adela de pies a cabeza, pues a pesar de los lamentos de Dolores, ignoraba que le hubiesen impuesto a su adorada ama de leche otro castigo que el durísimo del destierro de la Habana y de las personas que más quería en el mundo. Pareciole oír el chasquido del látigo, los gritos de la víctima y el crujido de las carnes; se llenó de horror, se cubrió la cara con ambas manos, y por entre sus dedos de rosa saltaron dos lágrimas como dos gotas de rocío, y fueron a estrellarse en su casto y agitado seno, exclamando solamente: —¡Pobrecita!

Conoció entonces doña Rosa que había ido muy lejos, y apresuradamente añadió: —¿Lo ves? Tú también estás infatuada con la negra. Por desgracia te dio de mamar, debes de tenerle algún cariño, lo comprendo; no obstante, es preciso que reconozcas que es muy mal empleado y ya te convencerás que ella no merece tu compasión. Espera: de aquí a Navidad no va mucho. Ya veremos el medio de arreglar lo que haya de hacerse.

De todos modos aquella era una esperanza, que Adela tardó en impartirle a su hermana de leche lo que tardó la madre en alejarse de su lado. Dolores no sabía más que amar a su joven señorita, siendo todavía muy joven para amar a otra persona de contrario sexo, y hacía esfuerzos constantes para identificarse con ella, imitar el tono de su voz, sus modos, su aire de andar y de llevar el traje, sus coqueterías; de manera que los compañeros de esclavitud, cuando querían decirle algo que la complaciera mucho, la llamaban allá entre ellos: Niña Adela.

[1]Castigo que se le daba al esclavo, estando en posición éste con la *boca abajo,* usando el mayoral o el contramayoral el látigo.

CAPITULO X

—Ya sé lo que me pides,
Llévate en él mi corazón y... toma.

Ramón Mayorga

Promediaba el mes de noviembre de 1830. Los vientos del norte ya habían arrojado, sobre las playas cubanas, las primeras aves de paso de la Florida, probando así que se había adelantado el invierno en el opuesto continente. El mar a menudo se hinchaba, y con bramidos atronadores rompía contra los arrecifes de las costas que sembraba por largo trecho de blanca espuma, de conchuelas y sedimentos salinos.

A las cuatro de la mañana no había bastante claridad en las calles de la Habana, ni a cierta distancia se reconocían las personas, excepto aquellas, pocas en verdad, que llevaban un farolito encendido balanceándose en la mano, mientras a paso acelerado se dirigían, bien a los mercados, bien a los templos; en algunos de los cuales se oía a medias el órgano con que las monjas o los frailes acompañaban el canto de los maitines.

Hacía aún noche, decimos, y ya D. Cándido Gamboa, en su bata de zaraza y gorro de dormir, se hallaba asomado al postigo de la ventana de la calle, abrigado tras de la cortina de muselina blanca, en espera de *El Diario de la Habana,* o para respirar aire más libre que el pesado de la alcoba.

A poco más empezó a oírse el ruido, al principio sordo, después más vivo, de los pasos de alguien que se acercaba de la parte de la plaza Vieja. Hacia allá tornó los ojos D. Cándido; mas no vino a salir de dudas hasta que tuvo delante la persona en cuestión. Vestía traje de cañamazo, compuesto de una especie de chal para cubrirse la cabeza y de la falda corta que ceñía a la cintura con una correa de cuero larga y negra. Contribuía, además, a disfrazarla, el

color cobrizo mate del rostro, propio de los mulatos, mayormente cuando van para viejos, que le daba la apariencia de mujer de la raza india.

—Buenos días, señor D. Cándido —le dijo en tono gangoso.

—Téngalos muy buenos la *señá* Josefa —contestó él procurando bajar la voz—. Temprano ha madrugado.

—¿Qué quiere el señor? Quien tiene cuidados no duerme.

—Pues, ¿qué se te ofrece de nuevo? Al grano.

—Se ofrece mucho y me pareció que si me dilataba hasta la venida del día la cosa no tenía remedio.

—Entiendo. La orden que se ha dado el otro día por la Capitanía General sobre pordioseros y locos trae aquí a *señá* Josefa. La esperaba.

—Lo acertó el señor. No sé cómo tengo vida, ni cuándo acabarán mis tribulaciones. Se creía al principio que sólo iban a recoger a los pobres y los locos que andan por las calles. Pero ayer por la tarde me dijo la madre de Paula que hasta los locos en las casas privadas y en los hospitales van a ser trasladados a San Dionisio o a una casa que han fabricado en el patio de la Beneficencia. El señor podrá calcular cómo estará mi espíritu con tal noticia. No he cerrado los ojos en toda la noche. *Dende* que se publicó la orden el corazón me anunció una desgracia.

—Tal vez haya tiempo todavía de remediarla.

—Quiéralo Dios, mi señor, porque si en el hospital la muchacha sufre, ¿qué no será cuando la lleven a San Dionisio, o a la casa nueva, allá por San Lázaro? Ahí no hay quien la cuide ni haga por ella. La tratarán a palos. ¡Y yo que no había perdido la esperanza de verla en su sano juicio y cabal salud! Ahora mi pobre Charito irá por delante, yo por detrás. Acabaremos de pena... Hágase la voluntad de la Virgen Santísima.

—¿Cree la *señá* Josefa que se podrá hacer algo de provecho en este caso?

—Creo, mejor dicho, *señá* Soledad, la madre del hospital, cree que si hay una persona de influjo que le hable al Contador, sujeto muy caritativo y temeroso de Dios, se hará de la vista gorda y no se cumplirá la orden por lo tocante a Charito. Todo depende de él. Tal vez *haiga* que buscar un médico que dé una certificación... El Contador es bueno como el pan, y quiere servir, lo *mesmo señá* Soledad. Conque, para que vea el señor...

—Entiendo, entiendo —repitió D. Cándido pensativo—. Digo a V. por lo pronto, que he consultado a Montes de Oca, quien es de opinión que lleven al campo a la enferma y la hagan tomar baños de agua salada. Veremos lo que puede hacerse...

Pero como sintiera pasos en el zaguán, se interrumpió e hizo señas a la anciana mulata para que se alejara a toda prisa.

El toque de diana primero y de seguida el disparo de cañón a bordo del navío *Soberano,* anclado junto al muelle de la Machina, estremeciendo las ventanas del cuarto, hicieron despertar sobresaltado a Leonardo Gamboa. Sacó lumbre en el mechón de escarzo, y abrió el reloj, vio que eran las cuatro de la madrugada. —A tiempo —dijo entre sí, y se apresuró a salir de la

cama y vestirse. Para esto encendió una vela de esperma, valiéndose de una pajuela, pues aún no se conocían los cerillos en la Habana.

Mientras se peinaba delante del tocador, saltó de repente el peine de carey, volvió a requerir el reloj, y murmuró:

—¡Las cuatro y cuarto! Muy temprano todavía y de aquí allá no podré echar arriba de quince minutos andando despacio. Ella me dijo que cerca de las cinco . . . ¿No sería mejor aguardar en la esquina? Sí —concluyó diciendo con resolución—. Y vestido y perfumado y con la caña de Indias, salió de su cuarto y empezó a bajar la escalera de piedra.

Apoyábase con la mano izquierda en el barandal de cedro, cosa de no dar pisadas recias; mas así que descendió al zaguán, donde no había tal apoyo, antes reinaba gran oscuridad, por más cuidado que puso, aunque no tuviese tacones sus zapatos de escarpín, hizo demasiado ruido, aquel ruido sordo que se oye cuando uno camina por encima de un suelo hueco, abovedado. No parece sino que se habían despertado de improviso todos los ecos del zaguán y de la sala vecina, donde él sospechaba que podía estar su padre, madrugador por excelencia. Andando a tientaparedes, tropezó con el viejo calesero, quien, acostumbrado a la oscuridad, vio venir desde luego al joven y le salió al encuentro para servirle de guía y evitar que se diera de narices contra la llanta férrea de uno de los carruajes.

—¡Pío! ¿Eres tú? —dijo en voz muy baja—. Abre.

—El amo está *asomao* en la ventana de la calle —contestó el negro.

—¡Diablos! ¿Tiene cerrojo el postigo de la puerta?

—No, señor. *Dende* que salió Dionisio *pa* la plaza quité el *serojo*.

—Abre poco a poco.

No crujieron los goznes; pero ya D. Cándido había oído los pasos en el zaguán, y arrimado a la reja tronaba:

—Pío; ¿quién va?

—El niño *Lionar,* mi amo.

—Sal. Llámale. Detenle. Dile que yo le llamo. Corre, patas de plomo.

Entre tanto volvía el esclavo no cesó D. Cándido de ir y venir, muy desazonado, de la ventana de la calle a la reja del zaguán y viceversa, murmurando:

—¿A dónde irá el muy bribón a estas horas? A nada bueno por cierto. Allá ha ido. Claro que sí, por decontado. Le estoy mirando. ¿Y no habrá dejado aquella santa mujer nadie al cuidado? . . . Tal vez no, lo más probable es que no. A ciertas gentes se les pasea el alma por el cuerpo, se descuidan mucho, no toman precauciones y de aquí provienen las desgracias . . . El demonio no más podría imaginar un cúmulo de circunstancias . . . La ocasión, la edad, la tentación, el enemigo malo que no duerme . . . Yo también me he descuidado. Debí preverlo, evitarlo, sí, impedirlo . . . Pero ¿cómo? ¡Si yo pudiera dar la cara! Veremos. Le desnuco, le meto en un buque de guerra como me llamo Cándido, y hago que le den chicote a ver si suelta alguna de la sangre criolla que tiene en las venas. No es hijo mío, no. Todo esto se hubiera evitado si le mando a España como tenía pensado hace más de cuatro

años. Su madre tiene la culpa. Casi, casi me alegraría de que no lo encontrase Pío, porque podría matarle. Tal me siento contra él.

En esto volvió Pío fatigado, sin aliento y dijo:

—*Na, lamo, el niño no parece po ningún parte.*

—¡Bruto! —tronó D. Cándido—. ¿Por dónde fuiste a buscarle?

—*Po la mano e larienda, lamo.*

—¿Por la izquierda, quieres decir? ¡Animal en dos pies! Si marchó por la derecha ¿cómo habías de dar con él, pedazo de bestia? Vete. Quítate de mi presencia, porque si Dios no me tiene de su mano, me parece que te destripo de una patada.

A las voces destempladas de D. Cándido se asomó doña Rosa a la puerta del aposento que daba a la sala, y asustada preguntó:

—¿Qué ha sucedido, Gamboa? ¿Por qué gritas?

—Pregúntale a tu hijo que acaba de salir por ahí hecho un facineroso.

—¿Un facineroso? No lo entiendo. ¿Ha hecho algo malo? ¿Va a hacerlo?

—No sé mucho más que tú; sin embargo, sospecho, temo, se me ha puesto que el muy bribón va a hacer una de las suyas. Se necesita ser ganso para no sospechar que ese muchacho no ha podido salir a la calle a estas horas en que no se ven ni las manos, y recatándose de mí, para oír misa ni confesarse.

—Quizás ha ido a tomar el fresco, quizás ha querido darte gusto levantándose de madrugada. No hay razón para sospechar nada malo. Tú, al menos, no estás seguro, no lo sabes. ¿Por qué has de pensar siempre mal de tu hijo?

—Porque dice el refrán español: piensa mal y acertarás.

—Te repito, él no ha ido a nada bueno. Le conozco mejor que tú que le pariste. Yo sé lo que he de hacer con él.

—El pobre muchacho no acierta nunca a complacerte. Ni que fuera tu hijastro. Si lo fuera tal vez serías más indulgente...

—Compadécele. Dios quiera que no tengas que llorarle antes de mucho.

Luego que salió Leonardo a la calle notó que, arrimado a la acera de la izquierda caminaba en la dirección de Paula un bulto oscuro como de mujer. Entre seguirlo hasta cerciorarse de quién podía ser y alejarse de su destino, estuvo un momento titubeando, pero la voz de su padre, que llamaba a Pío, le decidió a marchar la vuelta contraria, a fin de ganar lo más pronto posible la esquina de la calle de Santa Clara. Así lo hizo en segundos de tiempo. Por esta casualidad no le dio alcance el esclavo. En poco más se puso en la calle de O'Reilly y subió al alto terraplén o terrado del convento de Santa Catalina, lo atravesó de este a oeste y descendió a la calle del Aguacate por la escalera de tres o cuatro escalones mencionada al principio de esta historia, yendo derecho a la casita enfrente de ella.

Pareciéndole que la puerta no estaba cerrada con llave ni tranca, empujó una hoja con la punta de los dedos. Cedió algo, en efecto; por lo cual hizo mayor esfuerzo, rodó la silla en que se apoyaba y se abrió lo bastante para que el joven se deslizara por entre las dos hojas y quedase dentro, sin más ni más. De pronto no vio nada. Allí eran las tinieblas tan espesas como el aire

húmedo que llenaba la estrecha pieza. Sin embargo, a favor de la lámpara que ardía aún en el poyo del nicho sobre la izquierda, pudo al fin distinguir al alcance de su mano un par de palomas caseras dormidas en el respaldo de una silla, un gato enroscado en el fondo de un sillón de vaqueta, y una gallina bajo una mesa protegiendo con sus amorosas alas varios pollitos, que asomaban los picos por entre las plumas y empezaron a piar del modo suave y repetido que suelen siempre que sienten temor o frío.

Gradualmente sus miradas fueron elevándose del suelo hasta la altura de la puerta del cuarto del fondo, donde vio algo que le pareció una mujer o visión, de pie, escasamente vestida con un ropaje blanco, y el copioso cabello suelto hecho mil anillos y revueltas ondas, desparramadas por el seno y los hombros sin alcanzar a ocultarlos, con ser tan abundoso y largo. Reconocerse, correr el uno hacia la otra y abrazarse estrechamente en medio de los besos ardientes y sonoros, fue todo uno.

El hospital de Paula no es más que la continuación de la iglesia del mismo nombre, inmediato al ángulo de la muralla por la parte que da al sudeste de la bahía. Tiene la entrada al norte, abierta en una alterosa tapia de una galería que sirve de pasaje entre la iglesia y el hospital. Precede a la entrada un vestíbulo con tejadillo, que más parece mampara de convento que otra cosa. Allí se estaciona un centinela para impedir el escape de los presos o dementes que reciben asistencia médica en el hospital. Generalmente sólo se admiten mujeres en uno u otro estado, cuando ni el delito es grave, ni la demencia de carácter furioso.

La mujer que había visto Leonardo caminando a paso vivo en la dirección del sur de la ciudad, por la calle de San Ignacio abajo, no paró hasta llegar al vestíbulo de que antes hemos hablado. Empezaba a clarear el horizonte de rondón, pero ya la centinela con el sable desnudo se paseaba de un extremo al otro del tejadillo, y se le encaró cerrándole el paso:

—Buenos días tenga V., señor militar —dijo la anciana tratando de congraciarse con la centinela.

—Buenos o malos —contestó con rudeza el soldado—, hace ratos que acá los tenemos.

—El señor militar parece que no me conoce —agregó ella en tono y actitud suplicatorios.

—No tiene nada de extraño, porque el diablo me lleve si he tenido tratos con brujas.

Se persignó la mujer y añadió que deseaba hablar con *señá* Soledad, la madre del hospital.

—Tampoco conozco a esa tía —repuso la centinela reasumiendo sus pasos—. Por allá dentro nadie se menea. Entrar, entrar y despejar el campo.

En traspasando el umbral del vestíbulo, se está en un gran patio cuadrangular que lo forman, por la derecha el costado de la iglesia y por los otros tres lados unos anchos pasadizos, de los cuales el de la izquierda, por tres anchas puertas conduce a la sala de la enfermería. Varias columnas cuadradas de

fábrica de mampostería dividen ésta en dos naves longitudinales, llenas de camas, cuyas cabeceras se apoyan en las paredes maestras del edificio, con lo que queda despejado el centro. No había allí mamparas ni compartimientos, de manera que el observador situado en cualquiera de las puertas, podía registrar con la vista todas las camas. Hacia la bahía o el este, lo mismo que hacia el sur y el norte había ventanas altas que daban claridad y saludable ventilación a la espaciosa sala.

Apenas la mujer con el cilicio de cañamazo puso el pie en el patio, vio asomar por el lado de la iglesia a la madre *señá* Soledad, con un farolito, y detrás de ella un clérigo en sotana negra de sarga, sin bonete, llevando en ambas manos, a la altura de su pecho, un copón de plata con tapadera de lo mismo. Ambos caminaban a paso largo y murmuraban ciertos rezos que en el silencio del patio resonaban con los zumbidos de muchos moscones. Se encaminaron derecho a la enfermería y atravesaron la sala de un lado a otro. Al pasar los dos por junto a la anciana, conoció ésta de lo que se trataba y cayó exclamando:

—¡Los óleos! Dios reciba en su seno el alma del moribundo.

Rezado el credo con mucho fervor, recogió todas sus fuerzas hecha casi un arco con su cuerpo y dando traspiés, continuó hasta la puerta del medio de la sala y volvió a caer de rodillas. Era que acababa de notar que el clérigo de pie al lado de una cama enfrente, administraba la extrema unción a una de las enfermas, mientras la madre de rodillas en el lado opuesto suspendía cuanto podía el farolito para alumbrar aquella triste y desolada escena.

De vuelta de la iglesia a donde había acompañado al clérigo, la madre tornó a la sala y encontró todavía de rodillas a la mujer del cilicio, con la cabeza doblada sobre el pecho, absorbida en sus oraciones. Tocole en el hombro *señá* Soledad y le dio los buenos días, en cuyo momento la mujer, en tono de voz casi apagado por la angustia:

—¿Con que ha muerto? —preguntó.

—Ya descansa en paz —contestó la madre brevemente.

—¡Ah! —dijo la anciana y cayó desplomada en el suelo.

—¡Jesús! ¡*Señá* Josefa! ¡*Señá* Josefa! —repitió la madre, haciendo esfuerzos por levantarla—. ¿Qué le pasa? ¡Va que V. no me ha entendido! Mire que todo ha sido una equivocación de las dos. No comprendí su pregunta de V., ni V. tampoco comprendió mi contesta. La muerta no ha sido Charo. No, señor, no ha sido ella, sino una pobre morena que hacía pocos días había entrado en el hospital. Charo va mejor, está más aliviada del pecho. Sí, venga, quiero que V. se desengañe por sus mismos ojos.

Poco a poco, con tales seguridades, empezó a volver en sí *señá* Josefa. Después de derramar un mar de lágrimas en silencio, se sintió en actitud de seguir a la madre hasta la cama de la enferma por la cual se interesaba tanto. Hallábase la tal a la sazón sentada, sin más abrigo que la sábana que le cubría las piernas encogidas, las cuales sujetaba con ambos brazos desnudos, apoyando la frente en las rodillas. Tenía cortado el cabello casi de raíz, como se hace

generalmente con los locos, y bajo la piel floja, descolorida y seca mostraba la armazón de huesos, tanto más cuanto que la camisa, sola pieza interior que llevaba, no le cubría sino parte de la espalda. Por su posición en la cama y por una tos hueca y débil que a veces le acometía, se conocía que estaba viva.

—Charo, Charito —le dijo la madre con amabilidad—. Mira quién está aquí. Levanta la cabeza, niña. Anímate.

—¡Hija mía! —se atrevió a decir *señá* Josefa—. Mírame. ¿Me oyes? ¿Me conoces, mi vida? Soy tu madre, quiero verte la cara. Respóndeme siquiera. Te traigo buenas noticias; pronto vamos a sacarte de aquí. Te llevaremos al campo para que te cures y tengas el gusto de conocer y abrazar a tu hija. ¡Ah! Si la vieras! Está lindísima. Es tu retrato cuando eras de su edad.

—Véala V. tan callada —dijo *señá* Soledad—. Cuando está así no habla, no se mueve y cuesta Dios y ayuda que pase un bocado. Otras veces la coge por gritar, como si la estuvieran matando, por llorar o por reírse a carcajadas.

Pero en vano empleó *señá* Josefa medios que juzgó más eficaces para moverla. En vano acudió a los ruegos, a las caricias, a las lágrimas; la enferma se mostró insensible a todo, no contestó palabra, no alzó la cabeza, no cambio la posición acurrucada. Claro era que no había tenido conciencia de la escena de muerte que acababa de verificarse en una cama opuesta a la suya, y, por supuesto, no dio señal alguna de haber reconocido la voz familiar de *señá* Soledad, ni la angustiosa de su desconsolada madre.

En fin, se adelantaba el día y era preciso que *señá* Josefa se apresurase a volver a su casa, donde había dejado sola a la nieta. Dijo, pues, a la carrera a *señá* Soledad que el caballero que las protegía a ellas se proponía hacer el último esfuerzo para curar a Charo, si es que aún tenía remedio, y que para ello la llevaría al campo, cerca del mar, en donde respirase otro aire y se bañase a menudo, bajo la vigilancia de un médico.

—Pues a ello, *señá* Josefa, y que para bien sea —dijo alegre la madre—. Lo que es aquí, está visto que esa pobre muchacha no tiene cura. Además, es preciso sacarla o no hay modo de impedir que se la lleven para la nueva casa de la Beneficencia. Todos estos días atrás han andado recogiendo pobres y locos por las calles. Ayer se llevaron a Dolores Santa Cruz, tan alborotosa. Y el Comisario Cantalapiedra ya me ha notificado la orden de traslación de todas las locas en disposición de moverse.

Figurarse puede cualquiera cómo llevaría el corazón *señá* Josefa después de lo que había visto, escuchado y sentido en el hospital de San Francisco de Paula.

CAPITULO XI

...Pero si el vicio mancha su limpieza
Vertiendo en ella su funesto hielo,
Levanta el ángel de su guarda el vuelo.
Y Dios torna a otro lado la cabeza.

LUISA PÉREZ DE MONTES DE OCA

Era el día claro y calentaba bastante el sol cuando *señá* Josefa volvió a su casita de la calle del Aguacate. Al parecer nadie allí se había movido, excepto la gallina con sus polluelos, que buscaban la salida al patio por entre el cabio y el quicio de la puerta. El primer cuidado de la anciana fue ver si la nieta reposaba en el alteroso lecho; y satisfecha de que dormía tranquila, se quitó el chal de cañamazo, se desciñó la correa y se dejó caer en la butaca, desalojando para ello al gato, que al ruido de la entrada de su ama entonces se esperezaba, abría tamaña boca y mostraba la roja lengua con los afilados dientes.

En desplomándose dio un profundo suspiro. Apuraba ahora el cáliz más amargo que jamás apuraron labios humanos. Su única hija languidecía en un hospital, privada de los cuidados maternales, falta de juicio y devorada por la consunción, sin que ella pudiera valerle en nada. Que no tendría remedio ni alivio mientras continuara en ese lugar, plenamente convencida quedó en aquella mañana *señá* Josefa, si era que antes abrigaba dudas.

¿Por qué estaba la madre afligida separada hacía tanto tiempo, de la hija doliente y moribunda? Esta separación tenía diez y seis años de fecha, porque, según recordará el lector, María del Rosario Alarcón había perdido el juicio a consecuencia del sentimiento y sorpresa que le produjo el secuestro de su hija recién nacida, para pasarla por la Casa Cuna. Cuando se la devolvieron, bien amamantada y rolliza, ya era demasiado tarde, ya se había apagado en

su mente el último rayo de la divina luz. Todavía, si su demencia hubiese tomado un carácter manso y tranquilo, habría sido posible dejarla pasar el resto de su vida al lado de la madre y de la hija; pero a veces le entraban accesos de furor, en cuya disposición era difícil sujetarla e impedir que se hiciese daño o le hiciera a los suyos.

Además, aun cuando por no haber casa de dementes en la Habana, admitían en los hospitales, por ejemplo, en el de Paula, algunas mujeres en ese estado, aquellos cuyas familias no podían guardarlos en sus casas que eran los más, andaban sueltos por las calles, hechos el hazmerreír de los muchachos y el escándalo de las gentes timoratas. Tal, entre otros, Dolores Santa Cruz, a que hizo referencia la madre del hospital de Paula.

Esta negra había sido esclava de la familia distinguida de Jaruco cuyo apellido llevaba. Con su industria y economías había logrado libertarse y reunir un capital. Compró casa y esclavos, dedicándose a la reventa de carnes y frutas, que entonces era negocio bastante lucrativo.

Sin que sepamos el motivo, alguien le disputó en juicio el dominio directo a su pequeña hacienda. Esto la enredó en un pleito largo y costoso, que si bien ganó con costas, en honorarios, sobornos, propinas, entre abogados, procuradores escribanos oficiales de causa, jueces y asesores, se consumió el valor de la casita, juntamente con el de las dos esclavas. El resultado fue, que el día menos pensado la pobre mujer se quedó literal, no figuradamente, por puertas.

Golpe rudo debió de haber sido este para quien amaba mucho el dinero y las satisfacciones que procura. La que siendo esclava fue libre, dueña de esclavos y de fincas, y de nuevo se vio atada al poste de otra esclavitud: la miseria; no era posible sobrellevar el cambio sin que su razón perdiese el equilibrio. Se le desvaneció en efecto, y desde entonces, vestida de harapos, y adornaba la cabeza con flores artificiales y pajas, a lo Hamlet, recorría día y noche las calles apoyada en un palo largo, de que pendía una jaba, gritando desaforadamente por las esquinas: *Po! Po! Aquí va Dolores Santa Cruz. Yo no tiene dinero, no come, no duerme. Los ladrones me quitan cuanto tiene. ¡Po! ¡po! ¡Poó!*

Figúrese el lector la hija de *señá* Josefa, madre a su vez desgraciada, revelando al pueblo en sus arrebatos de locura los pasos, los medios y el nombre quizás de la persona o personas por cuya agencia se veía en aquel tristísimo estado. No debía darse, y no se dio semejante espectáculo; antes por doloroso que fuese el sacrificio hubo que hacerlo todo entero, como que de ello dependían hasta cierto punto la salud y la felicidad de la inocente niña que había sido la causa indirecta de la desgracia de su madre. Tampoco debía crecer y desarrollar su razón viendo que ésta la había perdido y era el ludibrio de los extraños. Ni había llegado el tiempo, creía la abuela, de que la hija y la madre se conociesen. La separación, pues, podía ser eterna.

Tales pensamientos ocupaban el ánimo de la anciana con más fijeza que nunca, en los momentos que llamaron a la puerta de la calle. Cual si desper-

tara de un sueño pesado, levantóse a abrir y se encontró con el lechero, isleño de Canarias que en el traje usual de los campesinos, con una botija debajo del brazo y un jarrito de lata en la mano, la saludó en el tono peculiar de su país con las palabras:

—Pues abriera para mañana la casera. *Verificamente* esta es la tercera vez que le traigo la leche.

—Yo estaba en misa, —contestó *señá* Josefa trayendo la cazuela para recibir la poción láctea.

—Como que iba creyendo que se habían muerto toditos en esta casa.

—Acabo de entrar de la calle.

Después de mirar a la vieja con aire peculiar, añadió:

—Andese con cuatro ojos la casera, —continuó el lechero—; porque enseña el refrán que el que tiene enemigos no duerme.

—Yo no tengo enemigos, a Dios gracias.

—Parécele a la casera. Toditos tenemos enemigos ocultos en este mundo. ¿No tiene la casera una hijita bonita?

—¿Hija? No, señor, nieta.

—Es lo *mesmo*. Pues en el palmito de esta nieta está el enemigo del reposo de la casera. No hay mozo que no se perezca por los buenos palmitos. El *demongo* me lleve si esta madrugada *mesma no vide* por aquí un lindo D. Diego. Ahora no me atrevo a decir si estaba juntito a la puerta o a la ventana . . . Pero *de que lo vide lo vide.*

—El casero se engaña, —observó la anciana desazonada y temblorosa—. No estuve fuera sino por corto tiempo, y mi nieta no tiene mozo que le persiga el lindo palmito como dice el casero.

—Dígole a la casera lo que le digo, ándese con cuatro ojos y no se duerma en las pajas, porque *de que lo vide lo vide.*

Nuevo motivo de inquietud y de tormento para la desventurada abuela. Sabía que un joven blanco, que le hacía regalos costosos, que le facilitaba su carruaje para concurrir a los bailes de las ferias, que ella decididamente se pagaba de esas atenciones y obsequios; pero estaba muy distante de creer, siquiera de sospechar, que él se aprovechase de su ausencia en la iglesia o el hospital para soplarle la nieta, corromperla y malograr su porvenir.

Entonces pensó que la había dejado sola, encomendada a la vecina de la casa inmediata, y bien pudieron los dos amantes ponerse de acuerdo, darse cita de antemano y reunídose allí mismo, mientras ella se andaba por Paula. De cualquier modo, afirmaba el lechero haber visto temprano a la puerta de su ventana o casita a un lindo D. Diego. ¿Quién sabe si estuvo dentro? ¿Cúya era su falta si ocurría una desgracia? ¿Sería posible que la nieta siguiese el mismo camino y casi por los mismos medios se perdiese como su deventurada madre?

—¡Ah! —exclamó *señá* Josefa cayendo de rodillas al pie del nicho donde se veneraba la imagen de la Dolorosa—. ¡Virgen Santísima! ¿Qué he hecho yo para este duro castigo? ¿Cuál ha sido mi grave culpa? ¿Habré estado toda la

vida en pecado mortal sin saberlo? Tú sabes que he sido buena hija, buena hermana y cariñosa madre. Yo he procurado criar mis hijos en el santo temor de Dios. Yo me he desvelado por infundirles santos principios de moral, de virtud y de religión. Yo cumplo estrictamente con lo que manda la santa madre Iglesia. ¿Por qué consientes, Virgen purísima, amparo de los débiles, madre de misericordia, por qué permites que el Tentador en figura humana aleje a mi nieta, niña inocente, tierna oveja del Señor, del camino de la virtud, la empuje al pecado y la haga caer de la gracia divina como a su madre? ¿Me abandonarás tú también, piadosísima Señora, en este el más duro trance de mi vida?

Aunque *señá* Josefa había tomado casi al pie de la letra las ideas y hasta las palabras de los libros de devoción, únicos que leía, no cabe duda ninguna sino que el fervor de su fe religiosa, la consideración de la nueva desgracia que le venía encima, la conciencia de la tremenda responsabilidad que le cabía en caso de salir ciertas sus sospechas, en medio de su poca cultura, la habían inspirado, al punto de improvisar una oración elocuente, por cuanto expresaba con verdad los sentimientos que la dominaban en aquellas circunstancias. Pero fue, no obstante, el alivio que proporcionó a su desgarrado corazón el ferviente desfogue. Porque el aviso del canario, por oportuno y certero, hacía en su pecho el mismo efecto del cuchillo hincado en las carnes, que si se mueve lacera, si se clava, mata. Tampoco era fácil olvidar las últimas sentenciosas palabras de aquél, no pensar en ellas; antes continuamente resonaban en sus oídos: *De que lo vide lo vide.*

También resonaron en los oídos de Cecilia, la cual no dormía desde mucho antes que volviese su abuela de la iglesia; sólo que le causaron impresión muy distinta. Encendiéronle el pecho en cólera e indignación. Porque, pensaba ella, ¿quién mete al hombre a dar semejante aviso? ¿Qué le iba ni le venía conque ella tuviese o no tuviese un amante, en que se viese con él o no por la puerta o por la ventana? ¿Por qué insistir en haberle visto? ¡Maldito hombre! ¡No se le hubiera secado la lengua antes de decir lo que dijo! Seguramente también vio al joven entrar o salir, y si no lo afirmó con la misma pertinencia fue porque la abuela no le dio tiempo ni ocasión.

Pero fuerza era atender a las demostraciones de dolor y sentimiento de la abuela, que parecían extraordinarias y debían tener causa poderosa y legítima. ¿Cuál podía ser ésta? Ignoraba Cecilia lo ocurrido en Paula. Su conciencia alarmada vino a descifrarle el enigma. Había cometido una grave falta admitiendo en su casa, a ocultas de la abuela y contra su expresa orden, al joven blanco con quien cultivaba relaciones amorosas.

Desde ese punto, la soberbia e independiente Cecilia experimentó algo que no había experimentado nunca, algo que no atinaba a explicarse ella misma, una revolución en todo su ser. Es que ante la culpa empezaba a verse débil, temerosa, irresoluta, y tener vergüenza de sí, de su abuela y de sus amigas. ¿Con qué cara se les presentaba ella? El hombre de la leche iba a publicar su falta por todas partes aquella misma mañana. Cuando menos el vecindario

ya estaba impuesto de todo, y en cuanto saliera a la calle la señalarían con el dedo y dirían de manera que lo oyese: Ahí va la muchacha que se aprovecha de la ausencia de su abuela en la iglesia para admitir en su casa al hombre que públicamente la corteja.

Pero en medio de aquella confusión de ideas, comprendió Cecilia sin mayor esfuerzo dos cosas importantes: la una, que tal vez la abuela no estaba aún convencida de su culpa; la otra, que a la tranquilidad de las dos, pues que ya no había remedio, convenía disimular lo más posible hasta averiguar la verdad de lo que pasaba y tomar un partido. En esta disposición, se levantó con tiento, se echó por encima de la camisa un traje y se asomó a la puerta de la alcoba. Aún se hallaba la anciana de rodillas y concluía la improvisada plegaria. Corrió a arrodillarse a su lado, le pasó un brazo por la cintura y, dándole un beso en la mejilla, le preguntó con exquisita ternura: Mamita, ¿qué tiene su merced? ¿Por qué está tan afligida?

No le respondió palabra la anciana, volvió a la butaca y rompió a llorar en silencio. No hay cosa más pegadiza que el llanto, y Cecilia estaba predispuesta a contraer el mal. Se arrojó en brazos de la abuela y confundió sus lágrimas con las de ella; desahogo necesario de dolores que, sin embargo, tenían contrapuesto origen. Tal vez habrían aprovechado aquella coyuntura para tener una explicación que no podía menos de ser satisfactoria para entrambas, porque así lo predisponía el estado de sus ánimos; pero llamaron de nuevo a la puerta y *señá* Josefa se apresuró a abrir, enjugándose de camino las mejillas empapadas. Era la vendedora de carnes, manteca y huevos, negra de Africa, con un tablero cuadrilongo equilibrado en la cabeza sobre un rodete, y un espanta-moscas, hecho de varetas de palma de coco, en la mano derecha.

Bien por cierta tendencia a la obesidad, por el calor, o por el desaliño natural en la gente de color, el traje de la vendedora consistía de falda de listadillo y camisolín, que cuando limpio debía de ser blanco, y apenas le llegaba a los hombros, quedándose más corto por las espaldas, cuyas partes, junto con los brazos desnudos a la griega o romana y las mejillas redondas y rollizas, le brillaban cual si, a la usanza de su tierra, se las hubiese untado con grasa. Por supuesto, no calzaba zapatos, sino que al caminar arrastraba un par de chancletas con la punta de los dedos. Luego que abrió *señá* Josefa, depuso el tablero en el quicio de la puerta, y en tono de voz chillona, cuyo volumen no correspondía con el de su cuerpo, dijo:

—*Güenos días, caserite. ¿No me toma naa hoy? Entoavía no ha hecho la cru.*[1]

Contestado brevemente el saludo por la anciana, ayudó a deponer el tablero en el suelo, agregando de prisa que le diera un real de carne de puerco, medio real de huevos y medio de manteca. La vendedora cortó la carne a ojo

[1]Hacer o no hacer la cruz equivale a hacer o no hacer la venta inicial del día. Alude a la vieja práctica que acostumbran los comerciantes en pequeño, de persignarse haciendo la señal de la cruz con la moneda que se obtenga al realizar la primera venta de cada día. N. de E. Rodríguez Herrera).

de buen cubero, y con los demás artículos pedidos la puso en un plato que trajo Cecilia; y no bien la vio, parece que la entraron ganas de hablar hasta por los codos:

—*Labana etá perdía, niña. Toos son mataos y ladronisio. Ahora mismito han desplumao un cristián alantre de mi sojo. Lo abayunca*[2] *entre un pardo con jierre po atrá y un moreno po alante, arrimao al cañón delasquina de Sant Terese. De día crara, niño, lo quitan la reló y la dinere. Yo no queriba mirá. Pasa batante gente. Yo conose le moreno; é le sijo de mi marío. ¡Ah! Me da mieo. Entoavía me tiembla la pecho .*

Con semejante descuadernado e ininteligible relato, se asustó mucho Cecilia, porque le pasó por la mente que el robado podía ser su amante; pero disimuló cuanto pudo y la carnicera prosiguió:

—*Allá por los Sitios ha habío la mar y la morene lotra noche. Tondá quiee prendré los mataores del bodeguer de la calle Manrico y la Estreya. Elle estaba en un mortorio. El gobernaó manda prendeslo. Dentra Tondá, elle solito con su espá, coge dos; Malanga, lo sijo de mi marío juye po patio y toavía anda escondío. Ese, ese, ma malo que toos. Conque pa que vea la caserite. No se pue un fiá de naide. Adios, caserite! Mucha salú.*

Ida la carnicera vino el panadero con la cesta de pan a la cabeza de un negro que le seguía los pasos, como la sombra verdadera de su cuerpo. Entonces *señá* Josefa se acordó que debía preparar el almuerzo. Según dijimos al principio de esta historia, el fogón se hallaba en el patio, debajo de un alero de semilla, sin chimenea ni cosa que lo valga. Allí la anciana hizo lumbre valiéndose del eslabón, el pedernal, el azufre, el cabo de vela y unos cuantos carbones vegetales, y en poco más el almuerzo quedó listo. Entretanto Cecilia puso la mesa y ambas mujeres se sentaron a ella. Por largo rato estuvieron sin probar bocado, levantar los ojos del plato ni hablar palabra. Es que a cada rato esperaba la nieta que la abuela le leyese la culpa en el semblante, y no se atrevía a mirarla de frente; al paso que ésta parecía muy nerviosa y desazonada. Varias veces intentó decir algo; harto se le conoció por el movimiento de los labios, y otras tantas la voz se le atravesó en la garganta, porque en vez de sonidos articulados sólo se le escaparon sollozos. Por último, hizo un esfuerzo y dijo:

—Yo debía morirme ahora mismo.

—¡Jesús, mamita! No diga eso, —exclamó Cecilia sin alzar la cabeza.

—¿Por qué no, si tal es lo que siento? ¿Qué hago yo en el mundo? ¿De qué sirvo? De estorbo, nada más que de estorbo.

—Nunca había hablado así su merced.

—Puede ser, pero mis penas, aunque grandes, he podido sobrellevarlas hasta ahora. Ya estoy vieja; sin embargo, me faltan las fuerzas, no puedo más. Estaba pensando que sería mejor echarme a morir.

[2]Lo acosan.

—¿No dice su merced que es pecado murmurar de los trabajos y penas que Dios nos manda? Acuérdese que Jesucristo llevó la cruz hasta el calvario.

—¡Pobre de mí! Mucho tiempo hace que he andado la *vía crucis*, y que estoy en el calvario. Sólo falta mi crucificación, y tal parece que me la tienen decretada aquellos mismos que más quiero en este mundo.

—Si mamita lo dice por mí, mire su merced que comete una verdadera injusticia. Bien sabe Dios que por aliviarle los pesares, de buena gana daría la sangre de mis venas.

—No lo demuestras, no se te conoce. Al contrario, parece que te complaces en hacer siempre lo que yo no quiero que hagas, lo mismo que te prohíbo. Si tú me quisieras como dices no harías ciertas cosas...

—¡Eh! Ya veo por donde va su merced.

—Voy por donde debo ir, por donde va toda madre que estima en algo el porvenir de sus hijos y su propio decoro.

—Si su merced no diera oídos a chismosos, lengua largas, se ahorraría más de un disgusto.

—Sucede, niña, que esta vez el chisme viene bien con lo que yo vi con estos ojos y oí con estas orejas que se han de comer la tierra.

En el calor de la discusión la muchacha había cobrado aliento y dijo:

—¿Qué ha podido ver ni oír su merced que no sea un chisme? Vamos, dígalo.

—Cecilia, lo que yo veo claro como la luz del día es que a pesar de mis amonestaciones y de mis consejos, tú buscas tu perdición como la mariposa la luz de la vela.

—Y si cierta persona, que es a quien su merced se refiere, se casa conmigo, me colma de riquezas y me da muchos túnicos de seda, y me hace una señora y me lleva a otra tierra donde nadie me conoce, ¿qué diría su merced?

—Diría que ese es un sueño irrealizable, un disparate, una locura. En primer lugar él es blanco y tú de color, por más que lo disimulen tu cutis de nácar y tus cabellos negros y sedosos. En segundo lugar, él es de familia rica y conocida de la Habana, y tú pobre y de origen oscuro... En tercer lugar... Pero, ¿a qué cansarme? Hay otro inconveniente todavía mayor, más grande, insuperable... Tú eres una chicuela casquivana... Mujer perdida, sin remedio. ¡Dios mío! ¿qué he hecho yo para que me castigue así?

La última exclamación la hizo *señá* Josefa, ya en pie y con las manos en los oídos, como para no oír por boca de la nieta la confirmación del mal juicio que se había formado acerca de sus opiniones sobre el matrimonio. Cecilia se puso también en pie y quiso seguir a la abuela, sea con la intención de calmarla, sea con la de justificarse, explicando o ampliando su idea; que se detuvo de repente porque en aquel momento asomó por la entreabierta puerta de la calle el bien conocido rostro de Nemesia.

CAPITULO XII

...Pero ponme
esa mano en este pecho.
¿No sientes en él, Matilde,
Un volcán? ¡Pues son mis celos!

J. J. Milanés

—Santos días por acá, —entró diciendo muy risueña Nemesia sin llamar a la puerta.

Pero se quedó callada e inmóvil no bien echó de ver la cara y actitud de sus dos amigas. La abuela había vuelto a desplomarse en la butaca, su sitio favorito; la nieta se mantenía de pie, junto a la mesa, en la cual apoyaba una mano, fluctuando visiblemente entre el dolor y la desesperación.

No pudo ser más oportuna la aparición de la amiga en aquellas circunstancias. La anciana había dicho más de lo que la prudencia aconsejaba, y la joven temía averiguar el sentido íntimo de las últimas palabras de la abuela. ¿Qué sabía ella? ¿Por qué usar un lenguaje tan embozado? Abrigaba fundadas sospechas o sólo pretendía intimidar?

La verdad es que en la disputa, con la conciencia alarmada, si no en posesión de hechos, ambas habían avanzado a un terreno resbaladizo, hasta allí vedado para ellas, donde la primera que entrase había de recoger larga cosecha de pesares y remordimientos. Por su parte, no creía *señá* Josefa llegado el momento de enterar a Cecilia de su verdadera posición en el mundo. Tal vez el lechero se había equivocado respecto de la identidad del joven; tal vez éste meramente pasaba por la puerta de la casa. Si V. quiere conservar la inocencia de una doncella, no la acuse, sin pruebas, de haber pecado. Por estas razones *señá* Josefa, aunque desazonada y llena de profundo pesar desde lo íntimo del pecho saludó con alegría la venida inesperada de Nemesia.

Por fortuna también, para sacar a las tres mujeres de su embarazosa situación, llamaron entonces a la puerta de la calle con un fuerte golpe de aldaba, modo desusado de llamar. *Señá* Josefa, siempre lista para estos casos, corrió a abrir, recibiendo, junto con un saludo profundo, un papel que le alargó un negro ya canoso, vestido decentemente de limpio. Tenía todo el aire de calesero de casa principal. Dada la carta, se marchó diciendo: No contesta.

No tenía, en efecto, contestación, ni venía dirigida a *señá* Josefa, sino al "Dr. D. Tomás de Montes de Oca. En mano propia". Llegaba a tiempo de calmar la ansiedad mayor de su espíritu atribulado. Con el auxilio de las gafas, que le alcanzó Cecilia, pudo ella mascullar para sí:

"Muy señor mío: De conformidad con lo que hemos hablado, doy la presente a la portadora, que se le presentará hoy mismo, a fin de que V. la explique lo que haya de hacerse en el asunto consabido. Está de más repetirle que responde a todo y que le vivirá eternamente reconocido S. S. S. y amigo Q. B. S. M.

C. DE GAMBOA Y RUIZ".

Leída una y otra vez la carta para enterarse mejor del contenido, miró por encima de las gafas, primero a la nieta, luego a Nemesia (que se estaba callada a esperar el resultado de aquella escena muda), conocidamente absorbida, y como dudosa del partido que debía tomar. Pero el "hoy mismo" de la carta la obligó a formar una resolución preguntando:

—¿Qué hora es?

—Son las ocho, —contestó Nemesia prontamente—. Acaban de mudar las guardias de la *suidad.* Como que oigo los tambores *entodavía.*

—¡Qué me alegro! —repuso *señá* Josefa—. ¿Estás tú hoy muy de prisa, hija mía? —añadió hablando con Nemesia.

—No, señora, ni un tantico. Iba a la sastrería de Uribe en busca de costuras. Pero si la vida dura, el tiempo es largo. Iré más tarde. Lo mismo da.

—Ahora bien, hija, tú me vas a hacer un favor: te quedas aquí en la compañía de Cecilia, intertanto doy un saltico a la Merced y vuelvo en un santiamén. ¿Te quedarás?

Sin aguardar respuesta se ciñó de nuevo la correa, se echó el chal de cañamazo por la cabeza y salió a la calle. Y no bien lo hizo cuando Nemesia se volvió de improviso para Cecilia, la cogió por ambas manos y le dijo:

—¿Qué te cuento, china? Acabo de toparme con él.

—¿Con quién? —preguntó Cecilia.

—Con tu adorado tormento.

—Y ¿qué bienes nos vienen con esa gracia?

—¿Es posible, mujer? Lo dices como si no te importara. Cuando digo que me he topado con él es porque creo que te interesa saber cómo, cuándo y dónde lo he visto. Vengo a buscarte.

—Yo no puedo salir.

—Para estos casos siempre hacen un poder las mujeres de pelo en pecho como tú.

—Mamita puede volver pronto y yo no quiero que me encuentre fuera.

—¿Qué importa? ¿Quién dijo miedo? No es lejos tampoco. Detrás de Santa Teresa.

—No sé qué sacaré yo con ir hasta allá.

—Tal vez un desengaño.

—Pues para eso no voy. No quiero desengaños tan temprano.

—Es preciso que vengas, mujer. Te interesa, te lo repito. Pronto.

—No estoy vestida ni peinada.

—No le hace. En un momento te pones el túnico, te alisas el pelo, te echas la manta por la cabeza y *naide* te conoce. Yo te ayudaré.

—Nene, ¿cómo dejamos la casa?

—Le echamos la llave a la puerta, y ojos que te vieron ir, paloma torcaza. Vamos, anda, No hay tiempo que perder. Podemos llegar tarde, cuando *haygan* volado los pájaros.

—Me da vergüenza salir a la calle de trapillos.

—*Naide* te verá. ¡Hombre! Ni que fueras a perder por eso el casamiento. ¿Vienes? Sería una lástima llevarnos chasco.

—¿Qué será? —pensó Cecilia entrando en el cuarto para prepararse, como lo hizo, en un dos por tres.

Había logrado Nemesia despertar la curiosidad y aun la alarma en el ánimo de la amiga, y de antemano saboreaba el placer de verla morir de celos.

Bastante trabajo costó a las dos muchachas el cerrar la puerta con llave. La oxidada cerradura estaba fija en el ángulo del marco y la traviesa a un lado, el picolete adherido a su arnella en la hoja macho al otro, mal ajustado en la alcayata que le servía de apoyo, y de consiguiente no entraba el cerradero en la hembrilla para que hiciera presa el pestillo. Al fin, lograron su objeto, haciendo uso Cecilia de más maña que fuerza; y echaron a andar a paso menudo, bajo la sombra de los tejados, en dirección del sur de la ciudad.

Detrás de las tapias del convento de Santa Teresa, opuesto a una casa de ventanas de poyo alto y rejas voladizas, había parado un carruaje, al cual se veían enganchados tres caballos apareados, de frente para la calle de la Muralla. El calesero montaba el de la izquierda, armado de machete largo y demás adminículos del oficio, en son de marcha. Al estribo inmediato a la acera había un joven dando los últimos adioses a una señorita en traje de viaje, que se hallaba sentada a la derecha de un caballero entrado en años y de aire respetable.

Ocupaba el poyo de la ventana mencionada un grupo compuesto de varias señoras y caballeros, todos conocidos nuestros; es decir, la familia Gámez, Diego Meneses y Francisco Solfa, despidiéndose de Isabel Ilincheta que, en unión de su padre, se volvía para Alquízar. Casi a un tiempo todos aquellos le dirigían la palabra desde la ventana y ella les contestaba, asomando a veces la cabeza por debajo del capacete, sin desatender el joven al estri-

bo, que apoyaba en él un pie mientras asía con la mano izquierda la abrazadera del quitrín.

En esto llegaban las dos muchachas por la parte del norte de la calle. Desde lejos reconoció Cecilia al joven que hacía de lacayo, Leonardo Gamboa. Y aunque no había visto todavía a la dama del carruaje, ni a derechas la conocía tampoco, adivinó quién podía ser. Andando, andando, formó la resolución de dar un buen susto a los dos, tal que les sirviera de castigo, si no de saludable escarmiento. Para ello, adelantóse a su compañera, le pegó un fuerte empellón a Leonardo, que, por no estar prevenido, perdió el equilibrio, resbaló y dio de costado en la concha del quitrín, a los pies de la sorprendida dama. Esta, ignorante de lo que pasaba, o juzgando que aquello no era más que una broma, aunque pesada, sacó la cabeza por debajo de la cortina para ver a la agresora, en cuyo momento, creyendo reconocerla, entre asustada y reída, exclamó: —¡Adela!

En efecto, Cecilia, sin el disfraz, pues se le había rodado el embozo a los hombros, la negra cabellera flotando, sólo sujeta a la altura de la frente por una cinta roja, con las mejillas encendidas y los ojos chispeantes de la cólera, era el trasunto de la hermana menor de Leonardo Gamboa, aunque de facciones más pronunciadas y duras. Mas ¡ay! reconoció ella pronto su error. Apenas se cruzaron sus miradas, aquel prototipo de la dulce y tierna amiga se transformó en una verdadera arpía, lanzándole una palabra, un solo epíteto, pero tan indecente y sucio que la hirió como una saeta y la obligó a esconder la cara en el rincón del carruaje. El epíteto constaba de dos sílabas únicamente. Cecilia lo pronunció a media voz, despacio, sin abrir casi los labios: —¡Pu...!

Nemesia se llevó por fuerza a Cecilia, Leonardo se incorporó como pudo, el señor Ilincheta dio la orden de marcha, el calesero pegó con el pie en los ijares del caballo de varas, dejando caer al mismo tiempo la punta del látigo en las espaldas del de fuera y el carruaje partió a buen paso, con lo que a poco más se perdió de vista en la esquina de la calle inmediata, por donde torció a la derecha en dirección de la puerta de las murallas de la ciudad, llamada *de Tierra.* En vano las señoras y caballeros en el poyo de la ventana esperaron ver alzarse la cortina del postigo posterior del quitrín y asomar el pañuelo blanco para decir el último adiós. Ni aquélla se movió, ni apareció éste tampoco, pregonando el hecho, desde luego, la desagradable impresión que había producido el lance en el ánimo de los desapercibidos viajeros. Más todavía, cuando recapacitaron en lo que acababa de suceder, ya no estaban allí las mulatas, ya había desaparecido Leonardo juntamente con el carruaje.

En la calle de la Merced, cerca del convento de este nombre, como quien va para la alameda de Paula, sobre la mano derecha, hay una casa de azotea, la única de la cuadra. La entrada, aunque amplia, pues admitía hasta dos carruajes en fila, no era de las llamadas propiamente de zaguán. Delante de la puerta había estacionado una mala volanta, a que se hallaba enganchado entre varas un caballo que para no desdecir de aquélla tenía más de Rocinante que

de Bucéfalo. Encaramado allá en la alterosa silla, hecha así por la multitud de sudaderos para mejor resguardo de los lomos de la bestia, descansaba a horcajadas el calesero negro, cuyo traje y aspecto no desdecían un punto del resto del equipaje. Mientras esperaba por el dueño, o dormía, o tenía en la mollera más aguardiente del necesario, porque le costaba trabajo mantener la cabeza erecta y alta, antes daba a veces con la frente en el pescuezo del caballo, que por su inmovilidad parecía de piedra.

Se le acercó *señá* Josefa por el lado de dentro y le dirigió la palabra repetidas veces, sin lograr que despertara o diera señales de vida. Bien es que ella, por respeto o por natural timidez, ni alzaba bastante la voz, ni osaba tocarle. No sabía su nombre tampoco, pero sospechando que se llamaba José, le dio éste repetidas veces en tono cariñoso: —José, José, Joseíto, ¿está ahí el Doctor?

Medio se incorporó el negro en la silla, e hizo muecas horribles en el afán de abrir los ojos, casi cegados por el polvo blanco de la calle, y dijo al fin: —*Yo no me ñama José, me ñama Ciliro, y mi amo el Dotor está ahí aentro, si no ha salío. Dentre, dentre.*

Después de darle las gracias al amable calesero, entró, en efecto, la anciana. Había en la sala varias personas de aspecto pobre y ambos sexos esperando por el médico, el cual en aquel momento no se hallaba presente. *Señá* Josefa le conocía, y desde luego le buscó por todas partes, con cierta inquietud, pues tal vez había salido; aunque el hecho de la volanta a la puerta y la presencia de los pacientes en la sala, indicaban que si estaba fuera de casa, no era para la visita ordinaria de enfermos que giraba todos los días después de almuerzo. Al fin alcanzó a verle en el patio, inclinado sobre un hombre que, sentado en una silla, emitía de cuando en cuando quejidos apagados, mas dolorosos, por donde se conocía que el Doctor ejecutaba una operación quirúrgica difícil. Era Montes de Oca cirujano hábil, no cabe duda, al menos atrevidísimo en el manejo de la cuchilla, tajando carne humana como quien taja hogazas de pan, siempre, es verdad, con acierto, tal vez por la misma sangre fría con que ejecutaba esas operaciones carniceras. Cuéntase, en efecto, que en cierta ocasión le abrió el vientre a un individuo para extirparle un absceso que se le había formado en el hígado, y que lo ejecutó con la mayor fortuna, pues no se le murió el paciente entre las manos, sino que sanó, al menos de aquella dolencia. Eso sí, era tan hábil como interesado y codicioso de dinero. A nadie curaba de balde; ni se movía de su casa sino para hacer visitas de paga al contado violento, o con promesa explícita de que se le pagaría bien su habilidad, reconocida generalmente, tarde que temprano.

Conoció luego *señá* Josefa que había terminado la operación, así porque había cesado de quejarse el paciente, como porque el Doctor, alzando el instrumento conque la había ejecutado, dijo:

—¡Ea! ya está V. despachado. Vea lo que tenía en el oído: un frijol, como un garbanzo, pues con la humedad de esa parte creció dos tantos de su natural tamaño.

—Gracias, Doctor, mil gracias. Dios le pague y le dé mucha salud. No sabe V. cuánto me ha atormentado ese frijol en el oído. Hacía más de diez días que no dormía, no comía, ni...

—Lo creo, —le interrumpió el Doctor con aire triunfante y no poco receloso—. Buen trabajo me ha costado extraerle el cuerpo extraño. Luego, la parte esa es tan delicada, que por poco que me fallase el pulso podían resbalarse las pienzas y dañarle el tímpano del oído y dejarle sordo por el resto de sus días. Bien. Ahora me paga V. mi trabajo, se marcha a casa y se da unos bañitos de cocimiento de malvas con unas gotas de láudano para calmar la irritación...

—¿Cuánto le debo, Doctor? —preguntó el hombre temblando, no ya del dolor, sino del recelo de que le pidiesen mucho dinero por una operación ejecutada, y eso brevemente.

—Media onza de oro, —contestó Montes de Oca con sequedad e impaciencia.

No tuvo el hombre más remedio que meterse la mano en el bolsillo del pantalón y sacar un pañuelo nada limpio, en una de cuyas puntas tenía atadas varias monedas, que ciertamente no hacían mucha mayor suma de la que había exigido el cirujano por la curación. Volvía éste para la sala, como acostumbraba con la cabeza baja y el hombro derecho derribado, cuando se encontró de manos a boca, cual se dice, con *señá* Josefa, a la que preguntó con voz gangosa:

—¿Qué quiere V., buena mujer?

Por toda respuesta *señá* Josefa le alargó la carta de recomendación.

—¡Ah! —agregó el cirujano después de haberla leído—. Tenía ya noticias de esto. El mismo señor D. Cándido estuvo aquí bien temprano y me habló del asunto. Pero debo decirle a V. lo que a él le dije, a saber: que no he visto aún a la enferma, que no conozco el caso y que sin conocerlo tendría que ser adivino para decidir lo que deba hacerse.

—No le contó el señor D. Cándido, —se atrevió a observar la anciana, toda temblorosa—, que el caso es desesperado, digo, que no da espera, porque depende la vida o la muerte...?

—Sí, sí, —la interrumpió el cirujano—. Algo me dijo sobre eso el señor D. Cándido. El caso es que no puedo atender a todo. Si me dividiese en diez me parece que no daba avío.[1] ¿Ve V. los que aquí aguardan por mí? Pues fuera me esperan muchos más, y todos con premura. Estimo al señor D. Cándido, sé que es generoso, desprendido y que sabe agradecer los favores que se le hacen. Deseo, puedo y está en mi mano servirle; creo que si le sirvo esta vez, ha de pagármelo bien. Mas V. que es mujr racional, conocerá que necesito tiempo, que debo examinar por mí mismo el caso antes de aventurar un diagnóstiico. Tal vez no tenga cura, tal vez sea peor el remedio que la enfermedad. No soy el médico brujo que a ciegas decidía y así salía ello.

[1]No daba abasto.

Sin embargo, quizás V. pueda darme mejores informes de lo que ha podido el señor D. Cándido, que, por lo que entiendo, conoce el caso de oídas. ¿Quién es la enferma?

—Mi hija, señor D. Tomás.

—¿Hija de V., eh? ¿Qué edad tendrá ahora?

—Va en los treinta y siete.

—Vamos, no es vieja. Hay ahí cuerpo todavía, y habrá resistencia. ¿Qué tiempo hace que enfermó?

—¡Ay, señor! Mucho tiempo, la vida de un cristiano, hará ahora diez y ocho años más bien más que menos.

—No, no quiero decir eso. ¿Desde cuándo entró en el hospital de Paula?

—Poco después de haber enfermado. Hace ahora algo menos de diez y siete años, porque la niña tendría unos dos meses de nacida cuando, por no poderla sujetar en casa, me vi obligada a ponerla en el hospital de Paula, según me aconsejó el médico Rosaín. Ya puede imaginar el señor Doctor lo que me costaría esta separación. Se me arrancó el alma...

—De suerte —añadió pensativo Montes de Oca—, de suerte que la niña...

—¿Mi nieta? —dijo *señá* Josefa.

—Sí, su nieta de V., hija de la enferma, ¿tendrá?...

—Va en los diez y ocho años de edad.

—¿Y qué tal?

—A Dios gracias, buena y sana.

—No, no es eso. Pregunto qué figura tiene, qué tal parece la muchacha.

—¡Ay, señor Doctor!, su figura y su parecer son los que van a acabar conmigo antes de mucho tiempo. Aunque me esté mal el decirlo, es lo más lindo en verbo de mujer que se ha visto en el mundo. Nadie diría que tiene de color ni un tantico. Parece blanca. Su lindura me tiene loca y fuera de mí. No vivo ni duermo por guardarla de los caballeritos blancos que la persiguen como moscas a la miel. Me tiene sin sombra.

—¿Y esa muchacha encantadora acompañaría a la enferma si la sacamos del hospital?

—Si el señor Doctor lo cree conveniente, me parece que sí la acompañaría.

—De convenir, creo que convendría, y mucho; pero se ofrece una dificultad. Veamos. ¿Qué tiempo hace que no se ven la madre y la hija?

—¡Qué! Hace pila de tiempo. Más de diez y siete años.

—¿Tanto? Malo. ¿Pero V. u otro le habrá hablado a menudo a la madre de la hija y a la hija de la madre?

—A la madre sí le he hablado frecuentemente de la hija, cada vez que he ido a verla; a la hija nunca de su madre. Estoy por creer que no sabe que existe.

—¿Conque no se ha intentado nunca el que se vean la madre y la hija?

—Nunca.

—Mal hecho.

—Así creía yo, pero el señor Doctor Rosaín, que fue quien la asistió en el parto y después del parto, me aconsejó que las separase, y después que a la madre se le remató el juicio, me repitió que no le hablase de eso a la hija, porque quería verla y era fácil que la loca, en uno de sus arrebatos la ahogase con sus propias manos. Pues es preciso que sepa el señor Doctor D. Tomás, que tomó la locura con la hija, diciendo que como había nacido blanca tenía a menos el tener madre de color.

—Vaya, pues. Se equivocó Rosaín. Es un buen médico, no se puede negar, sólo que en este caso me parece que perdió los papeles o que se le fue el santo al cielo. Si la madre y la hija se ven de repente, después de una larga separación, tal vez se efectúe una reacción, y las enfermedades se curan con reacciones o revulsiones, no con medicinas, particularmente aquellas en que aparece afectado el sistema nervioso. Somos todo nervio, nada más que nervio. Irritados los nervios cate V. la locura. Estaba pensando . . . Se había pensado llevar la enferma al campo, a una finca que poseo cerca del puerto de Jaimanita, a fin de ver si cambiando el aire y dándose unos baños de agua salada, se lograba la revulsión que se busca. Pero es que la hija no puede ir allá con la madre. Figúrese V. que en esa finca, en el ingenio de Jaimanita, digo, tengo sociedad con los Padres Belenitas. Lo administran y muchos de ellos se pasan en él buenas temporadas, en particular durante la molienda. ¿Qué escándalo no se armaría con la aparición de una joven tan linda como V. dice, en medio de aquellos benditos Padres? ¡La tentación! Dios nos libre. Más de uno de ellos perdería el juicio y se diría que yo tenía la culpa . . . Mas ya veremos modo de arreglar eso. Vuélvase V. por acá pasado mañana, que yo veré a la enferma entre tanto y diré a V. lo que haya de hacerse. Quiero servir al señor D. Cándido, puedo servirle, y me parece que será con beneficio de todos los interesados.

CAPITULO XIII

La alegría del corazón conserva la edad florida, la tristeza seca los huesos.

Parábolas de Salomón

En la época de que venimos hablando, eran *rara avis* los dentistas de profesión en la Habana. Siguiendo aquel refrán castellano que enseña: al que le duele la muela que se la saque, el oficio o arte dental lo ejercían, por la mayor parte, en las poblaciones, los barberos; en los campos los cirujanos, quienes armados con el potente gatillo de acero, no dejaban diente ni muela a vida.

Había también sacamuelas intrusos o aficionados. Entre éstos, uno de nombre Fiayo se había hecho célebre por la destreza y habilidad con que ponía las raíces al aire y sin dolores de esos apéndices de la masticación. Su fama y popularidad, sin embargo, provenían del hecho, primero, de no emplear instrumento quirúrgico de ninguna clase; segundo, de no llevar dinero por sus mágicas operaciones dentarias.

La hija mayor de los señores Gamboa, Antonia, hacía tiempo venía padeciendo de una neurosis de carácter agudo a la cara, cuyo asiento en la mandíbula superior daba lugar a presumir tenía por causa la caries de un molar. Los médicos consultados, después de probar la aplicación de apósitos, sanguijuelas, enjuagues y cabezales, sin fruto aparente, decidieron se hiciera la extracción. Pero la idea no más de que para llevarse a efecto había de emplearse el temible gatillo, ocasionaba sudores y desmayos en la dolorida joven.

Por aquellos días llegó a la Habana, desde el campo, el mágico dentista Fiayo, y, como de costumbre, se hospedó en casa del Doctor Montes de Oca. No bien llegó a oídos de doña Rosa la noticia, cuando dispuso le engan-

charan el quitrín, y sola, con la hija doliente, se dirigió a la calle de la Merced. Llena estaba la sala de pacientes, unos en solicitud de los consejos o remedios del médico, otros de los servicios del famoso sacamuelas. Este ocupaba el segundo cuarto, cuya puerta y ventana daban al patio, y era por eso el más claro y a propósito para las operaciones de la boca. Allí tenía una silla común de madera, en que hacía sentar al paciente con la cara para el Este, y en un dos por tres ponía al aire las raíces de la muela o el diente que le indicaba el interesado. Sucedía a veces que encontraba mayor resistencia de la que podía vencer con la fuerza del pulgar y del índice de la mano derecha; en cuyo caso, disimuladamente metía ésta en la faltriquera del chaleco, cual si pretendiera enjugársela, se armaba de una llavecita de hierro, convertía el paletón en gatillo, el tronco en palanca, y el éxito era instantáneo y seguro.

La entrada de doña Rosa Sandoval de Gamboa con su hermosa hija Antonia no causó poca sorpresa en las personas presentes en la sala, principalmente en Montes de Oca, que si bien era el médico de palacio y gozaba de extensa y merecida fama, no estaba acostumbrado a que le consultasen en su propia casa señoras tan distinguidas y en la apariencia ricas. Tamaña condescendencia y amabilidad no podían menos de obligar a un médico de las condiciones y calidades del que tratamos ahora; así fue que, abandonando desde luego a sus pacientes, salió a recibir y atender a las recién llegadas. No conocía él sino de nombre y de vista a doña Rosa, a pesar de la estrecha y antigua amistad que le ligaba con su marido. Pero a tiempo de acercársele y hacérsela presente, le pasó por la mente que tal vez la inesperada venida de aquella respetable señora tenía que ver algo con la enferma del hospital de Paula, de la cual hablaba precisamente con la anciana *señá* Josefa, en los momentos en que entró en la sala. Y una vez metido este extraño pensamiento en su cabeza, ya no hubo forma de sacarle de ahí.

—La señora esposa de mi caro amigo el señor D. Cándido Gamboa y Ruiz, si no estoy equivocado —dijo Montes de Oca.

—Servidora de V., —contestó secamente doña Rosa.

—Yo lo soy de V. muy atento. ¿Y esta es su señorita hija de V.?

—Sí, señor.

—Bien se conoce. Hermosa niña. Dios se la guarde. Tengan la bondad de pasar adelante y sentarse.

—No hay necesidad —dijo doña Rosa—. V. es persona muy ocupada, y luego venía solamente...

—Lo adivino; lo sé, mejor dicho; y perdone que la interrumpa —dijo Montes de Oca con desusada oficiosidad—. Me complace el ver que V. también se interesa por la salud de la enferma en el hospital de Paula. Tanta bondad y nobleza de alma son mucho de celebrarse. Lo veo, lo comprendo perfectamente, desea V. conocer cuanto antes cuál es mi diagnóstico acerca del estado de la pobre muchacha. Es de celebrarse.

No teniendo noticias de semejante enferma, la madre y la hija se miraron azoradas, azoramiento que el médico no sólo no entendió, sino que lo inter-

pretó por uno de aquellos sentimientos de admiración mezclados de gratitud que sienten las personas bien criadas cuando les adivinan sus pensamientos y se anticipan sus caros deseos. Halagada de este modo su vanidad, continuó diciendo, cada vez más satisfecho de su penetración:

—Diré a V., señora mía, con gran sentimiento, lo mismo que acabo de decirle a la anciana madre de la enferma, con quien me ha visto V. hablando hace poco. No es nada favorable mi diagnóstico. Con V. aun puedo ser más franco que con la madre. Ahí no hay ya fuerzas, sujeto, como decimos; quedan sólo alma en boca y huesos en costal, según se dice de los bozales recién llegados de Guinea. Su mal trae origen de una meningitis aguda, superveniente de un susto, que bajo el influjo de una fiebre puerperal, la privó del juicio y produjo un desorden general del sistema nervioso, cuyo estado ha pasado a crónico, para el que hasta ahora no se conoce remedio en la ciencia médica. En el día los síntomas más marcados son los de una consunción lenta, ya en el último período, cuyo término puede ser más o menos cercano, pero cierto y fatal, que, o mucho me engaño, o no podría alargar una hora, un minuto el mismo Galeno si para ello solamente volviese al mundo. Esta clase de enfermos acaban como las velas, así que se evapora el sebo de que están hechas. Se apagará su vida el día y la hora menos pensada. Lo peor de todo, *miseá* Rosa, es que ya es demasiado tarde para sacarla del hospital. Corremos el riesgo de que se nos quede muerta entre las manos, que se apague la vela en cuanto le dé el aire libre del campo. Siento mucho no poder llenar los deseos del señor D. Cándido . . .

En este punto hizo doña Rosa un movimiento de sorpresa que llamó la atención aun del embebido médico, obligándole a dejar trunca la frase. No era para menos la especie. Mujer más joven, menos precavida que ella, habría hecho una exclamación, demostrando mayor desazón y cólera. De tal naturaleza fue, sin embargo, la impresión que le causaron las últimas palabras de Montes de Oca, que cambió de color, poniéndosele rojo en el primer instante el rostro, y luego pálido, y desapareció, por supuesto, la plácida expresión con que había estado escuchando el ininteligible diagnóstico. Aunque de origen bien diverso, la misma sensación de extrañeza experimentó Antonia. No comprendía ésta, es cierto, por su juventud y ninguna experiencia, toda la malicia que podía encerrar el hecho de que su padre desease sacar del hospital de Paula a una muchacha enferma y desconocida para toda la familia, con el objeto de que se curase en alguna otra parte. Pero no se hallaba doña Rosa en el mismo caso. Lo que era oscura e insignificante, para la hija, era un mar de luz para la madre, la verificación de continuas sospechas, el aguijón de celos antiguos y siempre vivos. ¿Quién podía ser aquella moza, ni qué clase de relaciones tenía o había tenido con ella su esposo, que estaba empeñado en sacarla del hospital de Paula por medio del médico Montes de Oca? Debía ser una mulata, pues que su madre era casi negra. Se hallaba gravemente enferma, el médico la había desahuciado, estaría hecha un esque-

leto, fea, asquerosa, moriría ciertamente en breve; pero había sido su rival, había gozado a la par con ella del amor y de las caricias de Gamboa.

¿Por qué disposición del cielo averiguaba en la hora postrera un secreto tras el cual venía corriendo hacía más de una década? Ya era poco menos que inútil la venganza. La muerte se interpondría en breve entre la esposa y la manceba. ¡Qué desesperación! ¡Qué tumulto de pasiones! ¡Qué atar y desatar de cabos sueltos, ocultos, mas no olvidados en los rincones del pensamiento! Quería hablar, gritar, desahogar de alguna manera su corazón oprimido. ¡Cuánto alivio no le habrían proporcionado las lágrimas! Cristiana y discreta como era doña Rosa, sin duda hubiera dado en aquel instante la mitad de su vida por retrotraer los sucesos al año 13 ó 14, en que, joven todavía, llena de fuerza y de encantos personales, con menos cordura y calma, la hubiera sido fácil, plausible, hacer valer sus derechos de esposa, de madre y de señora.

Mientras revolvía todas estas cuestiones en la cabeza, obra que no le costó muchos minutos, sino segundos de tiempo, y sentía que la sangre se asomaba toda a sus mejillas, pasole por la mente lo de la niña en la Casa Cuna y su lactancia por María de Regla, la esclava ahora de enfermera en el ingenio *La Tinaja;* y dedujo, por necesaria consecuencia, que esa historia se relacionaba estrechamente con la mujer enferma en el hospital de Paula. ¿Buscaba, pues, Gamboa salvarle la vida a la madre de su hija bastarda? ¿Quién sería ésta? ¿Vivía aún? ¿La reconocía como tal padre? Fuerza era averiguarlo. Tal vez Montes de Oca estaba enterado. Haciendo un esfuerzo supremo, logró dominar la agitación ya a punto de embargarle los sentidos; y decidió apurar hasta las heces la copa de la curiosidad y de los celos. Así, tomando de nuevo el hilo de la conversación con Montes de Oca, que mostraba deseos de manifestar cuanto sabía, dijo:

—Yo también siento en el alma que no se pueda hacer nada de provecho con la pobre . . .

—Rosario Alarcón —sugirió el médico, viendo que doña Rosa titubeaba.

—Rosario Alarcón —repitió ésta—. Lo más presente que yo tenía. Mi memoria es flaca en esto de recordar nombres. Se lo dije a Gamboa que ya era demasiado tarde y no dudo que el desengaño le causará un verdadero pesar. Luego la hija, así que lo sepa . . .

—En cuanto a eso —repuso prontamente Montes de Oca—, pierda V. cuidado, *miseá* Rosa. La abuela ha tenido la habilidad de ocultarle a la hija hasta la existencia de la madre enferma.

—¡Es posible! —exclamó doña Rosa—. Parece increíble . . .

—Nada más fácil —continuó el médico—. Esto es, repito, lo que me ha contado la anciana que acaba de salir de aquí y que yo no hallo absurdo. Supongo que V. no ignora que cuando pusieron en Paula a la Rosario Alarcón, la hija era una chiquilla, sin uso de razón para echar de menos a una madre a quien después no ha visto.

—Conque la hija, una mujer hecha y derecha . . .

—Y muy linda, sin desdoro de los presentes —dijo Montes de Oca cortando otra vez la palabra a su interlocutora para interpretar a su manera un pensamiento no más que indicado.

—Quiere decir —dijo doña Rosa—, que V. conoce a la mozuela. Estaría aquí con la abuela.

—No, señora, no la he visto nunca. Hablo por boca de ganso, repito lo que me ha contado la abuela. Mejor dicho, no la veo desde el primero o segundo mes de nacida, cuando la Real Casa Cuna o de Maternidad estaba situada en la calle de San Luis Gonzaga, cerca de la esquina de la del Campanario Viejo.

—Luego tal es la niña para cuya crianza se tomó en alquiler a mi esclava María de Regla.

—Puede ser, yo no sé de eso jota.

—¿Cómo que no, si por orden de V. se me pagaron las dos onzas mensuales del alquiler mientras duró la lactancia de la susodicha niña?

—¿Por orden mía? Perdone V., *miseá* Rosa. No tengo idea de semejante inquilinato, y, por supuesto, de la tal mensualidad. ¿No estará V. equivocada?

—Vaya, señor Doctor —repuso doña Rosa—. ¿Es olvido o pura modestia de V.?

—Ni lo uno ni lo otro, mi señora. Positivamente no tengo noticia de lo que V. dice.

—Así será —dijo al fin doña Rosa, advirtiendo que el médico se ponía en guardia—. Comprendo lo que pasa por V.: no quiere que se hable más de este asunto. No añadiré palabra. Eso no obsta para que yo le manifieste mi complacencia por el uso que hizo V. de los servicios de mi esclava, cuando se le ofreció sacar de apuros a un amigo. Permítame le agregue, ya que se presenta la ocasión, que me negué a tomar un peso por el alquiler de la criandera, y que si al fin recibí el dinero fue porque se me dijo que de otro modo V. no la aceptaba.

Guardó silencio Montes de Oca. Unicamente inclinó respetuoso la cabeza como hombre que, cogido en un fallo, y sin salida plausible ni medios de defensa, se resigna y aguarda la sentencia. Pero lo poco que negó fue precisamente aquello de que debía estar más convencida doña Rosa, es a saber, del inquilinato de la nodriza y del salario que por ella la abonaron mes a mes durante cierto tiempo. En lo que sí se equivocaba lastimosamente era en dar por hecho que Montes de Oca había sido el contratante y pagado el dinero del supuesto alquiler. Sobre este particular importante había sufrido dicha señora un engaño: ¡su marido no le había dicho la verdad!

Ahora bien: a la vista de la persistente negativa del médico, ¿salió doña Rosa de su error? Difícil es la comprobación en tales casos, y por lo mismo nos limitamos a decir que, aclarados ciertos particulares oscuros sobre la mujer enferma y las relaciones que con ella y con la hija tenía su marido, lo demás se caía de su peso, se infería sin esfuerzo, y no era digno de una señora el informar a una persona extraña de secretos de familia que quizás

realmente ignoraba. Desistió, pues, del ataque y concluyó pidiendo al médico que le perdonase las molestias que le había ocasionado, sirviéndose decirle si Fiayo se hallaba dispuesto a examinarle la boca a su hija Antonia. Por sentado que lo estaba, y se ejecutó la operación con toda felicidad. Después, D. Tomás Montes de Oca tuvo la cortesía de acompañar a las dos señoras hasta el estribo del carruaje y de ayudarlas a montar en él. Y una vez sentada y emprendida la marcha en vuelta de la casa, doña Rosa se cubrió la cara con las manos y dio a llorar y sollozar sin medida ni consuelo; todo esto con extrañeza grande de la hija, quien, ocupada de su propio dolor físico, no había echado de ver la transformación del semblante de su madre así que se alejó de la presencia del médico.

Conviene advertir aquí, que a consecuencia de un disgusto con su padre por la salida a la calle tan de madrugada, según hemos referido ya, Leonardo hacía tres o cuatro días que no paraba en su casa, sino en la de una tía materna. Eso contribuyó a aumentar el pesar de doña Rosa. No sólo se negó a sentarse a la mesa, lista para el almuerzo, sino a darle explicación alguna a D. Cándido sobre los motivos de su sentimiento. En medio del llanto y de los suspiros, pronunció varias veces el nombre del hijo favorito, razón por qué las hijas, suponiendo que la ausencia de éste era la causa original de sus lamentos, despacharon a Aponte en su busca con el carruaje. Vino el joven, y al punto doña Rosa, rodeándole con sus brazos, le cubrió la frente de besos y de lágrimas. Dábale entre tanto los epítetos más cariñosos y le decía: Hijo del alma, ¿dónde estabas? ¿Por qué huías de las caricias de tu madre? Mi amor, mi consuelo, no te apartes de mi lado. ¿No sabes que tu triste madre no tiene otro apoyo que el tuyo? Tú no mientes, tú dices siempre verdad, tú eres el único en esta casa que conoce lo que vale una madre y esposa leal. Mi vida, mi corazón, mi fiel amigo, mi todo ya en el mundo, ¿qué ni quién tendrá bastante poder ahora para arrancarte de mis brazos? Sólo la muerte.

Al fin esta señora, casada, madre de familia, halagada por los dones de la fortuna y de la naturaleza, al llegar a su casa se encontró rodeada de varias personas que le eran muy queridas, que la respetaban y que se apresuraron a enjugar sus lágrimas, a ofrecerle consuelos y distracciones. Al fin, aquella angustia suya, dado que legítima, nacía de un mero desengaño en su vida conyugal, que por la época en que le recibió, bien se conocía que el ángel de su guarda se le había apartado de los ojos hasta la hora en que su conocimiento le fuese menos doloroso. Hasta allí un golpe de celos era lo único que venía a turbar la serenidad de sus días, por otra parte siempre plácidos e iguales.

Pero ¿qué había de común entre el pesar, el desengaño ni los celos de doña Rosa Sandoval de Gamboa, y el pesar, el desengaño y la desolación de la pobre *señá* Josefa, más desamparada y sola que antes desde el punto que se separó del médico Montes de Oca y volvió a cruzar el umbral de su casita en la calle del Aguacate? Con razón pudo entonces exclamar con el sal-

mista: Venid, cielos y tierra, aves que poblais el aire, peces que llenáis las aguas, brutos que holláis los campos, y decidme: ¿Hay dolor comparable con el dolor mío?

Nadie le preguntó por qué lloraba y se mostraba tan afligida. Cecilia, a quien encontró allí de vuelta, estaba harto disgustada para pensar en los disgustos ajenos. Nemesia también guardó un profundo silencio, diciendo sólo al despedirse de las dos: hasta después. Aun la imagen de la Virgen en el nicho, frente a su butaca, parecía que no debía ofrecerla esta vez consuelo. Transida por el dolor de la espada que le atravesaba el pecho, dirigía hacia otra parte sus amorosos ojos.

Y tal fue, después de todo, la indicación oportuna que recibiera *señá* Josefa en medio de su pavorosa soledad. La madre del Salvador del mundo, en los momentos de perderle enclavado en una cruz, claramente le enseñaba con su resignada, sublime actitud, que hay dolores tan grandes para los cuales no se encuentra consuelo aquí abajo, sino allá arriba, ¡en el cielo!

CAPITULO XIV

Meditando su pena
Dentro del pecho el corazón se abraza:
El fuego desordena
Los límites y pasa:
Y suelta ya la lengua, hablé sin tasa.

GONZÁLEZ CARVAJAL

La extraña conducta y frases irónicas de su cara esposa traían alarmado a D. Cándido Gamboa. Nunca había usado ella un lenguaje tan sarcástico. Por el contrario, en sus arranques de celos siempre había pecado por franca y desembozada. ¿Qué había averiguado de nuevo? ¿Dónde había estado aquella mañana, que le produjo tal cambio?

No entraban en el carácter, ni en las ideas de honor y dignidad de D. Cándido el pedir a su esposa la explicación del misterio, menos a los hijos con quienes pocas veces hablaba, mucho menos a los criados, alguno de los cuales sabía más secretos de la familia de lo que convenía a la paz y a la dicha del hogar. Hombre de mundo y astuto, creyó que podía dejar al tiempo y a la indiscreción de la mujer o de los hijos el salir de dudas más tarde o más temprano.

Adoptó, eso sí, mayor cautela, observó con doble atención; y he aquí la sola novedad que se operó en su conducta en adelante respecto de su familia. Ni tuvo que mantener larga expectativa tampoco, porque días después, en la mesa del almuerzo, se habló de la neurosis facial de Antonia y del alivio que sentía después de la extracción de la muela por Fiayo. No necesitó de más D. Cándido: su mujer había estado en casa de Montes de Oca, donde era notorio que aquél paraba y ejecutaba sus operaciones dentarias.

Precioso dato éste; sólo que, en vez de ayudarle a resolver el enigma, contribuyó a desorientarle y hasta cierto punto a adormecer sus recelos. Porque no cabía en su cabeza que el médico hubiese hablado a su esposa de la moza enferma en el hospital de Paula. Por flojo de lengua que le supiese, no podía imaginar siquiera que llevase la candidez (malicia no era) al extremo de comunicar a una persona extraña que veía por la primera vez, un asunto con el cual no tenía relación ni interés alguno. ¿Con qué motivo, tampoco, suscitar la conversación? Daba por hecho Gamboa, además, que él había hablado al médico sobre la enferma en confianza, y aunque no le había exigido el secreto, se entendía que debía observarse en todas circunstancias.

Ya se ha visto cuán falaces eran todos estos razonamientos de D. Cándido. Del mismo erróneo tenor fue la reflexión de que *señá* Josefa, encontrándose por casualidad con doña Rosa en casa de Montes de Oca, tuvo una explicación, o habló delante de ella de la enferma en el hospital de Paula. En esta persuasión la esperó varias mañanas seguidas al postigo de la ventana de su casa.

Inútilmente. El médico había sido todavía más franco, diríamos, más rudo con la anciana que con doña Rosa. De una vez le quitó toda esperanza, cuando en el lenguaje vulgar, no en el de la ciencia, le desahució a la hija. Para una mujer de sus años, agobiada por los trabajos y los pesares, cada vez más descontenta de su nieta, que llevaba, al parecer, el mismo camino de la madre moribunda, era aquella noticia más de lo que su espíritu y su cuerpo podían sobrellevar. Para valernos de sus propias palabras, ya había ella andado la *vía crucis,* se hallaba en la cima del calvario, solo faltaba la *crucificación,* la muerte que compasiva, pondría fin a una existencia ya muy larga para lo que había sufrido, tela inacabable de privaciones y de sacrificios.

De este golpe no se repuso más. Tras el llanto y otras demostraciones de dolor, acudió con doble ahínco que antes al rezo, a la oración, a la confesión y comunión casi diarias, a la penitencia continua, recayendo al cabo en aquel estado de indiferencia y apatía mental y corporal para los negocios del mundo, que tanto se asemeja a la fatuidad o a la demencia. No parece sino que de repente se le había apagado el fuego misterioso que desde los primeros años de su existencia venía comunicando calor a su sangre, actividad a su espíritu. Porque dejó de ser comunicativa, se encerró en sí misma, descuidó a la nieta, se ocupó solamente de los actos de devoción que eran en ella una segunda naturaleza, un movimiento automático, se echó a dormir, en una palabra, desde entonces el sueño de la vida.

Tal y tan repentino cambio no pudo menos de llamar la atención de Cecilia, quien, si al principio se aprovechó de él para satisfacer sus pasiones y caprichos, sintió luego mayor compasión y ternura por su abuela. Conociendo que sin enfermedad aparente, el día menos pensado caería muerta, empezó a asustarse y ocuparse más de su propio porvenir. En breve se quedaría sola en el mundo, destituida de parientes, de amigos respetables, de amparo, y redobló sus cuidados con la abuela, fue con ella más amable y servicial de lo que ja-

más había sido en su vida. Pero sus caricias, sus palabras amorosas, sus asiduos oficios de hija sumisa y tierna no obtenían correspondencia digna de este nombre, no excitaban a veces más que una sonrisa fría y . . . pavorosa para la inexperta joven, que creía ver en eso un signo de anticipada decrepitud, si no de demencia. Ni era que la anciana había perdido ya la facultad de sentir, porque más de una vez la sorprendió la nieta con las mejillas húmedas de las lágrimas. Si este fue el estado de *señá* Josefa inmediatamente después de su última entrevista con Montes de Oca, mal pudo ella acercarse a D. Cándido para hablarle de un asunto casi borrado de su memoria.

No era por cierto mucho más llevadera la situación de este caballero. Seguía guardando con él su esposa desusada reserva, tal que rayaba en despego; al paso que, como por pique, hacía con su hijo Leonardo dobles extremos de cariño y de ternura. Cada vez que salía a la calle, le acompañaba hasta el zaguán y allí le despedía con besos y abrazos repetidos. Si volvía tarde de la noche, cosa frecuente, le esperaba anhelosa a la reja de la ventana cual se espera a un amante, y lejos de reñirle cuando llegaba, le besaba y abrazaba de nuevo, como si hubiese durado largo tiempo su ausencia, o corrido un grave peligro fuera de casa. Todo le parecía poco a dicha señora para el hijo mimado. Ocioso es añadir que se anticipaba a sus gustos, que le adivinaba los pensamientos y que acudía a satisfacérselos, no como madre, sino como enamorada, con apresuramiento y afán de pródiga, sin pérdida de tiempo y costara lo que costase. Si al volver de una de sus correrías insinuaba siquiera que se sentía cansado o doliente, ¡santo Dios! ponía ella la casa toda en movimiento, haciendo que las hermanas, los criados, el Mayordomo, todos, no se ocupasen de otra cosa que del alivio y bienestar del enfermo.

Así tuviese D. Cándido la calma del buey o la paciencia de Job, por fuerza que habían de cargarle estas cosas; más, hacerle hervir la sangre, no tanto porque la madre contribuía con sus halagos intempestivos a la perversión del hijo, cuanto porque así tiraba a mortificar al padre. Tan hostigado se vio, que la dijo un día:

—Si de propósito te pusieras, Rosa, a perder al muchacho, me parece que no lo harías mejor.

—No eres tú quien puede hacerme el cargo, —contestó ella con mucho énfasis.

—No obstante, te lo hago.

—Lo veo, y lo atribuyo a que los hombres pierden a veces el. . . pudor.

—Dura es la palabra, mas la paso en obsequio de la paz.

—No la pases, si te parece. Lo mismo da.

—Es que se me figura que olvidas que yo estoy tan interesado en este asunto como tú.

—¡Tú interesado! Tú interesado como yo en la buena o mala conducta del niño! Graciosa salida por cierto. Lo dudo, no lo creo, lo niego.

—En vano es negarlo, señora; no sería su padre si otra cosa dijese.

—Pues bien, yo que soy su madre, que le di el ser, que le crié en mis brazos, digo a V. que puede excusarse el trabajo de velar por la suerte del niño. El no tiene necesidad de los cuidados de padre, le bastan los de su madre.

—Eso no quita que yo mire con inquietud cómo la madre a posta echa a perder cada vez más al mozo.

—No creo que le importe mucho al padre que se pierda o se salve.

—Me importa más de lo que V. se figura, señora mía. Si no llevase mi nombre...

—¡Lindo nombre en verdad, donoso!

—Tan bueno es como el de otro cualquiera. Para mí vale mucho.

—Creería que eso era así si no hubiese visto que V. mismo le ha arrastrado por el suelo. Lindo nombre, digo. Esté V. seguro que si lo que he sabido ahora lo hubiese sabido hace veinte y cuatro años, mi hijo no llevaría el nombre que lleva. Pero yo tengo la culpa. No me sucedería esto si me hubiera llevado por los consejos de mi madre, que santa gloria haya.

—¿Y qué os aconsejó vuestra buena madre? ¿Se puede saber?

—No tengo embarazo en decirlo, pues me dijo: hija, no te cases con hombre de opuesta religión o naturaleza a la tuya.

—Lo que tanto vale como decir, me parece, —agregó D. Cándido bastante mortificado— que a V. le pesa ya haberse casado conmigo. ¿Hubiera V. preferido a un criollo jugador y botarate? Por supuesto.

—Tal vez —repuso doña Rosa con mayor suavidad de tono mientras más punzantes eran sus palabras—. Pero jugador o no, es probable que el criollo, el paisano mío, se hubiera portado conmigo con más lealtad y decencia. De seguro que el criollo no me hubiera engañado por el espacio de doce o trece años...

—¡Acabáramos! —exclamó Gamboa respirando con más libertad—. Protesto contra la acusación. Yo no la he engañado nunca.

—¿Y tiene V. el valor de negarlo? ¿Quién sino V. me aseguró una y otra vez que María de Regla criaba a la hija bastarda de un amigo de Montes de Oca? ¿Quién pagó las dos onzas de oro del supuesto inquilinato mientras duró la crianza de la chiquilla? No, no fue V. Fue otro, fue el amigo reservado de Montes de Oca. El dinero, si es verdad, no salió del bolsillo de V., salió del mío; por mejor decir, me lo quitó V. con una mano para devolvérmelo con la otra.

—Ladrón, ladronazo; ni más claro ni más turbio, —dijo D. Cándido tratando de echar la cosa a broma.

—Lo ha dicho V. Y de que es exacta la calificación se prueba con el hecho notorio de haber sido mi caudal mucho mayor y más saneado que el de V. cuando nos casamos.

—No tiene V. necesidad de recordármelo.

—¡Cómo que no! —estalló doña Rosa con entereza—. Aún tengo que recordarle otras cosas. Pues debo decirle que en caso igual mi marido el crio-

llo quizás juega su dinero y el mío, pero de seguro que no hubiera gastado un peso en amoríos con mulatas. De seguro que no habría ido a Montes de Oca para que le sacara la manceba del hospital de Paula y se la curase en el campo. De seguro que no se desatinaría por una mozuela cuyo padre verdadero sabe Dios quién es.

—¿Con que todo eso me tenía reservado la señora doña Rosa Sandoval y Rojas?

—He aquí cómo me explico —continuó ésta sin hacer cuenta de la salida burlona de su marido—, el odio, sí, el odio, ni más ni menos, que V. siempre le ha profesado a mi hijo. He aquí el verdadero motivo del empeño de V. en separarlo de mi lado y mandarlo a comer cebollas y garbanzos en España. Temía V. que descubriese lo que su madre acaba de descubrir por una rara casualidad. Temía que le despreciase y tuviese a menos el llevar el nombre de V., al ver con sus ojos los cenagales por donde V. ha venido arrastrándolo. Temía que se avergonzase e indignase de que su padre, no un criollo jugador y botarate, sino todo un hidalgo español, se la pegaba a su madre con una mulata sucia, que purga sus penas y pecados en un hospital de caridad.

—Espero que V. acabe para...

—¿Que yo acabe espera V.? —le interrumpió doña Rosa sonriendo desdeñosamente—. No tengo cuándo acabar. ¿Para qué tampoco había de acabar? ¿Ni qué puede decir V., si yo le oyera, en atenuación de su mala conducta con la más leal y consecuente de las esposas? ¿Podría, se atrevería V. a negar los hechos que le acusan?

—Negarlos a bulto no, explicarlos sí, y de manera que V. misma se convenciese que no soy el malvado que su imaginación le pinta.

—No quiero oír más explicaciones. Sobrado tiempo me ha tenido V. engañada con sus cuentos y enredos.

—Veo, pues, que V. lo que se propone es desfogar su cólera, no dar oídos a la razón y a la justicia.

—Lo que yo me propongo, señor D. Cándido Gamboa y Ruiz —dijo su mujer alzando la voz y con ademán solemne—, es que V. no continué derrochando mi dinero ni el de mis hijos en *querindangos* y en la familia de la querida. Sobre esto y sobre lo de maltratar a mi hijo para que le pague sus desengaños en amor, mi resolución está tomada: o V. se enmienda o yo me divorcio.

Con lo dicho D. Cándido se retiró a su escritorio callado y serio. Y su retirada la saludó doña Rosa con sinceros aplausos desde el fondo de su pecho. Porque es bueno que se sepa, que mientras duró el vivo diálogo que acaba de leerse, estuvo ella haciendo un gran esfuerzo sobre sí misma, a fin de decir cuanto tenía encerrado en largos años de zozobras y sospechas, antes que sus más nobles sentimientos recobrasen el acostumbrado imperio y se echase a perder la lección que había pensado darle a su marido. Bueno es decir, además, que ella se había casado por amor, no obstante la oposición de su madre, y quizás por eso mismo; y no quería romper con el padre de sus hijos y constante compañero. Después, en los veinte y cuatro años de matrimonio, no había

tenido ocasión plausible de arrepentirse, por mucho que no hubiese sido nunca ejemplar la fidelidad de D. Cándido.

También se habrá echado de ver en el curso de la presente verídica historia, que D. Cándido, antes y después de casado, como se dice vulgarmente, no había reservado pluma. Bastante galán y de apuesta persona, en su mocedad había sido muy enamorado o mujeriego; y tal era su falta más de bulto. Pero a pesar de la rudeza de sus maneras y de su poca cultura, había bondad e hidalguía en el fondo de su corazón, prendas éstas que redimían en gran parte aquel defecto. Precisamente porque amaba mucho y bien y era hombre de conciencia, cuando contraía un compromiso, fuera de la naturaleza que fuese, hacía cuanto estaba en su mano por cumplirlo, arrostrando a veces para ello con frente serena las dificultades todas que se le presentaban.

Diez y ocho o veinte años atrás, esto es, cuatro o cinco después de casado, ya con dos hijos de su legítima mujer, tropezó con una mozuela de singular belleza. Sin saber cómo ni cuándo contrajo con ella relaciones clandestinas; lazo fácil de formar cuando el hombre es joven, rico y buen mozo y la mujer bella, en los quince y de la raza mezclada. De estos necios amoríos resultó una niña, la cual D. Cándido se empeñó en salvar, primero de la muerte cuando infante, luego de la miseria, de la oscuridad y de la degradación cuando joven. Un compromiso le metió en otro y otro, no ya sólo respecto de esa niña, sino de su abuela, que pronto tuvo que ejercer con ella los oficios de madre; aunque ninguna de las tres estaba ya en aptitud ni situación de apreciar sus favores ni de reconocer sus costosos sacrificios.

Pasado el tiempo de la efervescencia, el más propicio para las locuras de la mocedad, empezó a turbarle no poco el ánimo el recuerdo de sus debilidades. De esa fecha datan sus luchas tremendas para llenar sus obligaciones de amante y padre adúltero, sin descuidar las sagradas de esposo y honrado padre de familia. Pero los celos de doña Rosa, excitados a lo sumo por el orgullo de raza y de señora casada, por sus ideas sobre la virtud de la mujer y los deberes de la madre de familia, la ocupaban de manera y ofuscaban hasta tal punto su razón, que no le permitían notar que su marido estaba plenamente arrepentido de sus anteriores faltas, y que para enmendarlas ponía todos los medios que estaban a su alcance. Mientras dicha señora, justamente ofendida, le echaba en cara sus extravíos de mozo, no veía que laceraba una a una todas las fibras de su corazón; no veía que ya no existían ni podían existir después los motivos de celos que tanto la habían desazonado; no veía, en fin, que deplorando el pasado desde el fondo de su alma D. Cándido de algún tiempo a esta parte, sólo trataba de evitar un gran escándalo, una catástrofe en no lejano porvenir.

CAPITULO XV

Perdí el desamor
Con las libertades;
Quísele bien luego,
Bien le quise, madre.
Empecé a quererle,
Empezó a olvidarme:
Rabia le dé, madre,
Rabia que le mate.

L. DE GÓNGORA

Cursaban las horas, los días y las semanas, y no llegaban a la ciudad letras ni noticias de Isabel Ilincheta, desde su partida para Alquízar. Cierto que eran entonces difíciles y raras las comunicaciones de la capital, aun con los pueblos de su misma jurisdicción. Pero no escaseaban los correos privados, trajinantes o buhoneros, que se prestaban a llevar y traer cartas y líos sin cargar porte. Y de éstos acostumbraba a valerse Isabel para mantener correspondencia con sus primas las Gámez y con Leonardo.

Salía éste bastante preocupado de casa de esas señoritas al oscurecer del 6 ó 7 de diciembre, al propio tiempo que bajaba la calle en dirección de la de Teniente Rey una mujer, cubierta la cabeza con una manta oscura. Pareciéndole que la conocía, apresuró el paso, le ganó pronto la delantera, la observó de soslayo y la detuvo, visto que era Nemesia.

—¿Qué prisa es ésta? —le preguntó Gamboa.

—¡Ay, Jesús! —exclamó la muchacha—. ¡Cuidado que el caballero me ha dado un buen susto!

—Como que te me querías escapar de rengue liso,[1] —dijo Leonardo haciendo uso del lenguaje de la gente de color.

[1]De modo oculto.

—No es mi natural el escaparme de rengue liso ni labrado, y menos de las personas de mi estimación.

—De tu estimación. ¿Soy yo por ventura de ese número?

—El primerito.

—El que te crea que te compre.

—¿Lo duda el caballero?

—¿Cómo que si lo dudo? No lo creo, porque dice el refrán que obras son amores y no buenas razones.

—¿Qué pruebas tiene el señor para decir eso?

—Muchas. Te daré una, la más reciente. El día en que me despedía de una amiga a la puerta de la casa de donde acabo de salir, ¿quién trajo a Celia para que me viese y se encelara conmigo? Tú. Nadie más que tú.

—¿Quién se lo dijo?

—Nadie. Lo sospeché entonces, y ahora estoy convencido de ello. Tú eres más mala que Aponte, como decía mi abuela.

—No lo crea el señor —dijo Nemesia retozándole la risa en los ángulos de la boca—. Créame el caballero, todo fue una pura casualidad. Yo iba a buscar costura en la sastrería de *señó* Uribe y Celia quiso acompañarme.

—Sí, hazte ahora la santica y la inocente. Sábete que cometes un pecado en declararme la guerra. Si lo haces porque te figuras que no hay en mi corazón amor más que para Celia, mira que te equivocas. Hay para ella, para la amiga en el campo y todavía queda para las malagradecidas como tú un mundo de cariño.

—Ahora sí que yo digo que el que crea al caballero que lo compre.

—Tienes que creerme, porque te lo digo y porque tú eres la mulata más salerosa que pisa la tierra.

—¡Lisonjero! ¡Veleidoso! —exclamó Nemesia conocidamente pagada del requiebro—. Cuidado que los hombres son malos. Sólo que a mí no me gusta partir con *naiden* ni ser plato de segunda mesa.

—En siendo plato, mujer, no importa de qué mesa. ¡Ay de las que no son plato de ninguna!, porque es la prueba de que se quedaron para tías y para vestir santos. Celebremos un trato: no me hagas la guerra.

—Dale con la tema: yo no le hago la guerra al caballero.

—Sí, sí, me la haces. Lo veo, lo conozco. Celia está brava conmigo por ti. Pero has escogido un mal camino para alejarme de ella. No le eches leña al fuego. Aquí, aquí —añadió oprimiéndose el lado izquierdo del pecho con ambas manos—, aquí hay lugar para Celia y para su más tierna amiga.

—No. Para que yo *dentrara* ahí habría de ser sola, solita. No quiero compañía en el corazón del hombre que yo ame.

—¡Egoísta! —le dijo Leonardo echándole una mirada amorosa.

Y se separaron, tirando Nemesia hacia la calle de Villegas en dirección de su casa en el callejón de la Bomba, y Leonardo todo derecho a la calle de O'Reilly.

Había aquélla oído de los labios del joven, de quien estaba perdidamente enamorada, que cabía en su corazón juntamente con Cecilia. Tal vez la cosa no pasaba de una mera galantería. ¿Qué decimos? Leonardo sólo se propuso propiciarla, halagando de paso su vanidad femenil con la esperanza de que en cierta contingencia podría ver realizado su amoroso deseo. Mas ella reflexionó que si cabía, lo más difícil en su concepto, bien podría suceder que entrase acompañada y se quedase sola y dueña del campo. Así que el descubrimiento, además de causarle un regocijo indecible, la confirmó más en el plan sobre cuya ejecución venía trabajando hacía algún tiempo. Para llevarle a debido efecto, dos medios se ofrecían a su traviesa imaginación. Con el conocimiento que tenía de los rasgos más marcados del carácter de su amiga, una índole eminentemente celosa, unida a una soberbia desapoderada, juzgó Nemesia, y juzgó bien, que si excitaba a lo sumo ambas pasiones, aun cuando no lograse que rompiera con el amante, ni suplantarla en el amor de éste, haría al menos que él la abandonase.

En la escena debía jugar José Dolores su hermano un papel principal. Daba por hecho que Cecilia no le amaría nunca. Esto poco importaba, porque una vez torcidos los amantes, no sería difícil infundir a Gamboa, por lo mismo que en su pique con el blanco era natural que ella se prestase a coquetear con el mulato. Ya veremos el desenlace fatal de estas intrigas

Sucedió que al desembocar Leonardo Gamboa en la calle de O'Reilly, se separaba de la ventanilla de la casa de Cecilia un hombre que tenía toda la traza del hermano de Nemesia. Picó aquello su curiosidad, por lo cual, sin previo aviso, se acercó a media carrera, y con la punta de los dedos levantó el canto de la cortina blanca. Detrás se hallaba Cecilia sentada en una silla, con el codo descansando en el poyo de la ventana y la barba en la palma de la mano. Al reconocer a su amante en la persona que había levantado la cortinilla, no manifestó sorpresa ni alegría.

—Sí —le dijo él, muy mortificado por lo que había visto y por la indiferencia con que ella le recibía—. Sí, disimula ahora. ¿Quién no la ve ahí? Parece que no quiebra un plato. ¿Qué haces?

—Nada —contestó seca y lacónicamente.

—¿Está fuera tu abuela?

—Sí, señor. Ha ido a la salve, ahí enfrente.

—Abre pues. Déjame entrar.

—De ninguna manera.

—¿De cuándo acá tanto rigor?, quisiera saberlo.

—No sé. V. dirá.

—Lo que yo sé es que de aquí acaba de salir un hombre.

—No, señor. Aquí no ha estado nadie desde que salió Chepilla.

—Le he visto con mis ojos.

—Sus ojos le engañaron. Ha sido una ilusión.

—Qué ilusión ni qué *muerto*. Le vi, le vi, no me queda género de duda.

—Entonces creeré que V. ve visiones.

—No me hables más con ese aire desdeñoso, despreciativo diría, que me parece intolerable y ajeno de ti y de mí. No disimules tampoco ni busques persuadirme que fue un duende y no un hombre de carne y hueso el que acaba de alejarse de esta ventana, tras de la cual te encuentro sentada y al parecer muy tranquila.

—¡Ah! Ya eso es otro cantar. Puede V. haber visto un hombre parado donde está V. ahora. Lo que yo niego y negaré siempre es que V. le viera salir de aquí, porque él no puso los pies en esta casa.

—De todos modos salió de aquí, de este lugar, estuvo conversando contigo y necesito saber quién es y qué buscaba.

—"Necesito" —repitió Cecilia con desdén—. ¡Qué guapo! ¿Ha de ser a la fuerza? Pues no lo digo.

—Sea como fuere, tienes que decírmelo, o de lo contrario me peleo contigo y no me vuelves a ver la cara en la vida.

—Eso es lo que yo quisiera ver.

—Lo verás. En fin, ¿me dices quién es?

—No lo digo.

—Tú parece que quieres jugar conmigo.

—No juego, hablo de veras.

—Bien. Abre la puerta y déjame entrar, porque me da vergüenza que me vea la gente que pasa. Van a figurarse que estamos peleando.

—Y se figurarán lo cierto.

—Vamos. ¿Te dejas de retrecherías?

—Yo digo lo que siento.

Leonardo la miró un rato con fijeza, como para medir el alcance de sus palabras, y trató luego de cogerle la mano que ella retiró, y después la cara con igual resultado. Cecilia no parecía dispuesta a ceder un punto de la actitud tomada desde el principio. ¿Sería ella capaz de dejarle por otro hombre? ¿Era el preferido aquél que vio alejarse de la ventana? Tanteemos un poco más, se dijo para sí, y en seguida añadió alto:

—¿Qué tienes tú en realidad? ¿Se puede saber?

—¿Yo? Nada.

—Si te encierras en ese círculo vicioso de: no sé nada, no lo digo, creo que lo mejor será que yo me vaya con la música a otra parte.

—Como V. guste.

—Cada vez te entiendo menos, Celia. Sospecho, sin embargo, que no dices ahora lo que sientes, y que si diera asenso a tus palabras de poco vivir y me marchase, habías de derramar lágrimas de sangre. ¡Cómo! ¿Te quedas callada? ¿Qué dices? Contesta.

Iba siendo demasiado larga y violenta la posición asumida por Cecilia para que durase mucho tiempo. Amaba de veras. Si persistía en su desacostumbrada severidad, tal vez ahuyentaba al amante; fuera de que no tenía prueba patente de su inconstancia. Por todas estas razones, cuando fue precisada a

responder categóricamente, inclinó la cabeza y rompió a llorar con grandes sollozos.

—¿Lo ves? —le dijo él bastante conmovido—. Ya sabía yo que en esto vendrían a parar tus bravezas. Tu corazón me quiere cuando tus labios me desdeñan. ¡Bah! Se acabó todo. No llores más, mi vida, porque concluiré por llorar contigo. Ahora lo que corresponde es: pelillos a la mar y tan amigos como siempre.

—Sólo bajo una condición haría yo las paces contigo —acertó a decir Cecilia entre sollozo y sollozo.

—Admitido. Afuera con esa condición.

—No. Es preciso primero que prometas cumplirla.

—¡Hombre! Eso es mucho pedir. Tal vez no está en mis facultades. Pero, ¿quién dijo miedo? Sí, prometo.

—No vayas al campo en las próximas Pascuas . . .

—¡Celia, por Dios! ¡qué caprichos tan extraños tienes tú! ¿De qué nace tamaña exigencia? Sin duda te figuras que me alejo para siempre o que te he de olvidar. Reflexiona y no me pidas imposibles.

—Lo tengo bien pensado. ¿Te vas o te quedas?

—No me voy ni me quedo; porque una ausencia de quince días en el campo no va a ninguna banda, no es una ida ni una quedada formal.

—Está bien —dijo Cecilia con firmeza, enjugándose las lágrimas—. Ve. Yo sé lo que he de hacer.

—No tomes resolución que luego te pese. Te ruego de nuevo que reflexiones y veas mi posición tal cual es. ¿Te parece fácil que yo permanezca en la Habana mientras toda mi familia está en el ingenio de *La Tinaja* cerca del Mariel? Pues no lo es; en primer lugar no habrá en casa sino el Mayordomo con algunos criados. En segundo lugar, aunque yo pretendiera quedarme, mi madre no lo consentiría, mucho menos mi padre. La marcha será del 20 al 22 para volver después del domingo de Niño perdido. ¿Comprendes ahora?

—Lo que comprendo es que vas a divertirte en el campo con una mujer que detesto sin conocerla a derechas, y que no puedo, no debo ni quiero consentirlo.

—Eres muy celosa, Celia. He aquí tu único defecto. Si yo te amo más que a mi vida, más que a todas las mujeres del mundo ¿no te basta? ¿qué más quieres? Por otra parte, esta corta ausencia nos conviene a los dos, así nos querremos con mayor ternura a mi vuelta. Después, en abril entrante me recibiré de Bachiller en Derecho y entonces tendré más liibertad para hacer lo que me dé la gana. Ya verás, ya verás cuánto vamos a gozar. Yo para ti, tú para mí.

Para este tiempo Cecilia se había puesto en pie, esperando quizás la retirada de su amante, callada y pensativa. Su hermoso busto, sus hombros y brazos torneados cual los de una estatua, el estrechísimo talle que casi se podía abarcar con ambas manos lucían a maravilla, alumbrados a medias por la bujía

en el interior, en contraste con la oscuridad ya reinante en la calle. Más enamorado que nunca de tanta belleza, Leonardo añadió con la mayor ternura:

—Lo que falta ahora, cielo mío, es que me des un beso en señal de paz y de amor.

Cecilia no respondió palabra ni hizo el menor movimiento. Parecía transfigurada.

—¡Vaya con Dios!, —dijo el joven desconsolado—. ¿Tampoco me darás la mano?

El mismo silencio, igual inmutabilidad. La conversión no podía ser más completa, pues si respiraba, no daba señales el redondo y levantado seno, de agitación ni de perceptible movimiento.

—Tu abuela va a venir —agregó Gamboa—, yo no quiero que me vea. ¡Adiós, pues! ... ¡Ah! ¿Me dirás el nombre de la persona que hablaba contigo cuando yo llegué?

—José Dolores Pimienta —contestó Cecilia en tono tan breve como solemne.

Sintió Leonardo que toda la sangre se le agolpaba al rostro y que le quemaba las mejillas; y como para mejor ocultar la impresión que le había causado aquel nombre en boca de Cecilia, se alejó de allí a toda prisa, a la sazón que los fieles salían del convento vecino.

Por su parte Cecilia se dejó caer en la silla y lloró amargamente.

CAPITULO XVI

¡Conciencia, nunca dormida,
mudo y pertinaz testigo
que no deja sin castigo
ningún crimen en la vida!
La ley calla, el mundo olvida;
mas ¿quién sacude tu yugo?
Al Sumo Hacedor le plugo
que a solas con el pecado,
fueses tú para el culpado
delator, juez y verdugo.

NÚÑEZ DE ARCE

Llega una época en la vida de cada hombre culpable de falta grave, en que el arrepentimiento es el tributo forzoso que se paga a la conciencia alarmada; pero la enmienda, como sujeta a otras leyes y dependiente de circunstancias externas, no siempre está el cumplirla en la voluntad humana. Porque tiene eso de característico la culpa, que, cual ciertas manchas, mientras más se lavan más clara presentan la haz.[1]

Bien quisiera D. Cándido romper de una vez con el pasado, borrar de su memoria hasta la huella de ciertos hechos. Pero sin saber cómo, sin poderlo evitar, cuando más libre se creía, sentía, puede decirse así, en sus carnes el peso de los grillos que le ataban al misterioso poste de su primera culpa. Mucha parte tenían en esto los testigos y cómplices de ella. Recordábansela sin cesar y se la ponían delante a doquiera que tornase los ojos.

Aquí tiene el lector algunas de las razones por qué, a raíz del serio altercado con doña Rosa, D. Cándido se hizo el encontradizo con Montes de Oca. No le riñó por las indiscreciones que había tenido con su esposa. ¡Qué reñirle!

[1]La cara, el aspecto.

Al contrario, nunca le apretó con más efusión la mano. Es que le necesitaba para el arreglo de un proyecto en que venía meditando de poco tiempo a esta parte. Quería que, como médico, certificase que sin riesgo de la vida no era posible la traslación de la enferma en el Hospital de Paula, a la nueva casa de locos. Esto, en primer lugar. En segundo lugar, pretendía que se prestara a servir de conducto por medio del cual *señá* Josefa, o en su defecto la nieta, recibiera una pensión mensual de veinte y cinco duros por tiempo indefinido.

Estimulada la codicia de Montes de Oca con un espléndido regalo, no hubo dificultad en que despachara la certificación, ni en que aceptara el encargo de la mensualidad. Este era un modo, por parte de D. Cándido, de hacer del ladrón fiel; fuera de que sería quizás más riesgoso probar la discreción de tercera persona en aquel asunto.

Así cortaba, creía Gamboa, toda directa relación futura con las tres cómplices de su grave culpa, sin faltar a los compromisos con ellas contraídos. Pero aún quedaba el rabo por desollar. ¿Cómo librar a Cecilia Valdés de los lazos que le tendía su hijo Leonardo? Ellos se amaban con delirio, se veían a menudo, no bastaban a separarlos los regaños a ella de la abuela, ni las amenazas a él, por medio de doña Rosa, de D. Cándido. No había, pues, más remedio que embarcar al galán y echarlo del país, o que secuestrar a la dama y ponerla donde no se viese ni se comunicase con él. Lo primero no había que pensarlo siquiera: doña Rosa se opondría con todas sus fuerzas. Lo segundo, era riesgoso en alto grado y estaba rodeado de dificultades casi insuperables. Tales eran los pensamientos que más preocupaban el ánimo de D. Cándido y le hacían sufrir las torturas del infierno por la época que vamos historiando.

Ahora bien: ¿convenía proceder desde luego al secuestro de la muchacha? Convenía, mas no era de urgente necesidad en aquel momento, por dos razones principales, a saber: porque vivía la abuela, aunque achacosa y decadente; y porque dentro de dos semanas marcharía la familia a pasar las Pascuas en el ingenio de *La Tinaja,* y se había acordado que Leonardo fuese de la partida.

Efectivamente: una semana antes despachose al Mariel la goleta *Vencedora*; su patrón Francisco Sierra con las vituallas, conservas y vinos que no se encontraban por amor ni por dinero en aquellas partes, y con los criados del servicio particular de la familia Gamboa, entre ellos Tirso y Dolores. También debían ser de la partida las señoritas Ilincheta con su tía doña Juana; para lo cual Leonardo y Diego Meneses les darían escolta desde Alquízar.

El motivo de la próxima reunión de las dos familias en el ingenio de *La Tinaja,* tenía por objeto presenciar el estreno de una máquina de vapor para auxilio de la molienda de la caña miel, en vez de la potencia de sangre con que hasta allí se venía operando el primitivo pesado trapiche.

No quiso partir Leonardo sin tener una entrevista con Cecilia. Obtúvola fácilmente, así porque ambos la deseaban como porque a la fecha parecía que *señá* Josefa había perdido todo dominio sobre la nieta. Pero de nada valieron los ruegos, halagos, promesas de mayor ventura ni amenazas de rompi-

miento. Cecilia cerró los oídos a todo eso y se mantuvo firme, cual una roca, en negar su consentimiento a la partida del amante para el campo. El corazón leal le anunciaba que él corría a reunirse con su temible rival; lo que equivalía a perderle para siempre. Otro, que el atolondrado joven habría parado mientes en la actitud y firmeza de la muchacha, y le habría concedido admiración ya que no simpatía. Mas él, ligero de cascos y soberbio, principió por creer que vencería su resistencia y acabó por darse por ofendido y retirarse despechado.

Esta vez no lloró Cecilia. Con el corazón partido de dolor, en silencio vio alejarse a Leonardo. No abrió los labios para llamarle ni consintió que sus lágrimas, aun ido él, viniesen a revelar la angustia de su alma, dando así, a sus propios ojos, muestra indigna de flaqueza. Antes que rendirse al rigor de la suerte, creyó tomar señalada venganza de su ingrato amante. Dicho y hecho, apenas se alejó de su lado, se vistió ella a la carrera, dio un beso a la abuela, que, como solía, se hallaba hundida en el fondo de enana butaca de Campeche y salió a la calle. Mas yendo en la dirección de la casa de Nemesia, en el callejón de la Bomba, se encontró en la esquina con Cantalapiedra, a quien no veía desde la noche del 24 de setiembre. No le valió inclinar la cabeza, ni estrechar en torno del rostro los pliegues de la manta de burato. El Comisario la reconoció al punto, y, quiera que no, la detuvo en medio de la calle diciéndole:

—Alto a la justicia. Date o te va la vida.

—Con su licencia —replicó Cecilia seria, en ademán de seguir camino.

—Date presa, digo, o de lo contrario haré uso de la autoridad que me concede la ley. Respeta estas borlas —enseñándole las del bastón que llevaba bajo el brazo izquierdo— o le ordeno a Bonora —su esbirro, el de las grandes patillas, que se mantenía a respetable distancia—, que proceda a prenderte.

—Como no he cometido ningún delito —contestó Cecilia muy tranquila—, es inútil que me enseñe las borlas y me amenace con su teniente. Déjeme pasar, que no estoy para bromas.

—Sin ver antes esa carita fuera de la manta, no esperes que te deje dar un paso más.

—¿Tengo acaso monos pintados en la cara?

—¡Muchachita! Juégate conmigo y todavía te dan las doce sin campana.

—Yo no me juego, no estoy para juegos. Déjeme ir.

—¿A dónde vas?

—A una parte.

—¿Es cosa de cita?

—Yo no tengo citas con nadie, ni dejaría mi casa por ver al rey de los hombres.

—Quien te oye, segurito que se traga que hablas de veras.

—¿Sabe V. que yo haya hablado de mentira sobre estas cosas?

—Bien, veremos si eso que dices es verdad.

—¿De qué manera?

—Fácilmente, siguiéndote las aguas.

—¿Está V. loco, Capitán?

—No, sino muy cuerdo. Soy el Comisario del barrio y ¿qué se diría de mí si por descuido dejaba que una muchacha tan linda como tú daba un mal paso y luego andábamos de tribunales y pleitos?

—No me doy por ofendida de sus palabras, porque sé que V. es muy *jaranero.*

—Es que no jaraneo ahora. No deseo ofenderte ni en el negro de una uña; pero, repito, que ni como Comisario, ni como hombre, debo consentir que andes a estas horas por las calles sin galán que te guíe y te defienda.

—No me sucederá nada. Esté V. seguro. Voy aquí cerquita.

—Está bien, quiero creerte. Ve con Dios y la Virgen. ¿Mas no me dejarás verte la carita?

—¿No la está V. viendo?

—Así no me gusta verla. Echa hacia atrás los malditos pliegues de esa manta.

Hizo Cecilia lo que le dijeron, quizás para verse libre de aquel impertinente, descubriendo casi todo el busto con sólo dejar caer la manta sobre los hombros. En ese tiempo Cantalapiedra atizó el cigarro puro que fumaba, y produjo mayor claridad de la que reinaba en torno, puesto que no había faroles por allí, y las estrellas no alumbraban bastante.

—¡Ah! —exclamó el Comisario lleno de entusiasmo—. ¿Habrá quien no se muera de amor por ti? ¡Maldito de Dios y de los hombres el que no te adore de rodillas como a los santos del cielo!

Ante el cómico ademán y las exageradas expresiones del Comisario, no pudo menos de sonreírse Cecilia, la cual después continuó derecho a casa de Nemesia, sin cuidarse de averiguar si aquél seguía o no sus pasos. Conociendo ella bien las entradas y salidas, no tocó en ninguna puerta, sino que pasó de la calle al cuarto de su amiga, a quien sorprendió muy afanada cosiendo una pieza de sastrería, delante de una mesita de pino, a la luz dudosa de una vela de sebo de Flandes en un candelero de hoja de lata.

—¡Qué atareada que está una mujer! —dijo entrando.

—¡Hola! —exclamo Nemesia soltando la costura y yendo al encuentro de Cecilia con los brazos abiertos—. ¡Tanto bueno por acá! ¿Quién se querrá morir? Es preciso hacer una raya en el agua.

—¿Estás sola? —preguntó Cecilia antes de sentarse en el columpio de madera que le presentó la amiga.

—Solita en alma, aunque José Dolores no tardará mucho.

—No quisiera que me encontrase aquí.

—¿Por qué, china?

—Porque los hombres luego se figuran que una los busca.

—Mi hermano no es de ésos, chinita. El te ama, te adora, te idolatra, se le conoce, suspira siempre por ti; pero es tan vergonzoso que no se atrevería a decirte negros ojos tienes, cuanto más a figurarse que vienes por él.

—¡Ay, Nene! —continuó Cecilia desentendiéndose de las manifestaciones de su amiga—. La otra tarde me encontró Leonardo hablando con José Dolores por la ventana de casa. En mala hora. Me ha costado una tragedia con él.

—¡No me digas! —repuso Nemesia sin poder ocultar del todo su contento—. Pero ya habrán hecho las paces. ¿No?

—¡Ojalá! —exclamó Cecilia suspirando—. Se puso bravo y se ha ido peleado conmigo. ¡Quién sabe cuándo nos volveremos a ver! Tal vez... nunca más. El es muy perro y yo poco menos.

En diciendo estas palabras, callose por breve rato. Se le había atravesado la voz en la garganta, y en sus bellos ojos aparecieron gruesas lágrimas.

—¡Cómo! —dijo Nemesia sorprendida—. ¿De veras tú lloras? ¿No te da vergüenza?

—Sí, lloro —repuso Cecilia con visible sentimiento—. Lloro, no de dolor, lloro de rabia conmigo misma, porque conozco que he sido una tonta.

—¡Anjá! Me alegro oírte. Ya te lo había dicho yo muchas veces, no debe fiarse una de ningún hombre.

—No lo digo por eso, Nene. ¿Llamas tú fiarse de un hombre el amarlo mucho? Puede ser; y yo te digo, ¿acaso está en tu mano amar o no amar? ¿Conoces algún remedio contra el amor y los celos? Lo mejor sería, china, no tener corazón. Así no sentiríamos cariño por nadie.

—Luego, parece que tú te das por engañada.

—Tal como engañada, no. ¡Dios me libre! Leonardo no me ha dejado por otra ni creo que me deje. Si lo sospechase siquiera no estaría diciéndotelo desde esta silla.

—¿Y qué más quieres, mujer? Mucho temo que ese peje no vuelva a picar en tu anzuelo.

—¿Qué sabes tú? —preguntó Cecilia asustada.

—Nada, nada —repitió Nemesia—. Mas no puedo olvidar el dicho de *señá* Clara, la mujer de Uribe: cada uno con su cada uno.

—No entiendo.

—Más claro no puede ser. ¿*Señá* Clara no tiene más experiencia que nosotras? Desde luego. Es mayor de edad y ha visto doble mundo que tú y que yo. Pues si a menudo repite ese dicho, razón buena ha de tener. Aquí, internos, *naiden* me lo ha contado, pero yo sé que a *señá* Clara siempre le gustaron más los blancos que los pardos, y bien durita ya se casó con *señó* Uribe. Por supuesto, llevó más quemadas y desengaños que pelos tiene en la cabeza, y por eso ahora se consuela repitiendo a las muchachas como tú y como yo: cada uno con su cada uno. ¿Entiendes?

—Sí, bastante, sólo que no veo cómo me venga el refrán.

—Te viene pintiparado, chinita; te coge por derecho. ¿Tú no prefieres los blancos a los pardos, como *señá* Clara?

—No lo niego, mucho que sí me gustan más los blancos que los pardos. Se me caería la cara de vergüenza si me casara y tuviera un hijo saltoatrás.

—Desengáñate, mujer: bonitura, amor, cariño, constancia, nada sujeta a los blancos. Después, Leonardo no se va a casar tampoco contigo por la Iglesia.

—¿Por qué no? —replicó Cecilia con vehemencia—. El me lo ha prometido y cumplirá su palabra. De otro modo yo no lo querría como lo quiero.

—¡Ay! Me da mucha pena oírte hablar así, mas no quisiera quitarte la ilusión. Sólo te digo que abras los ojos, no sea que mal haya venga muy tarde. No te fíes, no te fíes, y ten siempre presente que la hormiga por meterse a volar se quemó las alas.

—El que por su gusto muere, hasta la muerte le sabe.

—Lo comprendo, mas si una muriese de repente, sin dolor, ni trabajos, pase, sea todo por Dios. El caso es, china, que antes de morir se sufre mucho. Ven acá, ¿duele tanto cuando un hombre blanco nos deja por una mujer de color, como cuando nos deja por una blanca? ¿A que no? Eso sí que duele. Y *me se* figura que a ti te está pasando eso ahora. Conque no hables, ni digas de esta agua no beberé.

Disponíase Cecilia a negar la exactitud del símil cuando apareció por la puerta del patio José Dolores Pimienta, y si ella no pudo o no supo decir lo que pensaba, él se quedó mudo y estático en el quicio del cuarto. No esperaba semejante compañía, mucho menos a aquella hora de la noche. Repuesto luego de su sorpresa, le manifestó en breves y escogidas frases cuánto se alegraba de verla. Cecilia dijo que había venido solamente a darle una caradita a Nemesia, y se puso en pie para marcharse.

—Tengo una buena noticia que darles, —dijo el músico—. El baile de etiqueta de la gente de color se ha convenido en darlo la víspera de la Noche buena, en la casa de Soto, esquina a Jesús María. Por supuesto, la señorita está convidada en primera línea, y se espera que vaya Nemesia, y *señá* Clara, y Mercedita Ayala, y todas las amigas. Será un baile de ringorango. Hará raya, yo se lo digo a la señorita.

—Lo más fácil es que yo no pueda asistir, —dijo Cecilia—. Chepilla no está buena y temo dejarla sola.

—Pues si falta la señorita, cuente que no habrá luz para alumbrar el baile.

—No sabía que V. era tan lisonjero, —dijo Cecilia sonriendo y moviéndose hacia la puerta.

—No debe la señorita ir sola, —dijo José Dolores.

—Nadie me comerá, pierda V. cuidado. No se moleste V. ¡Adiós!

No obstante su negativa, el músico y su hermana acompañaron a Cecilia hasta la puerta de la casa en que vivía.

CAPITULO XVII

Y al punto que el triunfo creyera posible
De lúcido acero se vio traspasar.

J. L. Luaces

Dijo José Dolores Pimienta que el baile de la gente de color se celebraría en la casa de Soto. Ocupa la esquina occidental de la calle de Jesús María, en su encuentro con la calzada del Monte, opuesta al Campo de Marte.

Precede al zaguán o entrada un ancho portal con barandilla de madera. Desde éste, por las alterosas ventanas, enteramente abiertas, pudo el público, sin derecho a entrar, presenciar a su sabor la fiesta. En el cuadrado patio, que se cubrió con un toldo, se pusieron las mesas de ambigú; en el comedor tocaba la orquesta; en la amplísima sala se bailaba y en los cuartos se reposaba y tenían las conversaciones íntimas de los amigos o los amantes.

Los adornos de la sala se reducían a unas colgaduras de damasco rojo, el color nacional, recogidas con cintas azules en pabellones, a la altura de los dinteles de las puertas y ventanas. El alumbrado lo proporcionaban bujías de pura esperma, ardiendo en grandes arañas de cristal, con profusión de prismas de lo mismo que reflejaban la luz, la multiplicaban y descomponían en todos los colores del iris.

Con la frase *baile de etiqueta* o *de corte,* se quiso dar a entender uno muy ceremonioso, de alto tono, y tal, que ya no celebraban los blancos, ni por las piezas bailables, ni por el traje singular de los hombres y de las mujeres. Porque el de éstas debía consistir y consistió en falda de raso blanco, banda azul atravesada por el pecho y pluma de marabú en la cabeza. El de los hombres, en frac de paño negro, chaleco de piqué y corbata de hilo blancos, calzón corto de Nankín, media de seda color de carne y zapato bajo con hebilla

de plata; todo según la moda de Carlos III, cuya estatua, hecha por Canovas,[1] se hallaba al extremo del Prado, donde hoy se ostenta la fuente de la India o de la Habana.

Para entrar y tomar parte en la fiesta no bastaba el traje especial de los hombres; era preciso venir provisto de papeleta, la que debía presentarse en el zaguán a la comisión allí constituidá para recibirla y aposentar a las mujeres. Observóse esta medida estrictamente al principio; pero tan luego como llegó la hora de bailar, Brindis y Pimienta, principales aposentadores, delegaron el encargo en sujetos menos escrupulosos y rectos. A semejante descuido se debió el que, tarde de la noche, penetrasen algunos individuos que, si bien en traje de ceremonia, no presentaron papeleta ni eran artesanos tampoco.

De este número fue un negro de talla mediana, algo grueso, de cara redonda y llena, con grandes entradas en ambos lados de la frente, que por poco que pasase él de los cuarenta años de edad, terminarían en una calva completa. Aunque se vestía como se había dispuesto, el frac le venía algo estrecho, el chaleco se le quedaba bastante corto, las medias estaban descoloridas por viejas, carecían de hebillas sus zapatos, no tenía vuelos la camisa y el cuello le subía demasiadamente hasta cubrirle casi las orejas, tal vez por ser él de pescuezo corto y morrudo.

Sea por estas faltas, o sobras, de que no estamos bien enterados, el negro de las entradas se hizo blanco de las miradas de todos desde que puso el pie en el baile. Advirtiolo él, que no era ningún tonto, y naturalmente andaba al principio como azorado, esquivando la sala, donde la luz era más profusa y brillante; pero hacia las once de la noche hizo por incorporarse en los corrillos que se formaban en torno de las muchachas bonitas, hasta que se atrevió a invitar a una a bailar un minué de corte, con tanto compás y donaire que llamó por ello la atención general. Dos o tres veces se acercó al grupo que galanteaba o adoraba en Cecilia Valdés, a la más hermosa de las mujeres de aquella reunión heterogénea; la contempló de reojo largo rato y luego se alejó con visibles muestras de despecho.

En uno de estos momentos, un oficial de la sastrería de Uribe que le observaba de cerca, le siguió fuera de la sala, le puso la mano en el hombro con alguna familiaridad y le dijo:

—¡Oiga! ¿Estás aquí?

—¿Qué, qué se ofrece? —contestó él volviéndose y estremeciéndose de pies a cabeza.

—¿Qué haces por estos barrios, chiquete? —le preguntó el oficial con mayor familiaridad.

—Sírvase decirme, señor mío, —replicó el de las entradas, enfadado—: ¿Cuándo y dónde le he echado maloja?[2]

—¡Hombre! —repuso el oficial bastante mortificado—, ésas son palabras mayores.

[1]Escultor italiano.
[2]Confianza.

—Mayores o menores, son las que uso con los importunos como V.

—No te vengas haciendo el misterioso y señorón, que yo sé quién eres tú y tú sabes quién soy yo. Apéate, compadre, del tablado. *Te se* puede desvanecer la cabeza, y si te caes, das en el fogón de la cocina.

—Vamos, ¿y qué quiere V. conmigo ahora?

—Nada, no quiero nadita de este mundo. Reparé sólo que le hiciste el fó[3] a la niña más linda del baile y esto picó mi curiosidad.

—¿Le va o le viene a V. algo en este agiaco?[4]

—Bastante, más de lo que tú te figuras.

—Y V. se propone defender a esa niña, ¿no?

—Creo que tú no la has injuriado. Las mujeres no son la cara del rey para agradar a todos. En gustar o disgustar no hay ofensa.

—Bien, entonces déjeme V. y alma quieta.

—Eres un mal agradecido —le dijo el oficial, serio—. No tienes tú la culpa, sino yo que me ocupo de un individuo inferior a mí, cocinero y... esclavo. —Llenóse de ira el negro con esto y levantó la mano para pegarle una bofetada a su contrincante; pero, por razones que él se sabía, no descargó el golpe. Había penetrado en aquella casa sin papeleta, no conocía a nadie, era un intruso y todo escándalo que se armase debía redundar en su daño. Contentóse, pues, con amenazarle y decirle que arreglarían cuentas luego que terminase el baile; volviéndole la espalda con desprecio. Semejante salida excitó a lo sumo la risa del oficial de sastre, y dijo por burla:

—Casaca, suelta a ese hombre.

De seguida buscó a su amigo José Dolores Pimienta, le contó la ocurrencia con el negro de las grandes entradas, rieron los dos de la ocurrencia y no se ocuparon más del asunto.

Desde temprano el baile estaba lleno, de bote en bote, según reza la frase familiar. El golpe de gente de todos colores, sexos y condiciones que se apiñaba ante ambas ventanas del ancho portal, presentaban aspecto tan animado como interesante y tumultuoso. En el gran salón no se cabía ni de pie, al menos mientras no se bailaba; los hombres se codeaban unos con otros, y ocultaban casi del todo a las mujeres sentadas alrededor. Cecilia, con Nemesia y *señá* Clara, la mujer de Uribe, ocupaba un asiento de frente para la calle, en el lienzo de pared medianero entre la puerta del comedor y la del aposento, y siempre que lo permitían los grupos de hombres que acudían a saludarla, podían oírse las exclamaciones de admiración que su peregrina belleza excitaba en las personas del portal.

A veces, tras las ponderaciones de las gracias de la muchacha, podían oírse voces de compasión, pues tomándola por una joven de pura sangre, era natural que les chocase de verla allí y que creyese de bajos sentimientos a quien consentía en rozarse tan de cerca con la gente de color. Cecilia, entretanto, saboreaba a sus anchas el triunfo mayor que jamás alcanzó mujer alguna en la

[3]Rechazar; despreciar.
[4]Asunto embrollado.

flor de su juventud y de su belleza. Uno tras otro, cuantos hombres de cierto viso llenaban el baile aquella noche, conociéndola o no, vinieron a saludarla y rendirle homenaje, cual saben rendirlo los negros criollos de Cuba que han recibido alguna educación y se precian de finos y atentos con las damas. Entre éstos podemos citar a Brindis, músico, elegante y bien criado; a Tondá, protegido del Capitán general Vives; negro joven, inteligente y bravo como un león; a Vargas y a Dodge, ambos de Matanzas, barbero el uno, carpintero el otro, que fueron comprendidos en la supuesta conspiración de la gente de color en 1844 y fusilados en el paseo de Versalles de la misma ciudad; a José de la Concepción Valdés, alias Plácido, el poeta de más estro que ha visto Cuba, y que tuvo la misma desastrada suerte de los dos precedentes; a Tomás Vuelta y Flores, insigne violinista y compositor de notables contradanzas, el cual en dicho año pereció en la Escalera, tormento a que le sometieron sus jueces para arrancarle la confesión de complicidad en un delito cuya existencia jamás se ha probado lo suficiente; al propio Francisco de Paula Uribe, sastre habilísimo, que por no correr la suerte del anterior, se quitó la vida con una navaja de barbear en los momentos que le encerraban en uno de los calabozos de la ciudadela de la Cabaña; a Juan Francisco Manzano, tierno poeta que acababa de recibir la libertad, gracias a la filantropía de algunos literatos habaneros; a José Dolores Pimienta, sastre y diestro tocador de clarinete, tan agraciado de rostro como modesto y atildado en su persona.

Con este último y con Vargas se dignó Cecilia bailar danza, minué de corte con Brindis, otro con Dodge; conversó amablemente con Plácido, contestó con un saludo gracioso al que le hizo Tondá, habló de contradanzas con Vuelta y Flores, y celebró mucho el talento músico de Ulpiano, que dirigió la orquesta del baile.

Cualquiera mediano observador pudo advertir que, a vueltas de la amabilidad empleada por Cecilia con todos los que se le acercaban, hacía marcada diferencia entre los negros y los mulatos. Con éstos, por ejemplo, bailó dos contradanzas, con los primeros sólo minués ceremoniosos. Pero dio amplia rienda a su innato exclusivismo cuando se le presentó el negro de las entradas profundas y le rogó le admitiera como pareja para una danza o un minué. Eso sí, no llevó su negativa hasta el no áspero y seco; le dio sus razones para no bailar con él que tenía comprometida la siguiente pieza, que se sentía muy cansada, etc. El hombre no se dio por satisfecho, antes se mortificó lo que es indecible y se alejó murmurando frases groseras y amenazantes.

No paró mucho en esto la atención Cecilia; pero cuando poco después se paseaba con Nemesia y *señá* Clara en torno de las mesas del ambigú y tropezó con el negro de las entradas, que parecía en acecho reclinado en la jamba de la puerta de uno de los cuartos laterales, tuvo miedo; y apretando el brazo de su amiga le dijo en voz baja y apresurada: —¡Ahí está!

—¿Quién? —preguntó Nemesia volviendo el rostro.

—Mira, —agregó Cecilia—. Por acá. Ese.

En este momento el hombre se desprendió de la puerta y avanzó hasta tocar con la barba en el hombro de Cecilia, a la cual sin más preliminar le dijo:

—¿Conque no me ha creído la niña digno de ser su compañero esta noche?

—¿Qué dice V.? —preguntó Cecilia más asustada que antes.

—Digo, —contestó el negro echando una mirada siniestra a Cecilia—, digo que la niña me ha hecho un desaire.

—Si lo cree V. así le pido mil perdones, porque no he tenido tal intención.

—La niña me dijo que estaba cansada y en seguida salió a bailar con otro. No busque disculpa la niña —añadió de carrera conociendo que Cecilia quería replicar—, comprendo la razón por qué la niña me ha desairado. La niña me ve prieto, pobremente vestido, sin amigos en esta selecta reunión y se ha figurado que soy un cualquiera, un malcriado, un pelagatos.

—Se equivoca V.

—Yo no me equivoco. Sé lo que digo, como sé quién es la niña.

—Señor, V. me toma por otra.

—La conozco más de lo que imagina la niña. La conozco desde que la niña mamaba y gateaba. Conocí a su madre, conozco a su padre como a mis manos y tengo muchos motivos para conocer a la mujer que la crió por más de un año seguido.

—Pues yo no lo conozco a V., ni...

—¿Ni le importa tampoco a la niña? Lo comprendo. Debo decirle a la niña, sin embargo, que la niña me desprecia porque se figura que como tiene el pellejo blanco es blanca. La niña no lo es. Si a otros puede engañar, a mí no.

—¿Me ha detenido V. para insultarme?

—No, señorita. Yo no estoy acostumbrado a insultar a las personas que gastan túnico. Si como lleva túnico la niña, lleva calzones, crea que no le hablaría así. Me molesta tanto más el orgullo que la niña gasta conmigo...

—Bastante hemos hablado, —le interrumpió Cecilia volviéndole la espalda.

—Como la niña guste, —continuó él altamente irritado—, mas déjeme decirle que baje un poco el cocote,[5] porque si su padre es blanco, su madre no es más blanca que yo, y además, la niña es la causa de que me vea separado de mi mujer por más de doce años.

—¿Y yo qué tengo que ver con eso?

—Debía de tener algo, pues mi mujer ha sido la verdadera madre de la niña, como que la crió desde que nació, no pudiendo criar a la niña su madre por estar loca...

—El loco es V., —exclamó Cecilia en alta voz.

Nemesia y *señá* Clara rodearon entonces a su amiga y trataron de llevársela para la sala. Pero se detuvieron al ver a Tondá, a Uribe, al oficial de éste y al

[5]Cogote.

mismo José Dolores Pimienta —bajo cuya protección implícita estaba Cecilia—, que oyeron el grito y acudieron presurosos para averiguar lo que pasaba. El último nombrado fue el primero a preguntarle.

—Nada. Ese moreno, —dijo ella con soberano desprecio—, se ha empeñado en tener un lance conmigo... como me ve mujer.

—¡Cobarde! —gritó Piimienta, convertido de repente en león el modesto cordero.

Y se abalanzó al desconocido para castigarle; pero hurtó el cuerpo y se puso en guardia.

José Dolores estaba desarmado y se contentó con añadir:

—¿Quién es V.?

—Soy quien soy, —contestó el otro con impavidez.

—¿Qué busca V. aquí?

—Lo que me da la gana.

—Pues ahora mismo sale V. de la casa o lo echo a patadas.

—Quisiera verlo.

—¡Ah, perro! Habías de ser esclavo. ¡Afuera!

En ese punto intervinieron Tondá, Uribe y el oficial de sastre, sin cuya presencia de seguro que se arma una riña sangrienta entre el galante músico y el desconocido de las grandes entradas. El oficial dicho le dio el nombre de Dionisio Gamboa, y habiéndole rodeado todos poco a poco, fueron empujándole hasta ponerle materialmente de patitas en la calle. Mientras le llevaban así, volvía con frecuencia la cara y decía, dirigiéndose a Cecilia: Se figura que es blanca y es parda. Su madre vive y está loca. Hablando después con Pimienta, decía: Señor defensor de las niñas, sangre de *chincha,* el que la debe la paga. No se ha de quedar riendo. Ya nos veremos las caras. Al oficial de sastre, que le repetía: cállate la boca, Dionisio Gamboa, vete a cocinar a casa de tu amo, no te metas a farolero, porque pueden darte un bocabajo que te chupes los dedos; casaca, suelta a ese hombre, le decía: yo no me llamo Gamboa, me llamo Jaruco. Y acuérdate que también me la debes.

Afectaron un tanto a Cecilia la conducta y sobre todo las palabras del negro de las entradas. Daba la casualidad que cuanto dijo respecto de sus padres, coincidía extrañamente con lo que ella misma había antes oído y sospechado. El lenguaje misterioso que empleaba la abuela siempre que del caballero que las favorecía se trataba, era bastante para hacerla pensar a veces que debía de tener con ella alguna otra relación que la de un mero galanteo, aun cuando no le pasara por la mente que fuese su padre el padre de su amante. Este no la amaría ni la prometería unión eterna si supiera, como debía saberlo, que ligaba a los dos tan cercano parentesco. Por lo tocante a su madre, la abuela, mejor autoridad que el cocinero de Gamboa, si bien no le aseguró jamás que hubiese muerto, no le afirmó tampoco que viviese, menos aun que estuviese loca. La mujer enferma a quien *señá* Josefa solía visitar en el hospital de Paula, según lo poco que se le había escapado de los labios en momentos de vivo pesar y honda tristeza, no era hija suya, siquiera

sobrina; tal vez pariente de pariente de una amiga íntima de la mocedad. El cocinero Dionisio Gamboa o Jaruco estaba por fuerza equivocado, repetía meros rumores, hablaba de memoria.

En tal virtud, y teniendo en cuenta la edad y carácter alegre de Cecilia, no es de extrañarse que, tras pasajera preocupación, se entregase de nuevo en brazos de los placeres que le brindaba el baile. Sin embargo, en medio del torbellino de la danza y del incienso de adulación con que los hombres pretendían embellecerla, la inquietaba a veces el pensamiento del riesgo que corría el hermano de su amiga Nemesia, por haberla defendido de los insultos de un loco o de un asesino.

Por eso, como mujer agradecida, desde aquel punto empezó a sentir por José Dolores una especie de simpatía que no había sentido nunca, y en descuento de la deuda contraída no tuvo empacho en manifestarle sus temores. Riose él de ganas al oírla, replicándole, quizás para tranquilizarla, que el Dionisio Gamboa, Jaruco o lo que fuese, era un miserable esclavo, muy bocón para parársele delante fuera del baile, porque dice el refrán que perro que mucho ladra no muerde. Observole Cecilia que siendo esclavo y cobarde era más de temer, pues atacaría a traición, no cara a cara. Replicó a esto José Dolores que, efectivamente, tenía que ir prevenido y con los ojos muy abiertos, no fuera que le dieran por la espalda; pero que por lo demás ya él se había armado con un cuchillo que le acababa de prestar un amigo, y que tenía que ser lince el hombre que le matase del primer *viaje*.

Después del ambigú y de otra danza entre las doce y la una de la madrugada, terminó el baile y cada cual marchó para su casa. *Señá* Clara, de brazo con Uribe, su marido; Cecilia y Nemesia de brazo con el hermano de ésta, en unión agradable se dirigieron a lo largo de las casuchas que había por aquel lado de la calzada, en dirección de la puerta de la muralla, llamada *de Tierra* por ser la más inmediata. Al acercarse a la primera esquina de la calle de Cienfuegos o Ancha, notó Cecilia la sombra de un hombre que, ganándoles la delantera, torció por allí a la derecha. Sospechó desde luego quién podía ser y trató de llamarle la atención a su compañero, al lado opuesto, indicándole el café nombrado de Atenas, solitario y oscuro, cerca de la estatua de Carlos III, a la entrada del paseo. Pero el hombre no pasó de largo cual ella esperaba; se plantó en la esquina y dijo alto: —Sin vergüenza, sangre de *chincha,* ven para acá si eres guapo.

Preciso era que José Dolores tuviese sangre de ese insecto para que se desentendiese de un desafío semejante, hecho delante de la dama de sus pensamientos. Hizo, pues, por desprenderse de sus compañeras, las cuales, sujetándole cada una por un brazo, habrían conseguido el intento si no acude en su ayuda Uribe diciendo a las muchachas:

—Dejen que le dé una *mojada.*

Así fue. José Dolores sacó el cuchillo, tomó el sombrero en la mano izquierda para usarle como la capa el matador delante de un toro, y siguió los pasos del contrario sin acercarse demasiado.

Cecilia, con Nemesia y *señá* Clara, agarradas de las manos y de Uribe, todas temblorosas y con la ansiedad que es de imaginar, se estuvieron a esperar cerca de la esquina el resultado de una lucha que no podía menos de ser sangrienta. A poco más oyeron la voz argentina de José Dolores que dijo: Aquí; y la ronca del negro que respondió: Aquí. Y comenzó sin más la horrible brega.

La carencia absoluta del alumbrado público, junto con la oscuridad de una noche sin luna, impedían ver claro los movimientos de los combatientes, no obstante la proximidad a que estaban del grupo espectador. Suponiendo que Dionisio tuviese el valor sereno de José Dolores, no tenía su agilidad y mucho menos su destreza en el manejo del cuchillo. Esto se echó de ver pronto, porque tras unos pocos esguinces y quites con el sombrero, se oyó primero un ruido extraño, como de tela nueva que se rasga con fuerza, y de seguida el bronco de un cuerpo pesado que da en tierra. Cecilia y Nemesia dieron un grito penetrante y cerraron los ojos. ¿Quién de los dos había caído? ¡Momento de terrible ansiedad!

Mientras el caído continuaba gimiendo sordamente, el otro pareció acercarse a paso menudo hacia la calzada. En segundos, que no en minutos, salió de la densa oscuridad que le rodeaba, mucho más densa para los ojos de los que le aguardaban y que del sobresalto no podían ver claro. Venía riente, ligero como un gamo, envainaba el cuchillo y se ponía el sombrero hecho trizas. Era José Dolores Pimienta. Cecilia fue la primera a recibirle, y sin saber lo que hacía, por un impulso de su alma generosa y sensible, le echó los brazos al cuello, preguntándole con cariño: —¿Te han herido? —Ni un arañazo! —contestó él, tanto más orgulloso cuanto que sentía sobre su corazón la cabeza de la mujer a quien adoraba sin esperanza de correspondencia. En oyéndole ella, lloró de pura alegría cual la niña que recupera su muñeca cuando la juzgaba irrevocablemente perdida.

TERCERA PARTE

CAPITULO I

Tú vistes de jazmines
Al arbusto sabeo,
Y el perfume le das que en los
jardines
La fiebre insana templará a Lieo.

A. BELLO

SEPARÓSE LEONARDO Gamboa de su familia después de almuerzo en la dehesa o potrero de Hoyo Colorado, y en la amable compañía de Diego Meneses tomó por entre Vereda Nueva y San Antonio de los Baños, la vuelta de Alquízar, rumbo al sudoeste de su punto de partida.

A pocas leguas se hallaron en lo que llaman por ahí *Tierra llana,* planicie extensa e igual, cuyo centro por esa parte lo ocupa la población últimamente nombrada. Su fondo es un calcáreo muy poroso y puro, cubierto de una capa de tierra rojiza, o color de ladrillo, a trechos bastante espesa y suelta, acusando el óxido de hierro de que está cargada y de una fertilidad prodigiosa. Con algunas interrupciones de nivel se dilata hacia el Oeste hasta Callajabos, al pie de las serranías de la Vuelta Abajo y hacia el Este hasta los últimos límites de Colón, siendo su latitud general estrecha.

Por supuesto, en las porciones más elevadas de dicha mesa, no se ven fuentes naturales, ni llueve tampoco a menudo; pero es tan copioso el rocío nocturno, que moja el suelo y refresca la vegetación. No conociéndose en el país ningún sistema de regadío, a ese fenómeno meteorológico hay que atribuir la lozanía con que crecen y el verde esmeralda con que se visten las plantas en todas las estaciones del año. En cambio, el descuaje del arbolado, el cultivo general de la mesa, particularmente de aquella parte que iban recorriendo nuestros dos viajeros, habían ahuyentado los pájaros de cuenta, y apenas

si se veían uno que otro grupo de judíos de vuelo pesado y penetrante graznido, un par de tímidas tojosas, una fugaz bijirita y pequeños tomeguines escondidos en los arbustos inmediatos.

Mientras más se alejaban de Hoyo Colorado, más cafetales encontraban a uno y otro lado del camino; como que esas eran las únicas fincas rurales de cierta importancia en la porción occidental de la mesa, al menos hasta el año de 1840. Hablamos ahora del famoso jardín de Cuba circunsrito entre las jurisdicciones de Guanajay, Güira de Melena, San Marcos, Alquízar, Ceiba del Agua y San Antonio de los Baños. No se fundaban entonces ahí granjas para la explotación agronómica, en el sentido estricto de la palabra, sino verdaderos jardines para la recreación de sus sibaritas propietarios, mientras se mantuvo alto el precio del café.

Contra el sistema legal de mensuras observado en Cuba desde *ab initio,* estaban divididas esas bellísimas fincas en figuras regulares, prevaleciendo el cuadrado, y acotadas todas con setos de limoneros enanos, con zarzas y más comúnmente con tapias de piedra seca, o cercas primorosas y artísticamente construidas. Cubríanse éstas de enredaderas o aguinaldos, especialmente de campanilla blanca, los cuales abrían por Pascuas de Navidad, daban aspecto risueño a la campiña con sus níveas flores, en contraste con el verdor fuerte del arbolado cercano, mientras que con su exquisito y trascendental perfume embalsamaban el ambiente por millas y millas a la redonda.

Sus ostentosas y cómodas viviendas no caían a las muchas calles o calzadas que separaban entre sí los diferentes predios. Más bien buscaban la reclusión y el sombrío que brindaba el interior, como que crecía más frondoso el naranjo de globos de oro, el limonero indígena y exótico, el mango y la manga de la India, el árbol del pan, de ancha hoja; el ciruelo de varias especies; el copudo tamarindo de ácidas vainas, el guanábano de frutas acorazonadas y dulcísima, la gallarda palma, en fin, notable entre la gran familia vegetal por su tronco recto, cilíndrico, liso y grueso como el fuste de una columna dórica, y por el hermoso cerco de *pencas* con que se corona perennemente.

A flor del camino sí erigían la entrada, portal, mejor arco triunfal, bajo cuya sombra, como por las horcas Caudinas, había que pasar para coger la ancha avenida, flanqueada de palmas y naranjos, que conducía a la apartada vivienda señorial, oculta allá en el espeso arbolado. Aun después de haber avanzado bien adentro, no siempre se descubría de lleno el caserío, ni se llegaba a él derecho; porque a menudo ocurría dividirse la avenida en dos ramales, describiendo dos medios círculos, uno de entrada, otro de salida, que limitaban de un lado los cafetos o setos de zarzas, y del opuesto los jardines de flores, desplegados a un tiempo a la vista del sorprendido viajero. Siguiendo por cualquiera de esos medios círculos, de seguro que se daba con la morada de los dueños y sus dependencias inmediatas en primer término; después con la casa, por lo general exenta,[1] del molino, en el centro

[1]Abierta.

de una como plaza o batey, en torno del cual se hallaban los tendales o secaderos de café, los almacenes o graneros, las caballerizas, palomar, corral de gallinas y la aldea formada por las cabañas de paja de los esclavos.

Leonardo Gamboa y su amigo, con los caballos algo sofocados cubiertos ya unos y otros del palvo bermejo y sutil de la tierra llana, avistaron los linderos del cafetal *La Luz,* perteneciente a D. Tomás Ilincheta, cosa de media legua distante del pueblo de Alquízar, pasadas las cuatro de la tarde del 22 de diciembre de 1830. Por la derecha de los viajeros, bajo un cielo azul y sin nubes, se ponía entonces el glorioso sol de los trópicos, cuyos abrasadores rayos lanzaban manojos de luz a través de las ramas de los árboles, tendiendo cada vez más larga la sombra de las palmas sobre el campo verde, tachonado de gayadas flores, a tiempo que encendían el átomo térreo impalpable que se cernía en el tranquilo ambiente.

Resonaba a lo lejos con las pisadas de las caballerías el fondo poroso y hueco de la tierra llana; de manera que, mucho antes de que los jinetes tocaran el portal de la finca, ya se hallaba en la reja de hierro, dispuesto para abrirla, el portero negro, que acababa de salir de una especie de garita grande de mampostería y teja plana, hacia la izquierda. Reconoció desde luego a aquéllos y los recibió con los escorrozos tan propios de las gentes de su raza y condición, diciendo:

—*¡Ojó! ¡ojó!* Niño Leonardito, *¿ya sumercé vinió?* ¡Ah! ¡Ah!, y el niño Dieguito *asina* mismo.

—¿Cómo está la familia, congo? —le preguntó Leonardo.

—*Toos güenos, grasi Dió.* Ahorita *dentraron* las niñas con doña Juanita. *Vinían del protero.* Milagro que no se toparon con ellas los niños. Si susmercés *jarrean* un poco *entoavía* las alcanzan más *pacá* de la casa.

Y agregó luego hablando con Leonardo: —¡Ah! *Qué si va á legrá* la niña Isabelita! Y la niña Rosita! —hablando con Meneses: —¡No *mi diga!*

Los dos jóvenes se sonrieron y continuaron al paso de sus caballerías por el centro de la magnífica alameda, deseando en secreto, por extraña coincidencia de sentimientos, que se alargase algo más el término de su camino. Es que en los momentos de comparecer ante las damas de sus amores, temía Leonardo que le recibiese la suya, no cual solía, como amiga y amante tierna, sino como juez severo y duro, por sus pasadas flaquezas y veleidades. Para decir verdad, sentía algo que se parecía más a la vergüenza que al contento. Diego, por su parte, próximo a realizar el deseo más vivo e íntimo de su pecho, el de volver a ver a Rosa en su paraíso de Alquízar, después de un año de ausencia, quería probar si retardando el momento apetecido, se calmaba un tanto el tumulto de su sangre y podía saludarla siquiera con la compostura del respetuoso caballero.

Pero por ahora, ni la satisfacción de este capricho les fue dado realizarlo a nuestros amigos. Porque en desviándose de la avenida que traían, alcanzaron a ver a las hermanas penetrando en lo más intrincado del jardín, allí donde los rosales de Alejandría, los jazmines del Cabo y las clavellinas, competidores de

los más bellos de que se precian Turquía y Persia, si no acertaban a envolverlas con sus ramas, sin duda que las envolvían con su emanaciones aromáticas.

También las jóvenes, por las pisadas de los caballos, se apercibieron de la presencia de los viajeros, reconociéndolos, especialmente al primero que puso pie a tierra, abandonando la montura a su albedrío, y fue Leonardo Gamboa. Rosa, más joven y cándida que la hermana, hizo una exclamación involuntaria de alegría; Isabel experimentó sentimiento opuesto. Recordaba que su despedida de la Habana no fue agradable ni cordial, y creía que antes de dar entrada en su pecho al placer con que solía recibir a Leonardo, necesitaba, cuando menos, una explicación suya satisfactoria de lo pasado.

Ni Leonardo ni Diego se hallaban en aptitud de leer claro en semblante de sus amigas lo que pasaba en sus espíritus cuando llegó el momento de saludarse, según el modo frío y rígido que piden las costumbres cubanas, esto es, sin el significativo apretón de manos. Fue bien marcado, no obstante, el cambio que se operó en el rostro de las dos hermanas. El de Isabel asumió aspecto serio y pálido; el de Rosa tomó el color de la flor de su nombre; y por breve rato ellos ni ellas supieron qué hacerse ni qué decirse. Tocó al cabo a la más avisada de las mujeres el advertir la embarazosa posición de todos, y, para salir pronto del paso, acudió a una de las coqueterías cracterísticas de su edad y sexo. Tenía Isabel en la mano una rosa de Alejandría, abierta aquella misma tarde, y se la prometió a Meneses diciendo:

—¿No es ésta su flor preferida?

Asomáronsele los colores a la cara del agraciado, y se puso más colorada que antes la de Rosa, quien, ya quisiese ocultar su propio rubor, ya enmendar el aparente desaire hecho a Gamboa, se quitó un clavel que se había prendido en el cabello y se la dio balbuceando:

—¿No es ésta la flor que prefiere el amigo Leonardo?

Bastó esto poco a romper el encanto; sólo que por aquella tarde y noche Isabel se dedicó a obsequiar y atender a Meneses, aunque no veía el momento de conciliación con Leonardo. Entre tanto, juntos los cuatro fueron al encuentro de doña Juana y del señor Ilincheta que venían a saludar a los recién llegados.

Desaparecía por entonces la claridad del día, y el airecillo de la noche, por más que viniese cargado de los perfumes de las flores y de las emanaciones gratas que emite el campo a esa hora, empezó a dejarse sentir. Las señoras, sobre todo, tuvieron que apelar al abrigo acostumbrado, el pañolón de seda echado al desgaire sobre los hombros. Pero en los momentos de trasladarse a la sala, resonó el melancólico tañido de la campana de la queda en los cafetales circunvecinos y en el de *La Luz,* llamando a amos y esclavos a la oración y al recogimiento. En oyéndolo doña Juana, sus sobrinos, los dos jóvenes y D. Tomás Ilincheta, éstos con los sombreros en la mano, y los criados del servicio inmediato de la familia con los brazos cruzados, todos de pie, aquella señora comenzó diciendo: —¡Ave María Purísima!; —a que contestaron los circunstantes en coro: —Sin pecado concebida. —El Angel del Señor

—prosiguió la señora— anunció a María que el Hijo de Dios Padre encarnaría en sus entrañas para redención del mundo. ¡Ave María! María Santísima lo admitió diciendo: ves aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra ¡Ave María! El Hijo de Dios se hizo hombre, y vivió entre nosotros. ¡Ave María!

Dadas las buenas noches, las hijas primero y tras ellas los criados, besaron la mano de doña Juana y de D. Tomás, y recibieron en contestación el usual *Dios te haga una santa,* o un santo

De seguidas una criada avisó a Isabel que el Contramayoral la esperaba en el otro lado del pórtico. Pidió ella permiso a los huéspedes. Su padre, hablando con éstos, explicó el motivo de su ausencia diciendo: —Es mi Mayordoma, cajera y tenedora de libros, y cree que primero es la obligación que la devoción. Lleva cuenta del café que se recolecta, del que se descascara, escoge y ensaca, del que se remite a la Habana. Cuando se vende, glosa ella las cuentas del refaccionista, cobra y paga. Todo como un hombre. En una palabra, desde que murió mi esposa, que santa gloria haya, mi Isabel está hecha cargo de casa, del cafetal y de todos mis negocios. ¡Ay! No se qué sería de mí si ella me faltase.

¿Quién era el Contramayoral? Un negro como un trinquete, del color de la pez, cari-ancho, de aspecto franco y mirada inteligente. No bien se apareció su ama, la hizo una genuflexión para pedirle su bendición, porque él mismo acababa de dirigir el rezo de sus treinta o más compañeros en medio del batey, a la luz de las estrellas.

—Niña —le dijo—, aquí está la cuenta de *lo barrí llenao* hoy. ¿Y le alargó un papel? ¿La hoja de una planta con signos caligráficos o aritméticos? Nada de eso. Aunque aquel esclavo había aprendido de coro ciertas oraciones del catecismo que le enseñaron para bautizarle, no sabía escribir ni pintar guarismos. La cuenta de que hablaba se reducía a dos o tres varas cortas de un arbusto del campo, con muchos cortes o muescas de través, tarjas o quipos modernos para indicar el número de barriles de café recolectados durante ocho horas de trabajo.

Con pasar Isabel las yemas de los dedos por las muescas de las tarjas, conoció que no había sido abundante la recolección, y así se lo dijo al esclavo.

—Niña —se apresuró él a explicar en su guirigay especial la causa de la deficiencia—. *Niña, la safra va de vencía,* no queda café *maúro* en la mata, *ni pa remedia. Brujuliando po aquí y po allí se ha llenao 25 barrí.*

—Está bien, Pedro —repuso Isabel—. No hay para qué estropear las matas, ni que tumbar el grano verde. Sería mucho menor la zafra el año entrante si se hiciera. Pedro, pon atención. Mañana bien temprano pon toda la gente a limpiar el batey y las guardarrayas principales hasta las nueve. Tenemos visitas y quiero que todo esté aseado y bonito. Por la tarde es preciso que unos pilen y avienten el café seco, y que otros, las mujeres y los más débiles, a escoger. El caso es aviar todo el pilado y aventado, mañana mismo si es posible.

—*Asina si jará, niña.*

—¡Ah! Lo principal se me olvidaba —agregó Isabel en tono triste—. A Leocadio que dé bastante maíz y yerba al trío moro y al trío dorado, porque tienen que emprender largo viaje pasado mañana.

—*¿Va a salí lamo?*

—No, tía Juana, Rosita y yo, que vamos a pasar las Pascuas en la Vuelta Abajo.

—*¡Ajá! La niña si va otra vuelta, la casa parece robá.*

—Papá se queda. Estamos convidados a pasar las Pascuas, como digo, con la familia del señor Gamboa en su ingenio *La Tinaja,* allá lejos, muy lejos por el Mariel. Han puesto una gran máquina de vapor para moler caña; romperá la molienda la víspera de Pascuas y aguardan por nosotros. Aquí han llegado a buscarnos el niño Leonardito y el niño Diego Meneses, que tú conoces.

—*¿Con que si va otra vuelta?* —repitió el Contramayoral pensativo.

—Estaremos ausentes muy poco tiempo, cuando más hasta después del domingo de Niño perdido. Me da mucha pena dejar a papá solo. Pero espero en Dios que no le sucederá nada, antes me prometo que Vds. le cuidarán bien.

—*Asina si jará, niña.*

—Pero si por desgracia se enfermare en nuestra ausencia, te encargo, Pedro, que sin pérdida de tiempo me despaches un propio al ingenio *La Tinaja,* cerca del pueblo de Quiebrahacha. Acuérdate de estos dos nombres: *Tinaja* y *Quiebrahacha.*

—*Asina si jará, niña.*

—Rafael o Celedonio, cualquiera de los dos sirve para el mandado. Ellos conocen el camino de aquí a Guanajay; de allí al Quiebrahacha se sabe que quien tiene lengua a Roma va.

—*Asina si jará, niña.*

—Bueno, confío en ti, Pedro. Es un gran descanso para nosotros, cuando salimos, dejar el cuidado de la casa y de la finca a un hombre tan racional y honrado como tú.

Ni porque le hicieron este elogio franco cuanto sincero, hizo uso el negro de su conocida muletilla. Sólo sacudió la cabeza cual si quisiera desterrar una idea enojosa, y volvió a un lado el rostro, sin darle la espalda a su señorita, lo cual habría sido una falta de respeto.

—Atiende, Pedro —continuó Isabel—. Hay que traer del potrero el caballo careto para llevar a Guanajay uno de los dos tríos. El que le lleve, sea Rafael o Celedonio, debe salir al Ave María o con los primeros claros del día de pasado mañana, apearse en la posada de Ochandarena, frente a la plaza, hacer que bañen y den un buen pienso a los caballos y aguardar por nosotros, pues tendrá que regresar con el trío que saquemos de acá. ¿Recordarás todas estas cosas, Pedro?

—*Mi ricorde, niña* —dijo el Contramayoral afectado; añadiendo a la carrera: *Le pobre negre va a tené una Pacua mu maguá.*

—¿Por qué? —preguntó Isabel con exagerada sorpresa—. Le diré a papá que les deje tocar tambor en los dos días de Pascuas y el día de Reyes.

—*Ma como la niña no etá dilante, le negre no se diviete.*

—¡Qué bobería! Nada, a bailar, a divertirse para que esté contenta la niña cuando vuelva del paseo. ¡Eh! Nada más, Pedro.

Se retiraba éste despacio y de mala gana, e Isabel, que quedaba pensativa apoyada en el barandal del pórtico, llamole luego, diciendo: —Pedro, ¿ya lo ves? Por tus interrupciones y majaderías se me iba a olvidar una de las cosas que tenía más presentes. Debo hacerte otro encargo, mi último encargo. Mira, Pedro, estoy pensando que por sí o por no, lo mejor será que guardes el látigo en tu bohío hasta después de Pascuas. Sí, sí, mejor será, pues mientras le tengas en la mano has de querer usarlo, y yo no quiero que se levante el látigo para nadie, ¿lo oyes, Pedro? Que no suene el látigo en mi ausencia.

—*Le negre etá perdío* —dijo Pedro sonriéndose— *por mor de la niña.*

—Me importa poco —replicó Isabel con firmeza—. Tú sabes que papá botó al mayoral en abril porque daba mucho cuero. Recuerda que la cogió contigo. No ha de oírse un latigazo en el cafetal en mi ausencia. Lo repito, lo quiero así, lo mando, Pedro.

Volviendo de su breve diálogo con el Contramayoral, encontró Isabel puesta la mesa para la cena en medio de la sala. Serían las ocho de la noche. El lujo de la vajilla de plata, de cuyo metal eran hasta los grandes macizos candeleros, parecía competir con la abundancia de los manjares. Mas, nada de esto se hacía por vano alarde. En primer lugar, porque habiendo comido la familia a las tres de la tarde, según la costumbre del campo entonces, suponían que los dos huéspedes tuviesen hambre y querrían satisfacerla. En efecto, las señoritas, la tía y el señor Ilincheta, que por cumplimiento habían ocupado juntos un costado de la mesa, participaron únicamente del chocolate o del café con leche; haciendo, eso sí, Isabel, los honores con gracia y naturalidad características.

Tras la cena y una conversación agradable, se levantó D. Tomás y se retiró a su cuarto, recomendando a sus hijas no detuvieran mucho a los huéspedes, quienes por fuerza estarían cansados y desearían reposar de las fatigas del viaje.

La casa vivienda del cafetal *La Luz* estaba hecha a la francesa, es decir, conforme al sistema que para habitaciones tales se seguía en las fincas de igual naturaleza por los criollos de la Guadalupe y Martinica; pues de hecho la había trazado y dirigido un arquitecto natural de una de esas islas. El plano figuraba una cruz con dobles brazos, cuyo centro lo ocupaba la sala, y las ocho alcobas ambos brazos de la misma, formadas por dos pasillos que terminaban en dos saletas, debajo de los cobertizos de las culatas de la casa. En los ángulos de los pórticos había cuatro cuartos que interiormente se comunicaban con las saletas dichas, y exteriormente con los jardines y aqué-

llos. Los pórticos, pues, se extendían cuanto la sala, corrían paralelos a ella y estaban cerrados por barandillas de madera y por cortinas de cañamazo en vez de persianas. El techo del cuerpo principal estaba formado con las hojas de la palma llamada *cana,* por su espesor, duración y frescura; y el de los pórticos o cobertizos con teja plana. Las puertas y ventanas, en número por cierto excesivo, abrían todas hacia fuera, dejando entrar a raudales, al menos de día, la luz y el aire siempre cargado con el perfume de las flores o de las frutas en que tanto abundaba aquella morada encantadora.

Por razones que es fácil colegir, las señoras no siguieron desde luego el ejemplo del amo de la casa. Los jóvenes no sentían inclinación ninguna a separarse por el resto de la noche, sin comunicarse con una palabra, con una mirada aunque fuese algo de lo mucho que bullía en sus cabezas. Así es que, por instinto casi, después de la cena volvieron al pórtico fronterizo y emprendieron paseos de arriba abajo, en dos grupos; el de Isabel con su tía y Meneses y el de Rosa y Leonardo a retaguardia. A la primera vuelta ésta a aquella, en tono bajo, indicando a la hermana mayor:

—¿Qué tiene la niña?

Este era casualmente el primer verso de una canción muy popular entonces; y Rosa, que era viva y traviesa, contestó al punto con el segundo verso que le daba nombre:

—Sarampión.

—¿Con qué se le cura —volvió a preguntar Leonardo con el tercer verso.

—Con coscorrón; —concluyó Rosa sin poder tener la risa.

—¿De qué se ríen Vds.? —preguntó Isabel muy atenta a lo que pasaba a sus espaldas.

—No le diga, Gamboa —dijo Rosa—. Déjela con su curiosidad. Ella no es de nuestro bando.

Parecía que Isabel se proponía monopolizar por el resto de la velada la conversación y la sociedad de Diego Meneses. De aquí el motivo aparente del pique de Rosa con ella, según lo revelaban sus últimas palabras. La misma sospecha y con igual copia de razones podía abrigar Isabel respecto de su hermana menor, dado que desde el principio se apropió las atenciones y compañía de Leonardo. Mas ninguno de los jóvenes estaba satisfecho de sí mismo ni del otro. Esta era la verdad; de suerte que se cansaron de los paseos más pronto de lo que podía razonablemente esperarse, sólo que en vez de sentarse se apoyaron como por acaso en la barandilla, quedando, también casualmente, cual deseaban en secreto: Isabel al lado de Leonardo, Rosa al de Meneses, y doña Juana fuera del grupo. Amaba ésta a sus sobrinas con amor de madre, como quien las había criado desde pequeñuelas; deseaba su establecimiento, y, siendo ella casamentera de índole, claro está que no tomó a mal una eliminación mediante la cual aquéllas podían tener un rato de íntima comunicación con sus galanes.

Reinaba en torno de la casa la calma más profunda, habiendo abatido el airecillo que se levantara a las puestas del sol. No se movían las ramas de

los árboles, ni era bastante la luz de las estrellas, ni la transparencia del cielo para reflejare en las anchas hojas del plátano, cuyo tallo fibroso sobresalía entre los enanos y espesos cafetos. El único rumor que se apercibía era el distante y sordo procedente de esclavos, los cuales, antes de entregarse al descanso, preparaban la frugal cena a la lumbre de sus bohíos mientras discutían la novedad de la noche, a saber: la próxima ausencia de su señorita. Pero más cerca de nuestros jóvenes no puede decirse con exactitud que formaban ruido apreciable al chirriar de los grillos ocultos en la yerba, ni el aleteo de las mariposillas nocturnas que con fugaz zumbido pasaban del jardín a la casa, atraídas por la luz de la vela dentro de la guardabrisa o fanal en la mesa del centro de la sala.

El sitio, pues, la hora, el silencio de la tierra y del cielo, el aspecto sombrío del pórtico ancho, gacho y de limitado horizonte por el espeso arbolado inmediato, la misma lucha de la débil claridad artificial interior con la oscuridad exterior, todo predisponía a la exaltación de las pasiones en los jóvenes, arrobadas sus almas en la contemplación del bellísimo cuadro que los rodeaba por todas partes. En tales momentos, las mujeres menos agraciadas parecen aéreas y adorables; los hombres más tímidos se atreven a todo, y sintiendo más se expresan con mayor elocuencia.

—Isabel —dijo Leonardo— me extraña tu conducta conmigo.

—Califíquela —repuso Isabel sonriendo.

—No me corresponde calificarla, por la sencilla razón de que soy el agraviado.

—¿Eso más? Pues era lo que faltaba.

—¿Te sorprende? Cómo se compagina, si no, nuestra amigable despedida de la Habana —por mi parte, se entiende—, con tu silencio e indiferencia en seguidas? . . .

—¿Sin motivo que justificara el cambio?

—Sin motivo que lo justificara. Yo al menos no he podido penetrarlo todavía.

—Refresque V. la memoria de los hechos.

—Nada, Isabel, no alcanzo, desconozco el motivo.

—¿De veras?

—De veras.

—Entonces he sido una loca, una tonta, he visto visiones.

—Tanto como eso no, Isabel. ¿No te ocurre que hayas podido interpretar mal un acto inocente mío o de otra persona hacia mí?

—Si no se trata de interpretaciones, señor D. Leonardo, se trata de lo que yo vi con mis ojos.

—Sepamos lo que vio mi señora doña Isabel con sus ojos.

—Vi lo que V. vio, mejor dicho, lo que le pasó a V. al estribo del quitrín.

—¿Y ese era motivo suficiente para que tú me perdieras el cariño y estuvieras a punto de olvidarme?

—Lo era, y grande, para enojarse cualquier mujer de vergüenza, por mucho que la cegara la pasión.

—Veo claro, Isabel, que en todo ello ha habido una equivocación de tu parte, y que, sin quererlo has sido injusta conmigo.

—Explíquese V. —dijo Isabel con aparente ansiedad.

—Te diré en pocas palabras lo que pasó —continuó Leonardo, poniéndose colorado, porque de hecho pensado iba a mentir—. Mientras te decía el último adiós, naturalmente extendí un pie sobre la acera. Una de las dos mulatas que pasaban tropezó conmigo, y, creyendo que le había armado una zancadilla, llena de ira me dio un empellón. Tú sabes lo insolente que son esas mujerzuelas cuando se creen ofendidas.

—Sí —dijo Isabel pensativa. Después de breve rato añadió—: Mas ¿qué motivo le di yo para que me dijese la palabra indecente que aún me zumba en los oídos?

—Tu exclamación, Isabel, y luego el llamarla Adela cuando tal vez se llama ba Nicolasa o Rosario fue sin duda lo que aumentó su cólera.

—Si la llamé por el nombre de Adela, mejor dicho, si en mi exclamación solté ese nombre, fue porque me figuré que era ella su hermana de V. Además de tomarla por el vivo retrato de Adela, no pude ni debí imaginar que otra mujer tuviese con V. semejantes bromas.

—¡Toma! El cuento es que no hubo broma de su parte.

—Luego ella le conoce a V. y le maltrató por . . . celos.

—La conozco de vista, lo confieso, ya me había llamado la atención su semejanza con mi hermana Adela; mas no la he dado jamás ocasión a encelarse de mí.

—Quizás le ama a V. en secreto.

—No tendría nada de particular, sólo que en mi vida le he dicho "ojos negros tienes".

—Sentiría hacer a V. una injusticia, Leonardo. Las apariencias, sin embargo, le condenan.

—No, Isabel, no. Soy inocente. Si te engañase en este momento, si no te dijese toda verdad, si te pintara una pasión que no sentía, si en consecuencia te hubiese dado justo motivo de agravio, sería el más malo de los hombres.

—Está bien; doblemos la hoja —le interrumpió Isabel convencida.

—¿Pelillos a la mar? —le preguntó Leonardo con amoroso acento.

—Pelillos a la mar —contestó ella con celestial sonrisa—. No habría dicha para mí si me viese condenada a dudar de la palabra del hombre a quien tenía por amigo y caballero.

—Bien —agregó Leonardo más animado—. ¿No crees tú que debíamos sellar esta dulce reconciliación? . . .

Diciendo esto dejaba correr disimuladamente la mano por el barandal para coger la de Isabel, que se apoyaba en el mismo. Pero ella, evitando la ocasión, evitó el peligro. Se puso seria y pasó al lado de su tía, a quien dijo

alto que era hora de recogerse. El reloj de Leonardo marcaba las once de la noche.

Había volado el tiempo. Diego Meneses, no obstante, sabedor de que a la ocasión la pintan calva, supo aprovecharla lo que bastaba para hacer a Rosa una formal declaración de amor; habiendo encontrado el tema o pretexto de la conversación en el regalo del clavel que esa joven hizo a Leonardo en el jardín. ¡Cándida paloma del vergel de Alquízar! Ella, que no había escuchado antes un "te amo, Rosa", dicho con intención y con fuego. Ella, que se sentía atraída hacia aquel joven como la aguja al imán, como la avecica a la serpiente, no pudo desviar la atracción, deshacer el encanto; no encontró a mano gesto, palabra ni ardid para negar que había sucumbido y que también amaba a su tentador desde la primer temporada que pasaron juntos en el cafetal de *La Luz*.

CAPITULO II

Y en los bellos cafetales
todo es frescura y olores,
besadas sus blancas flores
por las brisas tropicales.

J. PADRINE

Como novia de Cupido desde la víspera, Rosa Ilincheta, por el temor pudoroso de encararse con su cómplice a la clara luz del día, retardó cuanto pudo su salida del tocador. Pero Isabel tenía obligaciones que llenar y bien temprano apareció en el pórtico del sur de su casa con la sombrilla en la mano derecha, una cestita calada al brazo izquierdo por el aro, y por todo abrigo el pañolón de seda bordado de realce.

Asomaba entonces el sol por un ángulo de la casa, alumbrando una parte del jardín y proyectando la sombra de aquélla y de los árboles, por largo trecho, sobre el espacioso batey de la finca. Había sido abundante el rocío de la madrugada. Empapado estaba el césped, apagado el polvo bermejo de los caminos y las hojas de las plantas y las corolas de las flores, cuajadas de menudos aljófares; otros tantos prismas que descomponían la luz del almo sol, al recibirla de soslayo.

Echó Isabel una mirada inquisitiva por todo el país desplegado ante ella, y se aventuró fuera del pórtico; porque desde allí echó de ver una rosa de Alejandría que acababa de abrirse al dulce calor solar, en el cuadro del sudeste del jardín. Cortola sin punzarse ni mojarse, y cuando se adornaba con ella la espléndida trenza de sus cabellos, volvió maquinalmente los ojos hacia la casa y le pareció que uno de sus huéspedes la observaba desde el postigo de la ventana del cuarto, en el extremo del pórtico, donde en efecto se habían los dos alojado. Era Diego Meneses, que por no haber disfrutado de sueño

tranquilo, dejó la cama desde el amanecer y aspiraba el puro ambiente de sus gayadas flores.

De tal modo la turbó este incidente, que por breve rato estuvo indecisa entre si volvía atrás o seguiría adelante, porque los actos de adornarse el cabello y de mirar para la casa, magüer que inocentes y casuales, podían interpretarse de diversas maneras, y ella huía tanto de la frivolidad como de la necia coquetería. Pero tenía que salir y salió con firme paso.

Por el lado del Sur, una cerca de piedra separaba el campo del cuadrado en que se comprendía el variado caserío de la finca. En el centro se alzaba el molino del café, entre los dos pares de tendales, capaces de contener a un tiempo, secándose, la mitad de la cosecha. Más lejos, cerrando el gran espacio por la izquierda, se veía el grueso y oscuro brocal del pozo con su horca y garrucha para la extracción del agua; el palomar después, el corral de las aves y algunos chiqueros; al fondo y a la derecha, el campanario, o más bien el pilar de madera de cuyo brazo, cubierto con un tejadillo, pendía la campana; los graneros o almacenes, las caballerizas, el establo de las vacas y las otras dependencias. Los bohíos de los esclavo figuraban una aldea de regular tamaño.

Ni estaba desprovisto de vegetación el magnífico batey que hemos venido describiendo, pues muchos árboles, y sin duda los más copudos y corpulentos de toda aquella hacienda, le adornaban y daban sombra. Entre ellos, varios aguacates, mameyes colorados, mangos y caimitos; sobre todo los primeros cual las coníferas del continente, parecían escalar el cielo con la cúspide de sus ramas. Aquellos más empinados y coposos eran los escogidos por las gallinas de Guinea (*Numidas Meneagris* de Cuvier), conocida la hurañía de esas aves exóticas para sus querencias de noche. La banda, que bien podía componerse de cien, desde antes de aparecer el sol empezaron a removerse y a repetir el clamor o cacareo peculiar suyo, en que parece que una dice *pascual* y la otra contesta, *pascual* hasta que todas despiertan y se preparan para descender de sus elevadísimas y naturales alcándaras. Ni los pichones ni las gallinas daban aún señales de vida: aquéllos por no ser madrugadores, éstas por el encierro y la oscuridad de su casa.

Por lo demás, se notaba bastante movimiento en todo el batey. De los esclavos de ambos sexos, quienes recogían con sus guatacas o azadones las hojas secas y briznas del suelo; quienes con los mismos instrumentos rozaban la yerba de los caminos; quienes con ambas manos abiertas levantaban la basura amontonada y la metían en canastas que otros conducían fuera a la cabeza; quienes a brazo sacaban agua del profundo pozo y la vertían en una amplia cubeta de piedra al pie del brocal para que otros, en unos baldes rústicos hechos del pecíolo de la palma, la distribuyesen en los depósitos de los varios departamentos de la hacienda. A la vera del pozo daba agua y bañaba los caballos de dos en dos o de tres en tres el calesero Leocadio. Dentro del molino resonaba la voz penetrante del negrito, que, sentado al extremo del eje de la rueda vertical con que girando en la solera se descascaraba el café,

aguijaba sin cesar a la caballería que servía de motor. Cuatro esclavas, entre tanto, tendían el grano, aún no bien seco; mientras otros conducían *el pilado* o descortezado al aventador, cuyas paletas hacían un ruido tremendo y despertaban los ecos do quiera que la ola sonora encontraba obstáculo elástico en su trayecto. Y una vez limpio de toda paja o polvo, era llevado a los almacenes para que allí se escogiese y clasificase por otros esclavos.

Ninguno de los que pasaban al alcance de Isabel dejaba de darla los buenos días y de pedirle su bendición, doblando la rodilla en señal de sumisión y respeto. Pedro, el Contramayoral, sin la insignia ominosa de su oficio, yendo de un lado a otro, animaba a sus compañeros al trabajo y daba la mano en muchos casos, como para imprimir mayor peso a la palabra con la obra. La subida o aparición de Isabel en los tendales fue la señal para que el negrito del molino alzase la voz argentinada y aguda con la canción, tan ruda como sencilla, improvisada quizás la noche anterior, la cual principiaba con esta especie de verso: *La niña se va,* y terminaba con este otro, repetido en coro por todos los demás negros: *Probe cravo llorá.* Entre la primera letra y el estribillo o pie insertaba el guía, no obstante que criollo nacido en el cafetal, frases en congo puro, a que también contestaba el coro con el obligado: *Probe cravo lorá.*

Inútil fuera pedir armonía, siquiera música a una canción, ni civilizada ni salvaje del todo; pero sí parecía asaz monótona a oídos delicados, también es verdad que el tono y la letra rebosaban en melancólico sentimiento. Así lo estimó Isabel, aunque hizo como que no oía ni entendía palabra, y siguió adelante hasta el pie de los árboles, donde ya bullían y corrían en todas direcciones las alborotadas gallinas de Guinea. Algunas, las más ariscas, al verla quisieron emprender vuelo, estallando en el grito nasal, chillón y alto con que suelen dar la voz de alarma a sus compañeras. Mas conocida lo voracidad de esas aves, bastaron a tranquilizarlas y contenerlas unos granos de maíz que Isabel sacó de la cestita que llevaba al brazo y que tuvo cuidado de arrojarlos en un punto dado, cerca de sí. La banda en masa se echó sobre el escaso alimento, depuesta la vigilancia, olvidado el peligro, y sólo ocupada de engullir granos o pedrezuelas. De esta circunstancia se aprovechó una de las esclavas, a una señal de su señorita, para arrastrarse por el suelo y pillar dos, sin que lo echaran de ver las otras. Muy gustosa es la carne de estas aves, tan gustosa como la de la perdiz, razón porqué Isabel se propuso obsequiar a sus huéspedes con un par de ellas, asadas, en el almuerzo.

A la vista del alimento, arrojado ahora a puñados, acudieron presurosos los pichones. Estos, menos huraños que las guineas, a las cuales temían, y más capaces de simpatía que ellas, revolotearon al principio en torno de la joven, luego se posaron en su cabeza, en sus hombros y en el brazo de la cesta, acabando por arrebatarle el maíz de las manos y aun picarle en la boca. Tales y tan tiernas demostraciones de inocentes avecicas, por más que repetidas un día con otro, siempre la enternecían, y jamás, sino en casos extraordinarios, consintió que las matasen fuera de su vista. Por este y otros actos

parecidos en que se ponía de manifiesto la influencia ejercida por Isabel sobre cuantos seres se le acercaban, no creían menos sus esclavos sino que Dios la había dotado de una especie de encanto o poder secreto, el cual no cabía eludir ni repeler.

Seguía Diego Meneses con la vista los pasos de su amigo, y, bien que, a fuer de hombre civilizado, no estaba dispuesto a conceder nada sobrenatural en ella, sí creía, como los demás, que era una mujer extraordinaria. Desde su puesto de observación daba cuenta fiel de lo que veía u oía, a Leonardo, quien continuaba en la cama descansando y gozando de las finísimas sábanas cargadas de encajes y perfumadas con los pétalos de las rosas de Alejandría, obra toda de las industriosas manos de Isabel. Decía Meneses a Gamboa, entre otras cosas:

—Es mucha mujer esa, amigo.

—¿No te lo decía yo? —contestaba éste satisfecho.

—Vale un Perú. No se ven muchas como ella por ahí.

—¿Quieres cambiar? La cambio pelo a pelo por Rosa. Vamos.

—No te burles, compadre —contestaba Diego serio—. Que reconozca en Isabel prendas raras, dignas de encomio, no quiere decir que me guste más que otras mujeres, ni que esté prendado de ella. Pero la verdad es que cada vez me convenzo más de que tú no te la mereces.

—¡Pues qué! ¿Te figuras que ella es mejor que yo? —replicaba Leonardo, herido de la observación de su amigo—. Te equivocas, chico, de medio a medio. Ten presente que Isabel es hija de un antiguo empleado del gobierno, empleado cesante, un cafetalista arruinado, un pobretón, en suma; mientras que mis padres tienen potreros, cafetal, ingenio, son hacendados ricos y hacen diferente papel en la Habana. ¿Está V.?

—Estoy, sólo que no me referí a nada de eso cuando te dije que no te merecías esa muchacha. Hablando en plata, Leonardo, tú no la quieres.

—¿Por qué supones que no la quiero?

—¡Qué! ¿Acaso no tengo ojos? Desde que llegamos vengo observando tus acciones y palabras, y nada en ti me persuade que amas a Isabel.

—¡Hombre, Diego! Te diré francamente lo que me pasó —dijo Gamboa tras breve rato de silencio—. No siento por Isabel aquella pasión ciega y ardiente que sientes tú, por ejemplo . . . por Rosa.

—Di mejor —le atajó prontamente Meneses—, que la que tú sientes por Cecí . . .

—¡Calla !—exclamó Leonardo alarmado, y medio incorporado en la cama—. No se mienta la soga en casa del ahorcado. Te pueden oír: las paredes oyen. Ese nombre es vedado aquí.

—Poco importa un nombre. Es muy común y no creo que Isabel lo haya oído en su vida.

—Probable es que no, pero por el hilo se saca el ovillo, cuanto más que Isabel no tiene pelo de tonta.

—Y ahora que viene al caso, ¿cómo te has compuesto respecto a la escena delante de la casa de las Gámez en el momento de la partida de Isabel?

—Creo que sospecha algo y tengo para mí que sus primas le han contado o escrito sobre eso algún cuento. Ello es que Isabel se muestra recelosa y al parecer muy sentida conmigo.

—No dudo que las primas hayan despertado sus celos. La cosa fue, no obstante, muy clara para que se dejase de alarmar Isabel y sosperchar lo mismo que tú y yo sabemos. ¡Qué osadía la de aquella muchacha!

—¿Qué quieres? La cegó el demonio de los celos, comprometiéndome a los ojos de Isabel y de sus primas. No puedes imaginarte cuánta fue mi vergüenza.

Lo considero. Yo, en tu lugar, escondo la cara bajo siete estados de tierra. Mas ¿de dónde sacó Isabel que podía haber sido tu hermana Adela?

—Ahí verás, Diego. Con todo, si bien recuerdas, se parecen mucho a primera vista.

—Ya había hecho yo la misma observación. ¡Qué malo que tu padre tuviese que ver con semejante parecido!

—¿Quién sabe? A él le gusta la *canela* tanto como a mí. No tendría nada de extraño que, andando a salto de mata, como solía cuando mozo, hubiese dado un tropezón... Lo que es de C... está que se le cae la baba. Me consta.

—Luego no puede ser su padre.

—¡Qué había de serlo! Ni pensarlo. ¡Disparate!

—Pues por ahí se corre que lo es.

—Habladurías de las gentes, Diego. ¿Conciben que estaría enamorado de C... si le ligasen esas relaciones de parentesco con ella?

—Quizás lo ignore, porque tú dices, fue todo a consecuencia de un tropezón. Quizás también la cela de ti, sabedor del parentesco que media entre Vds. dos. ¡Cuando el río suena! ...

—En este caso el río no lleva agua, ni piedra. Solo porque da la casualidad que se parecen mucho C... y Adela se encapricha la gente y habla... Lo que te sé decir es que él me ha hecho pasar más sustos que pelos tengo en la cabeza. Cuando menos lo espero me doy con él de manos a boca. Casi, y sin casi, me causa doble inquietud que el músico Pimienta. Lo único que me tranquiliza por esta parte es que ella desdeña tanto a los viejos como desprecia a los mulatos.

—No te fíes, sin embargo. Cosa sabida es que hijo de gato ratón caza, y que donde salta la madre salta la hija. Mas volviendo a nuestro cuento, el resultado de estas misas es que tú no estás en el mejor pie con Isabel.

—No. Como te decía, ella sospecha algo, o alguien la ha predispuesto contra mí. Isabel es, además, muy perra para explicarse con franqueza; yo soy punto menos, de modo que así iremos pasando hasta que Dios quiera, o ella deponga el orgullo y se reconcilie conmigo.

—Esa misma conformidad tuya, —observó Meneses—, me confirma en la creencia de que tú no amas a Isabel.

—O yo no me he sabido explicar, o tú no me entiendes, Diego. No habiendo puntos de comparación bajo ningún concepto entre las dos mujeres, no puedo querer a la una como quiero a la otra. La de allá me trae siempre loco, me ha hecho cometer más de una locura y todavía me hará cometer muchas más. Con todo, no la amo, ni la amaré nunca como amo a la de acá... Aquélla es toda pasión y fuego, es mi tentadora, un diablito en figura de mujer, la Venus de las mula... ¿Quién es bastante fuerte para resistírsele? Quién puede acercársele sin quemarse? ¿Quién al verla no más no siente hervirle la sangre en las venas? ¿Quién la oye decir *te quiero,* y no se le trastorna el cerebro cual si bebiera vino? Ninguna de esas sensaciones es fácil experimentar al lado de Isabel. Bello, elegante, amable, instruida, severa, posee la virtud del erizo, que punza con sus espinas al que osa tocarla. Estatua, en fin, de mármol por lo rígida y por lo fría, inspira respeto, admiración, cariño tal vez, no amor loco, no una pasión volcánica.

—Y pensando como piensas, Leonardo, ¿te casarás con Isabel?

—¿Por qué no? Precisamente así es como debe buscarse la mujer para esposa. El que se casa con Isabel está seguro de que no padecerá de... quebraderos de cabeza, aunque sea más celoso que un turco. Con las mujeres como C... el peligro es constante, es fuerza andar siempre cual vendedor de yesca. No me ha pasado jamás por la mente casarme con la de allá, ni con ninguna que se le parezca, y sin embargo, aquí me tienes que me entran sudores cada vez que pienso que ella puede estar coqueteando ahora mismo con un pisaverde o con el mulato músico.

—Lo que prueba, amigo mío, que no hay forma de servir a dos amos.

—En negocios de amores, o galanteos, se puede servir hasta a veinte, cuanto y más a dos. La de la Habana será mi Venus citera, la de Alquízar mi ángel custodio, mi monjita Ursulina, mi hermana de la caridad.

—Es que no se trata de amar mucho a una y de casarse con otra que no se ama tanto.

—Ya veo que tú no entiendes de la misa la media. Para gozar mucho en la vida el hombre no debe casarse con la mujer que adora, sino con la mujer que quiere. ¿Entiendes ahora?

—Entiendo que tú no has nacido para casado.

Prosiguiendo Isabel en su excursión matutina, muy ajena de la conversación que se tenían los jóvenes habaneros sobre ella, se llegó al pozo. Allí, como en todas partes, impuso respeto su presencia. Por lo que toca al aguador, suspendió el trabajo, no fuera que al verter el agua en la cubeta salpicase el traje de su señorita, que se había acercado demasiado. Al contrario, el calesero criollo, poco más o menos de la edad de aquélla, y que por haberse criado a su vista la trataba con más confianza, no detuvo el bañado de los caballos, dado que no se quitó el sombrero. Tampoco dobló la rodilla, cual su compañero, al desearle los buenos días, circunstancia que esta-

mos seguros no advirtió Isabel, ya por estar acostumbrada, ya por no concordar con sus sentimientos filantrópicos la humillación, ni en el esclavo.

—Blas, —dijo dirigiéndose al aguador—, ¿tiene mucha agua el pozo?

—A bombón (por mucha), niña.

—¿Cómo lo sabes tú?, —le preguntó ella.

—*¡Ah, niña! Yo oye siempre bú, bú, bú.*

—Luego se podrá ver el movimiento del agua.

—*Se pué, niña, se pué. Yo mira jervir.*

—Veamos, —dijo Isabel acercándose todavía más al brocal.

—*¿Sumelsé mira?*, —preguntó el negro muy asustado—. *No, no mira. Mu jondo. Diablo rempuja la niña.*

De los aspavientos del compañero rióse Leocadio y sugirió que la señorita podía satisfacer su curiosidad sin riesgo si se afirmaba de un ramal de la soga mientras ellos dos sujetaban el otro cabo. De esta manera se hizo; pero Isabel no alcanzó a ver el fondo por la demasiada profundidad, por el espesor del brocal de mampostería y por los innumerables helechos adheridos a las paredes interiores, que con sus graciosas palmas casi cerraban la boca del pozo.

En seguida Isabel preguntó al calesero si los caballos estaban en disposición de emprender el viaje del día siguiente:

—Niña Isabelita, —contestó él en lenguaje más inteligible que el de su compañero—: *Pajarito* y *Venao* necesitan *herraúra* nueva.

—¿Por qué no me lo habías dicho, Leocadio de mis culpas?

—¿Y yo he *tenío* tiempo? Hasta anoche no supe *ná* del viaje. *Dispués* de bañar los caballos iba a herrarlos.

—Iré *dispués* de almuerzo. Deme la niña la papeleta para el *herraor*. Si no se ha *emborrachao*, estamos bien.

—Por eso, ve lo más temprano que puedas. Y echa ahora a correr y sofocar los caballos antes de tiempo.

—La niña siempre se figura que uno mata los caballos.

—Debías llamarte mata-caballos, no Leocadio.

No se detuvo Isabel en las otras dependencias de la finca por aquel lado del batey; mas al cruzar al opuesto, echó de menos a uno de los esclavos de campo y le informó el Contramayoral que por enfermo no se había presentado en la fila la noche anterior. Reprendió a Pedro que no le dio el aviso oportuno, siguiendo derecho a la enfermería. Se hallaba sentado el enfermo en el suelo, junto a la lumbre, abatido y con un pañuelo atado en la cabeza. Por pronta providencia la enfermera le había suministrado sendas jícaras de infusión, de corteza de naranja, endulzada con azúcar de *raspaduras.*[1] Isabel le tomó el pulso, comprendió que tenía fiebre y dispuso se recogiera entre tanto venía el médico. De vuelta a la casa de vivienda, examinó la caballeriza y el salón en que se escogía el café.

[1]Una costra dulce que se produce en el proceso de refinar azúcar.

La esperaban en el pórtico los huéspedes, junto con su hermana, su tía y su padre. Parecía natural que quien tan puntualmente había desempeñado las obligaciones de administradora de la heredad y de las *cosas* a ella adscritas, se sintiese satisfecha de sí mima y más dispuesta para el desempeño de sus deberes como ama de casa. En el semblante risueño y animado con que tornó al lado de la familia, se echó de ver que la dueña cariñosa y blanda de esclavos sumisos, sabía ser amable y atenta con sus iguales y amigos. Desde ese momento se consagró a obsequiarlos y hacerles cuanto agradable se pudiera su corta estada en el cafetal.

Como la mañana siguiente siendo fresca y de poco sol, propuso Isabel a sus amigos una breve visita al jardín fronterizo de la casa. Ese era su Edén. Poca cosa se le alcanzaba del arte de la jardinería, mucho menos de botánica; tampoco se había propagado en Cuba el gusto por la floricultura, ni Pedregal u otros jardineros franceses habían importado de Francia la gran variedad de rosas que delante trajeron la invasión rosada a la Habana. Pero Isabel era florista por instinto y por afición decidida; y como había plantado con sus manos, sabía de coro la historia de todas las flores que crecían en su delicioso pensil. Guardóse, no obstante, de mencionar siquiera el rosal de flores pálidas en que Leonardo, hacía un año cabal, había injertado de púa el rosal de flores encarnadas. Vigoroso y lozano se mostraba, ostentando en cada nudo rosas de uno y otro color; remedo fiel y poético de dos seres sensibles ligados por la más humana de las humanas pasiones: el amor.

Más tarde la visita a los jardines la extendió Isabel a una excursión a caballo de los cuatro jóvenes por los cafetales vecinos. Sentía ella la necesidad de distraerse, más aún, de aturdirse con el continuo movimiento. Aparte de que no la había dejado satisfecha su explicación de la víspera con Leonardo, le dolía alejarse del apacible hogar y del amoroso padre, y ya la acometía aquella especie de fiebre, síntoma infalible de la extrema dolencia conocida por nostalgia.

Así cursó el 23 de diciembre y vino la melancólica mañana del 24. Mucho antes de aclarar había partido para Guanajay el postillón con el relevo de las tres caballerías. En la silla, y armado al uso general con el látigo y largo machete de cabo de carey y plata, aguardaba por las viajeras el apuesto calesero Leocadio. Cerca de allí se veían varias esclavas y algo más distante los otros siervos, aparentemente preparándose para emprender las faenas del nuevo día, en realidad, como después se vio, en expectativa de la tristísima escena que allí se representaría.

Deseosa Isabel de abreviar el doloroso momento de la separación, abrazó a su padre de carrera, tomó el brazo que le brindaba Gamboa y, con los ojos empañados por las lágrimas, salió a la avenida del Este para tomar el carruaje. Las señoras iban en el traje riguroso de camino, de seda oscuro y el sombrerito de paja o gorra al estilo francés. A su aparición se observó un movimiento general seguido de un murmullo entre los esclavos espectadores,

quienes prorrumpieron a una en el clamor o canto monótono de la víspera: *La niña sen va, probre cravo llorá,* repetido en coro solemne a la luz matinal del nuevo día, que apenas alumbraba la cúspide de los más empinados árboles.

Este inesperado saludo acabó de desconcertar a Isabel. Flameó el pañuelo hacia el grupo de esclavos en señal de despedida y apresuró más el paso. Entonces reparó en el Contramayoral.

A pie firme, callado, la cabeza erguida, dejando ver a través de los cabezones de la camisa el cuello rollizo y parte del membrudo pecho, Espartaco por su varonil musculatura, flaca mujer por la sensibilidad de su inculto espíritu, tenía de la cama del freno de plata el inquieto caballo de Gamboa. Junto a él se hallaba su mujer, también inmóvil y callada, con un niño en los brazos, hondamente afligida, según lo mostraban las gruesas gotas de lágrimas que rodaban por sus mejillas de ébano. Tan conmovida como ella Isabel, le puso la mano en el hombro, imprimió un dulce beso en la frente del niño y dijo a su marido: —¡Pedro, Pedro!, no te olvides de mis encargos.

Sin aguardar respuesta tomó refugio en el carruaje.

En ese asilo comenzaron las que pudieran llamarse cariñosas importunidades de los esclavos. Las negras especialmente, convencidas de que se marchaba su señorita, rodearon el quitrín y las más expresivas se agolparon al estribo, metían la cabeza por debajo de la cortina o capacete, y, según su costumbre, clamaban a grito herido: ¡Adiós, niña! ¡Vuelva pronto, niña! ¡No se quede por allá, niñita mía! ¡Dios y la Virgen lleven con bien a la niña! Acompañando estas frases, que hemos traducido en gracia del lector, con sus extravagantes demostraciones, como oprimirle suavemente los pies, besárselos cien veces, lo mismo que las manos con que ella quería rechazarlas. Todo esto dicho y expresado con verdadero sentimiento, con exquisita ternura, y sin dejar de contemplar su angelical semblante, cual el de un ídolo o de una imagen sagrada.

Pobres, sensibles, aunque ignorantes y sencillos esclavos, tenían a su ama por la más hermosa y buena de las mujeres, por un ser delicado y sobrenatural, y se lo demostraban a su manera ruda e idólatra.

Poco a poco, ya por ruegos, ora por amonestaciones suaves, logró Isabel apartar de sí a las más petulantes, dio la orden de partir, y anegada en llanto exclamó: Yo no sirvo para estas escenas.

A tiempo de montar echó Gamboa una mirada desdeñosa al espectáculo en torno del carruaje, y dijo alto, de modo que lo oyó Pedro, que le tenía el estribo: —¡Ay! ¡Qué falta hacía aquí un buen *cuero!*

El calesero llamó la atención hacia las riendas del caballo de fuera, y cuando Isabel pudo tomarlas en la mano ya el quitrín y los viajeros habían salvado la portada y se hallaban casi en los límites, por el Oeste, del cafetal *La Luz.*

CAPITULO III

¡Dulce Cuba! en tu seno se miran
en el grado más alto y profundo,
las bellezas del físico mundo,
los horrores del mundo moral.

José María Heredia

Llaman Vuelta Abajo o Vuelta Bajo en la isla de Cuba, a aquella región que se cae a la parte poniente del meridiano de la Habana, y que, principiando en las cercanías de Guanajay, termina en el cabo de San Antonio. Se ha hecho famosa por el excelente tabaco que se produce en las fértiles vegas de sus numerosos ríos, principalmente sobre la vertiente meridional de la cordillera de los Organos. Para darle semejante dictado parece que hay una razón de mucho peso, a saber: la baja nivelación del suelo de este territorio, comparada con la alta del ya descrito.

Empieza el descenso a pocas millas al Oeste de Guanajay, advirtiéndose desde luego un cambio brusco en el aspecto del país. El color del suelo, sus elementos componentes, la vegetación, el clima y el género de cultivo en general son del todo diferentes. Así es que el rápido declive constituye una rampa para el que va y un cerro para el que viene de la Vuelta Abajo.

Al borde de esta precipitosa rampa se despliega ante los ojos del viajero un cuadro inmenso, magnífico, que no hay lienzo que le contenga, ni ojos humanos que le abarquen en toda su grandeza. Figuraos una aparente planicie, limitada al Oeste por las brumas del lejano horizonte, al Norte por las colinas peladas que corren a lo largo de la costa, y al Sur por las ásperas y alterosas sierras que forman parte de la extensa cordillera de montañas de la Vuelta Abajo. Y hemos dicho aparente llanura, porque de hecho es una serie sucesiva de valles trasversales, estrechos y hondos, formados

por otros tantos riachuelos, arroyos y torrentes que descienden de las laderas setentrionales de los montes y, después de un curso torcido y manso, se pierden en las grandes e insalubres cuencas paludosas del Mariel y de Cabañas.

A la vista del grandioso cuadro, Isabel, que era artista por sentimiento y que amaba todo lo bueno y bello en la naturaleza, mandó parar los caballos a los bordes de la rampa y echó pie a tierra, sin aguardar a que se aceptara la proposición por sus compañeros. Serían las ocho de la mañana. Ensanchábase allí el camino, describiendo una zeta para disminuir en lo posible lo precipitoso de la bajada. Por esta razón, aunque ambas laderas se hallaban cubiertas largo trecho de un arbolado crecido y hojoso, ni sus copas sobresalían mucho del nivel de la planicie que ocupaban los viajeros, ni obstruían, que digamos, la vista panorámica de más allá. Asombrosa era la vegetación. A pesar de lo avanzado de la estación invernal, parece que había vestido sus mejores galas y que orgullosa sonreía a los primeros rayos del almo sol. Do quiera que no había hollado la planta del hombre ni el casco de la bestia, allí brotaba, por decirlo así, a raudales el modesto césped o rastrera grama, el dulce romerillo, el gracioso arbusto, el serpentino bejuco y el membrudo árbol. Hasta de las ramas verdes y gajos secos, cual cabelleras de seres invisibles, pendían las parásitas de todas clases y formas, que viven de la humedad de que está constantemente saturada la atmósfera de los trópicos. El suelo y la floresta, en una palabra, cuajados de flores, ya en ramilletes, ya en festones de variada apariencia y diversidad de matices, formaban un conjunto tan gallardo como pintoresco, aun para aquellas personas acostumbradas a la vista de los campos feracísimos de Cuba.

Para mayor novedad y encanto, se ofrecía allí la vida bajo sus formas más bizarras: bullía materialmente el bosque vecino con todos los insectos y pájaros casi que cría la prolífica tierra cubana. Todos a una zumbaban, silbaban o trinaban entre el sombrío ramaje o la espesa yerba, y hacían concierto tal y tan armonioso como no podrán jamás hacerlo los hombres con la voz ni los instrumentos músicos. ¡Dichosos ellos que de puro pequeños e inermes no excitaban la codicia del cazador, ni temían ser interrumpidos en sus inocentes correrías y revoloteos mientras recogiendo la miel en el cáliz de las flores, o saltando de rama en rama, hacían temblar las hojas, desprendían el rocío cuajado en ellas y las gotas, al dar en la hojarasca seca del suelo, remedaban una lluvia en que no tenían parte las nubes.

No hay paridad ninguna en la fisonomía del país visto por ambos lados de las montañas. Por el del Sur, la llanura con sus cafetales, dehesas y plantaciones de tabaco, continúa casi hasta el extremo de la isla y es lo más ameno y risueño que puede imaginarse. Al contrario por el lado del Norte, en el mismo paralelo se ofrece tan hondo, áspero y lúgubre a las miradas del viajero que cree pisar otra tierra y otro clima. Ni porque está ahora cultivado en su mayor parte hasta más allá de Bahíahonda, se desvanece esa

mala impresión. Quizás porque sus labranzas son ingenios azucareros, porque el clima es sin duda más húmedo y cálido, porque el suelo es negro y barroso, porque la atmósfera es más pesada, porque el hombre y la bestia se hallan ahí más oprimidos y maltratados que en otras partes de la Isla, a su aspecto solo la admiración se trueca luego en disgusto y la alegría en lástima.

Tal, poco más o menos, sintió Isabel en presencia de aquel pedazo de la famosa Vuelta Abajo. Sus puertos, que eran de hecho las alturas en que se hallaban detenidos los viajeros, no podían ser más espléndidas; podían calificarse de doradas. Pero ¿qué pasaba por allá abajo? ¿Sería aquélla la morada siquiera de la paz? ¿Habría dicha para el blanco, reposo y contentamiento alguna vez en su vida para el negro, en un país insalubre y donde el trabajo recio e incesante se imponía como un castigo y no como un deber del hombre en sociedad? ¿A qué aspiraba ni qué podía esperar tanto ser afanoso cuando pasado el día y venida la noche se entregaba al sueño que Dios, en su santa merced, concede a la más miserable de sus criaturas? ¿Ganaba alguno, entre tanto trabajador, el pan libre y honradamente para sostener una familia virtuosa y cristiana? Aquellas fincas colosales que representaban la mayor riqueza en el país, ¿eran los signos del contento y de los puros placeres de sus dueños? ¿Habría dicha, tranquilidad de espíritu para quienes a sabiendas cristalizan el jugo de la caña-miel con la sangre de millares de esclavos?

Y le ocurrió naturalmente que si se casaba con Gamboa, tarde que temprano tendría que residir por más o menos tiempo en el ingenio de *La Tinaja,* a donde ahora se dirigían en son de paseo. Naturalmente también, se agolparon a su mente, como en procesión fantástica, los rasgos principales de su breve existencia. Recordó su estada en el convento de las monjas Ursulinas de la Habana, donde en medio del silencio y de la paz se nutrió su corazón de los principios más sanos de virtud y caridad cristiana. Como en contraste recordó la muerte de su piadosa madre; la orfandad en que quedó sumida; su desolación y hondo pesar; los días serenos e iguales que después había venido pasando en el cafetal *La Luz,* bello jardín, remedo del que perdieron nuestros primeros padres, acariciada por sus más allegados e idolatrada por sus esclavos como no lo fue reina alguna sobre la tierra. Recordó, en fin, la situación aflictiva en que dejó a su padre, achacoso y ya entrado en años, el cual no aprobaba del todo aquel viaje, tal vez porque podía ser el preludio de separación más grave y prolongada.

Brevísimos fueron el silencio y recogimiento de la joven; pero tan intensa, tan viva su emoción, que no pudo evitar se le llenaran de lágrimas los ojos. Leonardo se hallaba a su lado, teniendo por la brida el brioso caballo, y ya por divertirla de sus tristes ideas, ya por echarla de *cicerone,* comenzó a describir los puntos más culminantes del magnífico panorama que tenían a la vista. Había pasado él varias veces por aquellos lugares; conocía a palmos el terreno que pisaba y quería dar muestras a las amigas de su buena

memoria. El primer ingenio a nuestros pies, dijo, es el de Zayas. Los árboles de esta parte de la loma nos impiden ver las fábricas, pero aquéllos son sus últimos cañaverales. Debe de estar moliendo, porque hasta acá llega el olor del melado. Muele todavía con trapiche y mulas. Tenemos que pasar por el mismo batey. Después, en el centro de este gran valle, un poco hacia nuestra derecha, por junto al tronco de aquella ceiba, pueden verse las tejas coloradas de la casa de calderas del viejísimo ingenio de Escobar o del Mariel. Según me cuenta mamá, fue el primero que se *fomentó* en este valle de la Vuelta Abajo. También debe de estar moliendo, pues veo salir humo de entre la arboleda del batey. Luego, ¿no ven Vds. una nube blanca que atraviesa el valle en toda su latitud a la altura de los árboles, describiendo una porción de vueltas y revueltas? Un poeta diría que era un cendal de gasa. A mí me parece la piel de una culebra soltada en la huida del monstruo de las montañas al mar. Pues no es otra cosa, si bien reparan Vds., que los vapores que van marcando el curso torcido del río Hondo, notable por lo estrecho de su cauce y por las grandes avenidas que hace en tiempo de lluvias. Ahora está bajo y habrá puentes para pasarlo sin necesidad de mojarnos los pies. Del otro lado, por aquí derecho, en vuelta del Noroeste, ¿divisan Vds. un bosque muy verde y tupido del cual asoman unas torres que parecen redondas? Ese es el ingenio *Valvanera,* de D. Claudio Martínez de Pinillos, recién creado Conde de Villanueva. A la izquierda, al pie del monte de Rubín o Rubí, se ven los cañaverales del ingenio *La Begoña,* y a la derecha, aun no discernible, *La Tinaja,* cerca de una legua del pueblo de Quiebrahacha.

Muy pendiente era la bajada por aquel lado al vastísimo valle de los ingenios de azúcar, y aunque trazada en zigzag, todavía trabajaban mucho los caballos para mantener el carruaje en el conveniente nivel. Acortaba el calesero las riendas del de varas, temeroso de un resbalón; y se abatía de nalgas y se deslizaba que no marchaba de firme. Con esto crujían las sopandas de cuero, sobre las cuales se mecía la caja del quitrín a guisa de zaranda, y el sudor empezaba a brotar del tronco, de las orejas y de los ijares de las fatigadas bestias.

—Poco a poco, Leocadio, —dijo Isabel en llegando a lo más agrio de la cuesta—. No había visto yo camino más pendiente.

Cabalgaba Leonardo al estribo derecho del carruaje, y dijo en son de broma:

—¿Es Isabel la que habla? La creía yo más guapa que eso.

—Si se figura V. que tengo miedo, —repuso ella prontamente—, se engaña de medio a medio. No temo ni pizca por mí, temo por los caballos. Mire V. el de barras: la carga es mucha y la bajada precipitosa; se ha bañado en sudor, y estoy esperando verle caer y rodar. Sí, mejor será apearnos. Para, Leocadio.

—No, no se apee, niña, —dijo el calesero con instancia, arriesgando un choque con sus amas—. Como su merced se apee en este paraje, tendrá que

apearse en todas las lomas. *Pajarito* es *mu* resabioso y sabe más que la bibijagua. Déjeme su merced darle *cuarta* y verá cómo no se hace más el chiquito.

—Eso es lo que tú quisieras, que te dejase maltratar al pobre caballo. ¿No sabes que no está acostumbrado a las lomas? De ningún modo consentiré que le pegues. Para, te digo.

—La niña tiene *perdíos* los animales y la gente, —murmuró Leocadio recogiendo las riendas para parar—. Cuando estaba viva la señora estos caballos volaban como pájaros. A ella sí que le gustaba *jarrear* de duro.

En este punto intervino Leonardo, oponiéndose al propósito anunciado por su amiga, no ya solo porque de hacerlo así el tronco adquiriría el vicio de que hablaba el calesero, sino porque de resultas de la sombra del arbolado de la derecha aún no había enjugado el sol la humedad del suelo barroso del camino. Cedió ella con visible repugnancia, y como para no tomar parte directa en el martirio, según dijo, de los caballos, entregó los cordones del de la pluma a su hermana Rosa y cerró los ojos mientras duró la bajada.

No deseaba ésta cosa mejor. Joven y viva de carácter, amaba el peligro y se perecía por manejar, fueran las que fuesen las fatigas que experimentasen las caballerías en trasportarla por aquellos derrocaderos, como al niño en su cuna de viento.

Molía Zayas en efecto. Las pilas de caña miel recién segada cerraban casi los costados exentos de la casa de ingenio, pues solo dejaban un pasaje bastante amplio, eso sí, por el lado del batey, o camino que traían los viajeros. Notábase allí gran vocerío y movimiento, lo mismo dentro que fuera. Dentro, las mulas del trapiche pasaban y repasaban por delante del espacio abierto en su precipitado giro, azotadas despiadadamente por los mozos negros que corrían a par de ellas con ese único propósito. Por entre aquel estrépido infernal se oía distintamente el crujir de los haces de caña que otros esclavos desnudos de medio cuerpo arriba metían de una vez y sin descanso en las masas cilíndricas de hierro. Al otro lado del trapiche, aunque eran mayores si cabe la batahola y la algarabía, por decirlo así, de los ruidos confusos, no se veía cosa alguna; impedíalo completamente el denso humo revuelto con el vapor que se desprendía de las hirvientes calderas, donde se cocía el dulcísimo jugo de la caña y llenaba con sus inmensas olorosas columnas todo el interior del gran laboratorio.

Afuera, una doble fila de carretas, o se acercaban cargadas a dicha casa, o se alejaban de vacío en dirección del campo o del *corte* de caña, como se dice; todas tiradas por un par de bueyes no menos flacos que tardos en sus movimientos. Pie a pie de cada yunta marchaba el conductor o carretero esclavo, armado de ahijada[1] larga y pincho agudo de hierro; y a todo lo largo de la doble fila de carretas, ya en una dirección, ya en otra opuesta,

[1]Aguijada.

cabalgaba en su mula marchadora el boyero blanco armado también, mas no de vara, sino del indispensable *cuero,* con el que de cuando en cuando cruzaba las espaldas de aquel negro que creía remiso en el uso de la férrea ahijada.

La hechura de las carretas era lo más burdo y primitivo que puede imaginarse; el engrase de los ejes por darse, con lo que las cargadas chirriaban sin cesar; al paso que las de vacío, con sus desmesuradas ruedas y holgura de manga, sobre no guardar jamás la perpendicular, fuera cual fuese la nivelación del piso, hacían un retintín desagradable, chocando de continuo las sueltas vilortas contra los sotrozos de hierros fijos, y saliéndose de su sitio las tablas de la cama. Por largo trecho en una y otra dirección, el batey y las guardarrayas desaparecían bajo las hojas pajizas y aun los trozos útiles de caña dejados caer por incuria, por exceso de carga o por defecto material de los vehículos empleados en su trasporte. A este lamentable desperdicio contribuían como los que más los conductores. No bien se alejaba el boyero de un punto dado, se aprovechaba el conductor inmediato para sacar de la carga el trozo de caña que mejor le parecía, en cuyo acto arrastraba otros varios que se caían en el camino y allí quedaban para ser hollados y molidos por las carretas que venían detrás. No se cuidaba de eso, antes se llevaba a la boca por un extremo el trozo de caña y le chupaba afanoso, sin dejar de animar a los bueyes con voces descompasadas y repetidos pinchazos hasta sacarles sangre; puede ser en desquite por la que el boyero hacía saltar de sus espaldas con la pita, o llámese punta, del terrible látigo.

Tales escenas u otras muy parecidas a éstas se repitieron a la vista de los viajeros, a su paso por los ingenios de *Jabaco, Tibotibo, El Mariel* o antiguo *Escobar, Ribondo* y *Valvanera.*

Entre las dos plantaciones últimamente mencionadas, sólo avistaron una pequeña *sitiería,* a la margen derecha del camino, quiere decir, de un grupo de cabañas pajizas donde algunas familias pobres cultivaban un corto paño de tierra y criaban animales domésticos. No podía dársele siquiera el nombre de aldea, dado que allí, ni en muchas millas a la redonda, había escuela ni iglesia. Los ingenios de fabricar azúcar no consentían, por lo general, en su inmediata vecindad, esos símbolos del progreso y de la civilización.

Para librarse de aquellos amargos pensamientos procuraba separar los ojos del sucio negro, duro y sin lustre, cual hierro dulce, del camino, y los pasaba por cima de las flores o güines color violado claro, de las cañas en sazón, hasta tropezar en la zona azulosa donde se unía el horizonte con las cumbres oscurísimas de las distantes montañas.

Pero por más de un motivo poderoso no le era dable a Isabel aquella concentración que demandaba el espíritu en su agonía. Bruscas cuanto frecuentes eran las ondulaciones del terreno; el camino, aunque ancho, necesariamente torcido; las cañadas estrechas y hondas; la mayor parte de las cuales había que pasarlas por puentes hechos sin arte ni solidez, con maderos rollizos, o con tablas sacadas de los troncos de las palmas. Tenía que ser

la marcha, en consecuencia, lenta y cautelosa, y luego no sabía Rosa regir el caballo de fuera; razón por la que más bien que de ayuda servía de estorbo al de varas, ya atravesándosele delante, ya no tirando a la par, o tirando en dirección opuesta a la del movimiento del carruaje. Quejóse más de una vez el calesero de estos tropiezos, hasta que Isabel, para acallarle y evitar un contratiempo serio, reasumió los cordones del caballo de la pluma.

Si Rosa supiera, no habría podido manejar mejor en aquella alegre mañana de viaje. A la izquierda del quitrín, donde lo permitía la amplitud del camino, iba Diego Meneses, tan galán a caballo como decidor y amable a pie y entonces inspirado y elocuente, dispuesto más que otras veces a ver las escenas que recorrían sólo por su lado poético y brillante. A cada paso hallaba motivo para empeñar la atención de su entusiasta amiga, ya indicándole los festones de aguinaldos blancos o campanillas pendientes de todos los arbustos a orillas de los cañaverales, ya los güines de las cañas, que comparaba con las garzotas de innumerables guerreros en marcial arreo, mecidos blandamente por la gentil brisa de la mañana; ora los grupos de tomeguines que con rumor sordo, cual de viento rastrero y en gran tropel, seguían por algún trecho la dirección de los viajeros, rozando con las yerbas y luego desapareciendo por entre los troncos de las cañas; o el vivaracho sabanero de tardo vuelo, que salía con estrépito del espeso matorral y se posaba con mucha dificultad en la primera hoja de caña con que tropezaba en su desatentada fuga; o la esquiva garza blanca que se abría paso por entre las ramas del roble ribereño, y con el largo cuello replegado a la espalda y los pies colgados seguían en su huida el curso del arroyo; o la bandada de alborotosas cotorras que cubrían los naranjos silvestres y solo se veían cuando se aferraban a la dorada fruta para extraerle la simiente; o el gavilán, en fin, águila de Cuba, que daba giros y gritos penetrantes mientras se cernía por encima de las palmas más alterosas, entre la tierra y el cielo.

Finalmente, pasadas las diez de la mañana, atravesaron los viajeros los cañaverales del ingenio *Valvanera,* a la vista de sus grandes fábricas. Dos millas adelante se acercaron al pueblo del Quiebrahacha. Aquí se dividía en dos el camino que traían, uno que torcía al Oeste y era el carretero de la Vuelta Abajo, y el otro, el de La Angosta, que servía de entrada a los ingenios de azúcar, ya establecidos en esa región de la costa. Este tomaron nuestros viajeros. A su paso por el pueblo varias personas reconocieron y saludaron con amistoso respeto a Leonardo Gamboa.

Presentábase adelante el país tan áspero, desigual y montuoso como el anterior recorrido, aunque el arbolado era más frondoso y lozano, casi primitivo, y el suelo surcado de arroyos bulliciosos y de limpias aguas que corrían a perderse al fondo de la bahía del Mariel, o en el mar abierto al Norte. Tras media hora de camino debajo del bosque, donde no penetraban los rayos del sol, se avistaron los cañaverales de un ingenio en el repecho de una colina, acotados por una cerca rústica hecha de gajos, que mantenían en posición horizontal rajas de leña o estacas con horcones hincados en

tierra y atados juntos de trecho en trecho, para mayor seguridad, con un bejuco que, cuando verde, era bastante flexible y elástico, conocido en la Vuelta Abajo con el nombre vulgar de colorado, *Bauchinis heterophyllas.*

Luego que, siguiendo por breve espacio, paralelo a dicha ruda cerca, en cuyo tiempo ganaron los viajeros la altura de la colina, se les ofrecieron en toda su extensión y grandeza los campos de caña y allá, en el centro del cuadrado, el variado grupo de sus fábricas, coronando otra colina la mayor planicie y más ancha base. Aquél era el ingenio de *La Tinaja,* y Leonardo Gamboa, que servía de guía, se las mostró a sus amigos con cierto sentimiento de orgullo. Para ello había motivo sobrado, no ya solo por el valor en dinero que representaba la finca, y por las consideraciones sociales que se les guardaban a sus dueños, más también por el cuadro bello y pintoresco del conjunto, contemplado a buena distancia; encubridora eficaz de los lunares y manchas inherentes a casi todas las obras, así humanas como divinas.

El camino por donde se habían internado los viajeros hasta allí era el denominado de la Playa, porque servía para el acarreo de los azúcares al pueblo del Mariel, desde el cual se embarcaban y conducían en goletas al mercado de la Habana. Cruzaba la colina por su cúspide y había establecida en ella una talanquera no menos rústica que la cerca, pues se reducía a unas varas en bruto, metidas por sus cabezas en los orificios de dos largueros paralelos. Arrimada a la cerca, y en su encuentro con la talanquera, se alzaba una cabaña o bohío de los de vara en tierra o de dos aguas, tan gacho que la techumbre se componía de hojas enteras de la palma tendidas en los costados o vertientes, con las puntas descansando en el suelo.

Adelantóse Leonardo para ver por qué no se hallaba en su puesto el negro guardiero y abría la talanquera. Con tal objeto, plantó su caballo ante la única entrada del bohío, e inclinado el cuerpo, trató de registrar el interior. Inútil trabajo: la puerta o boca era muy estrecha y baja, y más allá de dos pies del umbral no podían penetrar ojos humanos, no tanto por la viva claridad del día afuera, cuanto por la densa nube de humo de leña que ardía dentro y no tenía otro medio de escape que ese.

—No veo nada y dudo que haya alma viviente en el bohío, —dijo Gamboa hablando con las señoras en el quitrín, parado en medio del camino. —¡Maldito negro!

—Tal vez duerme, —dijo Isabel.

—Si no es el sueño de la muerte, —repuso Gamboa, juro que no le salva nadie de un bocabajo.

—¿De qué se trata? —preguntó Meneses—. ¿De abrir la talanquera? Yo abriré y no perderé el casamiento por eso.

—No harás tal, —replicó Leonardo colérico—. No lo consiento.

—Bien, sugirió Isabel con su voz argentina y dulce—. Abrirá el calesero; los caballos están harto cansados para echar a correr. Leocadio, apéate.

—No, no, Isabel, —replicó Leonardo, cada vez más colérico—. Tampoco

puedo consentir en eso, no debo consentirlo. Si el guardiero está vivo abrirá la talanquera, que para eso y para más le han puesto ahí.

Sacó el reloj y añadió en seguida:

—Ya han dado las doce, hora en que sueltan la negrada para que coma. Si hubiéramos llegado aquí un poco antes, habríamos oído la campana del ingenio. Apostaría a que el *taita* guardiero se ha metido en el cañaveral para verse con alguna de sus carabelas. ¡Por Dios vivo que la paga! Nada, no está en parte alguna. ¡Caimán! ¡Caimán!, gritó a todo torrente.

Los montes del rededor fueron los únicos que le devolvieron el eco de sus voces con temblor continuado, hondo y siniestro; y luego empezó a ladrar un perrillo dogo dentro del bohío. Ahí está el guardiero, pensó el joven, y se hace el dormido para no tomarse el trabajo de abrir la talanquera. Lo haré salir a patadas, agregó alto, dando un puñetazo en el pomo de la silla. Echó pie a tierra sin más demora y se metió en el bohío, teniendo siempre el caballo de la brida.

Muy mal sonaron estas palabras y aquellos juramentos en los oídos de la modesta Isabel, aun cuando para no avergonzar a su amigo ni irritarle más contra el pobre esclavo, se guardó de representarle lo absurdo y aun el riesgo de su final propósito, si a posta éste se escondía por tener oculto algún compañero en el bohío, o por otra causa cualquiera. Afortunadamente, nada de eso ocurría. En aquel mismo instante las señoras del carruaje, Meneses y el calesero a caballo oyeron un ruido de ramas en el bosque vecino, agitadas por una persona o animal que se abría paso con alguna dificultad, y después apareció en la orilla un negro anciano mal vestido, con un gorro de lana en la cabeza, un palo largo y nudoso en la mano, que le servía de apoyo, tal vez para no besar la tierra con la frente, pues tenía el cuerpo hecho un arco por la edad, por los trabajos o por la costumbre inveterada de vivir en casas de techo bajo. Echó de ver a los viajeros apenas salió del bosque, porque se detuvo un momento indeciso del partido que debía tomar, y en soltando entre las altas yerbas algo que brillaba a los rayos del sol y parecía botella u otra vasija por el estilo, después continuó andando derecho al carruaje por la parte opuesta al bohío.

Esta circunstancia casual le salvó del primer choque de la ira de su amo, el cual, no bien salió del bohío, le reconoció desde lejos y se lanzó sobre él a carrera tendida. Pero mientras montó a caballo y salvó la distancia que le separaba de su intentada víctima, dio tiempo para que éste se pusiera inconscientemente al amparo de las señoras. Lo probable es que el infeliz esclavo no tuviese noticias de que aquellas personas eran esperadas en el ingenio, ni que entre ellas viniese guiándolas su joven amo. A derechas no le conocía tampoco. Pero al notar que se le venía encima a todo correr, y que gritaba: ¡Ah, perro! ¡Ahora lo verás!, no pudo desconocerle ni dejar de caer de rodillas a los pies del caballo, quien, conteniéndose y todo, le echó a rodar con el solo bote del pecho.

El susto de las señoras fue grande. Rosa hizo una exclamación de horror: doña Juana repitió: —¡Jesús! ¡Jesús!, e Isabel medio que se incorporó en el asiento, sacó el brazo fuera del carruaje y dijo más indignada que asustada: —¡No le mate, Leonardo!

—Agradecer debe que están Vds. delante —dijo Leonardo—, de otro modo me parece que le mataba. Tan indignado me siento contra él.

—¡Ah, mi suamito —exclamó el viejo incorporándose trabajosamente hasta ponerse otra vez de rodillas, como humildísimo pecador en presencia de su airado juez!

—¿Dónde te habías metido, perro brujo? —le preguntó el joven, y sin aguardar por la respuesta continuó preguntando o diciendo —¿Qué hacías en el monte? ¿Por qué no estabas en tu bohío? ¿A que habías ido a cambalachar por aguardiente con el tabernero del pueblo la raspadura que robas en el ingenio? Sí, sí. Lo juraría.

—*¡No, mi suamito, no siñó, sumercée! Caimán no roba rapaúra!* Caimán no bebe aguardiente!

—Cállate, perro viejo! Anda, corre a abrir la talanquera. ¿No corres todavía? ¿No sabes correr? Ya haré que el Mayoral te avive un poco con el cuero. ¡Anda! ¡Vuela! ... —y trató de pegarle (sin alcanzarle por fortuna) un puntapié en la cabeza desde el caballo.

Parecía ser el guardiero hombre de más de sesenta años de edad. Tenía al menos encanecida la cabeza, y aun la escasa barba, que le cubría el labio superior, señal segura de vejez en las gentes de su raza. A unos brazos desproporcionadamente largos y huesosos, unía dedos crispados, cual si padeciese lepra; ojos chicos de expresión hosca y triste, nunca más triste que, cuando después de abierta la talanquera, echó una mirada a las señoras del quitrín y pareció rogarles le protegieran de la cólera de su amo.

Pasado el primer momento de irritación y de ceguedad, comprendió éste que había mostrado demasiado apasionamiento y bastante grosería delante de señoras que, además de hallarse bajo su protección, iban a disfrutar de su hospitalidad en el ingenio. El caballo había sido más generoso que él, pues que, pudiéndolo, no atropelló al esclavo cuando le halló postrado en su camino. Tuvo vergüenza Gamboa de su conducta, pero muy soberbio para reconocer su falta y enmendarla con la franqueza que demandaba el caso, se limitó a referir los rasgos principales de la vida del guardiero, por supuesto, calumniándole de paso.

—No se figuren Vds., —dijo—, que el *taita* Caimán es lo que parece, un viejo inerme y manso o esclavo leal y humilde. Han de saber Vds. que el sobrenombre que lleva no se lo han puesto a humo de paja: es lo más astuto, maligno, con ribetes de taimado que existe; ni tan ignorante que no practique ciertas artes, que le dan importancia entre los suyos. Pasa por brujo y por hacerse invisible cuando le conviene o se halla en peligro. Construye ídolos y encantos que tienen propiedades mágicas en ciertos casos. Nadie diría que ve, oye ni entiende, y sin embargo, tanto de día como de noche nada ni nadie

se le escapa; y sabe, como el caimán, hacerse el dormido para asegurar mejor la presa. La juventud la ha pasado en el monte huido, y en sus repetidas fugas ha visitado todos los palenques del Cuzco y hecho amistad con los negros cimarrones más famosos de la Vuelta Abajo. Ahora está muy viejo para tales trotes, y, en consideración a haber sido uno de los fundadores del ingenio *La Tinaja,* el único que sobrevive de los que tumbaron aquí los primeros palos, mamá hizo que lo pusieran de guardiero, y le conserva en ese puesto contra la opinión de los empleados que conocen su historia y sus malas mañas. Cuando quiere o le conviene no le gana a vigilante ni el perro más fino. Puede decirse que es libre: cría gallinas, engorda todos los años uno o dos cochinos que vende, y entierra el dinero en alguna parte, y posee una yegua, en la cual suele dar vueltas de noche a los linderos de la finca. Pero como digo, es muy taimado y maligno y apostaría cualquier cosa a que no se hallaba lejos del bohío y de su puesto sin algún objeto doloso y reprobado a la mira. Por el cañaveral se ve con sus compañeros del ingenio; por el monte sólo con los cimarrones o con los taberneros del pueblo para cambiar azúcar por tabaco, aguardiente u otra cosa por el estilo.

—Así debe de ser, Leonardo —comenzó diciendo Rosa—, pues me pareció que traía una...

La tía y la hermana, más avisadas que ella, no la dejaron terminar la frase; y nadie más habló en el resto del camino.

Entre la una y las dos de la tarde, bajo un sol de fuego, cuyos rayos los reflejaban las hojas de la caña cual si fueran bruñidas espadas, se desmontaron los viajeros en la gran casa de vivienda de *La Tinaja.*

CAPITULO IV

Lo más negro de la esclavitud
no es el negro.

JOSÉ DE LA LUZ CABALLERO

Bajo más de un concepto era una finca soberbia el ingenio de *La Tinaja,* calificativo que tenía bien merecido por sus dilatados y lozanos campos de cañamiel, por los trescientos o más brazos para cultivarlos, por su gran boyada, su numeroso material móvil, su máquina de vapor con hasta veinticinco caballos de fuerza, recién importada de la América del Norte, al costo de veinte y tantos mil pesos, sin contar el trapiche horizontal, también nuevo y que armado allí había costado la mitad de aquella suma.

La casa de calderas o de ingenio era tan fuerte como vasta: edificio exento casi enteramente, cuya armadura se componía de pares rollizos, apoyados en soleras pesadas y éstas en pilares, dichos horcones en el país, sin escuadría ninguna ni más pulimento que el que pudo darles con la azuela el vizcaíno carpintero-arquitecto contratado en la finca para esos trabajos. Tenía el aire imponente y rústico que parecía demandar su destino. Debajo de su cubierta de tejas coloradas se abrigaban el trapiche, la máquina de vapor y el tren Jamaiquino[1] de elaborar el azúcar, montado sobre tres hornos o fornallas. No se hallaban en el mismo nivel todos estos aparatos: el de las calderas era varios pies más bajo; y para pasar de un departamento a otro había que descender dos anchas escalinatas de piedra, flanqueando el plano del trapiche y máquina de vapor. Esto se hacía así para que tuviese una caída fácil el guarapo, que al salir de las masas corría por una canal de madera a la artesa, llamada allí man-

[1]Aparato para cocer el guarapo.

sera, donde algo se limpiaba y seguía al tacho o paila para recibir el primer hervor.

Paralelo con este edificio había otro grande y más gacho, cerrado por sus costados con paredes de mampostería y una sola entrada, haciendo frente a la parte de las calderas mencionadas. Este era la casa para la purga y el secado del azúcar. En otros separados se hallaban la carpintería, la herrería, la enfermería, y la que puede llamarse casa de maternidad; las habitaciones del mayoral, del boyero, carpintero, mayordomo y maestro de azúcar, quien temporalmente residía también en el ingenio. Para el maquinista, cuyo oficio a la sazón desempeñaba un joven americano, se había construido una habitación provisional con tablas de cedro, cerca de la máquina de vapor; unico sitio abrigado en aquel feo caserón. Seguían después, formando grupo, sobre doscientas cabañas o bohíos de paja, con sus correspondientes corrales y gallineros adjuntos, para la morada de los trescientos esclavos, o dotación del ingenio. Las otras casas exentas, a saber: las del bagazo, la de batir el barro para la purificación del azúcar, y otras de menos importancia, se hallaban erigidas en el espacio medianero entre la de calderas y la de purga.

La planta de aquélla, denominada por antonomasia "de vivienda", figuraba en paralelogramo trapezoidal, sentada en el suave declive de una colina, cuya diferencia de nivel se había procurado remediar alzando el piso por el frente. Era de un solo cuerpo de fábrica de mampostería gruesa, con cubierta de tejas huecas coloradas, amplio pórtico, la sala cuadrada al medio, flanqueada a ambos lados por dos crujías de cuartos, pasadizos corridos por el interior, patio rectangular en el centro, cerrado por una tapia alta con caballete de vidrios, y una portada en el lienzo del fondo, que se cerraba con cerrojo y cerradura y servía para la comunicación interior de la servidumbre de la casa. En el patio crecían muchas flores, algunos naranjos, higueras y parras, que no contribuían poco con su verdor y su sombrío a la frescura de los cuartos; aunque para quebrar la reflexión de los rayos solares en puntos de medio día, habían puesto cortinas de cañamazo en todo el derredor de los pasadizos. Arreglo igual se advertía en el pórtico, que por su elevación y amplitud se hallaba más expuesto a los embates del viento y a los efectos desagradables de la reflexión solar en el extenso y desolado batey.

Desde lo alto de la escalinata del pórtico se registraba de un extremo a otro la casa de calderas al frente, la de purga algo más a la derecha, aunque sólo por el lado de las gavetas para secar el azúcar; el barracón de los negros o la estacada que encerraba sus habitaciones rústicas; en suma, la mayor parte de las que componían la vasta población del ingenio; los campos de caña hacia el Oeste, los techos pajizos de las casas del potrero, y más allá un palmar inmenso, un codo del río y luego la selva alterosa y primitiva, que formaba como el fondo oscuro de este variado cuadro campestre.

Cosa del medio día del 24 de diciembre de 1830, arrellanados en cómodas butacas de vaqueta colorada, se hallaban los amos del ingenio *La Tinaja,* junto con otras varias personas, al abrigo de la reflexión solar, tras las cortinas de

cañamazo. Casi todos los caballeros, D. Cándido Valdés, cura del Quiebrahacha, el capitán del partido y el médico fumaban tacabo; doña Rosa, la esposa del capitán antes dicho, la mujer y cuñada del mayoral del potrero y las señoritas Gamboa, comían unas dulces cañas de la tierra, otras naranjas de China y guayabas del Perú, etc., productos éstos de la estancia del ingenio. Por allí andaban nuestros conocidos de la Habana: Tirso, Aponte, Dolores, junto con otra de las negras que habían venido por mar, y dos o tres más de la dotación del ingenio, que por criollas y de mejor apariencia, las habían destinado al servicio doméstico, todos haciéndose útiles.

De las señoritas Gamboa, Carmen y Adela no calentaban asiento, picaban un pedazo de guayaba o de naranja y emprendían luego largos paseos, enlazadas de las manos, de un extremo a otro del pórtico, con manifiestas señales de impaciencia por la tardanza, a su juicio, de las amigas de Alquízar. Adela en particular, cada vez que tocaba en el ángulo del Sur, levantaba un canto de cortina de cañamazo y echaba una ansiosa mirada por toda la guardarraya maestra adelante hasta su intercepción en el campo de la Playa. Al fin, poco después de la una de la tarde, se oyó, a lo lejos, ruido de ruedas de un carruaje y la marcha precipitada de varias caballerías; y Adela, sin ver nada aún exclamó alegre: ¡Ahí están!

No se engañó esta vez. A poco más llegaron al pie de la escalinata del pórtico, las señoritas Ilincheta en su carruaje, el cual, junto con sus ocupantes, los caballos y los jinetes, venían cubiertos con el polvo de la tierra colorada. Inútil sería detenernos a describir punto por punto las variadas escenas del encuentro de ambas familias en medio de las soledades de la Vuelta Abajo. Más de un motivo había para que, al menos algunos de los presentes, mirasen aquel instante como un evento verdadero, digno de nota. Sucede, además, que los jóvenes, y también a veces las personas mayores, cuando se reúnen en un sitio de campo con ánimo de pasar solo unos días en franca y cordial sociedad, lejos de los lugares donde se han acostumbrado a vivir y divertirse, se sienten fuertemente atraídos; si son amigos lo son y lo expresan más; si parientes, se persuaden que los unen más estrechos lazos; si amantes, ¡ah!, su amor les parece eterno, la dicha de amarse, celestial.

Las mujeres se estrecharon fuertemente entre los brazos. Adela lloró de alegría al apretar entre los suyos a Isabel, por la cual sentía afición extraordinaria. Para ella era la más modesta y amorosa de las mujeres. También doña Rosa distinguía a la mayor de las Ilincheta, y en la ocasión de que hablamos le mostró señalada cordialidad. Hasta D. Cándido, tan seriote y desmañado, que no tuvo ni una sonrisa para su hijo cuando éste se acercó a pedirle la bendición, recibió a las señoritas Ilincheta con desusadas demostraciones de cariño, y se las presentó a los caballeros que estaban de visita, diciendo: —También éstas son mis hijas. Y hablando con Isabel añadió: —He aquí tu casa; espero que goces y te diviertas en ella como en la tuya encantadora de Alquízar.

Ya no duró el recibimiento en el pórtico sino corto rato. Sobre estropeadas las señoras del viaje, necesitaban algún reposo, asearse, cambiar de traje, antes de sentarse a la mesa. Doña Rosa, o la mujer del Mayoral Moya, que hacía de ama de llaves para ahorrarle trabajo a esa señora, había hecho preparar alojamientos para las señoritas Ilincheta y para su tía, inmediatos a los aposentos ocupados por la familia de Gamboa en la crujía de la derecha, después de la sala.

Ya de tardecita se sentaron a la mesa en la gran sala de la casa de vivienda, entre señoras y caballeros, unas diez y seis personas, atendidas por la mitad de ese número de siervos. Doña Rosa hizo los honores. La secundó cuanto era compatible con su carácter D. Cándido, aunque éste guardó sus cumplimientos para el administrador del *Valvanera* en primer lugar, en segundo lugar para el cura del Quiebrahacha, en tercero para el médico de su finca y para el Capitán del Partido. Todos debían pasar la noche en el ingenio para tomar parte en las ceremonias que iban a celebrarse al día siguiente, o primero de Pascua de Navidad. Fuera de la esposa y de la cuñada del Mayoral del potrero, ninguno de los empleados del ingenio fue invitado a comer en la casa de vivienda; y el mismo Moya, que tenía vara alta con los amos actuales de *La Tinaja,* no tomó asiento, aun invitado por D. Cándido, so pretexto de haber comido.

Reinaron en el banquete la jovialidad y animación, templadas por las maneras decentes propias de la buena crianza, aunque excepto Meneses, el joven Gamboa y el cura, nadie de los presentes había recibido educación esmerada ni frecuentado el trato de la alta sociedad cubana. El último nombrado, D. Cándido Valdés, criollo, se había educado en el Seminario de San Carlos, de la Habana. En materias religiosas era tolerante hasta la despreocupación; en política profesaba opiniones liberales que solía llevar hasta la exaltación. El médico Mateu, de Galicia, había hecho la práctica de su profesión a bordo de los buques negreros, y ahora curaba por igual en varios ingenios de la comarca. Pasaba por buen mozo; pero su bien parecer corría parejas con su necedad y pedantería. Creía que todas las mujeres se enamoraban de él, y desde su puesto en la mesa le lanzaba miradas a hurtadillas a Rosa Ilincheta, cuya graciosa figura, viveza y fogosidad de carácter sobraban para volverle el juicio a hombre de más seso que él. El cura simpatizó desde luego con Isabel, que en todas sus palabras y acciones revelaba las altas prendas de su espíritu. D. Manuel Peña, asturiano, casado con una criolla buena moza, desde el mostrador o taberna del pueblo había ascendido a Capitán pedáneo, especie de Juez de paz, única circunstancia por la cual los amos del ingenio de *La Tinaja* le sentaban a su mesa. D. José de Cocco era otra especie de hombre; natural de Cádiz, tenía fina apariencia, los dientes muy blancos y los ojos azules, poca talla, bastante chiste y escasa instrucción.

Este se dedicó a obsequiar a la segunda de las señoritas Gamboa, a cuyo lado quedó en la mesa, con la conciencia, sin embargo, de que bajo ninguna circunstancia una de las amas del ingenio *La Tinaja* daría su corazón ni su

mano al Administrador del ingenio *Valvanera*. Por lo que toca a Adela, la más linda de todas, su extremada juventud la ponía a cubierto de los galanteos de los hombres allí reunidos.

Circuló entre éstos libremente la copa del vino desde el principio hasta el fin de la comida; terminada la cual se levantaron los manteles para servir los postres sobre la tabla desnuda, de bruñida caoba. Trájose en seguida el café puro en tasas de trasluciente China, la espumosa champaña, el coñac francés y el ron de Jamaica. Después D. Cándido Gamboa sacó a relucir su gran vejiga olorosa y dorada, y repartió sendos tabacos, cual brevas, entre el Capitán, el Médico y el Cura, pues Cocco no fumaba, tampoco Meneses, y Leonardo no se hubiera atrevido a tocar un cigarro delante de su padre.

Puesto el sol terminó el banquete. Pero pasando la familia y las visitas al amplísimo pórtico donde ya los criados habían enrollado las cortinas de cañamazo, pudo echarse de ver que hacía suficiente claridad en el campo circunvecino. Era que por un lado surgía la luna creciente de entre el bosque lejano y hería oblicuamente las hojas y flores de las cañas y los troncos blancos de las palmas, al paso que desde lo alto del cielo azul y diáfano como el cristal, vertían innumerables estrellas chispas de plata y oro.

Por sus pasos contados, después del banquete, todas las persona reunidas en la casa de vivienda se dividieron en tres grupos. Doña Rosa, en compañía de doña Juana, la Moya, la mujer del Capitán y Antonia, la mayor de las señoritas Gamboa, volvieron a ocupar los sillones de vaqueta colorada. D. Cándido, con el Cura, el Capitán y el Mayoral del potrero, para digerir mejor la comida y saborear sus olorosos tabacos, daban cortos paseos y conversaban en una cabeza del portal. El primero sobre todo, aprovechó la ocasión de tomar algunos informes, más imparciales que los de su mayoral, acerca de las ocurrencias en la finca durante los quince a días que precedieron al de su llegada a ella. Con este motivo dirigió, como de paso, varias preguntas a Moya, el cual, honrado con aquella distinción por el amo del ingenio delante del Cura y del Capitán pedáneo, se apresuró a contestarlas con lisura y no poca satisfacción. Por ejemplo, preguntado:

—¿No se ha sabido nada, Moya, acerca de los negros que se fugaron la semana pasada? El Mayordomo me ha dicho que son siete, entre ellos una negra.

—*Verificamente,* señor D. Cándido, no se ha *sabío naitica* entre dos platos, —contestó.

—Pero, ¿se ha hecho alguna diligencia?

—¡Pues no, señor D. Cándido! Se han *registrao* los montes de Santo Tomás y los montes de la *Langosta.* En *toas* partes se han *encontrao* rastros frescos, mas como los perros de D. Liborio Sánchez no son *buscaores* sino *mordeores, anque* le tienen gran interés a los negros no han *dao* con ellos. Y *me se* ha puesto que no han *salío* de los linderos del ingenio, porque no se han *juío* en *denantes* y no saben andar por el monte. Con buenos perros ya se

hubieran *topao,* segurito. ¡Ah! Dios me dé perros que huelan un negro *dende* una legua . . .

Por lo que a mí toca —dijo el capitán Peña cortándole la palabra a Moya—, debo informar al señor D. Cándido que he hecho en su obsequio cuanto cabía en mis facultades. En efecto, apenas tuve aviso de la ocurrencia por parte que me dio su mayoral de V., D. Liborio Sánchez, no perdí tiempo en pasar atento oficio, valiéndome del correo de Bahíahonda, a los señores D. Lucas Villaverde y D. Máximo Arosarena, inspectores en San Diego de Núñez, de la partida que capitanea D. Francisco Estévez, que acaba de formarse por disposición de la Real Junta de Fomento, para perseguir negros cimarrones en las jurisdicciones desde el muelle de Tablas o el Mariel, Callajabos, Quiebrahacha, etc., hasta los límites occidentales de Bahíahonda. Con mi oficio a los señores inspectores incluí la filiación, edad y naturaleza (poco más o menos, se entiende, pues V. sabe que todos los negros se parecen), de los siete que se le han fugado a V. Espero, pues, que si tropieza con ellos la partida, cosa factible, porque sospecho que han tirado hacia las sierras cercanas del Cuzco, que los capture y . . . Ni debe extrañar el señor D. Cándido que se le hayan fugado siete negros, cuando por la misma época se han alzado 12 de *Santo Tomás,* 8 de *Valvanera,* 6 de *Santa Isabel,* 20 de *La Begoña,* y 40, sí, señor, 40, como V. lo oye, de *La Angosta,* el ingenio aquí inmediato, perteneciente al Excmo. Señor Conde de Fernandina. La lista de todos éstos obra ya en poder de los señores inspectores, y, supongo también, del Capitán Estévez.

—No me extraña la fuga de mis siervos —dijo D. Cándido pensativo—. Ni son éstos los primeros negros que se me huyen. Ahí están, si no, Chilata, José, Sixto, Juan, Lino, Nicolás, Picapica, etc., que no me dejarán mentir. Esos, cuando no se hallan alzados en los montes, sufren, como ahora, una condena más o menos larga en la finca, y llevan grillos de doble ramal, o arrastran cadena con maza. Goyo, o Caimán, el guardiero de la talanquera en el camino de la Playa, se sabe que ha pasado su juventud entre esas serranías que se ven desde aquí . . . Mas todos esos son congo real, congo loango o congo musundi, raza humilde, sumisa, leal, la más propia para la esclavitud, que parece su condición natural. Sólo tiene un defecto, eso sí, grave, capital: es la raza más holgazana que sale del Africa. Si pudieran los congos vivir sin comer, no habría fuerzas humanas que les obligaran a doblar el lomo y trabajar. Serían capaces de pasarse la vida echados panciarriba . . . Y por no trabajar, a menudo se huyen . . . Lo que me extraña mucho, lo que no acierto a explicarme es el porqué han seguido el ejemplo de los congos Pedro y Pablo carabalí, Julián arará, Andrés bibí, Tomasa suama, Antonio briche ni Cleto gangá. Estos negros industriosos, incansables para el trabajo, fuertes, robustos, formales, éstos no se fugan sin causa. No, negros que siempre tienen tiempo para sus amos y para sí, que juntan dinero y a menudo se libertan, no se huyen por poca cosa. Son muy soberbios, tal es su único defecto, para alzarse sin causa poderosa. Antes se ahorcan que fugarse al bosque . . .

Podía echarse de ver, por esto poco, que algo se le alcanzaba a D. Cándido Gamboa de achaque de etnología africana. Ya se ve, el tráfico constante en esclavos por muchos años, la posesión de dos o tres centenas de éstos, le habían enseñado que, según su raza, eran más sumisos o levantiscos, más o menos a propósito para llevar hasta la muerte el pesado yugo de la eclavitud. Sucedía, sin embargo, que otra cosa le había enseñado a Moya su larga experiencia en el manejo de negros suyos y ajenos, y todo su ser se sublevaba cuando oía decir que los había buenos y malos, y que algunos no se huían jamás sin causa poderosa, más bien se quitaban la vida. Por eso Moya, a riesgo de quebrar pajita con el amo, dijo:

—Se conoce que el señor D. Cándido ha visto negros y sabe los que sirven *pa* esto y no sirven *pa* lo otro. Con permiso del señor D. Cándido yo digo que *toos* los negros son lo *mesmo* cuando la Guinea se les mete en la cabeza. Entonces *toos jalan pa* atrás como los mulos y es preciso *jarrearlos* con el cuero. Vamos a ver. ¿Por qué se han *júío* los siete de acá? ¿Por falta de *comía*? ¿Por falta de *frasá*? ¿Por falta de cochino? ¿Por falta de conuco? *Náa* de eso les hace falta. *Too* eso lo tienen ellos a bombón. ¿Por el mucho trabajo? ¿Por el mucho cuero? Ahora no trabajan como quien dice, y *verificamente* D. Liborio de Corpus a San Juan da un bocabajo.

—Si me es dado decir lo que pienso —terció en este punto el Cura modestamente—, mi opinión es que no debe esperarse de gente tan ignorante, como son los negros, el que juzguen y actúen cual las criaturas racionales. Sería excusado buscar la razón de sus alzamientos y delitos en los instintos de la justicia y el derecho. No. La causa ha sido quizás, la más quimérica, la más absurda, la menos justificada... Es, sin embargo, coincidencia rara que a un tiempo se hayan alzado tantos negros y de aquellas fincas precisamente que han cambiado de poco acá su sistema de moler caña. ¿Será que esas estúpidas criaturas se han figurado que se les aumenta el trabajo porque en vez de moler con bueyes o mulas se muele con máquina de vapor? ¿Qué sabemos? Vale la pena investigarlo.

Ya, dijo D. Cándido, siempre pensativo, siguiendo con los ojos entreabiertos las columnas de humo cenizoso que se le escapaban de la boca. El argumento de mi tocayo es bueno tratándose de negros congos, falso hablándose de negros de otras naciones de Africa. He observado de cerca sus índoles diversas y sé lo que digo. El trato más que otra cosa tiene que ver con la conducta de ciertos negros. Todos han nacido para la esclavitud, esa es su condición natural; en su mismo país no son otra cosa que esclavos, o de unos pocos amos o del demonio. Los hay, no obstante, que necesitan rigor, mucho rigor, el látigo siempre encima para que trabajen; los hay que por las buenas se saca de ellos cuanto se quiere.

—*Asina es* —como dice el señor D. Cándido—, volvió Moya a meter la cucharada. Mas yo digo que si hay negros que no se *pueen* quejar del trato, esos son los del señor D. Cándido. Ellos están como las flores: bien *comíos,* bien *vestíos, ca* uno con su conuco y su cochino, muchos *casaos,* no trabajan

más que de sol a sol, y no se les da cuero por *náa* y *náa,* como yo he visto que se hace en otros ingenios. Sacan *mu* poca fagina: dos o tres horas los domingos. Y cuando no se muele caña casi *too* el resto del tiempo es suyo para hacer canasta, engordar sus cochinos, guataquear sus conucos . . . Casi todas las Pascuas tienen un día de tambor. ¿Qué más quieren esos *endinos*? Ni el obispo está mejor.

—Y vuelta a la misma tema —dijo D. Cándido molesto—. Moya, está bien lo que V. asegura y repite; pero nada de eso me convence, ni me explica la causa, la causa real y verdadera de la fuga de mis carabalíes. Lo peor es que sospecho que V. sabe algo y no quiere decirlo delante del señor Cura y del Capitán.

—Pues por *toas* éstas y por la en que Jesucristo murió —dijo Moya con vehemencia besando las cinco cruces que había formado con los diez dedos de las manos enlazadas—, que no sé *naitica* más. Y si dejo algo *embuchao,* que aquí *mesmo* me parta un rayo, y *ustees* perdonen mi *moo* de hablar.

—No hay que maldecir por tan poca cosa —dijo el Cura.

—Registre V. su memoria, Moya —dijo sonriendo D. Cándido al ver su apuro.

—El caso es —repuso éste, después de breve detención—, que yo no sé que *puée* ser la causa y que no *puée* ser causa *pa* que se *juya* un negro. El señor D. Cándido dice que unos negros se *ajorcan* y no se *juyen;* y *dispués* dice que el mal trato es la causa de los cimarrones. Bueno. También dice el señor D. Cándido que los *carabalí* son *mú* soberbios. Yo digo que son *mú* perros y más perros que *toos* los negros juntos. Pedro briche es el cabecilla de sus carabelas en el ingenio. Siempre habla lengua con ellos, y el Mayoral está *quemao* con él. Yo lo sé; pero no le había puesto nunca la mano encima, ni *dende* que vino de Africa creo yo que *naiden* le sacó sangre con el cuero. Pues, señor, la semana antes *pasáa,* Pedro briche no se presentó en la *jila,* ni *dormió* por la noche en el barracón. ¿Qué querían que hiciera D. Liborio? Al día siguiente va y lo coge *sotaventao,* y le da unos cuerazos por arriba de la camisa, lo puso en el cepo por dos días, le quitó el mando de contramayoral y lo sopló al campo a chapear. Se emperró más. Yo le dije que le diera un bocabajo, pero temió que le levantara *toa* la *negráa.* Y ya se ha visto el *resultao,* se fue al monte con seis compañeros porque no se le castigó bastante.

—¿No lo decía? —dijo D. Cándido con aire satisfecho. Y añadió, antes que Moya le quitara la palabra:— ¿Y qué dice de todo eso Goyo, el guardiero del camino de la Playa? ¿Sabe V. si le han sondeado?

—¡Cómo que no! —contestó Moya prontamente—. El primerito que se vio *pa* eso. ¿No ve el señor D. Cándido que hasta la puerta *mesma* de su *bujío* se encontró rastro fresco de negros que venían del monte, del lado de allá? Pero él juró por *toos* los santos del cielo que no vio, oyó ni sintió *náa* en *tóo* este tiempo. Se calentó D. Liborio contra él y quiso arrimarle unos cuerazos *pa* que cantara; mas yo se lo quité de la cabeza, porque pensé que se

iba a poner brava la señora doña Rosa en cuanto que supiera que habían *castigao* al taita Caimán.

Con esto D. Cándido menudeó sus paseos sin curarse de las personas que le hacían compañía, quizás para que no le interrumpieran en sus meditaciones. Luego, volviéndose de improviso para Moya, en tono breve e imperioso le preguntó por el Mayoral.

—Cuando yo venía del potrero —contestó Moya—, estaba él con la gente en el corte de caña, enfrente de la tumba[2] nueva. No debe de tardar ya, pues como no hay que cortar yerba de Guinea *pa* la *comía* de los caballos, porque hay *cojollo,* soltará la gente más temprano. Mire, ahí vienen las carretas con las últimas cañas *pa* probar la máquina . . . Allá lejos se ve el boyero en su mula, y más lejos *entoavía,* por la otra guardarraya, veo ahora a D. Liborio. El cañaveral me tapa sus perros y yo no *pueo* decir si va solo a con la gente. El viene a caballo.

[2]Desmonte.

CAPITULO V

9. Limpio soy yo, y sin delito...
10. Por cuanto ha hallado achaques contra mí, por eso me ha tenido por enemigo suyo.
11. Ha puesto en un cepo mis pies, ha guardado todas mis sendas.

JOB, XXXIV*

Mientras en un extremo del pórtico ocurría la escena trazada ya, tenía lugar en el opuesto otra muy diversa. Formaban allí grupo animado e interesante las señoritas Ilincheta, junto con las más jóvenes de Gamboa, rodeadas por el medio círculo de los caballeros que las galanteaban o admiraban. Todos en pie. Las señoras apoyadas de espaldas en la barandilla, y los caballeros pendientes de los labios de Rosa Ilincheta que, en pocas palabras, llenos de gracia y gráfica expresión, describía los pequeños incidentes del viaje, su mal manejo parte del camino, y sus propias impresiones.

Leonardo se sonreía, Cocco aplaudía, Mateu el médico hacía piruetas de gusto, y Meneses se mantenía serio de celos porque crecían con esto los admiradores de su linda amante. Adela e Isabel, dadas las manos, escuchaban y callaban. De pronto alguien le tiró de la falda a Adela por el lado de fuera del pórtico. Volvió ella el rostro con viveza y vio a una negra de buen aspecto, en traje muy diferente del que usaban las demás esclavas de la finca.

—¿Qué quieres?, —preguntó Adela bastante asustada.

—Su merced me dispense, niña. Venía por el médico. (No le veía por la oscuridad y las faldas de las señoras interpuestas).

*La cita parece equivocada; corresponde al capítulo XXXIII de Job. (Nota de E. Rodríguez Herrera).

—Y ¿quién eres tú?

—Soy la enfermera, criada de su merced.

—¡La enfermera! —repitió Adela sorprendida.

—Sí, niña, la enfermera María Regla. ¿Y su merced no es la niña Adelita?

—La misma que viste y calza.

—¡Ah! —exclamó la esclava, apretándole suavemente los pies a la joven, ya que no podía otra parte de su cuerpo—. Me lo decía el corazón. Ayer la vi pasar por el batey desde la ventana de la enfermería. Quedé en dudas de cuál sería mi niña, si la niña Carmen o su merced. ¡Cuánto ha cambiado! ¡Qué linda se ha puesto mi hija, Virgen Santa!

—Me lo decía el corazón, linda, mi hija, —remedó Adela—. Si soy tu hija, si me quieres tanto, ¿por qué no has venido a verme? Te avisé con Dolores. ¿Por qué no saliste a hablarme? Me tienes muy brava.

—¡Ay! —exclamó la negra—. No me diga eso, niña, que me mata... Su merced no iba sola.

—No. Iba con mamá, Carmen, la mujer de Moya y su cuñada Panchita. ¿Qué tenía eso de particular?

—Bastante, niña de mis ojos.

—Habla, explícate.

—No puedo ahora, niña mía.

—¡Qué! ¿Tú no piensas pedirle la bendición a mamá?

—Sí, niña. Debo, lo deseo en el alma, venía... Desde el punto que llegó Señorita de la Habana, pensé correr y echarme a sus pies...

—¿Por qué no lo has hecho así? ¿Quién te lo ha impedido?

—Señorita misma.

—¿Mamá? No, no puede ser. Te engañas, sueñas, María de Regla.

—Ni me engaño, ni sueño, niña Adelita. ¡Ojalá! Señorita ha prohibido que ponga los pies en esta casa.

—¿Cómo es que yo no sé nada de eso? ¿Quién te ha ido con semejante cuento?

—No ha sido cuento, niña Adelita. Dolores me refirió una conversación que Señorita tuvo con el amo sobre mí...

—¿Ya lo ves? Dolores entendió mal. Mamá no está brava contigo. Y si no, ahora mismo voy a averiguarlo.

—No lo haga, niña Adelita, no, por el amor de Dios, —replicó la esclava muy asustada, deteniendo a la joven por un canto del vestido—. Por sí, o por no, será mejor que Señorita no me vea ahora. ¿Está ahí el médico?

—Pues yo quiero verte a solas. Arreglaremos el modo. Con Dolores te avisaré. ¿Y para qué quieres al médico?

—Para un moreno que han traído del monte mordido por los perros.

—¡Mordido por los perros! —repitió Adela—. ¡Ay! Debe de ser muy serio el caso cuando llaman al médico. ¡Si le habrán despedazado! Es probable. Esos perros son como fieras. ¡Qué horror, Dios mío! Mateu, añadió en alta voz, ahí le buscan.

Cosas bien extrañas en verdad empezaba Isabel a averiguar respecto de la familia bajo cuyo techo se hallaba hospedada y del ingenio tan ponderado de *La Tinaja.* Interesada vivamente en la suerte de la enfermera, antigua nodriza de su tierna amiga, ahora desterrada de la casa solariega, y conmovida, horrorizada con lo que había oído respecto del esclavo, mordido por perros feroces, cosas todas inauditas para ella, no pudo ocultar Isabel de Leonardo, ni su intenso disgusto ni sus hondas emociones.

—¿Qué tienes? ¿Qué te ha dado?, —le preguntó él.

—No sé, —contestó ella—. Me siento mal.

—Me pareció, —continuó Leonardo—, que te había afectado el cuento del negro herido. No seas boba. ¿Qué apostamos a que no ha sido mayor la cosa? ¿A que no pasa de unos cuantos rasguños? Si conocieras a la enfermera pensarías como yo. Mamá no la puede ver por escandalosa. Ni hay que dar nunca entero crédito a lo que dicen los negros. Todo lo exageran y abultan.

—¿Qué fue, Adela? —preguntó doña Rosa desde su asiento oyéndola llamar al médico.

La enfermera desapareció en un instante, y antes que Adela contestase a su madre se apareció el Mayoral a caballo, precedido por sus dos hermosos alanos, para dar cuenta en voz campanuda de todo lo que había pasado. Era éste hombre alto, enjuto de carnes, mas de recios miembros, muy moreno de rostro, ojinegro, el cabello crespo y poblado de barba, cuyas grandes patillas le cubrían ambos lados de la cara hasta tocar en los ángulos de la boca, que por esto parecía más chica. A pesar del sombrero de ala ancha que llevaba siempre puesto, lo mismo en el campo que en la casa, al aire libre que bajo techo, pues muchas veces hacía uso de él como de gorro de dormir, cuando se lo quitó para hablar con D. Cándido viose que mientras la parte superior de su frente parecía de un hombre blanco, la nariz, las mejillas y las manos nadie diría que eran de un mulato; tan quemadas estaban del sol. Venía armado, como suele decirse, hasta los dientes, de machete de cinta, puñal con cabo de plata o que brillaba como tal, y el ponderoso látigo, cuyo mango, hecho de un gajo de naranjo silvestre, no era arma menos terrible por ser solo contundente.

Comenzó diciendo:

—Santas tardes tenga el señor D. Cándido con *toa la compaña.* Yo soy *venío* a *participasle* que han *traío* a Pedro brichi con algunas *mordías.* Se *arresistió* y fue preciso atojarle los perros.

—¿Quién le ha capturado? —preguntó el amo con mucha calma.

—La *partía* de D. Francisco Estévez, *nombráa pa* coger negros cimarrones.

—¿Sabe V. dónde le han capturado?

—En los cañaverales de *La Begoña,* cerquitica de las sierras.

—¿Estaba él solo? ¿Y los compañeros?

—*Náa* se sabe de ellos, señor D. Cándido, ni Pedro *quie decislo* tampoco. *Me se figura* que será preciso *biraslo pa que cante.* Por eso vengo a donde el señor D. Cándido *pa* que me diga qué hago con Pedro. Está muy *emperrao*. . .

—¿Dónde le tiene V., D. Liborio? —preguntó el amo después de larga pausa.

—¿Que tan estropeado está?

—No por eso, señor D. Cándido. Lo tengo en el cepo de la enfermería *pa* mayor *seguriá,* y no he *querío ponesle* grillos por las *herías;* y luego *dispues me se* figura que tiene malas intenciones. Sus ojos son dos tomates *maúros,* y he *reparao* que cuando se le ponen *ansina* los ojos a los negros es que *quiéen* hacer una *fechuría.* Yo le digo señor que está *muy emperrao* ese negro. Mire el señor si es perro, que cuando lo metí en el cepo me dijo: el hombre no muere más que una vez, y que "ya estaba *cansao* de trabajar *pa* su amo". El señor debe saber que luego que los negros cogen y hablan *asina* es porque, como di e el compadre Moya, que está presente, se les ha *metío* la Guinea en la cabeza. *Apuráamente* ellos se tienen *tragáo* que cuando se *ajorcan* aquí van derechitos a su tierra.

—¡Aberraciones de la ignorancia! —exclamó el Cura.

—Sí, señor D. Cándido, —continuó el Mayoral—, ese negro está pidiendo cuero como los muertos misa.

Se sonrieron el Cura y D. Cándido, y éste dijo:

—A su tiempo, D. Liborio, a su tiempo se maduran las uvas. Por lo pronto no me parece conveniente azotarle. Se pondrá bueno de las mordidas, y entonces habrá lugar de castigarle por su falta, una de las más graves que pueden cometerse en estas fincas. Alzarse, fugarse el esclavo, privar al amo de sus servicios sin causa poderosa y bastante, por más o menos tiempo, es imperdonable; no sólo por él mismo, sino por el mal ejemplo a sus compañeros. Se le castigará, no lo dude. No habrá quien le apadrine. En otro negro cualquiera esa misma falta aparecería leve. A bien que Pedro puede resistir un novenario...[1] Tiene buenos jarretes. A otra cosa. ¿No sabía la partida de Estévez que ese negro era mío? ¿No le informó V. que estaba yo aquí?

—Sí, señor, sabía *toito* eso y yo le dije que viniera a la casa de vivienda *pa* entregar el cimarrón y *recebir* la captura, que es un doblón de a cuatro. Mas me contesta y dice que prefería dormir en el monte. Además, que no quería que lo viesen los negros mansos, porque *le* daban el soplo a los cimarrones; además que tenía que *dir* donde *La Langosta* a ver si cogía los cuarenta negros que se le *juyeron* a *suescelencia* el señor Conde de Fernandina la semana *pasáa* arriba, y el Mayoral lo había *mandao* a *ñamar*...

En aquel punto desfilaban en el batey del ingenio de *La Tinaja,* entre la casa de vivienda y la de calderas, los 300 y más esclavos de su dotación, y el Mayoral diciendo, "con licencia", fue a ponerse a su cabeza para pasarles revista y darles las últimas órdenes por medio de los contramayorales, que eran también esclavos. Desde buena distancia les había precedido el rumor de sus conversaciones y el sonido de las prisiones de los penados. Dos de ellos llevaban grillos, con barra atravesada y cadena de dos ramales suspen-

[1]Castigo de nueve días consecutivos.

dida a la cintura, y caminaban con mucho trabajo, pues para avanzar tenían que describir medios círculos, ya con un pie, ya con el otro. Uno llevaba grillete, del cual pendía una cadena como de unos seis pies de largo, cuyo extremo inferior iba engarzado al anillo de una masa férrea como pesa de reloj, la que, al caminar, era fuerza que llevara al brazo, so pena de que el roce de la argolla moliera el hueso de la canilla, aunque se lo había abrigado con un trapo. Este mismo se detenía de cuando en cuando y alzaba la voz en tono melancólico y timbre argentino, que resonaba por todas partes diciendo: Aquí va Chilala, cimarrón".

Penados o no, varones o hembras, todos traían algo a la cabeza, ya haces de cogollo, ya de ramas de ramón de que tanto gustan las caballerías en Cuba, ora racimos de plátano verdes o maduros, ora de *palmiche* para los cerdos; éste una calabaza, aquél un brazado de leña. Unos pocos, quince o veinte, llevaban camisa y calzón de cañamazo nuevos o de pocos meses de uso y estaban enteros; el traje de los restantes se componía de harapos, a través de cuyos agujeros se les veían las carnes negras y sin lustre. Ninguno calzaba zapatos, uno que otro abarcas de cuero sin curtir, ajustadas al pie por cordones de majagua, bien de ariques de yagua que no son menos resistentes. Las hembras, de treinta a treinta y cinco por todas, sobre andar revueltas entre los hombres, apenas se distinguían por otra cosa que por la especie de saco talar de cañamazo con que se cubrían el cuerpo desde los hombros hasta un poco más abajo de las rodillas, sin mangas; para que no faltase nada a la tosca imitación de la túnica romana.

¡Ajilar!; gritó D. Liborio con voz de trueno, recorriendo a caballo las desordenadas filas como un general que ordena una evolución. Con lo cual, sin tropiezo, por el mero hábito, la mayor parte formó; pero los perezosos, los torpes, los impedidos por las prisiones, por la demasiada carga o por la prisa que se dieron los delanteros a cerrar las filas, esos se quedaron detrás, menos visibles que los otros. Contra estos infelices estalló la cólera del Mayoral. Enarboló el látigo y empezó a repartir latigazos a diestro y a siniestro, sin distinguir inocente de culpable, hasta lograr la formación deseada.

Si así es como se ha razonado con el esclavo en todos tiempos y países, ¿podría esperarse que fuesen una excepción a esta regla general los señores del ingenio de *La Tinaja?* De ninguna manera. En su opinión, como en la de la mayoría de los amos, no era el negro la *cosa* de que habla el derecho romano. Había bastante diferencia. Para ellos, que entendían por derecho únicamente aquello que no torcía el cumplimiento de sus pasiones y caprichos, el hombre-cosa de la antigua Roma tal vez no pensaba, era una máquina de trabajo; al paso que el hombre-cosa actual, estaban plenamente convencidos, pensaba al menos en tres cosas: en el modo de sustraerse al trabajo, en quemarle la sangre a su detentor, y en obrar siempre en oposición a sus miras, deseos e intereses.

Para el amo en general, el negro es un compuesto monstruoso de estupidez, de cinismo, de hipocresía, de bajeza y de maldad; y el solo medio de ha-

cerle llenar sin murmuración, reparo ni retraso la tarea que tiene a bien imponerle, es el de la fuerza, la violencia, el látigo. El negro quiere por mal, es dicho común entre los amos. Por eso, en concepto de éstos, aquel Mayoral que no disimula ni perdona falta, que como el rayo hiere al que delinque, que en todas ocasiones tiene entereza bastante y valor para "meter en cintura" a gente tan perversa e ingobernable, ese es más meritorio, más digno de consideración y respeto. Siempre se ha admirado más al inquisidor que más herejes mandaba al quemadero.

Así se explica por qué, luego que el mayoral dio la orden de *tumba,* y todos soltaron la carga a sus pies, no importa si de forraje o de frutos, de cuyas resultas éstos se reventaron con la caída, dando ocasión a que el mayoral hiciese nuevo uso del látigo, los señores del ingenio de *La Tinaja* aprobaron y celebraron el *castigo;* porque era claro que los culpables habían procedido de malicia y no por torpeza y ofuscación a causa del anterior vapuleo.

Doña Rosa, mujer cristiana y amable con sus iguales, que se confesaba a menudo, que daba limosna a los pobres, que adoraba en sus hijos, que en abstracto al menos estaba dispuesta a perdonar las faltas ajenas para que Dios, que está en el cielo, la perdonara las suyas; doña Rosa, sentimos decirlo, al ver las contorsiones de aquellos a quienes la punta del látigo de cuero trenzado del mayoral abría surcos en sus espaldas o brazos, se sonreía, tal vez por creer grotesco el espectáculo, o exclamaba, exclamación en que le hacían coro las personas de que se hallaba rodeada: ¡Hase visto gente más bruta!

También se sonrieron los caleseros Aponte y Leocadio, junto con dos mozos más que desde el colgadizo de la gran caballeriza del ingenio, atraídos por el continuo estallar del temible cuero, presenciaban a salvo la escena y esperaban se despejase el campo para salir y recoger el forraje destinado a las caballerías de que estaban hechos cargo inmediatamente.

Si añadimos que en estas circunstancias hasta los perros del mayoral mostraron a su modo una alegría desusada, no creemos decir nada nuevo. Ello, mientras D. Liborio hablaba con los amos del ingenio, se mantuvieron echados a los pies de su caballo; pero apenas se dirigió a los negros, se colocaron a sus flancos y no perdieron de vista ni sus ojos ni los movimientos de su brazo derecho, aguardando sin duda la orden de echarse sobre la víctima y rematarla.

Es de consignarse aquí, sin embargo, que no todas las señoras presentes se unieron al coro a que antes se ha aludido. Doña Juana, al contrario, apartó los ojos para no ver, ya que la política la vedaba retirarse y era fatal el oír los latigazos y los quejidos sordos de las víctimas. En igual caso se hallaban las sobrinas de esta señora y las dos hijas menores de Gamboa; pero éstas tuvieron siquiera el arbitrio de refugiarse en el patio. Allá las seguían Meneses, Cocco y Leonardo, a tiempo que D. Cándido llamó a este último y le ordenó acompañase al médico al hospital y se informase menudamente

de lo ocurrido con el preso. En conversación íntima a poco con el cura y el capitán, agregó:

—Quiero acostumbrarle (a su hijo) a estas cosas desde temprano, porque yo mañana o esotro día me muero y él por necesidad habrá de reemplazarme en el manejo del caudal; sobre todo en la administración de ésta finca, que por más de un motivo le pertenece. Este ha de ser su mayorazgo.

De aquel mandato imperioso de D. Cándido nació el que Leonardo, repugnándole y todo la visita, ya que no le era dado desobedecer, ni excusarse tampoco, pretendiera le acompañasen sus amigas y hermanas. Cedieron éstas sin dificultad, lo mismo que Rosa, tanto más cuanto que se brindaron a ir de la mejor gana Meneses y Cocco. Isabel de pronto se negó; mas instada y reflexionando que tal vez habría ocasión de ejercer en aquella visita uno de los actos de misericordia, cedió también, y cuando salía del brazo con Leonardo, dijo al paso a doña Rosa en tono amable y risueño: Me llevan.

—Bien hecho, —repuso doña Rosa.

—¡Buena pareja! —dijo doña Teresa, la mujer del capitán Peña, a tiempo que Leonardo e Isabel descendían por las gradas del pórtico al batey.

—¡Hermosa! —dijo doña Nicolasa, la mujer de Moya.

—¿No crees, Rosa, —dijo D. Cándido a la suya al paño, concordando mentalmente con la oportuna observación de aquellas dos mujeres—, cada vez más acertada la idea de casar cuanto antes a Leonardo con Isabel?

—Sí, —contestó doña Rosa distraídamente.

—A ella la tengo por una buena cosa. Y se conoce que está enamorada de Leonardo. Luego el matrimonio es un freno...

No sabía D. Liborio contar *de cálamo currente* más de una decena. Pero tenía feliz memoria y era buen fisonomista; de modo que, exceptuando los siete esclavos prófugos, ocho enfermos en el hospital y los veinte y ocho adscritos a las diversas dependencias de la finca, carpinteros, albañiles, herreros, mozos de cuadra y sirvientes, los demás, hasta el número de 306, varones, hembras, solteros, casados, grandes y chicos, no le quedó género de duda que uno tras otro habían pasado por delante de sus ojos y entrado en el barracón. Satisfecho sobre este particular cerró la portada, pasó el cerrojo horizontal de figura de T, y le echó la llave; la cual, junto con el látigo colgó de un clavo fijo en la jamba de la puerta de su casa, por la parte fuera, debajo del colgadizo.

Si hubiera leído el *Quijote,* habría podido decir con el caballero andante: "Nadie las mueva, que estar no pueda con Roldán a prueba". Porque al pie de esos símbolos del poder señorial cubano, lloviese, ventease, hiciese calor o frío, dormían los feroces alanos del mayoral y ¡ay del sin ventura que osase acercarse para desprender la llave o el látigo!

Después de comer solo, porque la familia estaba de visita en la estancia, D. Liborio a pie, con machete y puñal al cinto, acompañado de sus perros, se dirigió de prisa a reunirse con el médico en el hospital. Para llegar a él, allá en los confines del plano o cuadrado donde se habían erigido todas las

fábricas del ingenio, había que pasar por junto al ángulo de un seto de piñones que protegía un cañaveral en flor. Allí los perros se separaron de su amo y en el vano empeño de traspasar el obstáculo, gruñeron, o más bien gimieron de aquel modo que suelen cuando husmean la presa cercana. Pero ya hemos dicho que el mayoral estaba de prisa, y siguió adelante llamando a sus perros.

Apenas penetró en la enfermería, bajó por la guardarraya al batey un negro a caballo, lo atravesó de un lado a otro, entró en el colgadizo de la casa del mayoral, observó bien por todas partes, vio que no había luz ni gente, y sin apearse de la yegua flaca y desvencijada que montaba en pelo, cogió la llave, descorrió con ella el pestillo de la cerradura y volvió a su sitio. Después de esta hazaña, siguió a la casa de vivienda y solicitó ver a sus amos, los cuales, hallándose aún en el pótico, no tuvieron embarazo en recibirle.

No se desmontó, se deslizó por los costados de la bestia al suelo no teniendo estribo en que apoyar el pie. Su primer cuidado fue quitarse el gorro de lana con que cubría la cabeza, y hecho todo un arco su cuerpo y tembloso, se echó de rodillas delante de doña Rosa, y en su mal español dijo:

—*La bendició, mi suamita.*

—¡Ah! —exclamó dicha señora algo asustada—. ¿Eres tú, Goyo? Dios te haga un santo. ¿Cómo estás?

—*Mala, mi suamita.*

—¿Qué te duele, Goyo?

Contestó con muchos rodeos y perífrasis ininteligibles las más, que ya le pesaba el cuerpo demasiado; que le faltaban las fuerzas y deseaba descansar en el cementerio; que estaba muy viejo; que el padre de doña Rosa le había sacado del barracón de la Habana cuando esta señora no había nacido; que fue uno de los esclavos fundadores del ingenio *La Tinaja,* uno de los primeros en derribar los montes con el hacha. Todo esto, que se tenía harto sabido la señora con quien hablaba, para informarla, en medio de aspavientos y circunloquios, que sabía donde se hallaban ocultos algunos de los esclavos prófugos, quienes deseaban presentarse desde que supieron que sus amos habían llegado de la Habana, porque estaban casi seguros que no se les castigaría por la falta cometida, en gracia de ser la primera vez; mayormente si el guardiero, que tan largos servicios había prestado en la finca, pedía perdón para ellos a la señora.

—Bien, —dijo doña Rosa habiendo consultado con una mirada la opinión de su marido—. Está bien, Goyo. Ve. Di a tus ahijados que pueden presentarse sin miedo; que por ti se les hará justicia... ¿Oyes?

Con dirigirse a doña Rosa para pedirle el perdón de los prófugos, dio a entender el guardiero que a lo menos podía concebir su cerebro dos ideas bien definidas. La una, que juzgaba más capaz de caridad el corazón de doña Rosa, por el hecho de ser mujer, que el de D. Cándido; la otra, que siquiera por ama legítima del ingenio, pues le había heredado de su padre, había de ser

ella más indulgente con las faltas de sus esclavos que él, quien, aunque señor de hecho, no lo era de derecho.

El pensamiento así expuesto parece demasiado abstruso para caber en la cabeza de un negro doblemente estúpido por sus largos años de esclavitud. Pero fuéralo o no en efecto, de esta manera fue como D. Cándido interpretó el discurso del esclavo, hiriéndole en lo vivo, de un lado, que prescindiera de él en su embajada; del otro, la odiosa diferencia que marcó entre ama y amo. Es que llovía sobre mojado, como suele decirse, y cogió la ocasión por los cabellos para vengarse del insulto y recobrar, ante las personas testigos de la escena, la que él creía rebajada dignidad del señor y amo. En esta disposición de ánimo, y cuando el anciano todo tembloso hacía los mayores esfuerzos para ganar de nuevo el lomo desnudo de su mansísima yegua, dijo D. Cándido:

—Lindos estaríamos si por el primer zopenco que se interpone, hubiésemos de perdonar, no ya sólo las faltas más graves, sino hasta los delitos de nuestros esclavos.

Miróle asombrada doña Rosa, y luego dijo con aparente calma:

—¿Pues no estabas tú de acuerdo con mi decisión?

—Tal vez.

—¿Luego. . . ?

—Luego es preciso que se haga justicia a esos bribones que osaron fugarse cuando más necesidad teníamos de sus servicios.

—¿Qué entiendes, Gamboa, por hacer justicia?

—Entiendo, repuso él, con sorna, dar a cada quisque su merecido, castigar cual se debe al que delinque.

—Pero eso no sería hacer justicia.

—¿Cómo que no? Pregúntale a tu hijo que estudia leyes, qué se entiende por hacer justicia. Recuerda, si no, cómo rezan los edictos de los fiscales de la comisión militar permanente que publica con frecuencia *El Diario.* "Yo, Fulano de tal, capitán del ejército por S. M., etc., cito, llamo y emplazo por este mi primer edicto, a Zutano de Cual, para que se presente en la cárcel pública de esta ciudad dentro del improrrogable plazo de tantos días, a descargarse de la culpa que le resulta en la causa que le sigo por asalto y robo en despoblado o por infidencia; cierto y seguro de que si compareciere dentro del término señalado, *se le hará cumplida justicia*. . . ¡Oíste? Cumplida justicia. Me le sé de memoria.

—No creo yo que la comisión militar, o como se llame, castigue a todo el que cita para hacerle justicia.

—Tienes que creerlo, porque por fas o por nefas, así sucede. ¿Cómo es que por más que le citen, llamen y emplacen, nadie se presenta *de motu proprio?* Claro, porque lo de *hacer justicia* no pasa de ser jarabe de pico. Puede ser el emplazado tan inocente como un recién nacido; con todo, si le pillan, de seguro que mama cárcel por tres o cuatro años, y ya esto es un castigo. . . que de buena gana le daría a todos los que me quieren mal.

—Bien, Cándido, está bien todo eso; el caso es que yo no hablé en el sentido que dices. En resumidas cuentas, prometí el perdón que Goyo vino a pedirme para sus compañeros.

—Pues ahí está el engaño tuyo, Rosa. Tú no has prometido tal perdón, ni calabazas. Ni si hubieras prometido era posible cumplir...

—Pero es que mi palabra está empeñada.

—Ese es el ajo, mi cara Rosa. En pocas palabras, tú no has prometido nada y tal fue lo que me propuse probarte para evitar mayores males. Por el mero hecho de decir *se les hará justicia* no se deduce que prometiste el perdón, lisa y llanamente... sin condiciones.

—Sí, pero Goyo creerá otra cosa, creerá que le he engañado.

—¿Y qué importa el quedar mal con el negro en la apariencia? Nadie tampoco guardó lealtad con los desleales *a nativitate*.

—Tal vez no importe mucho por Goyo, que al fin es un negro viejo e ignorante, y de seguro no me entendió. Pero, ¿y mi conciencia, Cándido? Mi intención fue...

—Tu intención fue perdonar, —la interrumpió D. Cándido—. Lo sé. Por lo que respecta a tu conciencia, —añadió con exquisita ironía—, debe estar más tranquila y serena que una balsa de aceite, en este caso. Y si hay en ello alguna culpa, échala sobre mí. Tú sabes que el diablo las carga. Quien sintió alguna vez escrúpulos de conciencia respecto de lo que dijo o no dijo, hizo o no hizo a los negros, ese santo varón, o esa santa mujer no ha debido tener esclavos jamás. ¡Escrúpulos de conciencia por semejantes bestias! ¡Ja! ¡Ja!

A este tiempo volvieron de la enfermería las señoritas y caballeros. El médico dijo que el negro había recibido varias mordeduras de carácter grave, no peligroso, en los brazos, antebrazos, canillas y carpos de las manos y de los pies. Parecía desgarrada la epidermis de algunos de los dedos de la mano derecha. Pero por fortuna, agregó en su lenguaje peculiar, los incisivos de la fiera no han interesado lo bastante para romper ningún vaso principal y no hay temor de hematosis, aunque se ha presentado la hemalopia consiguiente a la exasperación física y moral, bajo la cual viene laborando hace tiempo el enfermo. Esto es preciso combatirlo con aplicaciones de sanguijuelas a las sienes; las que, de paso sea dicho, habrá que traer del pueblo, pues faltan en el botiquín de la finca. Por lo que hace al tétano, fácil es que se presente mediante a que el negro se ha mojado después de recibir las heridas. Con este motivo he dispuesto se le den unturas frecuentes de sebo y aceite con unas cabecitas de ajo majadas. Puedo decir, sin embargo, que hasta ahora no aparece dañado ningún nervio...

Leonardo fue más conciso. Hablando con su madre, dijo de manera que lo oyese su padre: que Pedro apenas le había reconocido a él como su amo; que estaba negado a declarar; que nada sabía de sus compañeros; que, como para intimidarle y obligarle a hablar le dijese D. Liborio que ahora sí no se escaparía del cepo y que ahí le tendría hasta que doblase el cogote, contestó

riendo que no había nacido el hombre capaz de sujetarle en ninguna parte contra su voluntad. Leonardo, lleno de indignación, le había vuelto la espalda; y, cosa extraña, agregó éste, luego que nos retirábamos, me llamó para decirme que deseaba ver a su amo, a papá.

—Lo esperaba, —murmuró D. Cándido alejándose—. Hay tiempo mañana; no me molestaré ahora por su señoría.

Si se hubiera pedido informe a las señoritas sobre lo que habían visto en la enfermería, habrían referido muy diferente historia de la relatada por el médico y Leonardo. Hubieran dicho que el Hércules africano tendido bocarriba en la dura tarima, con ambos pies en el cepo, con los hoyos cónicos de los dientes de los perros aún abiertos en sus carnes cenizosas, con los vestidos hechos trizas, por toda almohada para descansar la cabeza, las palmas de las manos, a pesar de tener rasgados los dedos y, necesariamente doloridos, Jesucristo de ébano en la cruz, como alguna de ellas observó, era espectáculo digno de conmiseración y de respeto. Su arrepentimiento de haber concurrido a aquel lugar no podía compararse sino con el dolor que experimentaron, singularmente la piadosa Isabel, cuando se desengañaron que no podían hacer nada en alivio de ésta otra víctima de la tiranía civil en su desventurada patria!

CAPITULO VI

Los negros... ¡Oh! mi lengua se
resiste
A formular de su miseria el
nombre.

D. V. Tejera

Por mostrar celo y actividad a los dueños, o por equivocar la hora precisa, como se guió por el canto de los gallos, el mayoral del ingenio de *La Tinaja,* en la mañana de Pascua, puso la gente en pie mucho más temprano de lo acostumbrado.

Con el último solemne tañido de la campana, después de tomar sendas tazas de café, de encender un tabaco y de armarse, descolgó la llave, llamó a sus perros y se encaminó a pie al barracón para abrir la reja de hierro. Metió resueltamente la ponderosa llave en la cerradura, quiso hacerla girar en la guarda y no pudo: —¡Qué *demongo!* —dijo para sí—. Aquí han *andáo.* Me parece que voy a dar más cuero... que Dios toca a juicio.

Alumbró con el tabaco el ojo de la llave, dio media vuelta en sentido de cerrar y oyó distintamente correr el pestillo y entrar en el cerradero del cerrojo. ¡Voto a Dios! exclamó. Si estaba abierta la puerta y yo he *sío* tan caballo que la he *cerrao.* ¡Va que la dejé abierta anoche! ¿Estaba yo *bebío?* o loco? o *trastornáo?* O *ha habío* aquí brujería? ¿Qué pasa, Liborio?

Salían en aquel punto los negros de sus bohíos y fue preciso que D. Liborio pensase en lo qué había de hacer con ellos. Descorrido el cerrojo, se plantó junto a la jamba de la puerta para verlos desfilar uno a uno, según tenía ordenado. Por eso, aunque hacía bastante oscuro, pudo observar que una negra se parapetaba del compañero y quería pasar desapercibida. Malicioso y vigilante, no necesitó de más para echársele encima, cogerla por un bra-

zo y acercarle la lumbre del tabaco a la cara. Con sorpresa mezclada de alegría vio que era la negra Tomasa suama, prófuga hacía entonces precisamente dos semanas. Mientras sujetaba esta, apareció recatándose también Cleto gangá, y tras él Julián arará, Andrés bibí y Antonio macuá, los cuales detuvo y colocó a un lado.

Así que pasaron todos los demás y que formaron en medio del batey, echó por delante a los cinco presos y les ordenó hacer alto frente a frente del centro de la fila, tanto más larga cuanto que era sencilla. Seguidamente empezó el interrogatorio:

—Venga acá, mama Tomasa, y dígame por *vía* suyita, ¿de *aónde* viene la niña ahora?

—De *la monte,* —contestó ella imperturbable.

—¡Oiga! ¿Y qué fue a buscar al monte la niña Tomasa?

—*¿Siñó...?*

—No lo digas. No se tome ese trabajo la niña; lo sé: fue a *pajariar.* Yo le daré pajareo. Pero, ¿cómo es que se aparece ahora doña Tomasa suama?

—*Venga a presentarse a la suamos.*

—¡Bueno! *Asina* se hace. Pero ¿por *aónde dentraron* ustedes en el barracón?

—*Po la pueta*

—¿Quién abrió la puerta a la niña?

—*Naide.* Tenía la *pueta abieta.*

Aquí se remató la paciencia del cómitre.

—Con que estaba abierta la puerta, ¿eh? ¡Ah, pedazo de p...!

Y sin más ni más la pegó tan fuerte bofetón, que la tendió en el suelo aturdida. Mientras ella se ponía en pie, dirigió poco más o menos las mismas preguntas a los cuatro compañeros de la negra y obtuvo poco más o menos idénticas respuestas.

—¡Vírate! —dijo a la esclava echándole garra por un hombro con el objeto de derribarla de bruces.

Más ella joven, robusta y ya prevenida, se mantuvo firme y dijo:

—*Sumecé no me catiga, mi suama mi madrina.*

—¡Ja! ¡Ja! déjame reír. ¿La señora tu madrina? Pues dile que se levante de la cama y que venga a salvarte del bocabajo. Mira, negra de Barrabás, vírate o te mato...

—*¡Mata!* —repuso ella con arrogancia.

—Agárrala tú. Túmbala tú, —gritó el Mayoral, ya en el paroxismo de la ira, a los compañeros de la esclava.

Tres de éstos obedecieron sin tardanza. Dos la cogieron por un brazo y el otro por un pie, con lo que fue fácil hacerla perder el equilibrio y dar con ella en tierra boca abajo.

De presumir es que la misma ciega obediencia con que los tres se prestaron a ejecutar la orden perentoria del Mayoral, excitara más la cólera de éste respecto a Julián arará, que parecía dispuesto a desobedecer. Midióle D. Liborio de alto

a bajo con ojos en que se traslucía algo de la rabia que le dominaba, no poco de sorpresa y un mundo de recelos, porque era amenazadora la actitud del negro, y, como la mayoría de sus compañeros allí presentes, estaba armado de machete corto o calabozo y azadón. Vino a comprender entonces que había andado algo imprudente, y que estaba perdido como flaquease en el momento crítico. Así que, haciendo de tripas corazón, gritó con más aparente brío que nunca:

—¿Y tú qué haces, perro? ¿Por qué no metes mano? Dobla el lomo (soltando uno de los ternos que acostumbraba, a falta de mejor expletivo).

Acompañó, además, las palabras con tan fuerte garrotazo con el mango del látigo en la cabeza del esclavo, que le hizo titubear y caer luego de rodillas a los pies de Tomasa. Aún allí, abatido y todo, no dio muestras Julián de que iba a obedecer; antes temiendo el Mayoral que se recobrara del golpe y se pusiera de nuevo en pie, agregó:

—Sujeta por la pata a esa grandísima p . . . o ¡vive Dios! que te muelo a palos.

Y por vía de apremio le asestó un segundo garrotazo, que no por más fuerte que el primero, sino porque quizás acertó a darle en lugar donde el cabello lanudo no protegía completamente el cráneo, le dividió la piel como con un cuchillo y brotó un chorro de sangre de la herida. Julián a tientas apoyó la mano abierta en la garganta del pie de su compañera, y . . . empezó el bocabajo.

Tan singular conducta de parte de aquel negro en tales circunstancias, habría llamado la atención imparcial de personas menos estúpida o menos cegada por la pasión que D. Liborio; habría inspirado consideración, ya que no respeto, en toda alma noble y generosa; habría excitado siquiera la curiosidad de averiguar el origen de un sentimiento que no dejaba de ser bello porque no abrigase en el pecho de un hombre semisalvaje.

Varias circunstancias, además, concurrían en el caso del negro y de la negra que servían para explicar la conducta de ambos en estos momentos de prueba. Y es de creerse que porque estaba al cabo de ellas D. Liborio, mostraba tanta saña con la pareja. Julián y Tomasa eran poco más o menos de la misma edad: joven, robusta, agraciada ella; joven, atlético y gallardo él; procedían del mismo país en Africa; se tenían por paisanos o carabelas, según dicen. ¿Qué extraño sería que se amasen?

Tomasa, por su juventud, alegre humor y buena presencia, era la favorita de sus camaradas y de los empleados blancos de la finca. La esclavitud no pesaba tanto para ella, ni tenía motivo para quejarse de su suerte, comparativamente hablando. ¿Por qué se había fugado? Parecía claro: por seguir a Julián, que, arrastrado por Pedro, su padrino de bautismo, el cabecilla del motín, adoptó esa malhadada resolución. Hizo más Tomasa: luego que cayó prisionero Pedro, del modo trágico referido, recavó de Julián el que se presentase y solicitase perdón de los amos por medio de Caimán, que ellos sabían tenía ascendiente en doña Rosa.

Para mayor abrigo, llevaba D. Liborio atado a la cabeza un pañuelo de algodón, dos puntas de la lazada del cual le caían por detrás, y encima se había encasquetado el sombrero de paja. Traía la camisa suelta por fuera o faldeta, el puñal en la cinta y el machete en su puesto, asegurado con una faja de lienzo blanco. Apoyó la mano izquierda en la empuñadura, y con la extremidad del mango del látigo arrolló las faldas del vestido de la esclava hasta más arriba de las caderas y soltó la trenza del cuero crudo, que había sujetado en el hueco de la misma mano derecha. Todo esto por su orden, bien calculado con calma y formalidad, como quien no tenía prisa, antes se proponía saborear goce exquisito, a cuyo efecto no debía precipitar los sucesos.

Clareaba el horizonte por el Este con las purísimas luces del alba. Descargado el primer latigazo con el aplomo y tino de quien posee brazo experimentado y de hierro, pudo convencerse el Mayoral que la *pajuela*[1] o punta de cáñamo torcida y nudosa, con chasquido peculiar, había trazado un surco ceniciento en las carnes de la muchacha. En seguida descargó otros y otros en más rápida sucesión hasta saltar pedazos de la piel y fluir la sangre; sin que a todas éstas la víctima exhalase una queja, ni hiciese otro movimiento que contraer los músculos y morderse los labios.

Así tuvo un desfogue momentáneo la ira del Mayoral, mas el estoicismo de la muchacha le privó en mucha parte del placer que se prometía al azotarla. El dolor, sensación fatal en todo ser animado, no la redujo, como él esperaba, al extremo de pedir perdón a su verdugo. Por eso, y porque deseaba concluir antes de salir el sol, encomendó a los dos contramayorales el castigo de Julián y de sus compañeros, contentándose él con observarlos de cerca para hacerles "apretar la mano" cada vez que por compasión o por otro motivo cualquiera suponía que no daban bastante recio. Tan pronto como se despachaba uno, le hacía lavar la llaga con orines en que se habían echado de antemano unas puntas de tabaco, a fin de evitar el *pasmo* o tétano, ordenando que los herreros les pusieran los grillos que para eso se hicieron venir de la mayordomía de la finca. Por lo que respecta a Julián, que se había desmayado dos o tres veces, o por el rigor del castigo, o por la pérdida de la sangre, juzgó prudente fuese trasladado a la enfermería para que le curasen la herida de la cabeza. A los demás penados, impedidos por el peso de los grillos y el dolor de los crueles azotes, los obligó a trabajar, junto con los restantes negros, en el *chapeo* de las guardarrayas al rededor del caserío del ingenio, que fue la *fagina* que desde el principio se propuso sacar D. Liborio.

¿Escuchas, Cándido? —dijo doña Rosa entre sábanas a su marido—. Me parece que oigo el cuero. Tampoco ha madrugado hoy D. Liborio.

Dormía profundamente D. Cándido para que le despertase la música de los latigazos de su mayoral, no obstante que por el vigor con que los descargaba y la calma de la naturaleza, resonaban por millas a la redonda. Pero repetida la pregunta a sus oídos, entre bostezo y bostezo, contestó luego con esta otra:

[1]Extremo del látigo con cabuya torcida y fina, usado para aumentar el dolor del castigo.

—¿Qué tengo de oír, Rosa?

—El *cuero* del Mayoral. Ni que fueras sordo.

—Ya, ya. Como que oigo algo. Sí. Está castigando. ¿Y qué?

—Alabo tu sangre fría. Aparte de otras cosas ¿te parece poco habernos quitado el sueño tan temprano? De seguro voy a tener hoy un dolor de cabeza de los bravos. Me ha puesto nerviosa ese maldito hombre. Lo peor es que voy creyendo que el tal D. Liborio no tiene ni pizca de consideración con nosotros. Nunca me gustó su cara de bandolero.

—¿Y qué querías que hiciera el hombre?

—Lo que toda persona decente hubiera hecho en su lugar. Irse a otra parte, lejos de la casa de vivienda a castigar los negros, si es que han cometido una gran falta y no podía dejar el castigo para luego.

—Quizás no ha podido remediarlo. Los negros a veces se empeñan en que los azoten y fuerza es darles gusto o se expone uno a que se le vayan a las barbas. También suele convenir en muchos casos que la pena siga al delito sobre la marcha para que surta el debido efecto.

—¿Pero tú no sabes mejor que yo la causa de este escándalo tan de madrugada?

—La supongo, Rosa, y es lo mismo. Me basta saber que los negros se le cayeron de las uñas al diablo.

—Sean o no malos los negros en general, y los nuestros en particular, la verdad es que D. Liborio no para la mano desde ayer. Y si esto hace estando nosotros aquí, ¿qué no será cuando estamos lejos? Crucifica vivos a los negros.

—Pues tú le celebrabas anoche de hombre recto, y . . .

—¿Qué querías que dijera delante de la gente? Por dentro estaba que me comía los hígados. También no había él enseñado todas las uñas. Mas ya esto es demasiado. Qué ¿no sabrá el muy bestia que tenemos visitas? ¿Qué dirá Meneses, joven instruido, casi extraño para nosotros, no acostumbrado a estas escenas? Lo menos que se figurará es que éste es un presidio, el Vedado, y que somos de alma negra . . .

—No te dé cuidado por el mozo —dijo D. Cándido—. Apostaría cualquier cosa a que duerme a pierna suelta, arrullado con la música de los latigazos . . .

—Sí, pero ahora que me acuerdo ¿qué dirá Isabelita si ha despertado? Por fuerza que ha de haber despertado. Deben oírse los cuerazos en el muelle de Tablas. Resuenan en mis oídos como cañonazos. Vea V.; y esa muchacha que es tan delicada, tan enemiga de los castigos. No será mucho que de esta hecha rompa con tu hijo, creyendo que sus padres son dos verdugos y que él le ha bebido los vientos. Lo sentiría por ti que estás tan empeñado en que se casen . . .

—Poco a poco, mi cara Rosa —la interrumpió D. Cándido con más viveza que de costumbre—. Hablas cual si no aprobaras el matrimonio en proyecto.

—¿De dónde has sacado tú que yo lo apruebo?

—¡Hombre! Hasta habíamos acordado el día de la boda, poco más o menos.

—Tú has arreglado eso, yo no. Si consiento en el matrimonio no es que lo apruebo de corazón, no es que me empeño en que se casen. Por una parte, no podré aprobar nunca que mi hijo querido deje mi abrigo y se vaya a vivir en otra casa. Por otra parte, no conozco mujer bastante buena para mi Leonardo. Ni Isabelita, a quien tengo por una santa, ni la diosa Venus que bajara de nuevo a la tierra, me parecería digna de él. Si consiento en que se casen (todavía puede que se arrepientan) es por ti, es porque no te cansas de repetirme y cantaletearme noche y día que el mozo se va a perder, que tendrá mal fin, que es preciso sujetarlo, que es muy enamorado (el pobrecito hasta ahora no ha mirado sino para Isabel), que asoma inclinaciones bajas... Me pones la cabeza tamaña con tales agüeros, me asustas y digo para mí: no es mal sastre el que conoce el paño: tal padre, tal hijo, y desaprobando, doy el consentimiento. El es un niño todavía, necesita de mis caricias; pero tú eres implacable, quieres casarlo y te saldrás con la tuya. Se casará, si es que la muchacha no se vuelve atrás... A veces creo contigo que el matrimonio es un freno, aunque si hemos de juzgar por ti... las mayores locuras las has cometido después de casado, y sabe Dios...

—En esto había de venir a parar la cerrazón —volvió a interrumpir D. Cándido a su mujer—. Más vale así. Al fin te has distraído y dejado en paz a D. Liborio.

—Lo que es a ese pícaro no pararé hasta botarlo...

—Sería mala política despedir a D. Liborio a raíz de haber castigado con mano fuerte las desvergüenzas de los esclavos. ¿A dónde iría a parar el prestigio de la autoridad? El mayoral representa aquí el mismo papel que el coronel delante de su regimiento, o que el capitán general delante de los vasallos de S.M. en esta colonia. ¿Cómo, si no, se conservarían el orden, la paz ni la disciplina en el ingenio, en el cuartel o en la Capitanía General de la isla de Cuba? Nada, Rosa, el prestigio de la autoridad lo primero.

—De manera —repuso doña Rosa con la lógica parda de las mujeres—, que por conservar el prestigio de la autoridad de D. Liborio vas a dejar que acabe con los negros?

—¡Acabar con los negros! —replicó D. Cándido, fingiendo sorpresa—. No hará tal, por la sencilla razón de que de ellos está llena el Africa.

—Allá se pueden estar todos los negros del mundo; el caso es que cada vez se dificulta más la reposición de los que se pierden por causa de los ingleses.

—Tampoco es eso como suena, Rosa. Aparte de que por un bocabajo más o menos no se muere negro ninguno, ríete de que los ingleses lleguen a impedir la trata al punto de hacer escasear los brazos. Ya ves cómo les pasamos por los bigotes los de la última partida del *Veloz,* haciéndoles creer que eran ladinos de Puerto Rico.

—Continúa el cuero, Cándido. Es preciso averiguar qué es eso. Haz que venga el Mayordomo. Levántate, dispón alguna cosa.

—Ahí llaman. Dile a Dolores que pregunte entre tanto me visto.

Esta dormía en el cuarto inmediato con las señoritas. A las voces de su ama se asomó a un postigo y dijo:

—Es Tirso, con el café para el amo y para Señorita.

—Pregúntale qué pasa allá por el batey —dijo ésta a la esclava—. ¡Qué día de Pascuas se nos depara! Y luego la mala noche! . . . y el bochorno! ¡Qué prestigio de autoridad ni qué calabazas! ¡Al infierno con D. Liborio!

Informó Tirso, temblando del frío o del miedo, que se habían aparecido los negros fugados, que el mayoral los estaba castigando, y que había matado a Julián porque no había querido *virarse*.

—¿No te lo decía? —dijo doña Rosa—. Ni siquiera ha respetado que yo les servía de madrina.

—Probable es que él no lo supiera.

—Ellos han debido decírselo.

—No los ha creído sobre su palabra. Además, Tirso miente como un bellaco. Me levantaré, sin embargo, por darte gusto. Cuando se te pone una cosa en la cabeza, eso ha de ser.

—Me da no sé qué tu santa calma. Te están matando a los negros y no corres. ¡Como si no costaran dinero!

—Ahora sí que has hablado como un Salomón —dijo D. Cándido saliendo al pórtico.

Según es de suponer, mucho antes que de costumbre estaban en movimiento toda la familia y las visitas en la casa de vivienda del ingenio de *La Tinaja*. El sitio que ofrecía más desahogo y sombrío era el pórtico, y allá acudieron todos. El sol hería la casa por la espalda, proyectando la sombra por largo trecho adentro del batey donde, en las ocho y las nueve de la mañana, se hallaba tendida la dotación de esclavos de la finca, en su traje ordinario, sucio y harapiento.

Acercose D. Liborio al pórtico a caballo, se desmontó, le ató por el ronzal a la barandilla y ascendió la escalinata hasta situarse en el último escalón. Desde allí, quitándose respetuosamente el sombrero, saludó a la compañía en general, y en particular a doña Rosa, quien, sentada con mucha gravedad en el sillón más conspicuo, cual reina en su trono, y rodeada de sus hijas y amigas, contestó con un murmullo inaudible. No podía perdonarle esta señora a aquel hombre el mal rato, si es que D. Cándido se había dado por satisfecho después de oírle el relato parcial de lo sucedido por la madrugada.

Las criadas al inmediato servicio de la familia presenciaban el espectáculo desde la puerta de la sala, y doña Rosa, por conducto de la más anciana, hizo decir al Mayoral que llamara a los dos contramayorales. Venidos, hicieron la genuflexión de costumbre en presencia de sus amos, cruzándose de brazos y permaneciendo en silencio, cual dos estatuas de piedra negra. El aire de dignidad con que se presentaron aquellos dos hombres, indicaba claramente

que no eran congos. Eran lucumíes, raza guerrera del Africa y está dicho todo.

—¿Qué tal les va? —fue la primera pregunta que les dirigió doña Rosa.

Se miraron el uno al otro y de soslayo a D. Liborio, como si se animaran mutuamente a decir algo, o dar algún desahogo a su espíritu atribulado. Adivinó doña Rosa el motivo del embarazo de sus esclavos: se morían por hablar, mas temerosos de las consecuencias, por la presencia del mayoral, juzgaron más cuerdo callarse. No necesitó ella de más para desear hacerles salir de su reserva. Cambió la pregunta.

—¿Tienen bastante comida?

—Sí, *siñora* —contestaron a una sin titubear.

—¿Mucho trabajo?

—No, *siñora.*

—¿Están Vds. contentos?

Volvió a sucederse la escena mímica de antes. Después de mirarse el uno al otro, y de reojo al Mayoral, que empezaba a manifestar bastante inquietud, quizás se disponía el más viejo de los dos a hacer la breve cuanto dolorosa relación de sus trabajos y miserias, cuando D. Cándido los atajó ordenando en alta voz que les entregaran la ropa nueva traída de la Habana para regalo de Pascua de la dotación del ingenio.

Constaba cada muda para los varones, de camisa de cañamazo o rusia, nada cumplida, pantalón de lo mismo, gorro y frazada de lana; para las hembras, de una como camisa talar llamada túnica, también de Rusia, pañuelo de algodón de colores y frazada. Estas piezas constituían lo que en lenguaje marino de Cuba se entendía por la *esquifación* de los negros que trabajan en el campo.

Buena dosis de soberbia había en el carácter de doña Rosa, no siendo de aquellas mujeres a quienes es fácil desviar de sus propósitos con subterfugios ni sutilezas dialécticas. La mera suposición de que D. Cándido, con achaque de proteger el prestigio de la autoridad investida en el Mayoral, tendía a rebajar sus derechos de ama, delante de personas extrañas, bastó a poner espuelas a su deseo de afirmarlos, y de un modo señalado. En tal virtud, no bien se retiraron los contramayorales cargados con las esquifaciones para ellos y sus compañeros, siempre por medio del Mayoral, hizo comparecer en su presencia al negro que denominaban Chilala. Acercose despacio y con bastante trabajo, clamando, como le estaba ordenado: Aquí va Chilala, cimarrón.

Así que depositó la masa de hierro en el piso del pórtico, se arrodilló delante de doña Rosa, cruzó los brazos sobre el pecho, y con gran humildad en su peculiar lenguaje, dijo:

—*La bendició, mi suama sumecé.*

—Dios te haga un santo, Isidoro —contestó doña Rosa amablemente—. Levántate.

—*Así ta mijó mi suama sumecé.*

—¿Por qué te huyes, Isidoro? —le preguntó el ama en tono compasivo.

Extrema era la flacura de este esclavo. Apenas tenía otra cosa que huesos

y nervios. Luego; el color rojizo de sus cabellos, la palidez cenicienta del rostro, su mirar vagaroso e inquieto, comunicaban a su semblante una expresión de azoramiento como de animal montaraz.

—*¡Ah, mi suama sumecé* —exclamó dando un suspiro—. *Tlabaja, tlabaja; poco comía; no conuca; no cochina; no mujé: cuera, cuera, cuera . . .*

—De modo —replicó doña Rosa con mucho reposo y cierta sonrisa de satisfacción—, de modo que si te acortan el trabajo y te dan mejor comida y un conuco, y un cochino, y mujer con quien casarte y no te castigan tanto ¿tú no te huyes más y te portas bien?

—*Sí, siñó, mi suama sumecé. Chilala no juye má: Chilala tlabja; Chilala, fino, fino.*

—Pues bien, Isidoro, ya que tú me prometes que no te huirás más y que te portarás como hombre formal, haré que no te castiguen tanto, que no te hagan trabajar mucho, que te den bastante comida, y un cochino, y un conuco, y mujer con quien casarte. ¿Estás contento?

—*Sí, siñora, mi ama sumecé; Chilala contente, mú contente.*

—Más todavía quiero hacer por ti, segura de que no me has de engañar. Don Liborio —añadió en tono alto e imperioso—: quítenle ahora mismo los grillos a este negro.

La larga esclavitud, la ignorancia crasa en que había vivido, el durísimo trato del ingenio, nada había podido borrar la sensibilidad, el sentimiento de la gratitud en el pecho del esclavo. Costole trabajo y esfuerzo de imaginación entender lo que su ama le decía; mas tan luego como entendió que iban a quitarle los grillos, faltándole las palabras apeló a las demostraciones para expresar su inmenso agradecimiento. Se echó de bruces a las plantas de doña Rosa, cual lo hiciera delante de un fetiche en su país natal, y con grandes aspavientos y exclamaciones incoherentes de una alegría loca, besó muchas veces el suelo que ella había hollado.

En todo son extremadas las mujeres de la índole de Isabel: o aman, o aborrecen; las medias tintas de sus pasiones se quedan para casos raro. En las pocas horas de su estada en el ingenio, había podido obervar cosas que, aunque oídas antes, no las creyó nunca reales y verdaderas. Vio, con sus ojos, que allí reinaba un estado permanente de guerra, guerra sangrienta, cruel, implacable, del negro contra el blanco, del amo contra el esclavo. Vio que el látigo estaba siempre suspendido sobre la cabeza de éste como el solo argumento y el solo estímulo para hacerle trabajar y someterle a los horrores de la esclavitud. Vio que se aplicaban castigos injustos y atroces por toda cosa y a todas horas; que jamás la averiguación del tanto de la culpa precedía a la aplicación de la pena; y que a menudo se aplicaban dos y tres penas diferentes por una misma falta o delito; que el trato era inicuo, sin motivo que le moderase; que apelaba el esclavo a la fuga o al suicidio en horca como el único medio para librarse de un mal que no tenía cura ni intermitencia. He aquí la síntesis de la vida en el ingenio, según se ofreció a los ojos del alma de Isabel, en toda su desnudez,.

Pero nada de esto era lo peor; lo peor, en opinión de Isabel, era la extraña apatía, la impasibilidad, la inhumana indiferencia con que amos o no miraban los sufrimientos, las enfermedades y aun la muerte de los esclavos. Como si a nadie importara su vida bajo ningún concepto. Como si no fuera nunca el propósito de los amos corregir y reformar a los esclavos, sino meramente el deseo de satisfacer una venganza. Como si el negro fuese malvado por negro y no por esclavo. Como si tratado como bestia se extrañara que se portara a veces como fiera.

¿Cuál podía ser la causa original de un estado de cosas tan opuesto a todo sentimiento de justicia y moralidad? ¿Tendría el hábito o la educación fuerza bastante para sofocar en el corazón, sobre todo de la mujer, el sentimiento de la piedad? ¿La costumbre de presenciar actos crueles sería capaz de encallecer la sensibilidad natural del hombre y de la mujer ilustrada y cristiana? ¿Tenía algo que ver en el asunto la antipatía instintiva de raza? ¿No estaba en el interés del amo la conservación o la prolongación de la vida del esclavo, capital viviente? Sí lo estaba, a no quedar género de duda; pero eso tenía de perversa la esclavitud, que poco a poco e insensiblemente infiltraba su veneno en el alma de los amos, trastornaba todas sus ideas de lo justo y de lo injusto, convertía al hombre en un ser todo iracundia y soberbia, destruyendo de rechazo la parte más bella de la segunda naturaleza de la mujer: la caridad.

Repasando Isabel todas estas cosas en la mente, mientras los demás contraían su atención a las escenas que se representaban en el pórtico y en el batey, le ocurrió preguntarse: ¿por qué quiero yo a Leonardo? ¿Qué hay de común entre mis ideas y las suyas? ¿Llegaremos alguna vez a ponernos de acuerdo sobre el trato que ha de darse a los negros? Suponiendo que sobre este particular cupiera concordancia entre nosotros, ¿me resignaría a seguirle a este infierno? Y siguiéndole, ¿vería yo, cual doña Rosa, con impasibilidad, los horrores e injusticias que aquí se cometen día y noche impunemente? . . .

En este punto del soliloquio de Isabel, empezaba doña Rosa a mostrar el lado bello de su carácter, que aquélla ni muchas otras personas aún habían visto. Como va dicho, a su voz cayeron las prisiones del más infeliz, por humilde, de sus esclavos. Y una vez empeñada en esta línea de conducta, la prosiguió hasta el fin. Era que la impedía la especie de fiebre que produce el deseo de las buenas o las malas acciones, y procedía a ciegas en la obra del bien. Aún tenía de bruces a sus pies a Isidoro, cuando ordenó se quitaran los grillos a los seis compañeros del mismo, y no contenta con esta trascendental medida, hizo comparecer a su presencia a Tomasa y a los tres castigados por la madrugada; oyó con paciencia sus quejas, les dio algunos consejos, los consoló cuanto pudo en aquellas circunstancias y acabó por decir en tono airado: Contra mi voluntad y expreso mandado los han azotado a Vds. hoy. ¡Ea, D. Liborio!, quítenle los grillos a estos negros.

Fuera el que fuese el motivo secreto que impelía a doña Rosa a reasumir *coram populi* (sic) la autoridad domínica en su ingenio de *La Tinaja,* los actos piadosos con que la afirmó produjeron honda y sincera impresión en el

ánimo de la concurrencia. Los hombres aprobaron y aplaudieron; las mujeres, conmovidas, derramaron lágrimas de alegría. A los ojos de Isabel, la señora de Gamboa se transfiguró, pasando de golpe, allá en su noble corazón, de las profundidades del desprecio a la más alta cima de la admiración. La vio entonces la más hermosa y buena de las mujeres. La hubiera estrechado en sus brazos con el mismo cariño que solía estrechar a su madre sana y risueña tras días y horas de ausencia; la hubiera adorado de rodillas con el mismo fervor que el primer esclavo, objeto de la piedad del ama, le había mostrado su agradecimiento. ¡Qué dulces es —exclamó—, perdonar las faltas de aquellos que dependen de nosotros! Y dio a llorar ya sin fuerzas para dominar su emoción.

—¡Qué! Llora V. señorita —le preguntó el cura complacido.

—No me es dado —contestó ella sollozando— contemplar las acciones generosas y caritativas con los ojos enjutos.

—Muchas más lágrimas derramaría V. tal vez por motivos opuestos, si continuase en el ingenio.

—No me parece que pudiera vivir aquí mucho tiempo.

—Señorita —observó el cura admirado de tanta sensibilidad y discreción— veo que no es V. de la carne y de los huesos de los amos de esclavos.

—No, no lo soy. Si me viera en el caso forzoso de escoger entre ama y esclava, preferiría la esclavitud, por la sencilla razón de que creo más llevadera la vida de la víctima que la del victimario.

Adela, en su entusiasmo, rodeó el cuello de su madre con los brazos, imprimió una porción de amorosos besos en sus mejillas y le dijo:

—Pues que es hoy día de perdones, ¿llamo a . . .?

No dio el nombre en voz alta.

—¿Quién? —preguntó doña Rosa torciendo el ceño.

Con mayor timidez que antes repitió al oído de su madre el nombre reprobado.

Cambió doña Rosa de repente de semblante y de actitud, pasando del fervor piadoso a la seriedad y . . . a la ira.

—No, no. Ella no merece perdón . . . Tampoco se ha dignado pedírmelo.

—Ahí cerca está para pedírtelo. Sólo aguarda mi aviso.

—No, no, hija. Que no se me presente. Me haría arrepentir de lo que he estado haciendo. No, que no se me presente.

Alejóse Adela del lado de su madre afligida y llorosa.

En seguida se procedió al bautizo de los 27 negros bozales de la expedición del bergantín *Veloz* que le tocaron en suerte a D. Cándido Gamboa; luego al casamiento de tres o cuatro esclavas, cuya voluntad no se exploró ni por mera forma; en fin, se dio permiso para que hubiera tambor (baile) en la finca hasta la puesta del sol.

Por disposición de doña Rosa, el boyero tomó interinamente el bastón, quiere decir, el látigo, mejor, el mando de los esclavos del ingenio de *La Tinaja*

CAPITULO VII

15. ¿En dónde, pues, está ahora mi esperanza?
16. A lo más profundo del sepulcro descenderán todas mis cosas, ¿crees tú que siquiera allí tendré yo reposo?

JOB, XVII

Declinaba a toda prisa la tarde. Allá, por el rincón más apartado del batey, aún se oía el rudo tambor con que los negros se acompañaban el melancólico canto y el baile salvaje de su país natal.

Acá, por la casa del ingenio, había gran agitación y ruido. Las torres o chimeneas de los hornos para hacer vapor y calentar las pailas del tren Jamaiquino, lanzaban al aire columnas de humo negruzco y espeso.

El bozal del maquinista, recién llegado del granítico Maine, en los Estados Unidos del Norte de América, con la alcuza de cuello largo y corvo en la mano, iba del trapiche para la máquina y de ésta para aquél, dando aceite a las juntas y ejes, a fin de moderar la fricción, causa fatal de las pérdidas de fuerza.

Impaciente y desazonado el maestro de azúcar, aguardaba la corriente del guarapo que debía poner a prueba su habilidad en hacer ese dulce con caña molida, según un nuevo sistema. Por su parte los negros del cuarto de prima miraban recelosos y azorados los preparativos que se hacían para resolver el problema de hacer azúcar sin necesidad de las ariscas mulas ni de los cachazudos bueyes.

Se ponía el sol, redondo y encendido cual bala roja, por detrás del inmenso palmar del potrero cuando invadieron la casa de calderas los dueños de la finca, en compañía de su familia, amigos y empleados. Guiaba la procesión el cura del Quiebrahachas, revestido de la sotana y el bonete de ceremonia.

Marchaban a su lado dos caballeros conduciendo cada uno un haz de cañas, atados con cintas de seda blanca y azul, que sujetaban por la punta cuatro señoritas. Llegados delante del trapiche murmuró el cura una breve oración en latín, roció los cilindros con agua bendita, valiéndose para ello del hisopo de plata, los caballeros colocaron en seguida las cañas en el tablero de alimentación y dio comienzo la primera molienda con máquina de vapor el célebre ingenio de *La Tinaja*.

Más tarde, o entre dos luces, se sirvió el banquete de tabla en la casa de vivienda. En el intermedio de la comida a los postres vinieron a avisar al médico que su presencia era necesaria en la enfermería. Fue, y volvió al cabo de media hora un si es no es cariacontecido, saliendo a recibirle D. Cándido con desusada solicitud para preguntarle:

—¿Novedad, Mateu?

—Novedad y gorda, señor D. Cándido —contestó el médico con el mismo laconismo.

—Bien vengas, mal, si vienes solo —dijo D. Cándido revestido de toda su calma—. Afuera con el embuchado.

—Acaba V. de perder su mejor negro.

—Sea todo por Dios. ¿Cuál?

—Pedro carabalí. Se ha suicidado en el cepo.

—¡Ba! Más ha perdido él que yo. ¿Qué arma ha empleado?

—Ninguna.

—¡Cómo! Entonces ha hecho uso del dogal.

—Menos. En pocas palabras, señor D. Cándido, el negro se ha tragado la lengua.

—¡Qué me dice V.! Ahora menos lo entiendo.

—Lo entenderá V. cuando le diga que este es un caso de asfixia por causa mecánica.

—¡Si creerá V., doctor, que yo hablo el griego!

—Diré a V., señor D. Cándido. Ora haya hecho uso el negro de los dedos, ora de un poderoso esfuerzo de absorción, evidente es que, doblando la punta de la lengua hacia adentro, empujó la glótis sobre la tráquea y quedó ésta obliterada, impidiendo la entrada y salida del aire en los pulmones, o cesando la inspiración y la espiración. He aquí lo que el vulgo llama tragarse la lengua, y que nosotros llamamos asfixia por causa mecánica. Durante mis viajes a la costa del Africa he tenido ocasión de observar varios casos; pero en mi larga práctica de los ingenios de la Isla, éste es el primero que se me presenta. Tal género de muerte, lo mismo que el del ahogado, debe ser muy doloroso, peor que el de estrangulación en horca, porque no se produce la asfixia instantáneamente, sino por grados, en todo su conocimiento, y después de una agonía atroz. Si hiciéramos la autopsia del cadáver, veríamos que el sistema venoso está ingurgitado de sangre de color negruzco muy oscuro, lo mismo el pulmón y el cerebro.

—A fe que no había oído en mi vida semejante cosa —dijo D. Cándido—. Vamos a la enfermería.

En esta excursión (no fue otra cosa) acompañaron a D. Cándido sus huéspedes y algunos empleados. El Cura y el Capitán del partido meramente por hacerle honor, pues para el primero ya había pasado la ocasión de ejercer su santo ministerio con el suicida; para el segundo, ni antes ni después de la muerte del esclavo habría tenido ocasión de ejercer el suyo, mediante a que dentro de los límites de sus haciendas o dominios era *ipso jure* señor de horca y cuchillo D. Cándido Gamboa.

Dispuso éste retiraran el cadáver del cepo. Horrorosa era su vista, habiendo adquirido ya la rigidez de la muerte. Tendido de espaldas en la tarima, su lecho de agonía, aún apretaba los bordes con los dedos crispados. A consecuencia de las mordidas de los perros, tenía hinchados los brazos, las piernas y el levantado pecho; los ojos casi fuera de sus cuencas e inyectados de sangre, de la cual estaban salpicadas sus ropas en jirones.

Contribuía a darle un aspecto feroz el tener la piel de la frente arrollada desde la línea de las cejas hasta el nacimiento de la pasa, y zajadas las mejillas verticalmente desde el párpado inferior hasta la orilla de la quijada, a usanza de la tribu en su país natal. Parte de esa costumbre era el aguzarse los dientes superiores, que dejaba ver a través de los labios entreabiertos, trabados con los de la mandíbula inferior: nueva prueba ésta de la lucha entre la vida y la muerte. No acusaba su semblante más de 27 ó 30 años de edad; de modo que se hallaba entonces en todo el vigor y desarrollo de su juventud.

—¡Lástima de negro! —dijo Cocco

—Valía lo que pesaba en oro para el trabajo —dijo D. Cándido interpretando en su verdadero sentido la exclamación del administrador de *Valvanera*.

—He ahí la vera efigie de un salvaje africano —dijo el Cura—. Dios tenga piedad de su alma.

—Debió haber sido ese negro la pura soberbia —dijo el Capitán Peña con aire sentencioso.

—Y dígalo —dijo Moya satisfecho, porque había allí uno que diera forma a su pensamiento en aquel instante—. Más cachorro no ha *salío* de la Guinea.

—Ha muerto en su ley —dijo el gallego mayordomo de la finca—. Dios no le tome en cuenta sus muchos pecados.

—Veamos lo que dice María de Regla —dijo D. Cándido sin mirar de lleno a la cara de la enfermera.

Insensiblemente las personas que acababan de hablar se habían situado en torno del cadáver, que entonces alumbraba a medias con la vela de cera amarilla, desde el pie de la tarima, la negra mencionada por D. Cándido. Ella, con los ojos bajos dijo:

—Le contaré a mi señor lo que ha pasado.

La precisión y claridad de las pocas palabras vertidas, junto con el acento argentino y medido de su voz, pregonándola como mujer de talento y de algún trato social, le ganaron desde luego la atención de los circunstantes.

Poseía ella ambas cosas en grado notable, relativamente a su falta de escuela y a su condición de esclava desde la cuna. A la natural perspicacia y carácter dulce y simpático, combinados con un exterior agradable y fino, se agregaba el haber servido de doncella a sus primeros amos; teniendo ocasión de rozarse más con éstos y con las personas decentes que visitaban la casa que con las ignorantes de su misma condición, y de aprender, no ya sólo las maneras, sino el modo de decir y de portarse en sociedad la gente blanca y educada. Frisaba en los 36 o 40 de edad, como lo atestaban sus formas redondeadas y voluptuosas. Dos medias lunas grandes de oro pendían de sus orejas, y para ocultar las pasas, que detestaba, se cubría la cabeza con un pañuelo de algodón, dicho de Bayajá, atado con bastante gracia y coquetería, a guisa de turbante turco. En el momento de que hablamos, su aspecto y tono de voz revelaban mucho disgusto y tristeza.

—Le contaré a mi señor lo que ha pasado a mi vista, —dijo ella cual si hablara con el muerto y no con su amo—. Pedro, desde que le pusieron en el cepo, se negó a comer y hablar. Sólo esta madrugada bebió un poco de sambumbia, que le hice tragar como quien dice, de por fuerza. El hambre se aguanta, la sed no hay quien la entretenga siquiera, y él, por las mordidas, debía de sentir una sed ardiente. Después, como hacía veinte y cuatro horas que no pasaba bocado, como había ya perdido mucha sangre y se le habían inflamado las heridas, a pesar de las unturas que ordenó el médico, estaba muy débil, irritado, no podía reconciliar el sueño. Se calmó un poco luego que apagó la sed. Pero no ladraba un perro, no cantaba un gallo, no se oían pasos de gente o de animales en el batey sin que él se moviese, le crujieran los huesos en la tarima y se pusiera a escuchar. Los primeros cuerazos de D. Liborio esta mañanita le causaron un sobresalto grandísimo y no tuvo un momento de reposo. A cada cuerazo se estremecía de pies a cabeza, lo mismito que hace el caballo (y perdonen sus mercedes la comparación) cuando le quitan la silla después de un largo viaje.

—Estoy segura, —añadió la enfermera con cierta timidez—, que más le dolieron los bocabajos a Pedro que aquellos a quienes se los dieron. Le entró una especie de furia. Murmuraba en su lengua palabras que yo no entendía. Parecía loco. En esto trajeron a Julián, más muerto que vivo, entre cuatro morenos. Pedro lo vio. Era su ahijado de bautismo y se convenció de que estaban castigando a sus compañeros de fuga. Entonces se remató. Estoy persuadida que si hubiera podido hacer añicos el cepo. Le cogí miedo. Trataba de sacar los pies de los agujeros; dejé la cura de Julián y me acerqué cuanto pude a la tarima de Pedro. Le encontré sentado, mirando para todas partes, cual si esperara que vinieran por él a cada rato para darle un bocabajo.

—¿Qué tienes, Pedro?, —le pregunté—. ¿Qué sientes? ¿qué te duele? ¿qué quieres? —Me miró fijamente, dio un gran suspiro y dijo con la garganta, no con la lengua: —*Lamo*—. ¿Llamo?, —le pregunté. —¿A quién llamo, al médico? Se quedó callado. —Di, Pedro, ¿quieres que mande por

el amo? Abrió tamaños ojos, enseñó los dientes y repitió: —*Lamo... su merced,* —concluyó diciendo María de Regla con mayor timidez, sin levantar la vista para D. Cándido.

Este no hizo más que sonreírse ligeramente y la enfermera prosiguió su gráfica narración.

—Yo le contesté, —todavía no, Pedro; todo el mundo duerme en la casa de vivienda; velaré, y así que salga el amo, le avisaré que quieres verlo. Duerme, descansa un rato. Por fortuna en aquella misma hora se oyó alejarse a la gente y Pedro dio un suspiro. No venían por él. Después me pareció inútil avisar al amo. Estaban ocupados con la repartición de las esquifaciones, el bautismo de los bozales... Señorita estaba quitando grillos y perdonando a todos; ¿quién no creería que se había pasado el peligro? Pero en mala hora entró aquí D. Liborio a buscar algo que se le había quedado anoche. Venía furioso. Dijo que lo habían botado por culpa de Pedro, pero que no se quedaría riendo el muy cachorro, pues había ordenado el señor D. Cándido que le dieran un novenario luego que se pusiera bueno, y que si él no tenía el gusto de dárselo se lo daría el otro mayoral. No se aparecía el amo y Pedro creyó que estaba bravo y que D. Liborio decía verdad. Desde este momento decidió quitarse la vida. Me asomé a la ventana para ver el baile de tambor por un instante, cuando sentí que Pedro se movía; volvía la cara y noté que se andaba en la boca con los dedos. No pensé nada malo, pero hizo un movimiento cual si le entraran náuseas. Corrí a su lado... Acababa de sacarse los dedos de la boca, apretaba los dientes y procuraba agarrarse de la tarima con las dos manos. Entonces le entraron convulsiones. Me dio horror; mandé llamar al médico, y sin saber cómo ni cuándo se me quedó muerto entre los brazos. Así como está ahora le encontró el señor D. José (el médico). Muchos he visto morir desde que estoy aquí, pero ningún muerto me ha causado tanto horror.

—Se explica la negra, —dijo Cocco a D. Cándido cuando salían de la enfermería.

—No sabe V. todas las letras menudas que tiene, —repuso D. Cándido a media voz—. He aquí la causa de su perdición. Si fuese menos bachillera estaría más contenta con su suerte.

—Pues qué ¿es mujer de aspiraciones?

—¡Que si es! Demasiado. Apresurémonos no sea que perdamos el plus café. Luego Rosa extrañará nuestra demora y no conviene todavía que sepa la muerte del negro.

Conocidamente pasaba D. Cándido por el carácter de la enfermera como por sobre ascuas. No era indiferencia la suya, tampoco desdén, menos desprecio: era miedo, puro miedo no fuera que se averiguase la posición en que se hallaba colocado respecto de esa su humilde esclava. Porque es bueno se diga una vez más, que D. Cándido Gamboa y Ruiz, caballero español, rico hacendado de Cuba, fundador de una familia distinguida que llevaría su preclaro nombre quién sabe hasta qué generación, con ínfulas de noble,

ya en camino de titular y ganoso de rozarse con la gente encopetada y aristocrática de la Habana, se sentía atado a la enfermera de su ingenio de *La Tinaja* por lazos que, no por invisibles eran menos fuertes e inquebrantables. María de Regla poseía el único secreto de su vida libertina que le avergonzaba y hacía infeliz en medio de la grandeza y el boato de que ahora se veía rodeado.

El día siguiente armóse en *La Tinaja* divertida cabalgata, compuesta de las señoritas Ilincheta y las dos más jóvenes de Gamboa, escoltadas por el hermano de éstas, por Meneses y por Cocco.

Hacía tiempo hermoso, quiere decir, que las nubes aplomadas que encapotaban el cielo, impedían el brillo del sol en toda su fuerza, mientras el aire seco del Norte, que a su paso por el angosto brazo del Golfo no había podido despojarse de los fríos vapores del vecino continente, refrescaba que era una delicia la atmósfera de toda esa costa cubana. Isabel, diestra jinete, orgullosa de su habilidad, amaba el ejercicio a caballo y se hacía la ilusión que dominaría a su sabor el campo desde la silla, respiraría aire más puro y más libre y ensancharía los horizontes de su existencia, cruelmente circunscritos en el ingenio de *La Tinaja*. Este inesperado desahogo lo demandaban a una su cuerpo, su espíritu y su corazón.

El tropel de las caballerías, esguazando el río, camino de la estancia, hizo levantar a los vocingleros totíes y a las urañas palomas rabiches que habían bajado a beber o a bañarse a la lengua del agua, abrigadas por las tendidas ramas de los robles.

—¡Qué sombrío! —exclamó Isabel—. Convida ese charco a bañarse.

—Es muy hondo al pie de la palma sobre la margen derecha, —observó Gamboa.

—¿Como qué hondo? —preguntó la joven.

—Tapa a un hombre.

—Entonces se podrá nadar con desembarazo.

—Sí, pero es muy peligroso bañarse allí a causa de los caimanes que suelen ascender el río desde la boca. En ese mismo charco que tanto incita a Isabel, perdió papá un perdiguero que quería mucho. Yo era un chicuelo entonces y le acompañaba en la caza. Le disparó un tiro a un agaitacaimán y cayó en mitad del charco; tras él se lanzó el perro para traerle a la orilla, pero sin darle alcance se hundió bajo de las aguas cual si le faltaran las fuerzas de repente. Luego apareció en la superficie un borbollón de sangre, por donde conoció papá que le había atrapado un caimán.

Buen efecto producían el arrozal en lo más hondo de un vallecito, irguiendo sus innumerables espigas, todavía verdes, en busca del calor solar y el campo de maíz en las laderas de las colinas, con sus flores de color morado y las barbas rubias de sus mazorcas.

En el platanal inmediato abundaban los racimos amarillos, que por su mucho peso hacían inclinar la cepa hasta besar la tierra con la punta de sus anchas y largas hojas, cual láminas de acero.

Corriendo a la ventura, sin detenerse en ninguna parte, nuestros paseantes repasaron el río por un vado más bajo del anterior, dejando tras sí los terrenos de la estancia y entrando en los del potrero, por medio de un dilatadísimo palmar. Sus enhiestos y blancos troncos remedaban las gigantes columnas de un templo antiguo arruinado. Tenía establecido en él su campamento una banda de aquellas aves, especie de cuervos que en su canto o grito expresan por onomatopeya el nombre bajo el cual se les conoce vulgarmente en Cuba: cao, cao.

En tan gran número se habían juntado que ennegrecían el racimo de la palma o la penca donde se posaban; y lejos de asustarlas o hacerlas abandonar el puesto las pisadas de las caballerías o las voces alegres de los jinetes, eso mismo pareció aumentar su algarabía y desfachatez, expresada en las miradas de soslayo que lanzaban desde sus naturales alcándaras, cual si poseyeran inteligencia y quisieran burlarse de quienes no tenían alas para llegar hasta ellas.

—No se reirían Vds. de mí, —dijo Gamboa—, si tuviera a mano mi escopeta. Yo haría descender más de prisa a algunos de esos bribones.

—Tan dudoso es lo que V. dice—, dijo Cocco con sorna, que viene bien aquello de "al mejor cazador se le va una liebre".

—¿Por qué así? —preguntó Isabel, que se daba por diestra tiradora.

—Diré a V., señorita, —repuso Cocco con su vocecilla gangosa e innata cortesía—. Porque con el calor del día se le pone la pluma muy resbaladiza lo mismo al cao que a la paloma torcaz, y no le entra fácilmente la munición.

Luego cambiaron de rumbo los paseantes, rodeando la finca por el lado Norte, que era la porción más elevada del terreno. Desde una de sus alturitas se alcanzaba a ver un pedazo del mar azul, en la apariencia sereno, y allá en el horizonte algunas velas blancas como otras tantas aves acuáticas rizando la linfa de un manso lago.

Cerraba la guardarraya que recorrían los paseantes, un bosque alteroso que servía de línea divisoria entre el ingenio de *La Tinaja* y el de *La Angosta* del otro lado. Según recordaba Leonardo, debía de haber una vereda que atravesaba dicho bosque, y siguiendo la cual podía llegarse a la finca del Conde de Fernandina en la mitad del tiempo que se emplearía en caso de ir por el camino real o de la Playa. La vía naturalmente era muy estrecha y estaría en parte obstruida por ramas bajas y espinosas de los árboles y plantas trepadoras, en las cuales bien podían dejar las señoras, como se descuidasen, jirones de sus vestidos. Esto entendido, les propuso acometer la ardua empresa.

Había novedad en la propuesta, por lo mismo que se corría peligro; razón de más para que las señoritas, ganosas de aventuras, la aceptasen de plano y aun con entusiasmo. ¿Qué importaba un arañazo más o menos si se prolongaba un poco aquel rato de libertad y de expansión? La intrépida Isabel, sobre todas, a quien el aire del campo y el ejercicio ecuestre habían

devuelto las rosas a sus mejillas, el fuego a sus ojos y la sonrisa a sus labios, exclamó: ¿Quién dijo miedo? Adelante. No se diría nunca que por donde pasó un hombre a caballo Isabel se quedó atrás.

Penetraron todos en el sombrío bosque, llenos de alegría. Pero apenas anduvieron corto trecho, uno detrás de otro, abriéndose paso a veces con las manos, cuando tuvieron que detenerse. Empezó a sentirse un hedor fuerte, como de cuerpo muerto; y de seguidas descubrióse una vasta congregación de *auras tiñosas,* rindiendo con su peso las ramas de los árboles que servían como de arcos triunfales a la vereda. Algunas de esas asquerosas aves, las más cercanas, a la vista de los caminantes emprendieron el vuelo, y haciendo un ruido tremendo con sus amplias y pesadas alas, fueron a posarse algo más lejos. Otras, las más distantes, no sólo no se movieron de sus perchas naturales, sino que se pusieron a ojear en todas direcciones con aire siniestro. La causa de su amenazadora actitud se echó luego de ver: se entretenían en devorar el cadáver de un negro, colgado por el pescuezo de la rama de un árbol a orillas de la vereda, e interrumpidas en lo más interesante del festín, manifestaban su indignación de la manera dicha.

En los momentos de acercarse los jóvenes, oscilaba ligeramente el cuerpo. Esta circunstancia engañó de pronto a Leonardo que llevaba la delantera, respecto de su estado actual; pero la reflexión de que las auras al abandonarle le habían impreso el movimiento oscilatorio, aún observable, le sacó prontamente del error. Habíanle extraído los ojos y la lengua, y cuando fueron interrumpidas buscaban afanosas el corazón con sus encorvados picos.

—¡Mira! —dijo Gamboa a Isabel, que le seguía de cerca, indicándole, con el brazo tendido, el horrible cadáver contra el cual estuvo él mismo a punto de tropezar.

—¡Ay, Leonardo! —exclamó ella horrorizada.

Perdió el color y el habla, y hubiera perdido también el conocimiento y caído de la silla al suelo si Leonardo, advirtiendo su imprudencia, no revuelve a toda prisa el caballo, la coge de la mano, le da los dictados más cariñosos, le pide mil perdones y la saca al limpio, invirtiendo el orden de la marcha.

Mientras Leonardo despachaba el guardiero Caimán al bosque para identificar, si era posible, la persona del suicida, Meneses acudió por agua al arroyo inmediato, la trajo y se la hizo beber a Isabel en un vaso rústico, de forma de cartucho, hecho de una yagua recién desprendida de la palma.

Averiguóse que el muerto era Pablo, compañero de Pedro, que se quedó en el bosque cuando los otros cinco prófugos, inducidos por Tomasa y con el apoyo de Caimán, resolvieron presentarse a los amos.

Le estaba reservado a Isabel, en su breve correría por los campos del ingenio de *La Tinaja,* encuentro no menos desagradable que el anterior. Dando la vuelta con lento paso por una guardarraya paralela a la que llevaron antes, no a fin de alargar el paseo, sino con el de distraer a Isabel, aún

no repuesta del choque, avistaron un cercado de regular tamaño, con puerta de tablas mal unidas y una cruz tosca de madera sobrepuesta en el centro. Parecía indicar su destino este signo de la fe del cristiano; pero ante la ausencia absoluta de monumentos, losas o camellones de sepulturas, ante la lujosa vejetación herbácea del suelo, costaba trabajo creer que era el cementerio donde se enterraban los esclavos que morían en el ingenio de *La Tinaja*. El señor Obispo Espada había concedido su establecimiento en aquellas fincas rurales porque su lejanía de los centros de población o de las parroquias hacía díficil a la salud pública la conducción de los cadáveres.

Sin duda porque todos, o casi todos, sabían el destino del cercado, nadie habló de él. Pasaron de largo y tomaron otra guardarraya en dirección del ingenio. Descendían luego una cuesta suave y prolongada a medida que la subían tres negros a pie. Dos caminaban delante, cada cual con su azadón al hombro. El otro, algo más atrás, conducía del diestro un caballo de mal pelaje. A cierta distancia no era fácil conocer, al menos por las señoritas de la cabalgata, el objeto de la procesión ni la naturaleza de la carga.

Descubríanse solamente dos como cilindros o trozos de cepa de plátano, asegurados longitudinalmente en los lados del aparejo común de carga en el país, a guisa de cañones de campaña trasportados a lomo de acémilas. Para Leonardo todo este misterio desapareció desde el momento que pudo ligar la idea de los tres negros que marchaban en esa dirección, preparados para abrir una sepultura.

Pero, ¿quién era el muerto? ¿dónde estaba? Iba de espaldas en lo que puede llamarse la batalla del aparejo encajonado entre las dos cepas de plátano. Por más señas que, sobresaliendo el cuerpo, la cabeza cubierta con un pañuelo a cuadros, batía colgando un lado del pescuezo del caballo, por más despacio que marchaba; al mismo tiempo que le golpeaba las ancas con los calcañales de los pies desnudos.

La guardarraya era muy angosta. A un lado y otro se desplegaban cañaverales extensos y cerrados. El encuentro se hacía inevitable. En tal aprieto, y deseoso Leonardo de ahorrar a sus amigos, en cuanto cabía, el nuevo mal rato que se les esperaba, mandó picar el paso so pretexto de que se hacía tarde, y él mismo procuró tomar la derecha de Isabel y divertir su atención hacia otro lado del campo. Inútil cuidado. Todas las jóvenes, que entonces marchaban de dos en fondo, vieron y entendieron perfectamente de lo que se trataba, tributando quien un ¡pobrecito!, quien una lágrima silenciosa a la memoria del muerto Pedro; el cual, por ser negro y esclavo, no era menos digno de su compasión. Porque ellas, aunque criadas a la leche de la esclavitud, como tiernas flores que abrían sus pétalos a los primeros rayos del sol de la vida, bien podían exclamar con el orador latino: *homo sum; humani nihil a me alienum puto.*

Recibió doña Rosa a los paseantes con vivas muestras de cariño y regocijo. Tomó a Isabel por la mano y dijo hablando en general:

—Gracias a Dios que han vuelto. Sobre que ya iba entrando en cuidado. Me pareció que les había sucedido algo. Luego, me acaban de decir que ésta (Isabel) pierde el juicio en cuanto monta a caballo. Supongo que se han divertido mucho.

Isabel se sonrió meramente y se retiró a su cuarto con Adela; pero Leonardo, Meneses y Cocco protestaron del juicio con que todas las señoritas se habían portado en el largo paseo.

—Me alegro, me alegro, —dijo doña Rosa. Mas luego, dirigiéndose en particular a su hijo, añadió: —¿Qué tiene? (Se refería a Isabel).

—Nada que yo sepa, —replicó Leonardo.

—Me parece que ha venido más triste. ¿Se ha enfermado en el paseo? ¿O tú le has hecho algo?

—¿Yo, mamá? Jamás he estado más amable y cumplido con ella.

Entonces Leonardo refirió a su madre cuanto habían visto en su malhadado paseo; su encuentro con el negro ahorcado en el bosque y con el entierro de Pedro.

—Pero ¡hombre! ¿a quién se le ocurre llevar a las muchachas por semejantes andurriales?

—¿Y yo qué sabía, mamá? Para adivino, Dios.

—¿No lo decía yo? De esta hecha Isabel no vuelve a poner los pies en el ingenio. Se figurará que siempre es lo mismo.

—Ella no se ha quejado.

—Sabe mucho Isabel y es demasiado discreta para decir lo que siente, sin ton ni son; pero se conoce que esto no le ha gustado ni un poquito. Y tu padre está creído que cuando te cases con ella vendrán Vds. a menudo a *La Tinaja* a pasar largas temporadas. El dice que tú tarde que temprano, has de ser el administrador, y parecería muy feo que tu mujer se quedase en la Habana...

—¿Han arreglado ya Vds. el plan?

—¡Cómo! ¡Qué! ¿No te gusta?

—¿El plan o la novia?

—La novia y el plan, hijo.

—La novia me gusta un puñado, no lo puedo negar; pero, ¿es hora de casarme, mamá? El casamiento es cosa seria, tú lo sabes. No ha de hacerse cochiherviti. En cuanto a la administración del ingenio, ¿cres tú que yo yo deba encerrarme en este desierto, cuando empiezo a gozar?

—No sabes cuánto gusto me da el oírte hablar así, hijo mío. Salomón no se expresaría con más juicio. Eso mismo le decía yo a tu padre anoche. ¿Para qué tanta prisa? Pero él es muy porfiado, testarudo y caprichoso, más que un vizcaíno. Se le ha puesto que te cases el año entrante y eso ha de ser. Tú, sin embargo, no tienes por qué apurarte ni afligirte. Como tú eres quien se casa y no tu padre, se hará el casamiento cuando convenga. Mas si bien se mira, Leonardito, tu padre no deja de tener razón. El me ha hecho sus reflexiones, y... casi, casi que me ha convencido. Porque

dice: Mañana o esotro día nos morimos nosotros. ¿Qué será de todo esto? ¿Qué de nuestros cuantiosos bienes?, ¿qué de tus hermanas si aún no se han casado? Soltero tú no podrás cuidarlas, dirigirlas ni protegerlas. Todo andará manga por hombro, vendrán a menos los bienes cada día, y, sobre todo, se destruirá la casa que tanto trabajo nos ha costado fundar... El cree que en el primer correo de España le viene el título de Conde de La Tinaja o de Casa Gamboa. Ha dejado el nombre a la elección de su agente en Madrid. El título pasará a ti, mejor dicho, tú lo disfrutarás, pues para ti verdaderamente se ha pedido. Entonces, además de que sería una vergüenza que trabajaras personalmente, como tu padre ha trabajado toda su vida, ¿qué necesidad, tampoco, tendrías tú de ello? Al contrario, si nuestra muerte y el condado te encuentran casado y firmemente establecido, ¿cuán diferente no será tu suerte y la de tus hermanas? ¿Ni con quién pudieras enlazarte mejor que con Isabelita que es tan buena y virtuosa? Cada vez me gusta más esa muchacha. Si yo fuera hombre me parece que la enamoraba y me casaba con ella. Por otra parte, hijo mío, ¿quién atendería esto mejor que tú que eres su dueño y que te duele? Mira, cada vez que me acuerdo que por debilidad mía... No tal, por majaderías de tu padre, se dejó tanto tiempo de mayoral de esta finca a D. Liborio, a ese bandolero, cara de hereje, me da cólera de mí misma. ¿Para qué servía ese condenado? Nada más que para enamorar las negras y desollar los negros con el cuero. Se deleitaba en dar bocabajos, según me ha contado la mujer de Moya. Tenía convertido el ingenio en un presidio. Por nada y nada cargaba de grillos al mejor negro después de arrancarle la tira del pellejo. Creo firmemente que si no le boto no me deja uno vivo. El tuvo la culpa de que se huyeran tantos; por él es fácil que se muera de pasmo todavía Julián. Le dio un bocabajo a Tomasa sabiendo que yo le servía de madrina, lo mismo que a los otros que se habían huido con ella. ¡Bárbaro! Estamos de malas. Dios quiera que el año venidero sea mejor para nosotros. Para complemento de desgracias, acaba de recibirse carta de la Habana en que participa D. Melitón que desapareció Dionisio desde el día 24, y que ha oído decir lo mataron de una puñalada por el barrio de Jesús María. Descerrajó el escaparate de tu padre y se llevó la casaca, el calzón corto de paño, las medias de seda y los zapatos con hebillas de oro que usaba antes de la Constitución del año 12. ¿Qué se propuso hacer con esa ropa? ¿Venderla? Nadie se la compraría. ¡Has visto qué pícaro! ¡Qué malvado! Y después de esto crea V. en la honradez y formalidad de los negros! Dios me perdone, pero el mejor... merece que lo quemen vivo. ¡Cuánta ingratitud contra amos tan buenos!

CAPITULO VIII

¡Ay del señor, que sus vasallos deja
Al cielo remitir su justa queja!

LOPE DE VEGA

La familia de Gamboa, en unión de sus huéspedes, pasó la mayor parte de la noche del segundo día de Pascuas en la casa de calderas.

Alumbraban el trapiche unas fogatas que habían encendido los negros, no tanto para obtener claridad en aquel ancho y tenebroso edificio, como para calentarse; pues se sentía un relente desapacible y ellos carecían de abrigo, excepto el gorro de lana que algunos llevaban puesto. Ruidos distintos y gran batahola reinaba por todas partes. Hombres y mujeres pasaban y repasaban del tablero de alimentación del trapiche a las pilas de cañas, ya con los brazados a la cabeza, ya de vacío, según era el caso; todos siempre de carrera, estimulados por el látigo del contramayoral, que no les concedía momento de descanso ni de respiro. En sus idas y venidas pasaban lo más cerca que podían de las fogatas, así para atizarlas con el pie como para recibir de lleno el calor, en cuyas ocasiones la llama rojiza, cual siniestro relámpago en medio de una noche tempestuosa, solía iluminarlos de pies a cabeza, con lo que se podía echar de ver que eran seres humanos y no fantasmas de las regiones infernales quienes desempeñaban tan recias faenas en horas que la mayoría de los obreros se entrega al sueño.

En esta parte de la casa de calderas no se oían, pues, más que los estallidos de los ramos verdes y del bagazo todavía húmedo con que los negros alimentaban el fuego, o el crujido de los haces de caña al pasar por entre los cilindros macizos y relucientes del trapiche, o el zumbido sordo, peculiar del volante de la máquina de vapor en sus vertiginosos giros. Con

este afanoso trabajar, desaparecían una tras otra las pilas de caña, especie de murallas verdes, que al principio circunvalaban casi la casa de ingenio; de suerte que la corriente del guarapo en la canal de madera hacía el mismo murmurio que un arroyuelo ordinario.

El departamento propio de las calderas estaba pobremente alumbrado por unos cuantos candiles de grasa común colgados a trechos de las gruesas vigas, en derredor del laboratorio o tren jamaiquino. Más humo que luz emitían, soltando de cuando en cuando gotas de grasa encendidas, que se apagaban luego que tocaban en el suelo de ladrillo. Por su parte, el vapor que desprendía la miel en cocimiento, cargaba más la espesa atmósfera de aquel sitio, disminuyendo a compás la poca fuerza luminosa de los candiles. De tal modo era esto así, que pisando el suelo caliente y pegajoso de las calderas, por largo rato las personas recién venidas sólo veían a los fabricantes del azúcar como a través de un espeso velo de gasa. A veces un rayo de luz penetraba la nube de humo y vapor, hería el busto de los negros y del maestro de azúcar afanados en torno de las calderas; y entonces se repetía aquí al vivo uno de aquellos cuadros en que suelen representar a las ánimas del purgatorio.

Trajéronse sillas y se estableció el estrado en la parte opuesta a los hornos o fornallas, que era la más despejada y la menos calorosa. La reunión se aumentó con la presencia de los empleados blancos, los cuales acudieron presurosos para saludar a los amos del ingenio. El maestro de azúcar hizo traer tazas y servir guarapo hirviendo con algunas gotas de aguardiente a las señoras y a los caballeros. El mismo, echándola de cortés, sirvió del dulcísimo brebaje con su propia mano a doña Rosa y doña Juana, y habría servido a las demás señoras si Cocco y Meneses, modelos de cortesía, no se le anticipan y le ahorran el trabajo. Leonardo e Isabel no se habían sentado; continuaron de bracero paseándose arriba y abajo, en cuanto lo permitían la estrechez relativa y los inconvenientes del sitio. Tampoco se sentaron Adela y Rosa Ilincheta, prefiriendo registrar, acompañadas de Dolores, los diversos departamentos de la casa de calderas, sin aventurarse, no obstante, en los rincones muy oscuros.

No parecía mal el maestro de azúcar. Era mozo arriscado y despierto, bastante joven y de apuesta persona, aunque vestía el traje puro de los guajiros, el cual no contribuye por cierto al bien parecer de todos los que le llevan. Llamábase Isidro Bolmey y había nacido en Guanajay, de padres pobres, quienes careciendo de letras y no habiendo escuelas en el pueblo, mal pudieron dejar al hijo, al morir, ni la más común educación. Apenas si sabía leer y escribir su nombre. No profesaba religión ninguna, aun cuando le habían bautizado y confirmado en la católica, apostólica y romana, durante la visita que giró por el lugar de su nacimiento el señor Obispo Espada y Landa el año de 1818. Lo cierto es que, a los 26 de su vida no recordaba haber entrado en una iglesia a oír misa, menos haber rezado alguna vez, por no saber ni la más breve de las oraciones cristianas: el Padre nuestro.

Pues este mozo ignorante, demasiado joven para haber aprendido algo por la práctica, era, hacía algún tiempo, el maestro de azúcar del famoso ingenio de *La Tinaja,* finca que representaba en aquella época un capital cuando menos de medio millón de duros.

El estallido repentino del látigo en la parte opuesta de la casa de calderas, en el acto de llevarse Isabel la bebida a la boca, la hizo estremecer de pies a cabeza, y, perdido el tino, se le deslizó la taza de las manos.

—Se ha manchado la niña el túnico, —dijo el maestro de azúcar como pesaroso.

—No le hace, —dijo Isabel sacudiéndose la falda.

—Diga V. al contramayoral, —dijo Leonardo serio—, que no vuelva a sonar el látigo.

—Si la niña quisiera otra taza, —agregó Bolmey con acento en que se revelaba un gran fondo de tierna solicitud—. *Entodavía* está el guarapo en estado de beberse.

—No, no, —repitió Isabel—. No se moleste. ¿Para qué, tampoco? No me gusta, que digamos, esa bebida.

Sin duda que no agradó al mozo de Guanajay la negativa de Isabel, porque murmuró en tono que pudo oírsele:

—Parece que los cuerazos le han quitado las ganas a la niña. Vea V., y nosotros nos dormimos con esa música.

Tomó Leonardo como una impertinencia la observación del maestro de azúcar y le volvió la espalda disgustado. Al contrario Isabel, no atendió sino a su penetración y suaves modales, y sintiendo hacia él una especie de gratitud, le pesó de que su amante no participara del mismo noble sentimiento. Mas, tuvo la candidez de decírselo al paño. Por lo que Leonardo, picado ahora, se propuso *quinar*[1] y poner en ridículo al maestro de azúcar, examinando allí mismo los puntos que calzaba en el arte de fabricar ese dulce.

Para ejercer el cargo de examinador, no poseía Leonardo otras condiciones que aquellas de que le revestían por el momento el despcho y la osadía de quien compara su propia alteza y superioridad casuales, con la bajeza y la humildad relativas del primer contrincante con quien acontece medir sus fuerzas morales e intelectuales. La clase de educación que su estado social y caudales le habían procurado a Leonardo, estaba muy lejos de ser científica; había sido puramente literaria y nada profunda por cierto. No había saludado siquiera ninguna de las ciencias naturales, puesto que no existían en su patria entonces cátedras libres de ellas. Verdaderamente sólo se enseñaba filosofía, jurisprudencia y medicina, sin otros ramos principales que tanto contribuyen a su complemento. Leonardo Gamboa, como la mayoría de los estudiantes de su época, no entendía jota de Agronomía, por supuesto, ni de Geología, ni tampoco de Química, menos de Botáni-

[1]Atacar y vencer con razones y argumentos.

ca, aunque de esta última ciencia daba a la sazón, o pretendía dar lecciones D. Ramón de la Sagra en el Jardín Botánico de la Habana. Mas sea de esto lo que se fuese, ello es que la índole buena y la ignorancia supina del maestro de azúcar concedieron esta vez triunfo fácil y señalado al futuro dueño del ingenio de *La Tinaja.*

—¿Dónde aprendió V. a hacer azúcar, D. Isidro?, —le preguntó de improviso y con cierto tono arrogante.

—En el ingenio del Sr. D. Rafaetl de Zayas, aquel que topamos como se viene de Guanajay al pie de la loma de la Yaya. Ahí estaba de maestro de azúcar mi padre, que en paz descanse, y yo lo ayudé a hacer bastantes zafras.

—Es decir, que su padre le enseñó a V. el oficio de maestro de azúcar. ¿No es eso?

—Pues, él hacía azúcar delante de mí y yo aprendí por mi gusto haciendo lo que él hacía.

—¿Qué hacía su padre de V.? En otras palabras, ¿cómo hacía el azúcar? Esto es lo que deseo que V. me explique; —diciendo lo cual apretó el brazo de Isabel.

—Diré al señor D. Leonardito, —repuso Bolmey revolviendo allá en su mente por si daba con las palabras que pudieran ser nuevas para su joven amo—. Si vale decir verdad, no se necesita *cencia* para hacer la azúcar; basta un poco de práctica y un buen ojo. Yo veía que mi padre, que en paz descanse, en cuanto que se llenaba de guarapo fresco el tacho de la torre, lo dejaba *sentar* un poco y le quitaba la basura; que después lo bombeaba de ese tacho a la paila del medio, y que después mandaba meter candela de duro. Verbi gracia, así como yo voy a hacer ahora.

Mientras hablaba, dos negros con sus bombas y una canal movible trasegaron el guarapo *desfecado* de la segunda paila de la izquierda a otra de la derecha, y el joven Bolmey agregó:

—¿Ve el niño? Ahora quito la basura y *vaceo* el guarapo de este tacho en este otro y le echo un poco de cal viva...

—Bien, ¿para qué le echa V. cal? —le interrumpió preguntándole Leonardo, con regocijo secreto de tenerlo cogido en un renuncio ridículo.

—Eso sí que no sabré decir al niño, —contestó el mozo con naturalidad. Y como se sonriera Leonardo, agregó: —Yo no sé por qué se le echa cal, solo sé que si no se le echa no se puede sacar una templa buena. Dios solamente sabe eso. *La* azúcar se pone agria, no se hace cuando le falta la cal. Así hacía mi padre, que en paz descanse, y yo hago lo *mesmo,* aunque si vale decir verdad, yo creo que va en suerte más que en otra cosa, el hacer o no *la* azúcar. Lo que puedo decir al niño es que parece que yo tengo suerte, que ya llevo hechas cinco zafras en este ingenio, y ésta será la quinta, y está por la primera vez que se me *hayga* perdido una templa. También yo conozco los cañaverales de *La Tinaja.*

—¿Qué diferencia encuentra V. entre un cañaveral y otro cañaveral? La caña es la misma en todos.

—Le parece al niño, pero no es así; y perdone que le contradiga.

—¡Cómo! —exclamó Leonardo sorprendido y visiblemente mortificado, pues no estaba seguro de que sabía sobre este punto más que su maestro de azúcar—. ¡Si querrá V. venir ahora a darme lecciones acerca de la naturaleza y calidades de las cañas de azúcar! Las hay de varias especies, y aquí las tenemos de Otahití, de la cinta o morada, de la cristalina, que es la última introducción en el país y de la criolla o de la tierra, que no sirve para moler. Todas dan más o menos jugo sacarino, y ésta es la única diferencia digna de notar entre ellas. La más recia y menos a propósito para moler es la morada o de la cinta, porque contiene más parte leñosa y menos jugo sacarino. No sabe V., por supuesto, lo que estos términos significan, pero tengo que usarlos, a falta de otros que sean inteligibles para V. En mi ingenio abunda más la de Otahití que las otras, pues se ha probado que es todo jugo sacarino, todo dulce, y es, además, la que mejor se da en la tierra negra. Cada carretada de esta caña da pan y medio o dos arrobas y media de azúcar blanco, y tan sabroso como no se hace en ningún otro inegnio de la Vuelta Abajo.

—Dice mucha verdad el niño, tiene muchísima razón el señor D. Leocadito... pero... yo no hablaba de las cañas, hablaba de los cañaverales.

—Esa sí que está mejor, —dijo el joven, cuadrado y cruzado de brazos delante de su maestro de azúcar, esperando oírle tan solemne disparate, que hiciese reír a Isabel, la cual mantenía una extraña imperturbabilidad. —Veamos la diferencia que V. descubre entre los cañaverales...

—La *diferiencia* que yo encuentro, —repuso Bolmey con gran aplomo—, mejor dicho, que mi padre, que en paz descanse, encontraba entre los cañaverales, era ésta: que los de tierra baja y pantanosa son más agrios y salados que los de lometicas, y mientras más agrio el cañaveral más cal necesita para que no se revenga[2] el azúcar.

Sin más volvió Leonardo la espalda, y así que se puso a buena distancia de Bolmey, dijo:

—Será buen sastre, pero a mí no me trabaja, lo juro. Quiero decir, que cuando yo mande aquí, que será pronto, no es ese zopenco el que me hace el azúcar. Lo primero que hago es ponerlo de patitas en el camino real.

En su rápida excursión tuvieron también su aventura Adela, Rosa y Dolores. Muy entretenidas se hallaban las tres, viendo batir la miel en una de las resfriaderas, a tiempo que se les acercó por la espalda una negra desconocida, que les preguntó con mucho misterio:

—¿Quién de las niñas es la niña Adelita?

[2]Aquí el verbo *revenirse* aplicado al azúcar da a entender la cualidad de ésta que consiste en humedecerse el grano en determinadas circunstancias, entre otras la apuntada aquí por el joven Maestro del ingenio de *La Tinaja*. (Nota de E. Rodríguez Herrera).

—Yo, —contestó la misma precipitadamente y algo asustada.

—Pues ahí fuera, detrás de aquel horcón, aguarda por su merced su madre...

—¡Mi madre! —repitió Adela sorprendida—. Señorita, querrás decir...

—No, niña, digo la enfermera.

—¡Ah! Dile que se acerque, que entre.

—Ella no quiere que la vean los amos. No se atreve a *dentrar.*

—Ve, Dolores. Mira qué quiere tu madre. Si ella tiene miedo de entrar, más miedo tengo yo de salir. ¡Qué! Si eso está oscuro! Como boca de lobo. Ni pensarlo.

A la vuelta dijo Dolores que su madre sólo deseaba darle un abrazo muy apretado a la niña Adela y decirle una cosa que no podía comunicársela por una tercera persona. Entonces la joven dio cita a la antigua nodriza para más tarde de la noche en su aposento de la casa de vivienda. Dolores quedó encargada de esperar a su madre en la puerta falsa para descorrer el cerrojo con que cerraba por dentro y conducirla a presencia de su joven ama e hija de leche.

Efectivamente, entre once y doce de la noche mencionada, las dos señoritas más jóvenes de Gamboa se hallaban reunidas con las dos hermanas Iincheta y su tía doña Juana Bohorques, en el cuarto de la casa de vivienda, asignado a éstas desde el principio. A medida que se acercaba la hora de la cita, aumentaba la inquietud de Adela; de modo que, cuando llamaron a la puerta, arrastrando las yemas de los dedos en uno de sus tableros, de un salto se puso en pie y acudió a abrir. Dolores se presentó tan asustada como su ama, y dijo: —ahí está.

—Que entre —repuso ésta; y en busca de conhorte por la falta que al parecer cometía, hablando con Isabel agregó—: Mía no es la culpa si doy este paso... No veo medio de averiguar porqué mamá está tan brava con la mujer que me crió...

En este momento entró María de Regla conducida de la mano por su hija Dolores, e interrumpió Adela un acto de contricción. Una sola vela de esperma dentro de su guardabrisa alumbraba a medias el cuarto, que si bien espacioso, reducían bastante los diversos muebles de que se hallaba atestado. Las señoras, sentadas en un medio círculo, aguardaban con bastante ansiedad la entrada de la enfermera. Venía vestida del modo como la describimos la última vez en la enfermería. Pasando de un medio oscuro a otro relativamente claro, quedó por un instante como deslumbrada y confusa ante el improvisado congreso femenil. Examinó uno a uno los rostros, y de pronto se lanzó sobre la señorita que ocupaba el centro del medio círculo, Adela, y diciendo: —Esta es mi hija; —la levantó en sus robustos brazos, y mientras la estrechaba en ellos y giraba como loca, la cubría de besos y repetía: —Mi cielo! mi lindura! mi pimpollo! mi hija idolatrada!

Después la volvió a la silla, se arrodilló a sus pies, la rodeó con los brazos por la cintura, dobló la cabeza sobre sus rodillas y lloró a sollozo sin consuelo por largo rato.

—¿Qué haces, María de Regla? —le dijo Adela conmovida a la vista de tanto sentimiento y tan afectuosamente expresado—. Cálmate, mujer. Ni hagas bulla, porque puede oírte mamá y entonces sí que la habremos hecho buena. Levántate, tranquilízate...

—¡Ay, niña del alma! —exclamó la negra enjugándose las lágrimas con la palma de las manos—. Déjeme llorar, déjeme desahogar el corazón dolorido a los pies de mi adorada hija. No creo que si me ve Señorita se ponga brava conmigo y me eche de aquí. ¡Ah! Y cómo deseaba este momento, justo Dios del cielo y de la tierra! ¡Hacía tanto tiempo que no veía a su merced y he pasado tantos trabajos en este destierro, que ha sido mi verdadero valle de lágrimas... que si me matasen ahora me dejaría matar con la sonrisa en los labios! ¿Qué vale la vida en medio de tantas penas? Y esto no es vivir, esto es morir todos los días y a cada hora. Su merced no comprende la causa de mi llanto. Su merced es muy joven, es blanca, es libre, es la niña bonita de la casa. Si su merced se casa y tiene hijos ¿quién se atreverá a quebrar su gusto ni a separarla de su marido, ni de sus hijos? Su merced no sabe, ni Dios quiera que sepa nunca, lo que pasa por una esclava. Si es soltera porque es soltera; si es casada porque es casada; si madre porque es madre, no tiene voluntad propia. No le dejan hacer su gusto en ningún caso. Parta su merced del principio que no le permiten casarse con el hombre que le gusta o que quiere. Los amos le dan y le quitan el marido. Tampoco está segura de que podrá vivir siempre a su lado, ni de que criará a los hijos. Cuando menos lo espera, los amos la divorcian, le venden el marido, y a los hijos también, y separan la familia para no volver a juntarse en este mundo. Luego, si la mujer es joven y busca a otro hombre y no se muere del dolor por la pérdida de los hijos, entonces dicen los amos que la mujer no siente, ni padece, ni le tiene cariño a nadie. Piense su merced en lo que pasa por mí. Hace más de doce años, como quien dice la vida de un cristiano, que no veo a mi marido, y casi otro tiempo que he estado separada de mis hijos. ¿No ve su merced la injusticia, niña? Está bien que se me castigue si he pecado; pero ¿por qué han de castigar también a mi marido y a mis hijos? Y no digan que no es castigo esta larga separación; lo es, niña, y de los más duros. Sé que el objeto no ha sido castigar en mi esposo, ni en los hijos de mis entrañas la culpa que yo haya podido cometer. No; mis señores no son tan malos; pero Dionisio es un buen cocinero y hacía falta en la Habana; Tirso y Dolores son buenos criados de mano, y se necesitaban también allá. No me quejo porque sirven a los amos, son esclavos y tienen que servir. ¿A dónde irá el buey que no are? Y, servir por servir, mejor lo pasarán allá que acá. Me quejo porque estamos separados. La ausencia mata. Unidos, las penas son menos. Además, yo y Dionisio nos queríamos...

—Dionisio, Dionisio —repitió Adela con énfasis, cortándole la palabra a

su nodriza—. Buen pájaro es Dionisio. El no te quiere, te ha olvidado. Mira lo que acaba de hacer. Don Melitón le escribe a papá que Dionisio se huyó de casa desde la víspera de Nochebuena, y no se ha sabido más de él. Dicen que tuvo una tragedia y salió mal herido.

—Lo sabía, niña —dijo María de Regla con sentimiento—. Dolores estaba presente cuando Señorita leyó la carta y me lo contó todo. Mas ¿quién tiene la culpa de eso? ¿Por qué Dionisio parece que no me quiere y que me ha olvidado? Por nuestra separación. A mi lado él no hubiera cometido esa locura. Siempre fue tierno y fiel esposo para conmigo. ¡Tan querendón . . .! Yo fui cariñosísima esposa para con él. Mientras vivimos juntos, mientras pudimos decir que éramos casadas, no tuvimos un sí ni un no. Porque ha de ver la niña que nosotros nos casamos por amor. Nuestro casamiento se celebró con un gran baile en el mismo palacio de los señores conde de Santa Cruz en Jaruco. Se hizo venir al cura para casarnos. La señora Condesa se miraba en mí y se empeñó en que me casara . . . para quitarme con tiempo de los peligros . . . Aquí internós, niñas —agregó la enfermera con aire malicioso—, aunque me esté mal el decirlo, yo, para mujer de color, cuando muchacha, era bien parecida, bonita, y la señora Condesa sospechó que le caía en gracia a mi amo el señor Conde . . . ¡Era tan enamorado! Vaya que si lo era! . . . Más enamorado que Cupido . . . Hizo bien la señora Condesa en casarme con Dionisio. Pero ¿qué me dicen las niñas del condecito? Ese parecía que decía a su señor padre, que en paz descanse: aparta, que aquí estoy yo. No podía negar la casta. Estaba que se bebía los vientos por mí. No me dejaba ni a sol ni a sombra.

Pero, en fin, nos casamos y fuimos los más felices esposos del mundo. Murió de repente, al salir del baño, mi amo, el señor Conde; hubo pleito por la herencia; se hicieron costas por castigo, y para pagarlas se sacaron a remate varios esclavos, y a mí y a Dionisio nos tocó en suerte el ser vendidos juntos. Desde ese momento se nubló nuestra felicidad. Si mi amo el señor Conde no se muere de repente, estoy persuadida que nos deja libres en su testamento, a mí y a Dionisio. Pasamos a poder de mi amo el señor D. Cándido y de Señorita, yo para servir a la mano y peinarla; Dionisio para cocinero. Su merced no había nacido. Todo fue bien hasta que tuve un hijo, el cual se me murió del mal de los siete días . . .

Mi amo el señor D. Cándido me alquiló con el médico D. Tomás Montes de Oca para criar a una niña de una persona que jamás pude averiguar quién fuese, cómo se llamaba . . . nada. Y aquí está, niña mía, el origen y el principio de todos nuestros males, quiero decir, míos y de Dionisio.

Tendría yo a todo tirar veinte años y Dionisio veinticuatro cuando nos separaron. Eramos dos muchachos sin juicio ni experiencia del mundo. Por mucho que nos quisiéramos, y cuente, niña, que nos queríamos muchísimo, si no nos veíamos, si nos hallábamos muy lejos uno de otro, si parecía eterna nuestra separación, si estábamos destinados a morir, yo de enfermera en este ingenio de mis culpas, él de cocinero en la Habana; si Dionisio era joven y

bien parecido, según decían las mujeres, yo joven y bonita, según decían los hombres ¿qué querían que hiciéramos? Echarnos a morir o pasarnos la vida llorando la ausencia? Preciso era ser santo, o hecho de palo, para haber sido consecuente. Supongo que Dionisio, perseguido por mujeres bonitas, no ha podido imitar el casto José. Yo, aquí donde sus mercedes me ven, hecha una vieja antes de tiempo, lidiando con enfermos y con muertos, yo, he sido solicitada por cuantos han llevado calzones en este infernal ingenio.

El mayoral que me recibió a mi llegada de la Habana no fue D. Liborio Sánchez, sino D. Anacleto Puñales. Alto él, flaco, prieto, patilludo, con una voz de campana mayor que parecía que iba a tragarse el mundo. Estaba armado de machete, puñal y cuero, y recostado contra un horcón del colgadizo de su casa, fumando un tabaco, y con el sombrero puesto. Lo rodeaban sus perros, y a la puerta se hallaba su mujer sentada en una silla de cuero. Me pareció bonita y fina para guajira. En cuanto me columbró el Mayoral, se enderezó y le brillaron los ojos como al gato cuando siente ratón. Hasta sus perros se levantaron del suelo. Yo me dejé rodar por el aparejo abajo, temblando de pies a cabeza, porque me dio en el corazón lo que iba a pasar. —Acérquese, mama, me dijo; y sin más, con la punta del palo me voló el pañuelo de la cabeza. —¡Moños! ¡monos! —gritó furioso—. ¡Ah! ¡Perra! Haber.[3] Sacó el puñal, me agarró las trenzas, y ¡tras!, de un viaje me las cortó *arrente*[4] del pellejo. Hasta aquí no parecía tan mal; pero me vio los zapatos y las medias y se puso más furioso. —¡Oiga!, gritó de nuevo casi sin poder hablar. ¿Tú con zapatos? ¿Quién ha visto negra con zapatos y medias? ¿Venías a bailar, no? Yo te daré baile. Apuradamente la señora dice que tú no vienes aquí de paseo, sino para que te enderecen y aprendas a obedecer. Vamos, quítate pronto todos esos féferes. Aquí no se necesitan zapatos para bailar. Despacha.

¡Ay, niñas! no quisiera acordarme. Se me erizan las carnes cada vez que me acuerdo. Nadie, ninguno de mis amos me había puesto la mano encima todavía. El Mayoral me tumbó en el suelo de un galletazo, hizo que dos morenos me sujetasen por los pies y las manos y me estuvo dando cuero hasta cansarse, creo yo, porque a los pocos cuerazos me desmayé y no supe más de mí. Ni volví en mi acuerdo hasta la noche en la tarima de la enfermería, donde estuve sin poder moverme como dos semanas. Pues para que vean las niñas, ese mismo Mayoral que me había recibido tan mal, después me llevó a su casa para que sirviera de criada de manos, y me echaba unos ojitos... Se puso celosa su mujer y entonces me mandó D. Anacleto de enfermera a la enfermería, habiéndose muerto la vieja que era antes que yo. Después me solicitó y me solicitó con instancia, mas yo no podía quererlo. ¡Qué quererlo, si me había desollado viva! Se me revestía el demonio cada vez que lo veía. No me le negué por lo claro, me zafé de él con diferentes pretextos, pues temía que se pusiera bravo y me diera otro bocabajo. La mujer me ayudó

[3]Con el significado de *dame acá.*
[4]De una sola vez.

mucho en este caso sin saberlo. Le dio tal fraterna de celos conmigo, que el hombre, aburrido, pidió su cuenta y se colocó de mayoral en otro ingenio. ¡Qué lucha, niñas! Se la doy a la más pintada. Aquí quisiera haber visto a la mujer más virtuosa del mundo. Ningún hombre se me ha acercado a mí sino para hablarme de amores. Lo primerito que me ha dicho es: Tú no mereces pasar tu juventud en esta soledad, quiéreme y te liberto. Así me habló Sierra, el patrón de la goleta en que vine de la Habana; así me habló el mandadero zarrapastroso que me trajo delante del aparejo del caballo desde el muelle; así me llamaron el tejero, el maestro de azúcar, el mayordomo, todos. Parecía que no habían visto mujer en su vida y que ninguno era casado ni tenía hijos.

Mas ¿qué me dicen las niñas del señor D. José, el médico del ingenio? Ese también me ha enamorado y sigue enamorándome con otra música. No se rían, niñas, es la pura verdad. Ahí donde sus mercedes lo ven tan blanco, andando siempre en puntillas, creído que es un real mozo, y que todas las mujeres se mueren por él . . ., pues está que se le cae la baba por mí. No lo he querido nunca. ¡Es más agarrado! . . . Don Alejandro en puño. No le dará una sed de agua ni a la paloma del espíritu santo. ¡Yo! Ni saber de él.

—Luego —dijo Adela enfadada—, ¿tú quieres a los hombres por dinero?

—No, niñita, no me haga su merced esa injusticia. Yo no podía querer; no me salía de adentro el querer a nadie. No se quiere más que una vez en la vida. Mi corazón se había secado. Tampoco quería dinero para echar lujo, lo quería para libertarme. Resistí, resistí . . .; pero la juventud, el deseo de mejorar de suerte, de salir de este infierno; el diablo que pone el fuego junto a la estopa y luego sopla. ¡Qué sé yo! Lo cierto fue, niña, . . . Se me cae la cara de vergüenza. Entre todos mis pretendientes, el carpintero vizcaíno que estaba aquí a mi llegada, creí que me cumpliría la palabra de libertarme; y en mal hora le fui infiel a Dionisio. Entonces nació Tirso, ese cuervo que todavía me ha de sacar los ojos.

Las señoras del auditorio, escandalizadas del descoco de la negra, manifestaron su desaprobación con un murmullo general y marcado. La nodriza, tirando a enmendar la falta, añadió a la carrera:

—Las niñas me han de dispensar si he dicho algo malo. Pero pónganse en mi lugar por un momento. Vamos a ver: si por una desgracia impensada, por un trastorno de la naturaleza, cualquiera de las niñas que me escuchan se vuelve mujer de color, y cuando más dura le parece la esclavitud viene un individuo, sea blanco, mulato o negro, feo o bonito, y le dice: no llores más, consuélate, anímate, te compadezco, voy a libertarte. ¿Pensaría como piensa ahora de mí? ¡A que no! ¡Qué dulce no le parecería la palabra! ¡Qué buena, qué amable, qué angelical no le parecería la persona! ¡Te voy a libertar! ¡Ay, niñas! Yo no he oído nunca esas palabras sin estremecerme, sin un regocijo interior inexplicable, como si me entraran calofríos . . . ¡La libertad! ¿Qué esclavo no la desea? Cada vez que la oigo pierdo el juicio, sueño con ella de día y de noche, formo castillos, me veo en la Habana rodeada de mi marido

y de mis hijos, que voy a los bailes vestida de ringo rango, con manillas de oro, aretes de coral, zapatos de raso y medias de seda; todo como hacía cuando muchacha en el palacio de los señores condes de Jaruco!

—Pero, siguiendo mi cuento, niñas, lo peor de todo era que si yo me sonreía con el maestro de azúcar se ponía bravo el boyero, o el tejero, o el mayordomo, o el médico, o el mayoral, D. Liborio Sánchez, quiero decir, ese que acaba de botar Señorita por fiera con los negros, y que entró cuando salió D. Anacleto Puñales. Ese era el más temible de mis enamorados. Quería que le quisieran a la fuerza, y si me negaba, allá iba el cuerazo. Por celos y piques me ha dado dos bocabajos y me ha crucificado las espaldas con el cuero. No saben sus mercedes cuánto me he alegrado de que lo botara Señorita. Tiente, niña, tiente aquí en los hombros y las paletas. Meta la mano.

La deslizó Adela, con cierto recelo, por entre la piel y las ropas de la negra y las retiró precipitadamente porque sus dedos de rosa fueron tropezando con verdugón tras verdugón, trazados en todos sentidos, a la manera de los camellones del terreno recién arado, por la punta del látigo del celoso capataz. Entonces comprendió la joven una parte del martirio de su ama de leche. Doña Juana e Isabel se horrorizaron y vertieron más de una lágrima de simpatía por la martirizada esclava.

—Y de contra, niñas —prosiguió ella su interesante relación—, D. Liborio hacía que el Mayordomo le escribiera una carta al amo, donde le decía mil cosas de mí; que yo era una tal por cual; que traía revuelta la finca con mis enamoramientos; que por mí tenía que cambiar de operarios a cada rato. En efecto, botaba a los que suponía que me gustaban. También decía que apenas entraba un nuevo operario, yo me daba mi arte para *vajearlo,* y hacer que descuidara sus obligaciones por enamorarme. En fin, que yo sonsacaba a los hombres. ¡Yo sonsacadora! ¿Qué culpa tenía de que los blancos se enamoraran de mí? Si les correspondía, malo; si los rechazaba, peor. ¡Vaya mirando, niña, qué triste era mi situación!

—La *contesta* a la carta del Mayoral era siempre: Castigue a esa perra. Por supuesto, él se vengaba a su gusto de los desaires que yo le hacía. ¡Pobre de mí! No tenía ni a quién quejarme! Vinieron unas Pascuas el amo y el niño Leonardo, mas ninguno de los dos quiso oírme ni verme tampoco. Otra vez le dije al patrón Sierra lo que me pasaba: fue a la Habana, volvió y me contó que no pudo hablar con Señorita ni con su merced; sólo logró decir algo a Dolores. —Confirmó Adela en todos sus detalles esta última circunstancia, refiriendo brevemente la escena con su madre, descrita al final del capítulo IX, segunda parte.

CAPITULO IX

Por sorda y ciega haber sido
Aquellos breves instantes,
La mitad diera gustosa
De sus días miserables.

EL DUQUE DE RIVAS

En seguida, la antigua nodriza continuó diciendo:

—Verá ahora la niña la causa verdadera del rigor con que he sido tratada. Un día . . . no me acuerdo bien, sólo sé que hace mucho tiempo, después de la tormenta grande de Santa Teresa,[1] o el año en que ahorcaron a Aponte,[2] me llamó el amo al comedor. Estaba solo, y me dijo:

—María de Regla, como has perdido al chico y tienes buena y abundante leche, he pensado que debe aprovecharse. En tal virtud, te he alquilado por medio del señor doctor D. Tomás Montes de Oca, con un amigo suyo para dar de mamar a una niña de algunos días de nacida. ¡Ea! con que estar lista para después de almuerzo.

—Después de almorzar, el amo salió y se metió en la calesa. Yo seguí detrás de él para ir a pie. Pero me hizo subir y me sentó a su lado. Me quedé sorprendida. ¡Sentarme el amo en los cojines de la calesa, cuando los negros sólo se sientan en el pesebrón! Luego ordenó a Pío que arreara para allá fuera. ¿Qué será? ¿qué no será?, pensaba yo. Salimos por la puerta de Tierra, cogimos la calzada de San Luis Gonzaga todo derecho, y no paramos hasta unas pocas casas de esquina del Campanario Viejo. Delante de una de dos ventanas de hierro y zaguán, mandó parar el amo junto a otra calesa vacía

[1]1812.
[2]1812. Cecilia nació en octubre de este año.

que se hallaba a la puerta. Creí que allí vivía el médico o el padre de la niña a quien iba a criar. El amo se apeó y me dijo: Apéate. Entró en el zaguán y yo atrás de él. Entonces vi que había un torno grande, como para meter niños, en la pared de la derecha y que la vista del patio la ocultaba un cancel alto, con una puerta en medio.

—Se paró el amo y me dijo bajito y muy serio: —María de Regla, llamarás a esa puerta, preguntarás por el señor doctor Montes de Oca, y harás al pie de la letra cuanto él te ordenare. Oye bien lo que voy a decirte. Cuidado como hablas palabra con alma viviente de lo que aquí vieres, oyeres o entendieres. Tampoco, mientras dure la lactancia (sí, lactancia dijo) de la niña, pienses en ver a Dionisio ni a ningún otro de casa. Sobre todo, nadie ha de saber por tu boca quiénes son tus amos ni quién te trajo a esta casa. Para todo el mundo, ¿lo oyes?, vas a ser de aquí adelante sorda, muda y tonta respecto de mí, de Señorita, de la niña que has de criar y de las personas que la rodearán en esta casa y en cualquiera otra a donde la llevaren, ¿me has oído? ¡Eh! No te digo más. Llama.

—Allí me dejó el amo hecha un mar de confusiones. Aunque el amo se retiró de prisa, no subió a la calesa hasta que vio que yo soné el aldabón y abrieron la puerta. ¡Si se figuraría que me iba a huir! Me abrió una morena vieja, y en cuanto que puse el pie dentro, conocí donde me hallaba. De todas partes oí llantos y chillidos de muchos niños. Me hallaba en la Casa Cuna. Había de todo en ella, quiero decir, niños blancos y mulatos y crianderas casi todas negras como yo. No tuve que preguntar por el señor de Montes de Oca, pues estaba en el comedor examinando un niño enfermo en los brazos de su criandera, y, sin más ni más, me dijo: —María de Regla Santa Cruz, ¿eh?— Antes que yo pudiera contestarle sí, señor, o no, señor, me cogió por la muñeca, me tomó el pulso, me hizo sacar la lengua y me abrió los párpados con dos dedos para ver el color de los ojos. Todo esto callado o por señas. Luego me llevó al primer aposento. En el medio había una camita de caoba tapada con un mantón o velo grande de punto blanco, que el médico levantó con una mano, mientras que con la otra me señalaba para una niña blanca dormida entre pañales de holán batista, bordados o con encajes anchos. ¡Qué lujo, niñas, qué lujo! Me quedé boba. Debían ser muy ricos sus padres, más ricos que el Buey de Oro. El médico con su vocecita fañosa,[3] me dijo: —Esta es la niña que vas a criar. Cuídala como si fuera hija tuya, que no te pesará. Tú eres joven, eres buena y sana y debes tener mucha leche. Ve la marca azul que tiene en el hombro izquierdo. No se ha bautizado todavía.

—Me hice cargo de la niñita y me propuse criarla como si fuera mi hija, no tanto por la amenaza del amo como por la promesa del médico y porque me pareció una divinidad. Me encantó. Mejorando los presentes, no había visto más linda en la vida. Sólo podía compararse con su merced cuando nació. Se parecía tanto a su merced entonces, que si vive y no se ha descompuesto, es el mismo retrato de su merced. Ni gimaguas se hubieran parecido más.

[3]Gangosa.

—¡Qué blanca! —añadió la nodriza, trazando a grandes rasgos el retrato de la chica en la Casa Cuna—. Blanca como coco, niñas: la cara redonda, la barba puntiaguda, la nariz afilada, la boca un botón de rosa, chiquita y colorada. ¿Y los ojos? No me diga nada: hermosísimos; las pestañas tamañas. No me cansaba de mirarla. Lo primero que hice en cuanto *dispertó* fue registrarle los hombros para verle la marca. Tenía una media luna azul pintada con aguja, salva sea la parte —sentando María de Regla la mano abierta en el homoplato izquierdo— aquí . . .

—Al principio la niña no quería darse conmigo: extrañaba el olor de la madre o de la primera mujer que le dio de mamar. Los días que estuve en la Casa me trataron como una princesa . . . ¡Ah! ¡Qué cuidado tenían conmigo! Eso sí, no me dejaban salir a la calle. El médico estuvo tres o cuatro veces a ver a la niñita, y él fue quien trajo al padre Manjón, cura de la Salud, para que la bautizara. Le pusieron por nombre Cecilia María del Rosario, de padres no conocidos, y, por supuesto, Valdés.

—¡Cecilia Valdés! —repitió asombrada Carmen—. Ese nombre no suena en mis oídos por la primera vez.

Confirmó Adela el parecer de su hermana, si bien ninguna de las dos pudo recordar la época precisa, la ocasión ni el lugar. Con esto se despertó más vivamente la curiosidad y el interés de las señoras.

—Por todas estas cosas —dijo la enfermera— me pasó más de una vez por la idea que podía ser el médico el padre de la niñita. Pero era tan feo, niñas, tan feo, que me convencí que de él no podía nacer niña tan preciosa, aunque la hubiese tenido con la misma diosa Venus. Unos pocos días después de bautizada la niña vinieron a buscarla en un carruaje muy lujoso, de orden del médico. Entramos en la Habana por la puerta de la Muralla, dimos muchas vueltas y fuimos a parar a una casita del callejón de San Juan de Dios. Al apearme le pregunté al calesero de quién era, y me contestó de Montes de Oca. Pero cuando le pregunté quién vivía en aquella casita, echando a correr dijo: —Yo no sé.

—Me recibió a la puerta una mulata gorda, bien vestida y hermosa. Diciéndome: —Entra, María Regla—. Sabía mi nombre, me arrebató la niña de los brazos y por poco se la come a besos. Esta es la madre, pensé yo. Mas luego me desengañé que no lo era, pues siguió con la niña hasta el segundo cuarto y se la presentó a otra mulata más joven, más bonita que ella, que se hallaba en una cama. —¡Charito! ¡Charito!, —le dijo— *¡Dispierta!* Alégrate. Mira a quién tienes aquí, a tu Cecilia. ¡Mira qué linda está!

—Aunque estaba pálida como muerta, casi desnuda, flaca, con el pelo alborotado, se me dio aire a Cecilia, sí, se me pareció mucho a ella, me convencí de que era su madre.

—Tardó mucho en *dispertar* la tal Charito, pero más valía que no, porque se armó allí la San Francia. Abrió los ojos, miró para todas partes como azorada y se sentó en la cama. Me pareció que hacía como si estuviera loca; y lo estaba, niñas, no me quedó duda. Cuando la mulata gorda, que la llamaban

Chepilla, le metía la niña por los ojos, ella empujó a las dos y se echó fuera de la cama furiosa. Agarró a Cecilita por el pescuezo con las dos manos y trató de ahogarla, y la hubiera ahogado si Chepilla no echa a correr para la sala con la niña y cierra la puerta del primer aposento. También entre una negra vieja, alta, que parecía un esqueleto andando y se apareció de repente por la puerta de la cocina, y yo, logramos sujetar a la loca y tumbarla en la cama. Tumbada y todo peleaba con nosotras, valiéndose de las uñas y de los pies, sin decir palabra, hasta que la negra esqueleto, hecha un mar de lágrimas, me dijo por señas que la amarrara con una sábana en el catre. Así lo hice y . . . remedio santo; lo loca se quedó como en misa. Por eso, bien decía mi amo el señor Conde, que el loco por la pena es cuerdo.

—Quieta por aquí la gente, fui a coger la niña, pues la oí llorar; y encontré las puertas cerradas por dentro con la aldaba de garabato, y aunque toqué varias veces, no vino *seña* Chepilla a abrirme. Supuse que por miedo de la loca, y traté de aguaitar por un agujero, por si veía lo que estaba haciendo. La vi efectivamente de espaldas, asomada a un postigo de la ventana, presentándole la niña a un caballero que se hallaba en la calle y del cual sólo alcancé a verle el sombrero negro de ala angosta y copa como campana. Era de los llamados del *situayen,* que estaban de moda y me pareció haberlo visto antes.

—Sin duda con ese caballero hizo *señá* Chepilla venir al médico Rosaín, pues se apareció en la casa de buenas a primeras y derecho pasó al cuarto de la enferma y la estuvo examinando despacio. Su *pronóstico* fue fatal. Charito está loca de cepo, le dijo sin rodeos a *señá* Chepilla; y lo que es peor, hay que separar cuanto antes la hija de la madre o la madre de la hija. Ha tomado con ella el tema de su locura y es muy fácil que la ahogue en uno de sus arrebatos. *Señá* Chepilla, afligidísima, como deben figurarse sus mercedes, dijo que aunque veía el riesgo de que durmieran bajo el mismo techo la madre y la hija, no se atrevía a tomar una determinación hasta consultar a un caballero con quien ella consultaba todas sus cosas. —¿Será ese sujeto con quien V. me mandó a llamar?—, preguntó el médico.

—El mismo —contestó la mulata gorda.

—Pues me espera en la esquina —agregó el señor de Rosaín—, para oír de mi boca el pronóstico del estado de la enfermedad de la doliente, y como el caso urge y no hay tiempo que perder, le haré venir para que V. le consulte . . . —No, no, señor —repuso *señá* Chepilla asustada—. Se perderá más tiempo. El no vendría ahora aquí. Mejor será que si V. tiene la bondad le haga por mí la consulta allá mismo y me diga después su resolución—. Fue a la esquina el médico, a poco volvió y comenzó a decir: —Don Can. . . —Calle, señor doctor —le atajó más azorada que nunca *señá* Chepilla—. Calle, por vida suya, no diga más, yo sé su nombre y basta.

—Bien está —continuó el médico con toda su calma—; el caballero de la esquina es de opinión que se lleve a Charito a Paula, y ahora mismo dispondrá que la conduzca en una litera. ¡Ah! también es de opinión que se quede la niña con su criandera en esta casa.

—¿Quién era el caballero de la esquina? —preguntaron a una Carmen y Adela.

—Yo no lo sé verdaderamente, niñas mías; —contestó titubeante la antigua nodriza—. No me atrevería a jurar que el médico dijo Don Can. Bien pudo decir en vez de Don Can, Don Juan, Don San u otra palabra acabada en an. Me hallaba distante, temía que me sintieran, y luego la niña continuaba llorando. Me pusieron en sospechas, lo confieso, los aspavientos de *señá* Chepilla, y el recuerdo del sombrero de moda que vi por el postigo de la ventana.

—¡Anjá! —exclamó Carmen—. Según eso, si no sabes de cierto quién fue el caballero que no acabó de nombrar Rosaín, lo sospechas. ¿Cómo crees tú que se llamaba?

—Yo no creo ninguna cosa, niña Carmita —contestó María de Regla turbada—. Tampoco me atreveré a decir esta boca es mía.

—¿Qué temes? —le preguntó Adela en tono blando.

—¡Ay, niña Adelita! Temo mucho, temo todo. Los negros han de mirar primero cómo hablan.

—Tu temor es vano. ¿Qué puede sucederte? Tanto tiempo hace de lo que vas a referir, que ya casi se ha olvidado. Además, el sospechar no es malo, la sospecha es natural algunas veces.

—Pero, niña, su merced parece que se olvida que lleva siempre la de perder el esclavo que sospecha de sus amos.

—¡Cómo! ¡Qué! —interrumpió a la negra, Carmen, visiblemente enojada—. ¿Acaso sospechas que fue papá?

—Yo no, niña de mi corazón —se apresuró a decir la antigua nodriza—. Dios me libre de sospechar nada malo del amo. Me equivoqué, niña Carmita, se me trabucó la lengua. Yo no quise decir amos, yo quise decir blancos. Los esclavos no deben pensar nada malo de los blancos. ¿Entiende ahora niña lo que quise decir?

—No —repuso Carmen con marcada seriedad—. No quiero creer lo que dices ahora para disculparte y no referir lisa y llanamente lo que sucedió. Te haces la mosquita muerta cuando te conviene, y crees que sabes más que nosotras. Pero te engañas, y lo peor es que te contradices a las claras. Voy a probártelo. No te pareció malo contar que al médico D. José Mateu se le caía la baba por ti, que lo mismo o poco menos le sucedió al Conde de Jaruco y a su hijo, y que la Condesa, por celos, se apresuró a casarte con Dionisio. ¿Qué más podías decir de unos caballeros blancos?

Hubo un momento de silencio, si penoso para la narradora, mucho más para Isabel, cuya viva imaginación traspasaba los límites del presente, junto con los del lugar; y, atando cabos, veía, como a través de un cristal, el cuadro nada limpio ni edificante de la familia con la cual iba a contraer lazos que no se rompen sino con la existencia. Nada preguntó, no desplegó los labios para hacer una exclamación o exhalar un suspiro; con lo que había referido la negra tuvo bastante para adivinar lo demás. En el mismo caso no se hallaban

Carmen y Adela. Estas no poseían el talento, la edad ni la experiencia de su amiga, y fue natural que, lejos de asustarse, disgustarse o darse por satisfechas, sintieran mayor curiosidad y desearan averiguar hasta los más menudos incidentes de una historia que tenía todos los visos de escandalosa, si no altamente inmoral.

—Vamos a ver —volvió a la carga Adela, con su voz melosa, y persuasiva expresión—. Di de una vez, ¿quién te figuras que fue el caballero que vistes por el postigo de la ventana?

—Voy a decirlo porque sus mercedes me lo exigen, no porque me sale de adentro. Dios me castigue si digo mentira, y no me tome en cuenta mis palabras si levanto un falso testimonio. Pero me figuré, niñas que el caballero que vi al postigo de la ventana besando a la niña era . . . el amo. Se parecía mucho.

—¡Papá! —exclamaron a una, ahora indignadas, Carmen y Adela—. Eso no puede ser. Te engañaron tus ojos. Papá no ha tenido que ver nunca con mulatas y gente sucia.

—¡Mentira! —recalcó Carmen, que no sentía ningún género de consideración por María de Regla—. No fue papá. No, no, no. Papá, tan serio, tan caballeroso, noble por nacimiento y por carácter, papá besar a hurtadillas, desvivirse por una muchachuela de la Cuna, una mulatica quizás! ¡Es imposible! Lo niego, lo rechazo con indignación. Si me lo juran por todos los santos del cielo no lo creo.

—Me engañé, niñas, —dijo la negra compungida—. Sus mercedes no deben dar ningún crédito a mis palabras. Me engañé, vi mal. Tomé a otro caballero por el amo. Me confundía. Háganse cargo sus mercedes que yo estaba sofocada por la pelea con la loca, y de contra, que vi lo que pasaba en la ventana de la sala, por un agujerito en la puerta del aposento. No es mi culpa que yo haya guardado esa figuración tanto tiempo en el pecho. ¿Qué culpa tuve yo que el amo me alquilara para criar la niñita? ¿qué culpa tuve yo de que el amo me llevara en su calesa a la Casa Cuna? ¿qué culpa tuve yo de que el amo me encargara el mayor silencio sobre lo que iba a ver y oír en la Cuna y en toda otra parte a donde llevarían la cría? ¿Sus mercedes no ven el misterio? Luego, ¿quién era el padre legítimo y verdadero de Cecilia? El médico Montes de Oca no era; el médico Rosaín no era; el amo no era, porque estaba casado con Señorita. ¿Quién era? Claro, el hombre que venía a menudo a ver a la niñita, siempre escondiéndose de mí. ¿Por qué se escondía de la criadera de su hija y no de la ama de la casa? Yo cavilaba en esto, y luego daba la casualidad que ese hombre se parecía tanto al amo, que muchas veces me tragué que los dos eran uno. Pero sus mercedes me han sacado de la duda.

—Por supuesto, —dijo Carmen, en quien la diplomacia de ama empezaba a ejercer su imperio sobre la pasión de hija—. Por supuesto, tú estabas equivocada. Papá, el pobre papá no ha tenido más arte ni parte en ese enredo que el buen deseo de sacar al médico Montes de Oca de un compromiso con

un amigo suyo que necesitaba una negra para criar a una niña ilegítima. Tan claro se ve esto como la luz del día. Lo extraño es, muy extraño, agregó dirigiendo la palabra a sus amigas, que esta negra, la más despierta y resabida de las negras, no hubiese procurado averiguar quiénes eran las mujeres de la casita en el callejón de San Juan de Dios; ni cómo se llamaba el caballero que solía venir a ver la muchachita por el postigo de la ventana. He aquí la cosa más incomprensible para mí.

—¡Ah! —exclamó la taimada enfermera—. ¿Conque su merced cree eso? Pues mire la niña que trabajé todo el tiempo lo que fue bueno para averiguar lo más mínimo; y unas cosas supe y otras cosas no logré saberlas. ¡Vaya que sí metí los dedos! ¡Vaya que sí *escarbaté!* Más que una gallina con pollitos. Pero nada, no había modo de sacarles una palabra. Las dos mujeres, o eran muy sabichosas, o las habían *alicionado* gentes que sabían más que nosotras. Lo único que logré averiguar de cierto fue que la morena esqueleto se llamaba Madalena Morales y era madre de *señá* Chepilla, que *señá* Chepilla Alarcón era madre de *señá* Charito, y *señá* Charito era madre de Cecilia Valdés. Es querer decir, que Madalena, negra como yo, tuvo con un blanco a *señá* Chepilla, parda; que *señá* Chepilla tuvo con otro blanco a *señá* Charito Alarcón, parda clara, y que *señá* Charito tuvo con otro blanco a Cecilia Valdés, blanca. Ahora, ¿quién mantenía a esas mujeres? ¿quién pagaba la casa, la comida, el médico y el lujo? ¿Quién era el padre de la niña? Nunca pude averiguar lo cierto. No me valía meter los dedos con mucho disimulo. *Señá* Chepilla siempre estaba alerta. Porque si yo le hacía una pregunta, por inocente que fuera, de seguro que me salía con otra pregunta: ¿A dónde *aprendistes* esa labia?

—Una vez le pregunté a Madalena cómo se volvió loca Charito. En mala hora. No habló ni una palabra; se *dimudó,* se puso ceniza; resopló como un animal espantado; soltó muchos ufs y ufs y salió disparada y se metió en la cocina. Otra vez le pregunté quién metió a Cecilia en la Casa Cuna. ¡Jesús! Acabó de rematarse. No pudo hablar. Le pregunté otra vez: ¿cómo es la gracia del padre de Cecilia? Pareció que le pegaron candela; materialmente echó chispas por todo el cuerpo; se le pararon como culebra los moñitos de pasas en la cabeza; dijo: ¡oh! ¡ah! ¡abrió los brazos, uno para acá, otro para allá, formó dos cruces con los dedos cual si hubiera visto al diablo y me dejó con tamaña boca abierta. Le digo a las niñas que no me descuidaba.

—Lo malo es que yo, partiendo por la primera, creí que el caballero blanco, que venía casi todas las semanas a ver la niñita a escondidas mías, era el amo, y se lo dije a Dionisio en cuanto nos vimos. Por Pío supo él que el amo se apeaba a menudo en el callejón de San Juan de Dios, y que seguía luego a tomar el carruaje, o en la calle del Empedrado, o enfrente de la casa de D. Joaquín Gómez, donde jugaba todas las noches al tresillo. Con estas señas, tanto hizo Dionisio hasta que dio conmigo. *Señá* Chepilla no me dejaba salir a la calle ni para hacer los mandados; pero yo y Dionisio nos veíamos, o de madrugada cuando él iba a la plaza, o tarde de la noche

mientras todos dormían en la casa. Entonces conoció Dionisio a Cecilia y le tomó un odio... mortal, porque ella era causante de nuestra separación. Para salir Dionisio de casa tarde de la noche, hacía que la vieja Mamerta robara la llave de la puerta de la calle, que se guardaba en el aposento de Señorita.

—Por fin, una madrugada nos pilló *señá* Chepilla a mí y a Dionisio conversando en la sala, y se puso tan brava que me quitó la niña y me prohibió darle de mamar. Por fortuna esto fue como a los nueve o diez meses de estarla criando, en que ya caminaba y podía mantenerse con mascaditos... A los pocos días *señá* Chepilla me dijo que ya no me necesitaba más y que podía irme para mi casa. Yo le contesté que no sabía las calles de la Habana y temía perderme. Admírense, niñas, al día siguiente vino Pío por mí. ¿Quién le avisó? El me dijo que el amo había mandado a buscarme. Pero, ¿cómo supo el amo que me habían botado?

—En casa me aguardaba Señorita con espada en mano. Yo, sin embargo, no temía nada, porque esperaba que me defendería el amo. ¡Qué había de defenderme! Al contrario, me pareció que se puso en contra mía y que atizó a Señorita para que me mandara al ingenio, sin hacer ninguna averiguación. Dionisio me había contado que Señorita y el amo habían tenido muchas pendencias por mi causa, por la niña que yo criaba, por haberme llevado el amo en la calesa a la Casa Cuna, porque no creía que el médico Montes de Oca me había alquilado; en fin, por otras mil cosas. Lo cierto es, que apenas entré por la puerta del zaguán, me llevó Señorita al cuarto escritorio donde estaba el amo sacando cuentas, y allí me puso en confesión. No recuerdo todo lo que me preguntó, ni lo que yo le contesté; lo que yo recuerdo bien es que le dije muchas mentiras y que me amenazó con mandarme al ingenio. El amo no dijo ni ji, ni ja.

—Pero yo estaba embarazada de Dolores y Señorita de su merced. Ella se enfermó de estas resultas, y cuando nació su merced, como estaba delicada y yo había salido felizmente de mi cuidado, tuve que criar a su merced para que la vieja Mamerta criara a Dolores con leche de vaca y migas.

—Vean ahora, niñas, mi mala suerte. Yo, madre querendona, obligada a criar la hija de mi señora, mientras a la hija de mis entrañas, la primera que se me lograba, no podía darle de mamar, tan siquiera cogerla en mis brazos para besarla y calentarla en mi seno. Bien sabe Dios que a mí siempre me han gustado los niños; que si crié bien a Cecilia, con más veras la crié a su merced y la quise y la quiero como si la hubiera parido. Pero póngase en mi lugar, niña Adela, y considere cómo no sufriría yo cuando veía a su merced sanita, sonrosada, rolliza, limpia, con mucho birrete de punto, mucha faja bordada, mucha camisita de holán, faldellines con encajes, mediesitas de hilo y zapaticos de seda, durmiendo en cuna de caoba que le mandaron al amo de regalo desde el Norte, siempre en mis brazos o en los de Señorita, en los de la niña Antonia, hasta en los del amo, porque su merced era muy chiqueada por todas las personas; porque si su merced lloraba,

o se quejaba de algo, se venía la casa abajo y eran pocos los amos, los amigos y los criados para correr por el médico, para ir a la botica y atender a la niña, hasta que se le pasaba el dolorcito y se ponía buena. La mayor parte de las veces yo tenía la culpa, según decía Señorita, del llanto de su merced, porque la había pellizcado al fajarla, porque el agua del lebrillo en que la bañé estaba muy fría o muy caliente, porque le prendí mal un alfiler y le arañaba, y por otras mil cosas. E intertanto ¿qué era de mi hija Dolores? Figúrese su merced cómo no me partiría el corazón de verla flaca, enfermiza, mocosa, sucia, casi desnuda, arrastrándose por el suelo, entre las gallinas del patio o entre las patas de los caballos en la caballeriza, o al lado del anafe de las planchadoras, o en la cocina salpicada de manteca caliente; chupando en una muñequita el pan o el arroz mojado en leche que para entretener el hambre le envolvía en un trapo sucio la mujer que la criaba. Si lloraba... ¡Jesús! En vez de consolarla, Señorita era la primera que decía: ¡Llévense esa negrita para la cocina! Me atormentan sus chillidos. Dionisio no sabía manejar niños, ni podía tampoco abandonar sus obligaciones. Mamerta, la encargada, era una solterona vieja que tampoco sabía cuidar niños, que no había tenido hijos en su vida y... no conocía el amor de madre.

—Yo me pasaba los días y las noches llorando. Me quedé en la espina. No me faltó por eso la leche, al contrario, luego que Señorita me hacía comer más de lo regular, se me derramaba en el seno. Podía haber criado a las dos niñas con descanso si me hubieran dejado. Pero... ¡qué había de consentirlo Señorita! Ni pensarlo. Viendo Mamerta mi aflicción y mi tristeza, me trajo una noche a Dolores al cuarto donde yo dormía junto a la cuna de su merced. ¡Ah! ¡Con qué gusto le di de mamar! ¡No he sentido en mi vida mayor delicia! Aquella noche salió bien la trampa. Luego, Dolores se engrió conmigo; como que conoció la diferencia que había de chupar arroz mojado en la muñequita de trapo, a chupar leche en el seno de su madre. Para librarse Mamerta del llanto de Dolores y que la dejara dormir, me la trajo otras tantas noches, cuando creía que todos dormían en casa. Mas tanto va el jarro al pozo hasta que se rompe. Una noche, estando conmigo en la tarima, despertó su merced, y fue preciso sacarla de la cuna para que no oyera Señorita y nos pillara a todos juntos. Coloqué a su merced a mi derecha, y a Dolores a mi izquierda y acostada boca arriba entre las dos, dejé que, como dos alacrancitos me chuparan hasta la última gota de leche. Pero sucedió, supongo, porque yo me dormí pronto, que Dolores se cansó de mamar por un lado, trató de chupar por el otro y de buenas a primeras tropezó con las manos y la cabeza de su merced, abrazada con su parte. Allí fue Troya. Armaron las dos tal pelotera, que *dispertó* Señorita, vino al cuarto con una vela en la mano y nos pilló en el acto.

—Mamerta fue la que pagó el pato, porque le dio una de chuchos el Mayordomo, por mandato de Señorita, que no le quedaron más ganas de traerme a Dolores a la tarima. A mí no me dijeron nada; pero al mes siguiente o

por ahí, Señorita consultó con el amo lo que había de hacerse conmigo; dio orden de embarcarme en la goleta de *señó* Pancho Sierra y me soplaron en el ingenio de *La Tinaja* el día menos pensado, para que purgara mis culpas y pecados.

Ellos en aquesto estando,
Su marido que llegó.

Pasados las doce de la noche, entreoyó doña Rosa un murmullo de voces en el interior de la casa, y no creyendo menos sino que ocurría alguna novedad entre sus hijas, se levantó, y empujando puerta tras puerta por toda la crujía de los cuartos, no paró hasta el tercero, donde se celebraba el congreso femenil. Su primer impulso fue reprender a sus hijas, pero se contuvo a la vista de las señoritas Ilincheta y de su respetable tía doña Juana Bohorques. Entonces trató de averiguar el motivo de la velada.

Todas las señoras, más que menos asustadas, no acertaron a decir palabra en justificación de la desusada escena. No así Adela. Lejos de turbarse, salió a recibir a su madre, procurando ocultarle la antigua ama de leche con los pliegues de su falda; y en pocas palabras la explicó el objeto de la reunión y sus resultas. En seguida agregó: —Aquí tienes a María de Regla. Te pido perdón —se había echado a los pies de su señora— y nosotras todas nos unimos a su ruego para que la dejes ir a la Habana al lado de Dionisio.

Cogida de sorpresa doña Rosa entre los brazos de su hija y la esclava a los pies, no supo qué responder; mas luego dijo con sentimiento:

—¡Ay, hija! ¡qué me pides! Eso es más, mucho más de lo que yo puedo concederte si he de cumplir con mi deber y mirar por mi tranquilidad y la de algún otro de la familia.

—¡Mamá! —repuso Adela—, ella nos ha contado su historia y la creemos inocente de todo cuanto la acusan. Oyéndola hemos llorado como unas niñas.

—Inocente, tú, —dijo doña Rosa con sarcasmo—, que has creído en sus cuentos y lágrimas de cocodrilo. No ha nacido negra más hipócrita y maligna que ésta. Me ha causado más disgustos que pasas tiene en la cabeza. Nunca me ha dicho palabra de verdad; ha tratado siempre de engañarme y me ha desobedecido muchas veces. Sí, aquí está donde merece. En ninguna otra parte podrían aguantarla, y me das lástima cuando te empeñas por semejante negra. Lo peor es, niña, que ella no te quiere, porque es incapaz de querer a nadie.

—Pero yo la quiero, mamá. Ella me crió y siempre me llora y me pide que le sirva de madrina contigo. No tengo ya fuerzas para resistir sus lágrimas y sus ruegos.

—Está bien, Adela, —replicó doña Rosa después de breve rato de reflexión—. Por ti y por Isabelita —que no podía reprimir el llanto— perdono a María de Regla. Que vuelva a la Habana, pero no a servirme, ni a vivir en casa, sino para que se alquile por su cuenta. Yo le daré papel.[4] Con eso, el jornal que gane será para que tú y Carmen tengan todos los meses algún dinero con que comprar alfileres.

4Documento que autorizaba al esclavo a buscar trabajo con otro amo.

CUARTA PARTE

CAPITULO I

Del contrario el pecho roto
Lanza ya de sangre un río.

El Duque de Rivas

Por necesidad mortal no resultó la herida que en riña al cuchillo con el músico José Dolores Pimienta, recibió Dionisio Jaruco o Gamboa. No le asestaron el golpe de punta, sino de corte, y aunque el hierro dividió diagonalmente los músculos del lado izquierdo del pecho, a la altura de la tetilla, no lastimó parte ninguna delicada en su largo trayecto. De manera que, si cayó de espaldas, no fue porque la herida le privó de hecho de las fuerzas. Tropezó con una piedra de la calle al esquivar el golpe, abatiéndole el susto y el fluir de la sangre.

Postrado y lamentoso, oprimiéndose la herida con ambas manos, se hallaba en medio de la calle Ancha cuando acertó a pasar un hombre de color, de formas atléticas. Iba descalzo y llevaba una correa de cuero crudo que, pasándole por el hombro derecho, se unía por las dos gazas de las extremidades en el costado izquierdo, a manera de tahití. Era aguador o carretillero, como dicen en la Habana. Se acercó al oír los quejidos y se retiró luego de prisa, murmurando: —*¡Mata! Dio mi libra.*

En seguida pasó otro, también hombre de color, aunque más civilizado que el precedente, si hemos de juzgar por el traje. Traía al brazo algo que parecía un instrumento músico, envainado en una funda de bayeta. Paró la atención en los lamentos del herido, se detuvo a respetable distancia, y, cerciorado de lo que pasaba, exclamó compadecido: —¡Pobre! ¡Qué *mojáa* le han *dao!* No se ha *muelto entuavía.* Pero ¿quién me mete a mí en honduras? ¡La justicia...! ¡Allá su *arma* su *parma!*

Este siguió camino a toda prisa, volviendo la cara atrás de cuando en cuando, no fuera que alguien le hubiese visto y le siguiera las huellas para achacarle el homicidio mañana o esotro día.

El tercero de los transeúntes, hombre así mismo de color, era un tipo *sui generis;* marcado, tanto por el traje que vestía como por sus acciones y su aspecto. Componíase aquél de pantalones llamados de campana, anchotes por la parte de la pierna, estrechos a la garganta del pie, lo mismo que hacia el muslo y las caderas; camisa blanca con cuello ancho y dientes de perro en vez de borde; pañuelo de algodón tendido en ángulo a la espalda y atado por delante sobre el pecho; zapatos tan escotados de pala y talón, que apenas le cubrían los dedos ni le abrigaban el calcañar, de modo que los mostraba cual si fueran chancletas; y un sombrero de paja montado en un zarzal de trenzas de pasas, que tras de abultarle la cabeza demasiado, afectaban la forma de los cuernos retorcidos de un borrego padre. Pendían del lóbulo de sus orejas dos lunas menguantes[1] que parecían de oro, pero que, tocadas en la piedra de toque, estamos seguros, el más inexperto platero las habría declarado de ordinaria tumbaga.

Trazamos ahora aquí con brocha gorda la vera efigie de un *curro* del Manglar, en las afueras de la culta Habana, por aquella época memorable de nuestra historia. No es nuestro original el majo que viste traje andaluz. Es, ni más ni menos, el negro mulato joven, oriundo del barrio dicho o de otros dos o tres de la misma ciudad, matón perdulario, sin oficio ni beneficio, camorrista por índole y por hábito, ladronzuelo de profesión, que se cría en la calle, que vive de la rapiña, y que desde su nacimiento parece destinado a la penca, al grillete o a una muerte violenta.

Si hubiera cabido en la naturaleza del que nació curro, el aplicarse a alguna cosa buena o de provecho, no cabe duda que el de que hablamos ahora habría aprendido cuando menos las primeras letras; pues es un hecho histórico que en la época de su muchachez había en la Habana más escuelas de ese grado servidas por maestros de color que por blancos, y su padre, bien intencionado africano, tuvo siempre particular empeño en que recibiera alguna educación su callejero hijo.

Ahí cerca de la calle de los Corrales, donde nació y se crió nuestro curro, estaba la escuela de Lorenzo Meléndez. Teniente de granaderos de la familia de color, concurrida de niños pardos, negros y blancos, donde se distribuía la enseñanza casi de balde, como que la pensión consistía, por la mayor parte, en legumbres, aves, huevos y velas de cera. Pero en vano el padre le condujo muchas veces en persona; en vano recomendó al maestro que le sentara la mano, porque el rapaz era de mala cabeza; en vano él por propia cuenta le propinó castigos atroces; no aprendió ni el *cristus* en las poquísimas visitas que hizo a la escuela del venerable maestro Meléndez.

[1]Argollas en las orejas en forma de lunas menguantes.

Prefirió siempre la pesca de sardinas en Tallapiedra, o la de camarones en la Zanja Real, o el juego de papelotes en el placer de Peñalver, o el de mates en la plazuela de San Nicolás, o el del picado en las paredes de la iglesia de Jesús María. Esto, en el lenguaje vulgar de los chicos de la escuela, se llamaba *fugitivarse.* La fuga de ella traía consigo la necesidad de pasarse los días enteros al sol y al agua en las calles, hecho la piedra de escándalo de todo transeúnte pacífico, cuando no había oportunidad para guarecerse de algún cobertizo, como el del matadero de cerdos, o de una taberna, donde infaliblemente se sobraban las ocasiones de birlar algo con que entretener el hambre. Pero ya en una, ya en otra parte, lo más cierto era que sacaba siempre la cabeza descalabrada, bien a manos del compañero curro con quien jugaba, bien a las del tabernero, que no buscaba nunca en los tribunales de justicia la defensa y amparo de su propiedad.

Así aprendía él a fuerte, así se curtía desde pequeño, en la pillería y la maldad. Y como no era el único curro, pues abundaba la especie en la época mencionada, acontecía muchas veces el reunirse con otros varios de su edad y de sus aficiones, en cuyos casos sus correrías tomaban carácter más agresivo y malévolo. Formaba, en efecto, partido o bando con los de su barrio para batirse a pedradas con los del vecino, sus enemigos mortales; para arrebatar los medios que los padrinos solían arrojarles a la calle después del bautizo; para atarle mazas de lata a la cola de algunos perros y soltarlos en los sitios más concurridos de paseantes; para lanzar piedras a los tejados o patios de ciertas casas cuyos moradores les eran antipáticos; para hurgar con pinchos y embravecer en los corrales a los cerdos y toros destinados a la matanza; en fin, para esgrimir el cuchillo de palo hasta arañarse y sacarse sangre unos a otros, cosa de aprender y adquirir agilidad en el manejo de esa arma traidora.

Rayaba en la adolescencia cuando su padre, desengañado de que las letras no le entraban ni con sangre, le puso de aprendiz con el maestro zapatero Gabriel Sosa, que tenía su obrador en la calle de Manrique esquina a la de Maloja, dándole carta blanca para tratar al mozo en todo conforme a la medida de sus merecimientos. Era el maestro Sosa hombre duro de carácter y recio de mano, por lo que, a fuerza de golpes con las hormas, de correazos con el tirapié y de atarle con cadena de hierro, cual animal indómito y montaraz, para quebrantarle la propensión a la fuga, al cabo de cuatro años logró que aprendiese siquiera a hacer zapatos de mujer. Después de cumplido el término del aprendizaje, solía concurrir dos o tres veces por semana a la misma zapatería con el objeto de ganarse la subsistencia, siempre que no se le presentaban las ocasiones de ganársela por medios, si no honrosos, a lo menos más cómodos y de acuerdo con sus innatas inclinaciones.

La zapatería del maestro Sosa se hallaba en la cresta de una barranca cavada por las aguas llovedizas. Descendían por la calle de Manrique, y, después de recoger las de la calzada de San Luis Gonzaga, las de la Estrella y la Maloja, se precipitaban en cascada por entre los patios de las casas de más

abajo, formando arroyo caudaloso. Había, pues, un desnivel grande entre el piso de la casa y el de la calle, y, consiguientemente, dificultad mucha de acceso por la altura del umbral.

Al entrar en la calle Ancha, traía nuestro curro la vuelta del Campo de Marte. Venía a paso largo, mejor a trancos, formando con los brazos un ángulo de 45 grados (tal vez para disimular su demasiada largura), a guisa de cigüeñas de piedra de afilar. No bien oyó los quejidos y echó de ver el bulto en el suelo, paró de repente el trote. Luego de llevarse ambas manos a las orejas, por si permanecían en su sitio las dos menguantes de tumbagua, diciendo para sí: *no están rompía, no me va a sucedel náa*, resueltamente se dirigió al herido.

—¡Anjá! Paisano, —le preguntó en su lenguaje y tonillo peculiares, —¿quién es usté?

—Yo soy Dionisio Jaruco, —contestó él con voz apagada así que se cercioró que se las había con un moro de paz.

—*Yo no ha oío ese nombre en mi vía.*

—No es extraño, señor, porque soy medio forastero en esta ciudad. Y ¿cuál es su gracia de V.?

—¿Qué?

—Que cómo se llama V.

—*Me ñaman Malanga.*

—¿Malanga? —repitió Dionisio cual si no hubiese oído bien.

—Malanga, Aunque este no es mi nombre, sino Polanco. *Er* amo de mi *paire* era un *tar* Polanco. Pero *asina* me *ñaman* en el *Manglal, porque* mi *paire* es de nación, y mi *maire tambié,* y yo soy crioyo. *Dende* chiquito me *ñaman asina.*

Mentía el bellaco. Dábanle en el barrio del Manglar el apodo de Malanga por ser él desmalazado de porte y de carácter, por tener las zancas y brazos largos, en contraste con el tronco, que era corto, y sobre todo los pies grandes y gruesos.

—*¿Y qué hase el señol ahí tendío pansa arriba?* ¿Se le ha *subío el aseite a la chola?*

—Yo no estoy borracho, Malanga, estoy mal herido.

—*¡Jerío!* ¿Y quién le ha hecho ese flaco *selvisio?*

—Un pardito que no vale una guayaba. Mire aquí.

—¡*Güena jería! Se conoce que el paidito sabe su oficio. Pero aónde ha estao el señol?* ¿En un entierro?

—No he estado en ningún entierro. Yo venía de un baile, cuando me topé con el pardito; tuvimos unas palabras y en la pendencia me hirió a traición. Mas ¿por qué me hace V. esa pregunta?

—*Pol náa.* Como lo veo *vestío de sacateca...*

—Mi traje no es de sacateca, es traje de corte.

—Si es de *colte arto* o *colte* bajo, yo no sé, *ma* estoy mirando que si no es *pol* la bota, digo, la casaca, le *coltan* al *señol* la pata, digo, lo biran como

cangrejo. *Dispué,* me *paese* que el *señol* es *argo goldo pa pelial* con cuchiyo. *Dispué,* es *mu fatible* que el *señol hayga aprendío* ya grande, y ese es un *alte* que debe de *aprendeise dende* que uno es chiquito. *Dispué, usté* tiene *mu colto* el brazo y no *pué defendeise* de los *goipes* de arriba. *Dispué...*

—¡Hombre!, —le interrumpió el herido con voz desmayada—. Por el amor de Dios y la Virgen Santísima! no hablemos más de eso. Si V. es una persona caritativa y quiere favorecerme, que sea pronto, porque me voy en sangre.

—Le amarraré un pañuelo *pa* que no *saiga* la sangre.

—No, es preciso lavar primero la herida.

—*¡Laval!* ¿Está loco *er señol?* ¿Y si se pasma? ¿Y si se muere? *Dispué* dirá el *señol* que *pol mor* de mí.

—No, no lo diré, esté V. seguro de ello. Si muero, no será por culpa de V., sino porque me llegó la hora. Vaya, señor Malanga, corra a la taberna de la esquina y tráigame una botella de vino seco y un vaso de aguardiente.

—Sí, *señol,* yo *diré* corriendo, *ma* el tabernero ha *serrao.* Ya es *mu talde. Dispué* está él más *escamao colmigo quel* diablo, *polque* me *conose* y sabe que, *anque mestá mar en desislo,* he *birao* más de uno de esos cangrejos. Yo no *pueo miral pa* un catalán sin que *me se* suba la sangre...

—Bien, hombre, vaya, haga la diligencia. Tal vez abre. Toque recio.

—Es que... paisano, ¿el *señol* no entiende? Digo que... que si el *señol no pinta,* le hago *sabel* que no tengo ni *jilacha.* No he hecho ni la cruz esta noche.

—Vamos, amigo, ¿por qué no me lo dijo antes con antes? Aquí hay dinero. Meta V. la mano en esta faltriquera del chaleco. Ahí debe haber una amarilla, dos doblones y un dobloncito. Coja V. el más chico y corra, que se me va la cabeza... no veo nada.

Y se desmayó el herido. El curro, sin embargo, no hizo alto en ello. Solo se ocupó de registrar el sitio designado y de coger en la mano la moneda de oro que rara vez, si alguna, había poseído en su vida, con permiso del dueño. En seguida partió para la taberna que, cual esperaba, encontró cerrada a cal y canto; y se puso a tocar con las falanjes de los dedos, al principio a la sordina, luego con el puño a golpes recios y repetidos. De suerte que así fuera sordo de cañón el tabernero, hubo de oír y acudir presuroso al llamado, a fin de evitar que le echaran la puerta abajo. No había de ser un ladrón quien le sacaba de la cama de aquel modo en hora tan avanzada de la noche. Por precaución, sin embargo, no abrió ni el postiguillo enrejado; contentóse con echar la voz con acento puro catalán por el ojo de la llave, preguntando:

—*¡Oya! ¿Qui ets?*

—Yo, *ño* Juan.

—*Ma, ¿qui est jo?*

—Malanga, *ño* Juan, ¿no me conose? Abra la *puelta.*

—*¡Abrit le porta! Vota va Deus, y per questa embajat m'ha fet salir del cama? Andat, andat tu camin, Malangue. Jo no abrirat le porta. ¡Qué cinich descaro!*

—Abra, *ño* Juan, *pol er amol de su maire.* Ahí está un *probe* moreno *jerío.*

—*¿Ferido dises? Pera el diable que te abra. ¡Mare de Deus! la justicia! Perderat cuant jo tinga! Meus dinés! Bona nit, noy.*

—Oiga, oiga, *ño* Juan. Yo no *dentraré.* Abra la gatera. Aquí hay *mejengue.*

—*¡Ah! Ese's altre cantare. Vinga lo diné.*

—Dando y dando, *ño* Juan. Deme una boteya de bino seco. No *mojao.* ¿Entiende? Y un baso del que quema.

—Done, done.

—¿Cuánto?

—*Un pese fort et mitje.*

—Tenga una amariya chiquita.

—*Ten la boutelle et ten lo vaso. Et ten el volte. Per caridat te sirve esta vegada, noy.*

Con la botella en una mano y el vaso en la otra, que recibió por el ventanillo enrejado, sin pararse a contar el cambio que le dio el tabernero, acudió en socorro del cocinero. Luego que le lavó la herida, es decir, que se la empapó por encima de la camisa, que se la vendó lo mejor que supo y pudo con dos pañuelos, que le dio a beber el aguardiente, le ayudó a levantarse y por la mano le condujo hasta un cuarto de tablas en el interior de una ciudadela o casa de vecindad que había a la puerta inmediata del teatro de Jesús María. Por fortuna, mientras duró esta cómico-trágica escena, no pasó por allí alma viviente, si exceptuarse puede uno que otro gato o perro que, lejos de emprenderla con nuestros personajes, o huyó despavorido, o se retiró ladrando.

¿Pero de dónde nacía la no vista amabilidad que desplegó aquella alma de cántaro, el malvado Malanga, en tan crítica ocasión? Procedía del hecho que, habiendo tocado las monedas de oro en la faltriquera del chaleco de Dionisio, calculó con razón que, ora muriese de la herida, ora sanase, sería él su heredero forzoso, o se valdría de la fuerza o del engaño para heredarle en vida. A este fin primordial llevó Malanga más adelante todavía sus buenos oficios para con un hombre que le era enteramente desconocido. Cedióle la cama, consistente de un catre de viento, sucio y devencijado, sin más ropa ni manta con que cubrir las *mataduras;* y a la mañana siguiente muy temprano fue hasta la esquina de la calle de la Maloja y la del Campanario viejo, donde vivía el cirujano romancista Zarza, le despertó, y, quiera que no, le condujo ante el enfermo, encargándole inviolable secreto. Servicios tales se pagan sólo con dinero entre gente honrada y leal. Así lo comprendió Dionisio, quien, tanto por gratitud cuanto por precaución, se apresuró

a pagar la deuda, dando al nuevo amigo que se había echado, la mayor parte de la suma que poseía, no fuera que se cobrase de mano poderosa.

Durante la convalecencia de Dionisio, le entretuvo Malanga con la gráfica relación de su arrastrada vida y de sus aventuras. Nada le ocultó: sus trabajos de muchacho; sus raterías de mayorcito; sus puñaladas dadas y recibidas en riñas desiguales; por último, sus maravillosas escapadas de las persecuciones de la justicia. Especialmente refirió, por cierto con feroz complacencia, llevando la cuenta con marcas hechas en el brazo izquierdo, el número de los *cangrejos* (según llamaba a los taberneros o pulperos, en su mayoría catalanes), que había *birado* en sus pocos años de vida; esto es, asesinado a sangre fría.

Como hiciese Malanga en estos casos frecuentes uso de los vocativos Dionisio y aun Jaruco, prevínole éste no le diera ninguno de estos dictados, exponiéndole las razones que tenía para aquella precaución.

—Llámame paisano, —prosiguió—. Así me dirigió V. la palabra cuando me encontró más muerto que vivo en medio de la calle. Desgraciadamente soy esclavo, amigo mío, y no me hallo aquí con licencia de mis amos. Yo me aproveché de su ausencia en el campo para *coger* del escaparate de la señora la ropa que V. se figuró era de zacateca. Ahí *tomé* también el dinero con que nos hemos venido bandeando. Dentro de dos días no queda ni para encenderle una vela a las ánimas del purgatorio. Gana V. poco y eso con mucho riesgo. Así, es necesario pensar en salir a la calle y ver cómo se hace por la vida.

—No se aflija *er señol,* —dijo Malanga en confianza—, que *entuavía* tengo yo una prenda con que se *puée hasel* plata..

—Venga la prenda, —repuso Dionisio alegre.

Desenvainó el matón el buido cuchillo, que siempre llevaba consigo debajo de la camisa, escarbató el suelo natural del cuarto hacia un rincón, oculto por el catre, y sacó algo pesado, envuelto en un trapo. En seguida, teniendo el bulto en alto, añadió:

—*Es querei desisde ar señol, que dende el año pasao, entre yo, un paidito ñamao Picapica y un morenito ñamao Cayuco, paranos de mañanita temprano, junto a la plasoleta de Santa Teresa, a un blanquito mu currutaco que en cuanto que le enseñé el jierro me se quedó muelto entre las manos y mos dio toas las prendas que tenía arriba de su cuelpo. Misamigos se cogieron la plata y yo me cogí esta prenda. Dispué se la yebé a un platero de la Calsáa pa vel si me la meicaba; ma en cuanto que la miró bien, va y me dice: Esta prenda es robáa, y yo no doy poleya ni un cabo de tabaco. Míe, paisano, cogí piche,*[2] *y desde ese día la tengo enterráa. Es fatible quer señol puea vendesla.*

—Daca la prenda dichosa, —dijo Dionisio con gran prosopopeya.

Pero no bien la tuvo en la mano, exclamó sorprendido:

[2]Miedo.

—Yo conozco este reloj, amigo Polanco!

—*¡Beldá!*, —dijo Malanga—, *¡míe que caso!*

Era de oro, y de la argolla pendía, doblada en dos, en vez de cadena o cordón, una cinta moaeré azul y encarnado, cuyas extremidades recogía una hebilla, así mismo de oro.

—Conozco este reloj, —repitió Dionisio—. Señorita, quiero decir mi señora, se lo regaló al niño Leonardo en Octubre del año pasado. Debe tener una marca.

Abierta la contratapa, el-cocinero leyó: L. G. S., Oct. 24-1830: Leonardo Gamboa y Sandoval, que pasa las Pascuas con su familia en el campo.

—Y ¿qué *endivíos* son esos?, —preguntó Malanga desconcertado.

—Mis amos, —contestó Dionisio—. La señora chiquea mucho a su hijo y le hace cada día un regalo.

—*Pue me ha de peidoná er señol,* —agregó el curro apesarado—. Yo no sabía que esos *endivíos* eran *conosíos der señol.*

—No hay para qué perdonarte, amigo Malanga. Si para hacer uno por la vida tuviera que pararse en melindres, se moriría de hambre. Estoy seguro, prosiguió Dionisio, que a estas horas se hallan mis amos muy descansados en la Habana, y su primer cuidado ha sido pregonarme por el *Diario.* Me parece que leo el edicto en que se ofrece pagar bien por mi captura. No faltará quien, por ganarse la propina, me siga los pasos y desde ahora digo, que bien puede amarrarse los calzones el que pretenda echarme garra... Yo no me entrego vivo, tendrán que hacerme picadillo. Tal vez Tondá, que me conoce, se habrá hecho cargo de la comisión... No le arriendo la ganancia. Pero no hay necesidad de comprometer un lance, porque dice el refrán que el que evita la ocasión evita el peligro, y yo estoy resuelto a vivir y ser libre ahora que me he escapado. Yo no nací para ser esclavo toda la vida, señor Malanga. No. Yo me crié en medio de la grandeza y de la abundancia; ni conocí los rigores de la esclavitud mientras estuve con mis primeros amos. Esos sí que eran caballeros. Ahora estoy casado y tengo dos hijos. Digo mal. La mujer hace muchos años que me la tienen desterrada allá en las quimbámbulas del silencio, en un ingenio, y ha tenido un mulato con un blanco. Pero yo la quiero y quiero con el alma a mi hija, y debo trabajar para comprarles su libertad y la mía. Con que vaya viendo, amigo Malanga, si conviene que no me llame Dionisio, ni Jaruco, los dos únicos nombres por los cuales soy conocido en esta ciudad. Mientras no oiga mi nombre, ni me vea la cara, estoy seguro.

—*Pa* eso que a mí no me vale *er* que me *ñamen* Polanco o Malanga —dijo éste con cierta resignación—. Lo mismito da. *Tóos* me conocen *pol* los dos nombres. Yo soy más *conosío* en esta *suidá* que los perros. Y *míe er* caso, yo *tambié* estoy *pregonao. Mes capé* de las uñas de Tondá *pol* un milagro. *Pue, señol, dentré* yo una noche *der* año *pasao* con dos amigos, *argo talde,* en la *tabelna* que está en la esquina de Manrique y la Estreya. Pedimos un poco *der* que quema, *bebinos* y *salinos* de rengue liso, cuando *er tabelnero*

va y me coge *pol* la camisa *pa* que le *pagáranos* la *bebía. Míe,* paisano, *me se* subió el diablo: metí mano *ar jierro* y le di una *mojáa,* una *mojáa na* más aquí (pasándose el índice por la garganta) *sarva* sea la *paite. Der* viaje *sortó* un caño de sangre como un toro *jerío,* y *pa* que vea *er señol, sartó* el *mostraól* y nos corrió atrás hasta la esquina, donde tubo que *agarraise,* cayó y dejó *maicaos* los *deos* con sangre en la *paré. Dispué,* Tonda se olió que *habíanos* sido nosotros, y tanto nos buscó hasta que dio con los tres en un velorio, allá *pol lo* Sitios. Yo salí safando, *ma* mis dos amigos cayeron en *er* laso, y *entuavía* maman *cáisel. Dende entonce* ando sin sombra, *polque* Tondá es *mú* júbilo. ¿No ve? *Sargo* sólo de noche y *a pena* ni paso *pol* la tienda.

—¿Qué tienda?

—La tienda *der* maestro Sosa.

—¿Maestro de qué?

—De *sapatos.*

—¿Zapatos de hombre?

—De *tóo.* Yo trabajo ahí cuando no *pueo ganai* la vía de otra manera. Yo hago *sapatos* de *mujé.* .

—Y yo también los hago —dijo Dionisio animándosele el semblante—. Aprendí a hacerlos con el calesero Pío, de mi casa. No soy un chambón en el oficio. Y me ocurre una idea: que si V. tiene la bondad de hablarle al maestro Sosa, quizás me tome, en cuyo caso nos hemos salvado. No podrá sospechar siquiera Tondá, que me he refugiado en una zapatería.

—*Güeno, si er señol quié* yo *yebaré* una *talde destas, mejol* una mañanita, *polque* Tondá anda siempre en *cabayo,* no sale nunca temprano a la calle.

Efectivamente. Malanga, así que su amigo recobró la salud y se halló en disposición de trabajar, lo condujo a presencia del maestro Gabriel Sosa y se lo recomendó de todas veras, no ya sólo como oficial experto en zapatos de señoras, sino como persona distinguida y hombre honrado a carta cabal; que había caído en desgracia y apelaba al oficio para no morirse de hambre. Por donde vino a repetirse aquí el cuento, algo parecido, del león herido a quien recogió un esclavo prófugo en las soledades del Africa, para que después el animal alimentara al hombre y le protegiera contra las demás fieras, cuando al cabo de muchos años se encontraron los dos en el circo de Roma.

CAPITULO II

Ille dolet vere qui sine teste dolet.
Verdadero es el dolor del que sin testigos llora.

MARCIAL

Hasta la puerta de la casita en la calle del Aguacate, acompañaron a Cecilia el sastre Uribe, Clara su mujer, Pimienta y su hermana Nemesia.

Así que llamó Cecilia del modo particular convenido, rodó la tranca y se abrió por sí misma la puerta. Es que la abuela, muy enferma para esperar en pie a la nieta, había atado el cabo de una cuerdecita al extremo de la tranca, cerca de su punto de apoyo, y el otro cabo a uno de los pilares de la cama, al alcance de su mano. Por lo pronto no se hablaron una palabra.

Mientras Cecilia se desnudaba casi a tientas, por la poca claridad de la mariposa en el nicho, se le escaparon uno tras otro involuntarios y hondos suspiros. Esos eran los amarguísimos dejos de la fiesta. Allá había corrido para aturdirse con el movimiento de la danza, las armonías de la música y las adulaciones de los hombres; para ahogar en el tumulto de la vasta y heterogénea reunión el recuerdo del amante ausente, desdeñoso y quizás olvidadizo, para ver de vengarse de su ingratitud, para probar, en fin, si podría olvidarle en caso de más indefinida y seria separación.

Todo le salió al revés. Repasó en la mente las peripecias de la diversión, y halló que había sido demasiado prolongada, la música ruidosa y chillona, las mujeres desgarbadas y feas, los hombres petulantes y necios, la reunión harto vulgar e insípida para haberla alegrado y entretenido. Comparó esa fiesta con la del 24 de setiembre en casa de la Ayala, donde gozó como reina del amor y de la hermosura en brazos de su amado, hoy ausente, y se le opri-

mió el corazón y estuvo a punto de que la ahogara el sentimiento. Pensó en su suerte, deduciendo, por necesaria consecuencia, que peor había sido el remedio que la enfermedad, y que la venganza entre los amantes terminan siempre en el castigo de una de las partes contendientes, en la muerte para la dicha o para la vida terrenal.

Tan triste y miserable se sentía Cecilia, que hasta el momento de meterse en la cama no advirtió que la abuela era presa de una desazón terrible. La pobre anciana se retorcía y gemía sordamente, cual si estuviera a punto de acabársele la vida. Buscó entonces su frente, y no bien le puso la mano encima, la retiró exclamando:

—¡Ay, mamita Su merced tiene calentura.

—¿Ya viniste? —replicó la anciana con voz moribunda.— Si tardas un poquito más no me encuentras viva.

—Su merced no estaba así cuando yo salí para el baile. Véase qué disparate ha hecho en mi ausencia.

—Ninguno. Me pasé la prima rezándole a la Virgen; pero desde por la mañana me siento malísima. Me ha dado en el corazón que se acerca mi fin. ¿Qué hora es?

—Son las dos. Acabo de oír el reloj del convento.

—¿Crees tú que está levantado el padre Aparicio?

—No lo creo, mamita. El no llega al convento antes de las cuatro, que es cuando principian los maitines. Pero ¿para qué quiere su merced el padre a estas horas?

—¡Hija mía! para confesarme. Siento que se me acaba la vida y no quiero morir como un perro.

—¿Su merced no se confesó y comulgó ayer por la mañana?

—Sí, niña. ¿Y qué?

—Bien. Pues eso basta.

—No basta. Somos pecadores. A cada momento pecamos y debemos estar preparados para que cuando llegue la hora, nuestra alma comparezca ante su Divina Majestad, limpia como una patena.

—No estaba su merced anoche de cuidado. Si lo sospecho ¿cómo hubiera ido al maldito baile? Nunca. Lo que no comprendo es porqué se ha puesto su merced tan mala que le haga temer la muerte en horas.

—De la salud a la enfermedad no hay más que un paso, y lo mismo se vive que se muere.

—¿Podría su merced explicar lo que siente ahora?

—Es imposible, mi vida. Lo único que te diré es que se me arranca el alma, y que mientras más pronto vayas por el padre . . .

—El padre no va a curarle la calentura, y su merced no tiene otra cosa. Es muy aprehensiva su merced. Mejor será que vaya por el médico. Sí, iré por él en cuanto amanezca. Entretanto le daré un baño de pies y le pondré unos sinapismos para que se le quite el dolor de cabeza. Verá su merced

cómo la alivia, si no la pongo buena. Su merced no puede estar tan mala que no tenga cura. Todavía su merced me entierra a mí.

—Nuestro ángel custodio San Rafael y la Virgen Santísima te oigan, hija mía. Sentiría morir por ti, no por mí. Tú principias a vivir, ya yo terminé la jornada . . . Pero, ve, haz como gustes y sea lo que Dios quiera . . . Se me parte la cabeza —agregó, oprimiéndose con ambas manos la frente . . .

Con esto se apresuró Cecilia a hacer lumbre en el fogón, debajo del cobertizo en el patio, valiéndose de la usual pajuela y de unos pocos carbones. Así, en minutos quedó listo el baño y puesto en un lebrillo grande. En seguida procedió a darle el baño a la abuela con no menos fe y cariñosa humildad que la mujer que le lavó los pies a Jesucristo en casa de Simón. Mientras se los enjugaba, mejor dicho, enjugándoselos, se los sobaba blandamente, y de cuando en cuando les imprimía un ardiente beso, o se los arrimaba a las mejillas para comunicarles algo del calor que ardía en sus venas.

Conmovida la abuela, puso una mano en la cabeza de la nieta, y dijo: —¡Pobre Cecilia! Esto quiere decir, mi vida, que tú misma conoces que mis horas están contadas. Digo mis horas, cuando pueden ser mis minutos, mis segundos . . . y me preparas para la cena antes de emprender . . .

No prosiguió: la emoción o el dolor le ahogó la voz en la garganta. Por su parte Cecilia, al sentir la mano de la abuela en la cabeza, experimentó una sensación muy parecida a la que se experimenta cuando recibimos una descarga eléctrica, y sus lágrimas, hasta entonces contenidas por fuerza, empezaron a correr hilo a hilo por sus mejillas, aumentando el agua del lebrillo.

Advirtiólo la anciana, y sacando fuerzas de flaqueza, como suele decirse, agregó:

—No llores, alma mía, que me afliges más de lo que estoy. Consuélate. Tú eres una niña todavía: tienes delante un porvenir risueño. Aunque no te cases nunca, todo te sobrará. Siempre habrá quien mire por ti y te proteja. Y si no, allá está Dios en el cielo que no le falta a nadie. Ya siento algún alivio. Tal vez el mal da tiempo . . . ¿Qué sabemos? Vamos, hijita, cálmate. Valor. Necesitas descanso. Si te acuestas ahora mismo, de aquí al día tienes dos horas de sueño para recuperar las fuerzas . . . Las muchachas de tu edad son como la flor de la maravilla: cátala muerta, cátala viva. Ven, dame un beso, y . . . hasta mañana. El ángel de la guarda te proteja con sus amorosas alas.

¡Qué había de dormir ni de reposar Cecilia! No bien abrieron las puertas de la ciudad y comenzó a oírse en las calles el cencerro desconchado de los arrieros de carbón, dejó furtivamente la cama y corrió en demanda de su cara amiga Nemesia, para que se quedara al cuidado de la enferma mientras ella iba por el médico en la calle de la Merced. Días antes le había dado la abuela, a prevención, las señas de la morada del galeno con estas palabras: casa de azotea con una ventana de reja de hierro, puerta colorada de zaguán, en medio de la cuadra, acera del Sur. No se equivocó la nieta, pero estaba cerrada y en

silencio. ¿Qué hacer en aquellas circunstancias? El caso urgía y se decidió a llamar. Pegó un aldabazo y esperó en grande ansiedad el resultado.

Al cabo de corto espacio de mortal silencio, se abrió un postiguillo de la ventana y asomó por él el rostro de una dama tan por extremo hermoso y sonrosado, que se quedó Cecilia estupefacta. Figúrese el lector unos ojos negros y rasgados, a que dan sombra cejas espesas en arco, una boca pequeña de labios encendidos, una nariz aguileña y muy expresiva, una cabeza amorosa poblada de profusa cabellera negra que azuleaba, el todo encuadrado y puesto de relieve por una graciosa papalina de batista, "cual la nieve blanca", guarnecida de un vuelo menudo de tiras bordadas. Tales eran los rasgos fisonómicos que más sobresalían en doña Agueda Valdés, joven esposa del célebre cirujano D. Tomás Montes de Oca.

Este bosquejo a la pluma es copia del retrato al óleo de esa dama, hecho por el pintor Escobar, que cuando jóvenes pudimos contemplar extasiados, pendiente de las desmanteladas paredes de la sala de su casa, en la calle de la Merced. Respecto de su fisonomía moral, el rasgo más prominente, a lo menos aquel de que nos es dado hablar en estas páginas, eran los celos. Su propia sombra se los inspiraba, no embargante que su marido carecía de aquellas prendas físicas que hacen atractivo al hombre a los ojos de las mujeres. Pero era médico, célebre y rico, y ella tenía muy pobre opinión de las hembras, diciendo a menudo que no había hombre feo para la enamorada y ambiciosa.

Movida por los malditos celos, ejercía una vigilancia constante sobre su marido, sobre los clientes que él visitaba y sobre los que acudían en demanda de sus profundos conocimientos médico-quirúrgicos, especialmente si arrastraban faldas. Por eso madrugaba tanto; por eso cuando no podía adquirir informes por sí misma, cometía la debilidad de poner en confesión al estúpido y malicioso calesero, su esclavo, el cual, aun cuando a veces le revelaba hechos reales y positivos, casi siempre le llenaba la cabeza de un centón de cuentos de brujas.

Es de suponer cuál no sería el regocijo interior de doña Agueda al descubrir que la que había llamado a la puerta era una moza de medio pelo que, pues se recataba bajo la *manta* de burato de colores y, por supuesto, costosa, de lujo, no podía menos de ser alguna de sus amigas con el disfraz de paciente.

—¿Qué quieres? —le preguntó la celosa señora con cierta aspereza y precipitación, no fuera que volviese a tocar.

—Vengo por el señor doctor —contestó tímidamente Cecilia, acercándose a la ventana y levantando entonces los ojos de lleno a la desconocida señora.

—¡Tate! —dijo ella entre sí, luego que notó el buen parecer de la muchacha—. Aquí hay gato encerrado. —El médico —añadió alto—, ha pasado mala noche, y duerme...

—¡Qué lo siento! —exclamó Cecilia dando un suspiro desgarrador.

—¿Qué médico es el que buscas, muchacha? —preguntó la señora sonriendo maliciosamente—. Porque... podría ser que estuvieses equivocada.

—Vengo por el señor doctor D. Tomás Montes de Oca —repuso Cecilia en voz alta, aunque temblosa—. ¿No vive aquí el caballero?

—Sí aquí vive Montes de Oca. ¿Tú le conoces?

—Lo he visto muy pocas veces.

—¿Dónde vives tú?

—En la calle del Aguacate, al costado del convento de Santa Catalina.

—¿Eres tú la enferma?

—No, señora, mi abuela.

—¿Es él su médico?

—No, señora.

—Entonces, ¿por qué vienes por este médico en vez de solicitar cualquiera otro que quizás vive más cerca de tu casa?

—Porque mi abuela conoce al señor D. Tomás y el señor D. Tomás la conoce a ella.

—¿Dónde se han visto?

—En casa y aquí también.

—¿Tú vives con tu abuela?

—Sí señora.

—¿Tu abuela es casada?

—Viuda. Enviudó mucho antes de que yo naciera.

—¿Cuántas veces ha estado Montes de Oca en casa de tu abuela?

—Yo no las he contado. Pocas veces.

—Ni más claro ni más turbio. ¿Te conoce a ti Montes de Oca?

—No lo creo. Es decir a la señora, no creo que me haya visto nunca cara a cara.

—¿Dónde has estado tú cuando él ha ido a visitarlas?

—En casa, pero mi abuela es quien siempre le ha recibido, yo no me le he presentado . . .

—¡Cosa extraña! ¿Qué motivo has tenido para esconderte de él?

—Ninguno, señora, sólo que ha dado la casualidad de no estar yo bien vestida cuando él ha ido a ver a mi abuela.

—¡Oiga! ¿Conque pretendías coquetear con él? ¿Tú no sabes que es feo y viejo para ti?

—Yo no he pretendido coquetear con el señor doctor.

—¿Qué tratos y contratos tiene Montes de Oca con tu abuela?

—Yo no sé, señora. Nada malo.

—¿Eres casada?

—No, señora.

—Pero tendrás novio y te casarás pronto, ¿no es así?

—No tengo novio ni me voy a casar pronto. En fin, tendrá la señora la bondad de decirme si el señor doctor . . .?

—Ya te he dicho —interrumpió doña Agueda—, que Montes de Oca ha pasado mala noche y dio orden de que no lo despertaran hasta las diez.

—¡Ay de mí —exclamó Cecilia profundamente afligida—. ¡Qué desgracia!

Tocado con esto a lo vivo el corazón amoroso de doña Agueda, preguntó con intención:

—¿Y tú quien eres?

—Yo soy Cecilia Valdés —contestó la joven llorando.

—¡Cecilia Valdés! —repitió doña Agueda entre sorprendida y cavilosa. Después añadió con vivacidad—: Ven, entra.

Sin aguardar respuesta ni esperar objeción ninguna de parte de la muchacha, fue por sí misma a correr el cerrojo de te con que se cerraba el postigo de la puerta, y le dio franca y amable entrada en su casa.

En medio de su aflicción creyó notar Cecilia algo extraño en la hermosa señora, algo que tenía semejas con la locura. Pero no le inspiró eso el más leve temor, antes se sintió fuertemente atraída hacia ella, no ya sólo por la naturalidad de sus palabras, sino también por la gracia de sus acciones y la dulzura imponderable de su voz. Ello es, que como dominada por una poderosa fuerza magnética, callada y sumisa se dejó llevar hasta el comedor, donde penetraba alguna claridad, gracias a su inmediación al patio, y donde su conductora tomó asiento de espaldas contra una mesa grande de bruñida caoba. Allí, teniendo a la joven (que se conservó en pie) por ambas manos, muy cerca de sus rodillas, la estuvo contemplando y examinando desde el cabello a la planta un buen espacio, y, cual si hablara con una estatua, o con una persona que no entendía su idioma, repetía con énfasis: —¡No se parece! ¡Qué! Nada, no se parece. No puede ser hija suya. Tal vez ha salido a la madre, que es la cierta.

—¿Sabes quién es tu padre? —le preguntó de repente.

—No, señora —contestó Cecilia con la mansedumbre de antes.

—¿No te lo ha dicho nunca tu madre?

—No, señora. Yo no conocí a mi madre. Ella se murió poco tiempo después de nacer yo.

—¿Quién te ha contado ese cuento?

—¿Qué cuento?

—Pues, el de que murió tu madre después de nacer tú.

—No es cuento, señora, lo de la muerte de mi madre. No tengo ni el más mínimo recuerdo de ella.

—¿Qué edad tienes tú ahora?

—Yo nací, según me ha dicho mi abuela, en el mes de octubre de 1812. Haga la señora la cuenta.

—Y ¿cómo es que tu abuela no te ha dicho quién es tu padre? ¿No lo conoce ella? ¿Sabes que te echaron a la Casa Cuna?

—Sí, señora. Me pusieron en la Casa Cuna para que me bautizaran con el apellido Valdés.

—Pues yo no soy inclusera y también llevo ese apellido. De suerte que tu padre, aun sin pasarte por la Casa Cuna bien pudo bautizarte, poniéndote en la fe de bautismo "de padres no conocidos", como es costumbre. Se conoce que tenía malas entrañas. ¿Te crió tu madre?, esto es, ¿te dio el pecho?

—Creo que no. A mí me crió una negra.
—¿Dónde te crió? ¿En la Casa Cuna?
—No, señora, en casa de mi abuela.
—¿Cómo se llamaba tu criandera?
—Me parece que María de Regla Santacruz.
—¿Vive? ¿En dónde está ahora?

Después de titubear por breve rato, contestó Cecilia conocidamente confusa:

—Entiendo que mi madre de leche se halla desterrada en el campo por sus amas. Al menos así me lo dijo un negro con quien tuve anoche unas palabras en el baile de la gente de color, allá afuera.

—Otro cuento tenemos. Mentira. Tu criandera no es esclava de los condes de Jaruco. El alquiló a esa negra para que te diera de mamar en la Casa Cuna y en casa de tu abuela, ese es tu padre. ¡Míralo!

Aprovechóse doña Agueda del momento en que Cecilia buscaba el objeto que ella le había indicado con la palabra y la mano, para levantarse y desaparecer en el cuarto más próximo, empujando la puerta que daba al patio. Perpleja y azorada la muchacha, giró en torno y casi se le escapa un grito del susto, cuando reparó que un hombre de cara larga y pálida, sin pelo de barba, cual si fuera de la raza india, cuya cabeza cubría hasta las orejas un gorro mugriento de seda, la miraba fijamente con ojicos de mono, a través de la reja de hierro, medianera entre el aposento y el comedor.

—¿Qué traes? —le preguntó el hombre en voz gangosa de falsete.
—Caballero —repuso Cecilia dudosa—, vengo por el señor D. Tomás Montes . . .
—Yo soy —la interrumpió él—. ¿Qué se ofrece?
—¡Ay! ¿Es el caballero? ¿Pues no decía la señora? . . .
—No hagas caso. La señora está . . . —e hizo un movimiento rotatorio con el índice de la mano derecha, apuntando para su propia cabeza—. ¿Para quién?
—Para mi abuela.
—¿Qué tiene tu abuela?
—¡Ay, señor doctor, está muy mala. Se muere . . . Si el señor doctor tuviera la bondad de ir ahora mismo . . .
—¿Quién es tu abuela?
—Creía que el señor doctor me había conocido . . . Josefa Alarcón, criada del señor doctor . . .
—¡Ah La madre de . . . Sí, sí, ya, protegida por el señor D. . . . ¡Qué! tengo la cabeza . . . ¡Ah! y tú eres su hija . . . ¡Toma! Tu nombre es . . . Cecilia. Yo bien decía. Cecilia Gam . . . Pues, Cecilia Valdés. No era posible que yo me olvidase. Sólo que como tengo la cabeza hecha un güiro, se me habían trabucado las especies. Tu abuela y tú me están muy recomendadas. Pero aquí entrenós —añadió en tono más bajo—, no hagas caso de lo que ha ensartado mi mujer de mí, de ti, de tu madre, de tu padre, de tu criandera,

etcétera, porque todas esas son cosas de su cabeza. Ella está... —y volvió a barrenarse las sientes con el dedo índice de la mano derecha—. Tú me entiendes. No creas nada. Cecilia Gam... quiero decir, Valdés. Te pareces bastante, te pareces mucho... ¡Ah! Dile a tu abuela que para allá iré así que me pongan la volanta. El calesero debe haber ido a bañar los caballos al muelle de Luz... Si no ha tomado un trago por el camino, ahorita está de vuelta; y detrás de ti... Ve. Di a tu abuela que para allá voy. El señor don, don, don... digo, que paga bien los servicios... Es generoso, espléndido... Ve pronto.

Al retirarse Cecilia despechada y firmemente persuadida de que aquella era una casa de orates en toda la acepción de la palabra, echóle el médico una mirada intensa y escudriñadora, y se quedó clavado a la reja, repitiendo a media voz: —¡Se parece bastante, mucho, muchísimo! Estaba por decir que es su vivo retrato. No creía yo que fuese tan linda como me la pintaban. ¡Guapa muchacha! ¡Sí, guapa, muy guapa! ¡Mira! Si la mandamos con su madre al ingenio Jaimanita, allá con los padres de Belén... ¡Qué belén no se habría formado! ¡Ja, ja, ja!. —Y rio como un verdadero loco.

Puntual fue Montes de Oca a la promesa hecha a Cecilia, presentándose en su casa a las nueve de la mañana; con lo cual dio, además, prueba palmaria de que sabía llenar los compromisos que contraía con sus amigos.

Para asistir a la enferma, pues que no entendían de eso Cecilia ni Nemesia, ya se había constituido en la casita *señá* Clara, la mujer de Uribe, a quien no tuvo empacho Montes de Oca de comunicar en secreto el juicio que había formado acerca de la enfermedad, según el breve examen hecho. En una palabra, pronosticó adversamente. Y aunque no dio las razones en que se fundara para pronosticar con la franqueza y certidumbre que solía, era claro que, dados los años, las desventuras y la rigurosa vida ascética y de mortificación de la enferma, debía esperarse un fin próximo y fatal. En tales sujetos adquiere, además, carácter grave cualquier dolencia, por ligera que sea en su origen.

Lo único que dijo en general Montes de Oca fue, que ante todo y sobre todo era preciso combatir con mano fuerte el síntoma comatoso que presentaba la enfermedad —con cuya palabra es seguro que dejó completamente a oscuras a sus oyentes—, y, en consecuencia, siguiendo al pie de la letra el método antiflogístico de curar, muy en boga entonces, recetó al exterior tres vejigatorios bien cargados de cantáridas, unos a la nuca y los otros dos a las pantorrillas; al interior una opiata para calmar los nervios y ver de provocar el sueño restaurador, y nada de alimento hasta que no declinase el estado inflamatorio de la calentura cerebral.

Cecilia, anegada en llanto, acompañó al médico hasta la puerta de la calle, esperando sin duda una palabra suya de consuelo antes de marcharse. Pero él, o no la entendió, o estaba embebida su mente en cosas muy ajenas a la enfermedad de la abuela y al dolor de la nieta. Ello es que sólo se ocupó de decirla que no le sentaba tamaña aflicción, que *su amigo* —con énfasis en

esta frase de doble sentido—, la tenía muy presente, y que volvería por la tarde para ver qué tal seguía la enferma.

Le tomó una mano, puso en ella, sin explicar de quién procedía, una onza de oro, y a tiempo de partir le dio un apretón que podía traducirse de diversos modos. En nada de eso paró la atención Cecilia; pero hecho todo a ciencia y paciencia del malicioso calesero, aunque al parecer no veía, oía ni entendía, podía apostarse cualquier cosa a que le fue con el canutazo[1] a su ama doña Agueda Valdés de Montes de Oca.

Menudeó el médico las visitas profesionales. ¿Y cómo no? Nada temía por lo que respectaba a la paga de su trabajo ni por el monto tampoco, que podía ser cuantioso; y luego las lágrimas de Cecilia, realzando sus naturales encantos, eran capaces de ablandar las piedras, cuanto y más que el corazón de Montes de Oca no tenía nada de duro ni de piedra. Pero si de veras se propuso acertar esta vez y curar al enfermo, la erró, y muy probablemente por carta de más. Recordó infinidad de casos parecidos e iguales que había tratado felizmente en su larga práctica; registró todos sus libros de medicina, entre otros el publicado últimamente en París por Broussais, padre del método antiflogístico, titulado "La irritación y la locura", que había hecho tanto eco en el mundo; probó las tisanas más aceptadas, las cataplasmas, las unturas, las ventosas, los vomitivos, los purgantes, las sanguijuelas; como último recurso propinó la píldora de Ugarte, con cuyo heroico remedio había salvado más de un moribundo de las garras de la muerte. No cabe duda ninguna que si hubiese habido más resistencia y jugo vital en el cuerpo descarnado de la triste *señá* Josefa, más pruebas y experimentos habría hecho en él Montes de Oca. A los doce o quince días de lucha incesante y fiera, al menos por su parte, convencido de que el momento final se acercaba al galope, entregó la enferma en brazos de la religión y se retiró con sus honores.

Su retirada repentina naturalmente causó sorpresa, con mayoría de razón que en las primeras horas de la noche del 12 de enero, noche nublada y fría por cierto, había abierto los ojos la enferma y dado otras señales de vida. Con todo, habiendo ordenado que se dispusiese *señá* Josefa, pues que había vuelto en su acuerdo, no había más que obedecerle. Cecilia, en tal virtud, rogó a José Dolores Pimienta, que velaba con ella mientras dormían Nemesia y *señá* Clara Uribe, fuese por los santos óleos a la iglesia de San Juan de Dios. Entretanto la joven, sin pérdida de tiempo, ni de valor, improvisó un altar de su propia cómoda en el cuarto de la enferma, poniendo sobre la empolvada tabla un lienzo blanco, a falta de mejor mantel, y un crucifijo entre dos velas de cera en sus respectivos candelabros de cobre.

Como advirtiese la abuela los preparativos de la nieta, le preguntó en tono de voz casi inaudible:

—¿Qué haces ahí, niña?

[1]Chisme. De canuto o cañuto, y familiarmente, soplón.

—¿No lo ve su merced? —contestó ella temblando del susto y de la pesadumbre—. Compongo el altar.

—¿Para qué?

—Para el Padre.

—¿Han llamado a misa?

—Todavía. Mas el Padre ha de venir pronto...

—¿Por qué no me has *dispertado* en tiempo? Yo no estoy vestida.

—Su merced puede confesarse como está.

—¡Confesarme!

—Sí, mamita, confesarse. ¿No se acuerda su merced que me pidió el confesor?

—¡Ah! ¡Sí, es verdad! Ya me acuerdo. Bien, niña, échame una manta por encima. ¿Qué hora es?

—Son las siete o las ocho.

—¿Tan tarde?

En esto se oyó el sonido peculiar de la campanilla tocada por un muchacho, anunciando desde lejos la aproximación de los santos óleos. Conducíalos el Padre Llópiz en las manos juntas y altas, caminando a pie entre José Dolores y el sacristán de la iglesia, cada cual con un farol encendido para hacer reverencia al Sacramento y alumbrar la vía. A su paso por las calles se asomaban los vecinos a la puerta de sus casas, se postraban en tierra y alumbraban también con una vela en la mano. Todos estos ruidos y rumores llegaron a los oídos de Cecilia, a tiempo que la procesión desembocó en la calle de O'Reilly, viniendo por la de Compostela. Aun las monjas en el convento de Santa Catalina, enteradas de lo que pasaba en su vecindario, hicieron tocar agonías, y en sus fervientes oraciones encomendaron el alma del moribundo a la merced de su munífico Creador.

Puede afirmarse con verdad que *señá* Josefa no estaba en su cabal juicio y sentido cuando se confesó, comulgó y recibió la extremaunción. A haber vivido horas no más después de esos actos solemnes e imponentes, de nada de ello habría sabido darse cuenta. Fue todo para ella el resultado de un hábito inveterado. De otra manera, la vista del cuadro que se ofreció en torno de su lecho de agonía, mientras el Padre la auxiliaba a bien morir, habría sido bastante conmovedor para apresurarle la muerte. Cecilia y Nemesia de un lado, *señá* Clara y José Dolores del otro, un oficial de la sastrería de Uribe que llegó en aquellos momentos y el sacristán a los pies, todos arrodillados, murmurando devotas oraciones y alumbrando la triste escena con un farol o una bujía, formaban grupo interesante, original y digno del pincel de un inspirado artista.

A la conclusión de la tristísima ceremonia, todos los circunstantes, que más que menos, experimentaron una especie de alivio interior, porque se cree en general que trae aparejada la muerte. Aun la enferma pareció reanimada, en vista de que sacó el brazo derecho de debajo de las sábanas y empezó a tentar

por varias partes del lecho, como si buscase algo que se le había perdido. Le detuvo la mano Cecilia, y preguntó:

—¿Qué buscas, mamita?

—A ti mi corazón —respondió la abuela con mucho trabajo.

Esta tierna solicitud, esta salida inesperada hizo saltar las lágrimas de Cecilia, quien, para que la abuela no se impresionara, volvió el rostro a otro lado.

—Pues aquí me tiene su merced —dijo, apretando la mano de la enferma.

—No te veía —agregó ella con sentimiento—. ¡Está esto tan *escuro . . .!*

—Apagué las luces por su merced.

—¿Estás sola? —preguntó la anciana después de largo silencio.

—Sí, mamita.

Dijo verdad, porque en oyéndola, prudentemente se retiraron a la sala las otras dos mujeres; y los hombres aún no habían vuelto de la iglesia, a donde habían ido para acompañar al viático.

—Quería . . . decirte una . . . cosa —dijo *señá* Josefa muy despacio, después de otra larga pausa.

—Pues diga, mamita, diga. La escucho.

—Acércate. ¿Por qué te alejas, mi vida?

—Yo no me alejo. No. Estoy cerquita de su merced.

—¡Pobre Charito! ¿Qué será de ella? Me voy primero . . . me voy.

—¡Jesús, mamita! No se aflija ahora su merced pensando en eso. Le hace daño, mucho daño. Sosiéguese.

—¡Pobrecita! Pero tú . . . rompe . . . relaciones . . . el caballerito . . . Ese es tu . . .

—¿Mi qué, mamita? —preguntó Cecilia sobresaltada y con instancia, pues la abuela tardaba en terminar la frase—. ¿Mi qué, mamita del alma? Hable, diga; por la Virgen Santísima, no me deje en esta terrible indecisión. ¿Es mi enemigo? ¿mi tormento? ¿mi infiel amante? ¿Mi qué?

—Es tu . . . tu . . . tu . . . t . . . —continuó repitiendo *señá* Josefa, cada vez a más largos intervalos y más bajo tono, hasta que el ruido de la sílaba misteriosa se convirtió en lúgubre murmullo y el murmullo en un mero movimiento de los labios, que no duró mucho tampoco. La enfermedad tuvo su crisis. Había expirado.

No había visto Cecilia morir a nadie, así que, al convencerse por el tacto de que la abuela no alentaba precisamente cuando la creía más viva, el horror más bien que el pesar le arrancó un grito terrible y le privó del sentido. Acudieron *señá* Clara y Nemesia, y la encontraron en la cama abrazada con el cadáver, del cual les costó trabajo separarla. Justo era su inmenso dolor. Desde aquel momento le faltaron de una vez su protectora, su compañera, su tierna amiga, su pariente, su madre adorada; y para mayor desesperación, quedóle siempre después el remordimiento de que en la confusión había olvidado poner en la mano de la moribunda la vela del alma, preparada con tanta anticipación para ese mismo caso.

Mientras duró la enfermedad de la Josefa Alarcón, fue entregando el médico a Cecilia, siempre sin decirla palabra de quién procedían, diversas cantidades de dinero, las mismas que ella recibía con una mano y con la otra pasaba a las de José Dolores Pimienta, creado de hecho su mayordomo y cajero. Corrió él, en efecto, por ese breve tiempo (brevísimo para quien ansiaba se repitieran las ocasiones de acercarse a Cecilia y de prestarle cada día nuevos servicios), con todos los gastos que ocasionó la enferma; y muerta, ajustó con el conocido muñidor Barroso los preparativos para el entierro. Siendo muy estrecha la casita de la calle del Aguacate para recibir a las visitas que vendrían a dar el pésame a Cecilia, y para celebrar el velorio, dispuso Pimienta se trasladara el cadáver a la sala de la casa en que él y su hermana vivían, en la calle de la Bomba, donde estuvo de cuerpo presente desde las diez de la noche hasta las tres de la tarde del siguiente día. No se erigió catafalco: vestida la muerta con el hábito mercenario, color de pajuela, que ceñía la correa negra usual de la Orden de la Merced, y metida en su caja forrada de paño negro, se depositó en unas andas comunes, entre grandes cirios de cera y candelabros plateados.

El maestro Uribe, con sus oficiales y amigos y los numerosos de Pimienta, velaron toda la noche, y a la hora del entierro condujeron las andas a hombro, relevándose de cuatro en cuatro hasta el cementerio, situado en el pequeño arrabal de San Lázaro, al extremo de la calzada de este nombre.

El único incidente que en cierto modo marcó la solemnidad del acto, fue el que en breves palabras vamos a referir. Distaba la casa mortuaria del cementerio sobre media legua, y la vía más corta no conducía por las calles de la población, sino por veredas tortuosas, sombreadas del lujoso arbolado de las quintas y jardines, que entonces ocupaban el área toda del hoy extenso barrio titulado del Monserrate.

Allí donde se alza la moderna iglesia que le da nombre, se unió de repente a la fúnebre comitiva, procurando confundirse con ella, un negro desconocido y de mala catadura, que parecía cansado de mucho correr. Tras éste se apareció, a poco, otro a caballo en traje militar, de chaqueta de paño, con dos charreteras de oro y sable de caballería. Era joven y de ademán bizarro. Sin andarse en chiquitas, se precipitó sobre el fugitivo, y, apuntándole con el arma al pecho, gritó: Date, Malanga, o te mato.

—¡Tondá! ¡Tondá! —exclamaron los de la comitiva que le conocían de vista o de trato.

Cogido, pues, Malanga entre la punta del sable y las andas en que iba la difunta, no tuvo más remedio que entregarse a merced del captor; el cual sin desmontarse, le amarró codo con codo, le echó por delante, y saludando a la militar con el arma al aire, dijo a los del duelo: —Señores, espero me dispensen el mal rato. Tenía orden de Su Excelencia el Capitán General, de coger a este pícaro, vivo o muerto, y la he cumplido. Que siga el entierro. Salud, señores.

La primera parada de la fúnebre procesión se hizo a la reja grande que mira al azulado mar Atlántico de la casa de la Beneficencia, a fin de que los niños hospiciados de ambos sexos cantasen un responso por el alma del difunto, mediante el pago de una moneda de oro, en calidad de limosna.

La segunda parada se efectuó delante de la reja del cementerio, debajo del gracioso arco de entrada, para que el capellán hiciese la aspersión del ataúd con agua bendita, antes de consignarse al sepulcro. Cuando se ejecutaba este acto final y siempre triste, los acompañantes, en actitud reverente, permanecieron de pie y descubiertos, formando grupo en torno de la huesa.

José Dolores Pimienta, Uribe y algunos otros arrojaron un puñado de tierra sobre el ataúd de la que fue en vida Josefa Alarcón y Alconado, no menos distinguida por su belleza que por sus desgracias, su ardiente amor de madre y prácticas religiosas de sus últimos años; y el primero, que hacía de cabeza del duelo, al darle las gracias a sus amigos y despedirlos, no pudo evitar que se le humedecieran los ojos, acaso porque se le vino a la mente en aquel instante el cuadro de su idolatrada Cecilia, transida del dolor y desmayada en brazos de Nemesia.

CAPITULO III

¿Qué es la vida?
Por perdida
Ya la di
Cuando el yugo
Del esclavo
Como un bravo
Sacudí.

J. DE ESPRONCEDA

A mediados de enero volvió del campo la familia de Gamboa: los criados por mar, los amos por tierra. Leonardo llegó algunos días después.

Lo primero que hizo doña Rosa en la ciudad fue darle licencia o papel a María de Regla para buscar acomodo o amo. El papel (así se le llamaba por antonomasia en Cuba) en cuestión, firmado por D. Cándido, rezaba poco más o menos como sigue: Concedo papel a mi esclava María de Regla, para que en el término de diez días de la fecha busque acomodo o amo en la ciudad. Es criolla, racional, inteligente y ágil, sana, robusta, no ha padecido nunca enfermedad contagiosa, no tiene tacha conocida, sabe coser de llano, entiende de lavar y aplanchar, de cuidar niños y enfermos. Se le da papel porque ella lo ha pedido. No ha conocido más amos que aquel donde nació y el que ahora la vende. Habana, etc.

Despachado este asunto, que doña Rosa juzgaba de mucha importancia, se ocupó del negro fugado. Achacaba toda la culpa del suceso al Mayordomo, motivo por el cual en la primera oportunidad se le fue a las barbas con la irónica inquisición de:

—Supongo que V. ha hecho muchas diligencias para averiguar el paradero de Dionisio.

—Sí, mi señora doña Rosa, muchas diligencias —contestó él embarazado, pues mentía como un turco—. Sólo que estos negros . . . Vamos, son el mismo dianche. Saben agazaparse . . . ¡Vaya que si saben!

—Veamos qué ha sacado V. en limpio.

—Poca cosa, mi señora, casi nada. Se dijo que le habían muerto de una puñalada, y . . . pare V. de contar. Porque no habiéndose levantado sumaria del hecho, que yo sepa, ni aprehendido al hechor, ni enterrado al muerto, he supuesto suposición bien fundada, me parece, que lo de la puñalada ha sido mero rumor, una farsa, esparcido quizás por el mismo Dionisio para desorientar y evitar que le sigan la pista. Digo a V., mi señora doña Rosa, que saben mucho estos negros, mucho . . .

—Quedo enterada —dijo la señora en su despecho. Luego añadió—. Pues es preciso que parezca ese negro.

—Preciso —repitió D. Melitón.

—Muerto o vivo ha de estar en alguna parte —agregó doña Rosa.

—Eso digo yo —dijo el Mayordomo.

—Nada ha dicho V. de provecho —exclamó doña Rosa incomodada—. ¿Cómo es que no se le ha ocurrido poner un aviso en el *Diario?*

—Vaya que si se me ha ocurrido, señora doña Rosa —replicó el hombre, contento de poder vindicarse—. Se me ha ocurrido más de una vez, muchas. Sí, señora, se me ha ocurrido.

—Entonces, ¿por qué no lo ha puesto en planta?

—Pues ahí está el ajo de la dificultad, mi señora doña Rosa. Es que no sé cómo redactar esos avisos. Jamás las he visto más gordas. Cosa natural; en mi pueblo no había gacetas.

—La cosa es lo más fácil del mundo ¿No recuerda V. las señas de Dionisio? ¿Su figura? ¿Su empaque? Negro criollo, prieto, rechoncho, marcado de viruelas, cara redonda, grandes entradas, boca grande, nariz chata, buenos dientes, ojos saltones, cuello corto, aire aristocrático, oficio cocinero, sabe leer, debe darse por libre, falta de la casa de sus amos desde tal fecha; se dará una buena gratificación al que lo capture y entregue en *tal* parte, haciendo responsable a daños y perjuicios, etc., etc. Todo como se lee cada día en el *Diario,* bajo el epígrafe o como se llame, de . . . *Esclavos y prófugos.*

—Ya, ya, me parece bien dicho todo eso, señora doña Rosa. Suena lindamente de palabra, mas cójase la pluma y póngase en el papel . . . Declaro sin vergüenza, mi señora, que no me da el naipe en achaque de escritos para gacetas. Claro, yo no nací para gacetillero, y el que no nació para casado, dice el refrán, que no engañe a la mujer.

—En muy poca agua se ahoga V., D. Melitón. ¿Se atrevería V. a repetir lo que acabo de decirle?

—Creo que sí. Talento me falta, memoria no, me sobra.

—Está bien. Pues para que no se olvide, ahora mismo se va V. a la imprenta del *Diario.* Se halla en esta calle, pasados los portales del Rosario, una casa de zaguán, con dos ventanas de espejo, donde antes se jugaba a la lotería

de cartones... Ahí. Entra V. y busca a D. Toribio Arazoza, el redactor. No puede V. equivocarse: es hombre de facha ordinaria, gordiflón, barbudo... Casi nunca se afeita, siempre se ríe con los labios, no con el semblante... V. me entiende. Pues a éste le relata V. cuanto le he dicho de Dionisio, que él sabe cómo se redactan los avisos sobre esclavos prófugos.

Apenas salió D. Melitón, doña Rosa levantó los ojos y las manos juntas al cielo, y exclamó: —¡Ah! ¡Qué Mayordomo tan bruto tiene mi marido! Por milagro anda en dos pies.

A la vuelta de éste de la imprenta, le despachó el ama en una volanta de alquiler, camino del Cerro, para inquirir si ya había sido conducido Dionisio al depósito de negros cimarrones que tenía establecido el Consulado de Agricultura y Comercio de la Habana e isla de Cuba, contiguo al elegante sitio de recreo de los señores condes de Fernandina. No se hallaba allí el prófugo, por la sencilla razón de que sólo se remitían a ese depósito general aquellos negros de las fincas rurales que, alzados a los montes, se cogían vivos con perros, y que, por su ignorancia o malicia, no podía averiguarse de pronto el nombre de sus legítimos dueños.

Pesquisas tan infructuosas empezaban a sembrar el desaliento en el ánimo de doña Rosa, cuando se presentó en su casa un negro en traje militar para pedirle con la mayor cortesía una audiencia de pocos minutos. Le midió ella de alto a bajo con una mirada inquisitiva, y dijo:

—¿Tondá?

—Muy humilde criado de la señora —contestó él haciendo un arco de su esbelto cuerpo.

—¿Qué se ofrece? —preguntó seria doña Rosa.

—¿No es de la señora un aviso sobre un moreno huido?...

—Sí.

—¿Cómo se llama el moreno?, y perdone la señora...

—Dionisio.

—¿Dionisio Jaruco?

—No, Gamboa, pues es mi esclavo. Bien que, como criollo de Jaruco, no es extraño que pretenda pasar por ese apellido.

—El mismo que yo sospechaba. En el baile de corte que dio la gente de color allá afuera la antevíspera de Nochebuena, conocí a un moreno que se decía Dionisio Jaruco. Sus señas corresponden fielmente con las que le dan en el *Diario,* y creo no me será difícil cogerlo, si la señora me concede el permiso para buscarlo.

—Regalaría dos onzas de oro al que lo capturase, tres, cuatro, cualquier dinero. Ha cometido una gran falta y deseo castigarlo cual merece. Temo que se resista. El la echa de guapetón.

—No tenga la señora pena por eso. Se lo voy a traer amarrado codo con codo.

—Mi regalía es segura.

—No me lleva el dinero, me lleva solamente aquello de que quien la debe que la pague. Cumplo con las órdenes de mi jefe, el Excelentísimo señor D. Francisco Dionisio Vives, que, con la aprobación de S.M. el Rey, que Dios guarde muchos años, me ha comisionado para prender a los delincuentes de color.

Salía temprano María de Regla de la casa en la calle de San Ignacio; llamaba a la puerta de la de mejor apariencia, mandaba el papel a la señora, y sentada en el umbral, mientras descansaba venía la respuesta, reducida invariablemente a que el ama tenía bastantes criados y no necesitaba ninguna de alquiler. Teníase por denigrativo entre la gente de color el servir a otra persona que el amo, género de idiosincrasia de que no tuvo María de Regla ni sospecha sino al cabo de muchos chascos y desengaños parecidos al que acaba de mencionarse. En realidad no abrigaba ella intención ni esperanza de obtener alquilador o amo: ambas cosas la repugnaban altamente, estimando uno u otro extremo como la mayor desgracia que podría sobrevenirle. Si hubiera sido mujer capaz de mostrar en el rostro a primera vista las emociones del espíritu, el más miope habría podido observar cómo se enrojecía de la vergüenza cada vez que sacaba el papel del seno para darlo al criado que venía a abrirla la puerta.

Su intención, su esperanza, el deseo más vehemente de su alma al solicitar la vuelta a la Habana, fue buscar a Dionisio para unirse a él si estaba vivo, o quitarse la vida si había muerto. Por eso, lejos de sentirlo, experimentaba una especie de regocijo secreto siempre que le devolvían el papel acompañado de un no, seco y decisivo. Pero el plazo que le habían concedido era, sobre corto, fijo; ya habían cursado varios días en vanas diligencias; si se cumplía y no presentaba alquilador ni amo ¿qué haría su señora, mujer de carácter tan firme y severo con sus esclavos? En estos críticos momentos su hija Dolores la reveló la substancia de la conversación que doña Rosa acababa de tener con Tondá, cuyo nombre y hechos andaban en boca de todos; y aguijoneada por el temor de parder de una vez a su adorado Dionisio, resolvió dedicar los pocos días que del plazo fatal le restaban, a la consecuencia del que ya era el único objeto de su existencia.

Tomando lengua, se dirigió una mañana temprano al mercado de la plaza Vieja, uno de los dos que entonces existían dentro de los muros de la ciudad. Era aquél un hervidero de animales y cosas diversas, de gentes de todas condiciones y colores, en que prevalecía el negro; recinto harto estrecho, desaseado, húmedo y sombrío, circunscrito por cuatro hileras de casas, quizás las más alterosas de la población; todas, o la mayor parte, de dos cuerpos, el bajo con anchos portales de alto puntal, que sostenían balcones corridos de madera.

Al pie de uno de los pilares de aquéllos se apoyó María de Regla y se estuvo largo rato contemplando en melancólico silencio el abigarrado y revuelto cuadro del mercado. Todo allí era nuevo para ella. En el centro se alzaba una fuente de piedra, compuesta de un tazón y cuatro delfines que vertían con intermitencias chorros de agua turbia y gruesa que, sin embargo, reco-

gían afanosos los aguadores negros en barriles para venderla por la ciudad a razón de medio real de plata uno. De ese centro partían radios o senderos, nada rectos por cierto, en varias direcciones, marcados por los puestos de los placeros, al ras del piso, en la apariencia sin orden ni clasificación ninguna, pues al lado de uno donde se vendían verduras u hortalizas, había otro de aves vivas, o de frutas, o de caza, o de raíces comestibles, o de pájaros de jaula, o de legumbres, o de pescados de río y de mar, todavía en la cesta o nasa del bote pescador; o de carnes frescas servidas en tablas ordinarias montadas por sus cabezas en barriles o en tijeras movibles; y todo respirando humedad; sembrado de hojas, cáscaras de frutas y de maíz verde, plumas y barro; sin un cobertizo ni un toldo, ni una cara decente; campesinos y negros, mal vestidos unos, casi desnudos otros; vaharadas de varios olores por todas partes; un guirigay chillón y desapacible, y encima el cielo azul, visto como a través de una claraboya, en que aparecía uno que otro volador celaje, imitando, ya transparente cendal, ora las alas de ángeles invisibles.

Entraban en la plaza y salían de ella negros y negras; éstas con el propósito de hacer la provisión diaria de casa de sus amos, aquéllos con el de procurarse al precio de por mayor las carnes, verduras o frutas que revendían al por menor dentro de la ciudad o en sus barrios extramuros: tráfico este, de paso sea dicho, bastante lucrativo en no pocos casos.

Había algo en el traje nuevo de prusiana que vestía María de Regla; en el modo de llevar el pañuelo de seda con que se velaba a medias los mórbidos hombros y el de Bayajá con que se cubría las pasas; en el color negro lustroso de la cara y brazos desnudos y torneados, anunciando salud y robustez; en su aspecto general de forastera; en la tristeza o timidez que su semblante y actitud revelaban; había algo, decimos, en todo esto, que no podía menos de llamar la atención, aun de las personas indiferentes y muy ocupadas de sus propios quehaceres.

Pero todas, quier curiosas, quier compasivas o naturalmente observadoras, ya entrando en la plaza, ya saliendo de ella, le echaban una mirada de través a la ex enfermera, y seguían de largo. Su actitud aparentemente contemplativa (de ningún modo su traje) hacía sospechar a primera vista que la aquejaba una dolencia extraña, o que, siendo demasiado novicia o corta de genio, no acababa de tender la mano y pedir una limosna por el amor de Dios al transeúnte. Cualquiera de estos motivos era bastante para enfriar la compasión y apagar la curiosidad en la clase de gente que acudía al mercado. Solamente una negra gruesa, con tendencia a la obesidad, y de fisonomía franca y alegre, que salía con un tablero lleno de carne a la cabeza, tuvo suficiente resolución para detenerse delante de la cuitada forastera, preguntándole de un modo brusco, mas benévola expresión:

—¡Ah! *¡Cristiana!* ¿Qué hace ahí *pará?* ¿Qué ha *perdío?*

—Mi marido —contestó de plano María de Regla.

Lo inopinado de la pregunta no le dio tiempo a ocultar aquello que más fijo tenía en el pensamiento.

—¡Su *marío* —replicó asombrada la carnicera—. *Pué échatelo a buscá.* Remedó con esto el dicho de los muchachos en el juego de la gallina ciega.

—En eso ando —repuso la ex enfermera con un suspiro lastimero— hace mucho tiempo.

—¿Como *cuanta*?

—¡Uf! Como doce años.

—*¡Ojó! La vía de un cristiana. ¿Cómo ñama su marío?*

—Dionisio.

—*¡Dionisia, Dionisia! No mi ricorda. ¿Aónde viva?*

—Yo no sé. Por eso lo busco.

—*¿Uté no e de la suidá?*

—No, no soy de la ciudad. He vivido en el campo más de doce años.

—*¡Anjá! ¿Uté deja su marío atrá?*

—Yo no lo dejé, mis amos me separaron de él.

—*¿Uté e cravo, no?*

—Sí, esclava soy por desgracia. Me han tenido desterrada en la Vuelta Bajo por todo el tiempo que le he dicho, y hace pocos días que me trajeron a la ciudad para buscar amo o una persona que me alquile. Aquí en el seno tengo el papel. De tanto guardarlo ya está sucio. He andado de ceca en meca y no he encontrado quien me compre, ni me tome en alquiler. Estoy cansada, aburrida, y ahora busco a mi marido que desapareció de casa en los días de Pascuas.

—Venga *colmiga* —dijo la carnicera; y mientras subían por la calle del Teniente Rey o Santa Teresa, preguntó—: *¿Cómo ñama uté?*

—Yo soy María de Regla Santa Cruz, para servir a usted.

—*¡Ah! ¿Uté e sija de Dolore Santacrú?*

—No. Dolores y yo fuimos esclavas de los señores condes de Jaruco. A la muerte del señor Conde, viejo, nos vendieron en pública subasta para pagar las costas de la testamentaría y las deudas. Yo estaba recién casada con Dionisio, y por fortuna nos compró juntos D. Cándido Gamboa, comerciante de esclavos de Africa. Desde entonces no sé de Dolores. ¿La conoce V.?

—*La conoca bien. Dolore vende carne, vende fruta, vende tóo, y Dolore se liberta. Depué, Dolore me saca del barracó. Aquí tiene la jierre entoavía.* —Sobre el homoplato derecho se le veían las iniciales G.B. marcadas con un hierro candente—. *Dolore compra un casite y yo vende carne, vende duse y vende tóo pa ella. Yo trabaja, trabaja y mi liberta tambié. Lo branco mete pleito con Dolore, Dolore mete pleito con lo branco y le escribán, y le abogá, y le procuraó y le jué se come le dinera, la casite, tóo que Dolore tien. Dolore se pone loco y ahora elle etá serrá a San Dionisia.*

—¡Pobrecita! No sabía su triste suerte. ¡Loca! ¿Qué llama V. San Dionisio?

—*La casa de lo loca que ha jecho la gobernaó.*

—Me parece que si las cosas siguen como van, un día de estos voy a hacerle compañía a Dolores en la nueva casa de San Dionisio.

—*Si uté quiée trabajá, yo le da trabaja pa jace dinera.*

—Estoy dispuesta a hacer cualquier cosa con tal de ganar dinero y ver si puedo libertarme con mi marido y mis hijos. ¿Dónde vive V.?

—*Vive ne la calle Ancho.*

—¿Dónde es eso?

—*Allá fuer. Yo tien marío. Mosotro no son casá por le iglese. Elle e carretiller, que vende agua, y yo vende carne, mantec, güeve, frute, tóo que puée.*

—¿Cómo se llama V.?

—*Me ñama Ginoveve Santa Crú. Mi marío e Tribusio Polanca. Elle tien uno sijo ñamao Malanga que ha sacao mala cabesa. ¡Ha matao ma branco! . . . Tondá lo coge como ratón con quesa le dominga depué de Niño Perdío, cuando diba nel entierre de ñá Chepa Alarcó.*

—¿Chepilla Alarcón? —repitió preguntando María de Regla.

—*Sí, sí* —agregó Genoveva—. *Le meme. Asín se ñamaba. Ha perdío un güen caserite.*

—¿Tenía una nieta?

—*Si, tube un. ¡Ma linde! ¡Ah! qué bunite! No la ha vito ma bunite en la vía.*

En este punto, trayendo la calle del Aguacate, las dos negras cruzaron la de O'Reilly, e indicó de paso Genoveva, con el dedo, a María de Regla la casita, entonces cerrada, donde había fallecido la anciana de que hablaban. En la inmediata calle de la Bomba, la guía torció a la izquierda y llamó a la tercer puerta de la derecha con el acostumbrado pregón de: *¡Caserite! ¿No mi toma na hoy?*

Respondió al llamado nada menos que Nemesia Pimienta, sólo conocida de la vendedora como su parroquiana reciente, desconocida del todo para la ex enfermera del ingenio de *La Tinaja.* Mientras aquélla servía la carne de puerco, la manteca y los huevos que le pidieron, ésta que se había quedado algo atrás, cosida al batiente cerrado, registró a su sabor una buena porción de la sala. Arrimada a la testera de frente para la calle, se hallaba sentada en un columpio con los pies apoyados en el travesaño de la silla que tenía delante, una joven que a María de Regla le pareció blanca. De ese color era su vestido; pero negro el del pañuelo de batista que ceñía su torneado cuello; negro el del copioso cabello hecho dos trenzas que coronaba la bien modelada cabeza; negro el de los zapatos de carro de oro que aprisionaban sus piececitos de elevado empeine y arqueado puente. La hermosa desconocida vestía luto en el cuerpo y en el corazón, según la honda tristeza que anunciaban, tanto su semblante como su actitud. Por las prendas de ropa que se veían en el suelo, en el respaldo de la silla y en su mismo regazo, se echaba de ver que cosía; de cuya labor no levantó los ojos sino en los momentos en que su compañera, que se ocupaba del mismo modo, abría la puerta de la calle y ayudaba a deponer en el quicio el tablero pesado de la vendedora.

Para que se fijara la imagen hechicera de la enlutada en la viva memoria de María de Regla, no pudo ser más propicia la ocasión; y de tal modo fue así, que luego repetía a media voz, paso a paso detrás de su protectora: ¡la niña Adela! ¡la niña Adela!, comparando allá en su mente la fisonomía de aquélla con la de la más joven de sus amas.

Como oyese la carnicera la cantinela, dijo en tono de reprensión:

—*¡Ah Ese niñe no ñama Adel, ñama Sesil*

Más vale callar, pensó María de Regla, y no replicó palabra; pero se quedó en sus trece, por cuanto siguió creyendo en que había singular semejanza entre su niña y la enlutada de la casa en la calle de la Bomba, cuyas señas guardó para la primera oportunidad.

Hasta las dos de la tarde anduvieron las negras vagando por las calles de la ciudad; y en el medio tiempo logró la carnicera reducir a plata los efectos que llevaba en el tablero. Por la puerta llamada popularmente de la Muralla, salieron a la alameda y se sentaron en un asiento de piedra, protegido por un árbol frondoso, entre el antiguo café de Atenas y la estatua de Carlos III.

De una mugrienta bolsita de cañamazo cuya boca se recogía con un bramante, y que Genoveva llevaba en el seno, sacó y contó hasta doce pesos en pesetas sevillanas, reales y medios de plata, de los cuales, deducidos los siete, poco más o menos, coste de las mercancías negociadas, restó una ganancia neta de cinco duros. No se requería conocimiento de los números para hacer la cuenta, ni de más convincente argumento para probar lo remunerativa de aquella industria. Convencida de ello, se decidió a adoptarla María de Regla.

Hablaba después ella de lo que se decía respecto de su marido, de la herida que había recibido en riña, por aquel mismo barrio, y de su desaparición desde la víspera de Noche buena. Entonces recordó Genoveva haber oído decir a Malanga, que por esa fecha había amparado a un moreno que encontró mal herido a la entrada de la calle Ancha. Esta especie la había corroborado en todas sus partes el carretillero aguador, quien momentos antes que su malévolo hijo, según se recordará, pasó por allí y no se detuvo porque juzgó muerto al herido. Preso en la cárcel Malanga, no era fácil averiguar de pronto quién fuese, ni qué se había hecho el moreno herido; pero María de Regla se convenció que no podía ser otro que Dionisio, y se propuso explotar en todos sus alcances datos tan precisos.

En este punto de la conversación de las dos mujeres, pasó a caballo por delante de ellas, y atravesó el centro del Campo de Marte, en dirección de la calzada de San Luis Gonzaga, el joven negro militar, de que hemos hablado varias veces.

—¡Tondá!, —dijo Genoveva indicándoselo a su compañera.

Sin poderlo remediar, a su vista diole un vuelco el corazón a María de Regla. Es que creyó ver a Dionisio en las garras de aquel joven intrépido que portaba sable, que la ley protegía, y que el prestigio de sus muchos actos de valor heroico hacía casi invulnerable. Se puso en pie por un impulso desconocido, dio algunos pasos en la dirección que llevaba cuando le perdió de vista

tras la nube de polvo que levantaban las patas de su veloz caballo en la distante calzada, retrocedió al asiento y se desplomó sin habla junto a su asombrada amiga.

Fue causa este ligero incidente para que las dos mujeres tardaran todavía algún tiempo antes de ponerse de nuevo en camino. Pero no bien entraron en la calle Ancha, echaron de ver desusada agitación y extraño movimiento de pueblo. Hombres, mujeres y muchachos corrían como desatentados en opuestas direcciones. Los más se refugiaban en sus casas, cerraban las puertas con estrépito y se asomaban a los postigos de las ventanas para preguntar al vecino o al transeúnte el motivo de aquellas carreras, cerramientos de puertas y exclamaciones. Este contestaba: un fuego en Jesús del Monte; el otro: Un levantamieinto de negros en la tenería de Xifré; aquél: un robo en la calle de las Figuras; quién: un matado.

El último en hablar fue el único que se acercó a la verdad, confirmando la noticia algo después de las tres de la tarde, con muchos aspavientos y palabras inconexas; el carretillero o aguador Polanco. Muy conocido en el barrio, su aparición en la calle Anche fue saludada con un escopeteo graneado y cruzado de preguntas de ventana a ventana. Ocioso era aquel trabajo, porque él de motu propio venía anunciando la muerte alevosa de Tondá, delante de la zapatería de la calle de Manrique esquina a la de la Maloja.

Por Malanga, preso en la cárcel pública, había averiguado Tondá el asilo de Dionisio Gamboa, y corrió a prenderlo con aquella confianza y descuido que nacen del valor llevado hasta la temeridad. Llamado a la puerta del obrador por un hombre tan conocido como Tondá, no pudo Dionisio equivocar sus intenciones, y desde luego, formó su resolución. Se levantó del banco en que trabajaba, y se acercó con las manos a la espalda, en ademán de entregarse.

El movimiento de avance por parte del prófugo determinó otro opuesto por parte del perseguidor, que le fue fatal. Grande, como se ha dicho, era el desnivel de la calle, y había además detenida entonces a la puerta de la zapatería una volanta alquilona que obstruía el paso. Para hacer campo, Tondá, ya desmontado, retrocedió corto trecho; descuido este de que se aprovechó en el instante el astuto cocinero, para metérsele dentro y abrirle el vientre de lado a lado con el mismo trinchete de que se servía para las reparaciones de la suela de los zapatos. Herido y todo el heroico Tondá, persiguió al asesino, cayendo exánime a poco andar en medio de la honda calle.

El hecho es histórico en casi todos sus pormenores.

CAPITULO IV

¿Qué soñar con el que adora,
y qué sufrir cuando tarda,
y qué temer cuando llega,
y qué llorar si se marcha?

J. Velardo

En una mañana del benigno Enero diole a Cecilia un vuelco el corazón, y dijo entre sí: ¡Eh! Viene él hoy. Y desde ese momento no pudo pensar en otra cosa, ni hacer nada de provecho. Veces infinitas se asomó al postigo de la ventana, creyendo la cuitada que así apresuraría la venida del objeto de sus ansias; y otras tantas se dejó caer, desfallecida de alma y de cuerpo, en el columpio arrimado a la testera opuesta.

De poco le valió el volverse toda oídos. Por el contrario, tal era la ofuscación de sus sentidos, que escuchando no oía, mirando intensamente no veía. Esto explica por qué se pasaron algunos segundos antes que ella realizase la presencia del amante, llenando el hueco de la entornada puerta de la calle, cual en un espejo su imagen adorada. Entonces, olvidada por completo de sus propósitos de venganza, de los desdenes anteriores, de los supuestos agravios recibidos con sus veleidades y su marcha al campo, corrió a su encuentro con los brazos abiertos, le besó y se dejó besar por él en el delirio de la pasión. No cabe duda, el hecho de la corta ausencia había obrado el milagro de convertirlos en íntimos amigos, en cariñosos hermanos, en ternísimos amantes.

—¿Estás sola? —le preguntó él.

—Sola, —contestó ella con lánguida expresión.

—¿Me esperabas? —agregó tiernamente teniéndola estrechada todavía por la cintura.

—Con el alma y con la vida, —repuso la joven en su amoroso entusiasmo.

—¿Quién te dijo que yo venía hoy?

—¡El corazón!

La besó de nuevo en los ojos y en la boca, y añadió:

—Te hallo pálida y más delgada que a mi partida para el campo.

—¿Le parecen poco las noches y los días que he pasado sin pegar los ojos velando a mamita? Tampoco han faltado otros sinsabores...

—¿Cuándo se enfermó tu abuela?

—Desde el año pasado mamita no gozaba de salud. Pero su gravedad se puede decir que principió la víspera de Noche buena. Cuando yo llegué, a eso de las dos de la madrugada, la encontré con una calentura que volaba... No se levantó más.

—¿Dónde habías estado tú hasta esa hora?, —preguntó el joven sorprendido.

—En una parte.

—¿En qué parte?

—¡Oh! En una parte.

—¿Me dirás dónde?, —le preguntó Leonardo poniéndose serio.

—Espero que me diga V. antes dónde ha estado todo ese tiempo, —replicó ella no menos seria, tratando de herir por los mismos filos.

—Yo he estado donde tú sabes.

—Ya, en el campo, V. me lo dijo. ¿Pero se fue V. por mi voluntad?

—¡Ah! ¡Vengativa! ¿Esas teniendo? Según eso, tú has estado en *una parte* por pique conmigo.

—Por pique no. No tengo nada de vengativa. Ni un tantico. Lo que yo no quiero, lo que no puedo aguantar es que me la den de boba. Fue V. a divertirse con sus amigas en el campo, ¿había de quedarme en casa encerrada como monja? No faltaría más.

—Fui de mala gana. Hubiera preferido quedarme, pero mamá se propuso llevarme... ¿No te lo dije así?

—Me lo dijo con la lengua.

—Yo no digo mentira.

—¿No tiene V. la boca debajo de la nariz como los demás hombres? Va que sí. Ninguno dice mentira. ¡Qué! Sería un pecado. ¿Pero cuál de Vds., si se ofrece, no engaña a la mujer más buena del mundo?

—¿Qué sabes tú de eso?

—Mucho más de lo que V. se figura. Muy lépero[1] ha de ser el que se burle de mí.

—No hables boberías y dejémonos de cosas que no tienen fundamento. Es gana que busques motivos de quejas. Tú no puedes ponerte brava conmigo. Dime, ¿en dónde estuviste la víspera de Noche buena?

—¿De mal a mal?

—De bien a bien, cielo mío. De ti no quiero ni la gloria de por fuerza.

[1]Astuto.

—Eso sí. Pues venía del baile de etiqueta que dio la gente de color en la casa de Soto, allá afuera.

—¿Cómo fuiste?

—A pie.

—No quiero decir eso. ¿Quién te convidó? ¿Con quién fuiste al baile?

—Me convidó Uribe el sastre, que fue uno de la comisión, y fui al baile con Clara su mujer, con Nemesia y con José Dolores su hermano...

Leonardo torció el ceño y no supo ni pudo ocultar su disgusto.

—El que se pica ajos come, —dijo Cecilia sonriendo—. ¿Qué diré yo cuando recuerde que V. fue al campo para seguir a una guajira?

—Veo que no pierdes la ocasión de zaherirme, —dijo Leonardo disimulando su desazón—. Y me parece que serías capaz de querer a cualquier hombre con tal de darme *caritate*.[2]

—No tanto, ni tan calvo que se le vean los sesos. Hay muchos hombres a quien no podría querer por más picada que estuviese con el preferido de mi corazón.

—Malo es que tú seas de naturaleza celosa y vengativa.

—Sea V. leal y constante y nada tendrá que temer de la mujer más vengativa y celosa nacida.

—Con las celosas no valen la lealtad ni la constancia del amante más fino. Mucho menos valen si tú das entrada a hombres con quien no debes ligarte.

—¿A quién he dado yo entrada? Vamos, explícame.

—¿Quieres oírlo de mi boca? ¿Quién te acompañó al baile estando yo ausente? ¿Con quién bailaste? ¿En casa de quién vives ahora?

—¿Y eso es lo que V. llama darle entrada a los hombres?

—Por ese camino al menos se va derecho al corazón de las mujeres.

—No al mío que está forrado y claveteado en cobre. Pero si de alguno no debe V. abrigar recelo es del hermano de Nene. Entre nosotros no ha cabido nunca, creo yo, más que una sincera y desinteresada amistad. Nosotros nos conocemos y tratamos desde chiquitos. Hemos jugado juntos a la gallina ciega y a la lunita, hemos crecido el uno al lado del otro sin pensar en amores, al menos por mi parte. Sé que siente por mí un cariño entrañable; sé que se desvive por mí; sé que su mayor delicia es serme útil; sé que tiene orgullo en adivinar mis pensamientos; sé que si le pido un favor se aflige y se culpa a sí mismo porque no se adelantó a mi deseo; sé que no consentirá me ofendan ni las moscas; sé que es capaz de cometer cualquier locura por agradarme; sé que me cree el *non plus ultra* de las mujeres; sé que tiene celos de V. que se lo comen vivo; pero aún no me ha hecho una declaración de amor. Sabe, el pobre, porque no tiene un pelo de tonto, que yo no he de quererlo, ni casarme con él en la vida. Muchas veces lo he sorprendido mirándome cual se mira a las santas; yo he hecho como si no lo notase o entendiese y él no se ha atrevido a declararse. De aquí no ha pasado desde que nos

[2]Provocar los celos.

conocemos. En su trato es una dama, muy galán y respetuoso con las mujeres, bien criado con los hombres; sólo le falta la cara blanca para ser un caballero en cualquier parte. Le hablo con esta claridad de José Dolores porque se me figura que a V. no le cae en gracia, que no lo ve con buenos ojos.

—Te engañas, —dijo Leonardo alarmado por el hermoso retrato que acababa de trazar Cecilia de José Dolores Pimienta—. No tengo prevención ninguna contra *tu amigo*. No lo miro con buenos ni con malos ojos, por la sencilla razón de que no me cuido si vive o si muere. A mí no puede hacerme sombra semejante sastrecito. Siento, sí, que en estas circunstancias hayas creído necesario explicarme la clase de relaciones que ha existido y existe entre Vds. dos. No me interesa eso en lo más mínimo.

—A V. le corresponde hablar así, a mí no. Sería la más descastada de las mujeres si olvidara por un momento los muchos favores que le debo a José Dolores. El fue mis pies y mis manos, mi todo, durante la enfermedad de mamita; él hizo los mandados; él llamó varias veces al médico; él trajo las medicinas de la botica; él hizo caldos de gallina para la enferma; él veló conmigo a su cabecera; él fue por los óleos a San Juan de Dios; él corrió con el entierro; él lloró tanto como yo la muerte...

En este punto los sollozos y las lágrimas le cortaron la palabra a Cecilia. Después continuó como ofendida por el tono y las frases despreciativas que había empleado Leonardo respecto de José Dolores:

—Hay favores que no se pueden pagar bastantemente; la mujer que los olvida no merece el pan que come. José Dolores siempre me ha distinguido y respetado, y lo que es en el baile sacó la cara por mí, exponiéndose a la muerte.

—¿Con qué motivo sacó la cara por ti?

—Con motivo de haberme ofendido un negro.

—¿Por qué te ofendió?

—Porque me negué a bailar con él.

—¿Lo desairaste?

—No. Yo no lo conocía. Era un intruso...; ¿por qué había de bailar con él? Además, tenía comprometido el minué con Brindis. Tampoco quería yo bailar pieza con negros. Las dos o tres que bailé con ellos fue por compromiso.

—El mal estuvo en tu concurrencia a un baile de gente de color...

—Lo sé, lo confieso, me pesará toda la vida haber ido. Eso me parece que le apresuró la muerte a mamita.

Volvió a llorar Cecilia; y Leonardo, para alejar de su mente aquella idea, o para averiguar lo que había ocurrido dentro y fuera del baile, le preguntó:

—¿Qué casta de negro era el que te ofendió?

—No sé. En mi vida le había visto. Tampoco me conocía él a mí sino por mera inferencia. Creo que me invitó a bailar para tener la ocasión de insultarme y vengar así su agravio que supuso alguien le había hecho por mi causa.

—¿Quién le hizo el agravio?

—No lo dijo. Sólo dijo a gritos que yo tenía la culpa de que se viera separado de su mujer.

—Debía estar loco o borracho.

—Borracho no, más bien loco. Daba miedo. También me dijo que me vio cuando yo gateaba; que sabía quién era mi madre y que conocía a mi padre como a sus manos.

—Mal pudo conocer a tus padres, —observó Leonardo con aire sentencioso— siendo así que eres hija de la Cuna. ¡Disparate!

—¡Ah! Escuche, —agregó Cecilia recordando—: dijo que su mujer fue quien me crió, que yo era mulata y que mi madre vivía y estaba loca.

—¿No se averiguó cómo se llamaba ese diablo de negro?

—Sí, se supo al fin. Lo reconoció un oficial de la sastrería de Uribe. Lo llamó por el nombre de Dionisio Gamboa, aunque él sostuvo que no se llamaba así, sino Dionisio Jaruco.

—¡Ah! Perro! —exclamó Leonardo apretando los puños al mismo tiempo que los dientes—. ¡Qué buen novenario merece! Lo llevará, como hay un Dios en el cielo, en cuanto se le capture. A bien que ya Tondá le sigue la pista. No hay tal Dionisio Jaruco ni calabaza. Su nombre sí es Dionisio, pero su apellido debe ser Gamboa, porque pertenece a mamá. El muy indigno, mal agradecido, infame, al robo de la ropa antigua de papá ha añadido la fuga y dejado a mamá sin cocinero. A ningún negro se le han consentido en casa más desvergüenzas que a él. Y véase el resultado. La pagará. Que se esconda bajo siete estados de tierra, de ahí le sacarán. Se le castigará cual merece, lo juro. Me parece que si le desuellan vivo no paga las que debe. Después, atreverse a insultarte...!

Arrebatado por la cólera, tardó algún tiempo en comprender Leonardo que había asustado a Cecilia con tan inoportunas amenazas, además de ponerse en ridículo a sus ojos, pues ésta advirtió sin esfuerzo que el furor de su amante contra el negro no procedía tanto del agravio a ella inferido, cuanto de haber dejado la familia sin cocinero. Volviendo sobre sus pasos, aunque tarde, añadió el joven:

—Pero, a todas estas, ¿qué has tenido tú que ver con la separación de Dionisio de su mujer? Nada, absolutamente nada. Dado que fueses nacida cuando mamá zampó a María de Regla, la mujer de Dionisio, por escandalosa y desobediente, en el ingenio de *La Tinaja*. Y si no habías nacido, ¿cómo pudo criarte? Ella sí crió a mi hermana Adela. Vamos, es un disparate, una equivocación suya, pretexto para desfogarse contigo que no podías devolverle el insulto.

—Para eso —dijo Cecilia con satisfacción— que le costó caro el meterse conmigo. A la salida del baile esperó a José Dolores en la esquina de la calle Ancha. Pelearon con cuchillo y el negro cayó a los primeros golpes...

—¿Muerto? exclamó Leonardo, que no esperaba semejante desenlace.

—Me parece que no. El quedó en el suelo quejándose mucho. ¿Le duele a V. que se le hubiese castigado tan pronto la falta?

—No, no, —se apresuró Gamboa a corregir la de galantería que acababa de cometer manifestando sentimiento por la herida de su esclavo. —No me duele perder un negro. Tenemos muchos. Siento sí que tú hayas estado por medio. Fue un escándalo. ¡Tú complicada en un homicidio! Mas hablando de otra cosa, ¿qué médico asistió a tu abuela en su enfermedad?

—Montes de Oca.

—¿Cómo vino él a curarla?

—Yo fui por él.

—¿Le conocías?

—De vista.

—¿Le conocía tu abuela?

—Ella sí. Mamita fue a verlo a su casa y él venía a verla todos los meses.

—¿Para curarla?

—No. Mamita no había estado casi nunca enferma de médico.

—¿Qué dares o tomares se traían ellos?

—Mamita recibía una mesada por conducto de Montes de Oca.

—¡Una mesada! Ahora recuerdo que hace mucho tiempo Montes de Oca le tomó a papá en alquiler esa misma María de Regla, mujer del cocinero, para criar a una niña, hija ilegítima de un amigo suyo. Y he aquí descifrado el porqué de la equivocación de Dionisio. Seguro, se figuró que tú eras la tal niña. Por supuesto, tú no fuiste, pero ¿quién saca al muy bestia del error? Ni habías nacido entonces. Mira tú, después de eso María de Regla crió a Adela por cerca de dos años. Lo que te sé decir es que esa crianza le ha costado muchos disgustos a mamá. Montes de Oca se comprometió a pagarle dos onzas de oro a papá por el precio del alquiler de María de Regla. Sospecho que nunca cumplió, porque él es mal pagador. Hallo, pues, extraño, incomprensible, que Montes de Oca le pasara una mesada a Vds. ¿No sabes tú su origen?

—No entiendo, —contestó Cecilia dudosa.

—Quiero decir, —repuso Leonardo—, que si tú sabes el motivo, la razón, o como se llame, del por qué le pasaban la mesada a tu abuela.

—No lo sé; mejor dicho, no me he puesto jamás a averiguarlo.

—Tú lo sabes y no quieres decírmelo. Lo leo en tus ojos.

—Mal lector es V. entonces.

—Niego a pie juntillas que Montes de Oca pasaba la mesada por cuenta propia.

—También lo niego yo.

—¡Ah! ¿Ves? Tú sabías y me lo negabas.

—V. no me preguntó eso. V. me preguntó que si yo sabía el origen o el motivo de la mesada, y todavía estoy en ayunas. Lo único que sé es que Montes de Oca la pasaba por cuenta de un amigo...

—Que tú conoces, ¿no? —la interrumpió Leonardo.

—De vista —contestó Cecilia a medias.

—Su nombre.

—¡Ay! Ese queda para el curioso lector.
—Dilo, dilo, —la instó el joven cogiéndole la mano—. No deseo saberlo por mera curiosidad, sino por algo que te diré después.
—V. lo conoce como a sus manos.
—¿Quién, pues?
—Su padre de V.
—¡Mi padre! —exclamó Leonardo asombrado de la revelación—. ¡Será posible que mi padre lleve la pertinacia...! —Se contuvo y agregó luego—: ¿Estás segura?
—Segurísima.
—Desde que yo era chiquitica.
—¿Cómo le conocías?
—De verlo en las calles. A cada rato tropezaba con él. Cuando menos lo esperaba lo tenía encima. Se ponía bravo y me decía muchas cosas: que estaba hecha una mataperros, perdida, mal criada, y que iba a hacer que me prendieran los soldados.
—¿Sabías tú su nombre entonces?
—No, ni lo supe hasta mucho después, cuando me había hecho una mujer. Conmigo no ha tenido él amistad, con mamita sí. De Corpus a San Juan solía hablarle por la ventana, siempre de mí.
—¿Qué le decía?
—Nada bueno, por cierto. Le decía, por ejemplo, que me celara de V.; que no me dejara ir a bailes con V.; que era muy enamorado; que tarde que temprano me dejaría V. por otra; en fin, que V. estaba para casarse con una muchacha muy rica y sólo aguardaba a recibirse de Bachiller en leyes.
—Me sorprende oír eso de mi padre. No lo creería si otra persona me lo dijera. ¿Qué objeto le lleva verdaderamente en el asunto? Su conducta contigo aleja la idea del amor. No está enamorado de ti, no. Tampoco ha sido él hombre de enamorarse por andar alegre. Ahora me desengaño...
—Es que mamita también estaba opuesta a nuestras relaciones. A la hora de su muerte me mandó que no lo quisiera a V.
—Tú no piensas en obedecerla, ¿no es así?, —dijo el joven apasionadamente.
—Ya es demasiado tarde, —contestó Cecilia poniéndose colorada. Después añadió en voz baja: —Dios quiera que no me pese haber desobedecido a mamita.
—Nunca te pesará, —repuso Gamboa con calor— te lo juro por lo más sagrado, el haberme querido bien. Veo, entre tanto, que nada de lo que has dicho explica el enredo de la mesada. ¿Por qué, a santo de qué se la pasaba mi padre a tu abuela? Ve aquí lo que me encalabrina y desespera. Es posible que continúe pasándotela a ti...
—Tal pienso yo, —dijo Cecilia bastante afectada.
—No es eso lo peor, —agregó el joven reflexionando—, sino que el médico te cobrará la cura de la enferma. Del árbol caído todos hacen leña.

—Por esa parte estoy tranquila. En toda la enfermedad de mamita, en vez de pedirme estuvo el médico dándome dinero para los gastos.

—¿Como cuánto te dio?

—Como quince onzas de oro. Yo no llevé la cuenta... José Dolores.

—Dale con José Dolores. No quisiera volver a oír su nombre en tu boca.

—¿Qué tiene?

Interrumpióse a lo mejor el prolongado diálogo de los amantes por la llegada de Nemesia, con grande disgusto de los tres. De Cecilia, porque así quedaba sumergida en el mar de confusiones respecto de su suerte futura, do la había arrojado la muerte repentina de su abuela. Con disgusto de Leonardo, porque después de lo averiguado acerca de la posición de Cecilia en aquella casa, comprendió que debía sacarla de ella cuanto antes, so pena de perderla para siempre, y no había tenido tiempo de arreglar con su acuerdo el nuevo plan de vida.

Por su parte Nemesia también experimentó un vivo disgusto; porque sin más argumento ni prueba que la presencia allí del temible rival de su hermano, cuando le creía más distante y olvidado de Cecilia, quedó convencida que ni los celos en ella, ni la ausencia en él, habían obrado el milagro de trocar en odio, siquiera en indiferencia, el profundo afecto que se profesaban los dos. ¡Pobre José Dolores! exclamó Nemesia entre sí. De ésta la perdiste. Tontos de nosotros que nos habíamos halagado con la esperanza de que se quedara en el monte!

—Está de Dios, hijo, que no ha de ser tuya Cecilia, —dijo Nemesia con gran sentimiento, a su hermano cuando volvió de la sastrería.

—¿En qué te fundas para darme tan mala noticia?, —preguntó el hermano alarmado.

—Me fundo en que *él* ha vuelto. Los topé a los dos esta mañana como uña y carne.

—¿A dónde?

—En esta sala. Solitos...

—Luego *él* no fue al campo para casarse.

—¡Casarse! Tal vez se ha casado y ahora anda atrás de la querida.

—¡Qué! ¿Crees tú que va a sacarla de aquí pronto?

—Cuando menos... Para ponerle casa.

—Cuando menos no, —dijo José Dolores irritado a lo sumo—. No. Si la destina para querida, mientras más pronto se la lleva mejor; porque primero me dejo escupir la cara que hacer el papel de tapa. No es *él* hombre para pasarme la mota y reírse de mí. Que no se ponga en mi camino. ¿Dónde está ella?

—Vistiéndose allá dentro. Eso es que lo espera esta noche.

—Es posible. Así será bueno que me arrime a un lado por ahora. Una tragedia le causaría más pesar a ella que a él.

—Todavía no se ha perdido todo, José Dolores, —dijo Nemesia pensativa—. Mientras la vida dure hay esperanza.

—¿Qué esperanza, hermana? O él o yo. Los dos juntos no cabemos. ¿Me resignaría yo a servir de tapa tampoco? Creo que no, Nene.

—Bobería, José Dolores: del lobo aunque sea un pelo. ¿Quién puede decir con verdad que es el primero en el corazón de una mujer? *Naiden.* Ten por sabido que ella no es firme ni de ley. Dice una cosa ahora y luego otra. Se dobla como la hoja del caimito: cátala colorada, cátala blanca. Si tú la hubieras oído cuando él se fue para el monte atrás de la muchacha blanca..., sabrías quién es ella. —¡No lo *quedré* más en mi vida! No volverá a verme la cara. Aunque *me se* arrodille, aunque me bese los pies, no le perdonaré la que me ha hecho. De mí no se burla ni el sol de los hombres. Apuradamente, con él no se acabaron para mí. Hay muchos, *me se* sobran. ¿Cuántos, cuántos tan buenos mozos como él no se darían santos con una piedra en el pecho con tal que yo los quisiera? No seré de las que se quedan para vestir santos o cuidar sobrinos. Juro que el primero que me diga jí, le digo ja. Y veremos quién pierde más, si él o yo.

CAPITULO V

El que excusa la vara, quiere mal a su hijo; y el que lo ama, con muchas varas lo corrige.

Proverbios, XIV, v. 24

Llegado había inopinadamente el momento de poner en planta el plan ideado por D. Cándido antes de su marcha al campo.

La muerte de *señá* Josefa había arrojado a Cecilia en brazos de Leonardo, el cual, sabía su padre, no era tan simple ni tan virtuoso que desaprovechase la ocasión que se le presentaba de tomarla por manceba, con achaque de ampararla.

Miraba D. Cándido este evento casi como una catástrofe, cuyo único medio de evitarla, en su concepto, consistía en sustraer a Cecilia de la vista y comercio de Leonardo, aun cuando para lograrlo fuese necesario usar la fuerza. Pero le ocurrió que tal vez podría ejecutarse la misma cosa sin ruido ni responsabilidad como se le diese una apariencia legal. Movido por esta idea feliz, decidió aconsejarse con el abogado y Alcalde Mayor D. Fernando O'Reilly, amigo y condiscípulo de Leonardo, con quien él tenía bastante amistad.

Mientras caminaba en la dirección de la calle de los Oficios, componía mentalmente un discurso regular en forma de diálogo para presentar su caso bajo la mejor y más plausible luz, ante el señor Alcalde Mayor. Sucedió, sin embargo, que en presencia de Su Señoría se le fueron de la mente las especies, cual pichones espantados del palomar, y sólo acertó a decir: que la Valdés le sonsacaba a su hijo Leonardo, le seducía con sus artimañas, y no le dejaba seguir los estudios de derecho, y quería saber qué remedio podía poner la justicia a tamaño escándalo.

Oyóle el Alcalde con una sonrisa de satisfacción y de marcada condescendencia, y dijo::

—¡Cuánto me alegro, señor D. Cándido, de oírle! ¡Estoy encantado, sorprendido! ¿Pues no ha de llamarme la atención y complacerme, si desde que presido en este tribunal de justicia, por disposición soberana, ha más de un año, es V. el primero que se acerca a él en queja semejante? No es que no ocurran en la Habana casos iguales, no; ocurren a millares; es que tales son la ignorancia y la relajación de las costumbres, que sólo se consideran delitos los atentados contra la vida y la propiedad ajena, aquellos a que se sigue daño inmediato de la persona o de los bienes del vecino. Los ataques a la moral, a la honestidad, a las buenas costumbres, a la religión, éstos no son delitos, son meras faltas, pecados veniales, deslices que no tienen pena señalada en ningún código escrito. ¡Qué error, amigo D. Cándido! ¡Qué confusión de ideas sobre lo que es bueno y lo que es malo, lo que es honesto y lo que es deshonesto, lo que es permisible y lo que es vedado, lo que es loable y lo que es reprehensible!

Saco, en su *Memoria sobre la Vagancia,* que acaba de premiar la Sociedad Patriótica, atribuye al juego, que llama guarida de nuestros hombres ociosos, la escuela de corrupción para la juventud, el sepulcro de las fortunas de las familias, el origen funesto de la mayor parte de los delitos que infestan la sociedad en que vivimos.

—Yo difiero de tan autorizado parecer, y opino que reconocen dos causas principales los males de que todos nos quejamos, a saber: la ignorancia y la política de gobierno de Vives. No hay escuelas. ¿Y cuáles son los resultados? Los robos frecuentes a la luz del día, los asesinatos sin causa ni provocación, los pleitos interminables, las injusticias notorias, la prostitución de las mujeres, el desorden social. La política de gobierno de Vives es también causa de corrupción y extravíos sin término ni paralelo en el mundo. Se pudren los presos en la cárcel y no se castiga a los grandes delincuentes. Tampoco se averigua sino rara vez el origen de los crímenes más atroces, gracias si alguna se atrapa a los malhechores. ¿Quién ha matado a Tondá?

—¡Cómo! —exclamó D. Cándido, interrumpiendo al Alcalde—. ¿Han muerto a Tondá?

—Ayer tarde le abrieron el vientre de una cuchillada.

—¿Tiene V. S. los pormenores del lamentable suceso?

—No, señor. Anoche se me comunicó la noticia en el teatro, exrajudicialmente. Se dice sólo que el matador fue un negro prófugo a quien él trató de prender.

—Tengo motivos para sospechar que el asesino ha sido mi cocinero. Días pasados encargó mi mujer su captura a Tondá...

—No tendría nada de extraño, —prosiguió el Alcalde—. En caso que le prendan, caso dudoso en estos tiempos que corren, me tomo la libertad de darle a V. un consejo: entregue el esclavo a la noxa...

—¿A la qué, señor D. Fernando?

—A la noxa, digo.

—Estamos. ¿Mas quién es esa dama?

—Natural es que no lo sepa V., puesto que no ha estudiado leyes. Se entiende en derecho entregar el esclavo a la noxa, al acto de la renuncia del dominio directo que sobre él tiene el amo, en favor del tribunal de justicia que le juzga por el delito o daño cometido. Pierde V. de este modo un negro que cuando más y mucho vale en buena venta 500 pesos; pero ahorra V. los costos y las costas del proceso, los cuales suelen montar al doble de esa suma, si el amo se hace parte en el juicio. Sábese que si no se le unta la mano al juez pedáneo, levanta una sumaria negra contra el reo. Luego hay que hacer lo mismo con el escribano que da fe, con el oficial de causas que provee a veces a su antojo, con el fiscal que acusa y no quiere trabajar de balde, con el juez, con el asesor, etcétera, etcétera.

—¿Pleitos yo, señor D. Fernando? No en mis días. Valdría mejor colgarse de un farol.

—Hace V. bien... Pero volviendo a la pretensión... ¿Decía V.?

—Decía, señor Alcalde, —repuso D. Cándido cual si saliera de un sueño— que una mozuela trae loco a mi hijo Leonardo, le seduce y encanta con sus mañas y no le deja concluir sus estudios de abogado...

—Vamos por partes, —dijo O'Reilly con calma—. ¿Cómo se llama la seductora?

—Cecilia Valdés, —contestó tímidamente el querellante.

—Bueno. ¿Qué casta de mujer es ésa?

—No entiendo.

—Quiero decir: ¿es joven o de edad mediana? ¿Casada o soltera? ¿Bonita o fea? ¿blanca o de color? Todo esto es fuerza que sepamos antes de proceder a la graduación del tanto de culpa y a la aplicación de la pena que en justicia le quepa.

—Diré a V. S., señor Alcalde, con lealtad cuanto sé en el particular, —dijo Gamboa titubeando y con las orejas encendidas de la vergüenza—. La chica es joven, bastante joven, como que apenas contará 18 años de edad. No ha sido casada; tampoco, a lo que entiendo, puede calificársela de fea, más bien de bonita, de real moza, diría. Es pobre, sí, pobre, pobrecita, y de color, aunque pasará por blanca donde quiera que no conozcan sus antecedentes...

—Muy bien, perfectamente —replicó el Alcalde pensativo—. Se conoce que está V. enterado del caso. Así me gusta. Ya podremos juzgar con pleno conocimiento... Sólo ocurre un vacío, llamémosla duda, a saber: ¿conoce V. los hechos que expone, por sí mismo o por referencia de tercera persona?

—Unos conozco por mí mismo, otros, digamos, por inferencia.

—Entendámonos. En primer lugar, diga V. si sabe con quién vive la joven.

—Ahora, supongo que con alguna amiga suya.

—Nada de suposiciones, señor D. Cándido. ¿Le consta a V.? ¿Sí o no?

—No, señor, no me consta, lo infiero.

—Eso me gusta. En esta clase de negocios la franqueza es lo primero. Al abogado y al juez hay que hablarles como se le habla al confesor, con el corazón en la mano. Ya antes, ¿con quién vivía la pardita?

—Con la abuela.

—¿Viven sus padres? ¿Tiene parientes, allegados, protectores, en suma, alguien que haga por ella? Siendo tan linda, como V. dice, bueno es saber todo eso, averiguarlo en tiempo.

—Poco ha murió la abuela. La madre —añadió balbuciente y más enrojecido que nunca—, la madre... Verdaderamente no sé a estas horas si vive o si muere. De cualquier modo, de nada le valdría si viviera. En cuanto al padre... ella no le tiene conocido... Es hija de la Real Cuna. ¿Está V.S.?

—Bien. ¿Conoció V. a la abuela de persona?

—Sí, señor, la conocí, aunque nunca tuve trato íntimo con ella. Sería largo de referir y ajeno de este lugar el detenerme en detalles. Me consta, sin embargo, que para mujer de color, era parda, llevó vida ejemplar, que practicaba la virtud, que se confesaba y comulgaba a menudo, que criaba a la nieta en el santo temor de Dios, que la vigilaba estrechamente, y, sobre todo, que no le consentía holgorios, devaneos con mozuelos ni cortejos de ventana.

—Luego la muchacha de que se trata es bien criada, de vida honesta y no ha dado aún qué decir.

—Así es la verdad; sólo que, como de raza híbrida, no hay que fiar mucho en su virtud. Es mulatilla y ya se sabe que hija de gata, ratones mata, y que por do salta la cabra, salta la que la mama.

—Bien dicho. Confesemos que nuestros refranes encierran gran fondo de sabiduría. Confesemos también que nuestras mulatas, generalmente hablando, son frágiles por naturaleza y por el deseo, ingénito en las criaturas humanas, de ascender o mejorar de condición. Y he aquí la clave para descifrar el porqué de su afición a los blancos y de su esquivez para con los hombres de su propia raza. A bien que hablo con persona que debe entenderme. Nadie como V. que, por su larga residencia en el país, ya se ha *aplanado,* habrá tenido mejores oportunidades de observar la idiosincrasia de nuestra clase de color libre. Pero una regla general, una fuerte presunción, una teoría, por plausible que parezca, sobre la índole o aficiones de estas o de esotras gentes, no constituye hecho, no denuncia delito, siquiera cuasidelito, que es lo que penan las leyes y juzgan los tribunales de justicia.

Reasumamos. Comparece V. ante mí, el Alcalde Mayor, en queja contra la Valdés, a quien acusa V. del cuasidelito de seducción y distracción inferido a su primogénito de V., que se halla aún bajo la patria potestad. Por ende, pide V. se lance un mandamiento de prisión contra la seductora, y que, sin oírla, se le castigue, privándola de su libertad. De acuerdo. Hasta aquí no hay irregularidad aparente, la querella está fundada en derecho y V. le tiene excelente para no consentir en que una pelandusca extravíe y pervierta a su hijo, mucho más cuando sigue una carrera tan honrosa y noble como es la de la toga. Aplaudo la vigilancia y severidad de principios que V. mantiene.

—Me confunde V.S. —exclamó D. Cándido, contento por la vuelta que, al parecer, tomaba su pretensión—. No merezco esos elogios. ¡Ca! No los merezco ni por cien leguas.

—Pero —continuó con seriedad el Alcalde—, como juez recto y de conciencia, demando las pruebas del delito; espero que el actor haga buena la acusación, interrogo para conocer los antecedentes y consecuentes del reo, y lejos de provocar una sumaria condenatoria, obtengo la más brillante declaración absolutoria. Permítame V., señor D. Cándido, que le diga con la franqueza que me caracteriza, que V. mismo, llevado sin duda del amor ignato a la justicia, abona la conducta de la acusada, hace cumplido elogio de su carácter, y la vindica de toda imputación o mala fama; atándome las manos, por supuesto, para proceder en justicia.

Abrumado D. Cándido por la salida inesperada del juez, durante un buen espacio de tiempo no atinó a decir palabra, sólo a estrujarse los dedos e inclinar la cabeza. Luego dijo en voz tímida y confusa:

—Por mi madre, señor Alcalde, que nunca pude pensar fuese tan seria la cosa. ¡Vaya que si lo es! ¡Pues no estaba yo engañado! De medio a medio. Y suponía que no había más sino llegar y besar. O ¿no es que V.S. toma el asunto por donde más quema, cual si dijéramos, a punta de lanza? No estoy seguro, lo pienso nada más, señor D. Fernando.

—Aun cuando sea siempre cosa seria —dijo el Alcalde con su acostumbrada ecuanimidad—, el lanzar mandamiento de prisión contra un individuo cualquiera que sólo se sospecha haber cometido un delito, no es eso lo que me detiene en el caso presente; me detiene el hecho mismo de que V. con su franca declaración, me ha quitado el asidero de que se podría echar mano para proceder con las apariencias de legalidad. Deme V. el asidero y le sirvo de la mejor gana, no obstante que sé le voy a causar disgusto al amigo Leonardo, contribuyendo al plagio de su amiga.

—¡Maldito asidero! —dijo D. Cándido para sí—. ¿Pues no se aparece a la hora nona? —Luego añadió alto—: Tratárase de tablas sin nudos ni alabeos, señor D. Fernando, o de ladrillos sin caliches, o de tejas sin marras, y me tendría V.S. más listo que un gerifalte. ¿Qué se me alcanza a mí de asideros judiciales? Ni jota. ¿Por qué V.S. que sabe tanto, no le da un corte al negocio y me saca del atolladero?

—Porque no sería eso legal, ni quedarían cubiertas las apariencias, a lo menos en el fuero interno del juez. La sugestión debe venir de V. Estaba entretando pensando, señor D. Cándido, suponga V. que doy orden de arresto, que V. prende a la muchacha, que la mete en la cárcel o logra V. esconderla por algún tiempo ¿ha meditado V. en las consecuencias?

—¡Consecuencias! —repitió el hacendado sorprendido—. A fe que no he pensado en ello. Ni me ocurre que me traiga consecuencias el paso... a menos que haya un tonto que salga a su defensa.

—Precisamente, porque creo que le sobrarán los defensores digo lo que digo.

—Pues ¿no he dicho a V.S. que es pobre, oscura, desconocida, huérfana, sola en el mundo...?

—También me ha dicho V. de ella dos cosas que valen más que el dinero, el nacimiento, el parentesco y las buenas relaciones: me contraigo a su juventud y a su belleza. Recuerde V. las palabras de Cervantes; vienen aquí de molde: "que también la hermosura tiene fuerza de despertar la caridad dormida". Con tales adminículos no estará ella nunca sola en el mundo.

—Contra esa sentencia de D. Quijote, hay esta otra que no sé de quién es: Santo que no es visto, no es adorado. Dígolo, porque si logro atraparla, cuente V.S. con que la pondré donde no la vean ni los pájaros.

—Repito a V. que la cosa no es tan fácil como parece a primera vista. Ni ¿dónde la pondría V. que nadie la oyese, la viese, la compadeciese y la amparase? Leonardo, si está de veras enamorado de ella, será el primero en declararse su campeón, la buscará, la encontrará y la salvará, mal que les pese a sus captores. ¿No sería, por tanto, más derecho, más cuerdo y puesto en razón, que se deje quieta a la muchacha en su casa y no provoque un conflicto? Quizás él la corteje por pasatiempo, por capricho o porque no ha tropezado con otra que le guste más. ¿Qué sabemos?

—Lo que yo me sé de memoria, señor D. Fernando, es que mi hijo es muy terco, tan terco como un vizcaíno, y que aunque no sea más que por terquedad, todavía comete una locura y trae una desgracia a la familia.

—¡Desgracia! —repitió el Alcalde admirado—. No lo concibo. Dice V. que la chica es bien criada, de estado honesto, linda, que puede pasar por blanca ¿qué mayor desgracia podría sobrevenirle a V., a la familia, a Leonardo, en una palabra, si olvidado de sí mismo, cegado por la pasión, en un momento de extravío toma por esposa a la Valdés?

—¿Por esposa dice V.S.? —exclamó D. Cándido con ademán fiero y tono resuelto—. Antes que tal haga, por Dios vivo que le desnuco de un trancazo. No, no, yo se lo aseguro a V.S., él no se casará con la Valdés.

—¿Cuál es, entonces, la desgracia que V. tanto teme?

—Para hablarle en plata, señor D. Fernando, no recelo, ni me pasa por la cabeza, que mi hijo lleve su fatuidad hasta el punto de tomar por esposa a la Valdés; lo que temo, lo que miro como una gran desgracia para la familia es que se la eche de querida. Estas mulatas son el diablo.

—¿Conque no es otra la desgracia a que V. alude? —preguntó el Alcalde sonriendo—. Mírese el asunto bajo el punto de vista que se quiera, o yo soy muy obtuso que no alcanzo a descubrir el lado malo, o no es, ni ha sido nunca, causa original de desgracia para una familia, sea cual fuere su posición social, el que uno de los hijos solteros se eche de querida a una moza de la clase inferior a la suya. Si no fuese así, señor D. Cándido, ¿qué familia sería feliz en la tierra? Todas tendrían que lamentar igual o peor desgracia. En todo país de esclavos no es uno ni elevado el tipo de la moralidad; las costumbres tienden, al contrario, a la laxitud, y reinan, además, ideas raras, tergiversadas, monstruosas, por decirlo así, respecto al honor y a la virtud de las mujeres.

Especialmente no se cree, ni se espera tampoco, que las de la raza mezclada sean capaces de guardar recato, de ser honestas o esposas legítimas de nadie. En concepto del vulgo, nacen predestinadas para concubinas de los hombres de raza superior. Tal, en efecto, parece que es su destino. Gracias, pues, debe V. dar a Dios de que no se le haya metido en la cabeza a su hijo de V., que parece ser testarudo y voluntarioso, el enredarse con una *negrita.* Esa sí que sería una desgracia para la familia. Ahora bien, señor D. Cándido, ¿por qué no prohíbe V. a Leonardo que visite a la Valdés? Esto lo hallo más fácil y puesto en razón, sobre todo, no tan ocasionado a escándalo. El culpable es él que la solicita y persigue, no ella que se está quieta en su casa. Y aquí entre nos, amigo D. Cándido, tiene todos los visos de una injusticia que V. pretenda el castigo de la víctima y la absolución del victimario.

—El error nace de que V.S. supone inocente a la Valdés.

—¿Qué pruebas hay para suponer lo contrario?

—Varias. Entre otras, la de habérsele avisado que desistiera de esos amores.

—¿Por medio de quién se la avisó?

—Por medio de la abuela.

—¿En nombre de quién?

—En . . . mi nombre.

—¿Y ella no hizo caso?

—¡Qué había de hacer la muy pizpireta! Peor la ha hecho desde entonces.

—La ha hecho divinamente.

—¡Cómo! ¿La apoya V.S. en su maldad?

—No tal, no la apoyo, le hago la justicia de creer que ama bien y mucho, y opino que en los negocios del corazón no mandan las abuelas, ni los padres de los amantes. Nada: es preciso darle un corte a este asunto. Prohíbale V. a Leonardo que visite a la Valdés. ¿No es V. su padre? ¿No tiene V. autoridad sobre él? ¿Sí? Prohibición absoluta; no más visitas a la Valdes, y asunto concluido.

Quedóse estupefacto D. Cándido.

—¡Eh! Aquí te quiero ver, escopeta —pensó él—. Vea V.; las mismísimas preguntas que yo esperaba; —"¿No es V. su padre? ¿No tiene V. autoridad sobre su hijo?". Y es que tenía preparada una respuesta. Se ha marchado. Sí, échale un galgo. Cabeza de chorlito, chorlito, chorlito . . .

—Señor D. Fernando —añadió resueltamente, cortando de pronto el monólogo—. Carezco de palabras para explicarme con la debida claridad, pero trataré de darme a entender. La prohibición que V.S. aconseja no . . . puede hacerse . . .

—¿No sería impertinencia el preguntar . . .?

—Me expongo a que me desobedezca el muchacho.

—¿Es posible?

—Cierto. Sabe V.S., sin duda, cómo son las madres criollas con sus hijos, principalmente con el primogénito, como sucede en mi caso. El varón es la idolatría de Rosa. De tanto mimarle le tiene perdido, hecho un badulaque,

un camuezo, irrespetuoso con los mayores y desobediente conmigo. Su madre, sin embargo, se ha tragado que es un ángel, una paloma sin hiel; no cree nada malo de él, y no consiente que nadie, incluyo yo, le toque a un pelo de la ropa. Por mí ya estaría en un barco de guerra aguantando chicote. Apuradamente, no le da el naipe para los estudios; y quiere la madre hacerle abogado, doctor de la Universidad, Oidor de la Audiencia de Puerto Príncipe! ¡Qué sé yo cuánto más! En vano le digo que, con nuestro caudal y el título de Casa Gamboa que espero de un día a otro de Madrid, nuestro hijo no tiene necesidad de quebrarse la cabeza con los libros. Aunque no sepa ni el cristus, ha de hacer papel en el mundo. Pero ella está empeñada en hacerle hombre de letras menudas y se saldrá con ello, o . . . revienta. Yo le digo, primero que tu hijo llegue a abogado, a doctor y oidor, tiene que hacerse Bachiller. Los exámenes son en abril, y el mozo, por seguir tras la mozuela, no abre un libro de derecho, no asiste a las clases. Luego, quisiéramos casarle, su madre y yo, este mismo año, con una señorita muy virtuosa y agraciada, hija de un paisano amigo mío. Quizás sienta la cabeza y se dedica a la administración de nuestros cuantiosos bienes. Ya vamos para viejos mi mujer y yo, mañana o esotro día morimos los dos, que somos hijos de la muerte. ¿Quién entonces tomará el timón? El, que es hombre, no ninguna de sus hermanas, débiles mujeres y solteras aún. ¿Comprende ahora V.S. cuál no será nuestra desgracia si nuestro primogénito, el hijo que ha de llevar el nombre de la familia, el título de nobleza, la administración de los bienes, etc., no estudia, no se recibe de Bachiller, no se casa con la señorita con quien está comprometido, e infatuado con la Valdés se la echa de querida? Sin el auxilio de V.S., en estas circunstancias aflictivas, ¿qué serán de la paz y de la felicidad de mi familia?

—Pues hablara para mañana, señor D. Cándido —exclamó el Alcalde—. ¿Por qué no hizo uno V. de esos argumentos desde el principio? El último, sobre todo, no tiene réplica, lleva el convencimiento al ánimo más reacio y frío. Me doy por vencido, y desde este punto me tiene V. a sus órdenes. ¿Qué quiere V. que se haga con la Valdés?

Extraña y honda impresión produjeron en el rico hacendado las últimas palabras del Alcalde. Parado y cariacontecido se quedó por largo rato, incapaz de bullir ni de hablar. ¿Qué le pasaba? Había realizado el objeto de su solicitud. ¿Qué más podía apetecer? ¿Se había arrepentido de la pretensión? ¿Empezaba a sentir el peso de la responsabilidad que se iba a echar encima? ¿Dudaba del buen éxito de la medida? ¿Sentía causarle gran pesar al hijo? ¿Hacerle grave injusticia a la moza? ¿Temía ahora al escándalo? No era fácil explicarlo. El mismo, si le hubiesen preguntado, no habría podido dar cuenta de sus sentimientos.

Como notase el Alcalde su perplejidad, repitió la anterior pregunta con mayor énfasis.

—No sé —respondió D. Cándido a espacio—; no sé verdaderamente. Lo que es la cárcel . . . lo pensaría mucho. Sería demasiado para la pobre muchacha. Estaba pensando que en mi potrero de Hoyo Colorado . . . El Mayoral

es casado, con hijos pequeños, y ese punto dista buen trecho; pero se ofrecen varias dificultades, grandes, insuperables. No, no, tal vez convendría más ponerla en el ingenio de un amigo mío que ya conoce a la chica y está enterado . . . Aquí cerca: en Jaimanita. El también es casado . . . entrado en años. Incapaz . . . ¿Qué cree V.S.?

—Yo no creo nada, señor D. Cándido; V. es el que debe pensar y resolver. A mí me toca dar la orden de arresto tan luego como se me pida en toda forma.

—¿Qué quiere decir V.S. "con toda forma"?

—Quiero decir, espero que la parte interesada me presente la queja por escrito.

—¿Pues no ha oído V.S. mi queja en toda forma?

—No basta eso, es preciso reducirla a escrito.

—¿Y tendría que firmarse?

—Por supuesto.

—Que me emplumen si me había pasado por la mente que se exigían tantos requisitos . . . ¿No podría hacerse la cosa de otra manera, extrajudicialmente? Le tengo miedo a las formalidades judiciales.

—En esta clase de delitos no se puede proceder de oficio. Para que V. vea que deseo servirle, voy a indicarle un medio.

—Veamos. V.S. sabe de estas cosas más que yo.

—¿En qué barrio reside la Valdés?

—En el del Angel.

—¿Conoce V. al Comisario?

—Sí, señor. Entiendo que es Cantalapiedra.

—El mismo. Ahora bien. Véale V., preséntele la queja y dígale que me pase un oficio comprensivo del caso. El sabe cómo se redactan esos documentos.

—Bien, le veré hoy mismo; mas, ¿no habría modo de evitar que apareciera mi nombre?

—No importa, hombre —replicó O'Reilly casi enfadado—. La cosa no pasará de nosotros tres. Al oficio le doy yo carpetazo apenas lo leo; al Comisario se le tapa la boca y se le estimula a obrar con discreción y celo poniéndole unas cuantas amarillas en la mano, y V., sabido se tiene que al buen callar llaman Sancho.

—Entiendo. ¿Dónde ponemos a la chica?

—Eso corre de mi cuenta. Será en un lugar donde no corra peligro su honestidad ni su persona, al mismo tiempo que esté segura y nadie pueda extraerla sin mi permiso, o el de V.

—No será en la cárcel.

—No, de seguro que ahí no.

—Menos en Paula.

—Tampoco en Paula, y por obvias razones. En fin, la pondré en las Recogidas, en el barrio de San Isidro, bien recomendada a la madre.

—Está bien. Ahí no entran mozuelos, supongo.

—No, que yo sepa. Tal vez uno que otro empleado. Ahora bien, ¿por cuánto tiempo se la encierra?

—Por seis meses.

—Corriente: por seis meses.

—A ver. Pienso que será mejor por un año. Largo tiempo es; pero mi hijo no se recibirá de Bachiller hasta abril y no se casará hasta noviembre. Sí, por un año...

—Hecho. En cuanto a mí —concluyó diciendo el Alcalde con solemnidad—, lo de menos es el término del encierro, lo demás es la sinrazón, la tropelía, la arbitrariedad que se comete con esa muchacha. Entiéndalo V., D. Cándido, no hago esto por consideraciones a V., con cuya amistad me honro, hágolo por respeto a las frases finales de su anterior peroración, "por la paz y la felicidad de la familia", cosas para mí sagradas.

CAPITULO VI

Querer estorbar el paso
a dos que se quieren bien,
es echarle leña al fuego
y sentarse a verlo arder.

Canción popular

A pretexto de tener que sacar a cierto amigo de un compromiso de honor, logró Leonardo que su bonísima madre le hiciese un préstamo irredimible de cincuenta onzas de oro, de su caja particular.

Con este dinerillo se apresuró el joven a tomar en alquiler una pequeña casa en la calle de las Damas, y con la misma premura se ocupó del ajuar. Nada olvidó; ni se hizo de las cosas que creyó necesarias en un solo establecimiento central, que no los había entonces en la Habana. Para ello visitó los baratillos de la plaza Vieja; las ferreterías de la calle de Mercaderes; las hojalaterías de la de San Ignacio; las locerías de la de Ricla o Muralla; una mueblería de segunda mano de la de San Isidro y otros más cercanos a su nueva casa.

Cosa extraña en verdad que este mozo, viva encarnación de la pereza, la volubilidad y el egoísmo, en un momento dado desplegase la actividad, la delicadeza, el tino y la inteligencia de la hacendosa y más consumada ama de llaves! Pero era que le movía una pasión desaforada y que le inspiraba la imagen hechicera de la joven cuya ruina había decidido en los recesos más oscuros de su corazón salaz.

Completados estos arreglos y altamente satisfecho de su obra, salió una tardecita del ventoso marzo, cerró la puerta, se metió la ponderosa llave de hierro en la faltriquera de la casaca, y a paso ligero, palpitándole el corazón

más de lo usual, fue en busca del ave rara que debía adornar con su bello plumaje aquella jaula y convertirla en un paraíso con sus trinos de amor.

Pero en vez del ave rara, tras la cual corría en alas del deseo, se encontró con una especie de arpía, con Nemesia, parada y fría en medio de la sala de la casa, en el callejón de la Bomba, cual estatua de llorona en el cementerio. Reprimió él cuanto le fue dable su disgusto, y se esforzó en ser más amable y fino con la compañera y amiga de Cecilia.

—¿Qué dice mi mulata santa? —preguntó haciéndole una rendida cortesía.

—Esta mulata no dice nada porque no es santa —contestó ella sin moverse.

—Entonces diré yo —agregó Leonardo risueño.

—El caballero puede decir lo que guste.

—¿Tienes tú hoy el moño tuerto? —preguntó el joven examinándole la cara de cerca.

—No más que ayer ni que otras veces.

—Nene, esa es grilla, y si la pican chilla. Tienes la cara más seria que un *chico*[1] de especias.

—Alabo la penetración del caballero.

—Sobre que pasa de castaño oscuro.

—No siempre está la marea para tafetanes. Quiso decir la Magdalena.

—Habla, canta claro, mulata de mis culpas —añadió alto Leonardo para que le oyese Cecilia si estaba en el aposento inmediato.— No me gustan los tapujos.

—Ni a mí tampoco —repuso Nemesia.

—En fin, Nene, si tu enfurruñamiento es conmigo, desembucha, desembucha. Mientras más pronto mejor, porque temo más tu enojo que a una espada desnuda.

—No se le conoce al caballero, pues hace lo que hace.

—¿Y qué hago yo?

—¿Me lo pregunta a mí? Meta la mano en su pecho.

—La meto hasta el codo y nada me revela, al menos contra ti.

—Contra mí no, contra Dios y la Virgen, que miran al caballero desde el cielo.

—¿Hablas de veras? Ni que hubiera yo cometido un gran pecado sin saberlo.

—Así parece cuando acabado de hacer lo que ha hecho se presenta el caballero en esta casa tan fresco como si no hubiera rompido un plato.

—¿Pues no voy entrando en cuidado?

—Menos lo da a entender el caballero.

—Uno de los dos ha debido perder el juicio. Acabemos de una vez: llama a Celia.

—¡Que la llame! ¿eh? —exclamó Nemesia con sarcástica sonrisa—. ¡Qué valor tiene el caballero!

[1]Moneda de valor insignificante.

—¿Se necesita de valor acaso para rogarte que llames a tu queridísima amiga?

—Para lo que se necesita valor, de mucho valor, es para preguntar por Celia la persona que sabe dónde está ella.

—¿Y yo lo sé mejor que tú? Vamos, doña Josefa o doña Nemesia, no me haga eso. Tú te burlas.

—Quien tiene la sangre como agua para chocolate no puede burlarse.

—Pues si no está aquí Celia ¿dónde se halla? —preguntó Leonardo verdaderamente alarmado.

—Le digo al caballero —repuso Nemesia enfadada—, que yo no nací ayer, ni me mamo el dedo.

—Por Dios bendito, Nene, te juro que no sé de Celia desde hace cuatro días. ¿Se han peleado Vds.? ¿La ha mortificado tu hermano? ¡Ah! Dime, dime, por lo que más quieras en este mundo, ¿qué ha pasado entre Vds.? ¿Qué sabes tú?

Empezó Nemesia entonces a creer en la sinceridad de las palabras angustiosas del joven, y dijo llorando:

—No me hallaba presente, y me alegro ahora, porque no sé qué hubiera hecho yo para impedir que se llevaran a Celia.

—¡Que se la llevaran! —repitió Leonardo aterrado y colérico—. ¿Quién ha podido llevársela contra su voluntad?

—*Me se* figura que ella del susto perdió las fuerzas.

—¡Susto! ¿Por qué? ¿De quién?

—Del Comisario.

—¿Qué tenía que ver el Comisario con Celia?

—Vino a prenderla.

—¿A prenderla sin haber cometido delito? No puede ser . . . ¡Ah! Aquí ha habido un engaño, una intriga, un complot infame para arrebatarme a mi Celia. Cuéntame lo sucedido, todo.

—No me hallaba presente —repitió—, pero una mujer de la casa que vio cómo pasó la cosa, me contó que ayer por la tarde entró de repente Cantalapiedra, preguntó por Celia, y en cuanto ella salió, le dijo que estaba presa, la cogió por un brazo, y sin más se la llevó para no se sabe dónde.

—Lo extraño es que Celia se dejara prender sin defenderse, sin averiguar el motivo de la prisión. ¡Ni que hubiera estado ella de acuerdo y avisada! Cosa que me resisto a creer. ¡Ay del miserable esbirro que le puso la mano encima! ¿No sabes a dónde la llevaron?

—Nada hemos podido averiguar yo y José Dolores. El Comisario se llevó a Celia en una volanta.

—¡Qué intriga! Tan infame como audaz. Pero averiguaré la verdad, y sea el que fuere el autor del ultraje, me la pagará con las setenas.

Sin más, partió Leonardo a la carrera en busca del Comisario Cantalapiedra, quien, según hemos dicho, vivía en el recuesto de la loma del Angel, por el lado que mira a la Muralla. No se hallaba en casa, y la querida informó al

joven que era posible estuviese en el palacio de Gobierno recibiendo órdenes.

Yendo, pues, Leonardo en esa dirección, ocurrióle que, si Cecilia había sido presa por mandamiento del juez, no podían haberla conducido a otro lugar que a la cárcel, situada entonces en el ángulo sudoeste del palacio de la Capitanía general, y se detuvo delante de la reja.

Detrás de ella, mejor, en la jaula formada por las dos rejas de hierro, había de pie un hombre mal vestido y de peor catadura. A fin de obtener una respuesta categórica, se encaró con él Leonardo y le preguntó con aire y tono de autoridad:

—¿Sabe V. si han traído ayer presa a esta Real Cárcel a una muchacha blanca, bonita, vestida de luto...?

—No sé —contestó el hombre—. Soy el segundo llavero y ayer no estaba de guardia. Vea el señor en el libro del Alcaide.

—La alcaidía está cerrada.

—Eso es que el Alcaide ha ido a manducar. Tendrá el señor que esperar hasta mañana. Porque yo sólo aguardo por el campanazo de la Fuerza para entregar la cárcel al oficial del retén y guiñarme.

—¿Quién es aquel negro que sostiene una viva conversación con otros presos en medio del patio?

—¿Cuál dice el señor? ¿El de la chupa blanca?

—Sí, ese mismo.

—A ese lo denominan Jaruco.

—Nombre supuesto ¿no?

—Pues, su nombre legítimo no es Jaruco, es pegado; pero *asina* se le puso en el libro y *asina* se denominará mientras esté en esta Real Cárcel. *Dende* antier entró en *gayola.* ¿Lo conoce el señor?

—Me parece que sí. Llámele V. a la reja, si no hay inconveniente.

—No hay embarazo, porque aunque está incomunicado, ya no tenemos bartolinas para tantos presos. ¡Eh! de Jaruco —gritó el llavero desde su puesto.

Y repetida la palabra por otros presos en el mismo tono de voz, se acercó Jaruco; reconociéndose sin dificultad el amo y el esclavo. Entróle a éste tan fuerte temblor convulsivo, que tuvo que agarrarse con entrambas manos a la reja.

—Sumerced me eche la bendición —balbuceó anegado en lágrimas.

—¿Por qué lloras? —le preguntó Leonardo colérico.

—Lloro, niño Leonardito, recordando el mal rato que le habré dado a la familia con mi ausencia.

—¿Con tu ausencia, perro? Con tu fuga.

—Niño, yo no me huí. Mi salida de casa la víspera de Nochebuena tuvo por objeto asistir a un baile de la gente de color allá afuera. A la vuelta para la ciudad tuve una tragedia con un mulato. Fui herido en el pecho, me recogió un conocido en la calle y me llevó al cuarto en que vivía. Mientras me curaba se pasó el tiempo. Después me sucedió esta desgracia.

—¿Qué desgracia?

—La de esta prisión injusta. Todos los hombres estamos expuestos a un golpe de mala suerte.

—De mala suerte no, de mala cabeza. Está visto, Dionisio, que ustedes los negros no quieren por bien sino por mal. Si mamá te hubiera despachado para el ingenio cuando hiciste aquella perrada de marras, no te verías en la cárcel. ¿De qué delito te acusan?

—Todavía ignoro la causa de mi prisión, niño Leonardito.

—¿La ignoras, eh? ¿No será por la muerte de Tondá?

—Puede ser que me levanten ese falso testimonio, niño; porque quien está de mala se cae de sus pies y se mata. Hágase el cargo, niño, que yo estaba muy tranquilo, cosiendo zapatos en una zapatería de la calle de Manrique, cuando se presentó a la puerta el capitán Tondá. Desde que lo vi llegar conocí que venía a buscarme, y traté de escabullirme. Se apeó del caballo y me fui para él como si quisiera entregarme. A la puerta de la tienda había una volanta parada y me escurrí por entre ella y la pared de la casa. Tondá me cayó atrás gritando: —¡Date, date! ¡Ataja! Tropezó con una piedra, cayó sobre el sable que llevaba desnudo y se hirió en la barriga. ¿Tuve la culpa de su muerte?

—¿Quién te prendió?

—El Capitán pedáneo de la Salud. Me cogió cuando yo salía para mi trabajo.

—Supongo que te dijo por qué te prendía.

—Ni palabra. Sólo me dijo que tenía orden de cogerme, vivo o muerto.

—En buena te has metido, Dionisio. Será mucho y darás gracias a Dios si de ésta escapas con el pellejo.

—Sea lo que Dios y la Virgen quieran. Fío en mi inocencia. ¿Pero no cree el niño que el amo y Señorita harán algo por mí?

—¿Hacer? Nada. No lo esperes. ¡Por cierto que te has portado decentemente con tus amos! Por ellos, por la familia toda, por ti mismo, Dionisio, será mejor que te tuerzan el pescuezo en el campo de la Punta. Con eso no volverás a insultar a las niñas blancas.

—¿Yo, niño, yo he insultado a alguna niña blanca o de color? No, niño Leonardito, no tengo conciencia de haber insultado a ninguna.

—¿Y aquella que fue la causa de tu riña con el mulato a la salida del baile?

—Yo no la insulté, niño. Por los huesos de mi madre que yo no le dije una mala palabra. Le pedí un minué, me dijo que estaba cansada y luego salió a bailar con José Dolores Pimienta. Me quejé a ella del desaire, tomó él su defensa, nos trabamos de palabras y nos batimos en la calle.

—Si te dejan hablar no te ahorcan. A otra cosa: ¿Sabes si han traído aquí presa a la misma joven de tu tragedia con Pimienta?

—Estoy seguro que no está aquí. Apenas pone un preso el pie en el patio, se publica y circula su nombre a gritos.

—Dios te proteja, Dionisio.

—Niño, por caridad, una palabra más. Recuerdo que debo entregar a su merced una prenda que le pertenece.

—¿Qué prenda? Acaba pronto, prontito.

—Tenía yo en la faltriquera, con la esperanza de entregárselo algún día, el reloj que Señorita le regaló a su merced el año pasado; pero me lo quitaron al entrar en esta cárcel. Debe de estar en manos del Alcaide.

Contó Dionisio, en las menos palabras posibles, el cómo y cuándo vino a su poder el reloj, y dijo conmovido al retirarse su joven amo:

—¿Podría decirme el niño cómo está María de Regla?

—Mamá la trajo del ingenio. Se halla ahora en la ciudad ganando jornal. ¿No la has visto?

—No, señor. Esta es la primera noticia que tengo de su venida. ¿Por qué Dios no quiso que tropezara con ella? No me vería hoy en esta cárcel. Me hubiera servido de madrina para con Señorita y estaría cocinando en casa.

Ya de noche volvió Leonardo a casa del Comisario y le sorprendió en el acto de sentarse a la mesa a cenar con su querida.

—¡Ola! ¡Tanto bueno por aquí! —exclamó Cantalapiedra muy risueño, yendo al encuentro de Leonardo, con la mano abierta y tendida.

—Me alegro de encontrarle, —dijo éste serio y frío, haciendo como que no había reparado en la demostración amistosa del Comisario.

—Le aguardaba, —añadió Cantalapiedra disimulando la mala impresión del desaire hecho—. Fermina acababa de decirme que V. había honrado con su presencia este humilde albergue.

—¿Puedo hablar dos palabras con V.?

—Y doscientas también, señor D. Leonardito. Sabe V. que soy su más obediente servidor. Sentí no hallarme en la comisaría cuando V. estuvo al oscurecer. Había tenido que ir de carrera a la Secretaría Política. De suerte que no sé cómo no nos encontramos en el camino, si viene de allá. ¡Bonora! —gritó—, una silla para este caballero.

—Excuse los cumplimientos, —dijo Leonardo con altivez—. No es cosa de sentarme. Hablemos de pie con tal que sea a solas.

—¿Por qué no aquí mismo delante de Fermina? Yo no tengo secretos para ella. Somos uña y carne.

—¿Con qué autoridad prendió V. a Cecilia Valdés? —preguntó el joven imperiosamente.

—No con la que me ha investido S. M. el Rey D. Fernando VII, Q. D. G., sino con la del señor Alcalde Mayor que firmó la orden de arresto, a queja de un padre de familia.

—¿Qué Alcalde y qué padre de familia se servirá V. decirme?

—Ese es demasiado pan por medio, señor Gamboa, —contestó el Comisario riendo—. Paréceme como que está V. algo ofuscado... Siéntese y cálmese.

—La muchacha no ha cometido delito alguno, así que es improcedente e ilegal su prisión, si es que todo no ha sido más que una farsa, o cosa peor, sabe Dios con qué fines.

—Nada de eso va contra mí, que he sido un mero instrumento en este asunto.

—Diga V. si no el nombre del querellante.

—V. lo sabe mejor que yo, y si no lo sabe lo sabrá en breve.

—¿Estará V. autorizado para revelar el del Alcalde?

—No hay inconveniencia: el señor D. Fernando de O'Reilly, grande de España de primera clase, Alcalde Mayor del distrito de San Francisco...

—¿A dónde llevó V. a la muchacha? Ella no está en la cárcel pública.

—No me es lícito revelarlo ahora. La conduje a donde se me ordenó.

—Luego V. la oculta con fines deshonestos.

—De mi negativa a satisfacer la curiosidad de V. no se desprende semejante injuriosa deducción. Lógica, lógica, señor estudiante de Filosofía.

—Importa poco que quiera V. echarle del reservado y del misterioso conmigo. He de averiguar la verdad, y puede que todavía les pese al autor y al instrumento de esta intriga grosera e indecente.

Dicho lo cual, partió enojadísimo camino de su casa. La familia tenía visita en la sala. Sin entrar en ella dispuso le alistaran el carruaje, mudó de traje, y cuando por señas le preguntó su madre a la reja del zaguán el motivo de aquella precipitación:

—Voy a la ópera, —contestó brevemente.

Cantábase la ópera del maestro Rossini *Ricardo y Zoraida,* a beneficio de la Santa Marta, en el lindo teatro Principal. Era entonces empresario de la compañía D. Eugenio Arriaza, y director de la orquesta D. Manuel Cocco, hermano de D. José, que ya vimos en el ingeno de *La Tinaja.* El patio o corral y los palcos se hallaban medianamente ocupados por un público nada aficionado entonces a las funciones líricas. Leonardo entró algo después de alzado el telón. Por supuesto, no oyó la obertura del *Tancredo,* que precedió a la ópera aquella noche.

Buscaba a un hombre cuyo puesto en el teatro sabía de antemano, pues como Alcalde Mayor debía presidir la función desde el palco central, en el segundo piso. Sentado estaba al par de su madrileña esposa, embebido en la música y el canto, mientras le guardaba las espaldas, de pie junto a la puerta, el paje mulato, de rigurosa librea cubierta de castillos y leones bordados de oro. Todo esto lo observó a través del ojo de buey de la puerta del palco, cerrada contra el pasillo. Pudo haber llamado, seguro de obtener entrada y un amable recibimiento; pero prefirió esperar en el balcón de la sala de refresco que daba sobre la alameda de Paula.

Según calculó Leonardo, a poco de concluido el primer acto, sintió pasos mesurados a través del salón, luego una mano que se posaba en sus hombros y de seguida una voz que en tono dramático declamaba: ¿Qué dice el amigo del valiente Otelo?

—¡Ah! ¿Eres tú, Fernando? Lo más distante que tenía de mi mente.

—¿Qué haces aquí tan solitario y *pensieroso?*

—Acabo de entrar.

—No te vi en las lunetas. ¿Por qué no viniste desde luego a mi palco?

—Supuse que no había lugar para mí.

—Para ti siempre le hay a mi lado.

—Gracias.

—¿Estás en los momentos de la inspiraciión? ¿La pitonisa en el trípode? Lo celebro. Sentiría interrumpirte.

—¡Yo inspirado! Puede ser: del demonio.

—No tendría nada de extraño que te inspirase la escena urbano-marina que se desplega ante este balcón. ¿Va que componías allá en la mente un artículo descriptivo? De seguro. En efecto, ¿quién que abriga un alma de poeta no se inspira a la vista de esa hilera de casas desiguales de nuestra derecha, en que sobresalen los altos balcones de la solariega del Conde de Peñalver? o a la de esta alameda sin árboles que termina en el café de Paula, ahora a oscuras y desierto?, ¿o a la del hospital del mismo nombre en el fondo, que parece una pirámide egipcia, desde cuya ennegrecida cima, según dijo Bonaparte, nos contemplan los siglos?, o del lado opuesto, la de la oscurísima masa del navío *Soberano,* clavado, por decirlo así, en las serenas aguas de la bahía? ¿No ves cómo se destaca del cielo, donde chispean las estrellas? ¿Quién no diría que éstas, en vez de luz derraman lágrimas por la próxima desaparición del último resto de nuestras glorias navales?

—Fernando, esa escena tan poética para ti, no tiene para mí significación ninguna. Quizás porque me la sé de memoria, o porque estoy de un humor negro.

—Para mí, chico, siempre tiene encantos la naturaleza. En presencia de ella olvido todas mis penas. Y a propósito, ¿has leído en *El Diario* "Un rasgo de mi visita al Etna? "Arazoza estuvo el otro día en casa en solicitud de algo original... Se empeñó y le di esos borrones.

—Casi nunca veo *El Diario.*

—Pues búscalo y léelo. El artículo es corto. Se publicó hace tres o cuatro días. Lo escribí en Palermo. No quise ponerle mi nombre, porque dice mal de un Alcalde Mayor... Tú me entiendes. Salió con mis iniciales solamente y ¿has de creer que ya han venido a darme la enhorabuena más de veinte amigos? Sí. Pedro José Morillas me dio un abrazo y me puso el artículo por las nubes. Deseo oír tu opinión.

—Tarde será que pueda dártela, Fernando. Mi cabeza se abrasa y estoy más para pegarme un tiro, o pegárselo a alguien, que para lecturas.

—¡Hombre! Me sorprende. Te desconozco. ¿Eres tú el mismo estudiante de la clase de Filosofía en el Colegio de San Carlos, u otro en tu figura? ¿Qué ha sido de aquel buen humor y de aquella alegría pegadiza con que te ganabas el afecto de todos tus condiscípulos? Déjate de necesades y ni-

ñeces. ¿Estás enamorado? Podía dar en semejante gansada al cabo de tus más abriles y de tu experiencia...

—No es la pasión del amor la que me devora el pecho al presente. Es la cólera, es el dolor, es la desesperación que produce el primer desengaño de lo que son el mundo, los hombres y la amistad.

—Vamos. ¿A qué negarlo? Tú estás enamorado y mal correspondido. Los síntomas todos son de amor. ¿Cuál es el origen real de tus cuitas? Confíamelas. Sabes que soy tu amigo.

—¡Mi amigo! —exclamó el joven con sonrisa irónica—. Creía que lo eras, pero me he desengañado que eres mi peor enemigo.

—¿Qué fecha tiene tu desengaño?

—La misma del flaco servicio que me has hecho. No sé cómo su memoria no te roe las entrañas.

—¿Va que has perdido el juicio? ¡Vamos, hombre! Ya caigo. Todo tu coraje nace... ¡Ja, ja!

—No te rías —dijo serio Leonardo—. No es éste paso de risa.

—¿Pues de qué es? —reclamó el Alcalde—. He aquí la primera vez, desde que nos conocemos, que te veo grave y... bobo.

—No llames gravedad ni bobería a lo que toca en furor.

—Déjate de niñadas a estas horas. Tu enojo principal parece que es conmigo, y si no estuvieras encalabrinado, verías que, lejos de odio, me debes gratitud.

—No faltara otra cosa, sino que tras de haberme herido por donde más me duele, esperes mi agradecimiento. ¡Qué frescura la tuya! ¿Sabías tú que Cecilia Valdés era mi muchacha?

—Lo supe el mismo día en que, según dices, te hice el flaco servicio...

—Pero antes de eso, ¿tenías tú noticias de su existencia? ¿Conocías su carácter y antecedentes?

—¡Qué había de conocer! Ni jota.

—Luego, ¿cómo sin conocimiento de los hechos, sin formación de sumaria, diste el mandamiento de prisión?

—Porque hubo quien lo pidiera sin tales requisitos.

—¿Y a semejante proceder llamas amistad hacia mí?

—Ahí verás.

—¿Qué delito achacan a la muchacha para el atropello?

—Ningún otro, a lo que entiendo, que el de quererte demasiado.

—Así, tú a sabiendas has cometido una injusticia; digámoslo por lo claro, una arbitrariedad.

—Me confieso culpable de ese pecado.

—¿Pecado dices? Es más que eso. En nuestras leyes se conoce como un cuasidelito, que todavía puede que te salga a la cara. Si se han figurado que la triste huérfana no tiene quien la defienda, se engañan de medio a medio. Aquí estoy yo, que pondré el asunto en tela de juicio.

—Mal harás, Leonardo, —replicó el Alcalde con calma y dignidad—. Mal harás, te repito. Por lo que a mí toca, tus lanzadas no me harían daño alguno, rebotarían en la cota de malla de mi elevada posición, de mis títulos de nobleza y de mi valimiento aquí y en la corte. Por este lado soy inmune. Pero tú, con tomar el camino que dices, te hablo como compañero y amigo, no conseguirás otra cosa que escandalizar un poco y poner en berlina a tu padre, en cuya queja formal y escrita me apoyé para el procedimiento... arbitrario que me imputas. Tu padre, tu bueno y honrado padre, vino a mi tribunal y estableció querella en toda forma contra esa muchacha, por seductora de un menor, hijo de familia rica y decente, con sus encantos y trapacerías. En la discusión que tuvimos, se lamentó, casi con lágrimas en los ojos, de que estabas hecho un perdido, jugador, mujeriego; que no estudiabas ni podrías recibirte en Abril como él y tu madre esperaban, para que tomaras la administración de los bienes el año entrante, es decir, después de casarte con la bella y virtuosa señorita de Alquízar, como estabas comprometido, todo por esa mozuela casquivana, cuyas relaciones amorosas desdoran sin duda a un joven que ha de ser Conde antes de mucho.

—¿Conque tal es el epítome de la historia que te ha contado mi padre? Escucha, o contempla ahora el reverso de la medalla. No hay tal seducción, engaño ni calabazas en este negocio. La muchacha es lindísima y me idolatra. ¿Por qué no había de corresponder a su amor? Pero resulta que desde chiquita viene papá siguiéndole los pasos, manteniéndola, vistiéndola, calzándola, celándola, rondándola, cuidándola mucho más mejor de lo que jamás ha mantenido, vestido, calzado, rondado y cuidado a ninguna de sus hijas. ¿Para qué; con qué fines?, preguntarás tú. Sólo Dios y él lo saben. No quiero pensar mal todavía; pero el hecho de secuestrarla precisamente cuando acaba de morir la abuela, única persona que podía oponer obstáculo serio a la realización de torcidos deseos, me hace sospechar que no abriga mi padre las mejores intenciones... Me tranquiliza y complace, sin embargo, que sea cual fuere la lluvia de oro que él derrame a los pies de la joven, no conseguirá más de lo que ha conseguido de ella hasta aquí: un odio acérrimo. Pero tú, mi amigo, por hacerme bien me la arrebatas y la entregas atada de pies y manos en poder de mi padre. ¿Habré yo de perdonarte esta mala partida? Jamás.

—Eres injusto, muy injusto con tu padre y conmigo. Con él, porque no accedí a sus ruegos sino cuando me convencí plenamente de que eran rectas y santas sus intenciones respecto de ti, de la familia y de la misma Valdés. Conmigo eres injusto, porque viendo que tu padre estaba resuelto a cortar de cualquier modo, costara lo que costara, tus relaciones clandestinas con la muchacha, decidí encerrarla en las Recogidas por un corto tiempo, digamos, hasta tanto que te recibes de Bachiller y te cases como Dios manda y como conviene a tu clase y al caudal de tu familia. Que después, si te parece, volverás... a los primeros amores.

Leonardo se quedó callado y pensativo, y dijo luego con tibieza: ¡Adiós, Fernando!

Este le detuvo por el brazo y repuso: —No has de irte de esa manera, cual si hubiésemos reñido. Ven a mi palco: saludarás a mi esposa y oirás a mi lado el segundo acto de la ópera. Para aliviar ciertos dolores no hay bálsamo comparable con el de una buena música.

CAPITULO VII

El mayor monstruo, los celos.

CALDERÓN

¿Qué enredo te traes tú con una muchachuela de los arrabales?, —le preguntó doña Rosa a su marido todavía en cama—. Di, contesta —añadió codeándole por las espaldas, porque le pareció que se hacía el sueco o el dormido.

—Yo no me traigo ni me llevo enredo con nadie, Rosa —contestó D. Cándido entre sueños.

—Tú sí, tú sí. Me lo han dicho, lo sé de buena tinta.

—¿Quién te ha contado ese cuento?

—No es cuento, es verdad. Tú has sacado de su casa a una muchacha hace pocos días... El autor no es del caso.

—Lo es, Rosa. Hay quien influya en ti poderosamente.

—Luego aclararemos ese punto. Nadie me quita que tú has vuelto a las andadas...

—¿Ves lo que yo decía? Ya te han preparado contra mí. Tu hijo ...

—Pues échale ahora el muerto a mi hijo.

—Tu hijo, digo, —continuó D. Cándido sin turbarse—, estaba a punto de cometer la mayor de las calaveradas que ha cometido hasta el presente. Me interpuse, porque al fin soy padre, y evité la comisión... Tú no quieres que le toquen a *él,* ¿qué otro recurso me quedaba sino tocarle a *ella?* Hete, en resumen, el monto de mis *andadas.*

—¡No me quedaba que oír! ¿Conque para evitar que el hijo cometiera una calaverada, va el padre y da un escándalo?

—En este caso no ha habido escándalo ninguno.

—¡Cómo! ¿Se ha hecho la cosa a ocultas? Tanto peor. Véase qué interés tienes tú en ello.

—No otro, a fe mía, que el de impedir la comisión de una verdadera infamia por una persona que nos toca tan de cerca como es nuestro hijo.

—¿Qué infamia? Tú usas unas palabrotas...

—Tiempo ha que Leonardo viene persiguiendo a una chica de color...

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Lo sé por la misma razón que tú lo ignoras.

—Nada me dices con eso. Es natural que Leonardito, joven y bien parecido, persiga a las chicas, como dices tú. Lo que no parece natural es que tú, ya viejo y feo, estés tan enterado de las persecuciones mujeriles del muchacho. ¿Te da envidia? ¿Quisieras que se metiera a fraile? ¿Por qué le celas?

—Porque soy responsable de su conducta ante Dios y el mundo.

—¡Qué virtuoso! ¿No hacías tú lo mismo y aun peor cuando eras de su edad?

—Quizás hice lo mismo que él cuando mozo, peor no; al menos no me remuerde la conciencia de haber corrompido a ninguna joven honesta o de su casa.

—Haces bien: santifícate. Pero me parece excusado el trabajo que te tomas... Siempre creeré que, respecto a mujeres, Leonardito a tu lado es niño de teta.

—Dejémonos de recriminaciones, Rosa, y vamos al grano, a lo que nos toca más de cerca, como padres del mozo... La cosa es muy seria, es grave... Supe... Importa un bledo el cómo, el dónde, el cuándo. Supe que hacía grandes compras de muebles y de cachivaches caseros. Ha debido gastar un dineral. ¿De dónde lo ha habido? ¿Ha contraído deudas? ¿Le ha ganado al juego? ¿O... es que tú, tan bonaza como siempre, le has facilitado los medios?

D. Cándido había dado en el hito. ¿Negaría doña Rosa el préstamo, por haberlo hecho a ocultas del marido? Equivaldría a desacreditar al hijo a los ojos del padre, siempre dispuesto a mirar sus faltas por el lado más negro. Por eso, aunque convencida y mortificada por el engaño que con ella se había practicado, prefirió declarar la verdad y cargar con la culpa de la disipación del hijo predilecto.

—¿Ves ahora, Rosa, —dijo D. Cándido sin acrimonia—, las malas resultas del cariño ciego de ciertas madres para con sus hijos? ¿No reconoces que en algunos casos más vale pecar con ellos por duro que por blando? Leonardo te pide dinero y tú se lo prestas, porque no puedes decirlo que no, y porque te figuras que si se le niegas se muere de pesar... Y él coge el dinero, compra muebles, alquila casa... ¿Para qué diablos? Claro, clarito, para llevar a ella la querida. No se necesita gran penetración... De suerte que, si no me anticipo, ¡adiós, estudios! ¡Adiós, bachillerato! ¡Adiós, casamiento en Noviembre!, como tú y yo habíamos acordado, de acuerdo con él.

Bueno está todo cuanto dices, mas estoy esperando que digas dónde tienes oculta a la muchacha.

—En las Recogidas. Paréceme, —agregó a la carrera viendo que la esposa callaba y se agitaba en el lecho; —paréceme que éste ha sido el partido mejor y menos riesgoso que pudiera haberse escogido para salvar al mozo del precipicio y a la moza de su ruina...

—Sí, —dijo doña Rosa—; te figuras que porque has metido a la muchacha en las Recogidas, ya todo quedó arreglado y concluido? Sábete que no has conseguido nada. El niño ha tomado la cosa muy a pecho. Está ciego de amor.

—¡Quiá! —exclamó D. Cándido en tono despreciativo.. ¡Amor, amor! Ni gota. Lo que siente ese mozo es hervor de la sangre, calentura de cabeza. Nada tiene que ver en ello el corazón. Se le pasará. Pierde cuidado.

—Se le pasará, ¿eh? Tal vez. Pero el niño no come, no duerme, sufre, padece, se aflige, llora. Temo que le cueste una enfermedad el sentimiento. Ya, como tú no lo ves, no lo oyes, no lo entiendes, hablas del modo que hablas.

—Pon tú algo de tu parte. A ti, que tienes más influencia en él que yo, a ti te corresponde consolarle y hacerle entrar por vereda. ¿Va que no le has dicho que por el próximo correo de España espero el título de Conde de Casa Gamboa, con que se ha servido agraciarme nuestro augusto soberano? ¿A que no? Puede que la noticia le alegrase.

—¡Alégrarle! ¡Qué poco conoces a tu hijo! Le di la noticia. ¿Y sabes lo que me contestó? Que la nobleza comprada con la sangre de los negros que tú y los demás españoles robaban en Africa para condenarlos a eterna esclavitud, no era nobleza, sino infamia, y que miraba el título como el mayor baldón...

—¡Ah! ¡El bribón, el insurgente, el desorejado! —estalló D. Cándido en un paroxismo de indignación—. ¡Vaya si le hierve la sangre criolla en las venas! Todavía sería capaz el muy trompeta de principiar por su padre la degollina como se armara en esta Isla el desbarajuste de la Tierra Firme. Y quieren libertad ¡porque les pesa el yugo!, ¡porque no pueden soportar la tiranía! Que trabajen los muy holgazanes y no tendrán tiempo ni ocasión de quejarse del mejor de los gobiernos. Yo les daría palo entre oreja y oreja como a los mulos...

—Basta de sandeces y de vituperios, —le atajó doña Rosa incomodada—. Tiras de los criollos como si mis hijos y yo fuéramos de tu tierra. ¿Odias a los habaneros porque te duele que te paguen en la misma moneda? Leonardito en parte tiene razón. Le privas de todos sus gustos y placeres... No sé cómo no se desespera. Cuenta con que él hará cuanto esté en su mano para sacar a la muchacha del encierro...

—Como tú no le des dinero, —dijo D. Cándido sobresaltado—, para sobornos, dudo mucho que se salga con el intento. No le des dinero, no se lo des a tontas y a locas. Mas ya que tu cariño consiste en atragantarle a regalos, hagámosle uno de tal calidad que le llene de orgullo y le haga avergonzarse de la sima de bajeza a que se proponía descender.

—¿Cuál es el regalo que esperas obre el milagro...?

—La casa de Soler, que Abreu se sacó en rifa está de venta. Comprémosla, alhajémosla para Leonardo cuando se case con Isabel. La venden en 60.000 duros.

—Casi el valor de un ingenio.

—La casa vale ese dinero. Es un palacio; como no hay otro en la Habana. No debes pararte en pelillos: se trata de la salvación de tu hijo más querido. De mi cuenta corren la compra y la habilitación de la jaula, de la tuya corre la domesticación del pájaro que ha de ocuparla.

Arreglado el plan y distribuidos los papeles, D. Cándido desempeñó el suyo sin tardanza ni dificultad. Doña Rosa, al contrario, en consecuencia de su carácter peculiar, desde los primeros pasos puso obstáculos invencibles a la realización del proyecto.

Entraban por mucho en la composición del carácter de doña Rosa la altivez y la suspicacia para que dejase de ser a menudo injusta e imprudente en sus relaciones domésticas... Nadie mejor que Leonardo conocía ese flaco de su madre. No bien le declaró ella las condiciones del proyecto de domesticación fundadas todas en su renuncia a la posesión de Cecilia, resolvió predisponerla contra el marido atizando los celos de la esposa a lo sumo. Bastóle para ello el que le refiriese, sin nombrarla, cuánto había oído de boca de Cecilia, referente a los tratos clandestinos y sospechosos de D. Cándido con la joven y la anciana del barrio del Angel desde mucho tiempo atrás; a los dineros que en ellos venía gastando con la largueza o la prodigalidad del viejo enamorado; al extraño interés que siempre había tomado en el sostenimiento y bienestar de las dos mujeres; a la vigilancia con que había celado a la muchacha y cuidado de la salud de la anciana; en una palabra, a los eficaces y constantes servicios que en estos negocios de dudosa moralidad le había prestado Montes de Oca.

Todas y cada una de estas noticias, junto con otras ya mencionadas, habían llegado a oídos de doña Rosa en diferentes épocas y por diversos conductos. La relación tardía y amañada del hijo sólo sirvió de complemento y confirmación de lo mismo que ella se sabía de memoria o que meramente sospechaba.

Ocioso parece añadir que en este caso, como en todos los de su índole, surtió la cizaña su maligno efecto. Pues que irritada la madre contra el padre por la supuesta persistente violación de la fe conyugal, en venganza o represalia tramó en secreto con el hijo la mina que debía hacer saltar los parapetos levantados por D. Cándido en defensa del honor de Cecilia Valdés. A su ejecución comprometió doña Rosa su dinero y su influjo.

Para ayudarle en la ardua empresa, tres condiciones únicamente exigió ella: una, que el hijo continuara los estudios hasta graduarse de Bachiller en leyes; otra, que se casara con Isabel Ilincheta a fin de año; y la tercera, que aceptara, sin murmurar, el regalo del palacio que, con ese preciso objeto, le hacía su padre. Todo lo prometió de plano Leonardo.

El primer paso dado fue el de solicitar los servicios de María de Regla, aquella enfermera del ingenio de *La Tinaja,* cuya astucia y talento la madre y el hijo reconocían de consuno, a pesar de la ojeriza con que la miraban. Prestóse ella de la mejor gana, tanto porque estaba en su índole el papel de conspiradora, cuanto que se prometía pagar con bienes los muchos males recibidos de manos de los dos. De luego a luego comenzaron los trabajos de zapa.

Produjo una verdadera revolución la entrada de Cecilia en la casa de las Recogidas. Su juventud, su belleza, sus lamentos, sus lágrimas, los motivos mismos de su prisión, supuestos hechizos empleados para seducir a un joven blanco de familia millonaria de la Habana, todo concurrió para inspirar curiosidad, simpatía o admiración en las mujeres de varios colores y condiciones que cumplían términos más o menos largos de condena.

Por vulgares que ellas fuesen, por apagado que estuviese en su pecho el sentimiento de la dignidad personal, imposible les fuera sustraerse al influjo de unas circunstancias cuya magia ejercerá su imperio en este mundo sublunar mientras refleje la luz del sol. Al parecer, de poco podían valerle a Cecilia sus simpatías y arranques de admiración; con todo eso, fuerza bastante tuvieron para crear en torno suyo aquella atmósfera de respeto y de consideración que tanto contribuyó al alivio de sus penas mientras estuvo en las Recogidas, y que al cabo le abrió las puertas.

El guardador de estas ovejas descarriagas era un solterón verde, suerte de monigote en quien los años ni las penitencias habían domado las humanas pasiones. Hasta la fecha presente, sólo habían ingresado en el establecimiento a su cargo mujeres de baja extracción, viejas, feas y gastadas por los vicios. En condiciones bien diferentes vino Cecilia a aumentar su número. Tal vez había pecado; pero de seguro que no por vicio ni mala inclinación. Esto abonaban sus pocos años, su porte decente y modesto, su donoso aspecto y el nácar de sus tersas mejillas. El dolor, la vergüenza de verse encerrada y confundida entre unas mujeres conocidamente de mala conducta, era sin duda lo que la hacía prorrumpir en lágrimas y quejas continuas. Tantos y tales extremos de genuino pesar eran incompatibles con el delito.

Así razonó el portero de la Casa de las Recogidas, y sin más reparo se declaró el campeón y el amigo de Cecilia. Su placer era ir a deshoras hasta la ventana del cuarto que le habían asignado, para sorprenderla, a ocultas, en sus demostraciones de sentimiento, enamorarse más de ella y encenderse en ira contra sus perseguidores. A veces la encontraba en la silla con la cabeza y los brazos descansando en la mesa, mientras dejaba a la abundosa mata de sus cabellos sueltos el cuidado de cubrir aquellas partes de su espalda que no acertaba a vedar de miradas profanas el traje flojo. Otras veces levantaba ella de repente los ojos y las manos juntas al cielo y exclamaba en la mayor angustia:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Por qué culpas he merecido yo este tremendo castigo?

En todos estos casos se retiraba el guardián a su portería hecho un basilisco.

En uno de esos momentos de indignación filantrópica, se le apareció como llovida María de Regla, con achaque de venderle frutas del tiempo y conservas, negocio en que se ocupaba entonces. El hombre no quería comprar ni enredarse en una conversación que podía distraerle de sus agridulces pensamientos. Pero no por eso desistió de su propósito la vendedora. Esperaba, al contrario, repulsa más terminante. Díjole en el tono meloso que solía:

—¿Le duele al señor la cabeza o las muelas? (No le dio el tratamiento de su merced).

—Nada me duele, —gruñó él.

—Me alegro, porque esos son los dolores de los dolores. Vea el señor si las recogidas quieren frutas o dulces en almíbar.

—No estamos para frutas ni dulces ahora. Tampoco hay plata en casa.

—Yo fío.

—Anda con Dios y déjame en paz.

—Otras veces me han comprado aquí frutas y dulces.

—No en mi tiempo. Sería cuando estaba el papanatas que suele reemplazarme.

—Quizás.

—Yo no permito tráfico con las presas. El reglamento prohíbe todo tejemaneje por la portería.

—Pues me han dicho que el señor era más bueno que el pan con las pobres recogidas.

—Te han engañado. Yo soy malo, malísimo.

—El señor no es malo. ¡Qué va! Le conozco en la cara que no lo es.

—Basta. No quiero palique.

—Está bien. El que manda manda. Me iré; pero antes ¿no tendría la bondad de oírme el recado que acaba de darme un caballerito para el señor?

—¿Qué recado? Despacha, —replicó con rudeza el hombre después de mirar fijamente a la vendedora.

—¿No tiene aquí el señor presa a una niña blanca?

—No tengo preso a nadie. No soy cercelero; soy un mero guardián de las recogidas, por delegación del ilustrísimo señor Obispo Espada y Landa.

—Perdóneme el señor. Quise decir que si no había aquí recogida una niña blanca.

—Blanca al parecer. Sí. ¿Y qué?

—Pues el caballerito que le digo se interesa mucho por esa niña.

—¿Qué me importa a mí su interés? No vamos a comer con eso.

—Nunca debe decirse "de esa agua no beberé". Porque el caballerito que digo es riquísimo y está muy enamorado de la niña. Y el señor sabe de lo que es capaz un caballerito rico cuando está loco de amor y le impiden ver y hablar a su adorado tormento.

—Estamos, —dijo el portero algo más placable. —¿Qué pretende el tal caballerito?

—Poca cosa. Quiere que el señor dé a la niña de su parte estas naranjas, (escogiendo seis entre las más hermosas del tablero), y que le diga que él está metiendo empeño y gastando mucho dinero para sacarla cuanto antes de esta prisión.

—¡Hombre!, —dijo el guardián titubeando—; yo no he hecho jamás el papel de corre-ve-y-dile.

—Vamos, señor, que no le pesará. Sépalo: el caballerito es muy rico, muy agradecido y está muy enamorado.

El portero asustado, tembloroso, indeciso, se estuvo largo rato parado, mirando, ya a la negra, ya a las naranjas. Al cabo preguntó con voz ronca por el temor o la vergüenza:

—¿Cómo se llama el caballerito?

—La niña sabe, —replicó María de Regla, marchándose bruscamente.

Quedóse el portero pensativo, como clavado a la reja de la portería. A poco le pasó el cerrojo a la puerta, le echó llave, y con tres naranjas en cada mano entróse en el amplio patio de la Casa de las Recogidas.

Hubo de todo lo que puede llenar de ilusiones a un hombre enamorado, y de esperanza a una mujer afligida, en la breve entrevista que tuvo el portero con Cecilia. Hubo aquello de: Ud. es mi salvador. ¿Qué ángel le trajo a esta pobre mujer perseguida? Soy inocente. Mi único delito es amar mucho a un joven que se muere por mí. Aquí me ha puesto el padre del caballerito de quien Ud. me habla. Toda su rabia contra mí es porque no lo quiero a él y quiero a su hijo. Tenga V. piedad de una mujer injustamente perseguida.

Salió de allí el portero otro hombre. ¿A quién se le ocurre traer aquí una muchacha como esta? —se preguntaba a sí mismo—. Al demonio, solamente al espíritu maligno para tentar y sacar de sus casillas a la gente pacífica. Aquí quisiera ver a los varones fuertes, a los mismos santos. ¿Resistirán? Se doblarían, se derretirían, se entregarían de patas en las garras de Satanás. ¿Habrá quien tenga valor para verla llorar, para oírla quejarse y suplicar y no tomar su parte? Hará de mí lo que se le antoje. Es claro. Y quedaré mal con el señor Obispo, mi protector, caeré de su gracia, perderé el puesto que ocupo en esta casa. Mas, ¿qué remedio? Ella es muy linda, llora, y yo no soy de palo. ¡Maldita frutera!

Dos o tres días después volvió ésta, y el portero de las Recogidas no la recibió mal. Traía nueva pretensión: la de hablar a solas con la presa en la prisión. Estaban prohibidas las visitas dentro de la casa; sólo podía hablarse con las recogidas en presencia del guardián, a la reja de la portería. Pero María de Regla arguyó el punto con habilidad diciendo, entre otras cosas, que no era de esperarse el portero ayudara a matar de tristeza a una niña inocente, y se hiciera cómplice de la mayor de las injusticias que se habían cometido hasta entonces en la Habana. Que el caballerito, amante de la niña, ya tenía muy adelantadas las diligencias para sacarla del encierro, y, por supuesto,

excluiría de su gratitud a todos los que habían oprimido a su adorado tormento. En seguida añadió, cual si de pronto recordara:

—El caballerito me dio para el señor esta media docena de onzas de oro, por si la niña necesitaba algo de comer, o de vestir, o cualquier antojo...

Este último argumento acabó por dar al traste con el resto de virtud o empacho del portero. Concedió la entrada. En pocas palabras describiremos ahora la escena que se siguió a la entrevista de la mensajera con la presa.

María de Regla encontró a Cecilia en la misma posición en que dijimos la había sorprendido el guardián días antes; sólo que esta vez no le cubría el cabello aquella parte de la espalda que daba a la entrada de la celda. Algo echó de ver ahí la antigua enfermera, que le llamó grandemente la atención.

—¡Jesús! —dijo—. ¿Qué veo? ¿Será posible que esta niña sea la misma que yo sospechaba? ¡Qué cosas pasan en este mundo!

A aquella voz y aquellas incoherentes exclamaciones, levantó Cecilia la cabeza y preguntó en tono desmayado y doliente:

—¿Qué quiere usted?

—Quiero que me diga su merced su nombre de pila.

—Cecilia Valdés.

—¡Jesús! —volvió a exclamar la negra—. ¡La propia que yo me imaginaba! Parece un sueño. ¿Sabe su merced quién le pintó esa media luna?

—¿Qué media luna?

—La que su merced lleva en este hombro —tocando con el índice el izquierdo de la muchacha.

—Esta no es pintura, es un lunar, mejor dicho, una marca que me ha quedado ahí de resultas de un golpe recibido en mi niñez.

—No, si su merced es de verdad la Cecilia Valdés que yo conozco, ese no es lunar, ni marca de golpe: es la media luna que la abuela de su merced le pintó con aguja y añil antes de echarla en la Real Casa Cuna.

—¡Oh! Mamita nunca me habló de semejante cosa.

—Yo lo sé porque esa fue la señal que me dieron para reconocerla entre las demás niñas de la Real Casa.

—¿Quién es V. que sabe tanto de mí?

—¿Es posible que su merced no me conozca todavía? Debía acordarse de mí.

—No, por cierto.

—Pues yo le di de mamar a su merced, primeramente en la Real Casa Cuna, y después, por cerca de un año, en casa de la abuela de su merced, cuando ella vivía en el callejón de San Juan de Dios. Su merced ya hacía *peninos*[1] y hablaba champurriado, no le digo más, en los días en que me la quitaron de los brazos. ¡Ay! No sabe su merced las lágrimas y pesares que me ha costado su crianza; no sólo a mí, también a mi marido. Sí, su merced ha sido la causa primera y principal de nuestras desgracias.

[1]Pininos o pinitos.

—¿Qué les ha pasado a Vds.?

—A mí me desterraron de la Habana habrá doce años, y mi marido está preso en la cárcel. Le achacan la muerte del Capitán Tondá.

—¡Conque eso es así como V. dice! ¡Conque yo soy la mujer más infeliz que pisa la tierra! ¡Ay de mí, que sin haberle hecho mal a nadie todos me caen encima!

—No llore, ni se lamente, niña. Aunque causante de nuestras desgracias, su merced es inocente, no tiene culpa ninguna.

—¿Cómo no he de llorar y lamentarme, si tras de verme perseguida injustamente, hecha la piedra de escándalo de las mujeres de esta casa, que me atosigan con sus preguntas y majaderías, por remate de cuenta viene Vd., que dice me crió, y me echa en cara las desgracias de Vd. y de su marido? ¿Cabe mayor infelicidad que la mía?

—Cuando yo le relate mi historia, tejida con la de su merced, se convencerá Vd. que tengo mucha razón.

—Pero, ¿quién es Vd?

—Mi nombre es María de Regla, humilde criada de su merced y esclava del niño Leonardo Gamboa.

—¡Ah —exclamó Cecilia poniéndose de pie y abrazando a su interlocutora.

—Oiga —dijo ésta con sentimiento—. La niña me reconoce y abraza como esclava del niño Leonardo, no como la madre de leche que soy de su merced.

—No, la abrazo por ambos motivos, sobre todo porque su venida es anuncio de salvación para mí.

La negra se cruzó de brazos y se puso a contemplar a Cecilia faz a faz. De tiempo en tiempo murmuraba en tono bajo: —¡Vea Vd.! ¡La misma frente! ¡La misma nariz! ¡La misma boca! ¡Los mismos ojos! ¡Hasta el hoyito en la barba! Sí, su pelo, su cuerpo, su aire, su propio ángel! ¡Qué! ¡Su vivo retrato!

—¿De quién? —preguntó Cecilia.

—De mi niña Adela.

—¿Y quién es esa niña?

—Mi otra hija de leche, hermana de padre y madre del niño Leonardo.

—¿Conque tanto me parezco a ella? Ya me lo habían dicho algunos amigos que la conocen de vista.

—Y dígalo que se parece. Jimaguas no se aparecerían más. ¡Si será por esto porque el niño Leonardo está tan enamorado de su merced! Pero él pena y su merced peca con quererse como se quieren. Si se quisieran como amigos o hermanos, pase; como hombre y mujer es un pecado. Los dos están en pecado mortal.

—¿Por qué me dice Vd. eso? —preguntó Cecilia sorprendida—. En quererse mucho un hombre y una mujer, no sé yo que haya pecado.

—Sí, lo hay, niña; a veces hay hasta pecado prieto. Por una parte, él es blanco; más, dentro de poco será de sangre azul, porque su padre ya es Conde

de Casa Gamboa. Y tiene un palacio para vivir con la que haya de ser su esposa legítima. Y su merced... Perdone, niña, que sea tan clariosa. Su merced es pobre, no tiene ni gota de sangre azul y es hija... de la Casa Cuna. No es posible que lo dejen casarse con su merced.

—Todo sea que se le ponga en la cabeza. A bien que él es hombre y hace lo que quiere. Y aunque no, estoy segura que cumplirá la palabra que me ha dado.

—No podrá cumplirla, niña. Desengáñese, no podrá cumplirla aunque quiera.

—¿Por qué no?

—Porque no. A su tiempo lo sabrá su merced. Ese casamiento es un sueño, no se verificará...

—Luego Vd. se opone. No comprendo la razón.

—Yo no me opongo, niña mía. No soy yo quien se opone, es otro, es la naturaleza, son las leyes divinas y humanas. Sería un sacrilegio... Pero, ¿qué es lo que digo? Cuando menos ya es tarde. Dígame, niña ¿qué tiene en los ojos?

—Nada tengo en los ojos —repuso Cecilia restregándoselos inocentemente.

—Sí, veo algo en ellos que es mala señal. Me parece que tiene amarillo el globo del ojo. No cabe duda. Esas ojeras, esa palidez, ese rostro desencajado... ¡Pobrecita! Su merced está enferma.

—¡Yo enferma! No, no —dijo ella muy apurada.

—Su merced ya es muy del niño Leonardo.

—No entiendo lo que Vd. dice.

—¿Ha sentido su merced náuseas? Así como ganas de provocar?

—Sí, varias veces. Más a menudo desde que estoy en esta casa. Lo atribuyo a los sustos y pesares de mi injusta prisión.

—Tate. Ciertos son los toros. ¿No lo dije? La causa de la enfermedad de su merced es otra. Yo la sé, la adivino. ¿No sabe la niña que he sido enfermera por muchos años? ¿Que soy casada? Ya no hay remedio. Ninguno... ¡Pobre niña! ¡Inocente! ¡Desgraciada! A su merced le ha hecho mucho daño esa carita tan linda que Dios le ha dado. Si su merced hubiera nacido fea, tal vez no le pasara lo que le pasa ahora. Estaría libre y sería feliz. Mas... lo que remedio no tiene, olvidarlo es lo mejor. En fin, diré al niño Leonardo el estado de su merced y segurito que se apresurará a sacar a la niña de esta maldita casa.

Afectaron fuertemente a Leonardo Gamboa las últimas nuevas que de Cecilia le trajo la esclava. Sin pérdida de tiempo, como lo había previsto ésta, se abocó con su condiscípulo y amigo el Alcalde Mayor, que había decretado la orden arbitraria de prisión, ante el cual hizo valer aquellos títulos, junto con esta circunstancia. Le reveló igualmente en secreto el estado delicado de la muchacha. Derramó por todas partes el oro a manos llenas y tuvo la inefable satisfacción de ver coronados sus esfuerzos con el éxito más completo hacia los postrimeros días del mes de abril.

Fue al cabo suya Cecilia, a pesar de la tenaz oposición de su padre. De la prisión la condujo a la casa que habían alquilado en la calle de las Damas, dándola por cocinera, sirviente de confianza y dueña a la María de Regla de siempre. No parecía que hubiese hombre más feliz sobre la haz de la tierra.

Aun cuando todo esto se ejecutó con entera reserva de D. Cándido, nada ocultó Leonardo de doña Rosa. Desde el principio al fin la mantuvo informada de los pasos que daba, a medida que se daban. Y, sentimos decirlo, no sabemos en quién produjo más regocijo el desenlace del drama, si en su hijo o en la madre. Así se alzaba una barrera insuperable, creía ella sinceramente, entre la muchacha y las imprudentes pretensiones de su marido.

En medio de estas escenas, desplegó Leonardo tino y fuerza de voluntad sin ejemplo, poniendo el mayor esmero en llenar las condiciones del contrato secreto celebrado con su madre. Asistió a las clases de derecho regularmente, y cuando llegó la hora de graduarse, visitó uno por uno a los doctores que debían examinarle, principalmente a D. Diego de la Torre, que gozaba fama de muy rígido con los graduandos: le pasó la mano a Fray Ambrosio Herrera, secretario de la Universidad, a quien comunicó en secreto que en vez de los tres duros de las propinas de costumbre, se proponía meter tres onzas de oro, en cada cartucho. Así allanó el camino de la recepción; así logró calarse la muceta de ordenanza, ascender a la cátedra del aula magna, ponerse en la coronilla de la cabeza la birreta colorada, pronunciar un ininteligible discurso en latín, y obtener el título de Bachiller en leyes "nemine dissentiente" el 12 de abril de 1831.

Satisfechos por este lado sus compromisos, todavía tuvo tiempo para tomar formal posesión del palacio que le había regalado su padre. En seguida, con el ánimo de adormecer la vigilancia de éste, corrió a darle una "caradita" a Isabel en su paraíso de Alquízar, y ver de concertar con ella, si era posible, la manera y la época del casamiento.

La encontró bastante fría y desanimada. Repugnábale en alto grado la idea de presenciar, por segunda vez, las escenas horrorosas del ingenio. Como visita, porque faltaría la ocasión juntamente con el deseo; como ama, porque si de amante no logró suspender los terribles castigos impuestos allí a los negros, por una necesidad fatal de la institución, mal podía prometerse que de casada se aboliesen. Y ora tomase Leonardo estas razones de su amiga cual meros escrúpulos monjiles, ora se persuadiese que ellas quizás le relevarían de una promesa en que ya no se interesaba mucho su corazón, tornó a la Habana sin haber tratado de allanar el inesperado inconveniente.

Volado había el tiempo con inconcebible rapidez. A fines de agosto tuvo Cecilia una hermosa niña; suceso que, lejos de alegrar a Leonardo, parece que sólo le hizo sentir todo el peso de la grave responsabilidad que se había echado encima en un momento de amoroso arrebato. Aquella no era su esposa, mucho menos su igual. ¿Podría presentarla sin sonrojo, maguer que bella como un sol, en ninguna parte? No había él descendido tanto todavía por la cuesta suave del vicio, que hiciese del sambenito gala.

Se desvanecía, sin duda, la ilusión con la fácil posesión del objeto codiciado que consistía tan sólo en la cualidad deleznable antes mencionada. Al amor hizo en breve lugar la vergüenza. Tras ésta debía presentarse el arrepentimiento, y se presentó al galope, mucho antes de lo que era de esperarse, supuestas las condiciones de alma fría y moral laxa de que había dado pruebas el joven Gamboa.

Los primeros síntomas del cambio no tardó Cecilia en descubrirlos con dolor; en pos vino el tropel de los celos a complicar la situación de las cosas. A los tres o cuatro[2] de unión ilícita fueron menos frecuentes y menos prolongadas las visitas de Leonardo a la casa de la calle de las Damas. ¿De qué valía que él colmase de regalos a la querida; que se adelantase a todos sus gustos y sus caprichos, si era cada vez más frío y reservado con ella, si no mostraba orgullo ni alegría por la hija, si no pudo lograr jamás que trocara siquiera por una noche la casa de los padres por la suya propia?

Explícase la extrema conducta de Leonardo con Cecilia, por la grande influencia que sobre él ejercía su enérgica madre. Porque era cosa cierta que si del mozo habían huido todas las virtudes a la temprana edad de 22 años, como huyen las tímidas palomas del palomar herido por el rayo, no era menos cierto que aún calentaba su corazón marmóreo por el dulce amor filial.

Doña Rosa, además, había averiguado por aquellos días la historia verdadera del nacimiento, bautizo, crianza y paternidad de Cecilia Valdés, contado ahora por María de Regla con el objeto de obtener el completo perdón de sus pecados y alguna ayuda en favor de Dionisio, que seguía en estrecha prisión. Espantada dicha señora del abismo a que había empujado a su hijo, le dijo con aparente calma:

—Estaba pensando, Leonardito, que es hora de que sueltes el peruétano de la muchachuela... ¿Qué te parece?

—¡Jesús, mamá! —replicó escandalizado el joven—. Sería una atrocidad.

—Sí, es preciso —añadió la madre en tono resuelto—. Ahora, a casarte con Isabel.

—¿También esa? Isabel ya no me quiere. Tú has leído sus últimas cartas. En ellas no habla de amores, habla únicamente de monjío.

—¡Disparate! No hagas caso. Yo arreglo el negocio en dos palotadas. Han cambiado las cosas. Conviene que se case temprano el mayorazgo, siquiera no sea con otro fin que el de asegurar sucesión legítima para el título. A casarte con Isabel, digo.

Por carta de D. Cándido a D. Tomás Ilincheta, pidió doña Rosa la mano de Isabel para su hijo Leonardo, heredero presunto del condado de Casa Gamboa.

En respuesta, la presunta novia, acompañada de su padre, hermana y tía, vino a su tiempo a la Habana y se desmontó en casa de sus primas, las señoritas Gámez. Quedó, pues, aplazado el matrimonio para los primeros días

[2] Falta el sustantivo.

de noviembre, en la pintoresca iglesia del Angel, por ser la más decente, si no la más cercana a la feligresía propia. La primera de las tres velaciones regulares se corrió el último domingo del mes de octubre, pasadas las ferias de San Rafael.

No faltó quien comunicara a Cecilia la nueva del próximo enlace de su amante con Isabel Ilincheta. Renunciamos a pintar el tumulto de pasiones que despertó en el pecho de la orgullosa y vengativa mulata. Baste decir que la oveja, de hecho, se transformó en leona.

Al oscurecer del 10 de noviembre llamó a la puerta de Cecilia un antiguo amigo suyo, a quien no veía desde su concubinaje con Leonardo.

—¡José Dolores! —exclamó ella echándole los brazos al cuello, anegada en lágrimas—. ¿Qué buen ángel te envía a mí?

—Vengo —repuso él con hosco semblante y tono de voz terrible—, porque me dio el corazón que Celia podía necesitarme.

—¡José Dolores! ¡José Dolores de mi alma! Ese casamiento no debe efectuarse.

—¿No?

—No.

—Pues cuente mi Celia que no se efectuará.

Sin más se desprendió él de sus brazos y salió a la calle. Cecilia, a poco, con el pelo desmadejado y el traje suelto, corrió a la puerta y gritó de nuevo:

—¡José! ¡José Dolores! ¡A *ella, a él* no!

Inútil advertencia. El músico ya había doblado la esquina de la calle de las Damas.

Ardían numerosos cirios y bujías en el altar mayor de la iglesia del Santo Angel Custodio. Algunas personas se veían de pie, apoyadas en el pretil de la ancha meseta en que terminan las dos escalinatas de piedra. Por la que mira a la calle de Compostela subía un grupo numeroso de señoras y caballeros cuyos carruajes quedaban abajo. Ponían los novios el pie en el último escalón, cuando un hombre que venía por la parte contraria, con el sombrero calado hasta las cejas, cruzó la meseta en sentido diagonal y tropezó con Leonardo, en el esfuerzo de ganar antes que éste el costado del Sur de la iglesia, por donde al fin desapareció.

Llevóse el joven la mano al lado izquierdo, dio un gemido sordo, quiso apoyarse en el brazo de Isabel, rodó y cayó a sus pies, salpicándole de sangre el brillante traje de seda blanco.

Rozándole el brazo a la altura de la tetilla, le entró la punta del cuchillo camino derecho al corazón.

CONCLUSION

Lejos de aplacar a doña Rosa el convencimiento de que Cecilia Valdés era hija adúltera de su marido y medio hermana por ende de su desgraciado hijo, eso mismo pareció encenderla en ira y en el deseo desapoderado de venganza. Persiguió, pues, a la muchacha con verdadero encarnizamiento, y no le fue difícil hacer que la condenaran como cómplice en el asesinato de Leonardo, a un año de encierro en el hospital de Paula. Por estos caminos llegaron a reconocerse y abrazarse la hija y la madre, habiendo ésta recobrado el juicio, como suelen los locos, pocos momentos antes de que su espíritu abandonase la mísera envoltura humana.

Por lo que hace a Isabel Ilincheta, desengañada de que no encontraría la quietud del alma en la sociedad dentro de la cual le tocó nacer, se retiró al convento de las monjas Teresas o Carmelitas, y allí profesó al cabo de un año de noviciado.

Casada Rosa con Diego Meneses, se esforzó en reemplazar a la hermana mayor en el cariño del padre y de la tía, yendo a morar con ellos en el edén de Alquízar.

La causa criminal formada a Dionisio por el homicidio de Tondá, no vino a fallarse sino cinco años después de los sucesos aquí relatados. El tribunal le condenó a diez de cadena, y el célebre D. Miguel Tacón le destinó al presidio de la Habana para la composición de calles.



CRONOLOGIA*

* Esta Cronología ha sido revisada y ampliada por el Departamento Técnico de la Biblioteca Ayacucho.

1812	Nace Cirilo Simón Villaverde y de la Paz en el Ingenio Santiago cerca del pueblo de San Diego de Núñez (Pinar del Río), el sexto hijo del médico del Ingenio, Lucas Villaverde, y de doña Dolores de la Paz.

Cuba y América Latina	Mundo exterior
C: Se produce un levantamiento general de esclavos contra España liderado por el negro libre José Antonio Aponte ("Conspiración de Aponte"). El movimiento queda liquidado en menos de dos meses; Aponte es descuartizado y exhibido. Se jura la Constitución española y se crean las diputaciones provinciales. Juan Ruiz de Apodaca es Capitán General. Empieza a funcionar la lotería. El historiador cubano José Antonio Valdés abre una imprenta en La Habana.	*Esp.:* Promulgación de la Constitución liberal de Cádiz y jura en los dominios americanos. José I abandona Madrid. *Fra.:* Guerra con Rusia; batalla de Borodino. Napoleón entra a Moscú. Incendio de la ciudad. Napoleón regresa a París. *EE. UU.:* Guerra con Inglaterra. Fuerzas norteamericanas invaden Canadá, que se divide en dos provincias: inglesa y francesa. Los turcos reconquistan Servia. Organización de la Comedia Francesa.
J. Infante: *Proyecto de Constitución para la Isla de Cuba.* J. A. Valdés: *Historia de la isla de Cuba y en especial de La Habana.* Nacen Ramón de Palma (abogado y poeta romántico) y Antonio Bachiller y Morales (abogado, profesor, escritor y bibliófilo).	Byron: *Childe Harold.* Cuvier: *Investigaciones sobre los esqueletos fósiles.* Hermanos Grimm: *Cuentos.* Turner: *Paso de los Alpes por Aníbal.* Boieldieu: *Juan de París.* Nacen Browning y Ch. Dickens.
AL: En Nueva España Calleja desaloja a López Rayón de Zitácuaro. Morelos ocupa Tenancingo y rompe el sitio de Cuautla; Iturbide derrota a Albino García en el Valle de Santiago; Morelos inicia su tercera campaña, auxilia a Valerio Trujana y rompe el sitio de Huajuapan; ocupa Tehuacán. Jura de la Constitución de Cádiz. Toma de Orizaba por Morelos; C. Mª de Bustamante se une al movimiento de independencia. Los portugueses se retiran de la Banda Oriental por mediación inglesa. Belgrano es vencedor en Tucumán. Reinicio del sitio de Montevideo; San Martín llega a Buenos Aires. Primera Constitución Política de Chile. Derrota de los patriotas venezolanos en Puerto Cabello; capitula Miranda, quien es hecho prisionero y enviado a España; Bolívar en Cartagena, lanza su "Manifiesto", pasa a Barrancas, Tenerife y Mompox; inicia La Campaña Admirable. Monteverde es Capitán General y Gobernador (2/X). Se instala el Congreso Nacional de Nueva Granada (4/X).	

1813	
1814	

Cuba y América Latina	*Mundo exterior*
José María Cos: *El Ilustrador Americano,* periódico insurgente; J. J. Fernández de Lizardi: *El Pensador Mexicano,* periódico (-1814); Camilo Henríquez: *La Aurora de Chile,* periódico. Nace M. Lerdo de Tejada.	
C: Se publica en Matanzas el periódico *Diario de Matanzas.* Nace José Victoriano Betancourt (abogado, prosista y poeta). *AL:* En Nueva España, Callejas es nuevo virrey. Morelos inicia el ataque a Acapulco. Es suprimida la Inquisición. El Congreso de Chilpancingo inicia sus sesiones y declara la independencia el 6/XI. Se reúne la Asamblea Nacional Constituyente en la Argentina. San Martín triunfa en San Lorenzo y Belgrano en Salta. Bolívar decreta la guerra a muerte contra españoles y canarios; entra en Caracas y es proclamado "Libertador de Venezuela". Se inicia la resistencia en los Llanos. *El Correo Americano del Sur,* periódico insurgente. Congreso de Chilpancingo: *Acta de Independencia de la América Septentrional.* Periódicos: *El Argos Constitucional,* en el Perú y *El Semanario Republicano,* en Chile. A. J. de Irisarri: *Reflexiones sobre la política de los gobiernos de América.* J. Egaña: *Los derechos del pueblo.*	*Esp.:* José Bonaparte deja la corona española. Batalla de Vitoria. Derrota total de las fuerzas francesas. Tratado de Valençay entre Fernando VII y Napoleón. Fernando recupera el trono español. Supresión de la Inquisición por las Cortes. *Fra.:* Napoleón enfrenta una sexta coalición. Batalla de Leipzig. Holanda se separa de Francia. Guerra con Prusia. Disolución de la Confederación del Rhin. Utilización en química de la escritura simbólica de Berzelius. Davy descubre la luz eléctrica por el arco voltaico. Horrocks: Telar accionado por fuerza motriz. Niepce efectúa sus primeras experiencias en fotografía. Austen: *Orgullo y prejuicio.* Aimé Bonpland: *Descripción de las plantas raras de Malmaison.* Byron: *Giaour.* F. Schlegel: *Sobre el sistema continental.* Shelley: *La reina Mab.* Rossini: *Tancredo.* Nacen: Kierkegaard, G. Verdi y R. Wagner. Muere Lagrange.
C: Fernando VII deroga la constitución liberal aplicada a Cuba por las Cortes de Cádiz y suprime estas últimas. Nacen Pedro José Patricio Guiteras y Font (historiador), Gertrudis Gómez de Avellaneda (poetisa, novelista, dramaturga), José Jacinto Milanés (poeta) e Ignacio María de Acosta (Iñigo) (educador y poeta). *AL:* En Venezuela una Asamblea Popular concede a Bolívar la dictadura (6/VII). Boves, realista, conquista todo el territorio excepto Margarita. Bolívar, destituido, se embarca a Cartagena. En Nueva Granada,	*Esp.:* Fernando VII impone la abolición de la Constitución de Cádiz. *Fra.:* Entrada de los aliados a París. Abdicación de Napoleón y destierro a la isla de Elba. Proclamación de Luis XVIII como rey. El nuevo gobierno admite los límites fronterizos de 1792. Congreso de Viena, Bélgica es anexada a Holanda. *Papado:* Pío VII recobra la libertad, restablece la Inquisición, la Congregación del Indice y la Compañía de Jesús. *Suec.:* Paz de Kiel con Dinamarca y anexión de Noruega. Fraunhofer: Primeras observaciones espec-

1815

Cuba y América Latina	Mundo exterior
Bolívar ocupa Santa Fe por orden del Congreso de las Provincias. En Nueva España, el Congreso destituye a Morelos de su cargo de Generalísimo, éste destruye las defensas del Fuente de San Diego y ordena el incendio de Acapulco. Es suspendida la Constitución de Cádiz y es jurada la de Apatzingán. J. G. Artigas abandona el sitio de Montevideo. San Martín asegura la defensa de la frontera norte. Los españoles entran en Santiago de Chile: acuerdo O'Higgins-Carrera. Levantamiento en El Cuzco. Dictadura del doctor Rodríguez de Francia en Paraguay. La parte española de Santo Domingo es restituida a España. *El Filósofo Meridiano,* periódico político.	troscópicas. Koening: Imprenta de vapor. Stephenson: Invención de la locomotora. Byron: *El corsario.* Gregoire: *De la constitución francesa del año 1814.* W. Scott: *Maverley.* De Stäel: *De Alemania.* Taylor: *Estudios de los principios y de la política de los Estados Unidos.* F. de Goya: *Fernando VII y El dos de mayo.* Hoffmann: *Cuentos.*
C: Se celebra en la iglesia de San Francisco de Santiago el restablecimiento del Santo Tribunal de la Inquisición. Miralla abandona España y se instala en La Habana. Nacen: Francisco de Paula Orgaz (poeta) y Manuel Dionisio González (poeta e historiador). *AL:* En Nueva España Morelos es derrotado en Tesmalaca, es hecho prisionero y fusilado en Ecatepec (22/XII). Disolución del Congreso. Sale de Acapulco el último Galeón de Manila. En Uruguay, Artigas vence al ejército porteño en Guayabos. Centralización del poder en Buenos Aires. Reglamento sobre tierras enviado por Artigas al Congreso de Oriente. Brasil es elevado a la categoría de reino. Bolívar toma Bogotá, Santa Marta y Riohacha; Cartagena es bloqueada por los realistas, Bolívar va a Jamaica, en donde escribe su famosa *Carta de Jamaica.* La Guayana Holandesa es conquistada por los ingleses. Son abiertos los puertos de la isla de Puerto Rico al comercio legal. Expedición de Morillo a Nueva Granada y Venezuela. Cartagena es vencida por hambre: "época del terror".	*Esp.:* Revolución liberal. Fernando VII restablece la Compañía de Jesús en sus dominios. *Fra.:* Regreso de Napoleón de la isla de Elba. Imperio de los cien días. Luis XVIII huye a Bélgica. Napoleón es derrotado en Waterloo. Abdicación definitiva y destierro a la isla de Santa Elena. Segunda restauración borbónica. Luis XVIII nuevamente en París. Desencadenamiento del "Terror Blanco" o de la restauración. Liderazgo económico de Inglaterra. Formación del Reino de los Países Bajos con Holanda, Bélgica y Luxemburgo, Guillermo I rey. Fundación de la Santa Alianza por iniciativa de Alejandro I de Rusia. Manzoni: *Himnos sacros.* Savigny: *Historia del derecho romano.* F. Schlegel: *Historia de la literatura.* Uhlaand: *Poesías.*

1816	

Cuba y América Latina	Mundo exterior
J. J. Fernández de Lizardi: *Alacena de frioleras* y *El cajoncito,* periódicos. Aparece *El Noticioso General,* periódico científico y literario. Larrañaga: *Viaje de Montevideo a Paysandú.* Nace José María Gómez del Campo.	
C: José Cienfuegos gobierna como Capitán General (hasta 1819). Miralla ingresa a la Real Sociedad Patriótica de La Habana. F. Varela: *Elenco de clase.* *AL:* Juan Ruiz de Apodaca es nuevo virrey de Nueva España. Se restablecen en ella los Jesuitas. Son fusilados en masa patriotas neogranadinos, entre los cuales se encuentran Fco. J. de Caldas, Camilo Torres, José María García de Toledo. O'Higgins se incorpora al ejército de los Andes. Toda Hispanoamérica está sometida, a excepción del Río de la Plata. Congreso de Tucumán en Argentina: Se declara la independencia y se redacta la primera constitución. Pueyrredón es nombrado Director Supremo de la República Argentina. Juan VI es rey del Brasil. Bolívar desembarca en la isla de Margarita; los portugueses en la Banda Oriental del Uruguay. Batalla del Juncal en Venezuela, Bolívar decreta la libertad de esclavos en Haití. Comienza el ascenso de Páez en los Llanos. Bolívar llega a Barcelona. Muere en la prisión de Cádiz Francisco de Miranda. M. Berastáin y Souza: *Biblioteca Hispanoamericana Septentrional.* J. J. Fernández de Lizardi: *El periquillo sarniento.* Misión artística francesa invitada a Brasil para fundar la Academia de Bellas Artes; se funda la Academia de Cirugía de Río de Janeiro y la Escuela de Medicina de Bahía. Fundación de la Universidad de Montevideo. Deán Gregorio Funes: *Ensayo de historia civil.* A. Bonpland: *Vista de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América.* Larrañaga: *Oración inaugural.*	*EE. UU.:* Incorporación del Estado de Indiana. *Ing.:* Ampliación de los dominios en Africa del Sur. Supresión de impuestos y reducción de armamentos. *Aus.:* Metternich dueño del poder y árbitro de la política europea. Apertura de la Dieta de la Confederación Germánica. Bopp establece el parentesco de las lenguas indoeuropeas. Segundo banco nacional en Estados Unidos. El Museo Británico adquiere las esculturas del Partenón desmontadas por Lord Elgin. Brentano: *Gockel, Hinkel y Gackelcia.* S. T. Coleridge: *Chistabel.* Constant: *Adolfo.* Haller: *Restauración de la ciencia política.* Karamazine: *Historia de Rusia.* Wordsworth: *Los campeones de la libertad.* Rossini: *El barbero de Sevilla.*

1817	
1818	

Cuba y América Latina	Mundo exterior
C: Puerto Príncipe obtiene, por Cédula Real, el título de ciudad. Se funda un Jardín Botánico y la Academia de San Alejandro, en La Habana. Queda abolido el monopolio estatal del tabaco en Cuba. Nace Ramón Zambrana y Valdés (médico, hombre de ciencias, pensador, moralista y filántropo). *AL:* Desembarca Fco. J. Mina en Soto la Marina, Nueva España, toma los fuertes de Soto la Marina y el Sombrero; es vencido y fusilado frente al fuerte de Los Remedios. En la Argentina se traslada a Buenos Aires el congreso constituyente sito en la ciudad de Tucumán: Manifiesto al Mundo del Congreso de Tucumán. San Martín inicia la campaña libertadora de Chile, triunfa en Chacabuco; es declarada la independencia de Chile; gobierno de O'Higgins. Bolívar en Guayana; triunfo de J. A. Páez en El Yagual y Mucuritas. Consejo de Estado en Angostura. Fusilamiento de Piar, quien no acataba el mando de Bolívar. Nace Ezequiel Zamora. José Luis Montaña: *Avisos importantes sobre el Matlazahuatl. El Diario de México* deja de publicarse. J. G. Roscio: *El triunfo de la libertad sobre el despotismo.* Varela: *La Elvira.*	*Esp.:* Represión absolutista de Fernando VII. Tratado con Inglaterra. *EE. UU.:* James Monroe presidente. Incorporación de Mississipi. *Fra.:* Tratado con Portugal. Suspensión del *Habeas Corpus.* Nueva ley electoral. *Ing.:* Disturbios políticos. Tratado con Turquía. *Prusia:* Restablecimiento del Consejo de Estado. Federico Guillermo II funda la Iglesia evangélica prusiana. Concesión de gobierno autónomo a Servia. Fue botado en Sevilla el "Betis", primer barco de vapor construido en España. Arvedson descubre el litio y Berzelius el selenio. Brewster inventa el caleidoscopio. Draisiana: bicicleta primitiva. Ritter inicia la antropogeografía. Bentham: *Catecismo de la reforma parlamentaria.* Byron: *Manfredo.* G. de Humboldt: *Investigaciones sobre la lengua vasca.* Lamennais: *Ensayo sobre la indiferencia en materia de religión.* Leopardi: *Cantos.* Ricardo: *Principios de economía política.* W. Scott: *La novia de Lamermoor.* Nacen: Mommsen y José Zorrilla.
C: Nace Anselmo Suárez y Romero (abogado, prosista y poeta). Queda legalizado el libre comercio con extranjeros en Cuba. *AL:* Decadencia de la lucha insurgente en Nueva España; resistencia de Guerrero en las montañas del sur. Pagola, presidente de la Junta Subsidiaria Nacional, es fusilado. San Martín triunfa en la batalla de Maipú. Es proclamada la independencia de Chile (18/IX). Constitución de Chile. Gobierno de Boyer en Haití. Los patriotas venezolanos son derrotados en La Puerta y Calabozo; se convoca a un congreso. Crece la resistencia en Casanare, llanos orientales	*EE. UU.:* Tratado con Inglaterra. Trazado de la frontera norte de Luisiana. Incorporación de Illinois. Batalla de Nueva Orleáns. *Fra.:* Empieza la evacuación de tropas extranjeras. Congreso de Aix-la-Chapelle. Francia es admitida de nuevo entre las naciones europeas. *Papado:* Concordatos con Rusia y Baviera. Renovación de la Cuádruple Alianza. Creación del Zollverein o unión aduanera de los Estados germanos. *Suec.:* Bernadotte rey con el nombre de Carlos XIV. Hermann y Stromeyer descubren el cadmio. Laennec inventa el estetoscopio. Whit-

1819

Cuba y América Latina	Mundo exterior
de Colombia. Santander, enviado de Bolívar, organiza las fuerzas. *El Correo del Orinoco,* periódico fundado por Bolívar en Angostura. Hidalgo: *Cielito de la acción de Maipú.* Riva Agüero: *Manifestación histórica y política de la revolución.* Fausto D'Elhúyar: *Indagaciones sobre la amonedación en Nueva España.*	ney inventa la fresadora. Fundación del Museo del Prado de Madrid y de la Universidad de Bonn. Bulfinch comienza la edificación del Capitolio Nacional de Estados Unidos. Nace Karl Marx. Brackenridge: *Viaje a la América del Sur.* Grillparzer: *Safo.* Keats: *Endymion.* Leopardi: *Sobre el monumento a Dante.* Saint-Hilaire: *Filosofía anatómica.* Shelley: *La insurrección del Islam.* Gregoire: *Ensayo histórico sobre las libertades de la iglesia anglicana.* Nacen Gounod y Leconte de Lisle.
C: Juan Luis Lorenzo D'Clouet funda la ciudad de Cienfuegos con el nombre de Fernandina de Jagua. Se subleva un palenque de negros cimarrones en Oriente. Nace el Padre de la Patria, Carlos Manuel de Céspedes. F. Varela: *Miscelánea filosófica.* Nace José Quintín Suzarte (poeta y economista). *AL:* Apodaca triunfa sobre los insurgentes en Nueva España: Guerrero es derrotado en Agua Zarca. Sanción de una constitución oligárquica y centralista en Argentina; sublevación del ejército del Norte al mando del general Bustos. Bolívar reúne el Congreso de Angostura (15/II) y es designado su presidente. Bolívar cruza los Andes y vence a los realistas en Boyacá; se declara la independencia de Nueva Granada; de regreso Bolívar a Angostura el Congreso proclama la república de Colombia (Venezuela, Nueva Granada y la antigua Presidencia de Quito) (17/XII). Bolívar es elegido su presidente; F. A. Zea vicepresidente; Roscio y Santander son vicepresidentes de Venezuela y Cundinamarca respectivamente. Expedición de Mac Gregor y J. Mª Real para liberar el istmo de Panamá. S. Bolívar: *Discurso de Angostura.* J. J. Fernández de Lizardi: *La Quijotita y su prima.*	*EE. UU.:* Tratado Adams-Onís con España para establecer los límites con Nueva España. Adquisición de la Florida e incorporación de Alabama. *Fra.:* Acuerdo entre la iglesia francesa y Pío VII. *Ing.:* Motines reformistas. Matanza de Manchester. Las "Seis Actas". *Prusia:* Conferencia de Federico Guillermo con Metternich en Teplitz. Primera travesía del Atlántico por un vapor: el Savannah. Comienzo del canal de Erie. Muere Watt. Laenec: *Acerca de la auscultación médica.* Sismondi: *Nuevos principios de economía política.* Byron: *Don Juan.* Chénier: *Poesías.* Maistre: *Del Papa.* W. Scott: *Ivanhoe.* Schopenhauer: *El mundo como voluntad y representación.* Gericault: *La barca de la Medusa.* F. de Goya: *La comunión de San José de Calasanz.* Nacen Eliot y Offenbach.

1820

Cuba y América Latina	Mundo exterior
C: Las tropas obligan a Cajigal a proclamar la Constitución de Cádiz. Llega Rocafuerte a Cuba y se incorpora a la Sociedad Patriótica. J. A. Miralla: *Soberanía del pueblo.* J. Mª Heredia: *En el Teocalli de Cholula.* Nacen: Esteban de Jesús Borrero (poeta, costumbrista), Miguel Teurbe Tolón (novelista, periodista), José Zacarías González del Valle (filósofo, abogado, poeta y publicista) y Mercedes Valdés Mendoza (poetisa). Periódico *El Americano Libre* en La Habana. *AL:* En Nueva España juran la Constitución de Cádiz el virrey, la Audiencia y el gobernador de Veracruz; es abolido el Santo Oficio. Agustín de Iturbide es nombrado comandante de las tropas del sur, es derrotado por Pedro Ascencio. Andrés Manuel del Río, diputado a las Cortes de Cádiz, aboga por la independencia. Levantamiento de los Opatas en Sonora. Es clausurado el Congreso de Angostura. Colombia y España firman en la ciudad de Trujillo, Venezuela, tratados de Armisticio y Regularización de la Guerra (26/XI). Es disuelto el Congreso en la Argentina; Tratado del Pilar: sistema federativo de libre navegación. El gobierno de Brasil se constituye en una Monarquía Constitucional. Revolución independentista en Rep. Dominicana. Proclamación de la independencia en Quito. San Martín se embarca en Valparaíso y llega a Lima. Artigas se establece como exiliado en Paraguay. La Junta de Guayaquil dicta su "Constitución" (9/X). Muere M. Belgrano. Periódicos: *El Amigo del Pueblo* en Guatemala, *El Fanal de Venezuela* y *Segunda Aurora* —ambos realistas y efímeros— en Venezuela. F. A. Zea: *Manifiesto a los pueblos de Colombia.*	*Esp.:* Levantamiento de Riego y Quiroga en Cabezas de San Juan contra Fernando VII con tropas destinadas a América. Fernando VII jura la Constitución de Cádiz. Segundo período constitucional de las Cortes. Ley de amnistía para los inmigrantes, presos o condenados a destierro. *EE. UU.:* Monroe presidente por segunda vez. *Fra.:* Asesinato del Duque de Berry sobrino del rey Luis XVIII. Renuncia de Decazes. *Ing.:* Jorge IV rey, a la muerte de su padre, Jorge III. *It.:* Revolución de los carbonarios. Proclamación de la constitución española de 1812 en Nápoles. *Aust.:* Conferencia de Troppau (Austria-Rusia-Prusia) contra el surgimiento de gobiernos revolucionarios en Europa. Ampère y Arago inventan el electroimán. De la Rue, la lámpara incandescente. Mitscherlich descubre el isomorfismo. Rennie inventa los cepillos mecánicos modernos. Oerted publica sus experiencias sobre electro-magnetismo. Creación del Ministerio de Educación Pública y de la Academia de Medicina en Francia. Nacen Engels y Spencer. Hallazgo de la Venus de Milo y traslado al Louvre. G. de Humboldt: *Sobre el estudio comparado de las lenguas.* Keats: *Cuentos y poemas.* Lamartine: *Meditaciones.* S. Mill: *Mi ensayo sobre el gobierno.* Shelley: *Prometeo liberado.* Wordsworth: *Sonetos eclesiásticos.* Constable: *El molino de Dedham.* F. de Goya: *Disparates.*

1821

C: Nicolás Mahy es nombrado Capitán General de la Isla. Por Real Orden, Cuba queda dividida en tres departamentos: Occidental (Habana), Central (Trinidad) y Oriental (Santiago). José Morales Lemus y el Sr. Barrientos comienzan a conspirar en Cuba con el fin de conseguir la independencia. (El Sr. Barrientos era oficial del Ejército colombiano). Cuba cuenta con más de 500.000 habitantes. J. Varela gana la Cátedra de Constitución; es electo diputado a las Cortes, viaja a España.

Miralla y Rocafuerte: *El Argos*. J. Mª Heredia: semanario *Biblioteca de damas*. Nace Rafael María de Mendive y Daumy (fundador de la revista *Habana*).

AL: Es proclamado en Nueva España el Plan de Iguala; Iturbide y Guerrero se encuentran en Teloloapan. El virrey Apodaca concluye su gobierno. Don Juan de O'Donojú es el nuevo virrey. Tratado de Córdoba entre Iturbide y O'Donojú; es reconocida la independencia de México. Se reúne la Junta Provisional Gubernativa, Iturbide es presidente de la Junta. Gobierno de la Regencia. Iturbide solicita la anexión de Centroamérica al Imperio; envía al general Echávarri contra Santa Anna. Declaración de Independencia de la América Central. Guatemala se incorpora al imperio mexicano. Declaración de la independencia de Panamá. Juan VI de Portugal regresa a la metrópoli y deja a su hijo don Pedro como regente del Brasil. Bolívar triunfa en Carabobo (24/VI): liberación de Caracas y de casi toda Venezuela. Se instala el Congreso Constituyente de Colombia en Cúcuta (6/V). El Congreso de Cúcuta une a Venezuela y Nueva Granada en la Gran Colombia. Se sanciona la Constitución de la misma: decretos sobre la gradual extinción de la esclavitud; abolición del tributo cobrado a los indios; Bolívar presidente, Santander vicepresidente de la Gran Colombia. Bolívar inicia gestiones para hacer

Reunión de la Santa Alianza en Laibach, discute sobre el régimen liberal en España y Nápoles. *Esp.:* primeras concesiones a Austin en Texas. División de los constitucionalistas en "exaltados" y "moderados". *Fra.:* Renuncia de Richelieu, Viléle y Corbière entran al gobierno. *Ita.:* Fin de la revolución napolitana; insurrección en el Piamonte; abdicación de Víctor Manuel; batalla de Novara, triunfo austriaco y dominio del norte italiano; insurrección en Turín. Levantamiento de Ipsilanti en los principados danubianos. Revolución en la Morea. *Gre.:* Comienza la guerra de liberación contra los turcos; ejecución del patriarca Gregorio; derrota en Dragashan. Fundación de la sociedad patriótica polaca. Muere Napoleón en la isla de Santa Elena.

Manby: barco de vapor, de hierro. Fusión de las Compañías del Noroeste y de la Bahía de Hudson en Canadá. Champollion descifra los jeroglíficos egipcios. S. Erard perfecciona el piano.

Cooper: *El espía*. D'Angers: *Calvario*. Gregoire: *Observaciones críticas sbore el trabajo de M. de Maister de la iglesia galicana*. J. F. Hegel: *Fundamentos de la filosofía del derecho*. J. de Maistre: *La iglesia galicana* y *Las noches de San Petersburgo*. W. Scott: *Kenilworth*. Constable: *El carro de heno*. Weber: *El cazador furtivo*. Nacen F. Dostoiewski y G. Flaubert.

1822

Cuba y América Latina	Mundo exterior
de América un solo cuerpo político y envía ministros plenipotenciarios a México, el Perú, Chile y Argentina. El virrey La Serna abandona Lima; proclamación de la independencia del Perú. Declaración de la independencia de Santo Domingo. Uruguay se anexa la Provincia Cisplatina. Lucas Alamán: *Ensayo sobre las causas de la decadencia de la minería en la Nueva España.* Fundación de la Universidad de Buenos Aires. Implantación del método lancasteriano en Colombia. Fundación de la Academia Lauretana en Arequipa. Biblioteca Pública en Lima. B. Hidalgo: *Diálogos Patrióticos.* Periódicos: *El Telégrafo Constitucional* en Santo Domingo; *La Mariposa Negra* y *La Lotería Tipográfica* en Caracas (periódicos realistas que desaparecen en el año); *La Avispa de Chilpancingo,* dirigido por C. Mª de Bustamante, *Gaceta Oficial del Gobierno Mexicano, El Mentor de Nueva Galicia,* de Severo Maldonado, *El Semanario Político y Literario,* de J. M. L. Mora, y *El Sol,* de Manuel Codorniú, todos en México.	
C: Se produce en La Habana una insubordinación militar entre los Milicianos Urbanos (europeos) y la Milicia local (integrada por cubanos). Miralla es acusado de conspiración y debe abandonar la isla; se instala en EE. UU. J. Varela: *Proyecto de autonomía colonial* (que presenta en las Cortes). Rocafuerte: *Bosquejo ligerísimo de la revolución de México.* J. Mª Heredia: *En una tempestad.* Nacen el niño prodigio (musical) Cristóbal Martínez y Corrós, y F. López de Briñas. *AL:* México anexa Guatemala, Honduras y Nicaragua. Desconocimiento del tratado de Córdoba por parte del gobierno español. Instalación del Congreso Constituyente. Proclamación de Iturbide como emperador. El general Felipe de la Garza	*Esp.:* Predominio de los "exaltados" en el gobierno. Junta de Regencia, absolutista, en Urgel. *Port.:* Constitución liberal dictada por las Cortes. *Ingl.:* Los *tories* reformadores ingresan al gobierno; Canning sucede a Castlereagh en Relaciones Exteriores. Política de aislamiento. Afirmación del poderío naval inglés. *Gr.:* Masacres de Scio y Quíos. Proclamación de la independencia y ley constitucional de Epidauro. *EE.UU.:* Reconocimiento de los nuevos Estados hispanoamericanos. Independencia del Canadá. Congreso de Verona: Inglaterra se niega a intervenir militarmente en España y lo hace Francia, para abolir el liberalismo (X). La Iglesia católica levanta la prohibición datada de 1616 respecto de los escritos de Copérnico. Creación de la Sociedad de la propagación de la Fe en Lyon. Nacen Pasteur, y Schliemann.

1823	Se traslada a La Habana, después de la muerte de su maestro, el sacristán de la parroquia de San Diego. Vive con una tía; recibe clases de primaria y latín.

Cuba y América Latina	Mundo exterior
se pronuncia en Tamaulipas. Disolución del Congreso. Iturbide organiza una junta constituyente. Levantamiento de Santa Anna en Veracruz a favor de la república. Manuel Bermúdez Zozaya es recibido en Washington como ministro plenipotenciario. Fundación en Londres, por instancia de L. Alamán, de la Compañía Unida de Minas Mexicanas. En Argentina se firma el Tratado del Cuadrilátero: Buenos Aires, Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes, formando una unidad autónoma en lo comercial y garantizando la mutua defensa, manteniendo la autonomía política de las cuatro provincias. Grito de Ipiranga y proclamación de la independencia del Brasil. La Junta Provisional de Centroamérica decide la integración de las provincias al Imperio mexicano. Sucre vence a los realistas en Riobamba y Pichincha; se declara la independencia de Ecuador que pasa a ser un estado de la Gran Colombia, de la que Bolívar es presidente. México, Buenos Aires, Chile y el Perú son invitados a formar una confederación. Entrevista de Guayaquil entre Bolívar y San Martín. Haití invade y domina a la República Dominicana. J. M. L. Mora establece la cátedra de Economía Política en el Colegio de San Ildefonso en México. *El Fanal del Imperio,* periódico dirigido por S. Maldonado. Bustamante: *Diario histórico de México.* Se funda la Universidad de Antioquia. Sánchez Carrión: *Sobre el gobierno monárquico.* Valle: *Soñaba el abad de San Pedro.*	Fourier: *Tratado de la asociación doméstico-agrícola.* Saint-Simon-A. Comte: *Plan de trabajos científicos necesarios para reorganizar la sociedad.* Stendhal: *Del amor.* Pushkin: *El prisionero del Cáucaso.* Vigny: *Poemas antiguos y modernos.* Heine: *Poesías.* Delacroix: *La barca del Dante.* F. Schubert: *Sinfonía Nº 8,* inconclusa. L. V. Beethoven: *Misa solemne.* Nacen E. Goncourt y César Franck.
C: Llega una proclama firmada por El Pueblo de los EE. UU., excitando a "Españoles y ciudadanos de Cuba" a independizarse de España. Miralla integra la diputación de la Gran Colombia. Desembarca en La Habana el General Dionisio Vives; se hace cargo de la Capitanía General de la isla; descubre y desbarata la extensa conspiración de los "Soles y Rayos de Bolívar".	*Esp.:* Intervención francesa, "Los cien mil hijos de San Luis"; restauración del absolutismo monárquico, supresión de la Constitución, prisión y ejecución de Riego y los dirigentes liberales. *Port.:* Juan VI anula la constitución de 1822. *EE. UU.:* Doctrina Monroe sobre no intervención europea en América y norteamericana en Europa. *Gr.:* Byron se une a la lucha de los griegos contra Turquía. *Papado:* Muere

Cuba y América Latina	Mundo exterior
Rocafuerte: *El sistema colombiano popular.* Nacen Sebastián Alfredo Morales (médico, poeta, prosista y botánico), José Ramón Betancourt (licenciado, escritor), Francisco Javier Balmaseda (filántropo, literato, economista y patriota).	Pío VII, sucesión de León XII; persecución de los movimientos liberales.
AL: En México, Guerrero y Nicolás Bravo se pronuncian a favor del plan de Veracruz. Firma del plan de Casa Mata, Puebla se une al plan. Iturbide renuncia a la corona y se embarca en el mercante "Raulina". Elecciones para reunir un nuevo congreso. Se instala el Congreso Constituyente y se firma un tratado de Amistad y Comercio con la Gran Colombia. Empieza a funcionar la primera máquina a vapor en la mina de San José de Cura. La compañía lancasteriana establece la escuela "Filantropía". Se reúne la Asamblea Constituyente del Brasil; dicta una constitución liberal. Guatemala, Honduras y Nicaragua se separan de México y forman las Provincias Unidas de Centroamérica. Primer Congreso de la Gran Colombia; Panamá se incorpora a esa república; luchas entre centralistas y federalistas. El general Páez se apodera de Puerto Cabello, queda libre Venezuela (8/XI). Decreto de expulsión del territorio venezolano para españoles y canarios (7/VII). Nueva constitución en Chile. O'Higgins renuncia y se dirige al Perú. Santa Cruz proclama en La Paz la independencia del Alto Perú. Bolívar en el Perú: entrada triunfal en Lima. Riva Agüero es hecho prisionero y se sanciona la Constitución.	Fundación de la Asociación Católica en Irlanda. Niepce: principio de la fotografía. Faraday: primera licuefacción de un gas, el cloro. Berzelius descubre el silicio.
Se funda el Museo de Historia Natural en Argentina y el Museo de Ciencias en Bogotá. L. Alamán: *Memorias que el Secretario de Estado y del despacho de Relaciones presenta al Soberano Congreso Constituyente.* Bustamante: *Cuadro histórico de la Revolución de la América Mexicana.* J. García del Río: revista *Biblioteca Americana,* en Londres. A. Bello: *Alocución a*	Thiers: *Historia de la Revolución Francesa* (-27). Goethe: *Elegía de Marienbad.* Lamb.: *Ensayos de Elia.* V. Hugo: *Han de Islandia.* W. Irving: *Historias humorísticas de Nueva York.* Stendhal: *36 vistas del Fujiyama.* L. V. Beethoven: *Novena sinfonía (coral).* F. Schubert: *Canciones de la Bella Molinera.* Nace Renan.

1824

Cuba y América Latina	Mundo exterior
la poesía. C. Varela: *Dido*. Monteagudo: *Memorias*.	
C: El Libertador Simón Bolívar, desde Lima, dirige una circular convocando a los gobiernos de Guatemala, Buenos Aires y Brasil para acordar medidas respecto de la independencia de Cuba y Puerto Rico. Santander deniega un pedido de intervención "colombiana" en Cuba. Rocafuerte es enviado por el gobierno mexicano a Londres. Desterrado a los EE. UU., J. Mª Heredia llega a las cataratas del Niágara.	*Esp.:* Las juntas de Fe reprimen sistemáticamente a elementos liberales. *Port.:* Fracasa intento del Príncipe Miguel contra su padre. *Fr.:* "Defección" de Chateaubriand; muerte de Luis XVIII. *Ing.:* derecho de huelga; primera guerra contra Birmania. Establecimiento de fronteras en Alaska con EE. UU. por la Compañía de Pieles ruso-norteamericana. Mehemet Alí encargado de reconquistar Grecia. Convención de San Petersburgo.
J. Mª Heredia: *Al Niágara* (oda). F. Varela funda el periódico *El Habanero* (-25).	Arago: magnetismo de rotación. J. Aspdin: sistema de cemento Portland. Fundación de la National Gallery de Londres.
AL: Se promulga en México el Acta Constitutiva, el país se constituye en República Federal; un decreto gubernamental declara a Iturbide traidor y fuera de la ley; éste desembarca en Soto de la Marina, es aprehendido y fusilado en Padilla. Anexión de la provincia de Chiapas a la República Mexicana. El partido se Soconusco se separa de Chiapas y se integra a las Provincias Unidas de Centroamérica. Se promulga la Constitución de los Estados Unidos Mexicanos. G. Victoria y N. Bravo son presidente y vicepresidente respectivamente. L. Alamán crea la Dirección General de la Industria. Independencia de Bolivia. Jura de la Constitución del Brasil y reconocimiento de su independencia por parte de los EE. UU. Francia reconoce la independencia de Haití. Bolívar triunfa en Junín y Sucre en Ayacucho: fin de la dominación española en el continente americano. Bolívar acata las disposiciones del Congreso de Bogotá y le entrega el mando militar a Sucre (24/X). Desde Lima Bolívar convoca al Congreso de Panamá a los gobiernos de México, Río de la Plata, Chile, Guatemala y Colombia. Nombra a Sucre Gran Mariscal de Ayacucho. Flores es comandante general en Quito. En Chile es suprimida la Constitución de 1823; comienza la	Sadi Carnot: *Reflexiones sobre la potencia motriz del fuego*. Champollion: *Resumen del sistema jeroglífico*. Ranke: *Para la crítica de los nuevos historiadores*. Saint-Simon: *El catecismo de los industriales*. Foscolo: *Discurso sobre la lengua italiana*. A. Böckh: *Corpus Inscriptionum graecarum*. Delacroix: *Masacre de Quíos*. Smirke: proyecto del British Musseum. Primer concierto de F. Liszt en París. Muere Byron en Misolonghi.

1825

Cuba y América Latina	Mundo exterior
anarquía. El Congreso del Perú nombra a Bolívar dictador. En Argentina se reúne el Congreso de las Provincias Unidas. José Lancaster visita Caracas invitado por Bolívar, quien crea por decreto la Universidad de Trujillo (Perú). *La Lira Argentina,* primera antología poética nacional. Hall: *Diario del viaje a Chile, el Perú y México.* Fernández de Lizardi: *Las conversaciones del Payo y el Sacristán.* P. de la Llave: *Novarum vegetabilum descriptiones.* J. J. Martínez de Lejarza: *Anâlisis estadístico de la provincia de Michoacán.* Poinsett: *Notas sobre México.*	
C: Se produce un auto de fe anti-liber tador: son quemados públicamente en La Habana papeles, libros, banderas, etc. Se crea la Comisión Militar Ejecutiva y Permanente de la Isla de Cuba para juzgar los delitos políticos. J. Mª Heredia: *Himno del desterrado* (desde México). *AL:* México firma un tratado de Amistad y Comercio con Inglaterra. Alpuche Esteva y Zavala, federalistas, fundan las logias yorkinas. Rebelión de los Yaquis en Sonora, acaudillados por Juan Banderas. L. Alamán inicia sus actividades como Ministro de Relaciones Exteriores. J. R. Poinsett es el primer ministro plenipotenciario de los EE. UU. en México. Se firma un tratado de amistad entre Argentina e Inglaterra. El Congreso de Florida integra la Banda Oriental a las Provincias Unidas. Los refugiados uruguayos en Buenos Aires son ayudados por tropas argentinas a pasar el Río de la Plata. Sucre entra en La Paz y crea la república de Bolivia. Guerra entre Argentina y Brasil; Portugal reconoce la independencia brasileña. Rendición de El Callao. El Papa León XII condena la independencia de los países latinoamericanos. Bolívar renuncia al poder supremo ante el	*Fr.:* Coronación de Carlos X en Reims; ley sobre el sacrilegio; reconocimiento de la independencia de Haití. *Ing.:* Reconocimiento de los nuevos Estados latinoamericanos; grave crisis económica y financiera. *Rus.:* Muere Alejandro I; su hermano Nicolás enfrenta levantamiento "decembrista"; represión, condenas y destierros, rígida autocracia zarista. La Dieta húngara reclama el magiar como lengua oficial. *Gr.:* Solicita la protección de Inglaterra. *EE. UU.:* J. Quincy Adams, presidente; deportaciones de indios del otro lado del Mississipi. *Port.:* reconocimiento de la independencia del Brasil. Sturgeon: electroimán. Roberts inventa la hiladora mecánica o "selfactina". Primera línea férrea Stockton-Darlington. Primera Escuela Técnica Superior Alemana en Karlsruhe. Beaumont-Dufrénoy: primer mapa geológico de Francia. Construcción de viviendas obreras por los industriales belgas. Construcción del Palacio de Buckingham según planos de J. Nash. Laplace: V volumen del *Tratado de Mecánica Celeste.* Müller: *Prolegómenos de una mitología científica.* Thierry: *Historia de la conquista de Inglaterra.* Saint-Simon: *El nuevo cristianismo.* Merimée:

1826

congreso del Perú, que no lo acepta. Gran Bretaña reconoce oficialmente a Colombia y la independencia de Chile. Bolívar funda una Universidad en Trujillo, Perú y decreta el establecimiento de una Escuela Normal lancasteriana en cada capital de departamento.	*Teatro de Clara Gazul.* Manzoni: *Los novios* (-27). Hatzlitt: *El espíritu del siglo.* Almeida Garret: *Camoens.* D' Angers: *Tumba del general Foy.* Delacroix: ilustraciones al *Fausto* de Goethe. F. Chopin: *Rondó en do menor, op. 1.*
J. J. Fernández de Lizardi: *La Gaceta del Gobierno,* periódico, *El negro sensible* y *Calendario histórico y pronóstico político.* Fausto de Elhúyar: *Memoria sobre el influjo de la minería.* Gorostiza: *El amigo íntimo.* Andrada e Silva: *Poesías.* J. J. de Olmedo: *Canto a Bolívar* y *La Victoria de Junín.*	
C: El presidente mexicano, Guadalupe Victoria, tiene como propósito invadir Cuba para expulsar a los españoles. Acusados de ser espías colombianos, Francisco Agüero y Velasco y Manuel Andrés Sánchez y Pérez son condenados a la horca. "El pueblo (...) veíalos mecerse, (...) temblando bajo el peso del verdugo (...) que, sentado sobre sus hombros, alejaba y dejaba caer los pies alternativamente". (Zenea). En Camagüey nace entonces una décima popular y anónima: "Pendientes de un vil Madero //(...)// Murieron Sánchez y Agüero. //Consternado el pueblo entero// Llanto amargo derramó// Cuando ejecutado vio// el fallo que dio la Audiencia (...)".	*España:* Sublevaciones liberales. *Port.:* Muere Juan VI; su hijo Pedro IV otorga una constitución desde el Brasil y abdica en favor de su hija María; apoyo del general Saldanha que impone la aceptación de la Carta. *Fr.:* Se autoriza el regreso de los jesuitas. Birmania pasa a Inglaterra. Conferencias de San Petersburgo; entendimiento anglo-ruso sobre la cuestión griega. *Papado:* Epístola de León XII contra la masonería.
Nace Pedro Santacilia y Palacios (poeta y prosista).	Lovachevski-Gauss: separadamente, desarrollan teoría de la geometría no-euclidiana. Niepce: primeras cámaras fotográficas portátiles.
AL: La presencia de gente de color en la proyectada "Sociedad Económica de Amigos del País", en Venezuela, suscita problemas con los mantuanos. Páez es llamado a presentarse ante el Senado, en Bogotá, y es suspendido de su cargo (27/III). Listo para viajar, se produce un motín en el Ayuntamiento de Valencia (Venezuela) y Páez reasume el mando civil y militar de	Pestalozzi: memorias. *El canto del cisne.* Enfantin: periódico *Le Producteur.* Hölderlin: *Poesía.* Leopardi: *Versos.* James Fenimore Cooper: *El último mohicano.* F. Schubert: *Misa Alemana.* F. Mendelssohn: *Sueño de una noche de verano.*

1827

Venezuela, desconociendo el poder central de Bogotá. Una asamblea propone separar Venezuela de la Gran Colombia y reconoce la jefatura de Páez (XI). Bolívar envía a Bolivia el proyecto de Constitución por él redactado. El Perú reconoce a la República de Bolivia. Se reúne el Congreso Americano en Panamá (22/VI) con los plenipotenciarios de Colombia, Centroamérica, Perú y México. Ausentes Chile y Argentina, asisten como observadores Inglaterra y Holanda. Fracasa el intento de unión de las nuevas naciones hispanoamericanas. Decreto de Colombia para proteger las tribus indígenas de la Guajira, el Darién, Mosquitos y otras, no civilizadas, y para iniciar el proceso de "civilización". Continúa la guerra entre las Provincias Unidas del Río de la Plata y el Brasil. En México se produce un triunfo de los federalistas yorkinos en las elecciones; el coronel Montaño se rebela y pide la desaparición de las sociedades secretas. Los Opatas se unen a la rebelión Yaqui en Sonora. B. Rivadavia es presidente de la República Argentina. Pedro I forma el Senado de Brasil.

Se inicia la publicación del *Calendario de Galván.* La Universidad de Caracas inaugura cátedra de Anatomía. J. J. Fernández de Lizardi: *Correo semanario de México.* Gorostiza: *También hay secreto en mujer.* Jorge Juan y Antonio de Ulloa: *Noticias secretas de América* (Londres). L. Vargas Tejada: *Suglamuxi.* A. Bello: *Silva a la agricultura de la zona tórrida* y la revista *El Repertorio Americano* (Londres).

C: Por Real Orden se manda fortificar y poblar la Isla de Pinos (llamada desde entonces Colonia de la Reina Amalia), lugar para deportados políticos durante la época colonial. Veinticinco ingenios son motorizados con máquinas de vapor.

Nacen: Francisco Zayas y Jiménez (médico, poeta, prosista), José Fornaris y Luque

Esp.: Pretensiones carlistas de reemplazar al rey por su hermano Carlos. *Fr.:* Represión y proyecto de Ley de Imprenta restrictivo; primeras barricadas en París del siglo XIX; renuncia de Villèle y gobierno moderado de Martignac. *Ing.:* Muere Canning. *Gr.:* Se generaliza la guerra de independencia con el acuerdo entre Inglaterra, Rusia y Francia por la autonomía; decisiva

(abogado, poeta y profesor), y Francisco Calcagno (poeta, novelista y traductor).

AL: Por decreto Bolívar ordena, en Venezuela, que nadie sea perseguido por actos u opinión en relación con el conflicto entre el Congreso colombiano y Páez, a quien ratifica como comandante general de Venezuela (1/I). Páez revoca, por decreto, la reunión del Congreso Constituyente de Venezuela y ordena reconocer la autoridad suprema de Bolívar. Ultima visita de Bolívar a Caracas (10/I), donde permanece seis meses organizando el gobierno y la administración. Vuelve a Bogotá para enfrentar la crisis con Santander, con quien rompe total y definitivamente relaciones de amistad. Revolución en Lima (26/I). El general Pinto llega al poder en Chile, apoyado por los "pipiolos". Se organiza el grupo opositor de "los estanqueros", con Portales como jefe. Descontento contra Sucre en Bolivia. En La Paz se sublevan las tropas colombianas. Flores, jefe del departamento de Quito, sofoca el alzamiento de un cuerpo colombiano en el Perú. Se agudizan las tensiones entre Colombia y el Perú. En México son expulsados los españoles. Pronunciamiento de Montaña en Otumba. En Argentina, el general Alvear triunfa en Ituzaingó. Se disuelve el Congreso y cae B. Rivadavia.

Fundación de las Escuelas de Derecho de São Paulo y Olinda. La Academia Lauretana se transforma en la Universidad de Arequipa. Periódicos: *El Indicador,* editado por J. M. L. Mora para combatir la masonería mexicana, y *El Mercurio,* en Chile. Fernández de Lizardi: *La tragedia del padre Arenas.* Sánchez de Tagle: *Himno cívico a México.* Restrepo: *Historia de la revolución en Colombia.* Nacen Sebastián Lerdo de Tejada y José María Roa Bárcena. Muere J. J. Fernández de Lizardi.

victoria naval de los aliados en Navarino.

Ley de Ohm sobre resistencia eléctrica. P. Bell: segadora mecánica. Aparece en el periódico *Cooperative Magazine* el término *"socialismo".*

Ranke: *Historia de los osmalíes y de la monarquía española durante los siglos XVI y XVII.* V. Hugo: Prefacio a *Cromwell.* Heine: *Libro de canciones.* Mickiewicz: *Conrado Wallenrod.* B. Corot: *El puente de Narni.* Delacroix: *Sardanápalo.* Muere L. V. Beethoven.

1828	Estudia filosofía en el Seminario de San Carlos.
1829	

Cuba y América Latina	Mundo exterior
C: Nacen: Salvador Cisneros Betancourt, presidente de la República en Armas y senador en la paz, Ricardo del Monte (poeta clásico, periodista y crítico) y Fernando Arizti (pianista y compositor). *AL:* Bolívar asume la dictadura, a su llegada a Bogotá, el 24/VI; por decreto el 27/VIII. Destituye al vicepresidente Santander y organiza el Consejo de Estado. Santander es desterrado por petición del Consejo de Estado (10/XI). Guerra peruano-colombiana. El ejército peruano invade territorio ecuatoriano y bombardea Guayaquil. Se sanciona la Constitución liberal en el Perú. Nuevo motín de las tropas colombianas en Bolivia. Tratado de Piquiza. Sucre renuncia y abandona el país. En Chile se sanciona la ley de imprenta y la Constitución, marcadamente liberal. Comienza la oposición de los conservadores o pelucones. Lavalle derroca al gobernador de Buenos Aires, Dorrego, a quien fusila. Juan Manuel de Rosas trabaja en la extensión de la frontera indígena y en la fundación de la ciudad de Bahía Blanca. Se firma la paz entre Argentina y Brasil, reconociéndose la independencia de la Banda Oriental del Uruguay. Rondeau es presidente provisional del nuevo país. En Paraguay es rechazado un enviado del presidente boliviano Sucre. Luis Vargas Tejada: *Doraminta* y *Las convulsiones.* Nacen Martín Tovar y Tovar y José María de Rojas.	*Esp.:* Formación de partidos carlistas y una junta de gobierno en Cataluña. *Port.:* El infante Miguel, regente, desconoce la Carta y es proclamado rey. *Fr.:* Agitación de absolutistas y liberales. Guerra ruso-turca; Persia cede a Rusia parte de Armenia. *EE. UU.:* J. Smith funda la secta mormón; fundación del Partido de los Trabajadores en Filadelfia. F. Woehler: síntesis de la urea por procedimientos anorgánicos. Broussais: *De la irritación y la locura.* Say: *Curso completo de Economía Política Práctica.* Buonarotti: *Historia de la conspiración para la igualdad, llamada de Babeuf.* Sainte-Beuve: *Cuadro histórico-crítico de la poesía francesa del siglo XVI.* Berlioz: *Sinfonía Fantástica.* Mueren F. de Goya y F. Schubert.
C: J. Mª Heredia: *Los últimos romanos.* Domingo del Monte funda *La Moda* o *Recreo Semanal del bello sexo.* Nace José Agustín Quintero (revolucionario, periodista, profesor y traductor). *AL:* Revolución "pelucona" en Concepción, Chile, encabezada por el general Prieto. En Santiago se organiza un movimiento que obliga al presidente Vicuña a renun-	*Esp.:* Fuerte represión de los carlistas en Cataluña; Fernando VII se casa con la napolitana María Cristina, frustrando las expectativas de Don Carlos. *Port.:* Persecución de los liberales; organización de un ejército para restituir a María. *Fr.:* Ministerio de Polignac. *Ing.:* Aprobación de la ley de emancipación de los católicos. *Ale.:* Se inician acuerdos de Unión Aduanera (Zollverein) entre los diferentes estados,

1830

ciar. Sublevaciones del general Córdoba en Medellín y del general Obando en el Sur. Los peruanos ocupan Guayaquil y Cuenca. Sucre vence a La Mar y a Gamarra en Tarqui: Flores es ascendido a general de división y poco después es nombrado jefe supremo de los departamentos del sur. Gamarra, con el apoyo de La Fuente, derroca a La Mar en el Perú. En Bolivia Andrés Santa Cruz es presidente. Lavalle lucha contra Rosas y López en Argentina. Victoria de Rosas y renuncia de Lavalle. La legislatura, disuelta por éste, es reinstalada y elige a Rosas otorgándole facultades extraordinarias. Sofocada revuelta en Pernambuco, Brasil. Pedro I se casa con la princesa Amalia de Leuchtemberg. Morazán ocupa la ciudad de Guatemala y convoca a un Congreso Nacional. En México, Guerrero es electo presidente y derrota un intento de invasión española. En Xalapa se pronuncia un sector del ejército que proclama líder al vicepresidente Bustamante.

Acuña de Figueroa: *Malambrunada* (1ra. versión). F. Pardo y Aliaga: *Frutos de la educación.*

que se completará en 1844. *Gr.:* Paz de Adrianápolis entre Rusia y Turquía. *EE. UU.:* Jackson, presidente; "principio del botín". Abolición de la quema de viudas en la India.

Gauss-Bolyai-Lovachevski, considerados, en orden cronológico, los fundadores de la geometría no euclidiana. Braille: escritura para ciegos. Fox: construcción con planchas de cemento. Stephenson: locomotora Rocket. R. Owen funda la colonia New Harmony. Primer servicio de ómnibus urbano en Londres.

Lovachevski: *Geometría no euclidiana.* Lamennais: *De los progresos de la revolución y de la guerra contra la Iglesia.* F. Schlegel: *Filosofía de la historia.* V. Cousin: *Curso de historia de la Filosofía.* J. de Maistre: *El Papa.* H. de Balzac: *Los chuanes.* Percier y Fontaine: cubierta de vidrio en la galería d'Orleans. Rossini: *Guillermo Tell.*

C: Llega a La Habana el primer cónsul de los EE. UU. en el lugar. Se inaugura una Academia de Música y Baile.

AL: En Chile se consolida el triunfo de las fuerzas conservadoras sobre los liberales o "pipiolos". Inicia su administración Diego Portales. Organización de Chile contra la anarquía. Potente Guardia Nacional, incremento de la instrucción pública y fomento de la religión, Senado conservador y fuerte Ejecutivo. La Gran Colombia se separa en tres países independientes: Colombia, Ecuador y Venezuela. En Venezuela, el Congreso de Valencia sanciona la constitución del nuevo Estado. Sucre es asesinado en Berruecos. Bolívar es proscrito; renuncia a la presidencia de Co-

Esp.: Nace la infanta Isabel; abolición de la ley sálica y consagración de su heredad; ruptura con los carlistas. *Port.:* Muere Carlota Joaquina. *Ing.:* Guillermo IV rey. *Fr.:* Revolución liberal; Luis Felipe de Orleans rey; colonización de Argelia. Insurrecciones en el resto de Europa. Bélgica, Polonia, Suiza, Alemania, Italia, Grecia; independencia belga y griega; autonomía de Servia.

Europa: Epidemia de cólera. Faraday: fenómeno de inducción. Ferrocarril Liverpool-Manchester. Thimonier: máquina de coser.

A. Comte: *Curso de filosofía positiva* (-42). Saint-Hilaire: *Principios de filosofía zoo-*

1831

Cuba y América Latina	Mundo exterior
lombia y se retira a Santa Marta, donde muere. En Ecuador, el general Flores es designado presidente del nuevo Estado, que sanciona su constitución. En Argentina, el general Paz, luego de vencer por segunda vez al caudillo popular Quiroga, organiza la Liga del Interior, de tendencia centralista. Se jura la Constitución de la República Oriental del Uruguay. Fructuoso Rivera es designado presidente. Son secularizados los conventos e incautados los bienes de las órdenes en Paraguay. En Brasil, el partido gubernamental es derrotado en las elecciones legislativas y arrecia la oposición al emperador. Morazán es electo presidente de la Federación Centroamericana. Bustamante es presidente de México. L. Alamán es Ministro de Relaciones Exteriores. Se ordena la ejecución del ex presidente Guerrero. Alamán propone restringir la llegada de colonos norteamericanos y proteger la industria local. De Angelis: *Ensayo histórico sobre la vida de Don Juan Manuel de Rosas.* Periódicos gauchescos de Luis Pérez: *El Gaucho, Torito de los Muchachos, Toro del Once.* A. Bello: *Al diez y ocho de septiembre.*	*lógica.* Bentham: *Código constitucional.* L. Feuerbach: *Pensamientos sobre la muerte y la inmortalidad.* Cabet: *Historia de la revolución de 1830.* Lamennais: periódico *L'Avenir.* Stendhal: *Rojo y Negro.* V. Hugo: *Hernani.* Pushkin: *Eugenio Oneguin.* G. Corot: *La catedral de Chartres.* Schinkel: Museo de Berlín.
C: Por Real Cédula se manda suprimir el castigo de la horca sustituyéndolo por el garrote. Se funda la revista *Revista Bimestre Cubana* con su primitivo título de *Revista y repertorio bimestre de la isla de Cuba.* *AL:* El general Prieto es electo presidente de Chile. Se realiza una convención para revisar y modificar la Constitución. Páez es presidente de Venezuela. En Colombia, Obando y López, se sublevan en Cauca. Las juntas de Apulo restituyen en la presidencia a Caicedo. Se reúne la convención, que designa presidente a Obando. En el Perú, el presidente La Fuente es de-	*Port.:* Gobierno *whig* apoya expedición de Don Pedro I. *Ing.:* Mayoría *whig* en el parlamento. *Bel.:* Leopoldo I de Sajonia-Coburgo rey. *Pol.:* Aplastamiento de la revolución, anexión rusa. *Ita.:* Mazzini funda *La joven Italia. Eg.:* Mohamed Alí conquista Siria. Gregorio XVI Papa. Ch. Darwin: viaje del *Beagle.* Asociación Británica para el avance de la ciencia. Gauss: tensión superficial. Dal Negro: motor eléctrico. Mc Cormick: segadora mecánica. Bolsa de Madrid. Tocqueville visita EE. UU. (-32). Michelet: *Introducción a la historia universal.* Garrison: *El Libertador,* periódico

1832

Cuba y América Latina	Mundo exterior
rrocado por una poblada organizada por el general Gamarra. Santa Cruz dispone la reforma de la Constitución boliviana. Se firma entre Buenos Aires y las provincias del Litoral el Pacto Federal, para enfrentar a la Liga del Interior: en él se acuerdan las bases para la futura organización de la república. Paz es capturado y se disuelve la Liga del Interior. Hegemonía de Rosas en Buenos Aires, de Quiroga en el Interior y de E. López en el Litoral. Luis Pérez: *La Gaucha.*	antiesclavista de EE. UU. H. de Balzac. *La piel de zapa.* V. Hugo: *Nuestra Señora de París.* Delacroix: *Las barricadas.* H. Daumier: *Gargantúa.* Bellini: *Norma.* Muere J. F. Hegel.
C: Vives cesa como Capitán General de la Isla de Cuba; lo reemplaza M. Ricafort. Domingo del Monte se establece en La Habana. J. Mª Heredia: *Poesía* (2ª ed.). J. A. Saco: *Memoria sobre la vagancia en la isla de Cuba.* D. del Monte publica sus "Novelas históricas" en la *Revista Bimestre.* Nacen Emilia Casanova y Rodríguez (patriota) y Juan Clemente Zenea (poeta). *AL:* En Chile, el Ministro del Interior Errázuriz es forzado a renunciar y es reemplazado por Tocornal. Juan Godoy descubre minas de plata en Chañarcillo. Se constituye una burguesía minera en la zona norte. Francisco de Paula Santander es presidente de Colombia. Sancionada la Constitución, de tipo centralista. Tratado de paz con Ecuador, que cede el Cauca y Pasto. Tratado ecuatoriano-peruano para confirmar límites. Rosas rechaza su reelección en Buenos Aires; es designado el general Balcarce. Levantamiento de Santa Anna contra Bustamante en México; ambos acuerdan que concluya el período Gómez Pedraza. Estruendosa caída política de Alamán. Leyes democratizantes en Brasil. E. Echeverría: *Elvira o la novia del Plata.* A. Bello: *Principios del Derecho de Gentes.*	*Esp.:* Regencia de María Cristina; fracasa el complot de La Granja. *Port.:* Don Pedro I desembarca en Oporto. *Fr.:* Gabinete Thiers-Guizot-Broglie en París. *Ing.:* Sanción de la Reforma Electoral. *Ale.:* Movilización liberal en Hambach. *Papado:* Encíclica *Mirari vos. Gr.:* Otón de Baviera rey. *EE. UU.:* Reelección de Jackson. Henry: fenómenos de autoinducción. Sauvage: hélice de propulsión. Liebig: revista *Anales de farmacia.* Donoso Cortés: *Memoria sobre la situación actual de la monarquía.* Rosmini: *Las cinco plagas de la Iglesia.* Pellico: *Mis prisiones.* Goethe: *Fausto* (2ª parte). G. Sand: *Indiana.* Larra: *Artículos de costumbres.* Rossini: *Stabat Mater.* Donizetti: *El elixir de amor.* Mueren W. Scott, Goethe y Bentham.

1833	
1834	Obtiene el título de Bachiller en Leyes pero apenas ejerce la profesión, se dedica a la enseñanza y al periodismo. Trabajó como maestro en los colegios Buenavista y Real Cubano.

Cuba y América Latina	*Mundo exterior*
C: Desde febrero 25 hasta abril 21 mueren en La Habana 8.315 personas víctimas de una epidemia de cólera-morbo. Nace Manuel de Quesada y Loinaz, primer general en jefe del Ejército Libertador en la Gran Epopeya.	*Esp.:* Muere Fernando VII; Isabel II reina; 1ª guerra carlista. *Port.:* Don Pedro I captura Lisboa. *Fr.:* Lafayette funda la *Sociedad de los derechos humanos. Ing.:* Fundación del Partido cartista; supresión de privilegios de la Compañía Inglesa de Indias. *Ale.:* Liga aduanera alemana.
J. F. de Calcagno: *Tratado sobre el colera morbus.* R. de Palma: *Atributos a la hermosura.* Nace Nicolás Ruiz Espadero (pianista y compositor).	Gauss-Weber: telégrafo eléctrico. Hall: acción de los reflejos. G. W. Snow: estructura de acero en edificios de Chicago. Primer viaje en buque de vapor Europa-América. Gran Bretaña posee cien mil telares mecánicos; ley sobre trabajo de los niños. Situación de los salarios: mujer 8 ch. 5 p.; niños: 2 ch. 3 p.; adultos: 20 ch. 5 p. semanales.
AL: En Chile se sanciona la Constitución conservadora, que otorga al presidente grandes poderes y lo faculta hasta a suspender su vigencia. Se restablecen los mayorazgos. Colombia y Venezuela firman un tratado bilateral de amistad, alianza, comercio, navegación y límites. Fracasa una revolución en Quito y estalla otra en Guayaquil, dirigida por Rocafuerte, jefe del liberalismo de Ecuador. En el Perú, el general Orbegoso, liberal, sucede a Gamarra. Acuerdos de paz con Bolivia. Gran Bretaña se apodera de las islas Malvinas. Se produce en el Río de la Plata una revolución de los "restauradores" que obliga a Balcarce a renunciar. Viamonte es el gobernador de Buenos Aires. Es reprimida una rebelión en Minas Gerais. En México, Santa Anna es electo presidente, delega en el federalista Gómez Farías, quien pone en práctica profundas reformas eclesiásticas, educativas y militares.	Michelet: *Historia de Francia.* H. de Balzac: *Eugenia Grandet.* Rude: *La Marsellesa.* Heine: *De la Francia.* Ingres: retrato del primogénito *Bertin.* Soane: Banco de Inglaterra. F. Mendelssohn: *Sinfonía italiana.*
L. Alamán: *Mi defensa.* Pardo y Aliaga: *Una huérfana en Chorrillos, Don Leocadio.* A. Bello: *La Cometa.* Aparece *El Quiteño Libre* que reúne a la oposición liberal, a Flores.	
C: Isabel II es proclamada en Cuba Reina de las Españas. Es desterrado J. A. Saco por la publicación de su *Justa defensa de la Academia Cubana de Literatura* y su actividad pública.	*Esp.:* Censura de imprenta y abolición de los gremios. *Port.:* Regencia de Don Pedro I; a su muerte, asume María II. *It.:* Garibaldi se incorpora a *La joven Italia. Ing.:* Ministerio de R. Peel. Cuádruple alianza entre España, Portugal, Francia e Inglaterra. Ley de pobres de Chadwick.
Muere Vicente Escobar (pintor, retratista).	

1835

Cuba y América Latina	*Mundo exterior*
AL: Acuerdo entre Venezuela, Colombia y Ecuador para el pago de la deuda de la Gran Colombia. Se decreta la libertad de cultos en Venezuela. En Ecuador Rocafuerte, apresado por Flores, pacta con éste y juntos enfrentan y combaten la nueva revolución liberal. En el Perú hay guerra declarada entre los partidarios de Gamarra y los de Orbegoso. Triunfa este último: se sanciona una constitución fuertemente autoritaria. Concluye, en Argentina, la Campaña del Desierto emprendida por Rosas. La Legislatura ofrece a éste la gobernación; Rosas la rechaza. Santa Anna reasume la presidencia de México. Alamán en fuga. Rebelión en Mato Grosso. La Constitución brasileña otorga autonomía a las provincias mediante acta adicional. E. Echeverría: *Los Consuelos.* J. E. Caro: *Lara o los Bucaneros.* Pardo y Aliaga: *La Jeta,* y el periódico *El Hijo del Montonero,* en Lima, contra Orbegoso.	*Fr.:* Levantamiento obrero en Lyon. *EE. UU.:* Primer sindicato nacional. Jacobs: Concepto de catálisis química. Weber: Ley fundamental psicofísica. Faraday: Electrólisis. Incendio de Westminster. Ranke: *Historia de los Papas.* R. Mohl: *La ciencia de la policía según los fundamentos del estado de derecho.* Lamennais: *Pdlabras de un creyente.* H. de Balzac: *Papá Goriot.* Gogol: *Relatos de Mirgorod.* De Musset: *Lorenzaccio.* H. Daumier: *La calle Transnonain.* Schumann: *Carnaval.*
C: Se producen numerosas y sucesivas rebeliones y matanzas (consecuentes) de negros. Nace Tomás Estrada Palma, futuro presidente de Cuba. Nace Luisa Pérez y Montes de Oca (poetisa) y muere José Agustín Caballero y de la Torre (teólogo, orador, profesor y escritor). *AL:* J. M. Vargas presidente de Venezuela; estalla el Movimiento de las Reformas; Páez se pone al frente de las fuerzas constitucionales y sofoca la rebelión. En Ecuador, victoria de Flores en Miñarica. La Convención de Ambato dicta una nueva Constitución y designa presidente a Rocafuerte. Sublevación de Salaverry en el norte del Perú, proclamándose jefe supremo. Orbegoso pacta con el presidente boliviano Santa Cruz, éste invade el Perú, derrota a Gamarra e inicia la lucha contra Salaverry. En Argentina es asesinado Quiroga;	*Esp.:* Muere el general Zumalacárregui, carlistas fracasan en Bilbao; levantamiento liberal y ministerio de Mendizábal. Motines anticlericales y reforma religiosa; préstamo de la banca Rothschild; incendio de la fábrica "El vapor" por los obreros. *Ing.:* Acta de Corporaciones Municipales. *Aust.:* Fernando IV, rey. Fundación del *New York Herald* y la Agencia Havas. La fábrica Krupp incorpora máquina de vapor. Parker: primer hospital de China en Cantón. Pistola Colt. A. Sax inventa el saxofón. Tocqueville: *La democracia en América* (-40). Wappers: *La lucha revolucionaria de 1830 en las calles de Bruselas.* E. Kant: trad. francesa de la *Crítica de la razón pura.* Mazzini: *Fe y Futuro.* Andersen: *Cuentos.* Gautier: *Señorita de Maupin.* V. Hugo: *Cantos del crepúsculo.* Büchner: *La muerte de Danton.* Browning: *Paracelso.* Donizetti: *Lucía de Lammermoor.*

1836

Cuba y América Latina	Mundo exterior
Rosas es designado gobernador con la suma del poder público. Oribe presidente del Uruguay. En México los colonos norteamericanos de Texas se sublevan proclamando la separación; Santa Anna intenta sofocarla. Olmedo: *Al general Flores, vencedor de Miñarica.* Lira: *El Parnaso Oriental.* De Abreu e Lima: *Bosquejo histórico, político y literario del Brasil.* A. Bello: *Principios de ortología y métrica de la lengua castellana.*	
C: Las Cortes españolas acuerdan expulsar del Congreso al diputado José Antonio Saco y a otros cubanos por defender la causa patriótica. La regenta María Cristina (por su hija la Reina Isabel) intenta vender Cuba a Francia. El Rey Luis Felipe lo rechaza pretextando excesivo el precio. R. R. Madden es nombrado juez del Tribunal Mixto. Por iniciativa de D. del Monte se compra la libertad del negro esclavo Juan Francisco Manzano. Nace José Manuel Capote y Sosa (Mayor General del Ejército Libertador). E. Pichardo Tapia: *Diccionario Provincial casi razonado de voces y frases cubanas.* Milanés: *La isla de Cuba tal cual está.* Nace Francisco Javier Cisneros y Correa (patriota e ingeniero). *AL:* Vargas renuncia a la presidencia de Venezuela, le sucede como encargado, por ausencia del vicepresidente Narvarte, el general Carreño. Se proclama la Confederación peruano-boliviana. Chile declara la guerra al Perú, tras capturar tres barcos peruanos, por desconocimiento del tratado firmado el año anterior. En Argentina, Rosas sanciona la ley de Aduana; regresan los jesuitas que reinstalan el Colegio de San Ignacio. En México, Santa Anna es derrotado por los tejanos en San Jacinto y firma el tratado de Velasco; tratado con Es-	*Esp.:* Reformas económicas de Mendizábal; la regenta lo obliga a renunciar, ruptura con los liberales; revolución de La Granja y retorno a la constitución de 1812. *Port.:* Pronunciamientos militares. *Fr.:* Ministerios sucesivos de Thiers y Guizot. *Ing.:* Comienza el movimiento cartista en favor del sufragio universal. Ley de registro de nacimientos y defunciones; fundación de la colonia de Australia del Sur. *EE. UU.:* Batalla del Alamo; independencia de Texas. Ley de patentes de invención; primeros ferrocarriles. Berzelius descubre los fenómenos catalíticos. Dreyse: fusil de aguja con recámara. Regreso de Darwin. Owen: *El Libro del Nuevo Orden Moral.* Ch. Dickens: *Papeles póstumos del Club Pickwick* (-37). Gogol: *El revisor.* Musset: *Confesiones de un hijo del siglo.* Hartzenbusch: *Los amantes de Teruel.* H. Daumier: *Caricaturama* (-38). Brunel: *Puente sobre el Avon.* Charles Barry: proyecto del parlamento inglés. Meyerbeer: *Los hugonotes.*

1837	Publica sus primeros trabajos literarios en *La Miscelánea, útil y agradable recreo:* "El ave muerta"; "La peña blanca"; "El perjurio"; "La cueva de Taganana".

Cuba y América Latina	Mundo exterior
paña que reconoce la independencia de este país. Foxá: *Pedro de Castilla.* De Mora: *México y sus revoluciones.* Gonçalves de Magalhães: *Suspiros poéticos.*	
C: Se realizan elecciones: son electos diputados Juan Montalvo y Nicolás de Escobedo (Habana), Francisco de Armas (Puerto Príncipe) y José Antonio Saco (Santiago). Las Cortes españolas se niegan a admitir tal resultado. Se inaugura la primera línea de ferrocarril La Habana-Bejucal. J. A. Saco: *Paralelo entre la isla de Cuba y algunas colonias inglesas.* Palma y Echeverría editan *El Aguinaldo Habanero.* Nace Carlos Navarrete y Romay (abogado, poeta y prosista). *AL:* En Chile muere Diego Portales, asesinado por un grupo de oficiales sublevados de Quillota. Se crea el Ministerio de Culto e Instrucción Pública. Pedro de Araujo Lima es regente en el Brasil. Su jefe, el marqués de Olinda, reemplaza al regente. Rebelión separatista en Bahía. Epidemia de cólera morbo en América Central. Abolición de la esclavitud en México. Bustamante presidente; Alamán actúa como su consejero. Levantamiento federal de San Luis Potosí. Un Congreso de Plenipotenciarios organiza en Tacna la Confederación peruano-boliviana. Santa Cruz protector. Rosas declara la guerra a la Confederación. El general Soublette asume la presidencia de Venezuela. En Colombia, con el apoyo de conservadores y liberales moderados es designado presidente José I. Márquez. M. Marín de Solar: *Canto fúnebre a la muerte de Diego Portales.* E. Echeverría: *Rimas* (incluye *La Cautiva*). Salón literario de los jóvenes románticos argentinos.	Victoria es reina de Inglaterra; se disuelve la unión personal Inglaterra-Hannover, donde es rey el duque de Cumberland, Ernesto Augusto, hermano de Guillermo IV; se suprime allí la Constitución de 1832. En Argelia, los franceses conquistan Constantina. En España, en tanto continúa la guerra carlista, se promulga una Constitución moderada; Mendizábal establece la desamortización de las tierras eclesiásticas. En Francia se da amnistía a los republicanos; Ministerio Molé. Kossuth, en Hungría, impulsa reformas liberales. Conflicto entre el gobierno prusiano y la Iglesia católica: "Disputa de los obispos de Colonia", quienes son recluidos. Gran Bretaña suprime la esclavitud en la Colonia de El Cabo; comienza la emigración de colonos holandeses (boers) hacia el Norte y el Este. Grave crisis económica en Estados Unidos (que se extiende a Europa); Van Buren es presidente. S. Morse inventa el código telegráfico y el telégrafo eléctrico. Froebel: Primer Jardín de Infancia en Alemania. Müller: *Tratado de Fisiología humana.* T. Carlyle: *La Revolución francesa.* H. de Balzac: *Las ilusiones perdidas* (-43). Ch. Dickens: *Oliver Twist* (-39). Espronceda: *El estudiante de Salamanca* (1ª versión). G. Sand: *Mauprat.* L. H. Berlioz: *Requiem.* Suicidio de Larra, muerte de Pushkin.

1838	Publica el "Espetón de oro", "Engañar con la verdad" y, en forma de carta, "A Don Quintín Suzarte desde las Sierras del Aguacate" —una minuciosa descripción de una región de Cuba.

Cuba y América Latina	Mundo exterior
C: Nacen Guillermo Moncada, general de raza negra (Guillermón), Donato Mármol y Honorato del Castillo. Tacón es sustituido en el gobierno de la isla de Cuba por Espeleta.	En Gran Bretaña se acentúa la agitación cartista; comienza la guerra del opio; se exige reforma del derecho electoral en favor de la pequeña burguesía y de los trabajadores; se produce la ocupación de Aden y se funda la liga de Manchester. En Alemania se unifica la moneda en la Convención de Dresde. Iowa se separa del resto de la unión en los EE. UU.
Félix Tanco y Bosmeniel: *Escenas de la vida privada en la isla de Cuba (Petrona y Rosalía; El hombre misterioso; Francisco; Los bandoleros).* J. A. Echeverría: *Antonelli.* Condesa de Merlín: *Historia de Sor Inés.* R. de Palma: *Una pascua en San Marcos* y *El Cólera en La Habana.* Palma y Echeverría fundan las revistas *El Album* y *El Plantel.* Milanés: *El expósito.* Nace Francisco Sellén (poeta, profesor, periodista, traductor).	F. W. Bessel mide, por primera vez, la distancia estelar entre dos estrellas fijas. Boucher de Phertes establece las bases de la prehistoria. Daguerre inventa la fotografía con proceso de revelado. Schleiden enuncia la teoría celular. Reconstrucción del Kremlin.
AL: En Ecuador, nueva revolución liberal, encabezada por Valdivieso en Riobamba, reprimida violentamente. Una expedición regeneradora proveniente de Chile invade el Perú; Gamarra y La Fuente dirigen a los emigrados peruanos que derrotan a Orbegoso y ocupan Lima, instalando como presidente a Gamarra. Santa Cruz inicia las hostilidades obligando a desalojar la capital. La flota francesa declara el bloqueo del puerto de Buenos Aires. En Uruguay Oribe renuncia y Rivera ocupa Montevideo. Los franceses ocupan la isla Martín García. En Guatemala las fuerzas de Carrera conquistan la capital; el gobierno rompe con él y pone precio a su cabeza. Se generaliza la crisis de la Confederación Centroamericana, separándose Nicaragua, Honduras y Costa Rica.	Ch. Dickens: *Nicholas Nickleby* (-39). V. Hugo: *Ruy Blas.* E. A. Poe: *Arthur Gordon Pym.* Exito musical de F. Liszt y F. Chopin.
Echeverría: *Código o Declaración de Principios del Dogma Socialista.* F. Tristán: *Peregrinaciones de una paria.* Pesado: *El amor frustrado.* M. Cané y A. Lamas fundan *El Iniciador* en Montevideo. "Asociación de Mayo" o de la Joven Generación Argentina.	

1839	Se realiza la publicación de "Cecilia Valdés", como relato breve, en *La Siempre Viva* ("versión primitiva"). Da también a conocimiento público "La excursión a la Vuelta Abajo" (primera parte); "La cruz negra"; "Lola y su periquito" y "Teresa" en *Obsequio de las damas.* El mismo Villaverde comentará en el prólogo a la edición completa de *Cecilia Valdés*: "Empecé la composición del segundo tomo, que debía completarla; pero no trabajé mucho en él (...) porque me trasladé poco después a Matanzas como uno de los maestros del colegio La Empresa (...). En la versión primitiva de *Cecilia Valdés* observa que "si (la sociedad) se extravía, si se corrompe, culpa es de aquéllos que se han constituido en reguladores de su marcha continua y progresión...".
1840	Publica *Amor fraternal* y *Equivocación de nombres.*

Cuba y América Latina	Mundo exterior
C: Se inaugura la Audiencia Pretorial de La Habana. Es fundado el colegio La Empresa. Nace Calixto García Iñíguez. R. de Palma: *La peña de los enamorados.* J. F. Manzano: *Autobiografía* (fecha de composición). Nace Antonio Sellén (prosista, poeta, traductor y periodista). Muere José María Heredia, en Toluca, México, desterrado. *AL:* En Chile el General Bulnes derrota a la Confederación peruano-boliviana en la batalla de Yungay. El gobierno boliviano depone a Santa Cruz y declara abolida la Confederación. Páez presidente de Venezuela. En Colombia rebeliones militares en provincias: la "guerra de los Supremos" (-42). El congreso ecuatoriano acepta los acuerdos sobre la deuda de la Gran Colombia; Flores reelecto presidente. Lavalle invade Entre Ríos; el terror en Buenos Aires. En Uruguay, Rivera electo presidente; declara la guerra a Rosas y vence a Oribe en Cagancha. En México, Bustamante enfrenta los pronunciamientos de los generales federalistas Urrea y Mejía. Paredes Arrillaga reprime el levantamiento federal de Jalisco. Segura: *El sargento Canuto.* Ascasubi: *Paulino Lucero* (-51). Echeverría: *El Matadero.* F. Toro: *Europa y América.* Irisarri publica en Guayaquil el periódico *La Verdad Desnuda* (-43).	En España, convenio de Vergara entre Espartero y Maroto, fin de la guerra carlista; Don Carlos se asila en Francia. En ésta, insurrección de Blanqui. Fracasa, en Inglaterra, la Convención Nacional Cartista; instauración del sistema nacional de Registros civiles. Abdul-Medjil I es sultán en Turquía (-61). Crisis europea por cuestión egipcia. Primer Congreso científico italiano en Pisa. T. Schwan descubre la célula animal. Ch. Goodyear: Vulcanización del caucho. Primera asociación obrera en Barcelona. L. Blanc: *Sobre la organización del trabajo.* L. Ranke: *Historia de Alemania durante la Reforma.* V. Gioberti: *Introducción al estudio de la filosofía.* T. Macaulay comienza la *Historia de Inglaterra* (-61). Stendhal: *La Cartuja de Parma.* E. A. Poe: *La caída de la Casa Usher.* H. de Balzac: *Esplendor y miseria de las cortesanas.* P. Borel: *Madame Putiphar.* Turner: *El último viaje del Temerario.* L. H. Berlioz: *Benvenuto Céllini* y *Romeo y Julieta.* F. Chopin: *Preludios.* R. Wagner en París.
C: Llega a La Habana como cónsul de Su Majestad Británica y Superintendente de africanos libertos David Turnbull, fanático espíritu antiesclavista. *AL:* En Colombia J. M. Obando se pone al frente de la rebelión de Pasto; Santander es atacado en el Congreso. España reconoce la independencia de Ecuador; Flores se une a los colombianos Herrán y Mosquera contra Obando. En el Perú es derrotada la revolución "restauradora" encabezada	Levantamiento liberal y abdicación de la Regenta Cristina; Espartero Regente en España. En Francia, Thiers asume el ministerio en marzo, fracasa, en octubre es reemplazado por Guizot (-48). Inglaterra, casamiento de Victoria con Alberto de Sajonia-Coburgo-Gotha; ocupación de Hong Kong. Países Bajos, Guillermo II, rey. Mehemet Alí, bajá de Egipto, se subleva contra el imperio turco; Inglaterra, con el apoyo de Austria, Rusia y Prusia, fuerzan a Ismael Bajá a renunciar a sus preten-

1841	Da a la publicación algunos artículos de costumbres: "La Habana en 1841"; "Modas"; "Máscaras" y "Una mudada".

por Vivanco. En Argentina sublevaciones en Corrientes y Tucumán. Se firma el tratado Mackau-Arana y los franceses levantan el bloqueo; los franceses retiran su apoyo a Rivera presidente del Uruguay. En Brasil los liberales proponen que se anticipe la mayoría de edad a Pedro II, quien es proclamado emperador. Morazán reconquista Guatemala pero es vencido por Carrera y marcha al exilio. Sublevación de Santa Anna y Paredes contra Bustamante en México. Mueren F. de Paula Santander y el dictador Francia.

Pardo y Aliaga: periódico *El Espejo de mi Tierra.*

siones sobre Siria; Francia, que apoyaba a este último, también debe ceder. Prusia, Federico Guillermo es rey. EE. UU., partido abolicionista. Inglaterra realiza más del 30% del comercio internacional.

Frégier: Plan de construcciones públicas para obreros en Francia; posee 25,5 millones de hectáreas cultivadas. Primeras importaciones de guano a Europa. Liebig: *De la química aplicada a la agricultura.* Gauss: *Atlas del magnetismo terrestre.* Aparición del timbre postal en Inglaterra. Cunard: Funda en Liverpool compañía naviera.

P. J. Proudhon: *¿Qué es la propiedad?* E. Cabet: *Viaje a Icaria.* F. Savigny: *Sistema del derecho romano contemporáneo.* Guérin: *El centauro.* Ch. A. Sainte-Beuve: *Port-Royal* (-59). G. de Nerval traduce *Fausto.* Grillparzer: *¡Ay del que miente!* J. Zorrilla: *Los cantos del trovador.* Lermontov: *Un héroe de nuestro tiempo.* G. Donizetti: *La favorita.* E. Delacroix: *Entrada de los cruzados a Constantinopla.*

C: Se produce una sublevación (frustrada) de esclavos en la construcción del llamado Palacio Aldama. Se calcula en 43,3% la población esclava en Cuba. G. Valdés, gobernador, trata de contener los abusos de los amos de los esclavos. El censo indica una población blanca de 417.291 habitantes y de 589.333 negros; 58% de negros. Nace el célebre jefe socialista Pablo Lafargue quien, más tarde, se casa con una hija de Carlos Marx.

Gertrudis Gómez de Avellaneda: *Sab* y *Poesías.* J. J. Milanés: *Los cantos del Montero.*

AL: En Chile el general Manuel Bulnes es presidente; se inicia un período de estabilidad política y fomento económico. El general Herrán, conservador, presidente de Colombia. En Ecuador, victoria de Flores sobre Obando en Huilquipampa; Flores

En Inglaterra, caída del gabinete liberal; Ministerio Peel (-46). Monarquismo constitucionalista en los reinos escandinavos. Tratado de Meerengen: cierre de los estrechos del Bósforo y Los Dardanelos a los buques de guerra. EE. UU., John Tyler sucede a Harrison, muerto ese año. El general Espartero es regente en España. Guizot reincorpora a Francia al concierto europeo. En Francia, ley de disminución del trabajo infantil; reposición de la Ley de enseñanza.

Ley de Joule sobre energía eléctrica. De Cristoforis: Máquina atmosférica de bencina con carburador. Whitworth: Sistema universal de roscas. Thomas Cook: Organiza los primeros viajes turísticos.

L. Feuerbach: *La esencia del cristianismo.* A. Schopenhauer: *Los problemas fundamentales de la moral.* F. List: *Sistema nacional de la economía política.* T. Carlyle:

1842	Vuelve a la capital y publica: *Declaración de un marinero náufrago; Generosidad fraternal; El misionero del Caroní; La señorita Gertrudis Gómez de Avellaneda; El guajiro; La excursión a la Vuelta Abajo* (segunda parte) y *El ciego y su perro.*

firma un convenio respetando los límites de 1835. El presidente peruano Gamarra decide invadir Bolivia para impedir la restauración de Santa Cruz y ocupa La Paz; Ballivián unifica el mando boliviano y derrota a los peruanos en Ingavi donde muere Gamarra. En Paraguay, el congreso restablece el Consulado y designa a Carlos Antonio López; se abre el puerto del Pilar al comercio fluvial poniéndose fin al aislamiento. En Brasil los conservadores retoman el poder. El Salvador se separa de la ya existente Confederación Centroamericana. Plan de Tacubaya en México; Santa Anna presidente; escisión del Estado de Yucatán.

Baralt: *Resumen de la historia de Venezuela.* Orgaz: *Preludio del arpa.* A. Bello: *Análisis ideológica de los tiempos de la conjugación castellana.*

Los héroes. R. Emerson: *Ensayos* (-44). Gogol: *Almas muertas.* R. Wagner: *El buque fantasma.* Adam: *ballet Gisèle.*

C: Es expulsado el cónsul inglés Turnbull por sus gestiones antiesclavistas.

Gertrudis de Avellaneda: *Dos mujeres.* Condesa de Merlín: *La Habana.* Nacen Luis Victoriano Betancourt y Salgado (poeta, costumbrista, abogado y patriota) y Antonio Hurtado del Valle, célebre luego como "El hijo de Damují" (literato).

AL: Llegan a Venezuela los restos del Libertador, bajo la presidencia de Páez; la plaza de la Catedral recibe el nombre de Plaza Bolívar. En el Perú, anarquía generalizada. Gobierno del general Videla, que nombra a B. Laso ministro de gobierno. Ballivián presidente de Bolivia; paz con el Perú. Se declara formalmente la independencia del Paraguay. En Brasil, estallan rebeliones liberales en San Pablo y Minas Gerais. Morazán regresa a Nicaragua pero es derrotado y fusilado. Intervención naval inglesa y ocupación del Golfo de Mosquitos, donde se crea el reino de Mosquitia. Los Estados centroamericanos firman un

En España, levantamiento contra Espartero en Cataluña; aparición del Partido Republicano. Movimiento de liberales moderados en Portugal, establecimiento de la Carta de 1826; gobierno del conde de Thomas. En Francia, muere el duque de Orleans; ley de Regencia. Tratado de Nankín, entre Inglaterra y China, fin de la Guerra del Opio, cesión de Hong Kong por los chinos. En Sudáfrica, los boers fundan el Estado libre de Orange. EE. UU., fijación de la frontera con Canadá; reconocimiento jurídico de los sindicatos. Fundación de *La Nación,* órgano de La Joven Irlanda.

Mayer: Principio de conservación de la energía. Joule: Equivalente mecánico del calor. Lawes patenta procedimiento para producir superfosfatos. Primer concierto de la New York Philarmonic Orchestra. El deporte comienza a integrar el sistema de enseñanza británico.

J. S. Mill: *Lógica.* A. Bertrand: *Gaspar de*

1843

Se publica *La tejedora de sombreros de Yarey; La peineta calada* y *Dos amores.*

Comentando su obra, *La peineta calada,* Villaverde plantea el tema de la desfiguración, tan fundamental en la literatura colonial: "su disfraz (el del hombre), no consiste precisamente en los vestidos (...) que viste, sino en la expresión que por conveniencia, o por hábito o índole, da a su fisonomía, y con la que se presenta a tejer la tela de la vida".

1844

Se publica *El penitente.* El periódico *La Aurora,* de Matanzas, reedita en un volumen 4 relatos escritos en 1837: "El ave muerta"; "La peña blanca"; "El perjurio" y "La cueva de Taganana". En la "Introducción" a *El penitente* confiesa que por primera vez "en mi ca-

Cuba y América Latina	*Mundo exterior*
pacto de Unión. En México, Santa Anna convoca una Junta de Notables. Alberdi: *El gigante Amapolas.* Plácido: *El veguero.* F. Toro: *Descripción de las honras fúnebres de Bolívar.* Sanfuentes: *El campanario.* Sarmiento funda en Santiago el primer diario: *El Progreso* y organiza en Chile la primera escuela normal de la América española.	*la noche.* E. Sué: *Los misterios de París.* E. A. Poe: *El escarabajo de oro.* Whitman: *Franklin Evans.* H. Daumier: *Tipos parisinos.* A. Comte: *Curso de filosofía positiva.* R. Emerson: *Hombres representativos.* C. Franck: *Tríos.* Glinka: *Rusland y Ludmila.* Nace Mallarmé y muere Stendhal.
C: La población esclava es calculada en 436.000 personas. Es sojuzgada una nueva sublevación de negros. Nacen José M. Aguirre y Valdés (patriota y general insurrecto) y Pablo Hernández (poeta). *AL:* Soublette presidente de Venezuela; decreto de amnistía general. Chile ocupa el Estrecho de Magallanes. En Ecuador se sanciona la Constitución conocida como la "Carta de la esclavitud"; Flores electo por ocho años; Rocafuerte reinicia la oposición. En el Perú, pronunciamiento de Vivanco en Arequipa; ocupa Lima y es designado Director Supremo. Con el apoyo de Rosas, Oribe invade Uruguay y pone sitio a Montevideo durante ocho años; el general Paz dirige la defensa en la que participan brigadas extranjeras entre ellas la italiana, comandada por Garibaldi; las flotas inglesa y francesa impiden el bloqueo fluvial. Una revolución de mulatos dirigida por Ch. Herard derroca a Boyer en Haití. Lastarria: *El mendigo.* De Angelis: *Archivo americano.* P. J. Rojas inicia en Cumaná la publicación de *El Manzanares* (-1845). A. Bello: *La oración por todos* (imitación de Víctor Hugo). Nace en Bogotá M. A. Caro.	En España, pronunciamiento militar conservador, imposición de la mayoridad a Isabel; exilio de Espartero. Francia, restablecimiento de la Entente Cordiale con Inglaterra. Inglaterra, conquista de Punjab (India) y anexión de Natal; segundo Trek de los boers. Revolución en Atenas. Miseria en Irlanda, población disminuye de 8,3 a 5,7 millones en 1863. Ley de Ohms sobre vibraciones sonoras. Bottax inicia excavaciones de Khorsabad. Brunel: Botadura del "Great Britain", primer vapor accionado por hélices y con casco de acero. S. Kierkegaard: *Diario de un seductor.* T. Macaulay: *Ensayos críticos e históricos.* Montalembert: *El deber de los católicos.* Ch. Dickens: *Martín Chuzzlewit.* Labrouste: Biblioteca de Santa Genoveva en París. Turner: *Los alrededores de Venecia.* Donizetti: *Don Pascual.* R. Wagner: *El holandés errante.* F. Mendelssohn: *Sueño de una noche de verano.*
C: Toma origen un movimiento sedicioso de negreros y dueños de ingenios contra los negros y las medidas antiesclavistas o tendientes a mejorar la condición de és-	En España, gobierno del general Narváez; represión política. Francia declara la guerra a los marroquíes por el apoyo que éstos ofrecen a Argelia; Marruecos es de-

rrera de escritor, voy a hablar de mí, de una persona que me interesa tanto como mi abuelo materno, y de sucesos que acaecieron hace mucho tiempo".

tos. Se inicia en Matanzas la "Conspiración de la Escalera", es sangrientamente reprimida: multitud de esclavos y de criollos liberales son asesinados; entre ellos Gabriel de la Concepción Valdés (Plácido), involucrado en la conjura libertaria y fusilado en Matanzas. El gobierno español sanciona la primera Ley de Instrucción Pública (empieza la escuela rural).

Nacen: Isaac Carrillo y O'Farrill (poeta y prosista), Emilio Bacardí y Moreau (fundador de la industria nacional Ron Bacardí, escritor, historiador, pintor, filántropo y patriota), José Joaquín Palma (poeta y revolucionario), y Rafael María Merchán y Pérez (crítico, periodista y patriota).

AL: Chile fima un tratado de paz y amistad con España que reconoce la independencia chilena. Vivanco es derrotado en Arequipa por Castilla quien es designado presidente del Perú. Se reconstruye la Confederación de América Central; presión británica para disolverla. Carrera jefe de Estado en Guatemala. En México, Paredes Arrillaga se pronuncia contra Santa Anna, lo depone y coloca en la presidencia al general Herrera. Un movimiento dirigido por la logia Trinitaria emancipa a Santo Domingo de Haití; Pedro Santana, presidente, encarcela a los principales jefes liberales. En Haití es derrocado el presidente Herard y P. Guarrier es proclamado presidente. En Paraguay, se dicta la primera constitución y C. A. López es designado presidente.

F. Bilbao: *Sociabilidad chilena.* Vélez de Herrera: *Elvira de Oquendo.* Macedo: *La Moreninha.* Alamán comienza a publicar las *Disertaciones sobre la Historia de la República Mexicana.* Irisarri publica en Quito *La Concordia* (-1845).

rrotado, se firma el tratado de Tanger; toma de Tahití. Italia, Mazzini funda La Joven Europa. EE. UU.., triunfa James Knox Polk, candidato de los estados esclavistas y anexionistas. Inglaterra, movimiento cooperativo en Rochdale; reorganización del Banco de Inglaterra. Ley sanitaria de vivienda y urbanismo en Londres. Unión de Friburgo, socialcristiana (-91). Levantamiento de los tejedores de Silesia.

Telégrafo Morse entre Baltimore y Washington. Kalbe: ácido acético sintético. Keller: celulosa para la preparación del papel. Primera exposición industrial del Zollverein alemán. G. Williams funda la YMCA en Londres.

T. Carlyle: *Pasado y presente.* S. Kierkegaard: *El concepto de la angustia.* C. Marx, refugiado en París, redacta los *Manuscritos económico-filosóficos.* Disraeli: *Coningsby o la nueva generación.* F. Dostoievski traduce al ruso *Eugenia Grandet.* A. Dumas: *Los tres mosqueteros.* E. Barret Browning: *Poemas.* J. Zorrilla: *Don Juan Tenorio.* G. Verdi: *Hernani.* Nace F. Nietzsche.

1845	Se publica el *Compendio geográfico de la isla de Cuba* y *Comunidad de nombres y apellidos.*
1846	Villaverde se hace sospechoso al gobierno por sus ideas separatistas.

C: Son ejecutados en El Cobre y Santiago varios esclavos conspirados para sublevarse. El gobierno español dicta la Ley de Represión del Tráfico de Negros: los negreros pierden, con este cambio de leyes, la protección oficial.

Condesa de Merlín: *Lola y María.*

AL: España reconoce la independencia de Venezuela. En Colombia el general Mosquera, conservador, presidente. En Guayaquil estalla el movimiento "marcista", de carácter liberal, contra Flores; éste firma un tratado con los revolucionarios por el cual cede el poder a cambio de una garantía para sus bienes y sueldos; la Convención de Cuenca dicta una nueva Constitución, de carácter liberal; Vicente R. Roca, presidente. Muere el presidente Guarrier en Haití y le sucede J. L. Pierret. Rosas cierra el comercio con Paraguay, cuya independencia no reconoce; las flotas francesa e inglesa fuerzan el paso del río Paraná en la Vuelta de Obligado. En Brasil, concluye la pacificación de Río Grande. Se disuelve la Confederación de América Central. Estados Unidos admite a Texas en la Unión; sus tropas ocupan el territorio e invaden México. Paredes Arrillaga, con las tropas que debía enfrentar a los estadounidenses se pronuncia contra Herrera.

"Jotabeche" funda *El Copiapino.* Payno: *El fistol del diablo* (-46). J. V. González: *Catilinarias.* F. Toro: *Reflexiones sobre la Ley del 10 de abril de 1834.* Sarmiento: *Facundo. El Comercio del Plata,* en Montevideo y *El Paraguayo Independiente* en Asunción.

En España, sanción de una nueva constitución; Don Carlos abdica en favor de su hijo. Jesuitas en Lucerna. Tratado franco-chino en Whampoa. EE. UU.: Texas y Florida admitidos como estados esclavistas; Guerra con México. El Partido Conservador Inglés sufre una escisión: Grupo Peel-Gladstone. Trastornos climáticos provocan crisis agrícola seria en Europa, que provocará el movimiento emigratorio irlandés.

Faraday: Estudios sobre la polarización de la luz. Layard inicia excavaciones de Kalach y Nínive. Creación del Colegio Real de Química en Londres; Primera sociedad para la provisión de viviendas en Londres. Producción textil británica sobre 17,5 millones de husos.

Max Stirner: *El único y su propiedad.* Disraeli: *Sybil.* C. Marx: *Tesis sobre Feuerbach.* F. Engels: *Situación de la clase obrera en Inglaterra.* E. A. Poe: *El cuervo.* A. von Humboldt: *Cosmos.* E. Delacroix: *El sultán de Marruecos.* Viollet-le-Duc y Lassus ganan el concurso para la reconstrucción de Nuestra Señora de París. R Wagner: *Tanhäuser.*

C: Nacen Antonio Zambrana y Vázquez (orador, revolucionario, abogado, profesor y periodista) y Serafín Sánchez Valdivia (patriota). Muere Manuel de Zequeira y Arango (poeta y militar).

Gómez de Avellaneda: *Guatimozín.*

España, casamiento de Isabel; caída de Narváez. En Portugal se produce un levantamiento popular contra Thomas. Abolición de la Ley de granos en Inglaterra; agitación en Irlanda; ministerio Russel. Asamblea Intelectual del Pueblo Alemán en Franckfurt. Austria anexa Cracovia. Pa-

1847	Se lleva a cabo la publicación de *El librito de cuentos y las conversaciones.*

AL: En Venezuela, intensa campaña electoral; Páez se declara presidente; levantamiento liberal sofocado por Páez. En Ecuador, ruptura entre el presidente Roca y los liberales; el gobierno no cumple el tratado con Flores; éste luego de gestiones en la Corte española, organiza un ejército en Santander y contrata en Londres una flota que es embargada por el gobierno inglés, luego de enérgicas gestiones de los gobiernos americanos. En Chile Bulnes inicia su segundo período presidencial; intensa agitación liberal. Fracasa una Asamblea reunida en El Salvador para reconstruir la Unión Centroamericana. Paredes Arrillaga presidente de México.

J. M. Gutiérrez: *América poética.* Gonçalves Dias: *Primeros cantos.* Echeverría: *Dogma Socialista.* A. Bello: *La Cometa* (2ª versión). A. J. Irisarri: periódico *El Cristiano errante* y *La Historia crítica del asesinato del Gran Mariscal de Ayacucho.*

pado: Encíclica *Qui Pluribus;* Amnistía a los presos Liberales pide Pío IX, EE. UU., tratado anglonorteamericano en Washington, problemas con Inglaterra acerca del Estado de Oregón.

Galle observa el planeta Neptuno de acuerdo a cálculos de Le Verrier. Primera intervención quirúrgica con anestesia en Inglaterra. Baños y lavaderos públicos en Londres. Howe inventa la máquina de coser.

P. J. Proudhon: *Sistema de las contradicciones económicas o la Filosofía de la Miseria.* J. Michelet: *El Pueblo.* F. Dostoievski: *El doble.* G. Keller: *Poesías.* G. Sand: *El pantano del diablo.* H. Daumier: *Nuestros buenos burgueses.* L. H. Berlioz: *La condenación de Fausto.*

C: Llegan 600 chinos (culíes) a Cuba, contratados por ocho años. Se funda el "Club La Habana", de tendencia anexionista.

Gertrudis Gómez de Avellaneda comienza a publicar quincenalmente *El álbum cubano.*

AL: En Venezuela, J. T. Monagas presidente; se inicia el "monagato" que se prolongará por doce años. En el Perú Ley de amnistía general. Se reúne el Congreso de Plenipotenciarios americanos; concurren Bolivia, Chile, Ecuador, Nueva Granada y el Perú. Luego de aplastar una revolución renuncia Ballivián en Bolivia. Inglaterra levanta el bloqueo a Buenos Aires, la flota francesa lo mantiene. Guatemala declara la independencia. En Haití, el general Soulouque, presidente. En México, Santa Anna derrotado por los estadounidenses en La Angostura; levantamiento contra el liberal Gómez Farías, a quien Santa Anna separa

En España, la reina Isabel se separa; el Gral. Serrano es favorito. Derrota de los insurrectos en Oporto, Portugal; ayuda militar de Inglaterra y España. En Francia, enfrentamiento de Guizot con Palmerston; Producción textil sobre 4,2 millones de husos; Campaña de los banquetes; agudización de la oposición a la monarquía. Italia, surge el movimiento del "Risorgimento" en Turín. Inglaterra, resurgimiento del cartismo. Ministerio liberal de Roger en Bélgica. Alemania, movimientos liberales en Renania, Sajonia y Baviera; Campaña por el Parlamento Nacional Germánico.

Ley sobre jornadas de trabajo femenino.

Yacimiento de oro en California. Helmholtz: Principio de conservación de la energía. Simpson: Parto con anestesia de cloroformo. Rawlinson descifra la escritura cuneiforme. Inauguración de la línea Hamburgo-América. Gervinus funda la *Gaceta Alemana.* Nace T. A. Edison.

1848 Toma parte en la conspiración de Trinidad y Cienfuegos ("De la Rosa Cubana"). "Pasada la medianoche del 20 de octubre (...) fui sorprendido en la cama y preso, con gran golpe de soldados y alguaciles por el comisario del barrio de Monserrate, Barreda; y conducido a la cárcel pública por orden del capitán general de la Isla, D. Federico Roncali. Encerrado cual fiera en una oscura y húmeda bartolina, permanecí seis meses consecutivos (...)"; he aquí la noticia de las consecuencias inmediatas de su actividad política. Poco después es condenado a muerte. La pena no se cumple y se le condena a presidio permanente "como conspirador contra los derechos de la corona de España".

1849 Escapa de la prisión: "logré evadirme el 4 de abril de 1849 en unión de (un) reo de delito común y del llavero de la cárcel", y se traslada a Nueva York escondido en la bodega de una goleta costera. Colabora

de la presidencia. Ciudad de México es ocupada, Santa Anna renuncia.

A. Bello: *Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos.* A. J. Irisarri: *El cristiano errante* (novela autobiográfica).

C. Marx: *Miseria de la Filosofía.* J. Michelet: *Historia de la revolución francesa* (-53). A. de Lamartine: *Historia de los girondinos.* L. von Ranke: *Historia alemana en la época de la reforma.* H. de Balzac: *El primo Pons.* E. Brontë: *Cumbres borrascosas.* R. Emerson: *Poemas.* P. Merimée: *Carmen.*

C: Comienza a publicarse en Nueva York el periódico anexionista revolucionario *La Verdad.* Es descubierta la conspiración "Mina de la Rosa Cubana". Los EE. UU. intentan comprar la isla de Cuba por cien millones de dólares.

R. de Palma: *Una escena del descubrimiento del nuevo mundo* y *El ermitaño del Niágara.* Saco: *Ideas sobre la incorporación de Cuba a los Estados Unidos.* Nacen Manuel Sanguilly y Garritte (crítico, historiador y patriota) y Diego Vicente Tejera (poeta, cuentista, polemista y patriota).

AL: Monagas disuelve el congreso venezolano. En el Congreso Americano reunido en el Perú, se acuerda un pacto defensivo de las cinco naciones contra intervenciones extranjeras que luego no es ratificado por los Estados. Tratado Guadalupe-Hidalgo: México cede Texas y Nuevo México a EE. UU. Constitución de Honduras. Rebelión en Pernambuco. Belzú presidente de Bolivia, inicia era de "caudillos bárbaros". Inglaterra se apodera del puerto nicaragüense de San Juan.

De Paula Vigil: *Sobre la autoridad de los gobiernos.* J. V. Lastarria funda la *Revista de Santiago.* Generación de los bohemios inicia el romanticismo en el Perú. Aréstegui: *El padre Horán.*

En España se produce el regreso de Narváez al gobierno; levantamiento carlista sofocado; expulsión del embajador inglés. Portugal, gobierno liberal de Saldanha. En Francia, Revolución de Febrero; caída de Luis Felipe; Proclamación de la Segunda República. Insurrecciones proletarias de Junio; Represión de Cavaignac; Elección de Luis Bonaparte. Italia, levantamientos en Sicilia, Milán, Venecia y Roma; Huida del Papa. Alemania, los "Días de Marzo" en las calles de Berlín; insurrección y huida del príncipe heredero; Asamblea de Francfort por un Reich alemán. Austria, revolución en las calles de Viena; Dimisión de Metternich. Levantamiento en Hungría; República de Kossuth. Guerra anglo-boer. En Inglaterra, sanción de la Ley de Salud Pública.

Kneip: Hidroterapia. Inauguración de la línea Barcelona-Mataró. Stephenson-Fairbairn: Puente de acero "Britannia" de la línea Chester-Holyhead.

C. Marx-F. Engels: *Manifiesto comunista.* J. S. Mill: *Principios de economía política.* Mann: *Lecciones sobre educación.* J. Grimm: *Historia de la lengua alemana.* W. M. Tackeray: *Feria de vanidades.* A. Dumas: *La Dama de las Camelias.* D. G. Rossetti: *Hermandad prerrafaelista.* Menzel: *Entierro en Berlín de los caídos de Marzo.* R. Schumann: *Manfredo.*

C: Se crea la primera bandera cubana. Se crea en los EE. UU. la primera Junta Cubana con objeto revolucionario, para la

Italia: Austria reprime los movimientos del norte. Derrotados Garibaldi y Mazzini, quien proclamó la República Romana, pro-

en *La Verdad,* periódico separatista cubano del que será pronto redactor.

1850 Comenta luego, respecto de su vida en Nueva York: "Fuera de Cuba, reformé mi género de vida: troqué mis gustos literarios por más altos pensamientos; pasé del mundo de las ilusiones al mundo de las realidades; abandoné, en fin, las frívolas ocupaciones del esclavo en tierra esclava, para tomar parte en las empresas del hombre libre en tierra libre. Quedáronse allá mis manuscritos y libros, que si bien recibí algún tiempo después, ya no me fue dado hacer nada con ellos; puesto que (...) como redactor de *La Verdad* (...) y como secretario militar del general Narciso López, llevé vida muy activa y agitada, ajena (...) a los estudios y trabajos sedentarios".

emancipación de Cuba. Gestionan los anexionistas incorporar Cuba a EE. UU. El gobierno de este país detiene una expedición anexionista que parte hacia la isla.

G. Betancourt: *Ideas sobre la incorporación de Cuba a los Estados Unidos; en contraposición a las que ha publicado D. José A. Saco.* Nacen José Varona y Pera (poeta, orador, profesor, filósofo, y político revolucionario), Esteban Borrero Echeverría (patriota, soldado e intelectual), y Jacinto Gomer Fernández Morera (poeta y crítico). Muere el Dr. Tomás Romay, introductor de la vacuna contra la viruela.

AL: Insurrección de Páez contra Monagas en Venezuela; exilio de Monagas. El Perú acrecienta ventas de guano en Europa. En León, Nicaragua, un Congreso de representantes concreta la formación de una Representación Nacional Centroamericana. Alamán, presidente del Ayuntamiento de México, organiza el Partido Conservador. En Colombia, el general José H. López, liberal, electo presidente; Rafael Núñez inicia su carrera política como secretario de gobierno de Cartagena. Soulouque se proclama Faustino I, emperador de Haití. Fuerzas paraguayas ocupan Misiones.

Alamán: *Historia de México* (-52). Márquez: *La bandera de Ayacucho* y *Pablo.* B. Mitre: *Al cóndor de Chile.* Se funda la Academia de Pintura de Chile.

vocando la intervención franco-española. Víctor Manuel II es rey de Piamonte y Cerdeña una vez derrotado su padre, Carlos Alberto, por los austriacos. Francia, actuación de Luis Bonaparte y la Montaña; Subsidio para construcción de viviendas populares; prohibición de huelga de mineros; Ministerio extraparlamentario de Bonaparte. Alemania, el Parlamento sanciona la Constitución Federal; el Rey de Prusia rechaza la corona; Disolución del Parlamento. Alianza austro-rusa contra Hungría; Dimisión de Kossuth. Papado, encíclica *Nostris et Nobiscum.* EE. UU., el Gral. Taylor es presidente. Creciente inmigración irlandesa a EE. UU.

Fizeau: Experiencias sobre la velocidad de la luz. Francis: Turbina hidráulica radial. Worms: Plancha estereotipo curva. Livingstone descubre el lago Ngami. Monier realiza las primeras experiencias con hormigón armado.

Ch. Dickens: *David Cooperfield* (-50). A. de Lamartine: *Raphael.* Fernán Caballero: *Las Gaviotas.* J. Ruskin: *Las siete lámparas de la arquitectura.* G. Courbet: *El hombre del cinturón.* O. Nicolai: *Las alegres comadres de Windsor.* Muere F. Chopin.

C: Llega a Cárdenas la expedición del Creole, compuesta por 610 hombres que mandaba el general Narciso López, para entablar lucha contra España por la conquista de la independencia. Cuatro norteamericanos de la expedición son hechos prisioneros y fusilados.

AL: En Chile los liberales Lastarria y Errázuriz presentan un proyecto de reforma constitucional; el conservador Antonio

En Portugal, destitución de Saldanha; Gobierno de Thomas. Italia, Cavour ingresa al gabinete de Piamonte. Francia, Ley Falloux sobre enseñanza y ley electoral de Thiers. Convenio de Olmutz en Alemania; reparto de Schleswing y Holstein entre Prusia y Austria; Nueva Constitución prusiana. EE. UU., renovación del convenio Clay sobre la esclavitud en California; Fillmore presidente. Población europea: 270 millones. En Francia: 35,63 millones de ha-

1851 Explica Cirilo Villaverde dando razón del estado espiritual y de la atmósfera política que lo rodeaba: "Con el fracaso de la expedición de Cárdenas en 1850, el desastre de la invasión de Las Pozas y la muerte del ilustre caudillo de nuestra intentona revolucionaria en 1851, no cesaron, antes revivieron nuevos proyectos de libertar a Cuba, que venían acariciando los patriotas cubanos desde muy al principio del presente siglo".

Vargas es designado ministro del interior, consagrándose la candidatura oficial de Manuel Montt. Acuerdos entre la Confederación y el comisionado inglés en el Plata. Mueren San Martín en Francia y Artigas en el Paraguay. Ley en Brasil contra la trata de negros. Noboa presidente de Ecuador; reincorporados los jesuitas que son expulsados de Colombia. Echenique presidente del Perú. Belzú presidente constitucional de Bolivia.

A. Magariños Cervantes: *Caramarú* (Madrid). Sarmiento: *Recuerdos de provincia.* Fundación en Santiago de la *Sociedad de la Igualdad* (F. Bilbao, S. Arcos, J. Zapiola, E. Lillo, M. Recabarren) y publicación de su periódico *El Amigo del Pueblo.* Larraín Gandarillas edita la *Revista Católica.*

bitantes. Censo en EE. UU.: 23,6 millones de habitantes. En Inglaterra la producción de algodón es de 1,85 millones de kg. Ley sobre jornada de 10 horas en industrias textiles para mujeres y adolescentes; primera ley sobre librerías populares.

Kelvin: Memorias sobre el calor. Se funda la agencia Reuter. Singer: Máquina de coser. Primer cable submarino entre Dover y Calais. Classius: 2ª ley de termodinámica.

C. F. Bastiat: *Armonías económicas.* Carlo Curci: *Civilità Cattolica.* A. Schopenhauer: *Parerga y Parilopomena.* R. Emerson: *Los hombres representativos.* N. Hawthorne: *La letra escarlata.* J. B. Corot: *Danza de las ninfas.* F. de Goya: *Los proverbios.* R. Wagner: *Lohengrin.* Muere H. de Balzac.

C: Joaquín Agüero se alza en Camagüey. Cuba declara su independencia. Narciso López prepara y adopta para Cuba una constitución en la que declara que "cesa y queda anulada la autoridad de la Corona de España en la Isla de Cuba..." Es hecho prisionero y muere en el garrote. Nace Pedro Díaz Molina, quien llegará a ser Mayor General del Ejército Libertador en 1895.

AL: J. Gregorio Monagas presidente de Venezuela. Los conservadores dirigidos por Julio Arboleda, inician un levantamiento contra López en Colombia. El general Urbina es nombrado Jefe supremo en Ecuador. El general Urquiza se pronuncia contra Rosas; tratado de alianza entre Corrientes, Entre Ríos, Montevideo y Brasil; Urquiza cruza la Banda Oriental, levanta el sitio de Montevideo y marcha sobre Buenos Aires. En Chile revolución liberal en oposición a la candidatura de Montt fracasa. Los conservadores conquistan el gobierno en toda América Central a excepción de Honduras. El general Arista

España, concluye el gobierno de Narváez; Concordato con el Papa. En Portugal, pronunciamiento de Saldanha, quien regresa al gobierno; Acta adicional en la Constitución; reformas liberales. Francia, golpe de Estado de Luis Bonaparte; disolución de la Asamblea; presidencia vitalicia. En Alemania, Bismarck es representante de Prusia en la dieta germánica. Revuelta de los Taiping en China. Censo en Inglaterra: 17.928.000 habitantes; primera ley de construcciones subvencionadas. Primera exposición universal en Londres; federación de mecánicos. 220 mil irlandeses emigran a EE. UU. Creación de la Bolsa de Barcelona. Monier patenta sistema de hormigón armado.

A. Comte: *Sistemas de filosofía positiva.* Juan Donoso Cortés: *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo.* T. Macaulay: *Ensayos biográficos.* Exilio de V. Hugo. H. Melville: *Moby Dick.* Hermanos Goncourt: *Diarios* (-84). H. W. Longfellow: *La leyenda dorada.* H. Murger: *Escenas de la vida de bohemia.* G. de

1852	Publica *El Señor Saco con respecto a la revolución de Cuba.* Pasa a ser director del periódico *La Verdad.*
1853	Se traslada a Nueva Orleáns, donde publica *El Independiente* (periódico). Permanece en esta ciudad hasta el año siguiente.

Cuba y América Latina	Mundo exterior
presidente de México. Lastarria: *Diario político.* Mármol: *Amalia* (-55). Maitín: *Obras poéticas.* Gonçalves Días: *Ultimos cantos.* Muere Echeverría en Montevideo.	Nerval: *Viaje a Oriente.* Paxton: *Palacio de Cristal.* J. Ruskin: *Las piedras de Venecia.* G. Verdi: *Rigoletto.* R. Shumann: *Hermann y Dorotea.*
C: Es descubierta la conspiración de Vuelta Abajo. Aparece el periódico clandestino *La voz del pueblo cubano;* su impresor, E. Facciolo, es descubierto, hecho prisionero y ajusticiado. Muere Anacleto Bermúdez. El Colegio de Belén (Habana) es fundado por la reina Isabel II bajo la dirección de los Padres de la Compañía de Jesús. Nacen: Domingo Figarola-Caneda (escritor y bibliógrafo), Raimundo Cabrera (abogado, periodista, historiador, autor dramático, poeta y novelista) y José Domingo Brindis de Salas (violinista negro). *AL:* En Colombia se suprime la esclavitud; es sofocado el levantamiento de Julio Arboleda; se exilia el arzobispo Mosquera. Fracasa una invasión de Flores al Ecuador; nueva Constitución y elección de Urbina como presidente; se proscribe a los jesuitas y se suprimen los últimos vestigios de la esclavitud. Código Civil peruano. En Caseros, Urquiza derrota a Rosas que abandona el país en un barco inglés. Pacto entre blancos y colorados; el blanco Giró presidente. La independencia paraguaya es reconocida por la Confederación argentina. José Trinidad Cabañas, presidente de Honduras, trata de reconstruir la Unión Centroamericana; invade Guatemala, es derrotado. M. Bilbao: *El inquisidor mayor.* Alberdi: *Bases.* J. F. Lisboa: *Diario de Timón.*	Francia, restablecimiento del Imperio con Bonaparte. Fundación del Banco Crédit Mobilier en París. Norman Bouchaut instala el primer "Gran Magazin", *la Maison du Bon Marché* de París. En Italia, Cavour es presidente del Consejo de Piamonte. Negociaciones de Austria con Alemania del Sur para la unión aduanera; denuncia de Prusia; coalición de Darmstadt; Independencia de Montenegro. Inglaterra reconoce la independencia de Transvaal. Remodelación de París: Haussmann, prefecto del Sena. Kelvin: Principio de la disipación de la energía. A. Comte: *Catecismo positivista.* H. Spencer: *Principios de psicología* (-57). R. Ihering: *Principios del derecho romano.* Carey: *Armonía de los intereses agrícolas, manufactureros y comerciales.* Los Grimm inician el *Diccionario alemán.* T. Gauthier: *Esmaltes y Camafeos.* Beecher-Stowe: *La cabaña del tío Tom.* De Lisle: *Poemas antiguos.* I. Turgueniev: *Relatos de un cazador.* Baltard: *Mercado Central de París* (-58).
C: Toma posesión del cargo de Gobernador de Cuba el Teniente General Juan de la Pezuela. Es descubierta una conspiración fraguada en La Habana y Pinar del Río. G. Gómez de Avellaneda: *La aventurera* y	En España, dimisión de Bravo Murillo. En Portugal, muere la reina María; minoridad de Pedro I y regencia de Saldanha. Rusia: Propuesta a Inglaterra sobre el reparto de Turquía; comienza la Guerra de Crimea; ocupación rusa de los principados danu-

La hija de las flores. Nace José Martí y Pérez. Muere Domingo del Monte an Madrid.

AL: En Bolivia el presidente Belzú firma un contrato de explotación del guano costero con empresarios chilenos; Melgarejo —identificado con los sectores conservadores— se alza contra Belzú y fracasa. En el Uruguay un alzamiento del efímero Partido Conservador (en el que milita Juan Carlos Gómez, con apoyo antes que nada de excolorados) obliga al presidente Giró a refugiarse en la legación francesa. Un triunvirato de los generales Lavalleja (blanco), Rivera y Flores (colorados) toma el poder; días después muere Lavalleja. En el Brasil se instala un gabinete de mayoría conservadora, que busca la conciliación conservadora-liberal. En Nueva Granada el partido liberal se divide entre gólgotas (librecambistas, violentamente anticlericales) cuyo candidato es el panameño Herrera, y draconianos (proteccionistas) cuyo candidato es el veterano caudillo Obando, que es elegido. Se establece el matrimonio civil y la secularización de cementerios, y se autoriza a las provincias a ampliar su autonomía. En México los conservadores retoman el poder, con Santa Anna como presidente vitalicio; el nuevo gobierno vende el sur de Arizona a los EE. UU. por diez millones de dólares. Primera Constitución argentina, inspirada en las *Bases* de Alberdi. Primera asociación obrera chilena, la "Sociedad Tipográfica" dirigida por el peruano Víctor Laynez. Primera proposición de EE. UU. a España para comprar Puerto Rico. Insurrección de Castilla en el Perú contra el presidente Echenique.

I. Ascasubi: *Colección de Versos.* D. F. Sarmiento: *Las ciento una.* J. B. Alberdi: *Cartas quillotanas.* Corpancho: *Brisas del mar* y *La Lira patriótica.* G. Blest Gana: *Una escena social.* A. de Azevedo: *Poesías.* Texeira de Sousa: *La niña robada.*

bianos; flota franco-inglesa en los Dardanelos. Restauración del Zollverein. Rusia y EE. UU. reclaman acceso al Japón. En EE. UU., Pierce es presidente; adquisición del Sur de Arizona a México. Los Taiping se apoderan de Nankín, en China. Francia: Avances de la Iglesia en la educación; casamiento de Napoleón III con Eugenia de Montijo.

Primer congreso científico internacional de Estadística en Bruselas. Explotación de los yacimientos carboníferos en el Ruhr. Herzer: Revista liberal-socialista en Londres.

J. A. Gobineau: *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas* (-55). Lieber: *La libertad civil y el gobierno autónomo.* V. Hugo: *Los castigos.* Gogol: *Taras Bulba.* G. Verdi: *La Traviata* y *El Trovador.* F. Liszt: *Rapsodias húngaras.* Nace V. van Gogh.

1854	Se traslada a Filadelfia, donde enseña español.

C: El manifiesto de Ostend aconseja a los EE. UU. que anexionen Cuba. José G. de la Concha es nuevamente Capitán General de Cuba. El gobierno español, por Real Decreto, concede amnistía a todos los que habían tomado parte en rebeliones, invasiones o disturbios en Cuba. Se fragua la conspiración del catalán anexionista Ramón Pintó, de acuerdo con la Junta Cubana en EE. UU., la que proyecta una expedición al mando del general norteamericano Quitman.

R. de La Palma publica su estudio "Cantares de Cuba" en la *Revista de La Habana.* J. Mª de Cárdenas publica sus "Fábulas" en la *América Poética.* T. de Jesús Medina: revista *No me olvides.* Nace Antonio Escobar y Laredo.

AL: En el Uruguay muere Rivera; el general Flores, ante la creciente oposición a su gobierno, consigue que las tropas brasileñas se hagan presentes. En el Brasil, el marqués de Olinda encabeza un gabinete de coalición conservadora-liberal. En Bolivia fracasa una incursión de Linares contra Belzú, pero los militares Acha y Melgarejo se levantan en Cochabamba. En el Perú, Castilla se levanta contra el presidente Echenique; proclama la abolición de la esclavitud y la supresión del tributo indígena. En Nueva Granada el general Melo lanza en Bogotá un golpe con apoyo draconiano y la tolerancia del presidente Obando. Una alianza de gólgotas y conservadores reúne al congreso de Ibagué y separa a Obando; Herrán, conservador, Mosquera y López, liberales, encabezan las fuerzas que toman Bogotá en diciembre. Mallarino, conservador, es elegido presidente para el bienio 1855-57. En Venezuela el presidente J. G. Monagas proclama abolida la esclavitud. En Guatemala Rafael Carrera es presidente vitalicio. En México el general Juan Alvarez, veterano liberal, se levanta en Guerrero; en marzo se procla-

España: Escándalo por la conducta de la reina; movimiento de conservadores moderados y liberales; golpe de Estado liberal; gobierno de Espartero; la reina madre abandona el país; Isabel II jefa del Estado. Francia e Inglaterra declaran la guerra a Rusia; fuerzas anglo-francesas desembarcan en Crimea; comienza el sitio de Sebastopol. EE. UU.: Conflicto en Kansas; formación del Partido Republicano; discurso de Lincoln contra la esclavitud.

Berthelot: Principios de la termodinámica. Riemann: Geometría no-euclidiana. Producción de acero con convertidores Besemer. Primera hilandería en Bombay. Fundición en Dakar. Ferrocarriles sobre los Alpes y en la India. Se declara el Dogma de la Inmaculada Concepción de la Virgen.

T. Mommsen: *Historia de Roma.* G. de Nerval: *Las quimeras y Silvia.* A. Tennyson: *La carga de la brigada ligera.* Tiutchev: *Poesía.* Viollet-le-Duc: *Diccionario razonado de la arquitectura francesa.* Nacen A. Rimbaud y J. Poincaré.

1855	Contrae matrimonio con Emilia Casanova. Juntos se trasladan a Nueva York, donde sigue dando clases de español.

ma el plan de Ayuda, para una revolución liberal de alcance nacional. Establecimiento de la Compañía del Tránsito en Nicaragua. William Walker intenta la secesión de la Baja California en favor de EE. UU. Abolición de la esclavitud en el Perú.

J. J. Pesado: *Los Aztecas.* F. A. de Varnhagen: *Historia general del Brasil,* 1er. tomo. M. A. de Almeida: *Memorias de un sargento de milicias.* G. Blest Gana: *Poesías.* V. F. López: *La novia del hereje.*

C: Comienzan a usarse sellos de correo con el retrato de Isabel II y se colocan los primeros buzones. Ejecución de Pintó y del matancero Francisco Estrampes, apresado cuando trataba de introducir un cargamento de armas en Baracoa (Oriente). El general Quitman desiste de sus planes. Se disuelve la Junta Cubana en Estados Unidos, finalizando así el ciclo de conspiraciones e intentonas anexionistas.

J. Fornaris: *Cantos del Siboney.* Aparecen la revista *Brisas de Cuba* (-56), dirigida por Néstor Ponce de León, Fernando Valdés Aguirre y Santiago de la Huerta; y la antología *Cuba poética,* publicada por José Fornaris y José Socorro de León. Nace José Manuel Jiménez (músico negro).

AL: En el Uruguay se funda el Partido Nacional, que termina por ser continuación del Partido Blanco. Nuevo levantamiento conservador, renuncia de Flores en septiembre; en noviembre se produce un acuerdo de unión entre Flores y Oribe, al que sigue el retiro de las fuerzas brasileñas. En Bolivia, al concluir el período presidencial de Belzú, y por influjo de éste, es elegido para sucederlo su yerno el general Córdova. En Nueva Granada, Panamá se organiza como el primer estado federal. Entra en funcionamiento el ferrocarril Panamá-Colón, de propiedad de inversores estadounidenses. En Venezuela es electo presidente

Predominio liberal en España, en las Cortes Constituyentes; reformas eclesiásticas; primera huelga general. Portugal: Mayoridad de Pedro I. Francia: Atentado contra Napoleón III; leyes sobre trabajo y propiedad industrial. Gobierno de Palmerston en Inglaterra. Guerra de Crimea: Batalla de Sebastopol, que cae en manos de los aliados. Piamonte y Cerdeña intervienen contra Rusia. Masacre de musulmanes en Yunnan.

Autorización a De Lesseps para construir el canal de Suez. 1ª Exposición Internacional de París. Los Rotchschild fundan el Kreditanstalt de Viena.

Lovachevsky: *Pangeometría.* Büchner: *Fuerza y materia.* Le Play: *Los obreros europeos.* S. Kierkegaard: *El momento.* Browning: *Hombres y mujeres.* C. Baudelaire: *El Spleen de París.* G. de Nerval: *Aurelia.* W. Whitman: *Hojas de hierba* (-97). G. Courbet: *El taller.* Mueren S. Kierkegaard y G. de Nerval.

1856

J. T. Monagas, quien reemplaza a su hermano. En Nicaragua el aventurero norteamericano Walker comienza a actuar en apoyo de los liberales. En México, Santa Anna, derrotado, abandona el país. Alvarez es presidente provisional; Benito Juárez es ministro de justicia (en noviembre la Ley Juárez suprime los fueros personales de eclesiásticos y militares). El general Comonfort, liberal moderado, reemplaza a Alvarez e inaugura una política de conciliación con los conservadores. Sublevación indígena en Puebla: "religión y fueros" es la consigna. En Nueva Granada asume la presidencia, como representante del conservadorismo, Mallarino. Fracasa expedición haitiana contra Dominicana. R. Carrera nombrado presidente vitalicio de Guatemala. Segunda presidencia de Castilla en el Perú: "era de los millones de guano". Código Civil chileno, obra de Andrés Bello.

J. M. Paz: *Memorias.* A. Blest Gana: *Engaños y desengaños* y *Los desposados.* Cisneros: *El pabellón peruano.* R. M. Baralt: *Diccionario de galicismos.* Abreu e Lima: *El socialismo.* J. M. Macedo: *El forastero* y *El diario de mi tío.* B. Herrera funda en el Perú el periódico *El Católico.*

C: Revista de Jurisprudencia (-68), primera publicación dedicada al estudio del Derecho, fundada por Francisco Fesser, José I. Rodríguez, J. M. Mestre y Nicolás Azcárate; Felipe Poey: *Memorias sobre la Historia Natural de la Isla de Cuba* (-58). Luisa Pérez de Zambrana: *Poesías.* Pedro Santacilia: *El arpa del proscrito.* Miguel Teurbe Tolón: *Leyendas cubanas.*

Nacen Rafael Fernández de Castro (escritor, economista) y Martín Morúa Delgado (político, periodista y novelista).

AL: En el Uruguay, con el apoyo del Partido Nacional (blanco), es designado

España: O' Donnell reemplaza a Espartero pero fracasa el levantamiento liberal, gobierno de Narváez y disolución de las Cortes. Italia: Memorándum de Cavour sobre Italia. Francia e Inglaterra firman tratado con Rusia en París; fin de la Guerra de Crimea, triunfo aliado. Convención Internacional sobre guerra naval.

Hallazgo del hombre fósil de Neanderthal. Síntesis de un colorante de anilina. Burton-Speke: Expedición a la zona de los grandes lagos africanos.

A. Tocqueville: *El Antiguo Régimen y la Revolución.* H. Taine: *Ensayo sobre Tito Livio.* Barret Browning: *Aurora Leigh.*

1857	Traduce *David Copperfield,* de Ch. Dickens.

Cuba y América Latina	Mundo exterior
presidente Gabriel A. Pereira, antiguo colorado. Paraguay firma un tratado de navegación y arbitraje con Brasil, con una vigencia de seis años. En Chile la "cuestión del sacristán", que afecta la jurisdicción del Estado sobre el personal eclesiástico, aunque no desemboca en un conflicto con la Iglesia, divide al partido conservador; los conservadores extremos pasan a la oposición contra el presidente Montt y comienzan a aproximarse a los liberales. En Nicaragua el norteamericano William Walker, transformado en jefe militar de los liberales, es presidente de la república. En México es disuelta la orden jesuítica, y la Ley Lerdo, que dispone la disolución del patrimonio de las comunidades, afecta en primer término a las órdenes. En Ecuador el general Robles sucede a Urbina. En el Perú es aprobada una constitución liberal y antiautoritaria. Se fijan fronteras entre Ecuador y Colombia. Decreto de amnistía en Ecuador. Constitución liberal en el Perú. Construcción en Brasil de la primera carretera pavimentada (Petrópolis-Juiz de Fora). Compañía Central de Colonización. J. B. Alberdi: *Organización política y económica de la Confederación.* J. A. Torres: *La independencia de Chile.* Vélez de Herrera: *Romancero cubano.* M. A. Segura: *Ña Catita.* J. M. Macedo: *El fantasma blanco.*	Oksakov: *Crónica familiar.* H. Ibsen: *La fiesta en Solhaug.* H. Melville: *Cuentos del mirador.* Soares de Passos: *Poesía.* De Sanctis: *Cartas de exilio.* R. Wagner: *La Walkiria.* Teatro de la Zarzuela en Madrid. Nacen S. Freud, G. B. Shaw, O. Wilde y Menéndez Pelayo. Mueren Heine y Schumann.
C: Cuba tiene 1.110.095 habitantes. Crisis económica que favorece la tendencia reformista. Se inaugura la primera Escuela Normal de Maestros. José María de la Torre: *Lo que fuimos y lo que somos o La Habana antigua y moderna.* Joaquín Lorenzo Luaces: *Poesías.* Juan C. Nápoles Fajardo: *Rumores del Hórmigo.* Muere Adelaida del Mármol (poetisa).	En Inglaterra: Grave crisis financiera; incremento de su expansión colonial y conquista de mercados; revuelta de los cipayos; franco-ingleses ocupan Cantón; emancipación de los judíos (incluyendo derecho a voto activo y pasivo en las elecciones parlamentarias). Francia: Entrevista de Napoleón con el Zar. Alemania: Guillermo de Prusia asume la regencia de Federico Guillermo IV. EE. UU.: Constitución esclavista en Kansas; Caso Dred-Scot; Buchanan,

AL: En el Uruguay, Juan Carlos Gómez retorna a dirigir la agitación de la oposición conservadora, que en diciembre se alza sin éxito. Muerte de Oribe (12/XII). En Chile, coalición liberal-conservadora contra los conservadores monttvaristas (nacionales). Leyes de desvinculación del mayorazgo. En Bolivia el presidente Córdova es derrocado; el conservador Linares encabeza un gobierno de austeridad y moralización. Chile ocupa Mejillones, en el litoral boliviano, y proclama su anexión, y la de todo el territorio ubicado al sur de ese punto. En Nueva Granada se constituyen seis nuevos Estados; de hecho todo el país se rige federalmente. Mariano Ospina (conservador) es elegido presidente (1857-61), contra el general Mosquera, apoyado por disidentes conservadores y liberales y por amigos partidarios de Melo. En Nicaragua Walker es expulsado por la acción concertada de las repúblicas centroamericanas. Comienza un período de predominio de los conservadores, apoyados por Gran Bretaña, que se prolongará hasta 1893. En México es promulgada una constitución federal, que separa la Iglesia y el Estado. Comonfort es elegido presidente constitucional, entra en conflicto con el Congreso y su partido; el general Zuloaga, conservador, se alza en favor del presidente y en contra de la constitución. Colonización inglesa de una zona del Amazonas en Ecuador; García Moreno, Rector de la Univerdad Central. J. M. de Rosas, exiliado en Inglaterra, reo de "lesa patria" en Argentina. Primera línea férrea argentina entre Buenos Aires y La Florida.

E. del Campo: *Carta de Anastasio el pollo.* J. de Alencar: *El guaraní* y *El demonio familiar.* Sousândrade: *Harpas salvajes.* Gonçalves Días: *Cantos* y *Diccionario de la lengua tupí.* C. A. Salaverry: *Abel o el pescador.*

presidente; nueva crisis económica. Primer Censo en España: 15 millones de habitantes; Ley Moyano de Instrucción Pública; fundación de la Academia Tomista. Fundación de las Universidades de Calcuta y Madrás.

Pasteur: Estudios de la fermentación por los microorganismos. Kekulé: tetravalencia del carbono. Producción de papel con pulpa de madera. Elisha Otis patenta el ascensor. Burton parte en busca de las fuentes del Nilo.

Buckle: *Historia de la civilización de Inglaterra.* G. Flaubert: *Madame Bovary.* C. Baudelaire: *Las flores del mal* y traducción de *Historias extraordinarias de Poe.* T. S. Eliot: *Escenas de la vida clerical.* O. Feuillet: *La novela de un joven pobre.* Champfleury: Manifiesto *El realismo.* G. Courbet: *Muchachas a la orilla del Sena.* H. Ibsen: *Olav Liljekrans.* Banville: *Odas funambulescas.* H. Taine: *Filósofos franceses del siglo XIX.* Nacen Pléjanov, Lagerlöf, Conrad. Mueren Comte y Musset.

1858 En *El Correo de la Tarde* insertó el siguiente prospecto de sus obras:

Tomo I. *Dos Amores. El Guajiro. El Espetón de oro.*

Tomo II. *El Penitente. La peineta calada. El ciego y su perro. La Cruz Negra.*

Tomo III. *Cartas de Isaura a Indiana del Yumurí. Engañar con la verdad. El Misionero del Caroní. La familia de un guajiro.*

Tomo IV. *Teresa. Generosidad fraternal. Excursión a la Vuelta Abajo. Comunidad de nombres y apellidos.*

Tomo V. *La joven de la flecha de oro.*

Tomo VI. *Cecilia Valdés.*

De *La familia de un guajiro,* que debía figurar en el tomo III, no tenemos otra noticia.

Tras nueve años de ausencia y gracias a una amnistía concedida por el gobierno español vuelve a La Habana. Dirige la imprenta La Antilla. Es corrector y, más tarde, redactor del periódico literario *La Habana.* Se reimprime su novela *Dos amores.* Durante su estancia en Cuba elabora el proyecto de publicar sus *Obras Completas,* excluyendo sus cuatro primeras novelitas; las de 1837.

C: José Antonio Saco: *Colección de papeles sobre Cuba* (-59). En Nueva York se publica *El Laúd del Desterrado,* colección de poesías patrióticas de Heredia, Teurbe Tolón, Quintero, Santacilia, Castellón, Zenea y Turla. G. G. de Avellaneda: *Baltasar.* Ramón Zambrana: *Memoria histórica de Villaclara.* Aparece *La Habana* (-59), dirigida por Adolfo Márquez Sterling. Se estrenan varias comedias de Rafael Otero. Nacen Mercedes Matamoros y Carlos de la Torre y Huerta.

AL: En el Uruguay, De las Carreras, blanco extremo, domina el gabinete. Un alzamiento colorado es vencido; ejecución de numerosos prisioneros en Quinteros (2/II); a solicitud del gobierno, un destacamento de marina brasileño desembarca en Montevideo para protegerlo. El Paraguay firma un acuerdo de libre navegación con el Brasil. Concede indemnización por daños causados al *Water Witch*, buque norteamericano, cuando ésta le es exigida por un representante de la nación del norte al frente de una flotilla que ha navegado hasta Asunción. En Bolivia el presidente Linares se proclama dictador; alzamiento de partidarios de Belzú en La Paz. En Nueva Granada una constituyente con mayoría conservadora adopta una constitución federal. El gobierno autoriza el retorno de los jesuitas. En Venezuela las oposiciones unidas (liberal y conservadora) derrocan a José Tadeo Monagas, de nuevo dispuesto a transferir la presidencia a su hermano. Una nueva constitución introduce una descentralización limitada. Comienza la guerra civil entre liberales y conservadores. En México renuncia el presidente Comonfort; los conservadores toman la ciudad de México; Benito Juárez, presidente de la Suprema Corte, se proclama sucesor legal de Comonfort e instala su gobierno en Veracruz. En Chile se inicia la segunda revolución liberal, en el norte, con un primer

España: retorna O'Donnell al gobierno; se organiza la Unión Liberal. Italia: Entrevista Napoleón-Cavour en Plombières, acuerdan acción conjunta contra los austriacos. Francia: Atentado de Orsini contra Napoleón; implantación de leyes que facilitan la acción represiva. Inglaterra: Eliminación de la Compañía de las Indias; derrota final de los cipayos. Los franco-ingleses toman Tientsin. Comercio de China abierto a ingleses y franceses; reglamentación del comercio de opio. EE. UU.: Campaña electoral de Illinois; Douglas contra Lincoln. En Prusia, el príncipe Guillermo asume la regencia por incapacidad de Federico Guillermo II.

Polémica de Pasteur y Pouchet sobre generación espontánea. Virchow: patología celular. Constitución de la Compañía del Canal de Suez. Adhesión de los países al sistema métrico decimal de 1795. Fundación de los transportes Wells Fargo. Apariciones de la Virgen a Bernadette Soubirous en Lourdes. Burton descubre las fuentes del Nilo. Se inventa una máquina para coser cuero, lo que abre las puertas de la industria del calzado.

T. Carlyle: *Historia de Federico II.* P. J. Proudhon: *La justicia en la Revolución y en la Iglesia.* R. Wagner. *Sigfrido.* J. Offenbach: *Orfeo en el infierno.* Piferrer: *Poesías.* Gomes de Amorim: *Cuentos matutinos.* H. Taine: *Ensayos de crítica de historia* (-94). Longfellow: *La petición de mano de Miles Standish.* Nace Durkheim.

1859 Respecto de la actividad que lo ocupaba desde el año anterior nos informa: "Reimpresa (...) mi novela *Dos amores,* en la imprenta del señor (...) Massana, por consejo suyo acometí la empresa de revisar, (...) de refundir, (...) *Cecilia Valdés* de la cual sólo existía impreso el primer tomo y manuscrito una pequeña parte del segundo. Había trazado el nuevo plan (...) y procedía al desarrollo de la acción, cuando tuve de nuevo que abandonar la patria".

triunfo de los liberales en las principales ciudades. Los conservadores establecen acuerdos con Francia (tratado Mon-Almonte) y los liberales con EE. UU. (tratado McLane-Ocampo sobre istmo de Tehuantepec). Segunda presidencia de Castilla y bloqueo a los puertos ecuatorianos. California y Australia se cierran como mercados cerealeros de Chile.

G. Blest Gana: *La conjuración de Almagro.* A. Blest Gana: *El primer amor* (en la revista *Pacífico*). J. de Alencar: *Las alas de un ángel.* J. L. Mera: *Poesías.*

C: Se reforma el régimen municipal en Cuba. Gobierno del general Francisco Serrano. Cerca del 42% de las exportaciones cubanas son absorbidas por Estados Unidos; sólo el 12% a España. Producto principal, el azúcar: más del 80% del valor de las exportaciones.

Antonio Bachiller y Morales: *Apuntes para la historia de las letras y la instrucción pública en Cuba* (-60). Conde de Pozos Dulces: *La cuestión de Cuba* (París). Pedro Santacilia: *Lecciones de historia de Cuba.* Anselmo Suárez y Romero: *Colección de artículos.* Joaquín L. Lucas: *El mendigo rojo.* Aparece una nueva edición de *Cuba poética,* a cargo de Luaces y Fornaris. Nace Aniceto Valdivia y Sisay de Andrade (poeta, traductor, cronista y periodista).

AL: En el Uruguay el gobierno blanco expulsa a los jesuitas. En Chile se producen importantes alzamientos en el norte minero y en Concepción; aunque sofocados hacen imposible el éxito de la candidatura de Antonio Varas, colaborador de Montt, como su sucesor. Alzamiento araucano en el sur. En México el gobierno de Juárez suprime el diezmo, nacionaliza las propiedades de la Iglesia y establece el matrimonio civil. Guatemala entrega Belice

España entra en guerra con Marruecos; rechaza la proposición norteamericana para adquirir Cuba. Francia: Ruptura con los católicos; etapa liberal del Imperio; ocupación de Saigón. Italia: Piamonte y Cerdeña declaran la guerra a Austria con el apoyo de Francia; victoria de Magenta y Solferino; Piamonte incorpora Lombardía y Toscana; Venecia en poder de Austria; Garibaldi inicia una campaña libertadora. Alemania: Fortalecimiento del ejército prusiano, con Guillermo Hohenzollern. Rusia somete completamente el Cáucaso y la Transcaucasia. EE. UU.: Reconocimiento del gobierno de Benito Juárez; ejecución de John Brown; guerra contra la esclavitud.

Drake: Perforación para extracción de petróleo en EE. UU. Bunsen-Kirchhoff: Espectroscopia. Monturiol: Prueba del sumergible "El Ictíneo".

Ch. Darwin: *El origen de las especies.* J. S. Mill: *Sobre la Libertad.* C. Marx: *Crítica de la economía política.* Ch. Dickens: *Historia de dos ciudades.* V. Hugo: *La leyenda de los siglos* (-83). A. Tennyson: *Los idilios del rey.* G. A. Bécquer: *Primeras Rimas.* E. Manet: *El bebedor de ajenjo.* J. A. Ingres: *El baño turco.* P. Webb: *La casa roja de W. Morris.* C. Gounod: *Faus-*

1860	Regresa a Nueva York, compelido, como él mismo dice, por la situación política.

a Inglaterra. En Haití, gobierno progresista del general Fabre Geffrard. Tratado de Napasingue entre Ecuador y el Perú. Primera huelga obrera en el Perú. Guerra entre la Confederación y el Estado de Buenos Aires; Urquiza derrota a los porteños.

J. V. González: *Biografía de J. F. Ribas.* Orgaz: *Las tropicales.* F. Pardo y Aliaga: *Constitución Política* (poema). J. de Alencar: *Mamá. La Revista de Lima* y *Revista Popular Brasileña.*

to. Mistral: *Mireya.* Fitzgerald. *Rubáiyat.* Nacen H. Bergson, K. Hamsun y J. Dewey. Mueren Irving y Macauly.

C: Por Real Orden de Isabel II se crea la Escuela de Agricultura. En el Teatro Tacón el Liceo de La Habana celebra la coronación de la poetisa Gertrudis Gómez de Avellaneda. Se funda la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana, bajo la presidencia de Nicolás José Gutiérrez. Se inaugura el Liceo de Matanzas (-68), dirigido por Emilio Blanchet, Federico Milanés, Francisco Iturrondo y otros. G. G. de Avellaneda edita su revista *Album cubano de lo bueno y lo bello.* El Conde de Pozos Dulces publica en París su *Colección de escritos sobre agricultura, industria, ciencias y otros ramos de interés para la isla de Cuba.* Juan Clemente Zenea: *Cantos de la tarde.* Rafael María Mendive: *Poesías.* Francisco J. Balmaseda: *Fábulas morales.* Ramón Piña: *Historia de un bribón dichoso.* Muere R. de la Palma.

AL: En el Uruguay, P. Berro (Blanco) es elegido presidente y otorga indulto parcial; expulsa a los misioneros franciscanos. En el Brasil, los liberales, sin alcanzar la mayoría, logran fuertes avances electorales. En el Perú se promulga una constitución centralista, que marca una orientación conservadora en la gestión de Castilla. En Nueva Granada el general Mosquera, gobernador del Cauca, encabeza una revolución liberal, como "supremo director de la guerra". Julio Arboleda, también

España: Ocupación de Tetuán, en Marruecos; fracasa un levantamiento carlista. Francia: Tratado comercial con Inglaterra: liberalización de ley aduanera. Italia: Revolución en Sicilia y Nápoles dirigida por Garibaldi; ambas regiones se incorporan a Italia. Se restablecen en Hungría las instituciones autónomas. Saqueo de Pekín por fuerzas europeas. China hace la paz y reconoce privilegios a las potencias. Rusia funda Vladivostok. En EE. UU., Lincoln es presidente. Secesión de Carolina del Sur. Londres: 2,8 millones de habitantes. Berlín: 493 mil. París: subterráneo; dentro del plan de Haussmann, incorporación del sistema de drenajes y agua potable para una población de más de millón y medio de parisienses.

Speke-Grant: Descubrimiento de los afluentes del Nilo. Lenoir: Máquina de explosión. Primer Congreso Internacional de química en Karlsruhe. Crémieux funda la Alianza Israelita Universal. Se instala en Elche la primera máquina de alpargatas. Bullock inventa la rotativa. G. T. Fechner: Elementos de la psicofísica.

H. Taine: *Lafontaine y sus fábulas.* J. Burckhardt: *La cultura del Renacimiento en Italia.* Baudelaire: *Los paraísos artificiales.* Ovstrovsky: *La Tormenta.* Saint-Saëns: *Oratorio de Navidad.* Hawthorne: *El fauno de mármol.* Mazzini: *Los debe-*

1861	Trabaja como redactor en *La América.*

del Cauca, es candidato conservador a la presidencia. En el Ecuador, lucha entre varios gobiernos rivales. El de Guillermo Franco, establecido en Guayaquil, firma un tratado con el Perú en que reconoce la soberanía de éste sobre el sur ecuatoriano. El general Flores, de vuelta de España, apoya a Gabriel García Moreno, adversario de Franco, que logra establecerse en Quito y denuncia el tratado con el Perú. En Nicaragua, Gran Bretaña reconoce la soberanía nicaragüense sobre la costa de Mosquitos (de hecho no será ejercida hasta fines del siglo). En México, completa victoria del gobierno liberal de Juárez; ha concluido la guerra de la Reforma (o Guerar de los Tres Años). En Venezuela, Tovar es presidente constitucional; Páez, de retorno de EE. UU., es ministro de guerra. Inglaterra devuelve a Honduras las islas Bray. El Vaticano reanuda relaciones con Haití. Constitución conservadora en el Perú. García Moreno, Jefe Supremo de Ecuador. Presidencia de Derqui en Argentina; guerra de policía contra el Chacho Peñaloza en el interior. Primer censo uruguayo: 221.243 habitantes. Primera línea de telégrafos en Argentina. El café en Brasil: 48,8% de las exportaciones.

J. V. González: *Historia de Venezuela.* P. Herrera: *Ensayo sobre la historia de la literatura ecuatoriana.* B. Vicuña Mackenna: *Historia de la Independencia en el Perú.* A. Blest Gana: *La aritmética en el amor.* J. de Alencar: *Cinco minutos* y *La viuda.*

res del hombre. W. Collins: *La dama de blanco.* Eliot: *El molino junto al Floss.* Nace A. Chéjov. Muere Shopenhauer.

C: Se introduce en Sancti Spíritus el alumbrado de petróleo. Aparecen los primeros ingenios semimecanizados en Cuba. Se produce un auge de la población de esclavos negros. Son descubiertas las cuevas de Bellamar. Cuba tiene 1.400.000 habitantes (tres cuartos de millón, blancos; más de medio millón, negros). De la población blanca sólo el 16% son peninsulares.

En España, conflicto con México por el pago de deudas; acuerdo en Londres por una acción conjunta con Inglaterra y Francia. En Portugal, comienza el reinado de Luis I (-90). Italia: muere Cavour; Víctor Manuel es proclamado rey de Italia; primer Parlamento. En Austria se promulga una nueva constitución imperial. Guillermo I, rey de Prusia. Supresión de

quienes apenas representan el 8% de la población total.

Revista Habanera (-62), dirigida por J. C. Zenea. José Silverio Jorrín: *Filosofía del Arte. Obras* de Ramón Palma, con prólogo de Anselmo Suárez y Romero. G. G. de Avellaneda: *El artista braquero.* J. C. Zenea: *Sobre la literatura en los Estados Unidos.* Ursula Céspedes de Escanaverino: *Ecos de la selva.* Aparece una nueva edición ampliada de *Cuba poética,* por Luaces y Fornaris. Se estrenan comedias de Federico Milanés (-67). Nacen: Bonifacio Byrne (poeta), Armando Menocal (pintor) y Juan Ramón O'Farrill (médico patriota).

AL: En el Uruguay el presidente blanco Berro concede amnistía general. Continúa el conflicto con la Iglesia (desconocimiento del vicario apostólico). En Chile es elegido presidente José Joaquín Pérez, conservador moderado; comienza la transición hacia el período de predominio liberal. En Bolivia el general Achá derroca a Linares y asume la presidencia. En La Paz se produce un alzamiento belicista que es cruelmente reprimido; el responsable de la represión es linchado. Fernández reemplaza a Achá y es reemplazado por Adolfo Ballivián. En el Ecuador una constitución dictada bajo la inspiración de García Moreno se apoya en principios de exclusivismo católico. En Nueva Granada, Mosquera toma Bogotá en julio; presidente provisional, crea el Distrito Federal. En Venezuela, Páez, jefe del conservatismo, toma el gobierno. En México, Juárez es elegido presidente constitucional. Estalla el conflicto internacional por deudas e indemnizaciones a súbditos extranjeros. El 14 de diciembre tropas españolas desembarcan en Veracruz; las seguirán fuerzas francesas y británicas. La República Dominicana es reincorporada al Imperio Hispánico. En Honduras, Carrera interviene en el con-

la servidumbre campesina en Rusia. EE. UU.: los Estados del Sur se separan de la Unión y constituyen la Confederación; se declara la Guerra de Secesión.

Primer servicio de pronóstico meteorológico, en Inglaterra. Reis inventa el teléfono. F. Nightingale dirige la primera escuela de enfermeras en Londres.

J. S. Mill: *Sobre el utilitarismo.* P. J. Proudhon: *Teoría del impuesto.* Bachofen: *El Matriarcado.* Cournot: *Tratado sobre el encadenamiento de las ideas fundamentales en las ciencias y en la historia.* F. Dostoievski: *Recuerdos de la casa de los muertos.* T. S. Eliot: *Silas Marner.* F. Hebbel: *Los nibelungos.* Ch. Dickens: *Grandes esperanzas.* Sainte-Beuve: *Chateaubriand y su grupo.* D. G. Rossetti: *Primeros poemas italianos.* Garnier: Comienza la construcción de la Opera de París.

1862

flicto entre el presidente Guardiola y la Iglesia, acentuando la influencia guatemalteca. Nuevo conflicto armado entre la Confederación y Buenos Aires; Batalla de Pavón y victoria de Mitre.

P. C. Rhodakanaty: *Cartilla socialista* y fundación de *El falansterio.* Fagundes Varela: *Nocturnas.* J. F. dos Santos: *Los invisibles.* L. B. Cisneros: *Julia o escenas de la vida de Lima.* J. de León Mera: *La virgen del sol.* Nace José Rizal.

C: Tránsito del gobierno del general Serrano al del general Domingo Dulce. Muere José de la Luz y Caballero, director del Colegio del Salvador, cuyos funerales constituyen una demostración de duelo popular. "Por dos hombres temblé y lloré al saber de su muerte (...): por Don José de la Luz y por Lincoln" (carta de Martí a Angel Peláez, enero de 1892). En la isla hay 2.000 ingenios de azúcar, 531 más que en 1827.

Alvaro Reynoso: *Ensayo sobre el cultivo de la caña de azúcar.* Aparece *El Siglo* (-68), diario reformista, fundado por José Quintín Suzarte y dirigido después por el Conde de Pozos Dulces. José Manuel Mestre: *De la Filosofía en La Habana. Cuba Literaria,* dirigida por José Fornaris. Nace Emilio Bobadilla y Lunar (abogado, literato, periodista y crítico).

AL: En el Uruguay se firma la convención de pago de la deuda anglo-francesa bajo presión naval de ambas potencias. El presidente Berro declara la acefalía de la Iglesia nacional. En el Paraguay el presidente Carlos Antonio López muere el 10 de septiembre. Su hijo, Francisco Solano es General en Jefe y Jefe Supremo el 16 de octubre. En el Brasil, cuestión Christie; el gobierno imperial se niega a seguir tratando con ese representante británico. A la captura del navío inglés "Príncipe de Gales"

España: El general Prim reembarca luego de su incursión punitiva en México. Francia: Napoleón modera su apoyo al nacionalismo italiano; intenta evitar la toma de Roma. Italia: Garibaldi lanza el grito "Roma o Muerte", es derrotado en Aspromonte. Bismarck preside el ministerio en Prusia. Austria sufre la negativa de Prusia frente a su petición de acceso al Zollverein. Revolución en Grecia. Francia en Cochinchina y Obock. EE. UU.: Lincoln libera a los esclavos en los Estados rebeldes; 186 mil soldados negros en el ejército yanki.

Foucault mide la velocidad de la luz. Bernard función de los nervios vasomotores. Berthelot: Síntesis del acetileno.

H. Spencer: *Primeros Principios.* Thiers: *Historia del Consulado y el Imperio.* V. Hugo: *Los miserables.* G. Flaubert: *Salambó.* De Lisle: *Poemas bárbaros.* E. Manet: *Lola en Valencia.* Meredith: *Amor moderno.* I. Turgueniev: *Padres e hijos.* Von Klenze termina los Propíleos de Munich. G. Verdi: *La fuerza del destino.* I. Turgueniev crea y define la noción del nihilismo. Nace Debussy.

1863

sucede la captura, por parte de Gran Bretaña de 5 buques mercantes brasileños. En Bolivia, el general Achá es restaurado y elegido presidente constitucional. En el Ecuador un concordato suprime el patronato, establece la censura eclesiástica, entrega al clero (extranjero) el control de la enseñanza y restaura la jurisdicción eclesiástica. En Nueva Granada es suprimido el último foco de resistencia conservadora en Antioquia. En México desembarcos anglo-franceses siguen a los españoles. Obtenida satisfacción, España y Gran Bretaña se retiran, Francia extrema sus exigencias y emprende la conquista de México; los franceses son derrotados en Puebla el 5 de mayo. En el Perú, San Román es presidente. En Venezuela, guerra a muerte entre constitucionalistas y federales. B. Mitre es presidente de Argentina; D. F. Sarmiento gobernador de la provincia de San Juan. Segunda vía férrea argentina (Buenos Aires-San Fernando). Amnistía en Chile para los liberales del 59. Tratado de La Soledad: españoles e ingleses se retiran de México.

A. Blest Gana: *Martín Rivas.* M. A. Segura: *Las tres viudas.* J. de Alencar: *Lucíola.* F. Távora: *Los indios de Juaribe.*

C: Bajo el gobierno de Domingo Dulce el Círculo Reformista, que se reúne en las residencias de José Ricardo O'Farrill y Miguel Aldama, junto con el diario *El Siglo,* hace intensa labor. Se aprueba un nuevo plan de estudios para Cuba, autorizando la fundación de Institutos de Segunda Enseñanza.

Jacobo de la Pezuela: *Diccionario geográfico, estadístico, histórico de Cuba* (-66). Antonio Angulo y Heredia: *Goethe y Schiller.* Francisco y Antonio Sellén: *Estudios poéticos.* José Fornaris: *Obras.* José Luis Alfonso: *Cantos de un peregrino.* Nacen Julián del Casal y Manuel Serafín Pichardo. Muere José Jacinto Milanés.

España: renuncia de O'Donnell, que es reemplazado por Narváez. Bélgica: Congreso católico en Malinas, discurso de Montalembert; ataque a la intolerancia y el absolutismo. Francia asume el protectorado en Camboya. En Alemania, Bismarck disuelve el Landstag. Revolución en Polonia. Cristián IX, rey de Dinamarca. Jorge I, rey de Suecia. EE. UU.: Lincoln proclama la abolición de la esclavitud, concretada dos años después; victoria decisiva de la Unión en Gettysburg. Los rusos conquistan Tashkent, en Turquestán. Crisis en la industria textil inglesa por la Guerra de Secesión, baja producción de algodón.

Proceso soda-amoniaco por Solvay. Lasalle funda la Asociación de Trabajadores

AL: En el Uruguay el general colorado Flores desembarca el 19 de abril; ha contado con la más amplia tolerancia del gobierno argentino para organizar la que llama Cruzada Libertadora, contra el anticlericalismo y el exclusivismo blanco del gobierno de Montevideo. El Uruguay rechaza el protocolo Lamas-Elizalde, que declara la neutralidad argentina en la guerra civil oriental. La Argentina rompe relaciones diplomáticas; el gobierno de Montevideo envía a Asunción la misión Lapido, que busca el apoyo del Paraguay para su causa y autoriza el vicario apostólico. En Chile entra en actividad el ferrocarril Santiago-Valparaíso. Bolivia rompe relaciones con Chile a causa de la ocupación chilena de parte del litoral boliviano. El incidente Christie entre Brasil y Gran Bretaña es sometido al arbitraje del Rey de Bélgica, que impone a Gran Bretaña una indemnización que ésta se niega a pagar. Brasil interrumpe sus relaciones con Londres, que sólo serán reanudadas en 1865 por mediación de Portugal. En el Perú, a la muerte del presidente San Román lo sucede Pezet; en El Callao se produce un incidente con marineros de naves españolas que dará lugar a un largo conflicto con España. En Nueva Granada la constituyente dominada por los liberales dicta la constitución de Río Negro, federal extrema, y da al país el nombre de Estados Unidos de Colombia. En Venezuela, Páez abandona el país ante el creciente hostigamiento de los liberales. Se instala la asamblea constituyente. Falcón es presidente. En México la capital cae en manos de las fuerzas francesas el 10 de junio; una asamblea de notables ofrece el trono a Maximiliano de Austria. Carrera invade El Salvador y coloca un gobierno adicto a Honduras.

J. Hernández: *Vida del Chacho.* R. Palma: *Anales de la Inquisición de Lima.* B. Vicuña Mackenna: *Don Diego Portales.* A.

Alemanes. Krupp funda colonias obreras en Essen. Fundación del Crédit Lyonnais en Francia. Creación de la Cruz Roja Internacional.

J. E. Renán: *Vida de Jesús.* A. Huxley: *El lugar del hombre en la naturaleza.* P. J. Proudhon: *Sobre el principio federativo.* H. Taine: *Historia de la literatura inglesa.* Sainte-Beuve: *Nuevos lunes* (-70). R. de Castro. *Cantares gallegos.* Fromentin: *Dominique.* Logfellow: *Cuentos de una hostería.* Thoreau: *Excursiones.* Carducci: *A Satanás.* Gautier: *El capitán Fracasse.* Chernishevski: *¿Qué hacer?* Littré: *Diccionario de la lengua francesa* (-68). H. Ibsen: *Los pretendientes.* F. Dostoievski: *Memorias del subsuelo.* Primer número del *Petit Journal.* Salón de los rechazados en París. E. Manet: *El almuerzo sobre la hierba.* Rossetti: *Beata Beatriz.* L. H. Berlioz: *Los troyanos* II parte.

1864	Abre, con su mujer, un colegio en Weehawken, Nueva Jersey.

Cuba y América Latina	Mundo exterior
Blest Gana: *El ideal de un calavera.* Arona: *Ruinas.* E. M. de Hostos: *La peregrinación de Bayoán.* J. M. Macedo: *Brasilianas.* M. J. Irarrázabal funda, en Chile, el periódico católico *El bien público;* Isidro Errázuriz funda *La Patria.*	
C: Continúa la campaña reformista. Antonio Sellén: *Poesías.* Alfredo Torroella: *Poesías.* Antonio Hurtado del Valle, *El Hijo del Damují: Producciones.* José de Poo: *Casarse con la familia.* Se estrenan comedias de Isaac Carrillo y O'Farrill (-68). Nace Adolfo del Castillo y Sánchez (brigadier insurrecto).	España: Ministerio de Narváez. Tratado entre Francia e Italia para la ocupación de Roma. Fundación de la I Internacional en Inglaterra. Tratado de Viena austro-pruso-danés. Austria y Prusia en guerra con Dinamarca, ésta debe renunciar a Schleswing-Holstein. Papado: Pío IX publica la encíclica *Quanta cura* y el *Syllabus.* EE. UU.: Sherman ocupa Atlanta y Georgia; reelección de Lincoln. Convención, en Ginebra, en la que se establecen las normas para tratar a los heridos y prisioneros de guerra.
AL: En el Uruguay el presidente Berro anula los tratados de 1851 con el Brasil; el imperio retira su apoyo al gobierno blanco y envía a Saravia como mediador en la crisis oriental. El presidente del senado, Atanasio Aguirre, toma a su cargo el Poder Ejecutivo al concluir el período de Berro. En julio, Montevideo envía una nueva misión al Paraguay para pedir apoyo frente a la intervención brasileña, que comienza en agosto, por tierra y agua. El 2 de diciembre comienza el sitio de Paysandú por fuerzas brasileñas y de revolucionarios uruguayos. El Paraguay hace suya la causa de Montevideo, en nota del 30 de agosto. López protesta contra la intervención brasileña en nombre del equilibrio del Plata; el 11 de noviembre fuerzas paraguayas capturan el vapor brasileño Marqués de Olinda y el 14 Paraguay rompe relaciones con el Brasil. En Bolivia Mariano Baptista imprime orientación clerical al partido constitucional (seguidores de Linares). Belzú lanza su candidatura presidencial; Mariano Melgarejo (militar cercano a los constitucionalistas) lanza un golpe preventivo y establece un régimen militarista. España ocupa las islas Chinchas, fuente principal del guano del Perú. Es convocado un Congreso Internacional	Rohls explora el Sahara. Producción de acero con el sistema Siemens-Martin. Primeras competencias de atletismo universitario: encuentro Oxford-Cambridge. H. Spencer: *Principios de biología.* W. Emmanuel: *La cuestión laboral y el cristianismo.* Le Play: *La reforma social.* Vigny: *Los destinos.* Newman: *Apología pro vita sua.* Thoreau: *Los bosques del Maine.* Browning: *Dramatis personae.* C. Lombroso: *Genio y Locura.* Fustel de Coulanges: *La ciudad antigua.* Hnos. Goncourt: *Renée Mauperin.* A. Tennyson: *Enoch Arden.* A. Rodin: *El hombre de la nariz rota.* E. Degas: *Retrato de Manet.* J. Offenbach: *La hermosa Elena.* Nace H. de Toulouse-Lautrec.

1865	Dirige *La ilustración americana* y *El espejo masónico.*

de gobiernos americanos, en Lima, que ofrece adhesión a la causa peruana; Bolivia, Colombia, Venezuela, Ecuador, Chile y Argentina acuden. Estalla una guerra entre Colombia y Ecuador. Venezuela adopta la constitución federal. Maximiliano, emperador de México, adopta una política liberal. Juárez, al frente del gobierno republicano, emprende su larga retirada hacia el norte. En Colombia, Manuel Murillo Toro es presidente. Pacto entre Brasil y Argentina contra Uruguay; Brasil bombardea Paysandú. Sarmiento, Ministro Plenipotenciario ante Chile y el Perú.

Machado de Assis: *Chrysálidas.* L. B. Cisneros: *Edgardo.* J. de Alencar: *Diva* y *Minas de Plata.* F. Varela: *Voces de América.* Angelo Agostini funda el diario abolicionista *O Diablo Coxo.*

C: Se funda el Partido Reformista inspirado en las campañas dirigidas por el Conde de Pozos Dulces en *El Siglo.* Decreto de convocatoria a elecciones para constituir la Junta de Información. Nace Raimundo Sánchez Valdivia (revolucionario).

Repertorio Físico Natural de la Isla de Cuba (-68), dirigido por F. Poey. Jacobo de la Pezuela: *Necesidades de Cuba.* Pedro J. Guiteras: *Historia de la isla de Cuba* (-66). Francisco Sellén: *Libro íntimo.* Casimiro del Monte: *Rosas y diamantes,* comedia. Juan Francisco Valerio: *Cuadros sociales.* Nacen Luis Alvaro Lagomasino y Alvarez (periodista, revolucionario e historiador).

AL: En el Uruguay, el 1º de enero cae Paysandú; las tropas de Flores matan a numerosos prisioneros, entre ellos el general Leandro Gómez, jefe de la resistencia. El 14 de febrero renuncia el presidente interino Aguirre; el 15 lo reemplaza T. Villalba, presidente del Senado, que nego-

España: Conflicto de Narváez con los universitarios y Primer congreso obrero; Renuncia y retorno de O'Donnell. Francia: Napoleón prohíbe la publicación del *Syllabus.* Oposición del gabinete. En Inglaterra: Ministerio Russell. Alemania: Tratado de Gastein; Prusia obtiene Schleswing y Austria el Holstein. EE. UU.: Captura de Richmond; capitulación del Gral. Lee en Appomatox; el congreso aprueba la abolición de la esclavitud; asesinato de Lincoln; fin de la guerra de Secesión.

Berthelot: *Lecciones sobre termodinámica;* inventa el calorímetro. Lister: Experiencias con anestésicos. Reconocimiento legal del valor cheque en Francia. Peters Otto: Asociación general de mujeres alemanas; comienzos de la expansión de la industria química.

Bernard: *Introducción a la medicina experimental.* Broca: *Investigaciones y observaciones antropológicas.* Moleschot: *La unidad de la vida.* P. J. Proudhon: *Sobre el principio del arte.* J. Stuart Mill: *Examen*

cia con Flores la paz de la Unión (20 de febrero); Flores ocupa el poder; el 28 de febrero restablece los tratados de 1851 con el Brasil, el 4 de abril deroga el decreto de Berro que expulsaba a los jesuitas. En Bolivia, Belzú se levanta en La Paz, Melgarejo fracasa en su intento de tomar la ciudad; entra solo en ella y asesina a Belzú. Sofoca alzamientos en La Paz, Oruro, Cochabamba y Potosí; en agosto obtiene la victoria decisiva en La Cantería, a la que siguen ejecuciones de numerosos prisioneros. En el Perú el tratado Vivanco-Pareja recoge las exigencias españolas; el general Mariano Ignacio Prado lo desconoce y se levanta contra el gobierno "traidor" de Pezet. Alianza con Ecuador, Chile y Bolivia contra España. Ignacio Prado se constituye dictador del Perú. Muere Rafael Carrera, presidente vitalicio que había tomado el poder en Guatemala en 1838; su partido, el conservador, conserva el gobierno para sí. Las tropas francesas alcanzan la frontera entre México y EE. UU., pero no logran desalojar por dentro del territorio nacional a los republicanos (Juárez instala un gobierno en El Paso). Se crea en Madrid una Junta de Información sobre las posibles reformas en Cuba y Puerto Rico. En Ecuador es presidente Jerónimo Carrión. La goleta chilena "Esmeralda" captura a la fragata "Covadonga". En Chile, el Congreso establece la libertad de cultos. Santo Domingo es finalmente abandonado por los españoles. Se firma el Tratado de la Triple Alianza: Argentina, Brasil y Uruguay contra Paraguay; impopularidad de la guerra en el interior. Código civil argentino. Conflicto entre Brasil y el Pontificado. Abolición de la esclavitud en las colonias holandesas de América. Comienza la explotación del café en Guatemala.

N. Avellaneda: *Estudio sobre las leyes de tierras públicas.* J. M. Gutiérrez: *Estudios biográficos y críticos sobre algunos poetas*

de la filosofía de Hamilton. L. Carrol: *Alicia en el país de las maravillas.* H. Taine: *Filosofía del arte.* Arnold: *Ensayos críticos.* Swinburne: *Atalanta en Calidón.* L. Tolstoi: *La Guerra y la Paz* (-69). Hnos. Goncourt: *Germine Lacerteux.* Sully-Prudhome: *Poemas.* E. Manet: *Olympia.* R. Wagner: *Tristán e Isolda.* J. Brahms: *Danzas húngaras.* Muere P. J. Proudhon.

1866	

sudamericanos del siglo XIX. V. Considerant: *Cuatro cartas al Mariscal Bazaine.* J. Zaldumbide: *El Congreso, don Manuel García Moreno y la República.* R. Palma: *Armonías* y *La lira americana.* J. V. González publica las biografías políticas de Vargas, Tovar y el General Ribas. F. Varela: *Cantos y fantasías.* Nace José Asunción Silva. Mueren Andrés Bello, Francisco Bilbao y Fermín Toro.

C: Cuba envía sus representantes a las cortes. El gobierno español suprime las lecturas en las tabaquerías. Actuación de la Junta de Información en Madrid. *Voto particular* de José Antonio Saco, contrario a la diputación a Cortes y abogando por la implantación en Cuba de un régimen autonómico semejante al canadiense. Crisis económica y aumento de los impuestos. Nace José Braulio Alemán (periodista).

Noches literarias en casa de D. Nicolás Azcárate. Francisco de Armas y Céspedes: *De la esclavitud en Cuba. La Idea* (-67), revista de instrucción pública, dirigida por T. Guerrero y J. M. Céspedes. Saturnino Martínez: *Poesías.* José Fornaris: *Amor y sacrificio.* Fernando Urzais: *Venganza contra venganza* y otras comedias. Teodoro Guerrero: *La Habana por fuera: Cuadros de la vida cubana.* Guiteres y Font: *Historia de la Isla de Cuba.*

AL: El Brasil declara libre a todas las banderas, la navegación del Amazonas. Decreta la libertad de los esclavos que sirvan en la guerra con el Paraguay. En el Perú es rechazado el ataque español contra Él Callao (2 de mayo); las fuerzas españolas se retiran. En Bolivia, Melgarejo dicta el Decreto Ordenatorio de Tierras, que dispone la liquidación de las comunidades indígenas. Significativo renacimiento de la minería de plata con inversiones chilenas.

España: Sofocado el levantamiento republicano del Gral. Prim; retorno de Narváez. Francia: Imperiales y republicanos forman el tercer Partido; Napoleón retira tropas de Roma y México. Italia, aliada con Prusia, entra en guerra con Austria; incorporación de Venecia. En Alemania, la victoria de Prusia es aplastante; organización de la Confederación del Norte; predominio total de Bismarck. Polémica internacional entre proudhonianos y marxistas.

Black Friday londinense. En la batalla de Sadowa, utilización de fusiles de retrocarga y transporte de soldados por ferrocarril. Nobel inventa la dinamita. Siemens-Weathone-Varley: Dínamo. Mendel: experiencias sobre híbridos; herencia. Primer cable trasatlántico. Fundación del Ku-klux-klan en Norteamérica. Hazañas de Búfalo Bill.

M. Bakunin: *Catecismo revolucionario.* O. Lange: *Historia del materialismo.* V. Hugo: *Los trabajadores del mar.* F. Dostoievski: *Crimen y castigo.* J. Verne: *De la Tierra a la Luna.* Antología *Parnaso Contemporáneo* (Leconte de Lisle). P. Verlaine: *Poemas saturnianos.* A. Swinburne: *Poemas y baladas.* C. Corot: *La iglesia de Marisell.* P. G. Doré: ilustraciones para la *Biblia.* J. Offenbach: *La vida parisiense.* B. Smetana: *La novia vendida.* Von Suppé: *Caballería rusticana.* Daudet: *Cartas de mi mo-*

1867	

Tratado de medianería con Chile, establece dominio boliviano-chileno sobre el litoral, con vistas a la explotación del salitre. Concluida la guerra de secesión, crece la presión de los EE. UU. y Napoleón III se compromete a evacuar sus tropas de México antes de noviembre de 1867.

J. Montalvo: *El Cosmopolita.* Gutiérrez González: *Memorias sobre el cultivo del maíz en Antioquia.* E. del Campo: *Fausto.*

lino. De Sanctis: *Ensayos críticos.* Thoreau: *Un yanqui en Canadá.*

C: Empieza a funcionar el cable submarino entre La Habana y Cayo Hueso. Fracasa en sus propósitos la Junta de Información y, con ella, el reformismo cubano.

Información sobre reformas en Cuba y Puerto Rico (entre los comisionados cubanos figuran Saco, Pozos Dulces, Echeverría, Morales Lemus, Azcárate, Bernal y otros). Joaquín L. Luaces: *Aristodemo.* Luis Victoriano Betancourt: *Artículos de costumbres y poesías.* José Güell y Renté: *Poesías.* Pedro de Agüero y Sánchez: *La instrucción pública en Cuba.* Nacen Ricardo de la Torriente (pintor, periodista y caricaturista) y Antonio L. Valverde (abogado, profesor e historiador).

AL: En Bolivia, Melgarejo restablece el tributo indígena, y tierras de comunidades. Por un tratado con Brasil, cede vastos territorios sobre el Río Madeira. En el Perú el general Prado asume la presidencia y encuentra resistencia. En Colombia el presidente Mosquera entra en conflicto con el Congreso y decreta su clausura; es capturado y condenado a prisión, pero autorizado a exiliarse en Lima. Asume Santos Acosta. En México la evacuación de las fuerzas francesas se completa en marzo; el derrumbe imperial es inmediato. Maximiliano se encierra en Querétaro, se rinde el 15 de mayo y es ejecutado el 19 de junio. El 15 de julio el presidente Juárez entra triunfalmente en la ciudad de México; en di-

Italia: Garibaldi invade el Estado pontificio; fracasa nuevamente, vencido por los franceses. Inglaterra: Reforma electoral, se extiende el derecho al voto del obrero industrial; conspiración de los fenianos; el imperio ultramarino incluye 200 millones de personas. Austria: Francisco José inicia la modernización del imperio; constitución de la doble monarquía de Austria-Hungría. EE. UU.: Adquisición de Alaska; Reino del *Carpet-baggers* en el Sur. Rusia conquista Samarcanda, en el Turquestán.

Pasteur: Estudios de cristalografía; fermentación del vino. Prensa rotativa de Marinoni. Shales-Soule-Glidden: Primeros modelos de máquinas de escribir. Hallazgo de diamantes en el Estado libre de Orange. Inauguración del "Gran Hotel" en París, el más grande de Europa. Livingstone inicia la exploración del Congo.

C. Marx: *El Capital* (tomo I). E. Zola: *Therèse Raquim.* H. Ibsen: *Peer Gynt y Brandt.* B. Harte: *Papeles vagabundos.* M. Twain: *La rama saltarina del condado de Calaveras.* Turgueniev: *Humo.* J. F. Millet: *El Angelus.* C. Monet: *Mujeres en el jardín.* C. Gounod: *Romeo y Julieta.* R. Strauss, hijo: *Junto al hermoso Danubio azul.* Muere Ch. Baudelaire.

1868 En "1868 vino la revolución (...) y la guerra sangrienta por una década en Cuba, acompañada de las escenas tumultuosas de los emigrados cubanos en todos los países circunvecinos a ella —especialmente en Nueva York". Y define su posición: "Como antes y como siempre troqué las ocupaciones literarias por la política militante (...)". Hablando del período 1868-1878 dice: "Durante la mayor parte de esa época (...) durmió, por supuesto, el manuscrito de la novela, (...) no progresó más allá de una media docena de capítulos, trazados a ratos perdidos, cuando el recuerdo de la patria empapada en (...) sangre (...) demandaba (...) la fiel pintura de su existencia bajo el triple punto de vista físico, moral y social".

ciembre es reelegido presidente constitucional. Guerra civil en Haití. Tomás Martínez concluye período presidencial en Nicaragua; tratado Dickinson-Ayón para comunicación interoceánica.

J. Isaacs: *María.* R. J. Cuervo: *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano.* M. A. Caro y R. J. Cuervo: *Gramática de la lengua latina.* V. Lastarria: *La América.* Sousândrade: *El guesa errante.* E. M. Hostos: *Romeo y Julieta.* A. Tapia y Rivera: *La cuarterona.*

C: Comienza la guerra de los diez años entre Cuba y España: el Grito de Yara, C. M. Céspedes inicia la guerra independentista en Cuba. Miguel de Aldama y Alfonso es nombrado Gobernador Civil; renuncia. Se agudiza la exclusión de los cubanos de la administración pública. C. M. Céspedes declara abolida la esclavitud. Los camagüeyanos se unen a la lucha. Perucho Figueredo escribe la letra de *La Bayamesa.*

José María Zayas: *Cuba: su porvenir. El Ateneo,* revista dirigida por Francisco de Armas, D. Arozamena y el Conde de Pozos Dulces. *Revista Crítica de Ciencias, Literatura y Artes,* dirigida por Néstor Ponce de León. Carlos Navarrete y Romay: *Poesías.* J. F. Valerio: *Perro huevero.*

AL: En Uruguay crece la agitación contra el gobierno dictatorial de Flores, mientras se agudiza la crisis bancaria. Flores renuncia el 15 de febrero en medio de una sublevación del partido blanco, en el curso de la cual es asesinado; en represalia, también es asesinado el ex presidente Berro (19 de febrero). El general Lorenzo Batlle, colorado intransigente, es elegido presidente (1º de marzo). En el Brasil la decisión imperial devuelve el gobierno a los conservadores. En Bolivia es convocada una asamblea constituyente; Melgarejo es elegido

España: Pronunciamiento militar destrona a Isabel. Muerte de Narváez. Gobierno de Prim. En Inglaterra los Laboristas obtienen la victoria electoral; Ministerio de Gladstone (-74); Primer congreso de Trade Unions. Disolución de la sección francesa de la Internacional. Fin de la dinastía Shogún y occidentalización del Japón; Dinastía Meiji. EE. UU.: Derecho al voto a los negros. Rusia completa la conquista de Uzbequistán; Bakunin funda la Alianza Internacional de la Socialdemocracia.

Cirugía antiséptica de Lister. Descubrimiento del hombre fósil Cromagnon, en Francia. Fundación de la Escuela Práctica de Altos Estudios.

Ch. Darwin: *Variaciones de los animales y las plantas.* Haeckel: *Historia natural de la creación.* F. Dostoievski: *El idiota.* W. Collins: *La piedra lunar.* Franklin: *Autobiografía.* L. Tolstoi: *Sebastopol.* G. A. Bécquer: *Rimas.* R. Browning: *El anillo y el libro.* Lautréamont: *Los cantos de Maldoror.* A. Renoir: *El matrimonio Sisley.* Boito: *Mefistófeles.* J. Brahms: *Un réquiem alemán.* R. Wagner: *Los Maestros cantores.* Nacen M. Gorki y Claudel.

1869	Publicación de *La revolución de Cuba vista desde Nueva York.*

presidente constitucional. En el Perú el general Balta es elegido presidente; su joven ministro de hacienda, Nicolás de Piérola, negociará el contrato Dreyfus, que emancipa al gobierno peruano del control financiero de los consignatarios locales del guano y le da oportunidad (ampliamente utilizada) de multiplicar su deuda externa. En Venezuela, José Tadeo Monagas, ahora de nuevo conservador, sucede al general Falcón, liberal. Comienza la guerra federal. F. Guzmán presidente de Nicaragua: primer presidente civil de los "30 años conservadores". Grito de Lares en Puerto Rico. D. F. Sarmiento es elegido presidente de la República Argentina.

L. V. Mansilla: *Sarmiento, candidato del Partido Liberdl a la presidencia.* (Folleto anónimo). J. Calcaño: *Blanca de Torrestella.* J. M. Macedo: *Memorias del Sobrino de mi Tío.* M. de Altamirano: *Revistas Literarias de México,* folletín *La Iberia.*

C: Empiezan a emigrar a EE. UU. y Europa, con motivo de la insurrección y por las severas persecuciones de las autoridades coloniales contra sus simpatizadores, un crecido número de cubanos, especialmente a Cayo Hueso, Florida. Mueren garrotados por la causa de la independencia los patriotas Francisco León y Agustín Medina. Celebra su primera sesión la Asamblea de la República en Guáimaro, bajo la presidencia de Carlos Manuel de Céspedes. Es proclamado presidente en armas contra España. Incendio de Bayamo por los insurrectos. Alzamiento de Las Villas. Comienza la guerra española "de exterminio" con la proclama de Valmaseda. Los jefes de la guerra de independencia, iniciada por Carlos Manuel de Céspedes el 10 de octubre de 1868, proclaman la Constitución de Guáimaro, con la abolición de la esclavitud. Libertad temporal de prensa decretada en enero por el Capitán General Domingo Dulce. Con motivo de los su-

En España, las Cortes establecen la monarquía constitucional; Ley de sufragio Universal; el Gral. Serrano nombrado regente, Prim jefe del gobierno; gestiones para designar un nuevo rey. Francia: El partido liberal es llamado a formar gobierno. Tensiones diplomáticas con Prusia por la cuestión española. EE. UU.: Grant, presidente. Apertura del Concilio Vaticano I. Tokio, capital del Japón.

Maxwell: Teoría de la electricidad. Mendeleiev: Ley periódica de los elementos. Galton: Herencia natural. Albert: Heliograbados. Inauguración del Canal de Suez. Concluye la construcción del ferrocarril del Pacífico en Norteamérica. Constitución del Partido socialdemócrata de los trabajadores en el Congreso de Eisenach. Exposición Universal en París; promoción a la vivienda popular. En Alemania, Liebreich produce en laboratorio hidrato de cloral, primer somnífero sintético.

Cuba y América Latina	Mundo exterior
cesos subversivos del Teatro Villanueva, en La Habana, es detenido y desterrado Mendive, maestro y protector de Martí. Comienzan las emigraciones a Estados Unidos. José Martí ingresa en la cárcel de La Habana; sentenciado a seis años de presidio. Traslado a la Isla de Pinos y deportación a Cádiz. Se funda *El Cubano Libre* en el campo insurrecto. G. G. de Avellaneda: *Obras literarias,* Madrid, 1869-71. J. Martí: *El presidio político en Cuba.* Aparece en La Habana el número primero y único de *La Patria Libre* en el cual José Martí, a los 16 años de edad, publica su drama *Abdala.* *AL:* En Bolivia, Melgarejo prosigue con la venta de tierras comunitarias, lo que da lugar a cada vez más poderosos alzamientos indígenas. En el Paraguay, los brasileños instalan en Asunción un gobierno provisional encabezado por Cirilo Rivarola; fuerzas argentinas al mando del general Emilio Mitre se instalan en Villa Occidental, cabecera del Chaco que la Argentina reivindica de acuerdo con el tratado de alianza. En el Perú el congreso rechaza el contrato Dreyfus; Balta y Piérola declaran innecesaria su aprobación. En Ecuador, García Moreno es de nuevo presidente tras dos años de interregno; se prolonga el período presidencial a seis años con reelección; para consolidar la situación política, García Moreno solicita el protectorado francés, pero su propuesta es rechazada por Francia. Sublevación de J. C. Chávez y manifiesto *A todos los oprimidos y pobres de México y del Universo.* Primer censo nacional argentino. Ley brasileña que limita la venta de esclavos. En Nicaragua, Máximo Jerez inicia una revolución liberal. J. M. Gutiérrez: *Poesías.* J. M. Macedo: *Víctimas y Verdugos.* A. de Castro Al-	Ritcher: *Los derechos de las mujeres.* J. Verne: *Veinte mil leguas de viaje submarino.* E. Dickinson: *Poemas.* P. Verlaine: *Fiestas galantes.* G. Flaubert: *La educación sentimental.* R. Wagner: *El oro del Rhin.* C. Franck: *Las beatitudes.* Nace Mahatma Ghandi.

1870	

Cuba y América Latina	Mundo exterior
ves: *Espumas flotantes*. F. Varela: *Cantos del desierto y de la ciudad*. I. M. Altamirano: *Clemencia*. Se funda el diario *La Prensa* en Buenos Aires.	
C: Ejecutados Domingo Goicuría y un hijo de Céspedes. Disensiones entre jefes de la guerra y en la emigración. Grant rehúsa reconocer la beligerancia de los cubanos. Torroella: *El Mulato*. Nacen Francisco de Paula Coronado y Leopoldo Romañach (pintor). *AL:* En el Uruguay el jefe blanco Timoteo Aparicio invade desde Entre Ríos; es derrotado en Sauce pero prosigue la lucha. España reconoce la independencia del Uruguay. En el Paraguay un triunvirato encabezado por Cirilo Rivarola convoca una constituyente que elige a Rivarola presidente provisional (1º de septiembre). Aramayo comienza la exportación de estaño producido en Bolivia. En el Perú es inaugurado el ferrocarril Arequipa-Islay, de propiedad del estado peruano, y construido por el empresario norteamericano Meiggs. En Venezuela el acuerdo de Coche pone fin a la guerra federal. Guzmán Blanco, hijo de Antonio Leocadio Guzmán y jefe de la revolución, entra en Caracas; secularización del derecho civil y confiscación de la propiedad eclesiástica. En Colombia, gobierno liberal de Salgar. Fin de la guerra del Paraguay, muerte de Solano López, destrucción del desarrollo económico y de la población del país, principalmente masculina. España reconoce independencia uruguaya. F. Távora: *Cartas a Cincinato*. Estreno de la Opera de Carlos Gómez, *O Guaraní*. E. del Campo: *Poesías*. L. V. Mansilla: *Una excursión a los indios Ranqueles*. Comienza a editarse el diario *La Nación*.	España: Designación de Amadeo de Saboya; asesinato de Prim. Sexenio revolucionario. Francia: Guerra franco-prusiana; sitio de París por los alemanes; Napoleón capitula en Sedán y abdica; caída del II Imperio; proclamación de la República. Alemania: Los Estados organizan el Imperio, a cuya cabeza se coloca el rey de Prusia. Italia: Tropas entran en Roma y la declaran capital del reino, terminando así con el poder temporal del Papa. Papado: Concilio Vaticano I declara el dogma de infalibilidad del Papa en asuntos de dogma y moral; primer decreto dogmático *De Fide Catholica;* Excomunión de Víctor Manuel II. Londres tiene 3,2 millones de habitantes; agitación en Irlanda. Desarrollo de los ferrocarriles: Inglaterra posee 21.821 km. de vías; Alemania 19.500 y Francia 17.500. Primera hilandería mecánica en Japón. Rockefeller funda la Standard Oil. Impacto del petróleo como fuente energética. Schliemann: Excavaciones en Troya. H. Taine: *Sobre la inteligencia*. Disraeli: *Lothair*. Ritschl: *La doctrina cristiana de la justificación y la redención*. B. Pérez Galdós: *La fontana de oro*. P. Cézanne: *Naturaleza muerta con péndulo*. C. Pissarro: *La ruta*. R. Wagner: *Las Walkirias*. Delibes: *Coppelia*.

1871

Cuba y América Latina	Mundo exterior
C: Invasión de Guantánamo por Gómez. Calixto García ocupa el pueblo de Jiguaní. Es fusilado en la fortaleza de La Cabaña el poeta Juan Clemente Zenea. Ignacio Agromonte lleva a cabo el rescate de Julio Sanguily. Son fusilados ocho estudiantes de Medicina por los Voluntarios de La Habana. Céspedes intenta renunciar a la presidencia ante la oposición de la Cámara. Se funda en Cayo Hueso el club revolucionario San Carlos.	Francia: Guillermo I es coronado emperador alemán en Versalles; Paz de Francfort, Alemania gana Alsacia y Lorena; insurrección en París, gobierno de la Comuna; derrota de la misma y represión; Semana Sangrienta: Thiers, presidente. Inglaterra: Estatuto legal de los Trade Unions. EE. UU.: Escándalo de Tammany-Hall en Nueva York. Japón: Abolición de los clanes y reorganización administrativa.
Labra: *La cuestión de Ultramar.* Merchán: *La honra de España en Cuba.* Nacen: José Elías Entralgo y Morán (poeta, orador, patriota, soldado libertador), Francisco Díaz Silveira (periodista y coronel del Ejército Libertador) y Modesto Morales Díaz (periodista). Mueren Félix M. Tanco y Bosmeniel en Nueva York.	Maddox: Placa seca fotográfica de bromuro de plata. Maxwell: Teoría ondulatoria de la luz. Teólogo Doellinger excomulgado por el Papa, forma la secta de los Viejos Católicos; Ratificación del *Non Expedit.* Incendio de Chicago. Stanley halla con vida a Livingstone.
AL: En el Uruguay se funda el club radical, órgano del grupo principista opuesto al influjo de los caudillos rurales y militares de ambos partidos tradicionales. En el Paraguay el presidente Rivarola, presionado por los ocupantes brasileños, disuelve el Congreso, convoca uno nuevo y renuncia ante él. En Chile, Federico Errázuriz (liberal) es elegido presidente. Vicuña Mackenna, alcalde liberal de Santiago, comienza el embellecimiento de la ciudad. En el Perú se inaugura el ferrocarril Pisco-Ica. Se funda el Partido Civil, anticlerical y antimilitarista, que organiza una gran manifestación de artesanos limeños. Fundador y jefe del partido es Manuel Pardo, perteneciente al grupo de concesionarios peruanos desplazados por el contrato Dreyfus. En Bolivia, Morales derriba a Melgarejo y restituye las tierras de comunidades indígenas. Melgarejo vuelve de su destierro en el Perú y es asesinado por el hermano de su ex querida. En Guatemala la revolución liberal encabezada por García Granados y Barrios pone fin a más	Ch. Darwin: *El origen del hombre.* Taylor: *Culturas primitivas.* Menger: *Principios de la economía política.* M. Bakunin: *Dios y el Estado.* Renan: *La reforma intelectual y la moral.* E. Zola: *Los Rougon-Macquart* (-93). L. Carroll: *A. través del espejo.* G. A. Bécquer: *Rimas,* ed., póstuma. Estreno de *Aída* de G. Verdi. Nace M. Proust.

1872	

Cuba y América Latina	*Mundo exterior*
de tres décadas de predominio conservador. En Nicaragua, Vicente Cuadra es presidente. En Venezuela, Guzmán Blanco tiene conflictos con la Iglesia. En Brasil, gabinete del Vizconde de Río Branco; Ley de Vientres para los esclavos nacidos a partir del 28 de septiembre. Constitución liberal en Costa Rica. Fiebre amarilla en Buenos Aires.	
E. Echeverría: *El Matadero* (póst.). G. Guido Spano: *Hojas al viento.* R. Villavicencio: *Captura y prisión.* J. D. Cortés: *El Parnaso peruano.* J. de Alencar: *El tronco del Ipé.* Taunay: *El retrato de Laguna. Revista del Río de la Plata* (-77). Nace: José Enrique Rodó.	
C: Son fusilados el hermano del ex presidente, Pedro de Céspedes, y el general del Ejército Libertador, Agustín Santa Rosa. Calixto García toma Holguín. Vicente García se hace fuerte en Las Tunas. Maceo continúa la campaña de Guantánamo. La Cámara confiere mayores poderes al presidente Céspedes. Nace Cosme de la Torriente y Pedraza (conspirador). Muere Rafael Morales, *Moralitos,* de heridas de guerra.	En España, Don Carlos se proclama rey; agitación republicana; Tercer Congreso de la Federación Regional Española; victoria anarquista. Alemania: Expulsión de los jesuitas; política de la "Kulturkampf". Limitación de la acción eclesiástica en la educación y la cultura. Congreso de la Internacional en La Haya. En Francia se establece el servicio militar obligatorio. Oscar II, rey de Suecia y Noruega. EE. UU.: Amnistía de los sudistas; reelección de Grant.
José Martí publica en Madrid el folleto *La república española ante la Revolución cubana.*	Fundación de la Oficina Internacional de Pesas y medidas. Primera vía férrea en Japón. Westinghouse: frenos de aire.
AL: En el Uruguay, Tomás Gomensoro se hace cargo del poder ejecutivo; acuerda al Paz de Abril, que pone fin a la larga Revolución de las Lanzas (de Timoteo Aparicio). En el Paraguay, Manuel Quintana, representante argentino para concertar el tratado de paz, se retira de Asunción, ocupada por los brasileños. En enero éstos firman un tratado de paz por separado con Paraguay, que satisface sus máximas aspiraciones, y alientan la resistencia paraguaya contra las pretensiones argentinas. Crece la tensión argentino-brasileña. En el	H. Spencer: *Estudios de sociología.* W. Wundt: *Principios de psicología fisiológica.* F. Nietzsche: *El origen de la tragedia.* Campoamor: *Los pequeños poemas.* G. H. Brandes: *Grandes corrientes de la literaria europea del siglo XIX.* S. Butler: *Erewhon.* A. Daudet: *Tartarín de Tarascón.* H. Daumier: *La monarquía.* A. Renoir: *Los remeros de Chatou.* E. Degas: *Una clase de baile.* G. Bizet: *La Arlesiana.* Nace P. Baroja.

1873

Cuba y América Latina	Mundo exterior
Brasil es proclamada la libertad de vientres y estalla la cuestión religiosa, en la que el gobierno cuestiona el derecho de los obispos de aplicar sanciones canónicas a miembros de la masonería. En Bolivia el presidente Morales clausura el Congreso, que ha obstaculizado su programa impositivo, que golpea a los mineros de la plata; poco después es asesinado por su propio sobrino. Tomás Frías es el nuevo presidente. En el Perú los hermanos Gutiérrez encabezan un motín en Lima y asesinan al presidente Balta; en el mismo día son linchados por la muchedumbre. Manuel Pardo (civilista) es elegido presidente. Muere Benito Juárez; Lerdo de Tejada, presidente de la Corte Suprema, lo sucede interinamente y es elegido en noviembre presidente constitucional. Rebelión conservadora en Honduras. Levantamiento campesino en El Salvador; decreto para inmigración china. Reprimida revuelta de nativos en Filipinas. Abolición de la esclavitud en Puerto Rico. Rebelión conservadora en Honduras. Levantamiento campesino en El Salvador; decreto para inmigración china. Unión Centroamericana (Honduras, Salvador, Costa Rica, Guatemala). Reprimida en Cavite, Filipinas, revuelta de nativos contra España. José Hernández: *El gaucho Martín Fierro.* M. M. Corchado Juárez: *Historias de ultratumba.* A. Tapia y Rivera: *Póstumo y Transmigrado.* E. M. de Hostos: *Hamlet.* R. Palma: *Tradiciones Peruanas.* A. Lussich: *Los tres gauchos orientales.* L. Mendonça: *Nieblas Matutinas.* B. Guimarães: *El buscador de diamantes* y *El Seminarista.* Taunay: *Inocencio.* Vitor Mereiles pinta *La batalla del Riachuelo.*	
C: Se intensifica la oposición contra Céspedes. Muere en combate Agromonte, en Jimaguayú. Céspedes es depuesto por la Cámara y lo sustituye, como presidente de la República en armas, Salvador Cis-	En España abdica Amadeo I; restablecimiento de la República; gabinetes de Pi y Margall y Castelar; levantamientos federales en Andalucía. Francia: Avance de la fracción clerical; MacMahon, presidente;

1874	Publicación de *Apuntes biográficos de Emilia Casanova de Villaverde.* Redacta *El Espejo masónico* (-1894).

neros Betancourt. Matanza de los tripulantes y expedicionarios del "Virginius". Victorias mambisas de La Sacra y Palo Seco.

Valdés Domínguez: *El 27 de Noviembre de 1871*. Zambrana: *La República de Cuba*. Bernal: *Cuba y la hacienda española*. A. Zambrana: *El negro Francisco*. Muere en Madrid la Avellaneda.

AL: En Bolivia el congreso elige presidente a Adolfo Ballivián; se establecen impuestos a las utilidades de sociedades anónimas que golpean sobre todo a las chilenas que explotan el litoral. Se firma —en función antichilena— una alianza con el Perú. En el Uruguay, José E. Ellauri, que responde a la corriente principista, es elegido presidente. El congreso del Ecuador consagra la nación al Sagrado Corazón de Jesús. En el Brasil se organiza el Partido Republicano Paulista. Guzmán Blanco es presidente de Venezuela por elección popular. Justino Rufino Barrios, liberal, es presidente de Guatemala, inaugurando un régimen de autoritarismo y activismo liberal. Crece la corriente inmigratoria hacia el Plata. En Venezuela se promulga el matrimonio civil. Muere Páez en Nueva York. Primo de Rivera es presidente en Puerto Rico.

M. Acuña: *Versos*. Lévy: *Nicaragua*. J. E. Caro: *Obras escogidas en prosa y en verso*. J. de Alencar: *Sueños de oro* y *La guerra de los buhoneros*. Joaquim Norberto: *La conspiración Mineira*. Nace Gómez Carrillo.

Alemania retira sus tropas. Alianza de los tres imperios europeos: Alemania, Rusia y Austria. La crisis económica alemana se extiende rápidamente a Europa y al mundo entero. Patrón oro en Europa y EE. UU. Los rusos conquistan Jiva, en Turquestán.

Van der Waals: Ecuación de los gases reales. Medio millón de inmigrantes europeos a EE. UU.

H. Spencer: *Sociología descriptiva*. M. Bakunin: *Política y anarquía*. A. Rimbaud: *Una temporada en el infierno*. Barbey d'Aurevilly: *Las diabólicas*. J. Verne: *La vuelta al mundo en ochenta días*. B. Pérez Galdós comienza los *Episodios nacionales*. C. Marx: *El capital* (II tomo). Guizot: *Historia de Francia*. W. Pater: *Ensayos sobre el Renacimiento*. J. Brahms: *Réquiem alemán*.

C: Es asesinado M. de Céspedes en San Lorenzo. Triunfo de M. Gómez en la batalla de Las Guásimas. Empieza a actuar en Cayo Hueso el Comité Revolucionario Cubano. Calixto García es hecho prisionero.

Zea: *Poesías completas* (ed. póstuma).

En España, el ejército disuelve las Cortes y restaura a Alfonso XII; comienza el ministerio de Cánovas del Castillo; estalla la segunda guerra carlista. Inglaterra: Ministerio de Disraeli (-80) a la caída de Gladstone; ocupación de las islas Fiji. Ley contra la prensa socialista en Alemania; se establece el matrimonio civil. EE. UU.: Los

1875

Rodríguez: *Vida de José de la Luz y Caballero.* Tejera: *Consonancias.* José Martí, a los 21 años de edad, obtiene en España el título de Licenciado en Derecho Civil y Canónico.

AL: En el Uruguay el principismo domina el congreso, se hace sentir una gravísima crisis financiera. En el Paraguay el presidente Jovellanos intenta firmar un tratado de paz con la Argentina, pero el Brasil provoca su caída; lo reemplaza Juan B. Gil. El general Bernardino Caballero funda el Partido Republicano (colorado). En Bolivia muere Alfonso Ballivián; Tomás Frías es nuevamente presidente interino; fracasa un nuevo intento de liquidación de las tierras comunitarias. En Brasil el vizconde Mauá se declara en quiebra; la ruina del mayor financista del Imperio arrastra la caída del gabinete Río Branco (conservador); Caxias es primer ministro. Se agudiza el conflicto eclesiástico; prisión de obispos y alzamientos clericales en el noreste. Movimiento campesino de los "quebraquilos" en Paraíba. Primer cable submarino entre Europa y América (Brasil). Vencida en Argentina revolución mitrista; N. Avellaneda presidente, segunda Guerra del Desierto. En Puerto Rico cae la República y, con ella, Primo de Rivera; asume el poder el déspota Gral. José Laureano Sanz. En Venezuela se produce la ruptura con la Santa Sede y se promulga una Nueva Constitución.

A. Tapia y Rivera: *La leyenda de los veinte años.* R. J. Cuervo: *Notas a la gramática de Andrés Bello.* J. P. Varela: *La educación del pueblo.* J. de Alencar: *Ubirajara.* B. de Guimarães: *El Indio Alfonso.* Taunay: *Oro sobre azul* e *Historias brasileñas.* Sousândrade: *Obras poéticas.* Pereira Barreto: *Las tres filosofías,* 1ª parte.

demócratas reconquistan la mayoría en el Congreso. Papado: Pío IX prohíbe la participación de los católicos en política.

Fundación de la Unión Postal en Berna. Stanley atraviesa el Africa. Le Bel-Van't Hoff: Estereoquímica.

Haeckel: *Antropogenia o Historia de la evolución humana.* Wallras: *Elementos de economía política pura.* G. Flaubert: *La tentación de Saint Antoine.* J. Valera: *Pepita Jiménez.* Alarcón: *El sombrero de tres picos.* Primera exposición "impresionista" (Sala del fotógrafo Nadar). C. Monet: *La impresión.* E. Grieg: *Peer Gynt.* M. Mussorgski: *Boris Godunov.* R. Strauss: *El murciélago.* Nace A. Schöenberg.

C: La Cámara de Representantes elige de presidente interino de la República al coronel Juan Bautista Spotorno. Gó-

España: Alfonso XII llega a Madrid. Francia: Sanción de leyes republicanas; enmienda Wallon para períodos presidenciales

mez pasa la trocha de Júcaro a Morón e invade Las Villas. Disidencia de V. García en Lagunas de Varona. Surge el regionalismo villareño. Decreto de Spotorno contra los intentos de conciliación con España. Elección para la presidencia de Tomás Estrada Palma.

Gelabert: *Cuadros de costumbres cubanas.* José Antonio Saco: *Historia de la esclavitud desde los tiempos más remotos hasta nuestros días* (-92). Nacen Antonio Rodríguez Morey (pintor) y Pedro Herrera Sotolongo (jurista, político, periodista).

AL: En el Uruguay la elección de alcalde ordinario de Montevideo da lugar a disturbios en los que muere Lavandeira (principista de extracción blanca). El 15 de enero un golpe militar derroca a Ellauri, las cámaras designan a Pedro Varela para reemplazarlo; los principales principistas son embarcados en la Barca Puig, que debe llevarlos a Cuba, y navega a la deriva entre febrero y agosto. Blancos y colorados lanzan la Revolución Tricolor, que fracasa. Se establece el Código Rural, que disciplina el trabajo en la campaña, y en septiembre se conceden al Poder Ejecutivo facultades extraordinarias para la pacificación y el saneamiento económico. Juan B. Sosa, representante del Paraguay en Río de Janeiro, firma con el representante argentino Tejedor un tratado de paz; cuando el gobierno brasileño descubre lo ocurrido, obliga al gobierno paraguayo a repudiar la actuación de Sosa. En Ecuador, García Moreno es asesinado poco después de ser reelecto. El predominio conservador por él establecido se mantendrá hasta 1895. Pedro J. Chamorro en Nicaragua. Creación de la Universidad de Guatemala. Auge de las exportaciones cafetaleras en Costa Rica. Se agudiza la crisis financiera argentina. En Puerto Rico, Sanz es relevado desde España y reemplazado por el Gral. Segundo de la Portilla. En el Perú fracasa el

de siete años. Inglaterra: Compra de las acciones del Canal de Suez; Parnell en la Cámara de los Comunes; es reconocido el derecho de huelga. Alemania: Los socialistas marxistas y lasallistas fundan el Partido Socialista de los Trabajadores de Alemania, bien pronto marxista, elaboran el Programa de Gotha base de su acuerdo; Expulsión de las congregaciones religiosas; Conflicto de Bismarck con Francia.

Firma de la Convención Métrica Internacional en París. Santuola descubre las pinturas rupestres de Altamira: Inauguración de la Opera de París. Mme. Blavatsky funda la Sociedad Teosófica. Berthelot: Síntesis química. Berlín llega al millón de habitantes. En Gran Bretaña comienza la fabricación industrial de bicicletas. Marcus inventa el motor a explosión de dos tiempos.

H. Taine comienza *Los orígenes de la Francia contemporánea.* Fundación del *Petit Parisien.* L. Tolstoi: *Ana Karenina* (-77). A. Tennyson: *La Reina María.* C. Marx: *Crítica al programa de Gotha.* G. Meredith: *La carrera de Beauchamp.* E. Manet: *Los remeros de Argenteuil.* G. Bizet: Estreno de *Carmen.* Saint-Saëns: *Danza Macabra.* Nace A. Machado.

1876	Redacta *El Tribuno cubano.*

Cuba y América Latina	Mundo exterior
alzamiento de Piérola contra Pardo. En México: Rebelión Yaqui en Sonora. Escuela de Minas de Ouro Preto. M. Zeno Gandía: *Eran las diez y las doce.* Montalvo: *La dictadura perpetua.* J. de Alencar: *Señora, El sertanero* y *El jesuita.* L. Mendonça: *Alborada.* B. Guimarães: *La esclava Isaura.* T. Barreto: *Estudios de filosofía y crítica.* Nacen Julio Herrera y Reissig y Florencio Sánchez.	
C: Llega a Cuba, para asumir el mando del ejército español, el general Arsenio Martínez Campos. Estrada Palma es presidente de la República en armas. Victoria de Gómez en Cafetal González. Toma de Las Tunas por V. García. Crisis de Gómez en Las Villas provocada por el regionalismo: regreso a Camagüey. Continúan las divisiones en el campo insurrecto. Decadencia de la revolución. Jorrín: *España y Cuba.* M. de Santa Cruz: *Historias campesinas.* Cowley: *La enseñanza de la medicina en la Universidad.* A. Poey: *Le positivisme* (París). R. M. de Labra: *La brutalidad de los negros.* Nace Roque E. Garrigó Salido (periodista, abogado, historiador, cuentista, biógrafo). *AL:* En el Uruguay es dictador el coronel Latorre, quien dicta un reglamento general de policías rurales y departamentos de campaña que pone fin a la inestabilidad rural mediante un severo control de habitantes y propiedades. El Paraguay firma el 3 de febrero el tratado de paz con la Argentina, que reconoce a ésta el Chaco Austral; la delimitación de la frontera entre éste y el boreal se somete al arbitraje del presidente de los EE. UU. En Bolivia el general Hilarión Daza se apodera de la presidencia mediante un golpe. En Chile, Aníbal Pinto Santa Cruz (liberal) es ele-	En España, con el pacto de El Pardo, concluye la segunda guerra carlista, el pretendiente se refugia en Francia; sanción de la Constitución de la Monarquía. Inglaterra: Victoria, emperatriz de la India. Disolución de la I Internacional. Guerra de Turquía en los Balcanes. Movimiento "Tierra y Libertad" en Rusia; el Turquestán es totalmente ocupado. Creación de la Asociación Internacional Africana. EE. UU.: Custer es vencido por Toro Sentado. Koch: Bacilo del ántrax. Teléfono de Graham Bells. Máquina frigorífica de amoniaco de von Linde. Otto: motor de cuatro tiempos a gasolina. C. Lombroso: *El hombre delincuente.* Mallarmé: *La siesta de un fauno.* M. Twain: *Las aventuras de Tom Sawyer.* B. Pérez Galdós: *Doña Perfecta.* E. Zola: *La taberna.* A. Renoir: *El molino de la Gdlette.* Festival wagneriano en Bayreuth: *El anillo de los nibelungos.* Manet: *Rertato de Mallarmé.*

1877

gido presidente. En el Perú el general M. I. Prado, cercano al civilismo, es elegido presidente. Se agudiza la crisis financiera y se recurre a emisiones inconvertibles. En Colombia el candidato liberal Aquileo Parra, que no ha alcanzado mayoría en los estados, es designado presidente por el Congreso contra Rafael Núñez, también liberal. Alzamientos conservadores en Antioquia y Tolima. En México el general Porfirio Díaz, rival derrotado de Lerdo de Tejada, reelecto presidente, se lanza a la revolución (plan de Tuxtepec, antirreeleccionista); en noviembre es presidente. En Santo Domingo se instala el primer ingenio azucarero con máquinas de vapor. Revolución liberal en Honduras: M. A. Soto dirigente. Veintemilla se levanta en Ecuador, liderando un movimiento revolucionario liberal. Primer Congreso Obrero Mexicano. Enseñanza primaria gratuita y obligatoria en Nicaragua. Tercer levantamiento de López Jordán en Argentina. Vapor "Frigorifique" hace su primer viaje llevando carne argentina a Europa. Ley de inmigración y colonización.

J. M. Gutiérrez: *Cartas de un porteño.* B. Mitre: *Historia de Belgrano y de la independencia argentina.* Lola Rodríguez de Tío: *Mis cantares.* A. Tapia y Rivera: *Cofresí.* J. Montalvo: *El regenerador.* H. H. Gottel y F. Carnevallini: *El Porvenir de Nicaragua.* F. Távora: *La Cabellera.* A. de Castro Alves: *Gonzaga o La Revolución de Minas.* Aparecen *La Revista Ilustrada* y *La Tertulia.*

C: Muere Aguilera en Nueva York. Prisionero Estrada Palma. Presidente provisional: F. J. de Céspedes; después V. García. Campaña militar y pacifista del general Martínez Campos. Pacificación de Las Villas.

Revista de Cuba (-84), dirigida por Cortina. Piñeyro: *Morales Lemus y la re-*

España: Aprobación de la *Ley Provincial.* En Francia: muere Thiers; gran manifestación republicana contra MacMahon; éste disuelve las cámaras; se procede a una reelección, la mayoría vuelve a ser opositora; Reorganización del Partido Liberal en Inglaterra. Guerra Ruso-Turca; las tomas de Kars y Pleuha abren el camino a Constantinopla. EE. UU.: Hayes, presiden-

1878

volución de Cuba. Bernal: *Teoría y aplicación del derecho y la autoridad.* Tejera: *Un ramo de violetas.* Fundación de la Sociedad Antropológica de Cuba, presidida por Montané. Es nombrado catedrático en Guatemala José Martí. Nace José María Collantes (abogado, poeta).

AL: En el Uruguay se prorroga la dictadura de Latorre y se establece un consejo consultivo. En el Perú la muerte de Meiggs el gran empresario ferroviario y financista del gobierno peruano, agrava la crisis financiera. En Venezuela, Guzmán Blanco, dejando la presidencia en manos que juzga seguras, parte a Europa para promover inversiones y créditos para Venezuela. En México Porfirio Díaz es electo presidente. En Guatemala se reconoce por decreto el trabajo forzoso de los indios. Pedro J. Chamorro asume la presidencia de Nicaragua. En Quito se producen numerosos motines contra Veintemilla. Decreto de Barrios que reconoce trabajo forzoso del indígena guatemalteco. Unión Tipográfica, primer sindicato argentino. Muere Rosas en Inglaterra. Llega a San Pablo primer gran grupo de inmigrantes italianos.

M. Cané: *Ensayos.* R. Obligado: *El alma del payador.* Andrade: *Prometeo* y *El arpa perdida.* Squier: *Perú, viaje y exploración en la tierra de los Incas.* Zorrilla de San Martín: *Notas de un himno.* O. V. Andrade: *Prometeo.* Miguel Lemos: *Primeros ensayos positivistas.* Se funda el Ateneo de Montevideo. *Revista de Cuba* (-84). Manuel Fernández Juncos funda, en Puerto Rico, *El buscapié* (-83). Muere J. de Alencar.

te, retira tropas del sur.

Edison inventa el micrófono y el fonógrafo. Empleo de vagones frigoríficos en EE. UU. Iluminación pública con lámparas eléctricas de arco en París. Schiaparelli descubre los canales de Marte.

F. Engels: *El antidüring.* Mommsen: *El sistema militar de César.* Traducción al francés de la *Filosofía del inconsciente* de N. Hartmann. G. Flaubert: *Tres cuentos.* G. Carducci: *Odas bárbaras.* Echegaray: *O locura o santidad.* J. Brahms: *Primera sinfonía.* A. Rodin: *La edad de bronce.* Mengoni termina la galería Víctor-Emmanuel en Milán.

C: Debilidad de las fuerzas revolucionarias en Camagüey. Derogación por la Cámara, del decreto de Spotorno. Pacto del Zanjón: concluye la Guerra de los Diez Años. Protesta de Maceo en Mangos de Baraguá. Constitución del Par-

Italia: Humberto I, rey; Armisticio de Andrinópolis y tratado de San Stéfano. Alemania: En el congreso de Berlín, las principales potencias acuerdan reparto de influencias sobre los Balcanes. Tracia, Macedonia y Albania quedan bajo dominio

tido Liberal (Autonomista) y del Unión Constitucional, en La Habana. Por Real Decreto se crean las actuales seis provincias. Regresa a La Habana José Martí; nace su hijo, José.

Gómez: *Convenio del Zanjón*. Calcagno: *Diccionario biográfico cubano*. Rodríguez: *Vida del Pbro. Félix Varela*. R. del Monte: *El efectismo lírico*. Nacen Regino E. Boti y Berreiro (prosista, abogado, poeta, crítico e historiador); en Colombia Félix Callejas (poeta, crítico, humorista, cuentista).

AL: Montevideo, Uruguay, es sede episcopal. Sinimbu, primer ministro (liberal) del Brasil, propone al Emperador la convocatoria de una asamblea constituyente; el pedimento es rechazado; se reúne el Congreso Agrícola de Recife. En Chile comienza la emisión de papel moneda inconvertible, debido aquí también a la crisis financiera, y que se prolongará, con una breve interrupción en 1925, hasta nuestros días. En el Perú el ex presidente Manuel Pardo, fundador del civilismo, es asesinado durante un fracasado alzamiento de los partidarios de Piérola. En Venezuela una revolución destinada a impedir el regreso de Guzmán Blanco provoca su inmediato retorno para reprimirla, lo que hace con éxito. En México fracasa la rebelión de Escobero contra P. Díaz. En Colombia asume el liberal J. Trujillo: construcción del ferrocarril del Pacífico y excavaciones del Canal de Panamá (franceses). En Ecuador le son concedidas facultades extraordinarias a Veintemilla. Gabinete liberal en Brasil, hasta 1885; la exportación brasileña del caucho equivale al 100% del comercio mundial.

E. Wilde: *Tiempo perdido*. R. Gutiérrez: *Poesías escogidas*. A. Tapia y Rivera: *La Satanidad, grandiosa epopeya dedicada al Príncipe de las Tinieblas*. A. de Oliveira:

turco; Bosnia y Herzegovina pertenecen siempre a Turquía pero son administradas por Austria. Disolución del Reichstag. Los turcos entregan Chipre a Inglaterra. Papado: León XIII sucede a Pío IX; Encíclica *Quad Apostolici*. Gran Brateña comienza una nueva guerra contra Afganistán.

Edison-Swan: Lámpara incandescente. Utilización de la hulla blanca. Stoecker-Wagner: Fundación del Partido Trabajador Cristiano social. Booth funda el Ejército de Salvación. Exposición Universal de París.

F. Nietzche: *Humano, demasiado humano*. Pierce: *Cómo podemos hacer claros nuestros pensamientos*. Queiroz: *El primo Basilio*. J. Neruda: *Cuentos de la Mala Strana*. Sully Prudhomme: *La Justicia*.

1879 Comenta Cirilo Villaverde respecto de su actividad literaria en éste y los sucesivos años, hasta 1882: "Cuando me resolví a concluirla (..) lo más que he podido hacer ha sido despachar un capítulo, con muchas interrupciones, cada quince días, a veces cada mes, trabajando algunas horas entre semana y todo el día los domingos"; y explica que "Con esta manera de componer obras de imaginación no es fácil mantener constante el interés de la narrativa, ni siempre animada y unida la acción, ni el estilo parejo y natural, ni el tono templado y sostenido que exigen las producciones del género novelesco. Y tal es uno de los motivos que me impelen a hablar de la novela y de mí".

Cuba y América Latina	Mundo exterior
Canciones románticas. S. Romero: *La filosofía en el Brasil.* Lastarria: *Recuerdos literarios.* F. Medina: *Lira nicaragüense.*	
C: Se celebran las primeras elecciones para designar diputados a las Cortes. Se inaugura en Santiago la primera sociedad de personas de color, el Casino Popular. Comienza la "guerra chiquita", iniciada en Oriente por José Maceo, Guillermo Moncada y Quintín Bandera (agosto 26).	Francia: Consolidación de la Tercera República. Alemania: Fortalecimiento militar e industrial del Reich germano; alianza austro-alemana; fin de la "Kulturkampf"; difusión de la enseñanza laica y común. Atentado contra Alejandro II. Papado: Encíclica *Aeterni Patria,* retorno al tomismo. Irlanda: crece la agitación en favor de la autonomía. España: se funda el Partido Obrero Español.
Arpas cubanas (A. y F. Sellén, Varona, Borrero, Tejera, Betancourt, Varela Zequeira). Varona: *Paisajes cubanos.* Tejera: *Poesías completas.* A. Castillo: *Fábulas. Revista de Agricultura,* fundada por el Círculo de Hacendados. Primer danzón, por Miguel Faílde: *Las alturas de Simpson.* El Liceo de Guanabacoa elige a José Martí secretario de la Sección de Literatura. Nace Luis Rodríguez Embil (poeta, prosista, novelista). Muere Alfredo Torreolla (poeta lírico, dramaturgo y periodista).	Wundt: Laboratorio de psicología experimental. Pasteur: Principio de la vacuna. Primer edificio con estructura de acero en Chicago; Escuela de Chicago. Siemens: Primer ferrocarril eléctrico en Berlín. Nace Albert Einstein.
AL: En febrero, luego de un ultimátum, Chile comienza la ocupación del litoral boliviano; el 10 de marzo Bolivia declara la guerra a Chile y pierde de inmediato todo el litoral; el presidente Daza se retira al sur del Perú; cuando intenta retornar a Bolivia el ejército lo derrota. En el Perú, pese al heroísmo de la marina, ésta es finalmente aniquilada por la chilena. El presidente M. I. Prado parte a Europa en busca de ayuda para el Perú; su decisión es poco apreciada por los que se quedan. Piérola surge en Lima como dictador y organizador de la resistencia contra la inminente invasión chilena al Perú central. En el Brasil las cámaras consideran un plan de reforma electoral y encaran por primera vez la abolición de la esclavitud. Pinheiro Machado funda el Partido Republicano Riograndense. En Venezuela, Guzmán Blanco parte a Europa nuevamente, donde	H. Ibsen: *Casa de muñecas.* F. Dostoievski: *Los hermanos Karamazov* (-80). George: *Progreso y pobreza.* D'Annunzio: *Primavera.* Pardo Bazán: *Pascual López.* Verdaguer: *Idilios y cantos místicos.* Oliveira Martins: *Historia de la civilización ibérica.* E. Zola: *Naná.* H. James: *Daisy Miller.* Meredith: *El egoísta.* I. Tchaicovski: *Eugenio Oneguin.*

1880

permanecerá hasta 1886. J. Zavala presidente de Nicaragua; obras del ferrocarril del Pacífico y concesión a empresarios norteamericanos para canal de Nicaragua. Rebeliones en Antioquia; levantamiento del ejército en Bogotá. Se frustra conspiración de Alfaro en Guayaquil. En Argentina: Campaña del Desierto al mando de Roca; incremento de líneas férreas y de la educación pública. En México se sublevan los Marinos en Veracruz; Díaz ordena: "Mátalos en caliente". En Guatemala se promulga una constitución liberal y positivista (-1945). Leyes antiejidales en El Salvador y proceso de concentración de la riqueza: las "catorce familias". L. Salomón es presidente de Haití (-88).

M. Zeno Gandía: *Desde el fondo del alma.* E. Gutiérrez: *Juan Moreira.* E. L. Holmberg: *Horacio Kalibang y los autómatas.* Guido Spano: *Ráfagas.* M. Hernández: *La vuelta de Martín Fierro.* E. Gutiérrez: *Juan Moreira* en *La Patria Argentina.* J. L. Mera: *Cumandá.* Zorrilla de San Martín: *La leyenda patria.* J. Gautier Benítez: *A Puerto Rico.* S. Romero: *Cantos del fin del siglo.* F. Távora: *El matrero.* Exposición General de Arte en Río de Janeiro.

C: Calixto García llega a Cuba para dirigir la guerra, que fracasa, deponiendo García las armas. Se acuerda la abolición gradual de la esclavitud. Llega J. Martí a Nueva York.

A. Suárez y Romero: *Francisco* (ed. póstuma). Piñeyro: *Estudios y conferencias.* Varona: *Conferencias filosóficas* (-88). Estrada y Zenea: *El Quitrín.* Nacen José Manuel Carbonell y Rivero (poeta), Esteban Foncueva y González del Valle, poeta, periodista).

AL: En el Uruguay, Latorre abandona la dictadura y el gobierno. Se funda el Par-

España: Fundación del Partido Fusionista. Gabinete de J. Ferry; política laica; expulsión de los jesuitas; fundación del partido socialista. Inglaterra: Ministerio de Gladstone quien reemplaza a Disraeli en elecciones; guerra anglo-boer. Desarrollo de EE. UU.: 50 millones de habitantes; comienza la producción de acero. Producción mundial: Ing. 6.059; Ale. 1.262; Fr. 1.178 (en miles de Tn.).

Laveran: parásito de la malaria. Ebert descubre el bacilo de la tifoidea. Hallyerith construye máquina de fichas perforadas. Invención de la bicicleta moderna. Fundación de la Compañía del Canal de

1881

tido Constitucional (principistas) y se reorganiza el Nacional (blancos). F. A. Vidal es presidente, el general Máximo Santos, ministro de guerra (colorado) comienza a dominar la vida política uruguaya. En el Brasil el ministro Saraiva (liberal) introduce la reforma electoral. En Bolivia, Campero se levanta en el sur con apoyo del ejército. La Convención lo proclama presidente y declara urgente la paz. En Colombia, Rafael Núñez, candidato liberal, es elegido presidente: Ley de instrucción pública, se deroga la Ley de Inspección de Cultos; el poeta J. Isaacs encabeza levantamiento en Antioquia; empieza la época del café. En México, obedeciendo (por última vez) a su consigna de no reelección, Porfirio Díaz instala en la presidencia hasta 1884 a M. González. En Santo Domingo se funda la Liga Antillana, para procurar la independencia de las Antillas. Costa Rica inaugura el comercio bananero con EE. UU.: primer cargamento a Nueva York. Honduras adopta una constitución liberal (-93). En Brasil, Joaquín Nabuco funda la Sociedad Brasileña Contra la Esclavitud. Presidencia de Roca en Argentina: "Paz y Administración".

F. Ameghino: *La antigüedad del hombre en el Plata.* J. Gautier Benítez: *Poesías* (póstumo). Varona: *Conferencia filosófica* (-88). Pereira Barreto: *Positivismo y tecnología.* S. Romero: *La literatura brasileña y la crítica moderna.* J. Montalvo: *Las Catilinarias.* I. M. Altamirano: *Rimas y Cuentos de invierno.* M. J. Othón: *Poesías.* Pérez Bonalde: *Ritmos.* E. M. de Hostos funda la Escuela Normal de Puerto Rico. Muere Estanislao del Campo.

Suez.

Fiske: *Ideas políticas norteamericanas.* Menéndez Pelayo: *Historia de los heterodoxos españoles* (-82). G. de Maupassant: *Bola de Sebo.* A. Swinburne: *Cantos de Primavera.* A. Tennyson. *Balada.* A. Daudet: *Numa Rumestán.* A. Rodin: *El pensador.* J. Brahms: *Danzas húngaras.* Nace Apollinaire.

C: Se promulga en Cuba la Constitución española llamada de *los notables.* El Partido Liberal se declara a favor de la autonomía colonial. Capitán General, el Marqués de Victoria de las Tunas.

Salisbury líder conservador en Inglaterra. Francia ocupa Túnez. Muere Disraeli. Alejandro II asesinado, asciende Alejandro III. Garfield es presidente de EE. UU. pero muere en septiembre. Se renueva la alianza

1882	Aparece en Nueva York *Cecilia Valdés.* Es el producto de muchos años de meditación y de la observación de la sociedad cubana. Sobre la situación socio-política de la isla comenta en el prólogo (de 1879) que el pueblo cubano está "sometido a especiales leyes políticas y civiles, imbuido en cierto orden de ideas y rodeado de influencias

Cuba y América Latina	Mundo exterior
Finlay: *El mosquito como agente de transmisión de la fiebre amarilla.* López Prieto: *Parnaso cubano. Tipos y costumbres de la Isla de Cuba,* con ilustraciones de Landaluce. Nacen Fernando Ortiz y Fernández (músico, sociólogo, etnólogo) y Francisco González del Valle y Ramírez (literato, jurista, historiador). *AL:* Problemas fronterizos entre México y Guatemala por las regiones de Chiapas y Soconusco. El presidente Zavala ordena la expulsión de los jesuitas de Nicaragua, tras motines en Matagalpa. Constitución venezolana, inspirada en la suiza; arbitraje español por litigios fronterizos con Colombia; telégrafo Bogotá-Caracas. Deterioro de la educación pública en Ecuador. Batalla de Chorrillos y Miraflores y ocupación chilena de Lima con destrucción de la Biblioteca Nacional. Presidencia de Santa María en Chile abre etapa de auge económico, colonización y fomento de la educación. Incremento de los latifundios en Argentina: venta por ley de territorios conquistados al indio; tratado de límites con Chile. Ley de reforma electoral en Brasil; comienza la instalación de las "capillas de la religión de la Humanidad" de inspiración comteana. A. Bello: *Filosofía del entendimiento.* Orozco y Berra: *Historia antigua y de la conquista de México.* A. Azevedo: *El mulato.* Machado de Assís: *Memorias póstumas de Brás Cubas.* Cambaceres: *Potpourri.* Nicaragua: fundación del *Ateneo* e inauguración del *Instituto Nacional de Occidente; Anales,* del Ateneo de Montevideo; muere Cecilio Acosta.	de los tres emperadores europeos. Pasteur descubre la vacuna anticarbunclo. Ribot: *Las enfermedades de la memoria.* W. James: *Washington Square.* A. France: *El crimen de Sylvestre Bonnard.* P. Verlaine: *Cordura.* Verga: *La Malavoglia.* Hoffmann: *Los cuentos de Hoffmann.* Fogazarro: *Malombra.* Poincaré: *Sobre la teoría de las funciones fuchianas.* A. Borodín: *El príncipe Igor.* A. Renoir: *El almuerzo de los remeros.* F. de Saussure enseña lingüística en la Escuela. Nace J. R. Jiménez. Mueren T. Carlyle y F. Dostoievski.
C: J. Martí: *Ismaelillo;* (*La Nación* lo nombra corresponsal en Nueva York). N. Heredia: *Un hombre de negocios.* Palma: *Poesías.* Armas: *Orígenes del lenguaje criollo.* Baralt: *Conferencias sobre Ham-*	Triple Alianza: Austria, Alemania, Italia. Leyes sobre la enseñanza primaria en Francia. Muere Gambetta. Expulsión de los judíos en Rusia. Intervención inglesa en Egipto e italiana en Eritrea. Primeras leyes

reales y positivas".

Reseñando las interrupciones que ha sufrido su trabajo creador concluye, respecto de *Cecilia Valdés:* "De suerte, que en ningún sentido puede decirse con verdad que he empleado cuarenta años (período cursado de 1839 hasta la fecha) en la composición de la novela".

La edición es la definitiva y lleva por título *Cecilia Valdés o La Loma del Angel.*

1883

Cuba y América Latina	Mundo exterior
let. Se inaugura la Escuela de Artes y Oficios. Nace José Francisco Campillo (pintor, poeta). *AL:* Colaboración del partido de los "científicos" con la dictadura de P. Díaz. Heureaux presidente de Santo Domingo (-99). La "república aristocrática" en Costa Rica: P. Fernández Oreamuno presidente. Veintemilla se proclama una vez más Jefe Supremo de Ecuador; se inicia movimiento "restaurador". Comienza unificación y reconstrucción del Perú tras la derrota ante Chile. Fundación de La Plata, capital de la provincia de Buenos Aires. Gral. Santos presidente del Uruguay. Ayón: *Historia de Nicaragua* (-89). Montalvo: *Siete tratados.* Pérez Rosales: *Recuerdos del pasado* (-86). Medina: *Los aborígenes de Chile.* T. Días: *Fanfarrias.* Biblioteca Nacional en Managua. Polémica histórica Carlos María Ramírez-Francisco Berro.	restringiendo la emigración a EE. UU. Chinos y japoneses ocupan Seúl. Koch descubre el bacilo de la tuberculosis. Charcot: experiencia en la Salpêtrière. H. Spencer. *Instituciones políticas.* Carducci: *Confesiones y batallas.* J. M. Pereda: *El sabor de la tierruca.* Galdós: *El amigo Manso.* Turgueniev: *Poesías en prosa.* Primera piedra de *La Sagrada Familia,* de Gaudí. E. Manet: *El bar del Folies Bergère.* R. Wagner: *Parsifal.* Nacen James Joyce e Igor Stravinsky. Muere Emerson.
C: Tentativa revolucionaria de Ramón Leocadio Bonachea. A partir de este año, varios ingenios y fincas azucareras pasan a manos norteamericanas. *La Habana Elegante* (-96), órgano del modernismo cubano, es fundada por Casimiro del Monte y dirigida después por Enrique Hernández Miyares. Enrique Piñeyro: *Poetas famosos del siglo XIX.* Antonio Bachiller y Morales: *Cuba primitiva.* José Silverio Jorrín: *Colón y la crítica contemporánea.* Néstor Ponce de León: *Diccionario tecnológico* (-93). Aniceto Valdivia: *La ley suprema* y traducciones de Barbier. Nacen Néstor Carbonell y Rivero (patriota, historiador) y Dulce María Borrero de Luján (prosista); muere Antonio López Prieto (bibliófilo, escritor, publicista). *AL:* A. Cárdenas presidente de Nicara-	Fundación de la *Fabian Society* en Londres. Los franceses en Indochina y guerra franco-china. Ocupación de Madagascar. Segundo ministerio Ferry. *Emancipación del trabajo,* primera organización marxista rusa, creada por Plejanov y Akseldor en Suiza. Goutsky funda *Die neue zeit;* Malatesta en Florencia, *La Questione sociale.* Nacen J. M. Keynes y B. Mussolini. Muere C. Marx. Dépez realiza el primer transporte de energía eléctrica a distancia. P. Verlaine: *Antaño y hogaño.* F. Nietzsche: *Así habló Zaratustra* (-91). R. L. Stevenson: *La isla del tesoro.* G. de Maupassant: *Una vida.* L. Bourget: *Ensayos de psicología contemporánea.* W. Dilthey: *Introducción a las ciencias del espíritu.* Menéndez Pelayo: *Historia de las ideas estéticas en España (-91).* Renan: *Recuer-*

1884

Cuba y América Latina	Mundo exterior
gua. Concesión venezolana a Cía. Hamilton para explotar "bosques y asfaltos". Triunfo del movimiento nacional ecuatoriano de la "Restauración", J. P. M. Caamaño, presidente. Tratado de Ancón y fin de la ocupación de Lima; Chile se anexa Tarapacá y ocupa Tacna y Arica por diez años; las riquezas salitreras chilenas pasarán a inversionistas británicos. Gobierno de Iglesias en el Perú. Campañas de ocupación de territorios indios en el Chaco argentino; se inicia fuerte proceso de devaluación monetaria. Expropiación de los territorios araucanos del sur de Chile, tras la última gran sublevación india. En Brasil, la "Cuestión militar": divisiones entre políticos y militares. Gutiérrez Nájera: *Cuentos frágiles.* J. Calcaño: *Cuentos fantásticos.* D. F. Sarmiento: *Conflictos y armonías de las razas en América Latina.* V. F. López: *Historia de la República Argentina.* Castro Alves: *Los esclavos.* Capistrano de Abreu: *El descubrimiento del Brasil y su desarrollo en el siglo XVI.* I. de María: *Anales de la Defensa de Montevideo* (-87). Zorrilla de San Martín: primera cátedra de Literatura.	*dos de infancia.* Carducci: *Ça ira.* Amiel: *Diario íntimo.* V. de L'Isle Adams: *Cuentos crueles.* Delibes: *Lakmé.* Franck: *El cazador furtivo.* Nacen Franz Kafka y Ortega y Gasset. Mueren R. Wagner y Manet.
C: José Martí se separa de los planes revolucionarios de los generales Maceo y Máximo Gómez. Continúa la depresión económica iniciada el año anterior. El Partido Autonomista acuerda no concurrir a las elecciones. Movimiento revolucionario dirigido en la emigración por Gómez y Maceo. Comienza a publicarse *La Habana Elegante* en agosto de 1883 (prosigue hasta 1891; reaparece de 1893 a 1896). Sanguily: *Los caribes de las islas.* Armas y Cárdenas: *La Dorotea de Lope de Vega, El Quijote de Avellaneda.* J. G. Gómez: *La cuestión de Cuba.* Boba-	Los ingleses en Sudán, colonia alemana en el sudoeste africano. Crack bursátil en Nueva York. Convocatoria de la Conferencia Colonial Internacional en Berlín. Ley del seguro social en accidentes de trabajo en Alemania. Minas de oro en Transvaal. Ley de Waldech-Rousseau sobre sindicatos. Ferrocarril transcaspiano llega a Samarcanda. Nuevamente legalizadas en Francia las sociedades obreras. Nicolaiev descubre el bacilo del tétano. Frege publica: *Fundamentos de aritmética.* Los hermanos Renard construyen un globo dirigible. Parsons: turbina de vapor a reacción. Mergenthaler: linotipia (-86). H. de

1885	Villaverde funda, con Calcagno, la revista *La Habana*.

dilla: *Relámpagos.*

AL: Reforma constitucional en México para permitir la reelección de Díaz. Tratado Keith-Soto instala las empresas bananeras en Honduras. J. Crespo presidente electo de Venezuela. Segundo gobierno de R. Núñez en Colombia; constitución del Partido Nacional. Alzamiento y derrota de Eloy Alfaro en Ecuador. Pacto de Truce: Bolivia pierde costa de la provincia de Atacama. Ferrocarril trasandino argentino-chileno. Ley Avellaneda argentina de enseñanza primaria laica, obligatoria y gratuita. Sufragio universal en Chile para alfabetizados mayores de 25 años. Abolición de la esclavitud en Ceará, Brasil. El Perú: fundación de colonias agrícolas utópicas.

Matto de Turner: *Tradiciones cuzqueñas.* Gavidia: *Versos.* Barros Arana: *Historia general de Chile.* L. V. López: *La Gran Aldea.* M. Cané: *Juvenilia.* P. Groussac: *Fruto vedado.* Acevedo Díaz: *Brenda.* Bilac: *Poesías.* Machado de Assís: *Cuentos sin fecha.* A. de Oliveira: *Meridionale.* *El País,* dirigido por Ruy Barbosa (después por Quintino Bocaiuva) en Brasil. Nace Rómulo Gallegos. Muere Juan Bautista Alberdi.

Chardonnet: seda artificial a la nitrocelulosa. Maxim: ametralladora. Eastman: película fotográfica en rollos.

H. Ibsen: *El pato salvaje.* H. Spencer: *El hombre contra el Estado.* F. Engels: *El origen de la familia, la propiedad y el Estado.* G. B. Shaw: *Manifiesto de la sociedad fabiana.* Huysmans: *Al revés.* Daudet: *Safo.* L. de Lisle: *Poemas trágicos.* Strindberg: *Casados* (1ª serie). P. Verlaine: *Poetas malditos.* R. de Castro: *En las orillas del Sar.* E. Degas: *Las planchadoras.* Grupo "Los XX". Bruckner: *Séptima Sinfonía.* A. Gaudi: *La Sagrada Familia.* A. Rodin: *Los burgueses de Calais.*

C: El plan Gómez-Maceo fracasa. El Partido Autonomista sale del retraimiento. Tentativas revolucionarias de Limbano Sánchez y Panchín Verona. Es fusilado el patriota brigadier Ramón L. Bonachea. Son hechos prisioneros y ajusticiados los expedicionarios que desembarcan en distintos puntos de la costa Oriental.

J. Martí: *Amistad funesta.* (Lucía Pérez). *Revista Cubana* (-95), dirigida por E. J. Varona. Comienza a publicarse *El País,* diario autonomista (-98), *El Fígaro,* que dura hasta 1929 y *La Ilustración Cubana,* en Barcelona (-86). Carlos de la Torre

Gabinete de Salisbury en Inglaterra. Guerra servio-búlgara. Alfonso XIII rey de España: regencia de María Cristina de Habsburgo. Presidencia de Cleveland en EE. UU. Creación en Berlín del Estado Independiente del Congo. Los italianos ocupan Massaua y los ingleses Nigeria. Creación de la De Beers Cy Co. que controla la minería de Africa del Sur. Partido Obrero belga. Unión cooperativa de sociedades francesas de consumo.

Pasteur descubre la vacuna contra la rabia. Nordenfelt construye un submarino. Daimler inventa la motocicleta.

1886

Cuba y América Latina	*Mundo exterior*
funda *La Enciclopedia,* revista científica. J. Pérez Montes de Oca: *Poesías* (ed. póstuma). E. Guiteras: *Irene Albar.* C. de la Torre: *Distribución geográfica de la fauna malacológica en Cuba.* Nacen José Antonio Ramos (novelista, político y revolucionario) y Diego Vicente Tejera (jurista, publicista y revolucionario). *AL:* Ley de colonización en México; aprestamientos contra Guatemala. El presidente Barrios proclama la Unión Centroamericana; oposición de Costa Rica, Nicaragua y El Salvador; invasión guatemalteca al Salvador; muerte de Barrios; la Asamblea revoca el decreto presidencial. Concesión venezolana Hamilton transferida a Nueva York y Bermúdez Co. Los *marines* ocupan Colón, Panamá. Fracción del liberalismo colombiano contra el gobierno federal; fuerte repercusión en la economía del país. Pena de muerte en Ecuador. Renuncia de Iglesias en el Perú; Cáceres entra a Lima. Gabinete conservador en Brasil. C. Calvo: *Diccionario de derecho internacional público y privado.* R. Darío: *Epístolas y poemas.* G. Prieto: *El romancero nacional.* Lastarria: *Antaño y hogaño.* W. H. Hudson: *La tierra purpúrea.*	Oswald: *Tratado de Química General.* F. Nietzsche: *Más allá del bien y del mal.* C. Marx: *El Capital* (tomo II), compilado por F. Engels. Andersen: *Cuentos.* E. Zola: *Germinal.* J. Laforgue: *Lamentaciones.* Guyau: *Esbozo de una moral sin obligación ni sanción.* Becque: *La Parisiense.* Charmay: *Las antiguas ciudades del Nuevo Mundo.* De Sanctis: *Estudio sobre Giacomo Leopardi.* J. M. Pereda: *Sotileza.* M. Twain: *Huckleberry Finn.* H. Richardson: *Almacenes Marshall, Field & Co.,* Chicago. G. de Maupassant: *Bello amigo.* Nacen Ezra Pound, D. H. Lawrence y Sinclair Lewis. Muere Víctor Hugo.
C: Los diputados cubanos obtienen en las Cortes españolas la abolición total de la esclavitud en Cuba. Aparecen en Bogotá los *Estudios críticos* de Rafael María Merchán. Manuel Sanguily: *Oradores de Cuba.* Aurelia Castillo de González: *Biografía de la Avellaneda.* Aniceto Valdivia: traducciones de Hugo. Nace Medardo Vitier (literato, pedagogo). Mueren: envenenado en Venezuela, el general Vicente García y González, y Mariano Ramiro (literato, poeta, novelista, orador). *AL:* Llegan los primeros colonos de la comunidad owenista de Topolobampo, en	Segundo gabinete Salisbury; crecimiento del socialismo británico. Tratado de Bucarest sobre la cuestión servio-búlgara. Se concluye el Canadian Pacific. 1º de Mayo: huelga de obreros de Chicago por jornada laboral de ocho horas; la policía acusa de atentado a sus líderes. Se funda la Federación de Obreros Americanos. Hertz descubre las ondas electromagnéticas. A. Rimbaud: *Iluminaciones.* Moréas: *Manifiesto simbolista.* E. D'Amicis: *Corazón.* E. Pardo Bazán: *Los pazos de Ulloa.* Kraft-

1887

Cuba y América Latina	Mundo exterior
México. Constitución liberal en El Salvador (-1945); fuerza pública armada para controlar la vagancia en el campo. Cuarta y última elección de Guzmán Blanco en Venezuela. Cáceres presidente del Perú, Balmaceda de Chile, Juárez Celman de Argentina, Núñez reelecto en Colombia y nueva Constitución centralista: la República de Colombia. Sociedad Promotora de la Inmigración, en San Pablo. García Icazbalceta: *Bibliografía mexicana del siglo XVI.* Díaz Mirón: *Poesías escogidas.* R. J. Cuervo: *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana* (-93). Ruben Darío en Chile. Discurso de Manuel González Prada en el Ateneo de Lima. Escuela Nacional de Bellas Artes en Bogotá. J. Batlle y Ordóñez: *El Día* en Montevideo. Sara Bernhard por primera vez en el Río de la Plata.	Ebing: *Psicopatología sexual.* R. L. Stevenson: *El extraño caso del Dr. Jekill y míster Hyde.* L. Tolstoi: *La Sonata a Kreutzer, La muerte de Ivan Ilich* y *El poder de las tinieblas.* J. Laforgue: *Poesías.* F. Engels: *L. Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana.* Wund: *Etica.* P. Loti: *El pescador de Islandia.* A. Chejov: *Cuentos.* Bartholdi: *La libertad iluminando al mundo.* A. Rodin: *El beso.* Muere Emily Dickinson.
C: A partir del año anterior, aumentan las fuerzas del Partido Autonomista. Sus diputados realizan intensa labor en las Cortes españolas, donde obtuvieron la abolición definitiva de la esclavitud en 1886. Se hace la primera zafra azucarera con mano de obra asalariada. Cuba tiene 1.631.687 habitantes. José Martí es nombrado Cónsul del Uruguay en Nueva York. Francisco Calcagno: *Los crímenes de Concha.* R. Meza: *Mi tío el empleado.* Borrero: *Aventuras de las hormigas.* Mitjans: *Estudios literarios.* Cabrera: *Cuba y sus jueces.* Varona: *El poeta anónimo de Polonia.* Vilaró: *Apuntes de Zoología.* *AL:* Instrucción primaria obligatoria en México; telégrafo entre México y Guatemala. E. Carazo presidente de Guatemala. Primer concordato entre Colombia y la Iglesia. Tratado de límites Ecuador-Perú. Proceso chileno de debilitamiento	Primera Conferencia Imperial inglesa. Condominio franco-inglés sobre las Nuevas Hébridas. Elección de Sadi-Carnot en Francia. El 11/XI: ejecución de los cinco dirigentes obreros anarquistas de Chicago. Gran conmoción nacional e internacional. Política anticlerical en Italia. Seguro obligatorio de accidentes en Austria. Cámara de trabajo en Bélgica. Dunlop inventa el neumático. Weichlebaun descubre el meningococo. Se inventa el linotipo. R. Kipling: *Cuentos simples de las colinas.* D'Annunzio: *Las elegías romanas.* Strindberg: *Hijo de sirvienta.* B. Pérez Galdós: *Fortunata y Jacinta.* F. Nietzsche: *Genealogía de la moral.* G. de Maupassant. *El Horla.* Mallarmé: *Poemas completos.* V. van Gogh: *El padre Tanguy* y *Autorretrato.* C. Debussy: *La Doncella elegida.* Antoine funda el Teatro Libre. Nace Le Corbusier.

1888	Viaja a La Habana, donde permanece sólo dos semanas.

Cuba y América Latina	Mundo exterior
del poder presidencial y predominio del Parlamento. Restauración del principismo en el Uruguay, tras una década de gobierno militarista. Formación del Partido Democrático en Chile. Primer censo en Buenos Aires: 433.375 habitantes. Crece movimiento por el abolicionismo en Brasil; se acentúa agitación entre los militares. E. Rabasa: *La bola.* R. Darío: *Abrojos.* J. Rizal: *Noli me tangere.* Palma: *La bohemia de mi tiempo.* B. Mitre: *Historia de San Martín y de la emancipación americana* (-88). J. Guadalupe Posada se instala en Ciudad de México. A. Owen: *El sueño de una ciudad ideal.*	
C: Como consecuencia de la Guerra de los Diez Años y otras causas hay unos 75.000 cubanos negros menos que en 1862. Gabriel Millet: *Una pascua en Madruga.* Rafael Félix Pérez Luna: *Historia de Sancti Spíritus.* Nacen José Manuel Poveda y Armando Leyva Balaguer. *AL:* Nueva reelección de Porfirio Díaz. Línea férrea entre Managua y Granada. Predominio político-económico de la burguesía cafetalera en Costa Rica. Suspendidos trabajos del Canal de Panamá. Rojas Paúl presidente de Venezuela. Rebelión de J. Crespo. Desarrollo industrial en Uruguay; fuerte desvalorización de la moneda en Argentina. Ley áurea de abolición de la esclavitud en Brasil; retracción de la producción cafetalera a consecuencia de la liberación. García Salas: *El Parnaso centroamericano.* R. Darío: *Azul.* J. M. de Hostos: *Moral Social.* F. Gamboa: *Del natural.* Altamirano: *El zarco.* Sanín Cano: *Colombia hace sesenta años.* Acevedo Díaz: *Ismael.* Zorrilla de San Martín: *Tabaré.* Medina: *Colección de documentos inéditos para la*	Ascenso de Guillermo II. Conflicto germano-norteamericano por las islas Samoa. Papado: encíclica *Libertas.* Leyes de Seguros por accidentes de trabajo, en Alemania. Exposición Universal de Barcelona. Creación del Instituto Pasteur. Expedición de Nansen a Groenlandia. Donhring: cemento armado pretensado. Forest: primer motor de gasolina. Bosanquet: *Lógica.* F. Nietzsche: *El anticristo.* Ribot: *Psicología de la atención.* G. de Maupassant: *Pedro y Juan.* Strindberg: *La señorita Julia.* H. Ibsen: *La dama del mar.* A. Chejov: *La estepa.* Campoamor: *Humoradas.* H. James: *Los papeles de Aspen.* V. van Gogh: *Autorretrato.* P. Gauguin: *El Cristo amarillo.* C. Debussy: *Arabescos.* Rimsky-Korsakov: *Scherezade.* Nace E. O'Neil. Muere Louisa M. Alcott.

1889	Se publican los *Cuentos de mi abuelo.*

Cuba y América Latina	Mundo exterior
historia de Chile (-1912). S. Romero: *Historia de la literatura brasileña.* R. Pompeia: *El Ateneo.* Discurso de Manuel González Prada en el Politeama de Lima. J. Rosas: *Sobre las olas.* Belmiro de Almeida: *Arrufos.* Nace J. E. Rivera. Muere D. F. Sarmiento.	
C: Manuel Salamanca es Gobernador General. Se hace el primer ensayo de luz eléctrica en el Parque Central de La Habana. Funciona secretamente en Cayo Hueso bajo el nombre de Club Luz de Yara, la Convención cubana con el fin de la independencia cubana (José Martí). J. Martí: *La Edad de Oro.* R. Meza: *Don Aniceto el tendero.* Bobadilla: *Fiebres.* De la Cruz: *Tres caracteres.* Gómez de la Maza: *Diccionario botánico de nombres vulgares cubanos y puertorriqueños.* Nacen: Jesús J. López (periodista, crítico, cuentista, novelista) y Emilio Roig de Leuchsenring (abogado, historiador, ensayista). Mueren Mitjans, Reynoso, Bachiller y Roig de San Martín, dirigente socialista. *AL:* Código civil español en Filipinas. Acto provisorio de unión entre El Salvador, Honduras y Guatemala. Primera Conferencia de los Estados americanos en Washington. R. Sacasa gana las elecciones nicaragüenses; último presidente de los "30 años conservadores". Fundación del Partido Demócrata Venezolano. Campaña de represión periodística lanzada por Holguín en Colombia. Contrato Grace en el Perú para explotación por 66 años del guano y los ferrocarriles. Primera sección del puerto de Buenos Aires. Representación argentina en el congreso de París que funda la Segunda Internacional. Proclamación de la República en Brasil; la familia imperial abandona el país; gobierno provisorio inicia el período de la "República de Espada", hasta 1894.	Huelga de los estibadores en Inglaterra. Conferencia colonial en Bruselas. Huelgas mineras en Alemania y leyes de protección social. Harrison presidente de los EE. UU. Muere Luis I de Portugal. Cecil Rhodes recibe las concesiones africanas. Congreso de París y fundación de la Segunda Internacional. Establecimiento del 1º de Mayo como fecha de reivindicación de la jornada de 8 horas. Sequeard descubre la función de las glándulas endocrinas y Behring las antitoxinas. Primer rascacielos en Nueva York. Exposición Internacional de París: la torre Eiffel. Eastmann: fotografía en celuloide. Kropotkin: *El apoyo mutuo.* H. Bergson: *Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia.* Yeats: *Peregrinaciones de Oisin.* Eça de Queiroz. *Las cartas de Fradique Méndez.* Durkheim: *Elementos de sociología.* L. Bourget: *El Discípulo.* Barrés: *Un hombre feliz.* R. Kipling: *Primer libro de la jungla.* A. Chejov: *La gaviota.* Hauptmann: *Antes del amanecer.* V. van Gogh: *Paisaje con cipreses.* Nacen Arnold Toynbee y Martin Heidegger.

1890	Aparece *Palenques de negros cimarrones.*

Cuba y América Latina	Mundo exterior
M. Payno: *Los bandidos de Río Frío* (-91). J. Sierra: *México social y político.* M. Noreña: *Cuauhtémoc.* Matto de Turner: *Aves sin nido.* Picón Febres: *El sargento Felipe.* J. Veríssimo: *Estudios brasileños* (1ª serie). Gómez Carrillo llega a Europa. Muere J. Montalvo.	
C: Antonio Maceo visita La Habana; fracasa en Oriente el alzamiento de la Paz del Manganeso. J. Martí es nombrado cónsul en Argentina y Paraguay y representante de Uruguay ante la Conferencia Montevideana Internacional, en Washington. Reforma arancelaria en Estados Unidos, perjudicial para Cuba. Política reaccionaria de Robledo, Ministro de Ultramar. Se instala el alumbrado eléctrico en esta ciudad.	Bismarck abandona el gobierno; el poder queda en mano de los Junkers. Conferencia de Berlín de protección al trabajo. Convenciones coloniales anglo-alemana y anglo-francesa. Ley Sherman antitrust en EE.UU. Tarifas aduaneras proteccionistas McKinley. Quiebra el Banco Baring (Londres) y se desencadena una crisis económica mundial.
	Behring: suero antidiftérico. Otto Lilienthal: artefacto volador realiza con éxito sus primeras pruebas.
Se inaugura el teatro Alhambra. J. del Casal: *Hojas al viento.* De la Cruz: *Episodios de la revolución cubana. Reseña histórica del movimiento literario de Cuba.* Sanguily: *José de la Luz y Caballero.* Mitjans: *Estudio sobre el movimiento científico y literario de Cuba* (ed. póstuma). R. Roa: *A pie y descalzo.*	C. Lombroso: *El delito político y la revolución.* W. James: *Principios de psicología.* Wundt: *Sistema de filosofía.* E. Zola: *La bestia humana.* O. Wilde: *El retrato de Dorian Grey.* Frazer: *La rama dorada.* K. Hamsun: *Hambre.* E. Dickinson: *Poemas* (póstumo). P. Valéry: *Narciso habla.* E. Renan: *El porvenir de la ciencia.* Tarde: *Las leyes de la imitación.* Borodin: *El príncipe Igor.* Mascagni: *Caballería Rusticana.* Franck: *Sinfonía en re menor.* P. Cézanne: *Jugadores de cartas.* Nace Charles De Gaulle. Suicidio de V. van Gogh.
AL: Enmienda constitucional mexicana permitiendo reelección. Discrepancias entre el partido conservador nicaragüense y el presidente electo. Golpe de Estado de C. Ezeta en El Salvador. R. Andueza Palacio presidente de Venezuela. Reclamaciones de EE. UU. contra Venezuela. Morales Bermúdez, adicto a Cáceres, presidente del Perú. Leyes colombianas regulando la actividad comercial. Crisis económica en Chile y nuevo gabinete de Balmaceda en oposición al Congreso. Quiebra la Baring Brothers; grave crisis financiera en el Río de la Plata. J. Herrera y Obes presidente del Uruguay: el civilismo; leyes inmigratorias. Unión Cívica, primer partido político argentino de corte moderno; revuelta contra Juárez Celman, re-	

1891

nuncia y ascenso de Carlos Pellegrini. Por primera vez se celebra en el Río de la Plata el 1º de Mayo. Primera revolución separatista en Río Grande do Sul; grave crisis inflacionaria (Ruy Barbosa Ministro de Hacienda); surge el Partido Obrero en Río de Janeiro. Creación de la Unión Panamericana, en Washington, a iniciativa de EE. UU.

M. V. Romerogarcía: *Peonía.* T. Carrasquilla: *Simón el Mago.* A. Azevedo: *O cortico.* A. Morgan: *Sucesos de las Islas Filipinas.*

C: José Martí renuncia a sus puestos en los consulados de Argentina y Uruguay para dedicar todo su tiempo a la actividad revolucionaria. Llega a Tampa, donde pronuncia los famosos discursos "Con todos y por el bien de todos" y "Los pinos nuevos". Se traslada a Cayo Hueso. Está ya en marcha el Partido Revolucionario Cubano: se aprueban las *Resoluciones,* que se consideran un prólogo a las bases del Partido. El malestar económico y político se extiende por toda la nación, y con él el ideal independentista, que recobra su vigor.

J. Martí: *Versos sencillos.* Se funda *La Habana Literaria* (-92). Varona: *Artículos y discursos.* F. Sellén: *Hatuey.* Calcagno: *Romualdo, uno de tantos.* M. Morúa Delgado: *Sofía.* Ramírez: *La Habana artística.* A. de Armas: *Rimes byzantines* (París).

AL: Sentencia arbitral dictada por España sobre límites entre Colombia y Venezuela. Crisis financiera argentina, suspensión de pagos, creación del Banco de la Nación Argentina, regreso del Gral. Mitre. Primer congreso de la Federación de Trabajadores de la Región Argentina. El Congreso contra Balmaceda en Chile, batalla de Concón, renuncia, asilo y sui-

Acuerdo anglo-italiano sobre Abisinia. Acuerdo colonial anglo-lusitano. Construcción del tren transiberiano. Fundación del Bureau Internacional de la Paz, en Berna. Fracasa golpe de Estado en Francia: Boulanger se suicida. Alianza defensiva franco-rusa. La encíclica *Rerum Novarum* de León XIII inicia una nueva actitud de la Iglesia Católica ante la cuestión social. Alzamiento republicano en Oporto.

Michelin patenta el neumático. Se descubren los restos del Pitecantropo de Java.

A. Conan Doyle: *Las aventuras de Sherlock Holmes.* H. Ibsen: *Hedda Gabler.* Th. Hardy: *Teresa de Uberville.* A. Bierce: *Cuentos de soldados y de paisanos.* S. Lagerlöf: *Saga de Gösta Berling.* C. Monet empieza *Las ninfas.* P. Gauguin: *Las mujeres de Tahiti.* R. Strauss: *Muerte y transfiguración.* Muere A. Rimbaud.

1892

Cuba y América Latina	Mundo exterior
cidio de Balmaceda en la legación argentina; almirante Montt presidente. Primera Constitución Republicana de Brasil (inspirada por Benjamín Constant Botelho de Magalhaes); primer Congreso de la República. La colonia de *Canudos* alcanza los 25.000 habitantes.	
Martell: *La Bolsa.* Machado de Assís: *Quincas Borba.* Lamas: *Génesis de la revolución.* Joaquín Torres García en Cataluña. Muere Andrés Lamas, último representante de la generación platense del 37.	
C: José Martí es nombrado en Cayo Hueso para redactar las Bases del Partido Revolucionario Cubano, que se funda el 10 de abril de este mismo año. Martí viaja a EE. UU. Se publica en Nueva York el primer número de *Patria,* fundada y dirigida por José Martí. En agosto el comandante Gerardo Castellanos llega a La Habana con instrucciones de Martí para establecer contactos con los revolucionarios de la isla.	Convención militar franco-prusiana. Tarifas proteccionistas en Francia. Ley de 10 horas. Escándalo de Panamá en Francia; quiebra de Lesseps. Italia: Partido Socialista. Agitación obrera en EE. UU.
J. del Casal: *Nieve.* De la Cruz: *Cromitos cubanos.* N. Heredia: *Puntos de vista.* M. Matamoros: *Poesías completas.* F. A. Conte: *Las aspiraciones del partido liberal de Cuba.*	H. Ford construye su primer modelo de automóvil. Lorentz descubre los electrones. Schein concibe y aplica la anestesia local. Edison construye el kinetoscopio. Renard estudia los rayos catódicos. Casa Tassel de Bruselas: el modernismo en arquitectura.
AL: Rizal organiza en Manila la sociedad secreta "La Liga Filipina"; "Katipunan", por A. Bonifacio. Revolución liberal en Honduras proclama presidente a Bonilla. Constitución liberal en Nicaragua (-1939). Sublevación de los Taraumaras en Tomóchic. J. Crespo se proclama dictador en Caracas. Batalla de Curuyuqui contra indios en Bolivia. Núñez reelecto en Colombia con M. A. Caro de vicepresidente. Sáenz Peña presidente de Argentina; L. Alem prisionero, radicales abstencionistas. Fundación del Partido Obrero Argentino. Batlle y Ordóñez propone organización política uru-	E. Zola: *La Debacle.* Maeterlinck: *Pelleas y Melisande.* Menéndez Pelayo: *Antología de la poesía hispanoamericana.* H. James: *Compendio de psicología.* Spencer: *Principios de moral* (II y III). G. B. Shaw: *Casas de viudos.* E. Haeckel: *El monismo.* Poincaré: *Nuevos métodos de la mecánica celeste.* O. Wilde: *El abanico de Lady Windermere.* Hauptmann: *Los tejedores.* H. de Toulouse Lautrec: *Jane Avril en el Molino Rojo.* E. Manet: *La catedral de Rouen.* Leoncavallo: *Los payasos.* Mueren Ernesto Renan y Walt Whitman.

1893	

Cuba y América Latina	Mundo exterior
guaya basada en clubes populares. Mato Grosso se declara República Trasatlántica; insurrección de Río Grande dirigida por Gumersindo Saravia; primer Congreso Socialista en Río. H. Frías: *Tomóchic. El Cojo Ilustrado,* en Caracas. Lafone Quevedo: investigaciones arqueológicas en el norte argentino. R. Darío en España en la celebración de los 400 años del descubrimiento de América; Exposición Hispanoamericana de Madrid. Nace César Vallejo.	
C: Crece la campaña autonomista. Plan de Reformas de Maura. División del partido Unión Constitucional y formación del Partido Reformista. Alzamiento de Purnio, Holguín, sin conexión con Martí. Este se reúne con Máximo Gómez en Santo Domingo; el último queda nombrado General en Jefe. Martí se reunirá en Costa Rica con A. Maceo. Se produce, por falsa orden, el Alzamiento de Las Villas.	El proyecto de conceder la autonomía a Irlanda es rechazado por la Cámara de los Lores; fundación del Independent Labour Party, en Inglaterra. Guerra de Melilla. Protectorado francés en Dahomey; ocupación de Siam. Segunda presidencia de Cleveland en EE. UU.; crack bursátil; abolición de la Ley Sherman; protectorado impuesto en Hawai. Insurrección de los jóvenes checos en Praga. Masacre en Armenia. Nueva Zelanda: derechos políticos plenos a la mujer. Nace Mao Tse-tung.
Centenario de la Real Sociedad Económica de Amigos del País. Se inauguran las obras del canal de Albear. Casal: *Bustos y Rimas* (ed. póstuma). Heredia: *Leonela.* Sanguily: *Hojas literarias* (-94). Byrne: *Excéntricas.* L. Rodríguez de Tió: *Mi libro de Cuba.* J. M. Céspedes: *La doctrina de Monroe.* Fuentes Matons: *Las artes en Santiago de Cuba.* J. Martí se encuentra con R. Darío en Buenos Aires.	Exposición colombina de Chicago. Elster-Seiter: célula fotoeléctrica. Diesel construye motor a Gas-oil. Morey: primer proyector cinematográfico.
AL: J. Y. Limantour ministro de Hacienda y artífice del "milagro económico" del porfirismo. Alzamiento liberal encabezado por el General J. S. Zelaya derroca a Sacasa en Nicaragua; iniciación de la revolución liberal; nueva Constitución: "la libérrima"; expropiaciones a la Iglesia. Reconocimiento de la soberanía británica sobre Belice, Guatemala. Año de grave agitación política en Co-	Jean Grave: *La sociedad moribunda y la anarquía.* Heredia: *Los trofeos.* Menéndez Pelayo: *Antología de poetas hispanoamericanos* (-95). Mallarmé: *Verso y prosa.* D'Annunzio: *Poema paradisíaco.* Villaespesa: *Intimidades.* Aparece en Londres el primer número de la revista *The Studio,* con la ilustración "Salomé" de A. Beardsley. E. Munch: *El grito.* P. I. Tchaicovski: *Sinfonía Patética.* A. Dvorak: *Sinfonía Nuevo Mundo.* Nace V. Maiacovski. Muere Zorrilla.

1894	Muere en Nueva York Cirilo Villaverde el 20 (quizá el 28) de octubre.

Cuba y América Latina	Mundo exterior
lombia. Manifiesto a la Nación del Partido Liberal venezolano. Vía férrea Lima-La Oroya. Conflicto con los radicales en Argentina: Roca captura Rosario. Influencia "directriz" presidencial en Uruguay. Almirante Mello bombardea Río y se une a Rio Grande do Sul; lo reemplaza Da Gama. G. Rossi: *Cecilia, una comunidad anarquista experimental.* Cruz e Souza: *Broqueis* y *Misal.* Acevedo Díaz: *Grito de gloria.* R. Darío en Buenos Aires. Nace V. Huidobro. Muerte de Altamirano.	
C: Montoro y Del Cuento, diputados autonomistas en Madrid. Maura abandona el Ministerio de Ultramar sin lograr la aprobación de su plan. Decadencia del Partido Autonomista. Fuerte crisis económica. Plan de reformas coloniales del Ministro Abarzuza. J. Martí se entrevista con Máximo Gómez. Martí parte de Nueva York a Costa Rica para entrevistarse con Antonio Maceo. Armas y Céspedes: *Frasquito.* Bobadilla: *Solfeo.* C. P. y F. Uhrbach: *Gemelas.* Collazo: *Desde Yara hasta Zanjón.* *AL:* Tacna y Arica pasan a poder de Chile. En Venezuela terremoto, Crespo presidente y conflicto con la Guayana Británica. Bonilla presidente de Honduras. Muere R. Núñez. M. González Prada: *Páginas libres.* J. A. Silva: *Nocturno.* Aparece la Revista *Azul* en México. J. M. Velasco: *El valle de México visto desde el cerro Guaddlupe.*	En Inglaterra, Gladstone se retira de la vida política. Asesinato de Sadi Carnot. Proceso Dreyfus. Nicolás II zar de Rusia. Guerra entre China y Japón. Los italianos invaden Abisinia. Leyes contra los anarquistas en Italia, Francia y España. Fin de la Guerra de Melilla, en España: convenio de Marruecos. Yersin: bacilo de la peste. Roux: suero antidiftérico. Peste en la India: 12 millones de muertos en 10 años. C. Marx: *El Capital* (edición del volumen III). W. Durkheim: *Reglas del método sociológico.* W. Dilthey: *Ideas sobre una psicología descriptiva y analítica.* Buchner: *Darwinismo y socialismo.* S. y B. Webb: *Historia del tradeunionismo.* Renard: *Cabeza de Zanahoria.* Gaudet: *Elementos y teoría de la arquitectura.* H. Ibsen: *El niño Eyolf.* R. Kipling: *El libro de la jungla.* C. Debussy: *Preludio a la siesta de un fauno.* E. Degas: *Femme et sa toilette.* Massenet: *Thais.* G. Verdi: *Falstaff.*

BIBLIOGRAFIA

I. EDICIONES SELECTAS DE *CECILIA VALDES*

Cecilia Valdés. Dos artículos publicados en *La Siempreviva.* pp. 75-87; 242-254. Habana, 1839.

Cecilia Valdés o La Loma del Angel. Novela cubana. Tomo I. Habana, Imprenta Literaria, 1839.

Cecilia Valdés o La Loma del Angel. Novela de costumbres cubanas. New York, Imprenta de *El Espejo,* 1882.

* Habana, La Discusión, 1903.
Habana, La Discusión, 1908.
Habana, La Discusión, 1915.
Habana, Durán y Cía., 1922.
Habana, Academia "América Arias", 1923.
Cárdenas, Imprenta El Encanto, 1926.
Habana. Academia "América Arias", 1930.
Habana, P. Fernández y Cía., 1941.
Habana, Cultural, 1941.
Habana, Lex, 1953.
Lima, Talleres Gráficos Torres Aguirre, 1959.
Habana, Festival del Libro Cubano, 1959.
Nueva York, Las Américas Publishing Company, 1964.
Habana, Instituto del Libro, 1972.
Habana, Editorial Arte y Literatura, 1977.
Barcelona, Vosgos, 1978.
México, Porrúa, 1979.

* De aquí en adelante no citaremos el título, fijo a partir de la publicación de la edición definitiva de 1882.

II. ESTUDIOS SOBRE *CECILIA VALDES*

BARREDA, PEDRO. *The Black Protagonist in the Cuban Novel.* Amherst: The University of Massachussetts Press, 1979.

CASTELLANOS, JESÚS F. "Del Monte y Villaverde en Cecilia Valdés", *Revista de La Habana,* X (1947), 307-321.

CRUZ, MANUEL DE LA. *"Cecilia Valdés", Revista Cubana,* XIV (1882), 437.

———. *"Cecilia Valdés", La Ilustración Cubana,* II (1887), 186-188.

———. "Cirilo Villaverde", en *Cromitos cubanos.* Habana: La Lucha, 1892. Págs. 189-211.

DORR, NICOLÁS. *"Cecilia Valdés: ¿Novela costumbrista o novela histórica?", Unión,* 1 (1970), 157-162.

ESPINOSA, CIRO. *Indagación y críticas; novelistas cubanos.* Habana: Cultural, 1940.

FERNÁNDEZ VILLA-URRUTIA, RAFAEL. "Para una lectura de *Cecilia Valdés*", *Revista Cubana,* XXXI (1957), 31-43.

GEADA, J. J. *Un novelista pinareño: Cirilo Villaverde.* Habana, 1929.

Homenaje a Cirilo Villaverde en *Cuba en la UNESCO,* 3-4-5. Habana, 1964.

JACKSON, RICHARD L. *The Black Image in Latin American Literature.* Albuquerque: University of New Mexico Press, 1976.

LEANTE, CÉSAR. "Cecilia Valdes, espejo de la esclavitud", *Casa de las Américas,* XV, Nº 89 (1975), 19-25.

MARTÍ, JOSÉ. "Cirilo Villaverde", en *Obras completas.* Habana: Lex, 1946. I, 833-835.

MEZA RAMÓN. "Cirilo Villaverde", *Revista de la Facultad de Letras y Ciencias* (Habana), XII (1957), 210-217.

MORÚA DELGADO, MARTÍN. *Impresiones literarias. Las novelas del señor Villaverde.* Habana: Alvarez y Cía., 1892.

NUNN, MARSHALL E. "Some notes on the Cuban novel Cecilia Valdés", *Bulletin of Hispanic Studies,* XXIV (1947), 184-186.

———. "Las obras menores de Cirilo Villaverde", *Revista Iberoamericana,* XIV (1948), 255-262.

———. "La primera novela cubana", *Revista de la Asociación de Escritores y Artistas Americanos* (Habana), XXXIX (1953), 30-34.

REMOS Y RUBIO, JUAN J. *Tendencias de la narración imaginativa en Cuba.* Habana: La Casa Montalvo-Cárdenas, 1935.

RODRÍGUEZ HERRERA, ESTEBAN. "Estudio crítico preliminar de *Cecilia Valdés*", en *Cecilia Valdés o La Loma del Angel; Novela de costumbres cubanas.* Habana: Lex, 1953. Págs. XXI-LXVIII.

SÁNCHEZ, JULIO C. "La sociedad cubana del siglo XIX a través de *Cecilia Valdés*", *Cuadernos Americanos,* XXX (1971), 123-134.

———. *La obra novelística de Cirilo Villaverde.* Madrid: De Orbe Novo..., 1973.

SANTOVENIA Y ECHAIDE, EMETERIO S. *Cirilo Villaverde.* Habana: Imprenta Cubana, 1911.

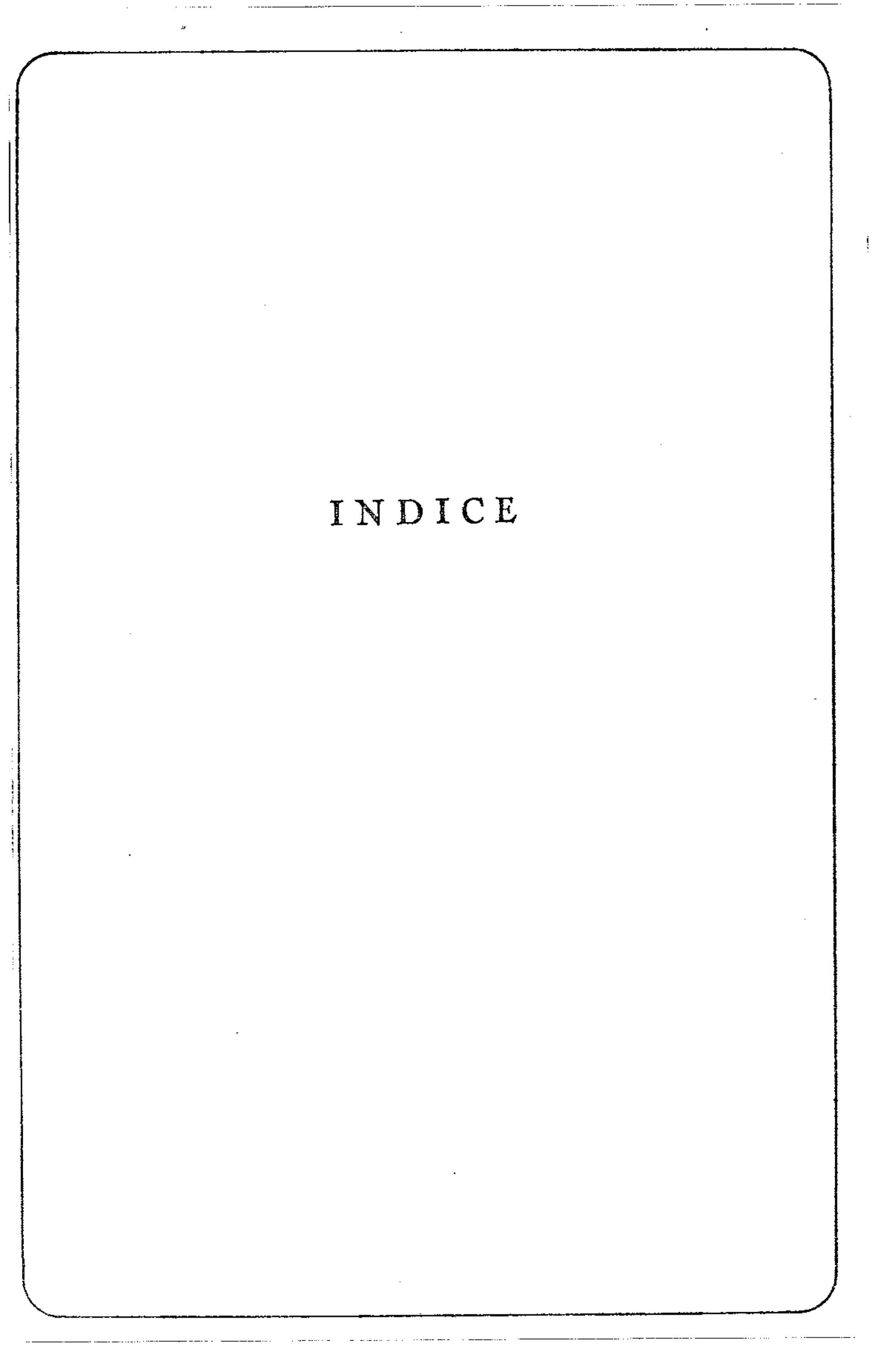
TEJERA, DIEGO VICENTE. "Juicio crítico sobre 'Cecilia'", *Revista Cubana,* IV (1882), 534-541.

TORRIENTE, LOLÓ DE LA. *La Habana de Cecilia Valdés.* Habana: Jesús Montero, 1946.

———. "Cirilo Villaverde y la novela cubana", *Universidad de La Habana,* XV (1950), 179-194.

TUDISCO, OLGA BLONDET y ANTONIO TUDISCO. "Cirilo Villaverde; vida y obra", en *Cecilia Valdés o La Loma del Angel; Novela de costumbres cubanas.* Nueva York: Las Américas Publishing Company, 1964. Págs. 7-36.

YOUNG, ROBERT JAMES. *La novela costumbrista de Cirilo Villaverde.* México: UNAM, 1949.



INDICE

TITULOS PUBLICADOS

1
SIMON BOLIVAR
DOCTRINA DEL LIBERTADOR
Prólogo: Augusto Mijares
Selección, notas y cronología: Manuel Pérez Vila

2
PABLO NERUDA
CANTO GENERAL
Prólogo, notas y cronología: Fernando Alegría

3
JOSE ENRIQUE RODO
ARIEL - MOTIVOS DE PROTEO
Prólogo: Carlos Real de Azúa
Edición y cronología: Angel Rama

4
JOSE EUSTASIO RIVERA
LA VORAGINE
Prólogo y cronología: Juan Loveluck
Variantes: Luis Carlos Herrera Molina S. J.

5-6
INCA GARCILASO DE LA VEGA
COMENTARIOS REALES
Prólogo, edición y cronología: Aurelio Miró Quesada

7
RICARDO PALMA
CIEN TRADICIONES PERUANAS
Selección, prólogo y cronología: José Miguel Oviedo

8
EDUARDO GUTIERREZ Y OTROS
TEATRO RIOPLATENSE
Prólogo: David Viñas
Compilación, notas y cronología: Jorge Lafforgue

9

RUBEN DARIO

POESIA

Prólogo: Angel Rama
Edición: Ernesto Mejía Sánchez
Cronología: Julio Valle-Castillo

10

JOSE RIZAL

NOLI ME TANGERE

Prólogo: Leopoldo Zea
Edición y cronología: Márgara Russotto

11

GILBERTO FREYRE

CASA-GRANDE Y SENZALA

Prólogo y cronología: Darcy Ribeiro
Traducción: Benjamín de Garay y Lucrecia Manduca

12

DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO

FACUNDO

Prólogo: Noé Jitrik
Notas y cronología: Susana Zanetti y Nora Dottori

13

JUAN RULFO

OBRA COMPLETA

Prólogo y cronología: Jorge Ruffinelli

14

MANUEL GONZALEZ PRADA

PAGINAS LIBRES - HORAS DE LUCHA

Prólogo y notas: Luis Alberto Sánchez

15

JOSE MARTI

NUESTRA AMERICA

Prólogo: Juan Marinello
Selección y notas: Hugo Achugar
Cronología: Cintio Vitier

16

SALARRUE

EL ANGEL DEL ESPEJO

Prólogo, selección, notas y cronología: Sergio Ramírez

17

ALBERTO BLEST GANA

MARTIN RIVAS

Prólogo, notas y cronología: Jaime Concha

18

ROMULO GALLEGOS

DOÑA BARBARA

Prólogo: Juan Liscano

Notas, variantes y cronología: Efraín Subero

19

MIGUEL ANGEL ASTURIAS

TRES OBRAS

(Leyendas de Guatemala, El Albajadito y El Señor Presidente)

Prólogo: Arturo Uslar Pietri

Notas y cronología: Giuseppe Bellini

20

JOSE ASUNCION SILVA

OBRA COMPLETA

Prólogo: Eduardo Camacho Guizado

Edición, notas y cronología: Eduardo Camacho Guizado y Gustavo Mejía

21

JUSTO SIERRA

EVOLUCION POLITICA DEL PUEBLO MEXICANO

Prólogo y cronología: Abelardo Villegas

22

JUAN MONTALVO

LAS CATILINARIAS Y OTROS TEXTOS

Selección y prólogo: Benjamín Carrión

Cronología y notas: Gustavo Alfredo Jácome

23-24

PENSAMIENTO POLITICO DE LA EMANCIPACION

Prólogo: José Luis Romero

Compilación, notas y cronología: José Luis Romero y Luis Alberto Romero

25

MANUEL ANTONIO DE ALMEIDA

MEMORIAS DE UN SARGENTO DE MILICIAS

Prólogo y notas: Antonio Cándido

Cronología: Laura de Campos Vergueiro

Traducción: Elvio Romero

26

UTOPISMO SOCIALISTA

(1830-1893)

Prólogo, compilación, notas y cronología: Carlos M. Rama

27

ROBERTO ARLT

LOS SIETE LOCOS / LOS LANZALLAMAS

Prólogo, vocabulario, notas y cronología: Adolfo Prieto

28

LITERATURA DEL MEXICO ANTIGUO

Edición, estudios introductorios, versión de textos y cronología: Miguel León-Portilla

29

POESIA GAUCHESCA

Prólogo: Angel Rama

Selección, notas, vocabulario y cronología: Jorge B. Rivera

30

RAFAEL BARRETT

EL DOLOR PARAGUAYO

Prólogo: Augusto Roa Bastos

Selección y notas: Miguel A. Fernández

Cronología: Alberto Sato

31

PENSAMIENTO CONSERVADOR

(1815-1898)

Prólogo: José Luis Romero

Compilación, notas y cronología: José Luis Romero y Luis Alberto Romero

32

LUIS PALES MATOS

POESIA COMPLETA
Y PROSA SELECTA

Edición, prólogo y cronología: Margot Arce de Vázquez

33

JOAQUIM M. MACHADO DE ASSIS

CUENTOS

Prólogo: Alfredo Bosí

Cronología: Neusa Pinsard Caccese

Traducción: Santiago Kovadloff

34

JORGE ISAACS

MARIA

Prólogo, notas y cronología: Gustavo Mejía

35

JUAN DE MIRAMONTES Y ZUAZOLA

ARMAS ANTARTICAS

Prólogo y cronología: Rodrigo Miró

36

RUFINO BLANCO FOMBONA

ENSAYOS HISTORICOS

Prólogo: Jesús Sanoja Hernández

Selección y cronología: Rafael Ramón Castellanos

37

PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

UTOPIA DE AMERICA

Prólogo: Rafael Gutiérrez Girardot

Compilación y cronología: Angel Rama y Rafael Gutiérrez Girardot

38

JOSE M. ARGUEDAS

LOS RIOS PROFUNDOS Y CUENTOS SELECTOS

Prólogo: Mario Vargas Llosa

Cronología: E. Mildred Merino de Zela

39

LA REFORMA UNIVERSITARIA

Selección, prólogo y cronología: Dardo Cúneo

40

JOSE MARTI

OBRA LITERARIA

Prólogo, notas y cronología: Cintio Vitier

41

CIRO ALEGRIA

EL MUNDO ES ANCHO Y AJENO

Prólogo y cronología: Antonio Cornejo Polar

42

FERNANDO ORTIZ

CONTRAPUNTEO CUBANO DEL TABACO Y EL AZUCAR

Prólogo y cronología: Julio Le Riverend

43

FRAY SERVANDO TERESA DE MIER

IDEARIO POLITICO

Selección, prólogo, notas y cronología: Edmundo O'Gorman

44

FRANCISCO GARCIA CALDERON

LAS DEMOCRACIAS LATINAS
LA CREACION DE UN CONTINENTE

Prólogo: Luis Alberto Sánchez

Cronología: Angel Rama

45

MANUEL UGARTE

LA NACION LATINOAMERICANA

Compilación, prólogo, notas y cronología: Norberto Galasso

46

JULIO HERRERA Y REISSIG

POESIA COMPLETA
Y PROSA SELECTA

Prólogo: Idea Vilariño
Edición, notas y cronología: Alicia Migdal

47

ARTE Y ARQUITECTURA DEL MODERNISMO BRASILEÑO
(1917-1930)

Compilación y prólogo: Aracy Amaral
Cronología: José Carlos Serroni
Traducción: Marta Traba

48

BALDOMERO SANIN CANO

EL OFICIO DE LECTOR

Compilación, prólogo y cronología: Gustavo Cobo Borda

49

LIMA BARRETO

DOS NOVELAS

(Recuerdos del escribiente Isaías Caminha y
El triste fin de Policarpo Quaresma)

Prólogo y cronología: Francisco de Assis Barbosa
Traducción y notas: Haydée Jofre Barroso

50

ANDRES BELLO

OBRA LITERARIA

Selección y prólogo: Pedro Grases
Cronología: Oscar Sambrano Urdaneta

51

PENSAMIENTO DE LA ILUSTRACION
(Economía y sociedad iberoamericanas en el siglo XVIII)

Compilación, prólogo, notas y cronología: José Carlos Chiaramonte

52

JOAQUIM M. MACHADO DE ASSIS

QUINCAS BORBA

Prólogo: Roberto Schwarz
Cronología: Neusa Pinsard Caccese
Traducción: Jorge García Gayo

53

ALEJO CARPENTIER

EL SIGLO DE LAS LUCES

Prólogo: Carlos Fuentes

Cronología: Araceli García Carranza

54

LEOPOLDO LUGONES

EL PAYADOR Y ANTOLOGIA DE POESIA Y PROSA

Prólogo: Jorge Luis Borges (con la colaboración de Bettina Edelberg)

Edición, notas y cronología: Guillermo Ara

55

MANUEL ZENO GANDIA

LA CHARCA

Prólogo y cronología: Enrique Laguerre

56

MARIO DE ANDRADE

OBRA ESCOGIDA

Selección, prólogo y notas: Gilda de Mello e Souza

Cronología: Gilda de Mello e Souza y Laura de Campos Vergueiro

57

LITERATURA MAYA

Compilación, prólogo y notas: Mercedes de la Garza

Cronología: Miguel León-Portilla

Traducciones: Adrián Recinos, Alfredo Barrera y Mediz Bolio

58

CESAR VALLEJO

OBRA POETICA COMPLETA

Prólogo y cronología: Enrique Ballón

59

POESIA DE LA INDEPENDENCIA

Compilación, prólogo, notas y cronología: Emilio Carilla

Traducciones: Ida Vitale

60

ARTURO USLAR PIETRI

LAS LANZAS COLORADAS
Y CUENTOS SELECTOS

Prólogo y cronología: Domingo Miliani

61

CARLOS VAZ FERREIRA

LOGICA VIVA / MORAL PARA INTELECTUALES

Prólogo: Manuel Claps

Cronología: Sara Vaz Ferreira

62

FRANZ TAMAYO

OBRA ESCOGIDA

Selección, prólogo y cronología: Mario Baptista Gumucio

63

GUILLERMO ENRIQUE HUDSON

LA TIERRA PURPUREA

ALLA LEJOS Y HACE TIEMPO

Prólogo y cronología: Jean Franco

Traducciones: Idea Vilariño

64

FRANCISCO LOPEZ DE GOMARA

HISTORIA GENERAL DE LAS INDIAS

VIDA DE HERNAN CORTES

Prólogo y cronología: Jorge Gurría Lacroix

65

FRANCISCO LOPEZ DE GOMARA

HISTORIA DE LA CONQUISTA DE MEXICO

Prólogo y cronología: Jorge Gurría Lacroix

66

JUAN RODRIGUEZ FREYLE

EL CARNERO

Prólogo, notas y cronología: Darío Achury Valenzuela

67

TRADICIONES HISPANOAMERICANAS

Compilación, prólogo y cronología: Estuardo Núñez

68

PROYECTO Y CONSTRUCCION DE UNA NACION

(Argentina 1846-1880)

Compilación, prólogo y cronología: Tulio Halperín Donghi

69

JOSE CARLOS MARIATEGUI

7 ENSAYOS DE INTERPRETACION
DE LA REALIDAD PERUANA

Prólogo: Aníbal Quijano
Notas y cronología: Elizabeth Garrels

70

LITERATURA GUARANI DEL PARAGUAY

Compilación, estudios introductorios, notas y cronología:
Rubén Bareiro Saguier

71-72

PENSAMIENTO POSITIVISTA LATINOAMERICANO

Compilación, prólogo y cronología: Leopoldo Zea

73

JOSE ANTONIO RAMOS SUCRE

OBRA COMPLETA

Prólogo: José Ramón Medina
Cronología: Sonia García

74

ALEJANDRO DE HUMBOLDT

CARTAS AMERICANAS

Compilación, prólogo, notas y cronología: Charles Minguet.

75-76

FELIPE GUAMAN POMA DE AYALA

NUEVA CORONICA Y BUEN GOBIERNO

Transcripción, prólogo y cronología: Franklin Pease

77

JULIO CORTAZAR

RAYUELA

Prólogo y cronología: Jaime Alazraki

78

LITERATURA QUECHUA

Compilación, prólogo, notas y cronología: Edmundo Bendezú Aibar

79

EUCLIDES DA CUNHA

LOS SERTONES

Prólogo, notas y cronología: Walnice Nogueira Galvao
Traducción: Estela Dos Santos

80

FRAY BERNARDINO DE SAHAGUN

EL MEXICO ANTIGUO

Edición, prólogo y cronología: José Luis Martínez

81

GUILLERMO MENESES

ESPEJOS Y DISFRACES

Selección y prólogo: José Balza

Cronología: Salvador Tenreiro

82

JUAN DE VELASCO

HISTORIA DEL REINO DE QUITO

Edición, prólogo, notas y cronología: Alfredo Pareja Diezcanseco

83

JOSE LEZAMA LIMA

EL REINO DE LA IMAGEN

Selección, prólogo y cronología: Julio Ortega

84

OSWALDO DE ANDRADE

OBRA ESCOGIDA

Selección y prólogo: Haroldo de Campos

Cronología: David Jackson

Traducciones: Héctor Olea, Santiago Kovadlof, Márgara Rusotto

85

NARRADORES ECUATORIANOS DEL 30

Prólogo: Jorge Enrique Adoum

Selección y cronología: Pedro Jorge Vera

86

MANUEL DIAZ RODRIGUEZ

NARRATIVA Y ENSAYO

Sección y prólogo: Orlando Araujo

Cronología: María Beatriz Medina

Este volumen,
el LXXXVII de la BIBLIOTECA AYACUCHO,
se terminó de imprimir
el día 28 de diciembre de 1981
en los talleres de Italgráfica, S.R.L.
Primera Transversal de calle Vargas
Edif. San Jorge - Boleíta Norte
Dtto. Sucre, Edo. Miranda.
En su composición se utilizaron
tipos Garamond
de 12, 10 y 8:8 puntos.